

COPIOSA Y VARIADA COLECCION
DE
SELECTOS PANEGÍRICOS

SOBRE LOS MISTERIOS DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD, DE JESUCRISTO

Y DE SU
SANTÍSIMA MADRE,
y sobre
LAS FESTIVIDADES DE MUCHÍSIMOS SANTOS:

SEGUIDA DE
ALGUNAS ORACIONES FÚNEBRES
Y OTROS UTILÍSIMOS SERMONES.

SALE Á LUZ
bajo la direccion del Excmo. é Ilmo.
SR. D. ANTONIO MARÍA CLARET,
Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.

TOMO IX.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA :
LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
CALLE DEN ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.
1861.

SELECTOS PANEGÍRICOS.

ORACION FÚNEBRE

DE LUIS EL GRANDE,

REY DE FRANCIA.

Ecco magnus effectus sum, et præcessi omnes sapientia, qui fuerunt ante me in Jerusalem... et agnovi quod in his quoque esset labor, et afflictio spiritus. (Eccles. 1, 16, 17).

Yo me he hecho grande, y he excedido en gloria y en sabiduría á todos los que me han precedido en Jerusalem... y he reconocido que aun en esto mismo no habia mas que vanidad y afliccion de espíritu.

Solo Dios es grande, hermanos míos, y esto se deja sentir principalmente en los últimos momentos en que preside la muerte de los reyes de la tierra. Quanto mas ha asombrado su poder y su gloria, tanto mas se desvanecen entonces y rinden homenaje á la grandeza del Rey supremo : Dios aparece tal como es, y el hombre no es ya nada de cuanto creia ser.

¡ Dichoso el príncipe, cuyo corazon no se ensoberbece en medio de sus prosperidades y de su gloria ! que, semejante á Salomon, no espera que desaparezca toda su grandeza con él á la hora de la muerte para confesar que ella no es otra cosa que vanidad y afliccion de espíritu, y que se humilla bajo la mano de Dios en el tiempo mismo en que la adulacion parecia elevarle sobre el resto de los hombres.

Sí, hermanos míos, la grandeza y las victorias del rey que lloramos han sido en otro tiempo demasiado públicas; la magnificencia de los elogios ha igualado á la de los sucesos; los hombres lo han

dicho todo mucho tiempo há, hablando de su gloria. ¿Qué nos resta que hacer aquí, sino hablar para nuestra instruccion?

Ese rey, el terror de sus vecinos, la admiracion del universo, el padre de los reyes, mas grande que sus antepasados y mas magnifico que Salomon en todas sus glorias, reconoció como él que todo era vanidad. El mundo se deslumbró con el esplendor que le rodeaba; sus enemigos envidiaron su poder; los extranjeros vinieron de las islas mas remotas y bajaron los ojos ante la gloria de su majestad; sus súbditos casi le erigieron altares; mas el prestigio que le circundaba no fue capaz de seducirle.

Vos le habíais llenado, ó Dios mio, del temor de vuestro nombre; Vos le habíais escrito en el libro eterno, en la sucesion de los reyes santos que debian gobernar vuestros pueblos; Vos le habíais revestido de grandeza y de magnificencia. Mas esto no era bastante; era necesario además que estuviese marcado con la señal propia de vuestros escogidos: Vos le recompensásteis su fe con tribulaciones y desgracias. El uso cristiano de las prosperidades puede darnos derecho al reino de los cielos; mas solo la afliccion y la violencia son las que nos lo pueden asegurar.

¿Podemos mirar acaso con ojos impasibles las vicisitudes de las cosas humanas? Sin remontarnos á los siglos de nuestros padres, ¡cuántas lecciones no nos ha dado Dios en el nuestro! Nosotros hemos visto casi extinguida la familia real; los príncipes, la esperanza y el apoyo del trono, arrebatados en la flor de su vida; el esposo y la esposa augusta, en medio de sus mas bellos dias, encerrados en un mismo túmulo, y las cenizas del infante siguiendo tristemente y aumentando el aparato lúgubre de sus funerales; el rey que habia pasado de una minoría borrascosa al mas glorioso reino de que se habla en las historias, cayendo de esta gloria en desgracias casi superiores á sus antiguas prosperidades, levantándose despues mucho mas grande que todas sus pérdidas, y sobreviviendo á tan diversos acontecimientos para dar gloria á Dios y afirmarse mas en la fe de los bienes inaccesibles.

Estos grandes acontecimientos pasan ante nuestros ojos como escenas fabulosas; el corazon se presta por un momento al espectáculo; la ternura acaba con la representacion; y parece que Dios no obra en el mundo tantas revoluciones sino para recrearse y para divertirnos mas bien que para instruirnos.

Juntemos, pues, las palabras de la fe á esta triste ceremonia, que sin esto nos hablaria en vano; referimos, no las maravillas de un

reinado que los hombres han exaltado ya tanto, sino las maravillas de Dios sobre el rey que nos ha arrebatado; recordemos aquí sus virtudes mas bien que sus victorias; presentémosle mas grande todavía en el momento de la muerte que lo fue en otro tiempo sobre su trono en los dias de su gloria. Quitemos las alabanzas á la vanidad para darlas á la gracia; ni aun cuando él haya sido grande por el esplendor inaudito de su reinado y por los sentimientos heroicos de su piedad, dos reflexiones sobre las que va á girar este deber de religion que tributamos á la memoria del muy alto y poderoso príncipe Luis XIV, rey de Francia y de Navarra, no hablemos de la gloria ni de la grandeza de su reinado sino para mostrar los escollos y la nada que él reconoció; ni de su piedad, sino para proponer é inmortalizar su ejemplo.

Primera parte.

Todo lo que forma la grandeza de los reyes en la tierra forma tambien sus peligros. Los hechos brillantes en la guerra, la magnificencia en la paz, la elevacion de sentimientos y la majestad en la persona; ved aquí todo lo que la vanidad puede hacer desear á los soberanos, y ved aquí tambien todo lo que la fe debe hacerles temer.

El rey por quien oramos pasó, por decirlo así, desde la cuna al trono; él no gozó de las ventajas de la vida privada, siempre útil á los soberanos, porque les enseña á conocer á los hombres, y los hombres les enseñan á conocerse á sí mismos.

Mas Dios, que vela sobre la infancia de los reyes, y que al formar sus primeras inclinaciones parece formar los destinos públicos, infundió en su alma esas grandes cualidades que suplen la instruccion, y que la instruccion sola no es capaz de dar.

Calmadas las turbulencias de una larga minoría por los cuidados de una regente virtuosa y de un ministro hábil, Luis al salir de la infancia principió á mostrarse á los pueblos. La juventud siempre mas amable al parecer en los príncipes, aquel aire majestuoso y augusto que por sí solo anunciaba al soberano y la ternura tradicional de la nacion por sus reyes, todo le hace dueño de los corazones; y entonces un príncipe es verdaderamente rey, cuando el amor de los pueblos, si puedo decirlo así, le proclama.

La Francia principiaba á tomar entonces ese estado floreciente que un nuevo reinado parece prometer siempre á los imperios: las

disensiones civiles en vez de agotarla la habian mas bien curado y limpiado de los malos ciudadanos; los grandes, reunidos al pié del trono, no pensaban mas que en sostenerlo; las guerras extranjeras, que no eran entonces de nacion á nacion, sostenian el valor de los soldados sin abatir á los pueblos: ¡dichosa si ella no hubiera conocido despues su poder, y si ignorando lo ventajoso que le era conquistar no hubiera experimentado en lo sucesivo todo lo que podia perder!

El matrimonio de la princesa de España con Luis acababa de destruir los antiguos celos que la vecindad, el valor y el poder formaban entre las dos naciones. Los Pirineos que las habian visto tantas veces disputarse la victoria las vieron llevar en triunfo en los mismos lugares las prendas augustas de la paz. El lecho nupcial se levantó, por decirlo así, en el famoso campo de tantas batallas. Allí se celebraba, sin saberlo, el nacimiento futuro del soberano que este matrimonio debía dar un dia á la España. Mas ese gran dia, que causó despues la reunion de los dos imperios, no pudo entonces reunir los corazones.

La regente no sobrevivió mucho tiempo á la alegría de una ceremonia que fue el fruto de su sabiduría, el objeto constante de sus deseos, y que coronó su gloriosa administracion. El gran ministro que habia ayudado á sostener el peso de los negocios, y que habia sabido salvar la Francia, á pesar de la Francia misma conjurada contra él, habia visto poco antes espirar con él una autoridad que la Francia no pudo ver sin celos en manos de un extranjero, mas que las discordias habian afirmado.

Luis se encontró solo, jóven, sensible, absoluto, poderoso, al frente de una nacion belicosa; dueño del corazon de sus súbditos y del reino mas floreciente, ávido de gloria, rodeado de viejos jefes, cuyas hazañas pasadas parecian echarle en cara el reposo en que les tenia al presente. ¡Cuán difícil es cuando se puede todo desconfiar de que se puede emprender mucho!

Los sucesos justifican bien pronto nuestras empresas. La Flandes es bien reivindicada al momento como patrimonio de Teresa; y en tanto que los manifiestos ponen en claro nuestro derecho, nuestras victorias lo deciden.

La Holanda, ese baluarte que nosotros habíamos levantado contra la España, cae á sus golpes; sus ciudades, ante las cuales habia fracasado tantas veces la intrepidez española, carecen de muros para defenderse contra el valor francés; y Luis se vió en el caso

de destruir en una sola campaña la obra lenta y penosa del valor y de la política de un siglo entero.

El fuego de la guerra se enciende en toda Europa: el número de nuestras victorias aumenta el de nuestros enemigos; y cuanto mas nuestros enemigos se aumentan, tanto mas se multiplican nuestras victorias. El Escalda, el Rhin, el Po, el Ter, solo oponen un frágil dique á la rapidez de nuestras conquistas. Toda la Europa se coliga, y sus fuerzas reunidas no sirven mas que para demostrar la superioridad de las nuestras. El mal éxito irrita á nuestros enemigos sin desarmarlos: sus derrotas que deben terminar la guerra la eternizan; tanta sangre derramada alimenta los odios léjos de extinguirlos. Los tratados de paz no son otra cosa que preparativos para una nueva guerra. Munster, Nimegue, Riswick, donde toda la sabiduría de la Europa reunida prometia buenos dias, solo son relámpagos que anuncian nuevas tormentas. Las situaciones cambian, y nuestras prosperidades continúan. La monarquía no habia visto todavía dias tan brillantes: ella se habia levantado en otro tiempo de sus desgracias; ella pensó perecer y desplomarse bajo el peso de su propia gloria.

La tierra toda entera no parecia bastante á nuestros triunfos; el mar gemia todavía bajo el número y la grandeza enorme de nuestras naves. Nuestras flotas, que en los últimos reinados apenas bastaban para poner nuestras costas á cubierto del insulto de los piratas, llevaban de léjos el terror y la victoria. Los enemigos atacados en sus mismos puertos parecia que habian cedido al pabellon francés el imperio de los dos mares. La Sicilia, la Mancha, las islas del Nuevo Mundo habian visto sus ondas rojas por las derrotas mas sangrientas; el África misma, todavía orgullosa de haber visto fracasar en otro tiempo en sus costas el valor de san Luis y todo el poder de Cárlos V, no encontrando ya asilo en sus fuertes batidos, se habia visto obligada á venir á humillarse y á buscar uno al pié del trono de Luis.

Nosotros nos ensoberbecíamos con tantas prosperidades, sin tener presente que el orgullo de los imperios es siempre la primera señal de su decadencia.

Tal fue la grandeza de Luis en la guerra. Jamás la Francia habia vencido unos ejércitos tan formidables; jamás el arte militar, es decir, el arte funesto de enseñar á los hombres á exterminarse mutuamente, habia sido llevado á tanta perfeccion; jamás hubo tantos generales famosos; y refiriéndome solo á los primeros años;

un Condé, cuyo primer golpe de vista decidia siempre la victoria; un Turena, que mas tardo en apariencia, era mas seguro en el éxito; un Crequi, mas grande en el dia de su derrota que en los de sus triunfos; un Luxemburgo, que parecia jugar con la victoria, y tantos otros nacidos despues, á quienes nuestros anales colocarán un dia entre los Guesclines y los Dunois de nuestro siglo.

Mas, ¡ay! memorias tristes de nuestras victorias, ¿qué nos recordais? Monumentos soberbios elevados en medio de nuestras plazas públicas para inmortalizarlas; ¿qué recordaréis á nuestros nietos, cuando os pregunten, como en otro tiempo los israelitas, lo que significan nuestras masas pomposas y enormes? *Quando interrogaverint vos filii vestri, dicentes: quid sibi volunt isti lapides?* Vosotros les recordaréis un siglo entero de horror y de carnicería; la flor de la nobleza francesa precipitada en la tumba; tantas antiguas casas extinguidas; tantas madres desconsoladas, que lloran todavía sus hijos; nuestras campiñas desiertas, y ofreciendo solo abrojos, en lugar de los tesoros que encierran en su seno, al pequeño número de labradores forzados á abandonarlas; nuestras ciudades destruidas; nuestros pueblos agotados; las artes sin emulacion, y el comercio casi arruinado: vosotros les recordaréis nuestras pérdidas mas bien que nuestras conquistas. *Quando interrogaverint vos filii vestri, dicentes: quid sibi volunt isti lapides?* Vosotros les recordaréis tantos lugares santos profanados, tantas disoluciones capaces de atraer la cólera del cielo sobre las mas justas empresas; el fuego, la sangre, la blasfemia, la abominacion y todos los horrores que trae consigo la guerra; vosotros les recordaréis nuestros crímenes mas bien que nuestras victorias: *Quando interrogaverint vos filii vestri, dicentes: quid sibi volunt isti lapides?*

¡Oh azote de Dios! oh guerra! ¿cesarás al fin de destruir la heredad de Jesucristo? ¡Oh espada del Señor, elevada por tanto tiempo sobre los pueblos y las naciones! ¿no descansarás todavía? *O mucro Domini, usquequo non quiesces?* ¡Oh Dios mio! ¿no se han cumplido todavía vuestras venganzas? ¿No habeis dado todavía á la tierra mas que una falsa paz? ¿No desarma vuestro brazo la inocencia del augusto niño que acabais de establecer sobre la nacion mas de lo que nuestras iniquidades lo irritan? Miradle desde lo alto del cielo, y no mandeis sobre nosotros esos castigos que solo han servido hasta aquí para multiplicar nuestros crímenes: *O mucro Domini, usquequo non quiesces? Ingredere in vaginam tuam, refrigerare, et sile.*

Un curso tan largo de prosperidades inauditas, que debia costarnos tan caro un día, elevó bien pronto el reino á un punto de gloria y de magnificencia en que los siglos pasados no lo habian visto. La Francia se hizo como el espectáculo pomposo de toda la Europa. ¡Cuántas casas régias se levantaron, palacios soberbios de Luis, en que las maravillas del Asia y de la Italia reunidas parecían venir á rendir homenaje á su grandeza! París, como Roma triunfante, se embellecia con los despojos de las naciones. La corte, á ejemplo del soberano, mas brillante y magnífica que nunca, procura oscurecer el brillo de las cortes extranjeras. La ciudad, imitadora eterna de la corte, imita su fausto; las provincias caminan tambien por los pasos de la capital. La sencillez de las antiguas costumbres cambia, no queda vestigio alguno de la modestia de nuestros padressino en sus viejos y respetables retratos, que al adornar los muros de nuestros palacios nos reprenden nuestra magnificencia. El lujo, precursor siempre de la indigencia, corrompiendo las costumbres agota la fuente de nuestros bienes; la miseria misma que él habia engendrado no puede moderarlo. La perpétua inconstancia de las modas fue uno de los distintivos de la nacion; la extravagancia se tenia por buen gusto. Nuestros mismos vecinos, á quienes nuestro fausto nos hacia tan odiosos, no dejaron de venir á buscar entre nosotros el modelo; y despues de haberlos empobrecido con nuestras victorias, los corrompimos tambien con nuestros ejemplos.

Entre tanto el reinado de Luis se embellecia cada día mas. La navegacion, mas floreciente que en todos los reinados anteriores, extendia nuestro comercio á todas las partes del mundo conocido. Ciertos hombres hábiles fueron enviados á las costas mas apartadas de uno y otro hemisferio para tomar datos seguros con que perfeccionar los conocimientos. Un célebre edificio se levantó fuera de nuestros muros, en el que, observando el curso de los astros y toda la magnificencia de los cielos, se señalan al piloto rumbos seguros sobre la vasta extension del océano, y se enseña al filósofo á humillarse bajo la majestad inmensa del Autor del universo. Nuestras flotas, auxiliadas con estos conocimientos, nos traian todos los años, como las de Salomon, las riquezas del Nuevo Mundo. ¡Ay! aquellas naciones insulares y sencillas nos enviaban su oro y su plata, y nosotros les llevábamos tal vez en cambio, en lugar de la fe, nuestros desarreglos y nuestros vicios.

El comercio, tan extendido en el exterior, fue ayudado en el

interior con obras dignas de la grandeza de los romanos. Muchos rios, á pesar de las tierras y de los montes que los separaban, vieron reunir sus aguas, y llevaron al pié de los muros de la capital el tributo y las varias riquezas de cada provincia. Los dos mares que rodean y enriquecen este vasto reino se dieron, por decirlo así, la mano; y un canal maravilloso por la astucia y los trabajos incomprensibles de la empresa aproxima lo que la naturaleza habia separado por espacio inmenso.

Estaba reservado á Luis acabar lo que los siglos precedentes de la monarquía no habian osado ni aun pensar; este fue el reinado de los prodigios: nuestros padres ni aun los habian imaginado, y nuestros nietos no verán jamás otros semejantes; pero, mas felices que nosotros, verán tal vez el reinado de la paz, de la frugalidad y de la inocencia. ¡Ojalá que ellos no lleguen jamás al colmo frívolo de nuestra gloria, si la han de comprar al precio de las miserias y de las calamidades en que ella nos ha precipitado!

Es verdad que los cuidados de Luis para aumentar el brillo y el buen orden del reino no tenian límites. La capital del reino, el asilo de todas las naciones, que reúne lo mas escogido, lo mismo que el desecho de nuestras provincias, vió vivir como un solo hombre ese prodigioso número de habitantes tan diferentes en costumbres, en intereses y en países. La policía quitó en ella al crimen la seguridad que la confusion y la multitud le habian dado hasta entonces. En medio de este caos reinaban el orden y la paz; y en un concurso tan innumerable de hombres desconocidos entre sí casi ninguno fue desconocido á la vigilancia del magistrado.

El reino todo cambió de aspecto como la capital: la justicia tuvo leyes fijas, y el derecho no estuvo ya dependiente del capricho del juez, ni del crédito de las partes; ciertos reglamentos útiles, que formarán la jurisprudencia de todos los reinados futuros, fueron publicados; el estudio del derecho francés y del derecho público se reanimó; célebres senadores, cuyos nombres formarán un día la lista de los grandes hombres que embellecerán la historia de la magistratura, adornaron nuestros tribunales; la elocuencia y la ciencia de las leyes y de las máximas brillaron en el foro, y la tribuna del senado principal se hizo tan célebre por la majestad de las defensas públicas como lo habia sido la de Roma bajo Hortensio y Ciceron.

¡Á qué punto de perfeccion no fueron llevadas las ciencias y las artes! Ó escuelas famosas reunidas al rededor del trono, que dais

mas brillo á la majestad que los sesenta vigilantes que rodeaban el trono de Salomon, ¡vosotras seréis eternos monumentos de ellas! La emulacion principi6 á formar el gusto; las recompensas aumentaron la emulacion, y el mérito que se multiplicaba, multiplicó las recompensas.

¡Cuántos hombres y cuántas obras veo yo salir á la vez de esas sábias asambleas! ¡Cuántos Fidias, Apolos, Platones, Sófocles, Plautos, Demóstenes y Horacios; hombres y obras cuyo gusto hará recordar siempre el gusto de los tiempos futuros de la monarquía! Yo veo resucitar el siglo de Augusto y los tiempos mas ilustrados y mas cultivados de la Grecia. Era necesario que bajo el reinado de Luis fuese todo marcado con el sello de la inmortalidad, y que las épocas de las letras fuesen tan célebres como las de las victorias. La Francia resonó mucho tiempo con elogios pomposos, y nosotros estamos como hastiados de nuestras propias alabanzas. Mas, ¿lo diré yo? al progresar en la ciencia hemos progresado en el trabajo y en la malicia; las artes, halagando la curiosidad, han engendrado la molicie; el teatro, reffloreciente cada día, pero siempre el triste fruto de la abundancia, de la ociosidad y de la corrupcion, ha ridiculizado el vicio sin corregir las costumbres, ó ha corrompido las costumbres haciendo al vicio mas amable; la poesía, recordándonos todos los chistes y todas las sátiras de los antiguos, nos ha recordado la seduccion y la licencia; la filosofía parece haber perdido en sencillez y en fe lo que ha adquirido en conocimientos de la naturaleza; la elocuencia, siempre lisonjera en las monarquías, se ha hecho fastidiosa por sus adnaciones peligrosas á los mejores príncipes; finalmente, la ciencia misma de la Religion, mas exacta y mas profunda, de la que debian nacer la paz y la verdad, ha degenerado en vanas sutilezas y en eternas disputas. ¡Oh siglo tan jactancioso! «Tu ignominia se ha multiplicado con tu gloria.» Mas la gloria pertenecia á Luis, y el abuso que se ha hecho de ella ha sido nuestra única obra. Así es que brillaban desde léjos la grandeza y la reputacion de la Francia, mientras que en el interior se debilitaba por sus mismas prosperidades.

Yo no refiero aquí mas que una parte de las maravillas que vosotros habeis presenciado. Todo lo que forma la grandeza de los imperios se encontraba reunido en torno de Luis. Ministros sábios y hábiles, recursos de los pueblos y de los reyes; nuestras fronteras guarnecidas, y que parecian alejar de nosotros la guerra para siem-

pre; fortalezas inaccesibles levantadas por todas partes, y que parecían destinadas mas bien para amenazar los Estados vecinos que para poner los nuestros á cubierto; la España obligada á cedernos por un acto solemne la primacía que nos habia disputado hasta entonces; la misma Roma dando una satisfaccion pública del derecho de gentes violado, y del ultraje hecho á una corona de quien habia adquirido su esplendor y la vasta extension de su patrimonio; finalmente, el soberano mismo de una república floreciente descendiendo de su trono, del que no habian descendido sus predecesores, dejar su patria y venir á poner á los piés de Luis los signos fastuosos de su dignidad para implorar su clemencia.

¡Acontecimientos grandes que nos atrajeron los celos mas bien que la admiracion de la Europa! Pero los acontecimientos que hacen tantos celosos, aunque pueden embellecer la historia de un reinado, no aseguran jamás la ventura de un Estado. ¿Qué faltaba en estos tiempos dichosos á la gloria de Luis, árbitro de la paz y de la guerra, dueño de la Europa; formando las decisiones de las cortes extranjeras casi con la misma autoridad que las de sus propios Consejos; hallando en el amor de sus súbditos recursos que, agotando sus bienes, no podian agotar su celo; conservando sobre los principios de su sangre, señalado con mil victorias, un poder tan absoluto como sobre el resto de sus súbditos; viendo al rededor de su trono los hijos de sus hijos; padre de una numerosa posteridad; patriarca, por decirlo así, de la familia real, que tendia su vista sobre los sucesores de los tres reinados siguientes? Jamás la sucesion á la corona habia parecido mas afirmada; nosotros veíamos crecer al pié del trono los reyes de nuestros hijos y de nuestros nietos: ¡ay! y apenas queda uno para nosotros mismos; solo ha permanecido una centella de Israel. Mas no adelantemos estas tristes imágenes que la constancia de Luis nos debe reunir en lo restante de este discurso.

¡Cuán léjos de nosotros parecían esos dias de duelo en aquel dia brillante en que dábamos reyes á nuestros vecinos, y en que la España misma, que habia conmovido tantas veces el imperio francés, y que desde tan largo tiempo usurpaba una de nuestras coronas, vino á poner todas las suyas en la cabeza de un nieto de Luis!

Aquel fue el gran dia en que se presentó como un nuevo Carlomagno, coronando á sus hijos como soberanos de Europa, viendo su trono rodeado de reyes de su sangre, reuniendo bajo la raza augusta de los francos los pueblos y las naciones, moviendo desde el

fondo de su palacio los resortes de tantos reinos, y hecho el centro y el vínculo de dos vastas monarquías, cuyos intereses habian parecido hasta entonces tan incompatibles como sus caractéres.

¡Día memorable! es cierto que serás escrito en nuestros fastos con la sangre de tantos franceses que hiciste derramar: las desgracias que preparaste nos han hecho tu gloria triste y amarga; vuestros dones brillantes y lisonjeros á nuestra vanidad han humillado y casi trastornado nuestro poder. La España enemiga no habia podido dañarnos, y la España aliada nos ha abatido; nuestras desgracias estarán eternamente grabadas en torno de la corona que ella puso en la cabeza de uno de nuestros príncipes. Mas si Castilla vió aminorado nuestro gozo por nuestras pérdidas, jamás verá debilitada nuestra estimacion por su valor y su fidelidad, ni nuestro reconocimiento por su eleccion.

Yo confieso, hermanos míos, que la gloria de los acontecimientos que embellece un reinado es extraña con frecuencia al soberano: los reyes no son grandes sino por las virtudes que les son propias; sus mas brillantes sucesos pueden coronar cualidades muy oscuras, y probar mas bien que están bien servidos, que sus buenas cualidades para mandar.

Mas no tememos despojar á Luis de todo el esplendor que le rodeaba y mostrárosle tal como era. ¡Cuánta sabiduría! ¡cuánto acierto en los negocios! La Europa temia la superioridad de sus consejos tanto como la de sus armas; sus ministros estudiaron en él el arte de gobernar; su larga experiencia fortalecia su juventud y esclarecia sus luces; las negociaciones, conducidas por la habilidad, conseguian su objeto por medio del secreto. ¡Cuánta ventura no prometia á la Francia la reputacion sola de su Gobierno, si hubiésemos sabido contentarnos con la gloria y la sabiduría! Todos los reyes vecinos que al nacer habian encontrado en el trono á Luis ya viejo se hubieran mirado como niños y pupilos de un rey tan grande; él no hubiera sido su vencedor; «pero era bastante grande para despreciar sus triunfos:» *Jam Cæsar tantus erat, ut posset triumphos contemnere*; y él hubiera sido su tutor y su padre.

De este fondo de sabiduría nacia la majestad que brillaba en su persona: la vida privada no le vió olvidar un momento la gravedad y el exterior de la dignidad real; ningun rey supo sostener mejor que él el carácter majestuoso de la soberanía. ¡Cuánta grandeza cuando los ministros de los reyes acudian al pié de su trono! ¡Qué precision en sus palabras! ¡qué majestad en sus respuestas! Nos-

otros las recogemos como las máximas de la sabiduría, temerosos de que su silencio nos ocultase con frecuencia unos tesoros que nos pertenecian, y, si me es permitido decirlo, de que dirigia demasiado sus palabras á personas que le prodigaban su sangre y su ternura.

Sin embargo, vosotros lo sabeis, tanta majestad nada tenia de orgullo; un acceso encantador cuando él se dejaba ver, un arte de sazonar las gracias que encantaba mas que las gracias mismas; una elocuencia de discursos que hacia parecer mas grato lo que él queria persuadir. Nosotros salíamos transportados y temíamos se concluyesen los momentos que sus ocupaciones le hacian cada vez mas raro. Nosotros, nacion fiel, deseamos siempre ver á nuestros reyes, y los reyes ganan siempre con mostrarse á una nacion que los ama.

¿Y qué rey habia ganado mas en ello que Luis? Vosotros podríais decirlo en mi lugar, antiguos é ilustres servidores de su persona. En medio de vosotros no era aquel gran rey terror de la Europa, y cuya majestad apenas podian soportarla nuestros ojos; era por el contrario un señor humano, bondadoso, benéfico y afable: el esplendor que le rodeaba lo ocultaba á nuestras miradas; nosotros no veíamos mas que su gloria, y vosotros veíais todas sus virtudes.

Un fondo de honor, de rectitud, de probidad, de verdad, cualidades tan necesarias á los reyes, y tan raras aun entre las personas privadas; un amigo fiel; un esposo, á pesar de las flaquezas que dividieron su corazon, siempre respetuoso por la virtud de Teresa, condenando, por decirlo así, con sus miramientos por ella la injusticia de sus compromisos, y renovando con su estimacion un vínculo debilitado por las pasiones; un padre tierno, mas grande en su historia doméstica que en los brillantes acontecimientos de su reinado, que la historia conservará á la posteridad.

Mas, ¿qué son ante Dios estas virtudes domésticas cuando la piedad no las ha santificado? ¡Ay! el objeto vano de las alabanzas de los hombres, y tal vez de las venganzas del Señor. Mas esta gloria tan celebrada, y que ha formado tantos envidiosos ó tantos aduladores, ¿de qué sirve para la eternidad, cuando no se tributa á aquel á quien únicamente se debe la gloria? Á un juicio mas riguroso por la ambicion que siempre conduce á él y por el orgullo que inspira. Destino terrible y muy digno de temer, sobre todo respecto á los mas grandes reyes, no aumentarás la tristeza de nuestras súplicas, ni turbarás la paz de las ofrendas santas que descan-

san en el altar, y que invocan sobre Luis al Padre de las misericordias.

Él conoció la nada de la gloria mundana : *Et agnovit quod in his quoque esset labor, et afflictio spiritus*; y fue aun todavía mas grande por una fe humilde y una piedad sincera que por el brillo de su poder y de sus victorias.

Segunda parte.

La uncion santa dada á los reyes consagra su carácter y no santifica siempre sus personas; la extension de sus deberes corresponde á la de su poder; el cetro es mas bien el título de sus cuidados y de su servidumbre que de su autoridad; ellos no son reyes sino para ser los padres y los pastores de los pueblos; ellos no han nacido para ellos solos, y las virtudes privadas que aseguran la salvacion del individuo se volverian en vicios respecto al soberano.

Á la sublimidad de estas ideas primitivas es á lo que la Escritura refiere el elogio de uno de los reyes mas santos de Judá. Él conservó su corazon fiel á Dios : *Gubernavit ad Dominum cor ipsius*; este es el deber principal del hombre. Él quitó las abominaciones de la impiedad y todos los monumentos del error : *Tulit abominationes impietatis*; este es el celo del soberano. Él afirmó la piedad en los dias de pecado y de maldad, honrándola con sus favores y su confianza : *In diebus peccatorum corroboravit pietatem*; este es el ejemplo que debe á sus súbditos el que es su pastor y su padre.

Luis tuvo desde su nacimiento un fondo de religion y de temor de Dios que los mismos extravíos de la edad no pudieron extinguir. La sangre de san Luis y de tantos reyes cristianos que circulaba en sus venas; la memoria todavía reciente de un padre justo; los ejemplos de una madre piadosa; la instruccion de un prelado irrepreensible que presidia á su educacion; las felices inclinaciones, todavía mas seguras que la instruccion y los ejemplos, todo parecia destinarle á la virtud lo mismo que al trono. Mas, ¡ay! ¿qué es la juventud de los reyes? Una época peligrosa en que las pasiones principian á gozar de la misma autoridad que el soberano, y á subir con él al trono. ¿Y qué podia esperar Luis en esta primera edad? El hombre mas hermoso de la corte, radiante de galas y de gloria, dueño de quererlo todo, sin querer jamás en vano cosa alguna; viendo nacer diariamente bajo sus piés nuevos placeres, que apenas esperaban sus deseos; sin reconocer en torno suyo mas que mi-

radas siempre dispuestas á agradar y que parecian conjuradas todas para agradaarle á él solo ; rodeado de apologistas de las pasiones, que soplaban el fuego de la voluptuosidad, y que procuraban destruir las primeras impresiones de la virtud, dando títulos de honor á la licencia, en medio de una corte afeminada, donde la molicie y el placer han encontrado en todos tiempos el secreto de unirse y de caminar á la par con el valor y el denuedo ; en fin, en un siglo en que el bello sexo, poco contento de olvidar su propio pudor, parece desafiar lo que puede restar de él en aquellos á quienes quiere agradar.

Y entre tanto, ¡qué diluvio de males causa en el pueblo el ejemplo del príncipe! Sus costumbres forman bien pronto las costumbres públicas : la imitacion, siempre segura de agradar y de atraerse la gracia, reconcilia la ambicion con la voluptuosidad ; los placeres, contenidos de ordinario por las miras de la fortuna, facilitan la entrada á ella, y se hacen su mas seguro camino ; escritores profanos venden su pluma á la iniquidad, y cantan las pasiones que el respeto solo deberia sepultar en un eterno silencio ; nuevos espectáculos se levantan para dar lecciones públicas de ellas, y todo se convierte en la pasion del soberano.

Ó reyes de los pueblos, dice el Espíritu Santo, vosotros, que sentados en vuestro trono veis con tanta complacencia á vuestros piés la multitud de las naciones ; á vosotros es á quienes dirijo estas palabras : *Ad vos, ó reges, sunt hi sermones mei*. Recordad que el poder se os ha concedido de lo alto ; que su uso debe ser santo, como lo es su origen ; que un juicio muy rigoroso está preparado á aquellos que están destinados á mandar á los demás, y que casi siempre la abundancia del castigo corresponde á la extension de la autoridad.

Mas aquí principian á manifestarse las misericordias eternas preparadas á Luis. Dios lo dispone de antemano para la virtud, asesando los primeros tiros de su autoridad contra los vicios. La costumbre bárbara de los duelos, antiguo resto de la ferocidad de nuestros primeros conquistadores, que la Religion y la cultura que ella introduce en las costumbres no habian podido moderar ; que tantos reyes habian condenado en vano, y que habia costado tanta sangre á la nacion, fue abolida ; y Luis consagró el principio de su reinado con una accion que asegura el reposo y la tranquilidad de todos los reinados siguientes.

Sí, hermanos míos, en el tiempo mismo en que Luis parecia to-

davía apartado del Señor, el Señor estaba ya cerca de él : las pasiones mismas que oscurecen su corazón respetan su fe. ; Qué horror causa esa clase de hombres que no tienen un placer completo si no va acompañado de la impiedad, y que parece que no se acuerdan de Dios sino para profanarle en sus afrentosos desórdenes! La impiedad era proscrita desde el momento en que era conocida; el nacimiento y los servicios, léjos de asegurar la impunidad á la irreligion, hacian su castigo mayor; las gracias mismas del talento, de que es tan difícil precaverse, nada valian para él desde el momento en que divisaba en ellas una centella de incredulidad. Él no reconocia mérito alguno en el hombre que no conocia á Dios; y la impiedad, que fulminaba anatemas contra el cielo, se hacia al momento para él el anatema de la tierra.

De este modo se preparaba la obra de la santificacion de Luis. Mas dejemos aquellos tiempos de tinieblas tan inevitables á los reyes y tan comunes á los demás hombres; perezcan y bórrense para siempre de nuestra memoria aquellos dias que él borró con sus lágrimas y con su piedad, y que el Señor ha olvidado sin duda. Los primeros años de la juventud de los soberanos, lo mismo que los de su vida, se parecen casi todos : *Nemo enim ex regibus habuit aliud natiuitatis initium*. Mas si Luis lo siguió en los primeros caminos de la gracia con tanta grandeza y tanta fidelidad como él, ¿en dónde están tampoco aquellos súbditos suyos que vivian á su lado, y á quienes su rango aproximaba al trono? ¡Ay! imitadores la mayor parte, por no decir culpables aduladores de sus debilidades, concluyen tal vez por censurar su virtud.

¡Y qué virtud! Uniforme, tierna, constante. No se veian en él esas desigualdades de piedad tan inseparables de la inconstancia de los hombres, á quienes la uniformidad cansa, á quienes el hastío del vicio atrae de nuevo á la virtud, para quienes el uso de la virtud se hace bien pronto un nuevo atractivo favorable al vicio, y que pasando sin cesar del vicio á la virtud tratan mas bien de complacer su inconstancia que de fijar su infidelidad.

Desde el primer paso que Luis dió en el camino de Dios, marchó siempre con un paso igual y majestuoso. Un dia instruia á otro, y una noche daba iguales lecciones á otra noche. La historia de su piedad es la historia de uno de sus dias, y fuera de los acontecimientos inesperados, que manifestaban en él virtudes nuevas, la virtud del primer dia fue la del resto de su vida.

Cuidados inmensos del gobierno, cuyo peso llevaba él casi solo,

vosotros no interrumpísteis jamás la exactitud de sus deberes religiosos; jamás la vida de la corte, siempre desigual porque es ociosa, desarregló la respetable uniformidad de su conducta; y en un lugar donde el capricho y el ocio son tan ingeniosos para variar los días y los momentos, solo Luis era el punto fijo donde todos los días y todos los momentos se encontraban los mismos; virtud rara sobre todo en los príncipes, á quienes nada detiene, y en quienes la inconstancia de la imaginacion es despertada incesantemente por la eleccion y la multitud de recursos.

La piedad y la buena fe de las disposiciones correspondia á la exactitud de los deberes. ¡Qué religion tan fervorosa al pié de los altares! ¡Con cuánto respeto iba á humillarse ante la gloria del santuario aquella cabeza que contenia, por decirlo así, el universo entero, y á quien la edad, la majestad y las victorias hacian todavía menos augusta que la piedad! ¡Cuánta ternura al aproximarse á los santos misterios de esa comida celestial que hace las delicias de los reyes! ¡Cuánta atencion á la palabra de la vida! Y á pesar de los disgustos y censuras de una corte ilustrada y delicada, ¡cuánto respeto á la santa libertad del ministerio y aun á los defectos mismos del ministro! «Él nos ha dicho lo bastante para corregirnos,» respondia á aquellos cortesanos que parecian disgustados de la instruccion. ¡Qué ternura de conciencia! ¡qué horror á las mas ligeras transgresiones! Él amó todo el bien que le fue mostrado; y si acaso no cumplió siempre con la justicia, fue porque no siempre le fue conocida. Tal es el destino de los mejores reyes; esta es la desgracia de su estado mas bien que el vicio de sus personas.

Mas la prueba menos equívoca de una virtud sólida es la adversidad. ¡Y cuántos golpes, ó Dios mio, no preparásteis Vos á su constancia! Este gran Rey, á quien la victoria habia seguido desde la cuna, y que contaba sus prosperidades por los días de su reinado; este Rey, cuyas empresas anunciaban siempre el buen resultado de ellas, y que no habiendo encontrado jamás obstáculos, no habia tenido por qué desconfiar de sus propios deseos; este Rey, cuyas conquistas habian inmortalizado tantos elogios y trofeos públicos, y que jamás habia tenido que temer otra cosa que los escollos nacidos de la alabanza misma y de la gloria; este Rey, dueño por tanto tiempo de los acontecimientos, los ve todos vueltos contra sí por una revolucion inesperada. Los enemigos toman nuestras plazas: tan pronto como ellos se presentan, se muestra con ellos la victoria; sus propios triunfos les admiran; el valor de nuestras tro-

pas parece que se ha trasladado á su campo ; el número prodigioso de nuestros ejércitos facilita la derrota ; la diversidad de lugares no hace otra cosa que multiplicar nuestras desgracias ; tantos famosos campos de nuestras victorias se sorprenden al servir de teatro á nuestras derrotas ; el pueblo se consterna ; la capital es amenazada ; la miseria y la mortandad parece que ayuda á nuestros enemigos ; todos los males parece haberse reunido contra nosotros ; y Dios, que nos preparaba los remedios, no nos los mostraba aun ; Denain y Landrecies estaban ocultos todavía en los consejos eternos. Sin embargo, nuestra causa era justa ; mas ¿lo habia sido siempre ? ¿Y quién sabe si nuestras últimas desgracias no eran la expiacion de la equidad dudosa ó del orgullo inevitable de nuestras antiguas victorias ?

Luis lo reconoce ; él dice : « Yo habia emprendido la guerra en otro tiempo con ligereza, y parece que Dios me habia favorecido ; ahora la hago para sostener los derechos legítimos de mi nieto á la corona de España, y él me abandona ; él me preparaba este castigo que yo he merecido. » Él se humilló bajo la mano que le castigaba ; su fe quitó aun á sus desgracias la nueva amargura que la larga costumbre de sus prosperidades le ofrecia ; su grande alma parece que no se conmovió ; en medio de la tristeza y del abatimiento de la corte, solo la serenidad de su augusta frente mitigaba el público terror. Él miraba á los castigos del cielo como la pena del abuso que habia hecho de los favores pasados ; él reparó con su total sumision lo que podia haber faltado en otro tiempo á su reconocimiento. Él se habia atribuido tal vez la gloria de sus triunfos, y Dios se la quita para darle la de la sumision y la de la constancia.

Mas el tiempo de la prueba no ha pasado aun. Vos le habeis castigado, ó Dios mio, en su pueblo como á David ; Vos le castigais como á él en sus hijos : él os habia sacrificado su gloria, y Vos queréis tambien el sacrificio de su ternura.

¿Qué veo yo aquí ? ¿Qué espectáculo tan tierno aun para nuestros descendientes, cuando ellos lean la historia ? Dios derrama la desolacion y la muerte sobre toda la casa real. ¡Qué de cabezas augustas heridas ! ¡Cuántos apoyos del trono caidos ! El juicio principia por el primogénito : su bondad nos prometia dias felices, y nosotros derramamos aquí nuestras súplicas y nuestras lágrimas sobre sus cenizas caras y augustas. Mas nos quedaba otro motivo de desconsuelo. Todavía no se habian enjugado nuestras lágrimas, cuando

una princesa amable, que ayudaba á Luis en los cuidados del reino, es arrebatada en su mas bella edad á los encantos de la vida, á la esperanza de una corona y á la ternura de los pueblos que ella principiaba á mirar y á amar como á sus súbditos. Vuestras venganzas, ó Dios mío, exigen aun nuevas víctimas: sus últimos suspiros introducen el dolor y la muerte en el corazon de su régio esposo. Las cenizas del jóven príncipe se apresuran á unirse con las de su esposa; él no la sobrevive sino los momentos necesarios para sentir su pérdida; y nosotros perdemos con él las esperanzas de sabiduría y de piedad que debian hacer renacer el reinado de los mejores reyes y los antiguos dias de paz y de inocencia.

Deteneos, ¡oh gran Dios! ¿Mostraréis tambien vuestra cólera y vuestro poder contra el infante que acaba de nacer? ¿Quereis agotar la fuente de la familia real? ¿Por ventura la sangre de Carlomagno y de san Luis, que tanto combatieren por la gloria de vuestro nombre, se ha vuelto para Vos como la sangre de Acab y de tantos reyes impíos cuya posteridad exterminásteis?

La espada está todavía levantada, hermanos míos; Dios está sordo á nuestros lamentos, á la ternura y á la piedad de Luis. Esta flor naciente, cuyos primeros dias eran tan brillantes, se marchitó; y si la cruel muerte se contenta con amenazar á aquel que todavía pende del pecho de su madre, este resto precioso que Dios queria salvar de tantas pérdidas no fue sino para concluir esta triste y sangrienta escena, arrebatándonos el único de los tres príncipes que nos quedaba todavía para presidir á su infancia y guiarla á afirmarla en el trono.

En medio del luto universal de su augusta casa, Luis permanece firme en la fe. Dios sopla sobre su numerosa posteridad, y en un instante se deshace como los caracteres trazados en la arena. De todos los príncipes que le rodeaban y que formaban como la gloria y los rayos de su corona solo resta una débil centella á punto de apagarse. Mas el fondo de su fe no puede agotarse por sus desgracias; él espera, como Abrahan, que el hijo único de las promesas no perecerá; él adora al que dispone de los cetros y de las coronas, y tal vez en estas pérdidas domésticas ve la misericordia que expia y borra del libro de la justicia del Señor sus antiguos extravíos.

Luis conserva, pues, para Dios su corazon fiel: *Gubernavit ad Dominum cor ipsius*; y este es el deber principal del hombre. Mas, ¿hasta qué punto no llegó su celo por la Iglesia, esta virtud de los soberanos que no han recibido la espada ni el poder sino para ser

el apoyo de los altares y los defensores de su doctrina? *Tulit abominaciones impietatis.*

Aquí deben hablar por mí los sucesos; y las quejas sediciosas de la herejía arrojada del reino, que han resonado por tanto tiempo en la Europa, y los clamorés de los falsos profetas dispersos, que daban por todas partes, á ejemplo de sus padres, la señal de la guerra y de la venganza contra Luis, han hecho antes que nosotros el elogio de su celo.

En vano las miras tímidas de la sabiduría humana opusieron á Luis la especiosa razon de Estado; el cuerpo de la monarquía debilitado por la evasion de tantos ciudadanos; el curso del comercio detenido por la privacion de su industria, ó por el transporte furtivo de sus riquezas; las naciones vecinas protectoras de la herejía, prontas á amarse para defenderla. Los peligros fortifican su celo; la obra de Dios no teme á los hombres; él cree afirmar su trono al derribar el del error; los templos profanos son destruidos, las cátedras de seducción abatidas, los profetas de la mentira arrancados de los rebaños que seducian, las reuniones extrañas incorporadas á la asamblea de los fieles. El muro de separacion desaparece; nuestros hermanos vienen á buscar al pié de nuestros altares junto á las tumbas de sus antepasados los títulos domésticos de la fe de que habian degenerado. El tiempo, la gracia y la instruccion realizan poco á poco un cambio que la fuerza no consigue jamás sino en apariencia; y el error que, nacido en Francia, parecia haber echado raíces eternas; y la zizaña que tantas veces habia creido ahogar entre nosotros el buen grano; y la herejía tan formidable al trono desde mucho tiempo, por las fuerzas de sus plazas, por la debilidad de los reinados precedentes forzados á tolerarla, por un diluvio de sangre francesa que ella habia hecho derramar, por el número de sus partidarios y por la ciencia orgullosa de sus doctores, por el apoyo de tantas naciones y aun por el antiguo recuerdo de aquel día sangriento que debia ser borrado de nuestros anales, que la piedad y la humanidad desaprobaban siempre, y que, queriéndola destruir bajo uno de nuestros últimos reyes, reanimó su fuerza y su furor, é hizo; si me atrevo á decirlo, de su sangre la semilla de nuevos discípulos; la herejía al abrigo de tantos atrincheramientos cae al primer golpe que Luis le da, desaparece, y se ve reducida á ocultarse en las tinieblas de donde habia salido, ó á pasar los mares, llevando con sus falsos dioses su rabia y su amargura á las comarcas extranjeras.

¡Dichosa ella si la sumision hubiera precedido al castigo; si en vez de ceder á la autoridad solo hubiera cedido á la verdad! y si sus sectarios contentos en su mayor parte con obedecer en apariencia al soberano no hubieran sacado otra ventaja del celo de Luis que la de dejar á sus hijos y nietos la dicha de obedecer hoy á la Iglesia! Mas, en fin, la Francia, para gloria eterna de Luis, se vió libre de este escándalo; el contagio no se perpetúa ya en las familias, ya no hay entre nosotros mas que un rebaño y un pastor; y si el temor formó entonces hipócritas, la instruccion ha hecho despues verdaderos fieles.

Así, pues, bajo cualquier color que el error procuraba aparecer, despertaba igualmente el celo y la piedad de Luis. Vanas ideas de perfeccion, que bajo pretexto de elevar el hombre hasta Dios le dejais sumergido en sí mismo, y le formais de la pureza sublime de su virtud, la seguridad de su liberlande; sistema nuevo de oraciones, desconocido á la sencillez de la fe, y que pones la tranquilidad ociosa y el fanatismo de tus súplicas en lugar de los deberes y de la actividad prescrita por el Evangelio; doctrina impía y ridícula, que tratas de persuadir en secreto que la oracion que por sí sola nos alcanza la gracia de vencer las tentaciones nos da asimismo el derecho de sucumbir á ellas sin crimen; Luis se horrorizaba de vuestras blasfemias; él armó el celo de la Iglesia contra las asechanzas misteriosas que poníais á la piedad; y el gran obispo que, para descubrir vuestras ilusiones, casi se dejó deslumbrar por ellas, seducido mas bien por su amor á la oracion que por las falsas máximas con que se abusaba de ella, se juntó á la voz unánime de los pastores contra él mismo, y dejó un ejemplo al episcopado que salvaria á la Iglesia de muchos escándalos si fuese imitado, y cambió con el candor y la prontitud de su sumision los rayos de la Iglesia que le amenazaban en una abundante lluvia de gracias y de bendiciones: *Fulgura in pluviam fecit.*

El hombre enemigo vela siempre para sembrar escándalos en el campo del Señor. La verdad triunfó de la herejía y del fanatismo; mas la paz que esperábamos no ha llegado aun: *Expectavimus pacem, et non erat bonum.* Los misterios de la gracia en que el orgullo del espíritu humano ha fracasado tan frecuentemente enardecen de nuevo los espíritus; los pastores de la Iglesia, que siempre unidos entre sí no debian jamás tomar las armas sino contra los enemigos exteriores, se dividen como si tuvieran intereses y esperanzas diferentes; los espíritus se irritan, las disputas se animan, por

todas partes no se ven mas que turbulencias y confusion. ¡Gran Dios! ¿á dónde irán á parar esas funestas disensiones? Un siglo entero de disputas ¿no debia al fin enfriar su furor? Las tropas de los filisteos nos cercan; y en vez de reunirnos para rechazar á los infieles, nosotros mismos les damos pretextos especiosos para insultar los ejércitos del Dios vivo. Mas dejemos una materia cuyo solo relato no puede menos que afligir á los hijos de la Iglesia que tienen algun amor á esta madre comun de los fieles; basta para mi objeto decir que Luis no tuvo deseo mayor que el de ver la concordia y la union reinando entre los pastores, la fe sostenida en su pureza, los fieles, léjos de estar divididos entre Pablo, Apolo ó Cefas, unidos únicamente á Jesucristo y á su Iglesia, lo cual fue constantemente el objeto de todas sus empresas. Dios no le concedió el consuelo de ver antes de morir concluidas nuestras tristes disensiones; mas ¡con cuánto dolor las veia perpetuarse en su reino! Las desgracias del Estado le encontraban constante; las disputas de religion marchitaban su corazon y turbaban la augusta serenidad de su semblante; y en el lecho mismo de su dolor y de su muerte, cual otro Teodosio moribundo, los males de la Iglesia le ocupaban mas, le afectaban mas que los horrores de la muerte de que se veia rodeado: *Qui cum jam corpore solveretur, magis de statu Ecclesiarum quam de suis periculis angebatur.*

Todo aquello que podia favorecer los intereses de la Religion adquiria para él un interés de Estado. ¡Con cuánta magnificencia abria su reino y sus tesoros á un rey y á una reina piadosa, que por haber querido colocar la fe sobre el trono de sus ascendientes habian ellos mismos descendido de él! Una nacion valiente, pero borrascosa como el mar que la rodea, y acostumbrada á dar á la Europa espectáculos semejantes, se conmueve, se agita, se subleva, y arroja de su seno tan sagrados depósitos; Luis solo entre todos los soberanos á quienes interesaba semejante ultraje corre á encontrarlos, los enjuga del naufragio, y ofrece un asilo á la Religion y á la monarquía fugitivas; se arma para vengar la majestad de los reyes y la santidad de la fe profanadas en sus personas; atrae sobre sus Estados una liga formidable, y las calamidades de una larga guerra no parecian concluir sino con la monarquía; y si él no tuvo la gloria de volverles su corona, tuvo el mérito de exponer la suya.

Mas si su celo por la defensa de la fe parecia crecer y animarse con su edad, recordad cuáles fueron sus cuidados por el restablecimiento de la piedad en aquellos dias de pecado y de molicie: *Cor-*

roboravit pietatem in diebus peccatorum; y este es el ejemplo que debe el pastor y el padre á sus súbditos.

Vosotros lo sabeis, hermanos míos, la fuente de la regularidad y de la pureza de las costumbres públicas está siempre en el cielo y en la santidad de los obispos, establecidos para que sean el modelo de su rebaño, para que le santifiquen y le apacienten; á los cuidados y á los ejemplos de los primeros pastores está casi siempre unida la salvacion ó la pérdida de los fieles. Penetrado de esta verdad, ¡cuál fue el cuidado de Luis en elegir ministros irrepreensibles! ¡Cuántas precauciones! ¡cuánta delicadeza de conciencia! Los testimonios mas seguros y mas públicos podian apenas bastar para asegurarle en tales elecciones. Mas bien temeroso que orgulloso de un derecho tan brillante unido á su corona, lo miraba como el escollo de los reyes y la carga mas penosa y mas peligrosa de la soberanía. Las intrigas, el favor, la carne y la sangre no eran un derecho en su concepto para poseer los destinos de la Iglesia, que es el reino de Jesucristo. Los servicios mismos, el nacimiento, la larga sucesion de ascendientes no le parecia una vocacion suficiente para un sacerdote de Melquisedec que carecia de genealogía. Él estaba vivamente persuadido de que el episcopado no era un favor temporal destinado á gratificar las familias, sino un don celestial destinado á honrar la Iglesia, dándole ministros capaces de honrar su ministerio, y la exactitud de su religion y de su celo en esta materia llegó muchas veces mas allá tal vez de las reglas.

Él queria que el poder de su reinado no sirviese sino para establecer el reinado de Dios en sus pueblos. ¡Cuánto gozo sentia cuando veia á alguno de su corte volver de los extravíos de las pasiones y emprender una vida conforme á la sabiduría y á la piedad de la suya! Esto era para él como una nueva conquista añadida á sus antiguas victorias. La virtud no era ya en la corte un objeto de irrisión; ella era la que ocupaba los primeros puestos; ella la que se hallaba colmada de honores; ella, en fin, la que facilitaba el acceso al trono y á la confianza del soberano.

¡Días afortunados! vosotros debíais atraer entre nosotros el reinado de la piedad y de la inocencia; y sin embargo jamás ha abundado mas la malicia; y los favores reales otorgados á la virtud no le han dado tal vez mas que bellas apariencias. ¡Oh siglo perverso, todo coopera á tu perdición! Si el príncipe se olvida de Dios, afirma y perpetúa los vicios; si favorece á los justos, multiplica los hipócritas.

Mas al fin Luis obligaba á las obras de las tinieblas á ocultarse y á no insultar la luz; el desórden no estuvo ya de moda; y si él no contruvo su curso, le quitó al menos la ostentacion y el escándalo.

La licencia de un teatro extranjero donde, con menoscabo de las costumbres públicas y de la cultura de la nacion, las obscenidades mas groseras reunian á los grandes y á los pequeños; donde el vicio hablaba un idioma de que nuestra misma lengua se ruboriza, y donde hasta el bello sexo iba á aplaudir públicamente ciertas indecencias que eran como insultos solemnes hechos á su pudor; una licencia tal fue proscrita, y los escombros de esta escena impura elevaron á la piedad de Luis un monumento mas inmortal que habian elevado á su gloria los muros destruidos de tantas ciudades conquistadas.

Al destruir las escuelas del vicio, ¡qué asilos tan hermosos no erigia á la piedad! Vos lo enseñaréis á nuestros descendientes, edificio augusto, en que el valor refugiado consagra al pié de los altares los restos truncados y lánguidos de una vida expuesta tantas veces por salvar al Estado. Vos lo enseñaréis tambien, casa santa, donde el nacimiento y la pobreza dotados salvan igualmente la inocencia del sexo frágil de los peligros, y su nobleza de la vergüenza y de la indigencia.

¡Cuántos establecimientos piadosos veo levantarse bajo su reinado en la capital y en las provincias! El reino de Dios crece y se extiende con el de Luis. Los jóvenes ministros del santuario adquieren en las santas casas, que cada pastor levanta á porfía, ese primer espíritu de ciencia, de fervor, de disciplina y de consejo del tiempo de nuestros padres. Los mismos bosques se llenan de solitarios; y como en el tiempo de los Macabeos muchos se van al desierto, para buscar allí el juicio y la justicia, porque los males y la corrupcion habian inundado las ciudades, y Dios no era ya conocido en ellas: *Tunc descenderunt multi quærentes judicium et justitiam in desertum, quoniam inundaverunt super eos mala*. Muchas obras llenas de doctrina y de luz aparecian para fomentar la piedad de los fieles. Nuestros descendientes, que al remontarse hasta este siglo encontrarán en él renovados los primeros monumentos de la ciencia y de la piedad, bendecirán el reinado de Luis, recibirán la gracia que nosotros hemos desechado, y encontrarán en esas fuentes debidas á sus cuidados y transmitidas de edad en edad las reglas de las costumbres, la justicia y la salvacion que nosotros no hemos podido encontrar en sus ejemplos mismos.

¿Qué era lo que estaba reservado á una piedad tan fiel á Dios, tan celosa por la Iglesia y tan útil á los pueblos, sino una corona de justicia, todavía mas brillante que la que él habia recibido de sus antepasados, y una muerte todavía mas gloriosa para la gracia y mas heroica que su vida?

No, hermanos míos: el origen del verdadero heroísmo y de elevacion de sentimientos está en la fe; el mundo no ha formado jamás sino falsos héroes, y la muerte, que nos presenta siempre tales como somos, descubre al fin en ellos una timidez que los deshonra, ó una ostentacion de firmeza todavía mas débil y mas despreciable que su temor, porque es mas falsa.

Luis muere como rey, como héroe y como santo. Un decaimiento repentino quebranta los fundamentos, al parecer inalterables, de una salud á quien la edad, las aflicciones y los cuidados laboriosos de un largo reinado habian respetado hasta entonces. Él habia vivido mas que suelen vivir los reyes, y nos prometia vivir aun mas de lo que suelen vivir los demás hombres; él habia visto nacer á nuestros padres, y parecia que estaba reservado á nuestros nietos el verle morir. Todo aquello que nos halaga nos parece siempre que debe ser eterno.

Mas Dios, cuyo reinado es el único que no tendrá fin, y que habia ya impreso dentro de él los caractéres indelebles de la muerte, los ocultaba todavía á las luces del arte y á las vanas esperanzas de una corte á quien alucinaba todavía la bondad de su temperamento. Mas al fin el secreto de Dios se declara; la muerte oculta en el interior deja ver exteriormente los signos infalibles que la anuncian; no se puede ya desconocerla; su lentitud aumenta aun los horrores de los síntomas. Luis solo la ve con ojos tranquilos. En medio de los sollozos de sus antiguos y fieles servidores, de la consternacion de los príncipes y de los grandes, y de las lágrimas de toda su corte, Luis encuentra en la fe una paz, una firmeza y una grandeza de alma que el mundo no puede dar. «¿Por qué lloras?» dijo á uno de los suyos á quien vió sumergido en llanto, «¿habias creído que los reyes eran inmortales?»

Este Monarca, rodeado de tanta gloria, y que veia en torno suyo tantos objetos capaces de despertar sus deseos ó su ternura, no echó ni aun una mirada de disgusto sobre la vida; no le quedan ni aun esas incertidumbres que muestran todavía la vida al moribundo, y que mezclan al menos á los tristes presentimientos del temor las dulzuras de la esperanza. Él sabe que su hora es llegada, y que no

le queda recurso alguno; y conserva no obstante en el lecho del dolor aquella majestad, aquella serenidad que se habia visto en él en los días de su prosperidad sobre el trono; él arregla los negocios del Estado, que no le interesan ya, con el mismo cuidado y con la misma tranquilidad que si principiase á reinar: y la vista segura y próxima de la muerte no le causa el disgusto ni el horror de pensar en lo que va á dejar, que es mas bien una desesperacion secreta de perderlo, que una señal de no amarlo ya. Los Sacramentos de los moribundos no tienen para él ese aire sombrío y lúgubre que de ordinario los acompaña; son por el contrario misterios de paz y de magnificencia, y no es este uno de esos momentos rápidos y únicos en que la virtud viene con toda su fuerza, y encuentra en la corta duracion del espantoso espectáculo el recurso de su firmeza; los días tristes y las noches laboriosas se prolongan, y la intrepidez de su virtud parece crecer y afirmarse sobre los restos de su cuerpo terrestre. ¡Cuán grande es el hombre cuando lo es por la fe!

La vista fija y segura de la muerte, sostenida por muchos días sin flaqueza, pero con religion; sin filosofía, pero con una majestuosa firmeza; sin querer excitar la ternura ni la admiracion de los espectadores; no deseando interesarlos en su pérdida por sus lamentos, ni atraerse sus elogios por su constancia mil veces mas grande que lo que aparentaba serlo. Acudid á este espectáculo, censores frívolos y constantes de su virtud, que tal vez habíais tratado su piedad de flaqueza, y veréis si la vanidad no haria alarde de todo lo que la gracia obra de grande en Luis en sus últimos momentos. La vanidad jamás ha tenido sino una apariencia de grandeza; la gracia es la que es grande en realidad.

Él reúne en torno de su lecho, como otro David moribundo, cargado de años, de victorias y de virtudes, los príncipes de su augusta sangre y los grandes del Estado. ¡Con cuánta dignidad sufre el espectáculo de su desolacion y de sus lágrimas! Él les recuerda, como David, sus antiguos servicios; él les recomienda la union y la buena inteligencia, cualidades tan raras bajo un príncipe niño; los intereses de la monarquía, de que son el ornato y el mas firme sosten; él les exige para con su hijo Salomon por la flaqueza de su edad el mismo celo y la misma fidelidad que tanto les habia distinguido siempre en su reinado. Jamás se presentó él mas verdaderamente rey; esto consistia en que él estaba ya en el cielo, y en que el reinado del justo es todavía mas grande y mas glorioso que el de los reyes de la tierra.

En fin, el jóven Salomon, el augusto príncipe es llamado. Luis ofrece al Dios de sus padres este resto precioso de su régia stirpe; este infante, salvado del naufragio, que le recuerda la pérdida todavía reciente de tantos príncipes, y que sus oraciones y su piedad conservaron sin duda á la Francia. Él pide para él á Dios, como David para su hijo Salomon, un corazon fiel á su ley, tierno para con sus pueblos, celoso por sus altares y por la gloria de su nombre: *Salomoni quoque filio meo da cor perfectum, ut custodiat mandata tua.* Él le deja como una herencia todavía mas preciosa que su corona las máximas de piedad y de sabiduría. «Hijo mio, le dice, «vos vais á ser un gran rey; pero acordaos que toda vuestra ventura dependerá de estar sumiso á Dios y del cuidado que tengais de «aliviar á los pueblos. Evitad la guerra, no sigais en esto mis ejemplos; sed un príncipe pacífico; temed á Dios, y mirad por vuestros «súbditos.» Él eleva sus manos al cielo, como los Patriarcas en el lecho de la muerte, y derrama sobre su hijo, con sus votos y sus bendiciones, las lágrimas que escapan á su ternura, ó al gozo que tiene por ir á poseer el reino eterno que le está preparado.

¡Volveos, pues, al seno de Dios de donde habeis salido, alma heroica y cristiana! Vuestro corazon está ya donde está vuestro tesoro. Romped esos débiles lazos de vuestra mortalidad que prolongan vuestros deseos y que retardan vuestra esperanza: el dia de nuestro llanto es el dia de vuestra gloria y de vuestros triunfos. Que los Ángeles tutelares de la Francia salgan á recibirlos para conducirlos con pompa al trono que os está destinado en el cielo al lado de los santos reyes vuestros antepasados Carlomagno y san Luis. Id á uniros con Teresa, Luis y Adelaida que os esperan, y enjugad con ellos en el trono de la inmortalidad las lágrimas que habeis derramado sobre sus cenizas, y si, como lo esperamos, la santidad y la rectitud de vuestras intenciones han suplido delante de Dios lo que puede haber faltado durante el curso de un reinado tan largo al mérito de vuestras obras y á la integridad de vuestra justicia, velad desde vuestra morada celestial sobre un reino que dejais en la afliccion, sobre un rey niño que no ha tenido la dicha de crecer y formarse á vuestra vista y con vuestros ejemplos, y alcanzad el término de las desgracias que nos abaten y de los crímenes que parecen multiplicarse con nuestras desgracias.

Y Vos, ¡oh gran Dios! volved desde el cielo vuestros ojos de misericordia sobre esta monarquía desconsolada, donde la gloria de vuestro nombre es mas conocida que entre las otras naciones, don-

de la fe es casi tan antigua como la corona, y donde ha sido siempre tan pura en el trono como la sangre de nuestros reyes que le han ocupado. Defendednos de las turbulencias y disensiones, á las que casi siempre entregais la infancia de los reyes; dejadnos al menos el consuelo de llorar pacíficamente nuestras desgracias y nuestras pérdidas. Extended las alas de vuestra proteccion sobre el niño precioso que habeis puesto al frente de vuestros pueblos; este augusto vástago de tantos reyes, esta víctima inocente, única que escapó de los dardos de vuestra cólera y de la extincion de la régia estirpe. Dadle un corazon dócil á las instrucciones que van á ser sostenidas con grandes ejemplos, á fin de que la piedad, la clemencia, la humanidad y tantas otras virtudes como van á presidir su educacion se extiendan sobre todo el discurso de su reinado. Sed Vos su Dios y su Padre, para enseñarle á que sea el padre de sus súbditos; y conducidnos á todos reunidos á la eterna felicidad. Así sea.

ORACION FÚNEBRE

DE LA REINA

D.^a MARÍA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA.

Exemplum virtutis, et fortitudinis.
(II Mach. vi).

Fue ejemplar de virtud y fortaleza.

Con espíritu oprimido, con corazon angustiado, con lengua balbuciente, con manos trémulas, con ojos lagrimosos, y como un hombre poseido de afliccion y de tristeza, me presento hoy en este púlpito á pronunciar la oracion fúnebre, pero justísimamente debida á la memoria de la reina mas amable que ha conocido la España en muchos siglos: la Sra. D.^a María Josefa Amalia de Sajonia, hija del príncipe Maximiliano, sobrina del rey Federico Augusto, parienta muy cercana del emperador Francisco José, entroncada con las nobilísimas casas de Austria, de Lorena, de Francia, de Nápoles y de España, y enlazada con casi todas las testas coronadas de Europa; y lo que hace su mayor gloria, dignísima esposa de nuestro augusto y adorado monarca el Sr. D. Fernando VII. Esas negras bayetas que cubren y enlutan las paredes de este templo; esas hachas y blandones que arden y se exhalan en humo; esas armas, cruces, empresas, trofeos y blasones que indican su existencia pasada, y nada nos dicen de su estado presente; ese magnífico y suntuoso cenotafio, monumento vacío de verdad, pero lleno de desengaños; el incruento sacrificio del Cordero divino que acaba de ofrecerse al Eterno en sufragio de su alma y en expiacion de sus culpas; todo esto nos está diciendo: que finó ya D.^a María Josefa Amalia, y hemos perdido á nuestra gran Reina. Pérdida inconsolable, pérdida para todos los buenos españoles la mas sensible y dolorosa, y para mí la mas afligente y amarga. Es para los españoles del mayor sentimiento, porque todos han perdido una reina incomparable, una soberana la mas amante de sus vasallos, una madre la mas tierna para sus hijos, una mano bien-

hechora y liberal para los pobres, una consoladora para los afligidos, una regla de las costumbres, y un modelo de todas las virtudes. Es pérdida para mí de la mayor amargura, ó bien la considere como particular persona, ó bien la mire como otro de los individuos del estado eclesiástico, al que pertenezco por mi vocacion y mi destino. Como persona privada me robó las atenciones desde el dia en que la ví y tuve el honor de besar su real mano en la ciudad de San Felipe. Advertí desde luego en la Señora una humanidad tan afable, que me rindió el corazon; una humildad asombrosa, ejemplar, edificante, que no podia dejar de ser un don del cielo; una modestia encantadora, y un conjunto de prendas naturales y de virtudes cristianas, que con un magnetismo irresistible arrastraron mi alma y todas mis potencias. Como miembro del estado eclesiástico y religioso tenia robustísimos motivos para quererla y amarla, por estar bien informado de sus ideas y sentimientos á favor de los ministros del altar, que la merecian las mas altas consideraciones, y que á los influjos de este astro luminoso, y bajo los auspicios de tan poderoso brazo, bien podíamos descansar y vivir seguros y tranquilos.

Pero si á todos nosotros llega este sensibilísimo golpe, ¿qué podremos decir de nuestro augusto Monarca, el mas tierno de los esposos, y justamente enamorado de su María Josefa Amalia? La muerte prematura de esta Princesa ha herido su corazon con una herida que le hará derramar lágrimas de sangre cuanto tiempo viva sobre la tierra: herida cruel, tanto mas penetrante cuanto menos esperada; herida, cuyo dolor no admite lenitivo, sino levantando los ojos á Cristo crucificado, árbitro de la suerte de los mortales, Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion. En suma: el Rey nuestro señor ha perdido una esposa la mas cumplida, y que sola ella podia llenar el vacío que dejó la grande Isabel de Braganza. Los ejércitos han perdido una Belona guerrera que daba vigor á las armas en defensa de la nacion y de la patria, inexorable con los rebeldes, y la mas compasiva con los rendidos: los magistrados han perdido una Astrea incorrupta, protectora de la justicia templada con la misericordia: los literatos han perdido una docta Minerva directora de las ciencias y de las artes, y justa estimadora de los ingenios y de los méritos: los labradores han perdido una Ceres y una Flora que se deleitaba en el cultivo de los campos, y en el aseo de las plantas y de las flores: los eclesiásticos han perdido una nueva Ana solícita en la magnificencia y decoro

del santuario, y toda consagrada al servicio del templo : las Órdenes religiosas han perdido una patrona declarada y decidida de los institutos monásticos, fomentadora de la regular disciplina, y ansiosa de ver renovado el primitivo fervor de nuestros fundadores : los pobres, finalmente, han perdido aquella Tabita, ó aquella Dorcas del tiempo de los Apóstoles empleada en hacer túnicas y vestidos para cuantos gimen bajo el pesado yugo de la indigencia.

¡ Oh María Amalia ! ¡ y cómo será posible que no te lloren todos los españoles , estrella benéfica para todos ! ¡ cómo será posible que tu imagen se borre jamás de mi memoria ! ¡ Oh muerte ! ¿ cómo te atreviste á esgrimir el acero contra esta inocente criatura , ornamento de su sexo y gloria de nuestra España ? Parcas crueles , no merecía mi Reina que cortáseis intempestivamente el hilo de su vida , sino que los cielos prolongasen su existencia por los siglos de los siglos . Yo te lloraré , Reina amable , mientras mi espíritu animará mi carne , y tu adorado retrato le tendré siempre grabado en medio de mi corazon . Pero demos algunas treguas , señores , al dolor y sentimiento , y sírvanos de consuelo el creer piadosamente que su alma descansa en la mansion de la paz por el mérito de las virtudes que practicó en este mundo ; y cuya relacion sencilla , humana é histórica os voy á hacer en este rato , sin querer prevenir el juicio de la Iglesia , ni oponerme á los decretos pontificios , especialmente de Urbano VIII . Os presentaré , pues , á nuestra difunta Reina como un ejemplar de virtud y fortaleza , y como un espejo en que debemos mirarnos : *Exemplum virtutis , et fortitudinis* . Ejemplar de virtud , por las muchas que adornaron su alma en medio de la corrupcion del mundo . Ejemplar de fortaleza , por su firme adhesion á la doctrina católica en medio de las pestilentes novedades del siglo . Nada mas . Escríbase este elogio , y transmítase á la posteridad , y las generaciones futuras alabarán al Señor : *Scribantur hæc in generatione altera , et populus qui creabitur , laudabit Dominum* .

Primera parte.

¿ Se habrá huido la virtud de nuestra España , ó se avergonzará de habitar en su propia patria ? Esta rica mercadería ¿ habrá padecido naufragio en la general inundacion de los vicios que en esta infeliz época tienen anegado el mundo , ó se habrá subido al cielo de donde vino , al ver que no puede fijar el pié sobre la tierra ? yo no puedo adherir á estas ideas desoladoras . Convengo en que se ha

resfriado en gran parte el fuego de la caridad cristiana y la rectitud de los primeros fieles; pero no se ha extinguido la llama del amor divino, y no faltan pechos generosos y almas escogidas en quienes arde este celestial incendio. En medio de las ciudades nefandas y de gente sin conciencia, sin Dios y sin ley, se ven todavía familias incontaminadas como las de Abraham y de Lot, que no tienen parte en las abominaciones de Sodoma, y se preservan del contagio voraz que todo lo consume: aun nos ha dejado el Señor por su misericordia semilla de buenos frutos, y no son tan raros como se piensa. Una fe vendada pero firme á las decisiones del Vaticano; una estrecha union con la suprema Cabeza de la Iglesia; una confesion unánime y sostenida de todos los dogmas recibidos de nuestros mayores; un Bautismo que borra la mancha original; un tribunal de reconciliacion y de paz que restituye la gracia perdida; un Sacramento de vida reservado en los altares, alma de la religion que profesamos, y prenda de la gloria que se nos ha prometido; estos y todos los demás artículos de nuestra creencia están con tal tenacidad fijados en el corazon de los españoles, que primero les arrancarán las entrañas que pongan duda en ninguna de estas verdades. De aquí por precision ha de nacer el torcedor de la conciencia en la transgresion de la ley, el recuerdo de la muerte, el temor de la cuenta, el horror del juicio, el espanto del infierno, y un fuerte freno á la disolucion del hombre. De aquí ha de nacer, y de aquí nace el conocimiento de nuestra fragilidad y de nuestro barro, la indispensable necesidad de implorar la divina clemencia por el arrepentimiento y humilde confesion de nuestras culpas, la esperanza en la divina bondad, la mediacion de los Santos, la devocion á la purísima Virgen, Madre de todos los pecadores, y todos los ejercicios piadosos, cuya práctica la vemos tan frecuentada en todo estado y condicion de personas.

Pero yo lo tengo de decir como lo siento, amados oyentes. Todo este cúmulo de obras buenas, cristianas, devotas y religiosas, en ninguna clase las veo brillar ni con mas esplendor, ni con mas exactitud, ni con mas edificacion que en la alta jerarquia de la nobleza española. Parece que tengan por herencia estos señores no tanto sus pingües mayorazgos, como el rico patrimonio de la fe y del Evangelio que les dejaron sus progenitores. Y si damos un paso mas elevado al trono de nuestros reyes, y singularmente al de nuestro idolatrado Fernando, ¡qué ejemplos no hallaremos de catolicismo, de religiosidad, de moderacion, de munificencia, de ele-

mencia, de justicia, de piedad, y de cuanto constituye un acabado y perfecto monarca, no solo en la línea política, sino con respecto á la religion de Jesucristo, que es la base de su imperio! Sola la circular de nuestro piadoso Príncipe dirigida á los Obispos y Superiores de las Órdenes regulares, excitando el celo de todos á predicar, argüir, increpar y declamar contra los vicios mas enormes é indecorosos, que nunca faltan en una monarquía tan vasta, concubinatos, adulterios, perjurios, blasfemias, sacrilegios, y otros crímenes de igual bulto; estos deseos, digo, de exterminar de su reino tales abominaciones, son el testimonio mas auténtico de la rectitud de su real corazon por la pureza de la moral evangélica.

¿Y acaso este trono tan augusto, tan ejemplar, tan lustroso, elevado sobre todos los tronos, el embeleso de las naciones, y la envidia de la Europa, le empañaría D.^a María Josefa Amalia con algun borron ó tizne traído de los países del Norte? ¡Ah, hermanos míos, qué es lo que he dicho! No: nuestra difunta Reina léjos de traer á la España la funesta caja de Pandora, ni algun miasma pestífero, ni algun hálito dañino y pegajoso, trajo la urna de oro llena de aromas y olorosos perfumes, tanto al agrado de Dios, como al gusto de su católico esposo. Gran campo se abre ya á mi discurso al hablar de esta esclarecida Princesa: no sé si podré recoger todas las espigas de esta mies escogida, ó surcar las aguas de este piélago inmenso. Sus virtudes se agolpan y ejecutan á porfía mis elogios; pero al mismo tiempo me han embarazado la pluma y ahora me embarazan la lengua. Desde que tuve la dicha de ver á S. M., los bellos lineamentos de su cuerpo me sirvieron de horóscopo para presagiar la belleza de su alma, y sin ser profeta vaticinar sus bondades. Una reina humilde, una reina modesta, una reina prudente, una reina devota, piadosa, religiosa, benéfica, sin rastro de soberbia, de altanería ni de orgullo; sin ostentacion de majestad, de soberanía ni de imperio, la calificué por una santa: tal me pareció por entonces, y tal se ha mostrado siempre en su corto reinado María Josefa Amalia. No haberle encontrado mancha á esta luna llena los mas largos telescopios, quiero decir, los genios sañudos, indigestos y mordaces, que no perdonan al mismo sol en sus malignas sátiras y censuras, no deja de ser un fenómeno raro que tiene pocos ejemplos. Yo ya conocia á la Sajonia, antes que el hombre enemigo sembrase la zizaña en aquel florido reino, por un hermano de mi hábito sucesor de mi patriarca Domingo en el generalato de la Orden, el bienaventurado Fr. Jordan, recién-

temente colocado en los altares por el difunto pontífice Leon XII : ahora la conoceré mas por la escogida rosa que ha brotado de esta nueva Jericó. Ilustre ciudad de Dresde, dichosa cuna de mi soberana, no me lleva la atencion ni el claro Elba que te riega y fertiliza, ni los soberbios palacios y suntuosos monumentos de la antigüedad que te adornan y engrandecen, ni las quintas, granjas y jardines que embalsaman el aire con su fragancia; solo María Josefa Amalia es el objeto de mi admiracion, de mi amor y mi respeto: y si he tomado en mi boca tus alabanzas, es por el precioso fruto que has producido, y por habernos dado una reina que no solo ha llenado, sí que ha superado, nuestras esperanzas.

¿Pero qué mucho, señores, si la cultura de esta excelentísima planta desde sus mas tiernos años fue obra de un hombre grande, sábio y erudito en todos ramos, y sobre todo lleno de la ciencia de la Religion, y dotado de especial dulzura y gracia en la direccion de las almas? Hablo de un hijo del grande Ignacio de Loyola, el Padre Grachi, confesor de varias personas reales de Sajonia, y que acompañó á la Reina hasta Bayona en su viaje para España. ¡Qué lecciones no recibió la hermosa niña de tan excelente maestro, de catolicismo, de piedad, de temor á Dios, de horror á los vicios y á cuanto tuviese sombra de pecado! Á esta severa disciplina debió ciertamente nuestra Reina aquellos vivos deseos de conservar ilesa la estola de la gracia hasta el último aliento de su vida. El Padre Grachi, que conocia muy bien los riesgos de la elevacion, tembló al saber el sublime destino de la Princesa, y si bien la felicitó por su exaltacion al trono de las Españas, no dejó al despedirse de inculcarla y repetirla mil veces entre afectuosas ternuras, entre suspiros y lágrimas, que se acordase de la pura leche que habia destilado en sus labios, que huyese de toda culpa mas que del mismo infierno, y que apreciase la gracia del Señor sobre todos los honores del mundo. ¡Oh boca de oro! ¡oh solícito é interesado maestro! no temas de tu amada discípula. María Josefa Amalia, aunque no lleve consigo gran comitiva, ni pomposo tren y acompañamiento, llevará á su lado un Querubin con espada en mano que guardará el paraíso de su alma para que no le asalte ni le inficione el venenoso silbo de la serpiente.

Permitidme, oyentes, un inocente desahogo de mi pecho, un rasgo de imaginacion inflamada del amor á mi Señora, pues le son debidos de justicia todos los esfuerzos de mi corto talento. Me imagino, pues, que al saber el coro de las Virtudes la marcha de la Rei-

na al occidente del globo, se aprestaron todas con sus hermosas y variadas libreas para acompañar y hacer la corte á la esposa, y celebrarla con ella el feliz himeneo. La fe se presentó con su velo blanco, la esperanza con su ramo verde, la caridad con su cinta encarnada, la religion con sus inciensos, la prudencia con su peso, la justicia con su balanza, la fortaleza con su broquel de bronce, la templanza con su compás ajustado, la pureza con su cristal terso, el recato con su cadena dorada, la beneficencia con sus manos abiertas, la compasion con su corazon llagado. Todo este escuadrón simbólico de doncellas celestiales acompañaron á la Reina, y se tomaron el cuidado de defenderla de todo maligno insulto. La fe la hizo luminosa, la esperanza alentada, la caridad amante, la religion devota, la prudencia circunspecta, la justicia equitativa, la fortaleza firme, la templanza moderada, la pureza limpia, el recato detenida, la beneficencia franca, la misericordia dulce; y todas la prestaron sus galas para hacerla agraciada y hermosa sobre las hijas de los hombres. ¡Qué bellos son tus pasos, hija del Príncipe *Quam pulchri sunt gressus tui, filia Principis!* Disimulad este mi pensamiento, que aunque toca en figurado y poético, nada tiene de falso ni de hiperbólico.

¿No habeis visto á la aurora cuando asoma por el oriente ahuyentando la lóbreguez de la noche, y trayendo la claridad del día cómo alegre con su luz los cielos y la tierra, dora los montes, brillantea los valles, regocija los prados, vivifica las plantas, rocía las flores, las aves trinan, los corderillos retozan, el pastor canta, el labrador se apresta, y todo se reanima, y se embellece, y se renueva con su presencia? pues á este modo María Josefa Amalia, aurora de la España, luego que pisó nuestro suelo, derramó en este sus luces y sus dulces influencias, arrebató los ánimos con su vista, y dieron todos mil parabienes á su venida. Desde los Pirineos hasta la corte se vió una calle animada, una carrera inundada de gentes de todas clases y sexos, salidas de las ciudades, de las villas, de los pueblos y de las aldeas, que no sabian con qué expresiones saludar á este resplandeciente lucero. Viva María Amalia, decian, viva la Reina de España, viva por siglos y por eternidades. Ni hubo menester esta jovencita Princesa valerse de sendas tortuosas, de embelecos y artimañas para insinuarse en el pecho de su esposo y ganarle el corazon; su mismo candor é inocencia hicieron mas impresion en el espíritu del Monarca, que mil disfraces y maneras estudiadas. Al punto conoció el Rey el gran tesoro que habia trai-

do á su palacio, y cuán acertada habia sido su eleccion en la compañera de su tálamo y de su trono; la miró con la mayor afectuosidad y ternura como Asuero á la hermosa Ester, y no solo extendió sobre ella la vara de su clemencia, sí que conglutinó su alma con la de la esposa, al modo que Jonatás con David, con tales nudos, que esta fuerte y dulce lazada no la ha podido romper sino la muerte. El amor de María Amalia con Fernando VII ha sido como el de Sara con Abraham, el mas afectuoso pero el mas rendido, pendiente de su boca como de un hilo de oro, explorando su voluntad y su gusto, y honrándole como á su señor y su dueño, que es la expresion del Apóstol: *Dominum eum vocans*. Y si la célebre Porcia decia, que fuera de su marido Marco Bruto nada la solicitaba en Roma; á María Josefa Amalia nada la llenaba en España sino solo su Fernando. María Amalia, cual otra D.^a Isabel con Fernando V, siguió fielmente todos los pasos de su amado, bien ásperos y espinosos, y dejando para el esposo algunos breves intervalos de quietud y de placer, si acaso los ha tenido, se reservó para sí sola las hieles y amarguras de la parte mas querida de su alma. ¿Quién podrá referir sin lágrimas cuáles y cuántos fueron los disgustos, los sentimientos, los sinsabores, los pesares de esta angustiada Señora en las trágicas escenas y tropelías de su Fernando? en su arrastre violento, temerario, desatento y osado de Madrid á Sevilla, y de Sevilla á Cádiz por unos lobos hambrientos que no intentaban menos que despojarle de los imprescriptibles derechos de su corona? El cielo calmó y serenó esta borrasca que escandalizó al mundo; pero no contribuyó poco la afligida Reina á la serenidad y á la calma. Sin comer, sin dormir, sin desnudarse pasó en claro los dias y las noches postrada á los piés de Jesús crucificado, y con las lágrimas de sus ojos, con los gemidos de su pecho, con las ardientes súplicas de sus labios obligó al Dios de las misericordias á usarla con su esposo atribulado. No fue esta mujer amante, como la mujer de Job, que mas le afligió con sus necios reproches: fue una Abigail prudente, eficaz y poderosa, ó una Cananea oportunamente importuna que alcanzó del Señor cuanto pedia. En vista de estos oficios de una esposa verdadera, no ha dudado un personaje de mérito llamar á nuestra Reina el Ángel tutelar de Fernando VII, añadiendo que por siempre será grata la memoria de tan digna Princesa, y el recuerdo de sus virtudes servirá de honor á la España y de consuelo á los buenos; y yo me extiendo á decir que fue la madre y la consoladora de todos los afligidos: *Consolatrix afflictorum*.

Sí, señores : despues del amor al Rey su esposo, ocupó su corazon el amor á sus vasallos, á sus queridos y afligidos españoles, objetos de su mayor cariño. Familias vergonzantes, nobles caidos de su grado, militares menesterosos, casas de beneficencia, enfermerías, lazaretos, hospitales, inmenso campo á la caridad cristiana: para el socorro de tantos infelices no bastan las riquezas de Midas, de Tolomeo, de Craso ni de Creso; pero bastan las de María Josefa Amalia. Por una especie de mágia que todo lo convierte en oro, parecia que Dios multiplicaba los tesoros en las manos de esta Reina, manos que destilaban mirra, manos, como las de la esposa, torneadas y llenas de jacintos. Nuestra Reina repartia á manos llenas, y siempre tenia llenas las manos. Su bolsillo secreto, cuanto la regaló su augusto padre, las régias dádivas de su esposo, sus mismas joyas, alhajas, perlas, diamantes, y todos sus aderezos de un valor incalculable, todo lo invertia en limosnas, y su caridad favorecida del cielo hallaba en sí misma una mina inagotable, mas rica que la del Potosí. Sacerdotes necesitados, vosotros fuísteis los primeros á beber las aguas de consolacion de esta copiosísima fuente, porque vosotros ocupábais el primer lugar en el corazon de la piadosísima Reina. Además, el niño expósito, el huérfano, el pupilo, la religiosa pobre, la viuda desamparada, todos acudian á la comun madre de todos, y todos recibian largos efectos de su larga beneficencia : ahora dos mil, ahora cuatro mil, ahora seis y siete mil reales; ya el dote para la doncella, ya el gasto para las tomas de hábito, ya paños y ropas ordinarias para los mendigos, ya lienzos bien finos y bien costosas telas para ornamentos del culto, y muchas cosidas, respunteadas y bordadas por sus propias manos. El número de misas que hacia celebrar por los fieles difuntos se pierde y no alcanza la aritmética por tocar en la raya del infinito. El mayordomo y la camarera mayor de esta gran Reina nos dirian algo de sus increíbles profusiones, si la Señora no les hubiese estrechamente prohibido el publicarlas : porque enemiga de que se tocase la trompeta de las buenas obras, no queria que la mano siniestra supiese lo que hacia la derecha. Constituida enfermera mayor y protectora de las Hermanas de san Vicente Paul, no es fácil manifestar las mejoras de este pio establecimiento bajo los auspicios y poderoso influjo de nuestra Reina, la vigilancia, el cuidado, el aseo, la limpieza, la asistencia y el consuelo. Pero no extraño nada cuando veo á S. M. misma, para animar al ejemplo, asistir con frecuencia al hospital de las incurables, corriendo de cama en

cama, teniendo en sus manos la toalla, arreglando la ropa de las enfermas, y sirviéndoles el desayuno. Caridad sin igual, y humildad sin segundo.

La vanagloria, la presuncion, la jactancia, la soberbia, vicios sutiles que penetran el interior mas cauto y mas reformado, no pudieron abrir brecha en el humilde corazon de nuestra Reina. Por grande que apareciese á la vista del mundo, á sus propios ojos era la mas despreciable de las criaturas. Cuando su padre le dió la nueva de su eleccion en Reina de las Españas no se exaltó su corazon, ni se ensoberbecieron sus ojos: *Non est exaltatum cor meum, neque elati sunt oculi mei*; antes bien se ruboró, se abatió, se confundió en sí misma, redobló sus oraciones, consultó con el Señor este elevado destino, y se entregó toda en manos de su providencia. Los aplausos que la tributaban las gentes le parecian ilusion de los sentidos, ó tramas del enemigo para seducirla. Ni el cortejo de los grandes, ni los homenajes de los áulicos, ni los obsequios de las señoras tituladas, ni el profundo rendimiento de sus damas y servidumbre, excitaron humos malignos en su cabeza, ni su lengua profirió jamás palabra que aludiese á calidad de sangre, á blasones y linajes. Esto le parece á san Gregorio mas admirable que resucitar los muertos; y san Alberto Magno añade, que para no turbarse en medio de tanto incienso es menester aquella especial virtud que los teólogos llaman *mavorcia*, que entre vivas y aclamaciones conserva tal igualdad y consistencia, como una robusta y profunda encina agitada de los vientos. Formada del polvo de la tierra como sus semejantes, llamaba esta alma humilde á la podredumbre su padre, y á los gusanos su madre y su hermana: *Putredini dixi, pater meus es, mater mea et soror mea vermibus*. Antes de morir llamó al Rey para pedirle una gracia, y fue: *que en vez de vestirla de gala, como era de costumbre, la pusiesen un hábito del Padre san Francisco, y que fuese viejo, raido y desechado, y que no la embalsamasen*; sin duda porque ninguna mano de varon contrectase su cuerpo. Ejemplo pasmoso en una reina de España. Humildad rara en medio de los mayores honores, y castidad admirable en medio de los mayores escollos.

Es la pureza, señores, propia de los Ángeles, y difícil de hallar entre los hombres: siendo moradora del cielo, habita con violencia sobre la tierra; cristal que el menor soplo le empaña, flor que cualquier aire la ofende. Para su integridad y limpieza apenas bastan todas las precauciones, soledad, retiro, clausura, abstraccion,

mortificacion, rigor y penitencia. ¿Y no será una especie de portento la castidad de María Josefa Amalia entre áspides y basiliscos en el gran mundo, en una corte faustosa y resbaladiza, en que apenas se da paso que no sea un precipicio? Mil objetos tentadores solicitaron su corazon; mil Adonis lisonjeros halagaron sus oidos; mil agraciados Narcisos se presentaron á su vista; mil venenos dorados se ofrecieron á sus labios; mil comedias, óperas, conciertos, serenatas, saraos, representaciones mímicas y teatrales presenciaron sus ojos; pero todo este maligno fuego no llegó á penetrar en su cristiano corazon, mucho menos á tiznarla con el hollin de su llama. Tener siempre sobre los ojos un velo impenetrable; en los oidos una cerca de espinas; en la boca una llave de circunstancia, y en el corazon una muralla inaccesible á todo hálito emponzoñado, me parece mas milagro que tocar la pez y no inquinarse, mas que manosear las víboras y no quedar mordido, mas que meterse en un horno encendido y no quemarse un cabello ó una hilacha de la ropa. ¿Quién vió jamás alguna parte desnuda de brazos ó de pechos en el cuerpo de esta honestísima Reina? ¿quién se atrevió en su presencia á proferir palabra menos decente, ó que tuviese visos de libertad y desahogo? ¿quién la vió entablar conversacion detenida con ningun hombre, por mas familiar y confidente que fuese? ¿quién la vió fijar la vista de industria y de propósito ó en militares marciales y lindos, ó en caballeros bizarros, galanes y bien apuestos que tanto llaman la inclinacion ó la curiosidad del otro sexo? Todos estos objetos eran cosa fria ó indiferente para María Josefa Amalia. Abstinencia en la comida, sobriedad en la bebida, velar, leer, rezar, orar de dia y de noche, quitar los colchones de la cama, ó dormir sentada en una silla, reclinada la cabeza sobre el brazo, como se la observó varias veces; ved aquí los medios de que se valió nuestra Reina para conservar la joya de la pureza, además de los indispensables auxilios de la gracia y de los socorros que presta la Religion, en cuya virtud fue excelente y extremada.

El supremo Hacedor que nos ha criado, y de quien todos dependemos; la Luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y de la que todos participamos; el Verbo eterno encarnado, crucificado y muerto, que á todos nos ha redimido con el precio de su sangre, este Dios grande, de majestad infinita, y digno de eternas alabanzas, fue el objeto primario, el único que se llevó siempre la voluntad y el corazon de nuestra Reina. Para ella

no era gran cosa el ser reina de las Españas; su corona, su grandeza y su gloria era ser sierva y esclava del Señor de los Ángeles y Salvador de los hombres. Á los piés de este Dios humanado deramaba su corazon, se exhalaba en suspiros, pasaba largas horas compungida y llorando, volaba como inocente paloma por una esfera mas alta, y no hallaba descanso en sus trabajos, tribulaciones y penas, sino en este centro de su afecto y de su amor. Los triunfos de la religion cristiana, la dilatacion del Catolicismo, la reduccion de los enemigos de la Iglesia á la unidad de la fe, eran todos sus deseos y sus ansias. Cuando se acordaba (y cuándo no se acordaba!) de la especialísima gracia que hizo el Señor á su casa, extrayendo á sus abuelos de las tinieblas del error á la luz de la verdad, del culto sacrílego de Belial á la pura adoracion de Jesucristo, de la perversa doctrina de Lutero á la comunión de la Iglesia romana, rebosaba su alma de una alegría celestial que no le cabia en el pecho. Dígalo el primoroso altar que hizo construir en la iglesia de San Antonio del real sitio de Aranjuez á honor de la Presentacion de la purísima Virgen María, y en memoria de tan soberano favor, á cuya dedicacion puso el sello S. M. con una solemne fiesta. En el templo estaba inmóvil como una estatua, el espíritu recogido, los ojos cerrados, las manos cruzadas, y el cuerpo pegado á la tierra, sin admitir otros tapetes, alfombras ó almohadas que el duro suelo. La menor distincion que se hacia en su persona, aun de rúbrica y de ceremonia, le era displicente y molesta, desviándola con algun ademan ó con el mismo pañuelo. El tropel de las gentes aglomeradas por verla le parecia en aquel sitio un desacato de la Majestad divina, y á las veces se salia de la iglesia por no dar lugar á estas irreverencias. Todo el honor y la gloria la queria para el Rey de los siglos inmortal é invisible, y Rey grande sobre todos los dioses.

Hombres orgullosos y soberbios que afectais divinidad sobre la tierra, y os bebeis los vientos por elevaros dos líneas sobre vuestros iguales; ricos avarientos y endurecidos, que cerrais las manos y las entrañas á los gritos y clamores de los pobres; voluptuosos y lascivos, que os coronais de rosas y flores, y no hay prado por donde no pase vuestra lujuria; mofadores de la santísima religion de Jesucristo, que sus mas piadosas prácticas las graduais de supersticion, barbarie y fanatismo; á todos os afrenta, y os confunde, y os condena mi amabilísima Reina, ejemplar de toda virtud contra la depravacion del mundo: *Exemplum virtutis*. Y además ejemplar

de fortaleza contra las pestilentes novedades y doctrinas del siglo:
Exemplum fortitudinis.

Segunda parte.

Paréceme, oyentes míos, que en estos días tenebrosos en que vivimos se ha soltado el ángel de Satanás que estaba ligado por mil años, según la vision de san Juan, y se han juntado con él un millon de espíritus malvados con el especioso nombre de filósofos, ilustradores, regeneradores, y no sé qué otros dictados, salidos todos del pozo del abismo para infestar la tierra con el humo pestilente que despidе su boca, y seducir las gentes con el veneno falaz de su doctrina. No corre el aquilon con tanta rapidеz del uno al otro polo, ni la mas activa peste contagia con tanta celeridad los reinos y las provincias, como estos genios impostores, embusteros y falsos, discurriendo por todas partes, instilan sus infernales dogmas en entendimientos crédulos é incautos, ó mas bien fascinados y tocados de la misma lepra. Los Doctores católicos, las Universidades, los Obispos, los mismos Pontífices hieren sin cesar con los rayos del anatema estos escritos incendiarios, vergonzosos parlос de las pasiones y arrojос de un espíritu libertino, atrevido, emprendedor, desatinado; pero el demonio con su astucia y su malicia puede mas que el trueno del desengaño y la voz de la verdad. Estas doctrinas varias y peregrinas, como las llama el Apóstol, á veces á cara descubierta, á veces á la sordina, penetran insensiblemente en las corporaciones mas respetables, en las academias mas cautelosas, en los monasterios mas cerrados, en los tribunales, en los ejércitos, y apenas se halla clase á donde no llegue la malignidad del contagio. Lo que lloraba en su tiempo san Jerónimo, que todo el orbe gimió y se admiró de haberse vuelto arriano, podemos nosotros llorar, y tal vez con mas justo motivo, á saber, que no hay letrado de primera tonsura que no pretenda hacerse reformador, novador y filósofo, y sacar del poro de Demócrito, esto es, del molde de su cerebro vacío un mundo nuevo y flamante, ó por decirlo como se debe, un mónstruo horrendo que no tenga piés ni cabeza. Eso del infierno, dicen estos doctores de nuevo cuño, eso del infierno, ¡qué cosa mas dura! una delectacion del momento castigada con una pena eterna, ¡qué cosa mas increíble! eso de la revelacion ¿á quién se ha hecho? los libros canónicos ¿quién los ha escrito? la confesion auricular ¿quién la ha inventado para tormen-

to de las conciencias? ¿que el pecado no se perdonará si no se deposita en la oreja de un hombre? al Papa ¿quién le ha entregado las llaves del cielo para abrirlo ó cerrarlo á su gusto? ¿quién sabe si los astros ruedan sobre nuestras cabezas seis ó siete mil años, ó empezaron sus círculos desde la eternidad? el alma racional ¿quién sabe si es una materia mas depurada que piensa, y al fin se disipa como una aura ténue? ¿quién ha venido del otro mundo á darnos cuenta de lo que allá pasa? Todas estas blasfemias, señores, que horrorizan los oídos, no se contentan con arrastrar al pueblo bajo, tiran tambien á combatir y derrocar el trono, á romper los lazos sagrados que unen los miembros con la cabeza, los vasallos con el soberano, introducir la confusion y la anarquía, y precipitarnos en un abismo de infelicidades con el engañoso cebo de una libertad ideal y quimérica.

¡Desgraciada España en la general convulsion de la Europa, si además de los pastores y ministros vigilantes que celan la pureza de tu fe no hubieras tenido á tu frente las dos firmes columnas de tu creencia! ¡si no hubieras tenido los dos muros de bronce contra las pérfidas baterías de la impostura! ¡si no hubieras tenido un Barac y una Débora que disipasen los temerarios planes de tantos Sísaras! y por decirlo de una vez, si no hubieras tenido un rey como Fernando VII, y una reina como María Josefa Amalia! Quizás á la hora presente te hallarías ya sumida en el hondo caos de la desdicha, sin trono y sin altar, sin imperio ni sacerdocio. Bien presintió la Señora con su espíritu vivo y penetrante, y con una sabiduría del cielo bebida á los piés de Jesucristo enclavado, que era el libro que la enseñaba el camino, la verdad y la vida; bien presintió, digo, los récios golpes que socavaban el cimiento moral de la monarquía española, el huracan violento que discurría por las venas de esta tierra conmovida, y la erupcion estrepitosa que la amenazaba; pero apoyada su diestra en el favor del Rey su esposo, y embrazando el escudo de la fe contra las potestades aéreas, contra la simulada astucia de la serpiente, antes que esta pudiese morder sus plantas, ni vomitar el veneno en el cuerpo místico de la España cometida en parte por divina disposicion á su custodia, con aire marcial y triunfador desarrolló sus espiras, estrujó sus anillos, desunió sus escamas, le desmenuzó los huesos, y le pisó la cerviz, sin dejarla escupir la ponzoña de su lengua. No le faltaron á esta nueva Eva tentaciones solapadas, sugeriones insinuantes, y refinados ardides para que alojase un tanto en la constancia, y diese

algunos pasos atrás en la firmeza; pero María Josefa Amalia en materia de religion no admitia composicion, armisticio ni treguas con su enemigo: no era una caña débil que cualquier aire la dobla; era una roca incontrastable que burla la furia de las ondas: en una palabra, ejemplar de fortaleza: *Exemplum fortitudinis*.

Dotada esta esclarecida Princesa de un talento perspicaz bajo un exterior modesto, versada en las historias, especialmente sagrada y eclesiástica, con un discernimiento exquisito que sabia separar lo precioso de lo vil, de una erudicion nada vulgar aun entre los mismos sábios, con muchos conocimientos en lenguas, en geografia, en la lógica, en la poética, como en esta lo acreditan varias composiciones métricas que nos ha dejado; se halló con un fondo de ciencia rectificada, con un caudal de sabiduría cristiana y religiosa, que no eran capaces á contrastar todas las argucias frívolas y capciosos paralogismos de los charlatanes del dia. Al leer las herejías de los primeros siglos se le estremecía el cuerpo, y no podia sufrir los nombres de Marcion, de Ebion, de Cerinto, de Montano, de Manes, de Apolinar, de Arrio, de Valentino. Al tocar el punto de la virginidad y maternidad divina de la Reina de los cielos, se escandecía su espíritu, y concebía un odio santo contra Helvidio, y Vigilancio y Nestorio. El misterio adorable de la Trinidad beatísima, si no le era mas claro, le era más cierto que la luz del mediodía; y anatematizaba altamente la perfidia de Praxeas, de Neto y de Sabelio. Jesucristo sacramentado, y vuelto bajo el velo de las especies eucarísticas, era el regalo de su alma, y el iman que le arrastraba el corazon y le absorbía las potencias. En su presencia postrada pasaba las mañanas enteras, y muchas horas le parecían instantes fugitivos; su celo se arrebatava contra los que reducian á símbolos y figuras el milagro del amor, y el misterio antonomástico de la fe; se arrebatava, digo, contra un Zuinglio, un Calvino, un Beza, un Ecolampadio, y contra el que juntaba la impanacion con el cuerpo de Cristo, el abominable Lutero.

Lutero... ¿qué dije? se deslizó de la lengua este odioso nombre, y me veo ya precisado á hacer un paralelo de contraposicion entre este famoso, ó mas bien infame heresiarca, y nuestra amabilísima Reina. ¡Martin Lutero! ¡María Amalia! ¡qué contraste! ¡Oh Sajonia, Sajonia, patria de entrambos! no sé si te llame infeliz ó venturosa: patria al mismo tiempo del hombre mas malvado, y de la mujer mas amable del mundo: del cometa mas funesto que se formó de la exhalacion del Cocito, y de la estrella mas luminosa que

apareció sobre el horizonte : del mayor enemigo de Cristo , y de la celadora mas ardiente de las glorias del Crucificado. Lutero lleno de una soberbia luciferina no perdonó ni á teólogos, ni á universidades, ni á obispos, ni á papas, ni á concilios; y erigiéndose en órgano del Espíritu Santo, y en supremo maestro de la Religion y del dogma, trastornó el universo entero, y propagó con la rapidez del rayo el malhadado código de sus blasfemias, no solo por la Sajonia, sino por toda la Alemania, Bohemia, Hungría, Polonia, Dinamarca, Suecia, Bretaña, Holanda, Francia, y hasta nuestra España arribaron las chispas de este tizon encendido. María Josefa Amalia, por el contrario, poseída de un profundo respeto á las decisiones de su madre la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, cautivaba gustosa su entendimiento en obsequio de la fe, y ofrecia el sacrificio de su corazon á la alteza de los misterios revelados inaccesibles á nuestras débiles luces : jamás se vió hija ni mas sumisa ni mas obediente á la voz de los pastores : léjos de discutir las obras de la Omnipotencia cerraba los oidos á las sugeriones de la razon orgullosa. En el Pontífice reconocia y veneraba al mismo Jesucristo, en los Obispos á los Apóstoles, y en todos los sacerdotes á los Ángeles del cielo enviados al ministerio en favor de los que han de recibir la herencia de la salud.

¡Qué abominaciones no salieron de la boca de Martin Lutero contra la justicia inherente, contra el mérito de las buenas obras, contra el libre albedrío, contra la adoracion de los Santos, contra el culto de las imágenes, contra el purgatorio, contra el celibato, contra el sacrificio de la misa, contra las tradiciones, y contra todo lo bueno que hay en el Cristianismo! No se vió jamás hidra de tantas cabezas, ni ponzoña tan activa, que así inficionase el mundo. Pero en María Josefa Amalia halló este jefe rebelado una durísima piedra en que estrellarse los sesos, y un azote formidable á la locuacidad del perverso heresiarca. María Josefa Amalia con una sencillez de paloma protestaba mil veces en alta cara querer vivir y morir en la fe de la Iglesia católica, apostólica, romana, sin desviarse lo mas mínimo de esta infalible regla de su creencia. Invocaba los Santos con toda la efusion de su corazon, á la Reina de los Ángeles la miraba como á su propia madre en todas sus tribulaciones y angustias, como lo pueden publicar á voz en grito Barcelona, Zaragoza y Valencia, testigos oculares de su tiernísima devocion á la Madre de Dios vivo: no podia hablar ni oír hablar de las grandezas de la Señora sin derramar muchas lá-

grimas y derretirse en ternuras. Al incruento sacrificio de la misa asistia como un Ángel llena de temor y temblor, y profundamente humillada ante el trono del Cordero. Al recibir en su pecho el Pan de vida que bajó de los cielos, se quedaba como enajenada y extática, sin saber cómo dar gracias al Eterno por tan inesfables finezas. Huía de toda culpa por ligera que pareciese, ya por el amor á su Dios, ya por el horror que habia concebido al expiatorio fuego del purgatorio. Sabía además que la fe está muerta si no la acompañan las obras; que el hombre goza de libertad expedita y de indiferencia en la eleccion de lo bueno y de lo malo; pero que para lo bueno no se basta á sí mismo, sino que necesita del favor de la gracia. Esta era la fe de María Josefa Amalia nuestra difunta reina; una fe opuesta á todo sentimiento heretical y cismático; una fe ilustrada, una fe firme, una fe sólida, una fe humilde, obediente, limpia y pura, cual la recibió en el Bautismo, sin vacilacion, sin fluctuacion, sin debilidad, sin flaqueza, sin tizne ni lunar que afeasen su hermosura. Religion adorable de mi Señor Jesucristo, dale las gracias á esta hija de tus entrañas, pues que tuvo tanta parte en tu conservacion, en tu esplendor, en tu exaltacion y en tu gloria.

¿Qué dirán ahora esos espíritus díscolos y rebeldes, discípulos del ángel apóstata, enemigos de sujecion y de yugo, turbadores del órden y del sosiego público, hachas encendidas, pero de llama maligna y fuliginosa, que derraman por todas partes la copa de prostitucion de la meretriz de Babilonia, y van sembrando las vanas ideas de independendencia, de libertad, de igualdad, y otros absurdos semejantes, sueños de unas cabezas desorganizadas, y cuyas resultas fueron mas temibles que todas las plagas del cielo y de la tierra? que se nos venden por oráculos y nuevos Catones bajados del cielo, y con las flores de un lenguaje meloso y aliñado vestido á la extranjera, con unos conocimientos muy superficiales en punto de religion, pero con frente osada, y con un tono magistral y decretorio nos aturden los oidos, deciden, fallan, resuelven á diestro y á siniestro, y quieren avocar los juicios del Altísimo al tribunal de una razon dementada? Abrid los ojos, hombres ciegos y alucinados, abrid los ojos al rayo soberano, no pretendais apear lo que está sobre la esfera de vuestros alcances, ni querais saber mas de lo que importa saber. ¿La Iglesia ha hablado? callad, enmudeced, escuchad su voz como de un oráculo que no tiene falencia, rendid la cerviz al yugo de la revelacion, y sabed que fuera de la

Iglesia católica, que es la arca de salvamento, no resta sino muerte y perdición. No busqueis consolatorias á vuestras concupiscencias y desenfrenos; el que sin ley pecó, sin ley perecerá; y el que pecó en la ley, por la ley será juzgado. El alma es inmortal, y nunca muere, digan lo que quieran Epicuro, Lucrecio y Espinosa, y es cosa horrenda caer en manos de Dios vivo. Su juicio ha de ser equitativo segun las obras de cada uno, y la muerte está llamando á la puerta de todos. Un premio eterno para los buenos, y un fuego inextinguible para los malos; esto no tiene escape, ni efugio, ni contraste, ni réplica: y solo una vida cristiana, una vida ajustada, una vida inocente ó penitente puede abrir el pecho á la esperanza, y hacer mirar la muerte sin horror y sin espanto, y aun con tranquilidad, con dulzura y con paz.

Tal ha sido la de nuestra amada Reina, preciosa sin duda en presencia del Señor como la muerte de los Santos. Su enfermedad larga y penosa, pero su resignacion, su conformidad y su paciencia de una heroína cristiana. Á las seis de la mañana del 16 de mayo de 1829 se le administró la Extremauncion, la recibió sin inmutarse, se incorporó en la cama, y dijo á los circunstantes: *Hago el penoso viaje, pero aun no muero, ni moriré hasta la noche*. Con efecto: todo el dia 16 le pasó en fervorosas súplicas, en tiernas jaculatorias, repitiendo muchos pasajes afectuosos y ardientes de los Salmos de David, deshecha en lágrimas de dolor y arrepentimiento, abrazada con un divino Crucifijo; y por último pronunciando aquellas palabras de san Pablo: Para mí el vivir ha sido Cristo, y ahora el morir me es lucro y segura ganancia: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum*; en continuos y repetidos actos de humildad, de contricion, de amor, de viva fe y esperanza, á las dos de la mañana del dia 17 entregó su espíritu al Criador á los veinte y cinco años y meses de su edad. ¡Qué lástima! ¡qué dolor! ¡qué sentimiento! Se cortó la mas preciosa tela, se deshojó la mas hermosa flor, se eclipsó la luna en el lleno de sus luces, y el astro que alegraba á toda España se ocultó para siempre á nuestro horizonte, y nos dejó en oscuridad y en tinieblas. Luego que se divulgó su muerte, los ayes, los suspiros, los clamores, los lamentos hicieron ecos tristes que resonaron en todos los corazones. Empezaron en palacio, se difundieron por la corte, han penetrado los reinos y las provincias, y al llegar á nosotros la infausta noticia, nos ha cubierto á todos de luto, de tristeza, de dolor y de amargura. Si yo me hubiese hallado presente en el lance de su muerte, la hubiese dicho

con la lengua ó con el alma : Subid al cielo, Reina amada, subid al cielo; los Ángeles os esperan y os tienen ya tejida una corona inmortal que ceñirá vuestras sienes por los siglos sempiternos : la Virgen María os dará un estrechísimo abrazo mas dulce que la miel y el panal : el santo rey Fernando os saldrá al encuentro, y os reconocerá por hija propia, porque habeis llenado los deberes de una perfecta reina de la España, su nacion predilecta : arrojad una benigna mirada sobre toda la familia real, que tanto ha sentido la separacion de vuestra dulce y amable compañía, y especialmente tened muy en memoria á vuestro caro esposo y nuestro Rey amantísimo afligido y desolado, que solo le ha quedado la esperanza de veros algun dia en la misma corte que habitais, que es la patria de los escogidos.

Hablo con esta piadosa seguridad, oyentes míos, porque no dudo que mi Reina esté gozando de Dios, en quien siempre tuvo puesto su gozo y su corazon : no dudo que consumada su vida, en breve espacio llenó muchos tiempos, pues no está el punto en vivir mucho, sino en vivir bien : ni tampoco dudo que el haber sido arrebatada en la flor de sus años haya sido una especial providencia, y un efecto de su predestinacion; no fuese que la malicia del demonio, ó el mal ejemplo del mundo, ó el ardor de la carne, mudasen su entendimiento, y la hiciesen perder la inocencia, la justicia y la gracia. El Todopoderoso, cuyos caminos son investigables, conoce bien estos arcanos que se huyen á nuestra capacidad. Á nosotros solo nos toca adorar sus juicios y altísimas disposiciones, y no olvidarnos de rogar al Señor por una Reina que podemos decir ha sido la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel, el honor del pueblo cristiano, y las delicias de todos los españoles; y que exige de justicia no unas demostraciones estériles, sino los mas tiernos y filiales afectos de gratitud : á ejemplo de este real Acuerdo, el que penetrado de los mas vivos sentimientos de religion, de piedad, de respeto, de veneracion, de reconocimiento y de amor á su amada difunta reina D.^a María Josefa Amalia, no ha omitido sacrificio por el bien de su alma, á fin que purificada y limpia, si acaso lo necesita, de toda mácula que pueda haber contraído por la fragilidad humana, vuele á la morada de la felicidad eterna, y descanse en paz.

ORACION FÚNEBRE

DE LA REINA

MARÍA CAROLINA DE AUSTRIA.

Audite ergo Reges, et intelligite...., quoniam data est à Domino potestas vobis, et virtus ab Altissimo, qui interrogabit opera vestra, et cogitationes scrutabitur. (Sap. vi, 2, 4).

Oid, pues, Reyes, y entended... , porque de Dios os ha sido dado el poder, y del Altísimo la fuerza, el cual examinará vuestras obras, y escudriñará los pensamientos.

Si la augusta princesa por cuyo eterno descanso acaban de celebrarse estas exequias fúnebres con tanta pompa y magnificencia hubiera fallecido en su palacio y entre las grandezas y prestigios de una corte brillante; si la muerte la hubiera sorprendido y arrebatado desde el trono al féretro en aquellos dias de gloria, cuando por sus raras prendas y singulares talentos, por su beneficencia y grandeza de alma era la admiracion y el embeleso de sus vasallos, y aun llamaba hácia sí las miradas de la Europa, yo daría principio á su elogio llorando la vanidad é insubsistencia de las grandezas sublunares; y en el idioma austero de la Religion, y con toda la dignidad de mi augusto ministerio, atreveríame á decir á V. M., á SS. AA. SS. y á todos los reyes y grandes de la tierra: «La muerte, ¡oh príncipes! no respeta cetros ni coronas; búrlase de las tiaras y de las diademas, y se complace en nivelar todas las condiciones, y en despojar á los potentados del siglo de todos sus títulos y dignidades, para presentarlos desnudos ante el trono del Eterno, el solo grande, el solo inmortal. Entended, pues, ó reyes, que el soberano poder que ejercéis sobre la tierra se os confió por el Altísimo, quien os interrogará de vuestras obras, y escudriñará vuestros pensamientos. ¡Desgraciados si de él hubiéreis abusado! *Audite ergo Reges, et intelligite.*»

Esta es, Señor, la leccion que intima á los reyes el Dios terrible cuando arrebató el espíritu de los príncipes, ora en la carrera de

sus triunfos, como á Alejandro; ora entre las adoraciones de una corte desvivida por complacerlos, como á los Césares y Agripas; ora ya, finalmente, cuando mas se holgaban en sus placeres ó en sus injusticias, como á los Baltasares y Antíocos. Pero en la muerte de la Reina de las Dos Sicilias ¿qué lecciones nos dará el Altísimo que no hayamos podido aprender en las pasmosas vicisitudes de su vida, no menos célebre que desgraciada? ¡Una reina por su nacimiento y por sus enlaces elevada á la cumbre de la grandeza; hija, hermana, esposa, madre, tia y suegra de los mas augustos monarcas de la tierra; por sus talentos y por su genio activo y emprendedor respetada, y aun temible á los enemigos de los reyes y á los usurpadores de sus coronas, y sin embargo dos veces destronada; precisada á separarse de su esposo y de sus hijos, y á mendigar un asilo en la casa que la vió nacer; y al fin muriendo como forastera en su propia patria! ¡Oh...! su muerte no nos habla con tanta energía como esta alternativa de su próspera y adversa fortuna. Era la muerte en otros tiempos la leccion ordinaria con que instruia Dios á los reyes; pero en la última y fatal época de la Europa, época no menos fecunda en grandes crímenes, en atentados y fechorías insignes que en revoluciones portentosas, el soberano Árbitro de los tronos quiso dar á los monarcas otro documento: «Que él solo abate y ensalza; que él solo distribuye y arranca las coronas de sus sienes para devolvérselas cuándo y cómo le pluguiere.» Á la voz formidable de la ira de la divina indignacion retemblaron, se conmovieron y desquiciaron los mas antiguos y robustos tronos de la Europa; y vimos con asombro reyes justos impiamente decapitados; reyes virtuosos destronados y prófugos; reyes inocentes aprisionados y cautivos; y lo que todavía es mas, Señor, monarcas augustos forzados á rendir párias á un infame aventurero, en cuyas manos habia puesto el Altísimo la vara de su furor para castigar á las naciones. ¡Dias de ira y de indignacion! ¡dias de horror y de matanza! ¡dias de oprobio y de sacrilegios!... Pero al fin el Dios de misericordia se apiadó de los reyes y de las naciones: arrojó al fuego el látigo de sus venganzas, y despedazó el martillo con que habia quebrantado los tronos y golpeado á las naciones: vencida fue y aherrojada la gran bestia: los reyezuelos y tiranos, astas de su agigantada cabeza, cayeron, desaparecieron como el humo: los monarcas de las respetables casas de la Europa tornan milagrosamente á ocupar sus tronos, y á reintegrarse en sus derechos invadidos y sacrílegamente hollados...: es verdad; pero entre tanto María Carlota de Lorena, reina de las Dos

Sicilias, yace destronada; y al acercarse los días en que hubiera reclamado los derechos de su casa, y en que al parecer no podían rehusársele, muere... ¡Oh vanidad! ¡oh mentidas esperanzas de los mortales! ¡Oh Dios terrible en vuestros consejos! ¡oh Princesa desgraciada y digna de mejor suerte!

Desgraciada dije, católicos, porque tal es la fuerza del corrompido hábito de nuestras ideas, que á la vista de tantos símbolos y jeroglíficos de la muerte agrupados en este suntuosísimo templo para predicarnos la nada de las grandezas del siglo, en nuestro corazón las damos gran precio, y á la presencia misma del Eterno llamamos desgracia á lo que según sus piadosos designios habrá sido quizás una gran misericordia en favor de la Reina. Purificada y acrisolada en la tribulación, ¿por qué dudar que la bondadosa providencia del Altísimo no habrá querido exponerla de nuevo á los riesgos de una próspera fortuna? No seré yo tan temerario que ose tomar en mis manos la balanza del santuario, ó entrarme hoscamente en los consejos del Eterno; pero al ver una reina católica que jamás abjuró la religion de Jesucristo, y creyó y esperó en su sangre; que en los días de su grandeza hizo la guerra á la incredulidad y á la tiranía, y fue generosa y benéfica con sus vasallos; y en los de su abatimiento mostró una grandeza de alma superior á las flaquezas de su sexo, y verdaderamente régia y cristiana, ¿no deberé confiarme en las misericordias del Señor, y esperar que su nombre será el de aquellos que se salvaron de la gran tribulación, que jamás adoraron la bestia, ni fueron nunca de su bando; y que por último lavaron sus vestidos en la sangre del Cordero, y por eso le glorifican presentándole las coronas ante su trono? No es, pues, su elogio, como del de Catón de Útica decia el famoso orador de Roma, un problema difícil de resolver, no. Si el hacer y padecer cosas fuertes con ánimo esforzado, *agere, et pati fortia*, es lo que constituye la magnanimidad; por lo que hizo y padeció María Carlota de Lorena, archiduquesa de Austria y reina de las Dos Sicilias, principalmente en los veinte y cuatro últimos años de su vida, bien merece el glorioso título de mujer magnánima, en el que yo cifro toda su alabanza.

Númen sagrado que inflamaste al hijo de Sirac para que celebrara de consuno no menos á los Josías y Ezequías que á los Davidés y Salomones, inspírame tu idioma celeste, el idioma de la verdad. ¡Verdad augusta! hija del cielo, proscrita y foragida de esos panegíricos ímpíos que se prodigaban á malhechores magníficos,

este es tu asiento: ven, pues, á mí; pon en mis labios el sello de circunspeccion para que yo no degrade hoy la dignidad del ministerio que ejerzo, y el que jamás prostituiria á ningun respeto humano, so pena de hacerme reo de lesa majestad divina. No lo seré, Señor, porque al elogio de María Carlota anticipo esta justa idea: que llegó el tiempo del desagravio de los príncipes, y en el que todos, todos debemos esforzarnos para rehabilitar la opinion y fama de los monarcas, sacrilegamente dilaceradas por la incredulidad y el filosofismo. Mas ha de medio siglo que la incredulidad y el espurio filosofismo se empeñaron en cubrir de oprobio á los reyes para destronarlos: solo así creían poder entronizar la democracia y la irreligion. Ya finalmente miles de plumas impías vendidas al tirano, que cual otro Tiberio no condenaba á las víctimas sin escarnecerlas primero, derramaban la amarulenta hiel de la calumnia y de la infamia sobre las testas coronadas: solo así pensaban dar crédito á las nuevas dinastías de abyectos y viles corsos. Por desgracia toda la Europa, nosotros mismos, ni leíamos, ni oíamos, ni entendíamos por otros órganos; porque nos parecíamos á aquellos judíos á quienes reprendió y maldijo Nehemías, que hablaban la lengua azótica, y no sabian el idioma patrio. Avezados, pues, estábamos con todas sus ideas y pensamientos; y no podia yo dispensarme de preveniros que si María Carlota se hubiera coligado con los sofistas, ó transigido con el usurpador, la habrian colmado de elogios; pero su mayor elogio consiste en haber merecido los vituperios de los malvados. Comenzaré.

Cuando las virtudes y prendas que forman la magnanimidad fueran hereditarias, ó pudieran transmitirse con la sangre, bastaríanos saber que María Carlota de Lorena fue hija de aquella heroína célebre en los fastos de la Religion y del imperio, María Teresa, emperatriz de Austria, reina de Hungría y de Bohemia. Pero bien que la virtud no sea generable, si los ejemplos domésticos robustecen las grandes ideas que en pechos generosos inspira una noble y régia estirpe, muy difícilmente se borrarán en lo sucesivo estas profundas impresiones, fortalecidas y sostenidas por una educacion esmerada. Los Nerones son raros y como los mónstruos de la especie humana. Ilustres ejemplos y esmerada educacion política y cristiana procuró María Teresa á todos sus hijos, como que todos se formaban para sentarse en los tronos mas esclarecidos de la Europa. Mas ¡ay! que se sentarian en aciagos tiempos, cuando ya los tronos estaban socavados y minados por el rebelde filosofismo, corrompida

la moral pública, y alteradas en los mismos Gabinetes las ideas políticas y religiosas! Á María Carlota, que desde su tierna edad descollaba por su hermosura, por su ingenio y vivacidad, cúpola en suerte, ó mas bien la Providencia la destinó para que en compañía de un hijo de Cárlos III reinara en el trono tan dignamente ocupado antes por este Monarca inmortal: trono por cierto el mas lisonjero para una princesa jóven, amable, de un ingenio capacísimo, de una sensibilidad exquisita, de un talento raro en su sexo, y cultivado con un estudio todavía mas raro, y de un corazon noble, emprendedor, generoso y magnánimo. ¿Cómo dejaría, pues, de ser el embeleso y el ídolo de una corte brillante, en la que naturaleza prodigó todas sus gracias? ¡Oh Señor! ¡feliz el príncipe á quien el cielo conceda tal grandeza de alma, que en su adolescencia sepa preservarse de los escollos que á cada paso le ofrece, y de los arriesgados placeres con que le brinda una corte brillante de la que es idolatrado! Si, pues, ó reyes, decia el mas sábio monarca de la tierra, os deleitais con los cetros y coronas, amad la sabiduría, que ella os prestará la incorruptibilidad. Era yo un mozo ingenioso, cúpome en suerte una alma buena, y sin embargo conocí que no podia ser contenido, *nisi Deus det*. Pedile, pues, á Dios la sabiduría, para que conmigo se sentara y reinara en el solio.

Pidióla al Señor María Carlota, y la luz de la fe, manantial perenne de la sabiduría, y la antorcha de la Religion, cuyo culto promovió, cuyos ministros reverenció, y á cuyas prácticas y solemnidades asistia con edificacion de la corte, jamás dejó de alumbrar su alma. Ella le inspiró aquel su odio decidido contra la incredulidad y contra sus ímpíos pregoneros y apóstoles; aquel celo por la religiosísima educacion de sus hijos, cuyas virtudes admiró la Europa, y cuyos ilustres ejemplos edificaron á Nápoles y á Palermo, á Florencia, á Madrid y á Viena, y aquella caridad benéfica y compasiva con el pobre, con el huérfano, con el soldado mutilado, y con las leales familias de emigrados de todos los países, á quienes socorrió con munificencia régia. Nápoles y Sicilia la vieron mas de una vez desprenderse de sus joyas para alivio de la nobleza menesterosa; y quizás me escuchan algunos que fueron, si no partícipes, al menos testigos de los beneficios de su caridad heroica. Pero las grandes almas no descubren toda la extension de su índole sino en circunstancias tambien grandiosas y difíciles. Para conocer á la Reina de Nápoles es forzoso estudiar su vida en los últimos veinte y cuatro años de la gran crisis de la Europa.

Es difícil, Señor, que una reina de grandes talentos, aplicada y laboriosa, de un genio perspicaz, activo, fogoso, y capaz de acometer grandes empresas y de llevarlas á cabo, celosa de la gloria del rey y de la prosperidad de sus vasallos, deje de tener ascendiente sobre el espíritu de su esposo, y una influencia decidida en los negocios públicos. Pero no es esta una desgracia para las naciones que han visto Isabelas en España y Marías Teresas en Austria. Si la mujer prudente es el mejor sosten y ornamento de la casa, una reina sabia y juiciosa podrá muy bien ser el apoyo del trono, la gloria del monarca y la dicha de una nacion. No es un mal que los Asueros houreu á las Vasti y á las Ester; sería lo que si Amanes abusaran de la bondad de los Asueros. La verdadera desgracia de las naciones consiste en que muchos (dirélo, Señor, con las memorables palabras de Asuero en su carta á las ciento veinte y siete provincias desde la India hasta la Etiopia), en que «muchos «ensoberbeciéndose han abusado de la bondad de los príncipes: «del honor que se les ha conferido... Y llegaron á tal grado de locura, que á los que cumplen exactamente con los cargos que les han sido conferidos, y proceden en todo de suerte que se hacen dignos del comun aplauso, intentan derribarlos con artificios y mentiras; engañando con solapadas fraudes los oidos sencillos de los príncipes, que juzgan de los otros por su natural bondad. En cual, concluye el escarmentado Monarca, se comprueba ya con las historias antiguas, ya tambien con lo que acaece cada dia, como las buenas inclinaciones de los reyes se pervierten por las malas sugerencias de algunos.» Yo no me atreviera á decírselo á V. M. pero el Espíritu Santo nos conservó esta hermosa leccion de Asuero para enseñanza de los reyes, y para que entiendan que en el difícilísimo arte de reinar nada mas difícil que el buen discernimiento de los cortesanos que los rodean: *Audite ergo Reges, et intelligite.* La Reina de Nápoles, sin necesidad de ajenas sugerencias, dotada con un genio superior, y como nacida para mandar en tiempos azarosos, mostró al mundo con su firme conducta política cuán juiciosamente se comportó Fernando IV, desfiriendo á los consejos de su esposa al comenzar la fatal crisis de la Revolucion francesa, y en todo el tiempo de las horribles convulsiones del continente europeo.

Hácia el año 89 del siglo pasado gozaba la Europa de un aparente reposo; pero ardía en su seno el volcan revolucionario, cuyos fuegos subterráneos vomitaron al fin nuevos hombres que aparecen en la escena en ademán de reformar el mundo, derribando

tronos, avasallando monarcas, arrasando altares, abatiendo todas las clases y jerarquías, procesando á todas las generaciones pasadas, dando al traste con las antiguas y venerables instituciones de nuestros padres, predicando nuevos dogmas, nuevas leyes, nueva moral, nuevo orden, y fascinando á los incautos y sencillos pueblos con el prestigio de la libertad y de unos derechos ominosos, que solo podian abortar la rebelion, la anarquía y la subversion total de los imperios y de los altares. En copas de oro propinaba su mortífero veneno la infame meretriz de Babilonia, madre de todas las abominaciones de la tierra, y sorbíanlo con ansia cuantos en las naciones se preciaban de sábios. Toda la Europa, como por un mágico encantamiento, se vió embeleñada con el fatal tósigo. Los monarcas se asustan, ven el peligro, entran en la lid, no ya para guerrear á la Francia, y sí para oponerse al torrente revolucionario y salvar sus amenazadas coronas. Desde aquel momento el Gabinete de Nápoles, del que la Reina era el alma, se coligó con los defensores de la justa causa para jamás divorciarse de ella. No esperó María Carlota á que la despertara la sombra de su hermana María Antonieta sacrificada en un cadalso, ó la de su desgraciado esposo, no : muy antes habia jurado odio eterno á los demócratas perturbadores del género humano, y mantenerse ó en actitud guerrera ó en neutralidad ventajosa, ó cuando mas, cediendo al impulso de las grandes potencias, en una paz honrosa y efímera para cobrar nuevos bríos y entrar mas esforzada y animosa en la refriega. Léjos de ella aquellas afectadas lentitudes políticas; aquella irresolucion de una prudencia tímida de Gabinetes, ó pasivos, ó inciertos y vacilantes... (¿y quién sabe si ganados y corrompidos por el filosofismo?) María Carlota, sin estar iniciada en los secretos misteriosos de los sofistas, era demasiado sagaz para no ver la tendencia de sus asoladoras máximas, y desoir los repetidos clamores de los verdaderos sábios. Se resolvió, pues, á hacer la guerra á la gran secta por cuantos medios estuvieran á su alcance, y defender impávida los derechos de la soberanía y del trono hasta quedar sepultada bajo sus ruinas. Tropas de Nápoles por influjo de la Reina se presentan en Tolon y en la Lombardía, en Roma por ellas una vez reconquistada y en los Estados pontificios, en Génova y en Toscana; doquiera que hay aliados que sostener, doquiera que hay enemigos que combatir. Los sucesos son bien sabidos: la historia los contará con asombro, y yo no debo olvidarme de que á un orador sagrado no le es permitido narrar los pormenores de batallas,

sitios, retiradas, ó, cual si fuera un Polibio, historiar y razonar sobre movimientos militares.

El afortunado aventurero y ganador de batallas, como un raro fenómeno apareció en la Italia, la inunda y asuela con sus legiones victoriosas, y llegó hasta humillar el Capitolio cristiano. El nuevo jefe del vandalismo funda repúblicas, dignos fetos de la gran madre: en sus pomposas é insolentes proclamas se anuncia al mundo como el vengador y restaurador de los derechos de los pueblos, como el azote y castigador de monarcas, y como el exterminador de la tiranía, y de lo que él y los suyos llamaban superstición y fanatismo. Nápoles hizo entonces el mas heróico esfuerzo: mantiene su dignidad; treinta mil hombres se presentan en campaña, y se mandan alistar hasta ochenta mil. Fernando al frente de su ejército, María Carlota activando armamentos, estimulando la nobleza y los pueblos á sacrificios y desembolsos, decretando y asistiendo ella la primera á deprecaciones fervorosas para interesar en su causa al Dios de los ejércitos, y combatiendo los mónstruos de la incredulidad y del republicanismo en sus mas recónditos atrinchamientos. Persiguió con denuedo todas esas sectas oscuras, cuya existencia no es ya un problema, y cuyos misterios tenebrosos, á pesar de su aparente ridiculez ó insignificancia, deben ser temibles á los reyes, cuando hemos visto solamente iniciados en ellos los hombres de la moral mas corrompida, y los mas famosos por su odio contra el altar y el trono. Con todas las sectas de malvados fue María Carlota intolerante; intolerante, repito, en loor suyo: hizo en fuerza de su gran prevision lo que otros príncipes se ven precisados á hacer despues de terribles escarmientos: *Audite ergo Reges, et intelligite*. La justicia inexorable con los malvados es el mejor apoyo del trono.

Superior María Carlota á las ideas vulgares, adoptó los principios de una política sublime. Vió que para preservar su reino del torrente revolucionario debía mantener en todo su vigor las antiguas instituciones, y cuidar esmeradamente de la educacion pública, primera base de la felicidad de los imperios. Ya en el año de 89, cuando los malvados vejaron y dispersaron los monjes de la Cartuja y los Casinenses de San Severino, María Carlota interpuso su valimiento con el Rey, y consiguió que se devolvieran á los monjes aquellos dos monasterios, tan famosos en la cristiandad. Pero ¿á quién fiaria la educacion, cuando los maestros estaban viciados y corrompidos? ¡Oh Princesa sagacísima! Llamó, protegió y confió la

educacion de la juventud napolitana á los individuos de aquella Órden, célebre por su sabiduría, célebre por sus trabajos en sostenimiento de la Religion y en la propagacion de la fe, célebre por todo linaje de grandezas, y mas célebre todavía por sus persecuciones y funesta caída. Hay rasgos que uno solo pinta á toda una alma. Cuando haya calmado la efervescencia de las pasiones y de los partidos, la historia dirá con énfasis: «En un tiempo en que la «Europa ardía en furor contra todas las Órdenes monásticas, los «reyes de Nápoles llamaron á los Jesuitas, y les confiaron la educacion; y en Nápoles y en Sicilia hallaron aquellos ancianos, respetables por su saber y por sus virtudes, asilo, fomento y protección:» *Audite ergo Reges, et intelligite*. Diríase que el genio sublime de María Carlota os marcaba la senda... para resucitar lo que el filosofismo destruyó: *Intelligite*. Señor, cuando hablan los hechos, el orador no ha menester mas que insinuarse.

En todo singular la Reina de Nápoles, sobrepúsose tambien á los errores comunes de una política mezquina y espantadiza, que iba viciando los Gabinetes, ó atolondrados con el desmesurado poder del mónstruo continental, ó siempre excesivamente recelosos de la potencia dominadora de los mares. El espíritu de sopor, de delirio y de vértigo se habia apoderado de las grandes cabezas de cuantos en la Europa se preciaban de profundos políticos y filosóficos razonadores. Se nos repetia incesantemente, y á fuerza de oirlo repetir casi lo aprendimos, que el grande interés de las potencias del continente se cifraba en aliarse con el Corso, y en seguir como satélites los movimientos del nuevo astro que apareció en nuestro hemisferio ceñido con dos coronas. No faltaba en Nápoles, como en otras cortes, un fuerte partido de razonadores... (¡viles traidores los llamaba el sencillo pueblo!) que decian y pregonaban: Nápoles debe ser aliado de la España; la España por su posicion geográfica debe serlo de la Francia...; De la Francia mandada por el dragon! ¡Oh mengua! ¡oh delirio! ¡oh error funesto, que tantos males nos atrajo! ¡Alianzas! Á la España sobrabanla recursos para sostener por sí misma su independendencia y su gloria. María Carlota, á pesar de la perfidia y de las desgracias, se mantuvo siempre firme en su alianza con Inglaterra, sin permitir empero desdoro ni menoscabo en los derechos de su soberanía: política entonces neciamente vituperada, y aplaudida despues que la experiencia ha mostrado que ella fue la que salvó á la Europa. Ni su primer destronamiento y emigracion á Sicilia, ni los peligros é infortunios de una navegacion azarosa, en

la que ostentó su grandeza de alma no menos que su catolicismo, abatieron su espíritu magnánimo. Voló á Viena... ¡Oh! decia el Corso: «Esa nueva Elena quiere poner en combustion á todo el orbe.» ¡Ojalá hubiera ella podido encender en los pechos de todos los monarcas el fuego que devoraba el suyo! Muy luego comprendió que el asesino del Duque de Enguien, el nuevo emperador y rey, en su corazon habia jurado el exterminio de los Borbones; y que en el momento en que consolidara su poder, el codiciado reino de Nápoles, ya antes pérfidamente invadido y gloriosamente reconquistado, seria la primera presa. ¡Oh! si Nápoles pudiera salvarse, el genio de la Reina lo hubiera salvado. Pero al exterminador le fue dada potestad para dominar con la espada sobre la tercera parte de la tierra. Marchando va hácia el Danubio con sus formidables legiones: el terror y la muerte le preceden, y en sus manos lleva el rayo de las divinas venganzas... Sentóse ya en el trono de María Teresa: humilló dos grandes potencias, y en Austerlitz decretó y selló la esclavitud de la Europa. Dejémosle invocar la neutralidad ó la fe de unos tratados que se arrancaron con la fuerza de las armas, cuando sus ejércitos cubrian los puertos de Nápoles; porque en los principios del gran sistema continental del dragon europeo debian cubrirse todos los puertos del universo, «para que nadie pudiera comprar ni vender, si no tenia marcado en su frente el carácter ó el nombre de la bestia.» El impío Maquiavelo, el mofador sacrílego de los sacrosantos nombres de justicia, equidad, buena fe, paz, alianza, religion, queria remedar el ordinario lenguaje de los reyes justos. ¡Nápoles...! llegó tu hora, la hora de tu ignominia, y tus aliados no podrán salvarte. Como un leon furioso, que habiendo devorado en el desierto robustas fieras. vuelve teñido en sangre, y al paso se traga al inocente corderillo. á este modo el soberbio vencedor de Austerlitz se arrojó sobre Nápoles. Hubiera querido que una nueva Cenobia ornara su triunfo; pero no habia nacido María Carlota para adornar el carro de un Corso vencedor. Á Nápoles se dirigen ya las huestes del tirano, y á su frente el vilísimo é imbécil Sardanápalo destinado á reinar: los hijos y los nietos de Carlos III y de María Teresa se ven segunda vez precisados á refugiarse en Sicilia, y abandonar su trono al estúpido José. ¿Por qué funesto hado, Señor, estaba destinado el estúpido José á manchar y profanar los dos tronos de los dos Fernandos, los dos gloriosos tronos de vuestro augusto abuelo? ¡Oh recuerdo tristísimo y humillador...! Pero al menos no pudo mancharlos

impunemente. Los valientes calabreses, instigados y fomentados por la Reina y por sus aliados, preludiaron y anunciaron los milagros de heroísmo con que los españoles se inmortalizarían en la gran lucha de la independencia europea; y la heroica defensa de Gaeta, confiada por María Carlota á un príncipe valiente, presagiaba al mundo que si hubo Ulmas en Europa, habría también Zaragozas y Geronas. No era extraño: en Nápoles, teatro un día de nuestras glorias, se conservaba aun el gérmen de las virtudes y del denuedo español.

Cabalmente este nombre era el único consuelo de la Reina en sus desgracias. Á la España dirigía sus fatigados ojos, y alentábala la esperanza de que al fin una hija querida cercana al trono... ¡Amarga y cruel memoria! ¡Señor!... Triste cosa es verme precisado á conmover la sensibilidad del corazón de V. M., articulando el nombre, el caro y precioso nombre de la idolatrada princesa de Asturias María Antonia de Borbon. Pero ya que V. M., después de haber tenido la grandeza de alma de ir á visitar su cadáver y rendirla los honores postrimeros, ha querido hoy también realzar con su presencia esta parentación fúnebre de su augusta suegra, yo haría traición á mi ministerio si defraudara á la madre de la inmarcesible gloria de que es partícipera en las alabanzas debidas á las virtudes de la hija. Ni podía pasar en silencio aquella tierna y amorosa despedida, cuando á presencia de la corte de Nápoles y de los españoles que debían acompañar á la princesa, la dijo su madre en tono heroico: «Hija mía, vas á España, y tu mayor fortuna consiste en que el cielo te ha dado por marido un príncipe virtuosísimo. Pero mira que los reyes no tienen patria: de hoy mas la España es tu patria, y los españoles tus hijos; y si llegas á reinar, olvídate de Nápoles, olvídate de tus padres y hermanos, y no vas mas que para gloria de tu esposo y para felicidad de tus vasallos.» Dijo: enterneciéndose la amable Princesa; grabó en su alma este postrer documento de su madre, y vino... lo diré, Señor, con la hermosa alegoría del Espíritu Santo, «para ser el ornamento de la real casa de España, como el sol naciente lo es del universo:» *Sicut sol oriens mundo*. Mas ¡ay! ¡cuán presto se eclipsaron los resplandores de este astro brillante, en quien la España tenía fijos sus ojos y sus esperanzas, y el Príncipe su consuelo y el único solaz en sus infortunios! ¡La virtuosa, la paciente y magnánima Princesa, la esposa digna de Fernando fue cortada como la flor que á la mañana abre su rosicler y ostenta su verdor y lozanía! El cielo sin duda no quiso exponerla á los rigores de un cautiverio, ni agravar

las amarguras de V. M. viendo sufrir á su inocentísima esposa. Mu-
rió, y la noticia de su muerte, despues de la fatal pérdida de otra
hija no menos preciosa, fue para su cuitada madre el golpe mas
amargo de su vida. ¡Madre desgraciada, no esperes ya mas con-
suelo sobre la tierra! Morirá tambien tu hija la emperatriz de Aus-
tria: es poco. El vencedor de Jena y de Friedland invadirá la Espa-
ña, y arrebatará cautivo á tu hijo Fernando y á todos los príncipes
de la real familia: todavía es poco. El Austria será humillada en
Wagran, y una nieta tuya... «¡Oh Dios! ¿habeis entregado mi casa
«á la devastacion y al oprobio? *Vide Domine quoniam facta sum vilis.*
«Mi enemigo prevaleció: arrebatados fueron los magníficos del pue-
«blo, y perdidos son todos mis hijos. Justo sois, ¡oh Señor! y ¡yo
«he provocado vuestras iras!... Pues ¿qué mas me resta ya que pa-
«decir? Busco en torno de mí consolador, y no lo encuentro: *Vo-*
«*cavi amicos meos, et ipsi deceperunt me...* ¿Podré decirlo con ver-
«dad? Despedazado está mi corazon: inundada me veo de amargura:
«por defuera la espada, y dentro la division semejante á la muerte.
«¿Qué mas me resta?... Oyéronlo mis enemigos, y se holgaron...»
Yo, señores, hacia hablar á la Reina con este idioma de los Libros
sagrados, el que nos pinta muy al vivo su última situacion en Si-
cilia; y la convidaria á llorar, y á que no callase la pupila de su
ojo, si no supiera que ni aun sus últimas y por siempre memora-
bles desgracias abatieron su heroico pecho.

¡Sus últimas desgracias!... ¿Podré callarlas?... ¿Y cómo, sin que
se me culpara de un afectado silencio? ¿Hablaré, y con atrevida
mano osaré rasgar?... pero ¿quién soy yo para rasgar el tupido
velo que cubre los misteriosos secretos de los Gabinetes? ¡Terrible
conflicto!... ¿No seria bien dolorosa la situacion de un orador sa-
grado, en cuyo pecho los respetuosos miramientos de la circuns-
peccion política lidiaran, forcejaran con los sentimientos que él cree
ser los de la justicia y de la verdad? ¡Oh! ¡justicia!... ¡verdad!...
yo os invoco! ¿Seria creible que María Carlota, siempre firme y
acérrima en guerrear al tirano cuando su poder parecia inmortal,
en la coyuntura mas favorable á la causa de los príncipes legítimos
abjurara sus principios por los que todo, todo lo habia sacrificado?
¡Oh sombra del vencedor de Aboukir! ¡Pudiera yo interrogarte!
¿No era mas creible que el hombre enemigo, el satan de la Europa,
á quien por doquiera no faltaban emisarios y cooperadores, sem-
brara la zizaña, derramara la ponzoña de la discordia para perder
á la Princesa, su irreconciliable enemiga, é invadir y derrocar á fa-

vor de las divisiones intestinas aquel gran baluarte de la Sicilia que comprometia su imperio en las provincias del Mediterráneo? La rivalidad antigua entre los vasallos de un mismo monarca, entre dos pueblos que debian amarse como hermanos; la proteccion y socorros que la Reina dispensaba á las ilustres y beneméritas familias de los emigrados; la precision de un oneroso sistema de contribuciones para equipar y mantener un ejército y una escuadra superiores á los ordinarios recursos de la isla; y, sobre todo, aquellas infaustas doctrinas que brotaron en Sicilia, de derechos del pueblo cuando mas debian inculcársele sus obligaciones; de trabas á los monarcas cuando mas importaba predicar el respeto que les es debido, y de nuevos principios constitucionales que no debían mentarse en una monarquía constituida, ¿no era todo esto bastante para formar y engrosar la negra y tempestuosa nube, cuyos rayos y centellas redujeron á pavesas la grandeza de la Reina, y aun quisieron ennegrecer su opinion política, hasta entonces sin mancilla?... Pero confesemos que «la política tiene sus misterios incomprensibles,» y que á un ministro del Evangelio no le es permitido escudriñarlos. Bástale saber que la magnánima Reina en premio de sus heroicos esfuerzos va á consumir la carrera de sus infortunios segun los designios de la Providencia, separándose para siempre de su esposo y de sus hijos. ¡Oh crudo y récio golpe para un corazon fuerte, sí, pero tierno y sensible! Enferma, descaece, la muerte revoltea en derredor de su lecho; pero su esforzado espíritu le da alientos para levantarse y marchar denodada hácia las orillas del Mediterráneo... «Si por mí se ha levantado esta tempestad, arrojadme al mar,» decia. Lloraban los que presentes estaban; lloraban su esposo y sus hijos, lloraban las mas leales é ilustres familias de Nápoles y de Sicilia, que la miraban como madre; dábales los anillos de sus dedos y las joyas de su pecho, ya que otra cosa no tenia; prometíales socorrerlas desde Viena, como así lo cumplió: lloraban todos, y ella resuelta y decidida, y heroica y magnánima se entró en el barco. Adios trono, adios cetros y coronas, adios grandezas y embelecocos: María Carlota va ya navegando hácia la eternidad. ¿Á qué, pues, entreteneros con los riesgos y averías de una navegacion borrascosa, y muy parecida á la de los fabulosos héroes de la Grecia en los propios mares? Que se dirige á Trieste; allí el enemigo. Que se detiene en Zante; ni allí está segura. Que atraviesa los Dardanelos, y llega á Constantinopla; y que en Constantinopla, á donde para vergüenza eterna de la Europa se refugiaron en los últimos años como

á su único asilo los principios de la sana política, se la tributan los honores y obsequios debidos á la grandeza y á las desgracias... Que marchando por la Turquía europea y por la Hungría llegó en fin á Viena... ¡Oh qué manantial de ideas grandiosas para la imaginacion fecunda de un orador profano! Que entró en Viena y en la casa de su nacimiento, no ya con el aparato de reina ó de archiduquesa... ¡Ay! no busquemos ya mas á la Archiduquesa ni á la Reina; contemplemos, si, á la luz de la antorcha de la Religion á una mujer fuerte, que con resignacion heroica apura hasta la hez del cáliz de amargura, y como David destronado deja á Dios el cuidado de su herencia.

Desde Sicilia traia la muerte clavada en su seno: mírala como Ezequías á rostro firme; y convencida de la locura, de la perfidia y alevosía de las grandezas del mundo, fija sus ojos en la eternidad. ¡En la eternidad...! La eternidad se abrió á su vista. Y para una alma que tiene sus ojos fijos en la eternidad, ¿qué son á su vista los mas grandes acontecimientos del mundo? Acercándose vienen las triunfadoras armas de los monarcas vengadores del tirano: ni el Rhin, ni las ponderadas fortalezas que se decian «impenetrables barreras del grande imperio» podrán contener su ímpetu torren-
toso. Todo cede, todo se postra, todo se les rinde. El Nabuco, que pensó fijar su trono sobre los astros del firmamento y á los lados del aquilon, el que se creia omnipotente y semejante al Altísimo, va á ser destronado...: yace ignominiosamente arrojado de su solio. Lloro el cobarde, y los pueblos de la Europa le escarne-
cen. «¿No es este el gran varon que alborotaba la tierra, que despe-
«dazó los reinos, convirtió el orbe en un desierto, arrasó sus ciu-
«dades, y tenia encarcelados los mas ilustres cautivos?» Este. «Pues
«¿cómo cesó el exactor que exigia tributos desde el Tajo hasta el
«Vístula?» ¡Oh! «Quebrantó el Señor el báculo de los impíos; al
«que heria los pueblos con llagas incurables, al que con furor so-
«juzgaba las naciones, y cruelmente las perseguia. La tierra (*co-
«pio, señores, un pasaje de Isaías, el mas sublime que conocen los mor-
«tales*), la tierra descansó, y se holgó y regocijó: alegráronse hasta
«los abetos y cedros del Líbano...: entreabriéronse los abismos, y
«saltaron de sus asientos los príncipes y conquistadores de las na-
«ciones» para mofarse del Corso... «¡Y tú tambien caíste herido
«como nosotros! ¡Abatida fue hasta los infiernos tu soberbia! » La
Europa respira gozosa; los príncipes, ó proscritos ó cautivos, vuel-
ven á sentarse en sus tronos: hácia el solio de san Pedro marchan-
do va el Pastor supremo de la Iglesia universal, mas respetable por

sus virtudes y asombrosa grandeza de alma, que por su dignidad, aunque la mas augusta de la tierra; y la Iglesia universal extasiada contempla su regreso, y míralo como el mayor triunfo de la Religión: en toda la Europa y en toda la cristiandad no se oyen mas que cánticos triunfales é himnos de bendicion y de júbilo. «Mas no te alegres tú, ó filisteá, porque haya sido quebrantada la vara del que te hirió.» ¿Y cómo así, Profeta santo? «Porque de la raíz del culebron saldrá un reyezuelo ó basilisco:» *De radice enim colubri egredietur regulus.* ; Oh Dios! «Maravillosamente me atormentas...» La muerte, sola la muerte podia ya consolar á María Carlota. Ni la temia esta mujer magnánima, ni podia ser para ella repentina, segun el pensamiento de un santo Padre, porque la habia previsto. Á pesar de la fortaleza de su espíritu, el cuerpo agobiado mas con el peso de los trabajos que con el de los años desfallece; y en el 8 de setiembre, en Viena de Austria donde nació, cuando iban acercándose monarcas poderosos que entrarían en la capital del imperio con el estruendoso aparato de la soberanía triunfadora, la archiduquesa María Carlota de Lorena, reina que fue de las Dos Sicilias, y la mujer mas célebre en los fastos de la revolucion europea, sin trono, sin grandeza, sin su esposo y sin sus hijos... murió... Con esta lúgubre palabra termina, Señor, la historia de la vida de los reyes, como la de los mas ínfimos pobrezuelos. Murió... ¿Y qué seria de ella si no hubiera muerto en los caminos del Calvario y entre los brazos de la cruz? ¿De qué la serviría toda esta grandiosísima pompa? Murió... Y de su largo reinado y de su vida, no menos célebre que afanosa, solo nos queda una débil memoria de sus heroicas empresas y de sus asombrosos padecimientos, memoria que se desvanecerá con la misma rapidez con que se han desvanecido en el aire las palabras de que yo me he servido para pronunciar su elogio; y del que por cierto, como de ese soberbio catafalco, monumento de la grandeza y del celo, esfuerzo del ingenio y del arte, obra de muchos dias y espectáculo de unos pocos instantes, mañana, quizás hoy mismo no quedará rastro ni vestigio. ¡Este es el mundo, Señor! la ilusion de un momento. ¡Estas sus fantásticas esperanzas! brillantes quimeras. El rey vuestro augustio tio, los príncipes sus hijos, las mas nobles y leales familias de Nápoles y de Sicilia, nosotros mismos quizás vivíamos embebecidos con la idea lisonjera de que en el gran senado de los reyes María Carlota haría un papel distinguido por sus talentos y por sus desgracias, y restituiría á su casa el antiguo esplendor, si es que la justicia preside en los con-

sejos de los reyes. Pero el Señor arrebató á la Reina, y desde lo alto de su trono se rie de los proyectos y cálculos de los débiles mortales. ¡Qué formidable leccion, gran Dios! *Audite ergo Reges, et intelligite.*

Por fortuna, Señor, á V. M. no es menester inculcársela. Amaestrado en la tribulacion y en las desgracias, comenzó su carrera padeciendo con heroismo, y la consumará haciendo lo que tan gloriosamente ha comenzado; lo que la Reina hizo, y lo que vaticinó un profeta bosquejando el reinado del santo rey Ezequías: «El monarca reinará con justicia, y los príncipes, *compañeros de sus desgracias*, presidirán y le auxiliarán en el gobierno. No ya mas el necio osará llamarse príncipe, ni mayor ó soberano el fraudulento embajador que con palabras de mentira fascinaba los pueblos para perderlos. Exterminada será la raza de los impíos; y los frutos de la justicia serán la paz y el silencio de los malvados, y la seguridad, la confianza y el descanso de los buenos y leales vasallos.» ¡Oh! si el rumor de los acontecimientos de acá abajo llega á la region de la eternidad, á la Reina vuestra tia servirla de consuelo el saber cuán digna y gloriosamente reinaba su querido Fernando, con cuánta edificacion y piedad vino á honrar su memoria, y que á su ejemplo SS. AA. SS., toda la grandeza española y extranjera, y los prelados mas esclarecidos por sus virtudes, por su lealtad al soberano legítimo, y por su celo en hacer y padecer por la causa de Dios, hayan concurrido á tributar sus honores y sufragios á una princesa desgraciada á los ojos del mundo, y á los de Dios quizás gloriosa. Pero sin duda, católicos, á la eterna Sion llegarán los ruegos y gemidos de un prelado tan ilustre por su nacimiento; pero mas ilustre por sus virtudes, y por la firmeza y apostólico celo con que en tiempos borrascosos se opuso al torrente de la impiedad, haciendo y padeciendo con muy esforzado ánimo. Sí, monseñor: V. E., cuya ilustre familia se distinguió siempre por su lealtad á los reyes, por su adhesion á las dos augustas casas de Borbon y de Austria, y singularmente por su fidelidad y amor á la difunta Reina, justa apreciadora del mérito de los Gravinas, ha querido en esta pompa fúnebre mostrar al mundo el respeto que se debe á los reyes aunque difuntos, y el que se merece de todos sus vasallos la digna princesa Maria Carlota de Lorena: ofreciendo V. E. por sus manos la incruenta víctima, cuya sangre acabará de purificar su alma, quiso tambien dar á esta digna Reina el último testimonio de su gratitud religiosa, cooperando con el gran sacerdote Jesucristo á que se la franqueen las puertas del eterno descanso. Así sea.

ORACION FÚNEBRE

DE

D. FR. RAFAEL LASSALA Y LOCELA,

OBISPO DE SOLSONA.

In me sunt Deus vota tua. (Psalm. LV, 12).

Sobre mí están, ó Dios, tus votos.

Falleció, padres y hermanos míos, nuestro padre y amabilísimo hermano el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Rafael Lassala y Locela. Sagrada Religión de mi Agustino, religiosa provincia, las heroicas instrucciones y ejemplos de su vasta erudición y virtud con que desde su tierna edad ilustró el claustro, aquellas antiguas y lozanas esperanzas de su caridad y celo que heredó de la casa de Agustino, ¡en qué teatro tan fúnebre se representan cumplidas en el día!

¡Triste familia! Llegó la segur á la raíz de este frondoso árbol plantado en tus desiertos, fecundado y fertilizado con las cristalinas aguas de tu sagrado Instituto, y que trasplantado en altos montes tanto extendió sus ramas por todo el universo. Sí: la Providencia, que del siglo llamó al claustro á nuestro Ilustrísimo para formar aquel grande espíritu en la ciencia de Dios y de los Santos; que del claustro le llamó á la dignidad de obispo auxiliar y gobernador del arzobispado de la santa metropolitana iglesia de Valencia; de Valencia á la silla pontifical de la santa iglesia de Solsona para dicha de las mismas iglesias, consuelo de los pobres, ejemplo de virtud y honra de España, cortó el hilo de su vida, de aquella vida que á tantos animaba con su doctrina, edificación y socorro.

Esta es la memoria que viene á renovar mi enternecido corazón, que recomienda la piedad y amor con el sacrificio de sus votos y estos sufragios por el alma de S. I., que solicita vuestras súplicas y oraciones. ¡Qué memoria! Parece que oigo los mas vivos gemidos y lamentos de mi sagrada Religión que clama por su dignísimo hijo, de los pobres por su amantísimo padre, de los prela-

dos por su modelo, de las ovejas por su pastor, de toda la Iglesia por tan fiel y excelente ministro. ¿Quién podrá llegar con sus expresiones á la grandeza del objeto, ni será capaz de hacer calmar tanto llanto?

Pero no, padres y hermanos míos; no, fieles carísimos: no queramos entristecernos como los paganos, que con la muerte sepultan todas sus esperanzas. Si creemos que como Jesucristo murió y resucitó de entre los muertos cada uno de nosotros resucitará un día en su propio cuerpo, que los justos que mueren en gracia del Señor se los lleva consigo para reinar eternamente en la gloria, piamente debemos creer que se llevó el alma de nuestro Ilustrísimo, que un día reflorece su carne, resucitará en su propio cuerpo para una vida inmortal y gloriosa; que entonces le veremos coronado de laureles, resplandores y gloria, por las luces de su alto y sublime talento unidas á las cualidades de un corazón recto, sencillo, pobre, humilde, religioso; de un corazón mortificado y penitente; de un corazón celoso sacrificado á todos los ejercicios de piedad, caridad y religion, propios de su pastoral y apostólico ministerio.

Consolaos, fieles míos, con esta confianza, calme el llanto y enjague vuestras lágrimas esta palabra de vida eterna por la muerte de tan grande héroe de la Religion, maestro de la erudicion y de la disciplina monástica, norma del clero, honor de la prelacia, oráculo de predicadores, gloria de la literatura española, padre de pobres y de la patria, empobrecido por la caridad, que tantas veces y con tanta afabilidad y dulzura les repartió el Pan de la vida temporal y eterna, lo digo en una palabra, el Ilmo. Lassala. ¡Qué religioso! ¡qué prelado!

Vos lo sabeis, Señor; el peso de sus obras ante el severo tribunal de vuestra justicia, el agrado que merecieron de vuestra misericordia. Yo me confundo en mis ideas considerando hasta qué grado pudo decir nuestro Ilustrísimo: en mí se han cumplido, ó Dios, vuestros votos y deseos: *In me sunt Deus vota tua*. No pretendo entrar en los divinos juicios, ni prevenir los de la Iglesia; pero sobre el testimonio de la fe humana voy á demostrar: La fidelidad á los designios de la providencia de Dios en los estados de religioso y de prelado de la Iglesia, del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Rafael Lassala y Locela, honor de mi sagrada Religion y provincia, obispo que fue de Adramita *in partibus*, auxiliar y gobernador del arzobispado de Valencia y de la santa iglesia de Solsona.

Primera parte.

La fidelidad á Dios en la observancia de los preceptos de la regla hace el carácter de un verdadero religioso : el celo de la casa del Señor y de la salud de las almas hace el carácter de un prelado perfecto. Ved ahí el mérito de nuestro Ilustrísimo y todo el plan de mi idea. Fiel á los designios de la divina Providencia que le llamó al claustro, guiado por las luces de un sublime talento, santificado con la exacta observancia del Instituto sagrado que profesó á Dios hasta la muerte, ilustró la Religion con su sabiduría y ejemplos : primera parte. Fiel á los designios de la divina Providencia que le llamó al estado de la superior jerarquía de la Iglesia, sacrificado á todos los cargos de su pastoral y apostólico ministerio por una caridad heroica, guiado por las luces de una vasta erudicion, ilustró la prelacia con su celo : segunda parte. Fijad, fieles míos, vuestra consideracion con las instrucciones que nos da en vida y muerte el Sr. Lassala para vuestra edificacion y aprovechamiento.

Nacido de padres nobles, criado desde su infancia con un santo temor de Dios, llevado de su tio el padre predicador Fr. Máximo Locela, insigne maestro de gramática, á nuestro convento de la villa de Alcira para instruirle en los misterios y preceptos de la Religion y de latinidad, tocado del amor al retiro por las pláticas y ejemplos de los religiosos de aquel convento, resolvió abandonar el mundo antes de conocerle. Los enlaces de carne y sangre ni las esperanzas de una fortuna brillante nada pueden con esta generosa resolucion. Su vocacion no es de aquellas de necesidad que muchas veces son la causa de un retiro precipitado, donde el corazon suspira y anda tras del mundo á que ha renunciado con la boca ; sino efecto de una voluntad libre, de los impulsos de la gracia por motivos de religion. Con esta confianza nuestro Ilustrísimo pide ser acogido en la Religion de mi Agustino á los quince años de su edad. Con esta confianza el reverendo Padre maestro de novicios Fr. Juan Facundo Massaguer tuvo la satisfaccion de introducir este nazareno al santuario á 23 agosto de 1731. Con esta confianza el R. P. M. Fr. Tomás Sandoval, prior del convento de San Agustin de Valencia, varon de virtud y letras, tuvo el placer de consagrarle á Dios en el claustro.

Ensancha, ó dichoso convento, las puertas del santuario : en

este dia te nació un hijo grande que ennoblecerá la casa, y en sus dias fortalecerá el templo. Hoy consagra á Dios y á la Religion las primicias de su vocacion; otro dia se consagrará á Dios y á la Religion por entero, otro dia Dios y la Religion le consagrarán gran sacerdote. Por el resplandor de su dignidad brillarán las paredes de tu templo, brillarán otros templos de tu noble ciudad y reino. Hoy es el dia de tu gozo, esotros lo serán de tus glorias; entonces se dirá: miren el ungido del Señor, escogido para grandes empresas, porque desde que vistió el santo hábito su sabiduría y ejemplos tienen todo el peso que hace el mérito de un verdadero religioso y de un prelado perfecto.

En efecto, oyentes míos, figuraos desde luego á un novicio de tierna edad y delicado cuerpo: parece cabe arbitrio á la tolerancia para no oprimirle con todo el rigor de las leyes. Pero nuestro Ilustrísimo carga la cruz de la Religion con toda la severidad de la regla. Castiga su cuerpo, le condena á exquisitos suplicios, no para reparar á la sombra del santuario los desvíos de una juventud disipada, no para sanar unos miembros prostituidos á la corrupcion, sino para preservar la inocencia del contagio del mundo, refrenar el incentivo de las pasiones, y merecer los agrados de Dios. Vigilias, ayunos, disciplinas, penitencias... Su carne, sus sentidos, su corazon... Todo sujeto, cautivo, reprimido.

Postrado á los piés de Jesucristo crucificado, cuántas veces, Vos, Señor (le diria), habeis quitado mi alma de los lazos de la muerte, mis ojos del llanto de los mundanos, mis piés de los precipicios del siglo. Sea para mí, Señor, y para la salud de mi alma el cáliz de la mortificacion: yo le recibo como de vuestra mano; yo me sacrificaré del todo á Vos: ayudad mi flaqueza, confortad mi espíritu, fortalecedme con vuestra gracia: abrid, Señor, á vuestro siervo las puertas de vuestra misericordia, y en mi corazon las de vuestra santa ley. Penetrado el cielo con tan rendidas súplicas, á los diez y seis años de su edad, por manos de su prelado, ofreció á Dios sus votos, y con la solemne profesion el mas perfecto holocausto de su corazon.

Y renovando su fervor con la llama de tan ardiente sacrificio, ¿quién podrá medir los progresos de su carrera? Concentrado en su interior el mas precioso adorno de la hija de Sion, la gracia de Dios, todo su bien es su alma. Él la lleva siempre en sus manos con circunspeccion, por la fragilidad del tesoro, velando contra tantos enemigos que la circuyen, examinando los defectos en que in-

cide, si el pecado ha degradado su belleza, si se halla conforme á su divino modelo. La lleva con respeto, como precio de la sangre de Jesucristo: con religion, como arca viva del Señor: con temor, como sujeto de una eternidad feliz ó desventurada, siempre con vivos deseos de guardar fidelidad á Dios, á la ley santa, á sus votos y juramentos; y se ve un religioso pobre, que de su misma pobreza saca la caridad su caudal de mérito, privándose muchas veces de aquello que se le destina á su trato y decencia para socorrer los pobres: tan cándido, que no se le conoce trato indecente, ni sale de su boca palabra que huela á impureza: tan obediente, que mira las insinuaciones del prelado como preceptos del mismo Dios: tan humilde, que sirve á sus hermanos con el mayor gozo: tan piadoso, que sacrifica con gusto el tiempo de su recreacion y descanso visitando á los enfermos, consolando á los afligidos, y llevando por el camino de la perfeccion á sus prójimos: de tan grande talento, en fin, que en pocos años de aplicacion al estudio se halla idóneo para instruir á los demás en las humanas y sagradas letras: la elocuencia descansa sobre sus labios, la prudencia dirige sus pasos, su afabilidad atrae los corazones: jóvenes y ancianos de aquel venerable convento le aplauden y respetan: maestros y prelados le admiran: solo nuestro Ilustrísimo ignora estas maravillas, porque no se le conoce resabio de vanidad ni engreimiento.

¿Qué os parece, oyentes míos? La Religion gobernada por sábios y prudentes prelados y maestros ¿mirará con indiferencia tan rápidos progresos? Yo veo justamente empeñados los superiores á promover tan digno súbdito á la enseñanza con usura de los tiempos, nombrado lector en artes y de teología antes de los veinte y tres años de su edad; remontada su erudicion con el ejercicio de la cátedra, de regente y prefecto general de los estudios del convento de san Agustin y demás del reino de Valencia, refloracer en sus días las ciencias; y como que de un grande talento nacen otros grandes y sublimes talentos, el claustro de Agustino poblado de sábios y excelentes padres y maestros. Sí, Religion venerable: y por estos padres y maestros te nacieron otros hijos que han derivado hasta nuestros días el gusto de la verdadera literatura. Condecorados con los grados que la Religion confiere en premio de la sabiduría, llevan á particular gloria de reconocerse discípulos de tan religioso y sabio maestro. Antes de obtener nuestro Ilustrísimo este merecido grado de la Orden, ya el claustro de la universidad de Valencia le habia honrado con la borla de maestro en artes y

doctor en sagrada teología: ya le habia escogido en juicio contradictorio por uno de sus catedráticos de filosofía y profesor primario de matemáticas, que regentó con general y singular aplauso por mas de veinte y un años: ya habia cogido los frutos de su sabiduría, aplicacion y talento en tantos actos literarios públicos y privados, y por tan eruditos discípulos que la ennoblecen en el día: ya, en fin, Barcelona y toda la provincia augustiniana de la corona de Aragon habia admirado aquel tesoro de erudicion en las artes liberales y sagradas letras, por las conclusiones que defendió con motivo del Capítulo provincial celebrado en aquella ciudad el año de 1747.

¡Gran Dios! cuán admirable sois en vuestros siervos: dichoso el hombre instruido por Vos en vuestra santa ley, tocado de Vos para cumplirla. En medio de tantas y tan graves tareas literarias y aplausos nada remite nuestro Ilustrísimo de sus santos ejercicios y ejemplos. Viérais un religioso en el claustro vacando á Dios y á sus libros en el retiro de su celda, grave sin severidad, humilde sin bajeza, sábio sin engreimiento, pobre, afable, modesto. Viérais un rector del colegio de San Fulgencio, un prior del convento del Socorro y de San Agustin de Valencia, exacto en la regular observancia, como Ángel de paz conciliar los ánimos, arreglar todo lo perteneciente al culto de Dios y á la manutencion de sus súbditos y domésticos. Viérais un prelado, responsable á Dios del alma de sus súbditos, que á todos mira como hijos, vela sobre sus pasos, corrige sus desvíos, castiga sus excesos, les socorre en sus miserias, les consuela en sus aflicciones, les alienta en sus flaquezas, ofrece votos y sacrificios por si han delinquido: *Ne forte peccaverint filii mei*. Á todos mira como sus fiscales, sin olvidar de su memoria que el prelado debe vivir como que habita en una casa de vidrio visto por todas partes. ¡Ah! pudiera yo representaros la integridad y sencillez de tan gran prelado, la rectitud de sus acciones, la vigilancia en todos los cargos de su oficio, aquella inviolable exactitud con que examina su conciencia, la purifica en las sagradas aguas de la Penitencia, los ardores con que vuela al altar y ofrece el santo sacrificio.

Tanta perfeccion no pudo caber en el claustro. Domésticos y extraños concurren á consultar aquel sapientísimo maestro sobre los asuntos mas graves é intrincados: todo lo penetra, todo lo trasciende, todo lo comprende, y todos hallan de qué edificarse y salir de sus dudas. El Ilmo. Sr. D. Andrés Mayoral, á la sazón dig-

nísimo arzobispo de la santa metropolitana iglesia de Valencia, despues de algunos años que le nombró examinador sinodal de su arzobispado, y en el desempeño de su oficio y acierto de sus consejos hubo por bien sondeadas las prendas de nuestro Ilustrísimo, no halló otro mas idóneo con quien partir los cargos de su pastoral ministerio. Le propone al monarca para obispo auxiliar de su arzobispado. El Sr. D. Carlos III, que le habia ya visto consultar por la real Cámara para las mitras de Ávila y de Orihuela, le nombra. El pontífice sumo Clemente XIII le preconiza para el obispado de Adramita *in partibus*.

¿Qué sensacion no hace en el corazon de nuestro Ilustrísimo esta noticia? Él piensa, él medita, él vacila sobre la gravedad de la empresa; pero como teme de oponerse á la voz de Dios, condesciende. El Rmo. P. M. Lassala es ya obispo de Adramita, auxiliar del arzobispado de Valencia. Con la imposicion de las manos recibe el Espíritu Santo, y con la capa y el báculo pastoral la caridad de su preexcelso patriarca Agustino, y la de su hermano verdadero padre de pobres santo Tomás de Villanueva.

¡Felices claustros! ilustrados por la sabiduría y ejemplos de tan perfecto religioso, ennoblecidos por la dignidad de tan excelente prelado. Nada digo de los rayos que este brillante astro esparce en el hemisferio de nuestra santa provincia de Castilla desde el convento de San Felipe el Real de Madrid, en cuyo templo fue consagrado obispo. Yo paso en silencio las postreras que derrama en el de su religiosa provincia de la corona de Aragon desde el claustro de Valencia, estrechada la dignidad al recinto de una celda, y reducida á una rígida economía para tener mas que partir con los pobres de los frutos y sudores de su rostro.

Yo callo, en fin, durante los cinco años de auxiliar y gobernador del arzobispado de Valencia en los pontificados de los ilustrísimos señores Mayoral y Azpuru su imponderable aplicacion á todos los ministerios pastorales; el plan de estudios que formó por comision del Monarca; el proceso de las virtudes y milagros de la venerable madre sor Josefa María de santa Inés, religiosa agustina del convento de la villa de Beniganim, por encargo de la sagrada Congregacion de Ritos, poniéndole muy adelantado para la canonizacion de la Venerable, y la coleccion de cartas y escritos del V. P. Fr. Antonio Margil, de la Orden del Padre san Francisco. Basta haber apuntado estos rasgos de la sabiduría y ejemplos con que nuestro Ilustrísimo consagrado á Dios ilustró la Religion co-

mo un ensayo de la caridad y celo que ilustró la prelación, llamado de Dios y sacrificado á todos los cargos de su pastoral y apostólico ministerio de la santa iglesia de Solsona, que es el segundo punto de mi idea.

Segunda parte.

Nombrado por el Monarca para prelado de aquella santa iglesia á 30 de octubre de 1772, á últimos de mayo, penetrado del mas vivo dolor, hechos dos fuentes de lágrimas sus ojos, se despide de su amada celda... Vedle salir de la casa de su padre y de su patria con todo el patrimonio de virtud y sabiduría, caridad y celo que heredó de Agustino. Esta es la gala de su dignidad en vida; nada menos brillante será en su muerte.

Iglesia santa de Solsona, este es el esposo que te deparó la divina Providencia, el padre que viene á enjugar las lágrimas de tus hijos, el pastor que viene á cargar con tus ovejas, el prelado que viene á reparar las ruinas del santuario. ¡ Ah! mis oyentes, ¡ qué ansias no combaten el espíritu de nuestro Ilustrísimo! Él lleva en su corazon todo el obispado de que es el alma. Él mira en el estado del santuario, de los ministros, del altar y de sus ovejas, hasta la mas mínima, el grave peso de los cargos de su ministerio, y en sí mismo cuanto debe á Dios, á la Religion, al hábito santo, que tantos de sus hermanos ennoblecieron con el candor de su virginal pureza, aspereza de vida y penitencia; que tantos ilustraron con lo brillante y sólido de su doctrina, y enriquecieron con su pobreza; que tantos, víctimas de la fe y de la Religion, consagraron con los sudores del ministerio pastoral y apostólico y con su propia sangre. ¡ Cuánto se enardece revolviendo en su memoria, *¿de qué casa, de qué tribu..., de grande familia eres tú?* los heroicos ejemplos de santo Tomás de Villanueva! Siendo prior del Socorro, le consagró una magnífica capilla, donde trasladó con la pompa correspondiente su santo cuerpo: ahora parece quiso trasladar y renovar en su persona todas sus virtudes y ejemplos.

Como un padre de familias que se olvida de sí mismo para no pensar sino con sus hijos, su palacio, su vestido, su aposento, todo respira pobreza: nada brilla en él sino la caridad del prelado. Sí: la caridad pacífica y generosa que todo lo sufre, todo lo espera, todo lo derrama: tierna y fecunda que anima, consuela, edifica: sensible y compasiva que enferma con los enfermos, parte con

los infelices su infelicidad, en sentir del Apóstol y de mi padre san Agustín, es el gran tesoro de aquella casa. Con este fondo, nuestro Ilustrísimo justamente confiado en Dios, santamente pródigo y prudente, hace acopios de granos todos los años por la cosecha, y con esta santa usura abre las puertas del palacio á centenares de sus feligreses con una limosna de pan diaria á cada uno bastante para el sustento de la vida, á un crecido número con limosnas mensuales, cuantiosas á los hospitales, casas de piedad y enseñanza, á los vergonzantes y enfermos á proporcion de sus urgencias, á los expósitos y niños pobres, con amas de leche que mantiene de su cuenta, á los desnudos, repartiéndoles vestidos muchas veces al año. Una ilustre tropa de pobres hace la corte en aquel palacio: confundido con ellos nuestro Ilustrísimo, todas sus delicias son de repartirles el pan con sus manos, instruirlos en la doctrina cristiana, y con sus pláticas grabar en su corazon el santo temor de Dios.

¡Oh santa liberalidad! que envileces el oro y las piedras preciosas: ¡oh santa caridad! pródiga del pecho mas generoso: ¡oh santa crueldad! tirana del descanso. Séame permitido, oyentes míos, hablar así respecto al punto donde llega el celo de nuestro Ilustrísimo. Porque mira la ociosidad y miseria como principio fatal de la corrupcion de costumbres, y el mas peligroso escollo del pudor y de la inocencia: ¿cuánto no expende en limosnas con labradores pobres, en granos y dinero para la sementera; con menestrales para manufacturas de sus artes y otros auxilios; con doncellas y viudas pobres, desamparadas y expuestas, para su acomodo; en una palabra, en todo género de urgencias?

Hablad, tiempos de calamidad, en que la hambre, la cruel hambre llevaba consternada la tierra, de los extraordinarios acopios de granos que hizo este magnánimo y prudente pastor para socorro de sus ovejas. Tiempos en que grabada la imágen de la muerte en el semblante de los vecinos de Solsona por la epidemia de calenturas pútridas, en sola aquella ciudad mantuvo nuestro Ilustrísimo mas de cuatrocientos enfermos, llamando médicos forasteros para su socorro, no perdonando á ningunos auxilios del arte ni expensas: tiempos en que prendiendo la misma llama por el llano de Urgel, con motivo de repartir una considerable porción de quina que mandó remitir á nuestro Ilustrísimo la inmortal piedad del monarca el Sr. D. Carlos III, que esté en el cielo, envió su tesorero con cuantiosas sumas de dinero para distribuir de limosna á los enfermos: tiempos en que poco satisfecho con agotar

los caudales de la mitra , sacrificó su descanso en las aras de la caridad , por mas que exponia su salud y vida consagrandó el día y parte de la noche visitando enfermos, sirviéndoles, consolándoles, y acompañando el Viático, con extraordinarias limosnas y pláticas tiernas á los que peligraban de muerte. Hablad, asilos sagrados de caridad y religion: ¿cuántas veces y con cuánta frecuencia habeis visto á vuestro Prelado acudir á vuestros lánguidos y desvalidos, ministrarles con sus manos el sustento de la vida temporal , con sus exhortaciones el de la eterna, mezclar las propias lágrimas con el sentimiento de sus penas? Vosotros, que en medio de tantos conflictos vísteis derramar sus entrañas para vivificar á todos con su espíritu lánguido á impulsos de la caridad , hablad de aquella serenidad de rostro que está diciendo : id , tesoros , id , piedras preciosas... Hablad, en fin , hijos de tan gran padre: ¿dónde no llegaron los influjos de su caridad y acendrado celo?

El ardor de esta celestial llama quisiera transportarle á todas las partes de su obispado para arrancar de los corazones las inclinaciones al vicio , disipar las tinieblas de la ignorancia, arraigar el amor á la virtud, infundirles las luces y verdades de nuestra santa Religion. Para ser todo en todos por sus vicarios, pastores y sacerdotes que, como la piedra de sal ante los brutos, con su sabiduría y ejemplos en el pueblo deben sazonar las almas para la vida eterna, en frase de Gregorio el Grande , escoge el clero de aquellos que por reiterados informes le consta de su integridad de vida y costumbres , y por la satisfaccion que él mismo se toma con exámenes públicos y rigurosos de su idoneidad. En las promociones, resistiendo toda recomendacion, por mas autorizada que sea, solo atiende al mérito de la ciencia y virtud. ¿Con qué solicitud no vela sobre la conducta de los eclesiásticos , sobre el desempeño de sus obligaciones, sobre su exactitud en la celebracion de los sagrados misterios y administracion de los Sacramentos de nuestra santa Religion?

De cuantos medios le sugiere su esclarecido y prudente celo, ninguno omite para formar esta porcion ilustre de su grey, para el decoro de sus personas y honor de su estado. Transportad vuestro espíritu á aquel sínodo diocesano donde por su afabilidad es el alma de los talentos de tan respetable cuerpo, el árbitro de sus corazones, un portento de admiracion por la sabiduría, prudencia y celo que perora en todo género de erudicion, particularmente tocante á la disciplina eclesiástica; un modelo de santificacion por su

piedad, modestia y gravedad: á las academias de teología y sagrada escritura que establece en su palacio, de que su Ilustrísima es la cabeza, el oráculo, el piadoso Esdras que se hace una obligacion de explicar la ley, discutir con solidez, sutileza y elocuencia los puntos mas importantes de la fe, de la Religion y de la moral cristiana: á aquellos ratos y ejercicios de la oracion y lectura espiritual que establece en la santa iglesia catedral; y como si este ordinario cultivo del corazon no fuese bastante en los eclesiásticos para sostener la perfeccion del estado, y reparar las ruinas de la virtud, transportad vuestro espíritu á aquellos dias y tiempos que llama al clero á la matriz por la semana de Sexagésima, y á las capitales de los oficialatos foráneos por el Adviento. Reunidos los curas, beneficiados y demás eclesiásticos de los respectivos partidos á su iglesia en cada año para oir las exhortaciones propias del estado sacerdotal, la leccion de libros místicos, las resoluciones de moral y de la sagrada Escritura sobre puntos propios de tan respetable congreso, y entregados del todo á la meditacion de las verdades eternas y práctica de ejercicios de piedad, ¿qué frutos no consigue? ¿cuánto no influye nuestro Ilustrísimo con su ejemplo?

Con ser el primero y mas exacto en todos los actos, particularmente enardecido aquellos santos dias, y purificados sus labios con los frecuentes é íntimos coloquios con el mismo Dios, en los sermones de abertura y conclusion, parece un Ambrosio en la valentía de espíritu que reprende y exhorta; un Bernardo en la suavidad y dulzura que instruye y atrae; un espejo de perfeccion que confunde y anima á su imitacion. Nada menos admirable en las correcciones, se arma de toda la autoridad de prelado; en los castigos, de toda la bondad del mas cariñoso padre; tan remirado en punto de salvarles el honor, que á todos procura ocultar los delitos de los clérigos; tan pacífico, que teniendo á su mano reprimir la audacia de algunos que le dieron mucho que sentir, mas quiso sufrirles con espíritu de caridad, que lastimarles con un récio golpe; tan moderado, que solo castiga cuando lo exigen los intereses de la Religion, reduciendo sus penitencias á ejercicios espirituales en algun convento. Así consiguió en pocos años ver su diócesis poblada de ministros idóneos, útiles á la Religion y á los fieles, y muy satisfechos en esta parte sus deseos.

Pero como nuestro Ilustrísimo, con el clero de que es la norma, lleva en su corazon á todos sus feligreses, cual Pablo devorado por la solicitud de sus iglesias, ni la aspereza de los montes, ni la in-

clemencia de los tiempos, ni la incomodidad del viaje le arredra para visitar por sí mismo á todas sus ovejas, y dispensarles el grano de apostólico ministerio. Visitó su esposa la santa iglesia catedral, y repetidas veces las demás iglesias de parroquias, ermitas, capillas, oratorios y pios lugares de su jurisdiccion. Por todo viérais un prelado firme quitar los abusos de las administraciones pias, arreglar los libros de parroquia, establecer los mas acertados estatutos, y obligar con eficacia á su cumplimiento: reparar los templos, y poner decentes los altares, vasos sagrados y cuanto sirve para el uso, administracion de los Sacramentos y el decoro de la casa del Señor, expendiendo en ayuda de su coste varias limosnas, sin las muchas que derrama en cada parroquia para socorro de sus feligreses. Viérais un pastor vigilante restablecer la paz en las familias, cortar los divorcios, reducir los obstinados y escandalosos, proteger la inocencia y quitarla de los precipicios de la muerte eterna: convidar á todas sus ovejas á la celestial mesa, administrarles en todas las iglesias con sus propias manos el Pan del cielo, y el santo sacramento de la Confirmacion á cuantos se le presentan: predicar y declamar con toda la vehemencia de su celo contra la ignorancia del Catecismo, exhortando los párrocos, los maestros y padres de familia al ejemplo y educacion de sus hijos, de sus discípulos, de sus parroquianos.

¡Qué punto este tan urgente del celo de nuestro Ilustrísimo! La infancia que, segun el Crisóstomo, trae grabada su frente con el sello de la divina adopcion, sazónada su lengua con la sal de la sabiduría, y ennoblecida su alma con el candor de la inocencia, parece que le roba el corazon. En cualquier parte se para con los niños, les examina é instruye con cariño, asiste á sus escuelas; en su mismo palacio celebran certámenes públicos, les dispensa premios y mayores limosnas por sus adelantamientos; con tanta aplicacion y gusto arregla las cartillas del alfabeto de los primeros rudimentos, como la obra de mas peso. Iguales tentativas hace con los pobres, semejantes con los demás. El cura en la visita está con la obligacion de examinar públicamente ante su Ilustrísima á sus feligreses, y con esta diligencia sabe cómo anda el pastor, y cómo andan sus ovejas. Para todos predica los primeros años de su pontificado en la iglesia catedral por algunos domingos y festividades del año; apenas hay sermon que no derrame su elocuencia sobre algun punto de doctrina cristiana, encareciendo la necesidad de aprenderla.

Coronó la solicitud y vigilancia de su pastoral ministerio en esta parte con la obra inmortal de dos Catecismos: uno para instruccion de los fieles, otro para instruccion de los párrocos, eclesiásticos y gente de letras. Bastaria haberlos nombrado con ser tan reciente su memoria para gloria de la sagrada erudicion, talento y celo de nuestro Ilustrísimo. La claridad, pureza de estilo y brevedad en el uno para nutrir los párvulos, unida á la sublimidad de doctrina del otro para instruir los grandes en los artículos y misterios de nuestra santa fe y ley, consiguió tan completa aprobacion del Monarca, como propia del amor que profesa á la Religion, que declinó su Ilustrísima por harto gloriosa con la mas profunda humildad y veneracion. Los progresos que iban ya haciendo con el menor los niños de las Escuelas pias de Solsona y de las parroquias del obispado fueron los mayores consuelos de los últimos dias de su pontificado. Quiera Dios que estos frutos vayan creciendo, y tan sólida doctrina entrañándose en el corazon de los fieles. Estos fueron los deseos de nuestro Ilustrísimo á imitacion de Pablo: comunicar con honestidad y sencillez las luces de su sabiduría, las delicias de su inmensa ocupacion, que le mereció los mayores elogios y concepto de hombres grandes: la salvacion de sus ovejas, el blanco de sus fatigas, pudiendo decir con el Apóstol: *Ego autem libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris*. Ponia mucho cuidado en procurarles frecuentes misiones de los Padres de la Congregacion de san Vicente de Paul, y del seminario de San Miguel de Escornalbou, Orden del Padre san Francisco, que con infatigable celo recorrian por toda la diócesi, misionando en diferentes parroquias todos los años: toda solicitud en que frecuentasen los santos Sacramentos: animado, en fin, de aquella caridad pacífica y sufrida que á todos alumbra y edifica, autorizó su celo y esmaltó la prelación con ejemplos de una vida irrepreensible, santa y religiosa.

Aquel palacio parece un monasterio. Por las disposiciones que nuestro Ilustrísimo establece, cada uno de los familiares sabe la hora que por mañana y tarde debe asistir á la meditacion, al santo sacrificio de la misa, á rezar el Rosario de la Virgen, al exámen de conciencia, á las estaciones de la Via sacra y otras devociones, á una mesa frugal y parca, mas que todo sazónada con las pláticas espirituales que su Ilustrísima les dispensa. Nadie ignora que á todas horas, por mas incómodas que sean, no se niega la entrada á cuantos vienen por algun consejo ó alguna pretension. Su Ilustrí-

sima á todos, hasta el mas pobre, recibe con la mayor afabilidad, sufriendo á veces con invencible paciencia las rusticidades de la gente del campo, las impertinencias, groserías y terquedades de muchos que van á hablarle. Y aunque con los ahorros de la mas estrecha economía sacó aquel palacio del infeliz é indecente estado que se hallaba, gastando pasados de cuatrocientos mil reales de arditos con el que edificó sobre sus ruinas; por mas que proporcionó piezas cómodas para vivir con separacion la familia, otras espaciosas para curias, archivos, librería, panadería y cuantas son precisas por las ocurrencias y decoro de la dignidad, *para con este medio suavizar á sus sucesores la aspereza del terreno y rigidez del clima*; pero toda su habitacion separada consistía en lo regular de una reducida celda de religioso; todos sus adornos, unas estampas de papel de la Via sacra y dos lienzos, uno del Padre san Agustin y otro del Padre santo Tomás de Villanueva: el mayor de sus cuidados el cumplimiento de la regla que juró á Dios hasta la muerte.

En la observancia de los ayunos de la Iglesia y de la Órden parece crueldad el rigor con que debilita su cuerpo. En la asistencia al coro por los domingos y festividades del año, y en la aplicacion al estudio, un hombre infatigable: en el recato un espejo de pureza. Hasta en los últimos alientos de su vida iba con sumo cuidado cubriendo sus carnes. La modestia y mortificacion de sentidos son el carácter de su semblante, la afabilidad el de su genio, la humildad el de su gradeza. Á todos trata con cariño de padre, y con expresiones de hermano. En órden á la opinion y fama es tan delicado, que no puede sufrir que nadie le hable de faltas ajenas: reprende con severidad toda exageracion, aborrece toda paliacion; en tratándose de premios y castigos tanto inclina á favor del reo y promover los que le han injuriado, cuanto á favor de sus amigos. Las lisonjas le ofenden, el fausto de la dignidad le confunde. Á aquellas opone un semblante severo y desabrido, á estas un vestido grosero, un habito pobre, muchas veces roto ó remendado, una pobreza... ¡Ah! parece que llueven sobre su cuerpo todas las inclemencias de la pobreza, y sobre su corazon todos los tiros de la miseria ajena. Sus rentas son escasas para sacar del estado de calamidad tanto pobre, tanto desvalido, tanto enfermo. Su celo, su aplicacion, sus ejemplos, no pueden quitar á Satanás todos los funestos despojos de la miseria. Al paso que su espíritu no sosiega sobre la economía y ahorros del palacio, *ipse plus ultra cupiens dedisse*, todo le parece poco cuanto pone en los erarios del cielo, en

los tesoros de Jesucristo : todo le parece nada en comparacion de los momentos que sacrifica al amor y á la caridad.

Purificado hasta lo mas íntimo de sus entrañas con este excelso fuego, instruido en la escuela de la meditacion y soliloquios con Dios por mi Agustino, ¡cuántas veces olvida el tiempo y se olvida de sí mismo abismado en el seno de la divinidad, en los inmensos arcanos de la Trinidad é inefables atributos y maravillas de Dios ! ¡Cuántas veces los cuidados de su grey le interrumpen el escaso sueño á que precisa la necesidad de la vida ! ¡ Cuántas veces postrado á los piés de Jesucristo crucificado, cual triste paloma se lamenta de los heridos que no puede curar, de los miserables que no puede socorrer, de los obstinados que no puede reducir ! Cual víctima cargando con los pecados de su pueblo por las calamidades públicas, viérais asistir nuestro Ilustrísimo á las rogativas, misiones y procesiones en ademan de penitente, implorar la divina misericordia por las plazas, por las calles, por los templos, con llantos y gemidos que enternecen hasta los mas obstinados.

Como otro Eliseo, empeñado á restaurar el espíritu y celo de su venerable padre y hermano santo Tomás de Villanueva, fácilmente confundiéramos el retrato con el original. Cierta dia que llegó á noticia de nuestro Ilustrísimo el desliz de una doncella, transportado de dolor, sordo á todas las palabras de consuelo, condenado su cuerpo por muchos dias á tan rígida abstinencia y otras austerizas secretas, que dió motivo á temer algun grave quebranto en su salud, abandonado al mas fúnebre llanto, derritido su corazon de dia y de noche á la presencia de Jesucristo crucificado, levantando sus manos al cielo, postrado en tierra, vertiendo copiosas lágrimas sus ojos hasta regar el suelo, ¿qué mas pude hacer, Señor, exclama, para el cultivo de vuestra viña y no lo he practicado ? ¡ y sin embargo nacen en el campo de mi cargo estos abrojos y espinas ! Ilustrad, Dios mio, las tinieblas de mi ignorancia, fortaleced mi espíritu para ocurrir á los pecados de mi pueblo ; no perdoneis mis canas, descargad contra mí los tiros de vuestro enojo, sea yo en esta vida la víctima de estos excesos, apiadaos de la afliccion que inunda el pecho de vuestro siervo, consolad la amargura del corazon de vuestro hijo. ¡ Oh piedad ! ¡ oh caridad ! ¡ oh ejemplos !

¡ Qué confusion para aquellos que les parece que el religioso sacado del centro de la pobreza y de la oscuridad del claustro al goce del mando, de la prelación, de la dignidad y rentas de la Iglesia,

está como nadando en las delicias de una fortuna brillante ; para aquellos que son llevados de la codicia al santuario, intrusos en la viña del Señor para coger sus frutos sin cultivarla ; para aquellos talentos que llama sublimes nuestro siglo ! Un conquistador famoso con distinto uso de sus victorias hace la felicidad ó infelicidad de las monarquías : un grande talento en el teatro del mundo siguiendo los impulsos de un corazon corrompido es el mayor azote de la Religion y del Estado ; pero consagrado á usos honestos y santos puede considerarse como el don mas precioso del cielo. ¡ Iglesia santa ! ¡ gloriosa España ! ¡ ejemplar de religion entre todas las naciones ! el cielo quiso premiar el católico celo de tus monarcas con tantos talentos, tantos prelados de la Iglesia, así seculares como religiosos, que te engrandecen : con este religioso, no de los antiguos desiertos, sino de nuestros claustros y de nuestros dias, con este talento, este prelado...

Pero ¡ qué es esto, Dios mio ! Parece me atrancan ciertas voces que este luminoso astro corre apresuradamente al ocaso de su carrera. *Paucitas dierum meorum finietur brevi*, dice nuestro Ilustrísimo repetidas veces antes de su enfermedad al venerable Dean de la santa iglesia de Solsona : se abrevian mis dias y estoy cercano al de mi muerte. Llegad, pues, padres y amados oyentes mios, á recoger los últimos alientos de este pobre religioso, las instrucciones de este gran prelado, los consuelos del justo en el tránsito de la muerte, y Vos, Señor, dejaos penetrar de las rendidas súplicas de vuestro siervo.

Solicito de su esposa la santa iglesia de Solsona y de su grey, ora con todo el ardor de su celo, repite sus votos y súplicas por su felicidad temporal y eterna. Solicito de sí mismo, cual reo á la presencia de su juez, enternecen los suspiros y llantos de aquel corazon contrito, humillado y penitente. Vos, Señor, sois justo, le dice á Dios, y vuestros juicios llenos de verdad, misericordia y equidad. Acordaos ahora de mí y olvidad mis delitos. Si me conviene que muera, cúmplase vuestra santa voluntad, y recibid en paz mi espíritu. ¡ Con qué ternura abraza la cruz, árbol santísimo de nuestra redencion, escudo sagrado de la prelación ! ¡ Con qué devoción y rendimiento adora y recibe el Santo de los Santos en el augustísimo Sacramento ! ¡ Con qué firmeza y confianza profiere : Desfallece mi corazon y mi carne ; pero mi Dios es toda mi vida, toda mi fortaleza, toda mi esperanza !

¡ Ah, mis oyentes ! ¡ qué bueno es ver en nuestros dias de irreligi-

gion y de libertinaje un prelado venerable olvidado de la gravedad de su enfermedad, vestido con manteletas salirse de su cama, y postrado de rodillas por mas de media hora á la presencia de Jesucristo sacramentado, bañado en lágrimas su pecho, en alta é inteligible voz protestar los artículos y misterios de nuestra santa fe católica, dirigir á sus feligreses las postreras exhortaciones de un cariñoso padre y pastor, acompañar al Señor de cielo y tierra hasta el llano de la escalera á pesar de su gran flaqueza ! ¡ Religion santa ! ¡ Religion augusta ! tú sola eres capaz de infundir tanto ánimo en un espíritu. Ministros del Señor, que teneis el consuelo de oir en vuestros corazones las sentencias que profiere aquella sagrada lengua de su Ilustrísima, trasladad á la memoria de los siglos los eloquios que dirige á su amado cabildo y clero, las exhortaciones de paz, los sentimientos de su celo. No olvideis la tierna recomendacion de procurar la mayor gloria de Dios, el decoro de su santo templo, la gravedad y armonía en el canto de las divinas alabanzas, la edificacion de los fieles, el mayor bien espiritual de sus diocesanos, la sinceridad de la protesta que este fue el fin de sus fatigas y cuidados desde el ingreso de su pontificado, de todos los establecimientos de piedad que autorizó con su continua asistencia, y que lo es de las vivas ansias que depone en su confianza. Recordad las lágrimas de ternura y compuncion con que pide á Dios perdon de sus delitos, á todos los prójimos de sus agravios, á todos sus hijos de sus omisiones y defectos, la dignidad con que habla de la excelencia del estado eclesiástico y la necesidad de sus jerarquías en la Iglesia, la dulzura que percibe con la meditacion de las maravillas de Dios en el augustísimo Sacramento enardecido á su presencia, excitado por aquel *sic sacrificium istud instituit, etc.*, que manda entonar á los sochantres, los transportes de amor, en fin, que traslucen hasta en su semblante por la íntima union con la carne y sangre, divinidad y alma de Jesucristo. Los justos alabarán al Señor, celebrarán las riquezas de su bondad, los tesoros de su sabiduría, los inesfables arcanos de su providencia, los portentos de su gracia : los impíos, sin tener que recurrir á siglos remotos, podrán reconocer que léjos de los horrores, alicciones y angustias de la muerte á que abandona Dios los pecadores é incrédulos, el alma del justo se alegra y goza de una perfecta tranquilidad y paz, y como por anticipacion las delicias de la gloria. Permitid, oyentes míos, un tanto de desahogo á la ternura que inunda el pecho de este indigno hijo de tan gran padre...

¡Eterno Dios! Padre de misericordias y de todo consuelo: coronad esta preciosa vida de tan religioso Prelado: coronad esta preciosa muerte. Así os lo ruegan tantos hijos desde la primera dignidad hasta el pobre mas desvalido derribados en lágrimas, presentes á tan admirable espectáculo capaz de enternecer las mismas piedras: así os lo ruega nuestro Ilustrísimo. Llevando con la mayor paciencia por siete dias los trabajos de su enfermedad, ocupado los tres últimos todo de Dios, rezando salmos y otras deprecaciones de la Iglesia con su confesor, con intermedios de expresiones de la santa Escritura, de mi Padresan Agustin y Padres de la Iglesia, enérgicas, propias del lance y de la grandeza de su alma, llenas de uncion para implorar la divina clemencia, no sosegó en el cuarto hasta que antes de Vísperas y de la procesion de la octava del *Corpus Christi* se le administró con toda solemnidad el santo sacramento de la Extremauncion. Léjos de toda perturbacion de ánimo, estuvo su Ilustrísima con tan sano juicio y advertencia que alternó con el coro de canónigos y presbíteros en el rezo de los Salmos penitenciales, respondiendo *amen* á todas las deprecaciones del ministro: entrando inmediatamente, segun tenia dispuesto, en su habitacion las tres comunidades religiosas de Padres Dominicos, Capuchinos y Escolapios, rezaron con la mayor páusa la recomendacion del alma, respondiendo su Ilustrísima *ora pro me*, y despues de haberles dicho las mas cordiales gracias, mandó se diese una limosna á cada comunidad, y otra á la de las religiosas de la Enseñanza para que le encomendasen á Dios.

¡Qué tranquilidad! ¡qué presencia de espíritu! Pertrechado nuestro Ilustrísimo con los santos Sacramentos, y como presintiendo su muerte, en medio del imponderable ardor que padecia rehusaba el alimento, tanto eran mas ardientes los deseos de la disolucion de su cuerpo para irse con Jesucristo. No se le oian ya aquellos ayes de que adolecia en los cuatro primeros dias de su enfermedad y aun cuando gozaba de salud, que logró robusta por los diez y nueve años de su pontificado. Habia pasado con mucho descanso la mañana del domingo 17 de junio, obraban los medicamentos, todo resonaba mejoría; pero ningun eco hacian en el interior de su Ilustrísima estas débiles esperanzas, antes como verdadero justo que solo aguarda á su Dios por recompensa: *Reposita est hæc spes mea in sinu meo*; ¿qué hora es? pregunta á las doce del mismo dia, dia que mira como último de sus dias: le declaran la hora: ¡mucho tarda la mia! se lamenta. Pacífico y sereno, ¿qué ho-

ra es? repite á las dos de la tarde, tarde que debe consumir los postreros sacrificios de su fervor : se le vuelve á contestar ; y *aun tarda la mia que desco*, ratifica con la mayor tranquilidad y consuelo : *Expecto donec veniat immutatio mea*. Á medida que se acrecientan los síntomas de la muerte, que va extenuándose su cuerpo, enflaqueciéndose los sentidos, retirándose el pulso, todo anuncia que esta sagrada víctima de la Religion llegó á los extremos y mas preciosos momentos de la vida ; ¡á quién no enternece ver despoblada toda la ciudad para acudir al santuario, consternada al pié de los altares recomendando al Señor su amabilísimo Prelado! ¡Virgen santísima! esta es la hora de nuestro Ilustrísimo, de vuestro capellan y devoto : la hora que estableció desde principios de su pontificado en todos los domingos para congregar sus ovejas á tributaros el mas rendido obsequio de su devocion y culto con el santísimo Rosario : la hora en que tantas veces rendido á vuestras plantas repitió sus súplicas solicitando vuestra intercesion *en la hora de la muerte*, tantas veces se enternecieron sus entrañas penetrado de la docilidad y devocion del pueblo ; pero ¡ah! ya esta misma es la hora que alternando los suspiros y llantos con los ruegos todo respira tristeza. ¡Qué otra es la hora del prelado que la del pueblo! Llegaos á su aposento y cama : en medio del quebranto por tanta pérdida no hay quien no se sienta penetrado en su interior de cierta celestial dulzura que consuela. Anegado con ella nuestro Ilustrísimo como que está en un delicioso sueño, á proporcion que se abrevian los instantes cobrando nuevos alientos su espíritu, lleno de confianza en Dios : *En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu : Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto* ; Amen ; son las últimas palabras que con dos suaves suspiros exhala su corazon, y con inefable dulzura profiere la lengua de este grande héroe, que fiel á los designios de la divina Providencia que le llamó al estado de religioso y de prelado de la Iglesia, ilustró la Religion con su sabiduría y ejemplos, y la prelación con su caridad y celo.

Señor, nuestros juicios son inciertos : mientras el cadáver de nuestro Ilustrísimo está dando en la tierra el mas ilustre testimonio de los postreros actos de su profunda humildad, tal vez su alma estará sufriendo la suerte de los justos que no satisficieron plenamente por aquellas imperfecciones y faltas ligeras de que no suele estar exenta la vida de los Santos, y mejor recibiría su Ilustrísima nuestros sufragios que nuestros elogios. Salid, pues, fieles, á su socorro, os diré como Bernardo en lance semejante : *Surgite in ad-*

jutorium illi. Pobres de Jesucristo, llevad al cielo los tesoros de la caridad de vuestro tierno padre. Sacerdotes santos consagrados con las manos y formados por los ejemplos de tan religioso prelado; tristes ovejas criadas con la leche de su doctrina, apacentadas con los sudores de su rostro y sangre de sus entrañas de vuestro cariñoso pastor; llevad al tribunal de la divina gracia y clemencia el precioso caudal de su piedad y celo. Padres y hermanos míos que teneis la gloria de haber sido hermanos muy amados de tan esclarecido hijo de Agustino, ofreced la carne y sangre del Cordero sin mancha, el incienso del sacrificio santo: clamad todos, oyentes míos, al Dios de misericordia: juntad vuestras súplicas y ruegos con la magnífica piedad, amor y religion que consagra estos sacrificios y sufragios á la memoria y eterno descanso de su alma. Padre y patriarca Agustino, reconoced vuestro santo hábito ennoblecido por la virtud y sabiduría de nuestro Ilustrísimo; por la túnica este hijo, legítimo heredero de vuestro espíritu, devorado por la caridad, egregio dispensador de los celestiales tesoros y misterios. Venerable limosnero santo Tomás de Villanueva, Vos sabeis dónde están las facultades y riquezas de nuestro Ilustrísimo; reconoced por las de su corazon este hermano fiel imitador de vuestros ejemplos. Glorioso arcángel san Rafael, ministro de Dios para auxilio de los justos, por la fidelidad á los designios de la divina Providencia, reconoced vuestro devotísimo, á quien cupo la feliz suerte con el carácter de cristiano de ilustrar su persona con el timbre de vuestro nombre y con la adopcion de hijo de Dios de heredar vuestro patrocinio: que jamás emprendió paso en la carrera de su vida sin poner en vuestras manos su corazon para el acierto: que electo prelado de la Iglesia puso todo empeño de esculpir en sus armas vuestra santa imágen, y mas de grabar en su pecho y cumplir vuestros importantes consejos dirigidos al santo Tobías. Presentad ante el trono del Altísimo las oraciones y sacrificios, las limosnas y frutos de su acendrada caridad y celo. Alivie su espíritu el pan que repartió con los hambrientos, corrobore su alma el socorro que expendió con los lánguidos y desvalidos, conviértanse en resplandores eternos las luces que esparció para instruccion de sábios é ignorantes, vista la hermosa gala de la gloria el que tantas veces cubrió los miembros de Jesucristo en la desnuda carne de los pobres. Por vuestra intercesion sea su eterna morada en la santa Sion del cielo, donde *requiescat in pace.* Amen.

ORACION FÚNEBRE DE LOS VOLUNTARIOS CATÓLICOS

DEL EJÉRCITO PONTIFICIO.

Beati eritis, quoniam quod est honoris, glorie, et virtutis Dei super vos requiescit.
(1 Petr. iv, 14).

Bienaventurados seréis, porque lo que es de la honra, de la gloria y de la virtud de Dios, y lo que es de su espíritu, reposa sobre vosotros.

Venimos á depositar sobre una tumba lejana, no lágrimas, sino alabanzas y oraciones; y sobre lo que resta de ellos en la tierra, sobre el depósito sagrado de sus cenizas queridas venimos tambien á decir: Bienaventurados seréis, porque lo que es de la honra, de la gloria de Dios y lo que es de su espíritu reposa sobre vosotros.

No subo ya á esta cátedra dominado por un sentimiento de luto ni de tristeza, ni esos paños funerales que cubren los muros de nuestra antigua ciudad pueden ocultar á mis ojos los rayos de gloria que les rodean; pero, al recuerdo de los atentados de que fueron víctimas, mi alma y todas las almas que latén como la mia abrigan un sentimiento mezclado de indignacion y de gloria. No; no hay un alma digna de este nombre que no repita conmigo: *Beati eritis!* Sí, seréis proclamados bienaventurados, porque aun hay en la tierra honor y gloria para vosotros.

Y ¿por qué habia de entristecerme cuando veo triunfar con ellos todo lo mas noble y sagrado que hay sobre la tierra? el honor, el valor, la fe; cuando veo en esos jóvenes inmolados en defensa de la mas grande de las causas, no á soldados mas ó menos valientes en combates vulgares, sino nuevos y gloriosos Macabeos que han entregado su alma al peligro para que las cosas sagradas quedaran de pié sobre la tierra, para que no se destruyera la ley principal de donde emanan las demás y es sosten de la sociedad entera? Ved por qué no vacilo en decir con el espíritu de Dios mismo: *Cubrieron á sus razas con una gloria incomparable.*

Esta es la razon por que en Francia, donde todos sienten el encanto de las cosas grandes, no hay un solo hombre que, conservando en su conciencia algun resto de grandeza moral, no levante su voz para repetir en alabanza de ellos estas hermosas palabras: *Bienaventurados seréis, porque lo que es de la honra, de la gloria y de la virtud de Dios, y lo que es de su espíritu, reposa sobre vosotros.*

No los lloremos, no: su muerte es demasiado hermosa ante Dios y ante los hombres, porque fueron á la vez héroes y mártires: héroes por su decision cuando partian; héroes en el campo de batalla cuando sucumbieron; mártires, porque se consagraron libremente á la defensa de Dios y de su Iglesia; mártires, porque murieron en la fe y en los fervores de la piedad, como morian los primeros mártires cristianos.

Nada ha faltado al complemento de su gloria, ni aun los insultos innobles de los enemigos de Dios y de su Cristo, y esta palabra basta, porque sobre ello quiero poner candados á mi lengua. Ni puedo expresar desde este lugar todos mis pensamientos, ni me conviene entristecer su memoria con pesares y lágrimas indignas de ellos, ni con quejas demasiado amargas, ni con maldiciones contra los que los insultaron, inmolaron ó vendieron. No: yo no vengo hoy á maldecir, sino á bendecir, y á bendecir á Dios que suscita aun entre nosotros tales vengadores del honor, de la verdad y de la justicia, y á bendecir á la Iglesia que aun inspira el heroismo de las almas en medio de las amarguras que sufre en siglos de tanta molicie; á glorificar á la Francia, que cuando se trata de engendrar héroes no podrá ser lastimada con el anatema de la esterilidad; á bendecir á esas almas valerosas que despreciaron su vida en aras de la justicia; á bendecir, en fin, la fe y todas las cosas grandes y sagradas por cuya defensa murieron. ¡Dichosos, sí, dichosos con tal muerte, y mil veces mas dichosos que con tal victoria!!!

En una palabra, señores, apartando violentamente mis recuerdos y los vuestros de todas las amarguras que inundan mi corazon, voy á consagrar mis palabras á la gloria de sangre francesa y al honor de la sangre cristiana que corria por sus venas.

Primera parte.

Cuando meditamos sobre la magnificencia de las promesas hechas á la Iglesia en las santas Escrituras, parece que solo la están preparados en la tierra destinos prósperos y tiempos bonancibles;

parece que Dios será siempre guarda de sus murallas, y que batirá á todos sus enemigos; parece que los pueblos se dirigirán con docilidad por las sendas de su luz, que los príncipes de la tierra serán fieles amigos suyos, y que una paz eterna reinará siempre en sus murallas. Ni es así, ni Dios hizo sus promesas en ese sentido. Dios en la profundidad de sus designios ha creído que las pruebas mas duras eran de mas valor para la Iglesia que una prosperidad demasiado prolongada, y es lo cierto que, si reina en este mundo, no es sino á costa de sufrimiento y de luchas. Hace diez y ocho siglos que la Iglesia combate sin cesar y sin cesar sufre, pero siempre sale triunfante por medios inesperados, porque tal es el misterioso destino de esta Iglesia inmortal y de sus discípulos. El Señor lo habia así predicho: *Oprimidos seréis en el mundo*, pero tambien añadió: *Confiad, que yo vencí al mundo*. Ved por qué, en medio de las tribulaciones pasajeras de la Iglesia, jamás debèmos entregarnos á un cobarde decaimiento, ni olvidarnos del apoyo en que se funda su inmutable elevacion. Hay algunas veces treguas para estos combates, y la Iglesia parece que respira por algunos momentos; pero es necesario no debilitarse con estas treguas, porque no tardarán en empezar las luchas. Pero cuando las pruebas son terribles; cuando, segun la expresion de los Libros santos, *el humo sube de los pozos del abismo*, oscurece la luz del dia, y en esas tinieblas rompe las almas mas fuertes; cuando, segun otra expresion, *permite que la bestia haga la guerra y venza á los Santos*, ¡ah! entonces no debemos desfallecer ni desalentarnos, porque la victoria definitiva es segura. Entoces es cuando el cristiano se eleva en alas de la sublimidad de su alma y de su fe, empezando á esperar cuando ya no hay esperanza. Entonces se cumplen estas proféticas palabras del cántico inspirado: «¡Oh Dios! «Vos habeis dejado que las tinieblas se derramaran sobre la faz de «la tierra, y ha aparecido la noche mas tenebrosa.» Razon tienen para temblar los habitantes de la tierra, porque en esa noche los animales voraces salidos de sus bosques y de sus guaridas van y vienen por doquiera llenando el aire con sus rugidos; pero el sol se levanta en seguida, y aterrados con su luz huyen precipitados á sus cavernas, y entonces el hombre, el hombre de bien sale de su morada y vuelve con confianza al trabajo de la Providencia hasta el amanecer de su vida.

Pues bien, señores, ahora, en estos momentos en que yo os hablo, estamos en esos momentos dolorosos y solemnes en que la Iglesia se encuentra en una de esas grandes pruebas.

Yo no haré aquí la historia de la tribulacion presente. ¿Quién no la sabe? ¿Quién no conoce la série profunda de todos los ataques dirigidos contra la Santa Sede? ¿Quién no tiene noticias del último y mas odioso atentado que acaba de consumarse? ¿Quién ignora la guerra desleal que se sostiene con perfidias y violencias, con calumnias y con insultos, con simuladas amenazas, con provocaciones tenebrosas, con ataques manifiestos, con traiciones ocultas? Separemos nuestros ojos de ese espectáculo. Mi corazon se encuentra mejor con los muertos que con los vivos, y mi alma entristecida con el peso de tantas vergüenzas necesita descansar cerca de los jóvenes héroes que perecieron víctimas gloriosas de tantas iniquidades. Sí, fueron héroes. Partieron, porque iban á consagrarse á la muerte, y lo sabian, y fueron héroes cuando sucumbieron combatiendo como combaten los bravos. Es cierto que haciéndolo así seguian las huellas de un héroe: es cierto que el primero de ellos, un ilustre general, uno de los capitanes mas caballeros de nuestros grandes ejércitos, habia respondido al llamamiento del afligido Pontífice, ofreciéndole su valiente espada y su nombre estimado de todos los amantes del valor guerrero y del nombre francés. Y esa gran resolucion, que permanecerá gloriosamente escrita en los fastos del honor y en los anales de la Iglesia y de la patria, decidió y arrastró á todos esos jóvenes esforzados que siguieron tan gran ejemplo. Su puesto era el de mas peligro, y tambien el mas noble, lo sabian, y á su puesto volaron; porque el peligro de las causas grandes inflama á las grandes almas. Ellos pertenecian al número de esas almas generosas que se deleitan en defender al débil y en socorrer al oprimido; ellos comprendieron este secreto ignorado de las almas vulgares: el amor debe acreditarse en los dias del infortunio; ellos vieron los males que agobiaban al Padre comun de los fieles; ellos oyeron á sus padres, á sus madres, á sus pastores, á sus amigos y á los enemigos de esta santa causa narrar los atentados de que estaba amenazada y herida la Santa Sede, y entonces, inflamadas sus jóvenes almas con la llama de aquel ardor que abrasaba al anciano Matatías y á sus hijos, gritó cada uno de ellos como el héroe de los antiguos dias: «¡Desgraciado de mí! ¿no he nacido yo mas que para ver la desolacion de la ciudad santa y permanecer en ella sentado, tranquilo «é inútil bajo el techo que me vió nacer? ¿Es solo para esto para lo que debe servir mi vida y la sangre que me dieron mis padres? «No; en tiempos como estos no basta vivir, es necesario morir.» Y

por la fuerza de ese grito, y bajo esas impresiones de su conciencia, dominados por el entusiasmo de sus almas, marchan á sufrir las fatigas de las armas y á arrostrar los peligros de los combates. Eran jóvenes y libres, y partieron dejando el reposo y la seguridad, sus familias, su patria, sus madres, sus hermanas, todo cuanto el hombre ama mas en la tierra, todas sus mas tiernas y delicadas afecciones. Dios conoció todos sus sacrificios. Entre ellos habia otros que eran padres de familia, y no los contuvieron los vínculos mas fuertes; y aunque ya habian hecho mucho por la Iglesia y por la patria, creyeron que ni á la edad de cincuenta años tenian derecho al reposo, y tambien partieron. Hubo tambien, y digámoslo porque no es un secreto para la Francia, mujeres heroicas que alentando á sus maridos en presencia de sus hijos, les decian: «Marcha, si «Dios te inspira ese heroismo; vé, y si es necesario muere, Dios «cuidará de nosotros.» ¡Nobles mujeres! fuisteis oidas y obedecidas. ¡Ah señores! cuando acciones y palabras como estas salen de los corazones, cuando aun hay en la tierra corazones como estos, no solo hay que saludar al heroismo, sino que es necesario no desesperar de nada. Á pesar de todo se les insultó, se les denigró á la hora de su marcha, como si fuera necesario que en la noble tierra de Francia se encontraran los extremos de todas las cosas; al lado de la mayor nobleza de corazon, bajezas que no se pueden mencionar; pero ellos ni se turbaron por las palabras injuriosas, ni temieron las amenazas de las predicciones siniestras. Esos hombres esforzados lo dejaban todo, y no esperaban nada, ¡cuando tantos hay que no dejan nada y lo esperan todo! y partian siguiendo la antigua divisa: *sin esperanza y sin miedo*. Oid lo que uno de ellos escribia. «El dia 25 marchó para Roma con el segundo de mis hijos, subteniente retirado de un regimiento de cazadores, y con algunos voluntarios bretones. Vamos á ofrecernos «en defensa de la mas santa y desesperada de las causas. Abandono «á mi familia y los cuantiosos intereses que poseo en este mundo «para seguir la mala fortuna de aquel á quien han sido confiadas «las promesas inmortales.» Marcharon, y marcharon sin contarse. En el dia del combate se encontraron uno contra diez, y á veces dos contra ciento, y ninguno de ellos retrocedió; ¿y no os causa admiracion á vosotros los que siempre contais, los que nunca aceptais la lucha, sino cuando sois diez contra uno? ¡Ah, lo comprendo! todo esto desconcierta vuestros pensamientos, y parece una lo-

cura á los ojos de vuestro vulgar heroísmo. Hay tiempos y atmósferas de las que se desprende sobre las almas no sé qué especie de vapor maligno que las debilita, destruye todo su valor, y hace incapaz de comprender todo entusiasmo y todo sacrificio. Sin embargo, preciso es decirlo, el egoísmo ha tenido también su parte en este gran suceso, y no hablo solamente de ese egoísmo grande y sublime que anima á las almas inmortales y las hace dirigirse á la eternidad, hablo de ese egoísmo que tiene también su mérito y su grandeza. Había entre ellos herederos de grandes nombres, poseedores de grandes fortunas, que creyeron que la ociosidad de su juventud no correspondía al honor de su nombre, al movimiento de su corazón. Esta inutilidad sin gloria pesaba como un remordimiento en la conciencia de estos descendientes de nuestras antiguas razas, y no sabían cómo sacudirle. El llamamiento de Pío IX y el ejemplo del general Lamoricière vinieron á despertar sus almas. La sed de sacrificio, el amor á la gloria, la necesidad de honrar su vida, el recuerdo de sus abuelos, los atractivos de acometer una gran acción, de arrostrar un gran peligro, y de desempeñar una misión grande, se apoderaron de ellos y exclamaron: «Vamos á recobrar «con la piedad magnánima de nuestros antepasados la antigua herencia de su valor.» Y vinieron de todas partes, de nuestras mejores provincias de Francia, de Bélgica, de Saboya, de las orillas del Rhin, de la Suiza, de Alemania y de España, que también envía en este momento algunos hijos suyos. Y vinieron de las ciudades y aldeas. Yo no quiero recordar aquí solo los nombres conocidos, los nombres ilustres. Amo y no me olvido de los desconocidos, de esos bravos paisanos bretones é irlandeses que no tendrán un panegirista que pueda nombrarlos en la tierra; pero cuyos nombres están inscritos en el cielo, en el libro de la vida y en los fastos del honor eterno. Sí, yo me complazco en rendirles este homenaje, porque hoy es mi mas dulce alegría no olvidar á aquellos que quizás serán olvidados en la tierra.

Pero prescindamos de mis tristes alegrías, y elevemos mas nuestros pensamientos. Yo os pregunto á todos: ¿no es preciso, como dice Bossuet, que haya en lo que se llama deber y abnegación un encanto muy profundo para que estos jóvenes hayan sido de tal modo embriagados? ¿No es preciso que las grandes almas hayan descubierto á los rayos de una luz divina un agrado inmortal en la honestidad y la virtud para ir á exponerse, no digo sin temor.

sino con alegría, á fatigas inmensas, á dolores increíbles, y aun á una muerte segura en obsequio de lo que se ama, en defensa de la patria, de la Religion y de los altares ?

De este modo, por un movimiento de fe católica de que hace mucho tiempo no se encuentra ejemplo en la historia de la Santa Sede, y que será considerada como una de las inspiraciones mas generosas de nuestra edad, de este modo, decimos, se formó un ejército de voluntarios católicos para el Santo Padre, no para atacar, como se ha dicho villanamente, sino para defender lo que por todos debe ser defendido, el órden, la paz, la seguridad de los pueblos, la tranquilidad de las familias. ¿Dónde está ahora ese ejército fiel ? ¿Qué se ha hecho esa tropa heroica ? Considera, Israel, en los que han muerto sobre tus alturas. Los valientes, Israel, han sido muertos sobre tus montañas. ¿Cómo cayeron los fuertes ? ¿Cómo fueron arrancadas las armas de mano de esos guerreros ? ¿Cómo ? Vais á saberlo. Yo puedo narrar sus desgracias, porque narrándolas cuento su gloria ; yo puedo celebrar sus desastres, porque son mas gloriosos que los triunfos. Sucumbieron, pero sucumbieron por la fuerza del número y por la astucia de las emboscadas, y sucumbieron despues de una invencible resistencia. Sin prévia declaracion de guerra, sin ninguna de esas consideraciones y respetos que son el último baluarte del honor en el mundo civilizado, como si estuviéramos en plena barbarie, masas armadas invaden las provincias pontificias, y de repente, despues de haber preparado en las sombras toda esa gloriosa campaña, caen sobre ellos, se apoderan de sus alturas, las erizan de hierro y fuego, aprestan sesenta bocas de bronce que vomiten la muerte, y desplegados así en batalla, seguros por su número y posicion, gritan con la valentía que conviene á guerreros de tan baja calidad : ¿Qué ! ¿nos resistiréis aun ? ¡ Ah ! ¿quién lo duda ? Sí : resistirán, porque si no pueden vencer, saben morir ; la muerte es la suprema resistencia de las almas que no se doblegan á la injusticia, y de su pecho saldrá este grito del antiguo heroismo : *Moriamur et nos in simplicitate nostra*. Sí ; moriremos todos en la sencillez de nuestras almas, moriremos en la sencillez y en la fuerza invencible de nuestra causa y de nuestro derecho ; y el cielo y la tierra serán testigos de que nos asesinais injustamente. Al primer rumor de la invasion repentina, todos los cuerpos dispersos del pequeño ejército pontificio se ponen en marcha, y se dirigen á Ancona, última fortaleza armada del Estado romano, última ciudadela terrestre de la violada soberanía pontificia : y van á encerrarse

en Ancona para prolongar el honor de la defensa, aun á costa de sus vidas. Esos jóvenes, esos soldados de algunos meses, no menos endurecidos en las fatigas que las tropas veteranas mas agueridas, hacen marchas forzadas de día, de noche, y sin descanso alguno. Mr. Paul Saucet, voluntario de diez y ocho años, escribía á su madre: «Veinte y un días hace que no tengo mas cama que el «duro suelo, pero gracias á Dios estoy bueno y lleno de valor.» Así caminaban y avanzaban sin cesar; pero ¡vanos esfuerzos! los enemigos están prevenidos, un ejército de cuarenta y cinco mil hombres les cierra el paso. Sin vacilar se lanzan, y marchan adelante á la voz de un jefe valiente que jamás supo retroceder, y que marcha á su cabeza, mas esforzado y mas atrevido en esta hora desesperada que cuando saltaba entre los cascós de metralla ante los muros de Constantina.

¿Veis esas colinas, que parecen fuertes, cubiertas de espesos batallones y guarnecidas de una artillería formidable? pues por allí es por donde hay que pasar, y por medio de masas tan compactas. Tres veces suben por ellas atacando á la bayoneta, arrollan al enemigo y conquistan posiciones inexpugnables. Diezmados y rechazados, vuelven á la carga. Tú, noble Pimodan, tú eres el que por cuarta vez los llevabas á la carga cuando caíste herido de muerte á la cabeza de tus bravos; tú mueres, guerrero esforzado, y ya no volverán á verte ni tu joven esposa ni tus queridos hijos. Pero esa mujer heroica es digna de tí, y cuando reciba la noticia de tu muerte gloriosa no llorará como lloran las mujeres. En vano se echará mano de ardidés ingeniosos para anunciarla nueva tan funesta; «no «le escribais, se la dice, ha caído prisionero;» pero ella contesta con acento inexplicable: «¡prisionero! no; es imposible, mi marido ha «muerto; vamos á la iglesia á orar por él.» Y en seguida, como si el corazón del guerrero todo entero se hubiera comunicado al suyo, toma de la mano á uno de sus hijos mas pequeños, y levantándole en sus manos, le grita: «Tú también serás soldado.» Á pesar de la muerte de este esforzado Jefe, los soldados del heroico batallón franco-belga continuaban batiéndose como leones. «No podíamos «ya vencer, escribía uno de ellos, y nosotros no nos cansábamos de «combatir.» Los piamonteses, segun un testigo presencial, estaban asombrados de tanto valor y de tanto heroismo.

Por mucho que sea mi dolor, no puedo, señores, dejar de llamar vuestra atención y fijar la mía sobre esa alquería en que pasó el episodio mas terrible de este combate, y en que los restos de es-

tas heroicas tropas demostraron con su indómita resistencia que hay almas que no pueden abatir ni el hierro, ni el fuego, ni balas, ni metrallas. Esos jóvenes gloriosos no podían resolverse ni á ceder al número, ni á reconocer la necesidad, ni á dejar posiciones tan valerosamente conquistadas, ni á entregar armas que llevaban con tanta gloria. Por espacio de cinco horas, dice uno de ellos, preferimos se nos hiciera pedazos, mas bien que renunciar á la lucha y á nuestra querida bandera. Una bomba incendió la casa: todos queríamos morir enterrados bajo los escombros; pero era preciso salvar á los heridos, y solo cedimos á la voracidad de las llamas. De este esforzado batallón, de estos trescientos jóvenes, solo quedaron ochenta heridos y mutilados. Su comandante decia en aquella tarde, comprimiendo su frente con sus manos, y vertiendo lágrimas amargas: «¡Pobre batallón! ¡mi batallón de héroes! ¡qué dolor!» Pero yo añadiré, ¡qué gloria! Yo no quiero, señores, exaltar mas de lo necesario este valor francés. El valor militar entre nosotros es la sublimidad en estado ordinario. En África, en Crimea, en Siria, en Rusia, por todas partes y en todas las playas, los franceses son siempre los mismos. Desde el sitio de Orleans hasta el de Sebastopol, así es como cumplieron con su deber en el campo de batalla; y si no bastaran nuestros héroes, vendrían heroínas como Juana de Arco y Juana Hachette. Yo no sé qué sentimiento se apodera de mi alma al pronunciar estos nombres gloriosos. ¡Ah! si las mujeres hubieran podido partir con esos hombres valientes, ¡cuántas se hubieran levantado como Juana de Arco contra esos cobardes que nos insultan, no viendo mas que extranjeros y mercenarios en los héroes cuyos cuerpos han podido mutilar, pero cuyas almas victoriosas se levantarán eternamente sobre ellos como un recuerdo de indecible oprobio! ¿Y qué dirémos de los que cercados por el ejército piamontés querian aun luchar y morir, y no capitularon sino bramando de ira? ¿Qué dirémos de los que habiendo salido ilesos del fuego y del hierro, en vez de felicitarse de haber escapado del fuego y del hierro, sentian no haber muerto con gloria? ¿Qué decir de ese joven prisionero, desarmado é insultado como lo fueron todos, y que escribiendo á su madre, decia: «Si se nos insulta, si se nos escupe á la cara, nosotros pensaremos en el Hijo de «Dios?» ¿Qué dirémos de los heridos y de la sencillez y tono festivo con que refieren sus heridas y las de sus camaradas? Así todos estos nobles jóvenes, combatiendo con la sonrisa en los labios, como dice la Escritura, los combates de Israel, comentaban sin sa-

berlo esta palabra de la Historia sagrada, y daban la heroica inteligencia de este texto: *Prelabantur cum lætitia prælium Israel.*

Séame permitido decir á los valientes que sobreviven á estas terribles luchas, que son semejantes á ellos, y que una vida tan noblemente empezada no puede menos de acabar en la virtud y en el honor. En cuanto á vosotros, que aun sobrevivís heridos y mutilados, vuestras heridas serán para vosotros un signo de gloria, y estad seguros serán tambien eternamente sagradas en nuestro país. En cuanto á mí, no puedo menos de felicitar me de que hayan salido de esta escuela sagrada, que es en la tierra mi amor preferente, jóvenes esforzados, tres de los cuales han sido gloriosamente heridos. Orleans, la ciudad de Juana de Arco, no podia dejar de suministrar su noble contingente á los voluntarios del honor. ¡Bendito sea Dios que no les ha evitado ni el peligro, ni el sufrimiento, ni la gloria! Séame permitido decir á aquellos jóvenes compañeros suyos en los estudios y en los juegos, y que están actualmente consagrados á la carrera sacerdotal, que marchen tambien á su manera por las huellas gloriosas de sus hermanos; que no entreguen sus almas ni á la seducción de las promesas, ni al terror de las amenazas; que sean rivales de su valor en la santa milicia á que deben consagrarse; que sepan combatir pacíficamente, y en caso necesario morir, por Dios, por la Iglesia y por sus pueblos. Meditando, señores, sobre esta grandeza moral, hay un no sé qué de sagrado, de profundo y de divino que me sobrecoge ante el valor de esos jóvenes. Grandes recuerdos son los que asaltan á mi memoria, y se me representan los entusiasmos y los hechos mas gloriosos. ¡Oh colinas de Castelfidardo, que habeis bebido su sangre y guardaréis sus huesos! vuestro nombre era ayer desconocido, y desde hoy será inmortal. De bueno ó de mal grado, la gloria dejó sobre la tierra huellas resplandecientes que nada borra; y las muertes generosas consagran los lugares en que sucumbieran los héroes.

¿Por qué palpitan aun las almas al escuchar el nombre famoso de las Termópilas, á pesar de los siglos transcurridos? Porque allí no retrocedieron ante un millon de bárbaros trescientos soldados á quienes la Grecia habia confiado la causa de su libertad. Los bárbaros pasaron por encima de sus cuerpos, pero ¿qué importa? los trescientos héroes están siempre allí, de pié, en la inmovilidad de su gloria. La ola de la barbarie ha desaparecido, porque, gracias sean dadas á Dios, esa ola impura desaparece siempre, y nosotros veremos tambien desaparecer la ola cuya horrorosa espuma sube

en este momento hasta nosotros. La ola de la barbarie ha desaparecido, pero los ecos de las Termópilas repiten sin cesar estas palabras magníficas que los heroicos defensores de la libertad griega grabaron sobre la roca: «Pasajero, vé á decir á Esparta que morimos aquí para obedecer sus leyes.» Por un privilegio reservado á las grandes causas no fueron los vencidos, sino los vencedores, los que erigieron sus trofeos.

¡Oh colinas de Castelfidardo! vosotras fuisteis tambien las Termópilas del honor para estos jóvenes esforzados y generosos. Ellos estaban allí, en el puesto del honor; allí murieron sosteniendo hasta el fin el honor de la sangre francesa y el honor de la sangre cristiana. Cayeron, pero no han sido vencidos. Su constancia respira un reflejo inmortal sobre su glorioso desastre. Por ellos respiran las almas oprimidas; por ellos se despierta en las conciencias el sentimiento del deber; por ellos la inspiracion, el soplo sagrado del heroismo, consuela y refrigera los corazones en las tristezas mas amargas. La Europa de un confin á otro confin aplaude y celebra á estos jóvenes guerreros; los mas indiferentes se conmueven, y una lengua extranjera y protestante escribia estas palabras: *Estos son los últimos mártires del honor europeo*. En tanto que las aclamaciones de las almas saludan tan unánimemente á estos héroes gloriosos, el cielo tambien los saluda, y los recibe como mártires. Sí; los mártires de todos los tiempos, los Macabeos, los soldados de la legion tebana, los héroes de las cruzadas, han podido desde lo alto de los cielos tenderles á su aparicion una mano fraternal, y recibirlos en sus filas y ofrecerles palmas y coronas.

Segunda parte.

Mártires, ¡ah! lo sé muy bien, es un gran nombre; pero son dignos de él: es una gloria inmensa, pero la alcanzaron, porque la causa á que se consagraron y por la que murieron es la causa de Dios y de la Religion. Dios, dice Bossuet, ha hecho una gran obra sobre la tierra, y esa obra es el Cristianismo, religion santa que rescata, da libertad y guia á las almas hácia sus inmortales destinos. Pues bien, esa es la causa por que han combatido. Esta obra de Dios sobre la tierra tiene un fundamento sagrado. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Esa piedra es la que ha sido atacada, y esa piedra es la que debemos defender. Al rededor de ella debemos reunirnos, y por ella y en ella derramar nues-

tra sangre. En ella vertieron la suya esos jóvenes héroes, y ved por qué los honro con el gran nombre de mártires. Esta causa es la causa de Dios y de la Religion, es la causa de la Iglesia, y por lo mismo es la causa de una augusta y santa debilidad. La Iglesia es débil como una mujer que puede ser odiosamente azotada por todo el que tiene una mano ó lleva un guante de hierro y ejerce impunemente en la tierra una tiranía abominable, y que puede ser, como la Iglesia lo es hoy, insultada, abofeteada, despojada y víctima de todas las violencias. Diré mas, la Iglesia es débil como una madre cuyo corazon puede ser oprimido y hecho blanco de la traicion de sus mismos hijos. ¡Una madre! sí; la Iglesia lo es, y todos los católicos somos hijos suyos. Estos jóvenes valientes veian ultrajar todo lo que para ellos habia de mas sagrado sobre la tierra, lo que amaban y veneraban en el hogar de sus familias, lo que respetaban y querian desde la mas tierna infancia por las inspiraciones amorosas de sus madres: ellos vieron ultrajadas estas afecciones purísimas, no pudieron resistir, partieron, y se consagraron á esta augusta y santa debilidad, del mismo modo que las almas grandes vienen en auxilio del débil y del oprimido, como un hombre de corazon defendiendo á una mujer ofendida, como un hijo se lanza á salvar á su madre. Tambien son mártires de su piedad filial hácia la Iglesia. Esta causa es la causa del derecho y de la justicia. ¿Qué derecho defendian? No defendian el derecho del mas fuerte; defendian el derecho católico europeo, el derecho de las almas, el derecho de las conciencias; la independendencia espiritual de doscientos millones de corazones cristianos. Pero no hablemos ni de Iglesia, ni de poder temporal y espiritual, ni de soberanía pontificia, ni de libertad de conciencia, ni de teología; hablemos del derecho mas sencillo, del derecho comun, del derecho vulgar. El derecho sobre el cual todo descansa en la palabra dada, la fe jurada, la posesion reconocida, lo que es garantía de todos vuestros bienes, lo que constituye la seguridad y el honor de todas vuestras relaciones, la seguridad de todas las propiedades adquiridas, la proteccion contra la violencia y la agresion brutal, en fin, todo lo que es base de nuestras sociedades, los principios todos, y todos los derechos fundamentales de los tratados y de las convenciones humanas, ¿no han sido todas y cada una de estas cosas indignamente violadas en su mas augusto representante? ¿No comprendéis que todo esto es ya nada en el mundo, si puede ser impunemente hollado en la persona del Papa y á los ojos del universo? Pues bien, eso es lo que ellos defen-

dian, y por lo que murieron: yo pregunto ahora, no á los diplomáticos, á los políticos, ni á los jurisconsultos, sino al primer hombre de bien que se presente, venga de una ciudad ó de una aldea, de una academia ó de una escuela: ¿Es justo que el fuerte engañe, ataque y derribe al débil? ¿es justo que se falte á la palabra dada en provecho de una ambicion insaciable? No, no, el respeto al débil, el respeto á la fe jurada, es la ley de la sociedad humana. *El hombre galante* jamás deja de respetar al débil. Yo no os hablo, lo repito, ni de derecho pontificio ni de independencia católica; os hablo de vosotros mismos, porque de vosotros es de quien se trata.

Ni la opresion ni la mentira disuelven la sociedad religiosa. Tres siglos ha vivido en los tormentos: en ese tiempo encontró tiranos como Neron, y mentirosos como Diocleciano; y á pesar de todo ha crecido y se ha dilatado en el seno de tan horribles persecuciones. La sociedad civil no puede vivir un solo día sin el respeto al débil, sin la religion de los tratados, sin que se sostenga la palabra dada; y, entendedlo bien, cuando se violan todas estas cosas, para la Iglesia no es mas que una prueba, pero para vosotros es la confusion y la ruina que se aproxima. Defendiendo al Pontífice indignamente vendido defendemos nuestra propia causa, y protestando contra el derecho violado protestamos en favor de vuestros campos, en favor de vuestras casas, de vuestras fortunas y de vuestra vida. Por esta causa del derecho comun y supremo han derramado su sangre esos jóvenes valientes. Esta causa es la causa de la autoridad y de la soberanía, clave de las sociedades humanas; es tambien la causa de la libertad de los pueblos, porque no hay libertad de ningun género si el derecho de la fuerza y el derecho de la agresion es consagrado sobre la tierra. Pues bien; la Iglesia ha salvado la libertad salvando el derecho, combatiendo la violencia, y haciendo que haya una patria de las almas, y allá, en la region elevada de los principios eternos é inviolables, una fortaleza contra el despotismo.

Por último, esta causa es tambien la de la libertad de Italia. Sí, el Papado es la única grandeza viviente de la Italia; y yo pregunto: ¿Dónde está ahora esa grandeza viviente? ¿dónde está? ¿está en el Norte? está en el Mediodía? ¡Ah! queréis una Italia libre, y yo tambien la quiero; pero quiero una Italia libre y católica desenvolviendo su libertad por medios gloriosos, sin llamar en auxilio suyo á las perfidias y á las agresiones, sin abjurar de su antigua fe y hacer traicion á sus grandes soberanos. «No haya mas sociedades

«secretas,» decia el generoso Balbo, ni mas pasiones feroces, ni mas puñales afilados en la sombra : haya solo costumbres viriles, estudios profundos, trabajos vigorosos que preparen, que justifiquen y que conquisten á las naciones misiones elevadas. Italia, Italia, exclamaba un poeta ilustre, un inglés digno de este nombre, no escuches esa política ciega que quisiera formar un solo imperio de todas las naciones, en perjuicio de sus nacionalidades. Ilusion perniciosa. Tu única esperanza de generacion está en la noble personalidad de cada una de tus ilustres é incomparables ciudades: Florencia, Milan, Venecia, Génova; al paso que en la vasta comunidad en que sueñas no se ve mas que un gigante débil, cuya cabeza será herida con la apoplejía ó la imbecilidad, cuyos miembros estarán helados y muertos, y que pagará con un malestar incurable la falta de haber querido exagerar las proporciones naturales de la energía y de la salud. Pero dejemos todas estas cosas, y sigamos la historia de nuestros mártires. ¿Qué es el martirio? El martirio, como decia Jesucristo á los Mártires primitivos, es un testimonio. ¿Y qué testimonio han dado nuestros jóvenes católicos? Han testificado grandes principios que la humanidad no puede olvidar ni proscribir sin que todo se confunda en la tierra, y estos principios son: que la fuerza no constituye el derecho; que los resultados nada justifican; que es un sagrado la palabra humana, y que es un crimen violarla; que la política no tiene derecho para llamar bien al mal, y mal al bien; que la felonía y la traicion serán siempre despreciadas por el corazon de los hombres; que la justicia eterna vive en la conciencia humana como una protesta imperecedera contra toda iniquidad triunfante; que hay una virtud en el deber, una fecundidad en el sacrificio, y una fuerza en el honor; que la fe, la conciencia y el alma son cosas mas preciosas que la vida, puesto que se da la vida por ellas, y que Dios ha puesto en el hombre algo de divino y de inmortal, haciéndole capaz de hallar la dicha aun en la misma muerte. Ved por qué, jóvenes mártires, que habeis perecido por dar testimonio de estos grandes principios, ved por qué yo no puedo llorar vuestra muerte, ni lamentarme de que en la flor mas amable de vuestra juventud hayais dado el fruto mas glorioso y de mas dulce y sabrosa madurez. Pericles, llorando sobre los jóvenes guerreros muertos en defensa de su patria, decia en otro tiempo : « El año ha perdido su primavera, » y nosotros os diremos: la Iglesia en la primavera de vuestra vida ha visto madurar en vosotros bajo los ardores del sol toda una cosecha de gloria. Además

de todas estas cosas, ellos han atestiguado tambien, en honra de nuestra nacion, que la Francia en una parte de sus hijos es siempre la Francia de Carlomagno y de san Luis; que el país que enviaba en otro tiempo á sus mas esforzados caballeros para que murieran en el sepulcro de Jesucristo, no ha agotado toda su sangre generosa, supuesto que aun tiene bastante para derramarla sobre la tumba de los Apóstoles; que el corazon de la Francia, si no se le comprime, si se le deja latir con libertad, latirá siempre por la Iglesia católica. Esto es lo que ellos han atestiguado, y por esto los considero, no solo como los mártires de la Iglesia y del derecho, sino como los mártires del honor francés. Y señores, todo lo que han atestiguado, lo han atestiguado con su sangre, porque todo testimonio debe sellarse con la efusion de sangre, que es el gran testimonio del amor. En la sangre derramada por el martirio hay una virtud regeneradora. No temais cuando veais correr la sangre de los Mártires. La iniquidad no triunfa, la tiranía no prescribe, la conciencia no muere, y su voz terrible siempre puede ser espanto para los tiranos. El pueblo cuyos hijos saben morir es un pueblo que nunca ni por nadie podrá ser esclavizado. Pero cuando un pueblo está debilitado, cuando están enervadas las almas, cuando los corazones dormitan, cuando no se comprende ni la grandeza moral, ni la virtud del sacrificio, cuando los intereses materiales son soberanos, cuando hay hombres que dicen: «¡Dar su sangre! ¿por-qué? dejarse matar es una locura; mas vale vivir,» ¡ah! entonces es necesario que haya héroes y mártires. Las sociedades no se salvan sino á este precio. Entonces es necesario que haya almas ilustres, hombres generosos que se dejen hacer pedazos por la justicia, que vayan á la muerte como á un festin, y que digan: «Si falta tierra á nuestros piés, aun tenemos cielo.» Pero aun no lo he dicho todo, señores, y me falta presentaros el rayo mas luminoso de todo. Los Mártires son los testigos de Dios en el gran dualismo del bien y del mal. Entre el bien y el mal, entre la muerte y la vida existe un dualismo eterno sobre la tierra, como lo expresa la Iglesia en estas admirables palabras: *Mors et vita duello conflixere mirando*. Dios permite este dualismo para perpetuar en la tierra las mayores cosas que pueden ilustrar á la humanidad; la fe, el valor, el honor, la lucha invencible, el triunfo, y lo que aun es mucho mas, la agonía por la justicia. En ese dualismo hay seres predestinados á ser testigos suyos. Si quereis encontrarlos en el mundo, buscadlos en las alturas, reconocedlos en su frente y en su modo

de mirar. En su frente hay un signo de honor, en su mirada una llama de vida. Ellos marchan aparte sobre todas las elevaciones, lejos de todas las bajas, lejos de las codicias, lejos de las ambiciones y de los egoísmos. La multitud los admira ó los maldice, pero no importa: ellos van siempre adelante. Estos campeones predestinados de las causas gloriosas ó desesperadas sienten en sí mismos, como dice el poeta, una impaciencia, un ardor inquieto, y yo no sé qué sed de combates y de grandes empresas:

Aut pugnam, aut aliquid jam dudum invadere magnum
Mens agitat mihi, nec placida contenta quiete est.

Entonces viene la justicia á ellos; la ven en su pura y serena luz, y oyen que les dice: ¿quereis dar testimonio de mí? ¡Ah! los que jamás han visto esta luz, los que jamás han oído este llamamiento son muy dignos de compasion, porque ni han visto ni oído nada sobre la tierra. Pero cualesquiera que seamos, en cualquier condicion que nos haya puesto la divina Providencia, y sea cual fuere el destino que nos tenga reservado, hay en la vida un momento solemne en que se hace la pregunta y en el que es necesario responderla. El mortal mas oscuro y el mas esclarecido son llamados á hacer esta noble eleccion. No hay en el mundo hombre tan abandonado por la Providencia que no haya sentido alguna vez resonar en su alma esta voz de la justicia: «¿quieres dar testimonio de mí?» Entonces los gloriosos predestinados responden en su corazon: «Sí «quiero,» y entonces la justicia les abre su campo cerrado, pobre y estrecho circo, pero de infinitos horizontes. Los que combaten estas nobles luchas, ya tengan una espada ó una pluma, son en la tierra los que dan testimonio de la justicia y del honor divino, son legitima y verdadera personificacion suya. Dichosos, sí, tres veces dichosos, los que para tan santos combates son predestinados; dichosos, por consiguiente, vosotros jóvenes amigos nuestros, porque á la voz que os preguntaba ¿quereis dar testimonio de mí? contestásteis—queremos;—estaréis solos;—queremos;—moriréis;—queremos, y fueron testigos de Dios en el gran dualismo entre el bien y el mal; y sucumbieron... sucumbieron, pero no fueron vencidos. En honor de la memoria de estos jóvenes heróicos repetiré estas grandes palabras: *Bienaventurados seréis, porque lo que es de la honra, de la gloria y de la virtud de Dios, y lo que es de su espíritu, reposa sobre vosotros.*

La virtud de Dios es una fuerza que nada puede conmover; fortalecidos con esa fuerza sublime, llenos de fe y de la piedad mas fervorosa murieron como morian los primeros Mártires.

¿Y no es tambien así como murió el piadoso y heróico Pimodan? Herido por la primera bala exclamó: «¡Valor, Dios está con nosotros!» La muerte le cercaba por todas partes, pero él avanzaba sin cesar. Traspasa su cuerpo la segunda bala, y salieron de sus labios las mismas palabras. Le hiere la tercera que puso término á sus dias, y tambien fueron sus últimas palabras: «¡Dios está con nosotros!» Judas Macabeo decia á sus valientes compañeros de armas: «Revestíos de valor, estad dispuestos para el combate desde muy temprano; mas vale morir que presenciar los males de la ciudad santa, y sobre todo, hágase en nosotros lo que fuere su voluntad.» Yo os pregunto, señores: ¿No es una exhortacion de esta clase la que dirigia á los jóvenes soldados su digno comandante la víspera del dia que debia alumbrar su primera batalla? «Amigos míos, decia, siempre he sido franco con vosotros, y os anuncio lo que muchos no se atreverian á deciros; mañana será un dia terrible, arreglad vuestras cosas para la eternidad, como yo las he arreglado ya.» Un joven soldado escribia á su madre: «Mañana vamos todos á comulgar.» Otro escribia tambien: «Al marchar al combate pedia á Dios me diera fuerzas y buena muerte: mientras que ha durado el combate no he perdido de vista la casa de Loreto. ¡Cuán dulce es pensar en tí, divina Madre mia! una bala me reunirá quizás contigo dentro de cinco minutos!» Santuario venerando de Loreto, ellos te veian combatiendo, y tú te mostrabas á ellos como asilo de sus almas, y á tí se volbian sus miradas moribundas llenas de consuelo y de esperanza. Vosotras que fuisteis sus madres en la tierra, vosotras que los enviásteis allí, no lloreis á vuestros gloriosos hijos, no han muerto, viven. Habrán podido morir á los ojos de los insensatos, pero sus almas están en la mano de Dios, y no les aflige el tormento de la muerte. Su muerte ha sido considerada como una afliccion por los corazones débiles; pero ¿no están en el goce de la paz y de la alegría, donde vuestra mirada los contempla con una dulzura mezclada de lágrimas, gozando de la serenidad de Dios, y llena su esperanza de vida y de inmortalidad?

Inspirados por la santidad de su causa, purificados por la sangre del Cordero y por la suya, han conquistado con su muerte una corona inmortal, porque la corona de la inmortalidad es el premio

reservado á los atletas de los santos combates, de los combates puros y sin manchas. Vosotros, los que debiendo seguirlos habeis quedado aquí, no podréis menos de sentir, despues de su gloriosa derrota, que la molicie de vuestra vida os haya impedido caminar por sus huellas. ¡Ah! si la Francia hubiera dado á su valiente jefe solo diez mil hijos suyos, la barbarie hubiera retrocedido á su vista, y se hubiera salvado la Italia. Pero no, aquí debia alcanzarse una victoria de otro género, una de esas victorias que mas tarde ó mas temprano conducen á los mas brillantes triunfos, por algunos de esos medios de que se vale la sabiduría profunda de la divina Providencia, y que nosotros no podemos comprender. Los valientes debian sucumbir, pero no su causa. Las causas que cuentan con tales héroes no sucumben jamás. La causa por que han muerto triunfará tarde ó temprano; la sangre que han derramado les prepara la victoria. Cuando se cree á la Iglesia caída, entonces es cuando se levanta; cuando se canta su ruina, es cuando está mas próximo su triunfo. Hé aquí la palabra inmortal que será siempre confusion de todos los abatimientos, incentivo de todos los deberes, y rayo de todos los valores: *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra!* Nuestra fe es una victoria; palabra sublime que significa que la fe ha de triunfar siempre por su naturaleza de la condicion del mundo entero, de todas sus fuerzas, de toda la reunion de sus maquinaciones. Silla sagrada del Vicario de Jesucristo, inmutable é inmortal serás á pesar de las borrascas y de las tempestades; entendiéndalo bien los malos y los pérfidos, los culpables y sus cómplices. La historia dirá lo demás. En cuanto á Vos, Pontífice santo, vuestro nombre hace latir en este momento todos los corazones del mundo católico, como si fuera un solo corazon. Dios os sostiene, Santo Padre, Dios os corona; vuestros dolores son nuestros dolores, vuestras alegrías nuestras alegrías. Los que han dado su sangre á vuestra causa, que es la causa de la Iglesia, viven, y viven en la tierra, en la admiracion universal, en el recuerdo de los católicos hermanos suyos, y viven en el cielo, sí, en el cielo, en esa gran patria de las almas y en el mismo seno de Dios. Allí, con la multitud de los gloriosos asesinados por consagrarse á la defensa de la justicia, con esa multitud que vió el Apóstol debajo del altar, unen sus voces á los cánticos de los coros celestiales, y ponen á los piés del Cordero, príncipe de los Mártires, sus palmas y sus coronas.

No, no lloreis sobre ellos. Orad para expiacion de sus últimas

faltas, si aun tenian algunas; orad sobre sus tumbas, y ofrecedles la sangre divina del sacrificio. Al orar por ellos, démosles tambien nuestro supremo y tierno adios, diciéndoles: «Dormid en paz, amados amigos nuestros, dormid en paz en vuestras lejanas tumbas; habeis combatido bien: descansad.» Dormid, valientes, y esperad el dia hermoso en que habeis de despertar. Nosotros, los que tan léjos estamos de vosotros, siempre pensaremos en vosotros, siempre oraremos por vosotros y con vosotros. ¡Ah! no es de los muertos de quien tenemos que lamentarnos, sino de los vivos. Yo no me lamento de los que sucumben en los combates defendiendo la causa de Dios, sino de los que creen que triunfan contra Dios. Yo me lamento de los que triunfan valiéndose de la mentira, yo me lamento de los que pisotean la justicia, y degüellan á sus defensores, yo me lamento de los que insultan á sus víctimas. Yo me lamento de los que se han hecho cómplices, con aplausos, con atentados cobardes, con victorias vergonzosas. Yo me lamento de los que callan, de los que todo lo aceptan, de los indiferentes, de los insensibles. Yo me lamento de los que se contentan con llorar y nada hacen, de los encadenados por la necesidad ó por el miedo. Yo me lamento de todos nosotros que no hemos manifestado de un modo mas enérgico la indignacion de nuestras almas. Yo me lamento de que los católicos estén adormecidos. Yo me lamento de esa Europa, imprevisora ó aterrada. Yo me lamento, en fin, de aquellos que sintiendo el estremecimiento de desesperacion de sus brillantes espadas, tienen atados y hacen impotentes los brios de sus manos. Llorad sobre estos, sí, pero no lloreis sobre los defensores de la Santa Sede; su suerte es mas digna de envidia que de lágrimas, porque murieron por la causa de Dios, de la Iglesia y de la justicia. Para ellos los trofeos gloriosos y las palmas inmortales; para ellos la gloria de la tierra y la recompensa de los cielos. Pero ya debemos concluir. David maldecia en otro tiempo á las colinas de Gelboé, en que habian sucumbido los fuertes, los valientes de Israel, y exclamaba: «Colinas de Gelboé, que nunca caiga el rocío del cielo sobre vosotras, porque sobre vuestras cimas fue roto «el escudo de los fuertes.»

¡Oh! colinas de Castelfidardo, sobre vosotras, como sobre Gelboé, han caido los valientes de Israel mas fuertes que leones, mas ágiles que águilas, mas hermosos que su juventud, y sin embargo nosotros no os maldecimos. Su sangre os ha consagrado. Sobre vosotras ha sido rota su espada, han sido asesinados, han sido despe-

dazados sus cuerpos. Pues bien, á pesar de todo, yo os bendigo, yo os glorifico: Castelfidardo, tú serás siempre una colina gloriosa, inmortal, porque en tí cayeron los héroes cumpliendo con su deber en defensa de la Religión y de la justicia. ¿Qué importa que se anuncie su derrota en las esquinas de Ascalon, ni que se alegren los incircuncisos? ¿qué nos importan sus alegrías insolentes y sus clamores insensatos? Colinas de Castelfidardo, desde hoy seréis el campo del honor y el ara del martirio: desde hoy seréis un lugar sagrado, porque habeis sido testigos de espectáculo tan grandioso. De la manera que se visita los campos célebres por antiguas batallas para encontrar en ellos los huesos de los héroes, así se irá á visitar los lugares en que hayan caído esos valientes para besar su polvo, para respirar su fe, su honor y su heroismo, y para recoger el soplo de vida y de inmortalidad que de ellos se desprenden. El sepulcro de esos héroes será también glorioso, sus huesos florecerán sobre sus tumbas, porque fortificaron á Jacob, porque con mano generosa sostuvieron el arca vacilante con una triple fila de confesores y de mártires, porque vencieron en la tierra con la sublimidad de su fe. Y un día, cuando vengan tiempos mejores, cuando Dios mire á la verdad y á la justicia, cuando pasen las olas del torrente revolucionario, cuando el cielo hermoso de la Italia haya visto disipadas sus nubes, cuando la cruz vuelva á resplandecer en la cima del Capitolio, cuando obligados los pueblos por sus desgracias se dirijan hácia el Vicario de Jesucristo, entonces, jóvenes mártires de la causa de Dios y de la Iglesia, entonces se dirá la parte que os toca en estos triunfos. En Roma como en Castelfidardo los padres narrarán para la enseñanza de sus hijos, diciendo: «Si en «los días de los extravíos mas funestos no fuimos perdidos para «siempre, si al fin llegó la victoria de la justicia, si ya gozamos de «paz y de libertad, si el Papado y la Italia se han reunido para no «separarse jamás, lo debemos á esos jóvenes de vuestra edad, que «vinieron de países lejanos en auxilio nuestro, lo debemos á la sangre que ellos derramaron.»

Yo también, si Dios lo permite, yo también iré á visitar en tiempos mas felices esos lugares queridos y sagrados. Esta será mi última peregrinacion en la tierra. Allá iré á bendecir á Dios, que en estos días de tinieblas me dió esa luz y esos consuelos; allá iré á levantar mis ojos al cielo, y á pedir el triunfo de la justicia eterna sobre la tierra; allá iré á consolar á mi corazon de sus tristezas y á curar á mi alma de sus abatimientos. Allá iré para representarme

en mi imaginacion esos jóvenes soldados de Jesucristo, con todo el brillo, con todo el fuego de su valor, recordando las intrépidas miradas con que al caer castigaban á sus desventurados vencedores. Muchos de ellos eran hijos de mi palabra y de mi corazon: allá iré en la tarde de mi vida á hacerme discípulo suyo, á pedirles inspiraciones para el resto de mis dias; allá iré á aprender de ellos la conservacion en mí de la llama y del celo por la Iglesia y por las almas, fuego sagrado que siempre debe arder en el corazon de un obispo, consagrando á las luchas de la verdad y de la justicia sus últimos acentos y sus últimos suspiros. Sí, al término de mi carrera, allá iré, á sus tumbas, para reanimar mi ardor extinguido, para fortalecer mi alma en los últimos combates.

ORACION FÚNEBRE

DE DANIEL O'CONNELL.

*Simon magnus, qui liberavit gentem suam
à perditione, et in vita sua corroboravit
templum. (Eccli. L, 4, 5).*

Simon, sacerdote grande, quien libró á su
pueblo, y en sus dias fortificó el templo.

Con qué ¡estos dias, objeto de nuestros deseos y de nuestra alegría, se han trocado en dias de dolor y de luto! Llegado ha para nosotros ese dia, pero ¡ay! no cual le aguardábamos: *Conversi sunt nobis dies votorum nostrorum in lacrymas; si quidem nobis non qualis sperabamus advenit.*

En estos términos lloraba san Ambrosio al emperador Valentiniano, y en los mismos nos toca á nosotros llorar al célebre é inmortal cristiano Daniel O'Connell, que fue una de las mas bellas glorias del Catolicismo, y el mas grande, el mas extraordinario, el mas asombroso personaje de los tiempos modernos, antes de revelarse al mudo Pio IX. Roma le aguardaba para celebrar su venida; pero no ha visto entrar en sus muros mas que una parte de sus mortales despojos, su corazon, y esto para llorarle. Nos gozábamos en la esperanza de admirarle vivo; ¡y hoy somos acá llamados para dar el socorro de nuestras oraciones al cristiano que ya no existe! *Conversi sunt nobis...*

Pero ¿de dónde nace, hermanos míos, esa premura, ese ardor, ese entusiasmo que poco há teníamos para aplaudir vivo á O'Connell y que ahora tenemos para honrar su nombre y su memoria? ¿Cómo un extranjero, nacido á quinientas leguas de Roma, ha podido en Roma despertar un interés tan profundo y tan general? ¡Ah! la razon creo yo encontrarla, la leo en vuestros corazones. Ya os conozco: véoos animados de dos nobles instintos, de dos amores sublimes hácia dos grandes cosas en que reside toda fuerza, y contra las cuales cuanto se piensa es en vano, nulo cuanto se hace, fúnesto cuanto se emprende, perecedero cuanto se le opone. Hablo de la verdadera Religion y de la verdadera libertad.

Ora pues, Daniel O'Connell, el Simon de la nueva ley, ha sido verdaderamente grande, porque ha dado entera su vida para hacer triunfar la verdadera Iglesia, el verdadero templo de Dios sobre la tierra, y porque ha libertado á su pueblo. Así es como ha merecido el bello elogio que del Simon de la ley antigua ha hecho la Escritura: *Simon magnus, qui liberavit gentem suam à perditione, et in vita sua corroboravit templum*. Es, pues, porque estas dos nobles pasiones de la religion y de la libertad, comunes á todos los buenos príncipes, á todos los grandes genios, á todos los verdaderos sábios, á todas las almas elevadas, á todos los corazones generosos, se han hallado como personificadas en Daniel O'Connell y manifestado en él con toda la perfeccion de su naturaleza, energia de su conviccion, poder de su fuerza y gloria de sus resultados; es por ello que ese hombre extraordinario, que ha nacido y vivido lejos de vosotros, es admirado y llorado por vosotros mismos, cual si entre vosotros hubiese nacido. Es por ello que ese gran carácter, esa naturaleza sublime ha despertado todas vuestras simpatías. Es por ello que su noble corazon, que no palpité sino de amor á la Religion, á la patria y al pobre, hace palpitár vuestros corazones.

Me habeis, pues, adelantado: sois vosotros los que me inspirais, sois vosotros los que me trazais el plan del elogio fúnebre que me habeis llamado á hacer del héroe cuya pérdida deplora el mundo cristiano; vosotros esperais, ¿qué digo? quereis que os lo presente como el tipo, el perfecto modelo del verdadero ciudadano á la vez que del verdadero cristiano. Veamos, pues, primero como O'Connell, verdadero ciudadano, se ha amparado en la Religion para dar libertad á su pueblo: *Liberavit gentem suam à perditione*; segundo, como O'Connell, verdadero cristiano, se ha prevalido de la libertad de su pueblo para hacer triunfar la Religion: *Corroboravit templum*. Así este tributo de alabanzas pagado al ilustre finado será una nueva leccion para los vivos, nos confirmará en nuestra santa resolucion, en nuestro sincero deseo de no separar jamás la causa de la libertad de la de la Religion, sola y única condicion para hacernos grandes ante Dios y los hombres, y merecer el magnífico elogio: *Magnus qui liberavit*, etc.; grande es quien ha procurado la salvacion de su pueblo, y, durante sus dias, ha sostenido y fortificado la casa del Señor.

Primera parte.

Una de las voces de que mas se ha abusado en el mundo es la

voz pueblo. Se ha dado el nombre de *pueblo* á toda secta fanática, á toda faccion turbulenta. Se ha llamado *pueblo* á un solo hombre ambicioso, á un tribuno, á un cónsul, á un dictador. Se ha llamado *pueblo* á lo que no es mas que su hez y su rebusco, al enemigo, al tirano del pueblo. Y ¡cuántas veces no han llamado interés comun del pueblo al interés privado de un pequeño número; voluntad del pueblo, al delirio ó capricho de uno solo; libertad del pueblo, á la opresion del pueblo!

Si estos tristes desprecios fueron á menudo el fruto de la hipocresía y del crimen, no fue menos raro el verlos producidos por la necesidad y el error. ¡Y cuántos hombres, creyendo con sencillez y buena fe trabajar por la dicha del pueblo, han labrado su ruina! ¡Cuántos, con intencion de vindicar su libertad, han agravado sus cadenas y estipulado su esclavitud!

¿Y por qué ha sucedido así? Porque esos hombres no han pedido á la Religion las reglas de la eterna justicia que podian sostener la causa del pueblo y de su verdadera libertad. Porque se han olvidado de Dios y han rechazado sus consejos: *Non proposuerunt Deum ante conspectum suum* (Psalm. LV), y sin Dios es imposible mejorar la condicion del hombre, bajo cualquier referencia que fuere.

Si Daniel O'Connell ha llegado felizmente á sustraer á su pueblo á una dura opresion: *Liberavit gentem suam à perditione*; es porque, gran cristiano no menos que gran ciudadano, ha llamado en su socorro á la Religion en la sublime empresa de dar la libertad al pueblo.

Nacido en el condado de Kerry, Irlanda, en 1775, de una de las mas antiguas é ilustres familias del reino, fue enviado desde niño á hacer sus estudios en Francia. La intolerancia anglicana no permitia entonces mas que á los protestantes tener escuelas y colegios, y de este modo ponía á los hijos de los católicos en la cruel alternativa de exponer su fe ó de quedar sepultados en la ignorancia, les precisaba á ir á mendigar en el extranjero el pan del entendimiento, la instruccion y la ciencia.

Los grandes hombres desde muy temprano anuncian lo que serán un dia. El jóven Daniel, en los famosos colegios de Douai y de Saint-Omer, se hizo notable por la prodigiosa fuerza de su memoria, por la solidez de su juicio, por la vivacidad de su inteligencia, por el fulgor de su imaginacion; dejó muy en zaga á sus compañeros de estudio, y consiguió rápidos y sorprendentes resultados.

Por otra parte, profundamente religioso, pero sin fanatismo, piadoso sin hipocresía, modesto sin afectacion, de noble carácter sin orgullo, de severas costumbres sin rigidez, jovial sin disipacion, fácil sin ligereza, firme sin obstinacion, respetuoso sin bajeza, servicial sin faltar á su dignidad, supo ganarse la admiracion y amor de todos.

Dios se toma un cuidado particular de los hombres que destina á grandes empresas. Las situaciones en que los coloca, los personajes con quienes los pone en contacto, los sucesos de que los hace testigos, todo los prepara, los forma para los designios de su providencia; se encarga él en cierto modo de su educacion, aun mas que los autores de sus dias.

Bien puede decirse todo esto de Daniel O'Connell.

Encontróse él en el suelo de Francia en la época sanguinaria de la Revolucion francesa. Asistió él á ese drama terrible en que todos los errores se presentaron á la escena al lado de todos los crímenes. Conoció de cerca los abusos que fueron su causa, las locuras é injusticias que fueron sus medios, los horrores que fueron sus consecuencias. Vió con sus propios ojos la dignidad real obligada á degradarse y á darse la muerte con su propia mano; al trono, que viles palaciegos habian cubierto de lodo, sucumbir bajo unas manos parricidas y desaparecer en medio de la sangre. Habia visto al mejor de los reyes morir en el cadalso, víctima no menos de los crímenes ajenos que de su propia debilidad; llamado virtud al crimen; la maldad erigida en moral; el ateismo proclamado Religion; la diosa de la Razon, innoble cortesana, reconocida como única divinidad y honrada con hecatombas de víctimas humanas. Habia visto al pueblo diezmado, oprimido por viles tiranos en nombre del pueblo; el árbol de la libertad cubriendo con su sombra la esclavitud universal; en fin, una de las mas cristianas y mas civilizadas naciones sumida en los mas profundos abismos de la impiedad y barbarie.

Dios, haciendo al joven O'Connell testigo de este suceso el mas terrible y á la vez el mas instructivo que haya en sus anales consignado la historia, le inspiró el mayor horror por los desórdenes y la rebellion. Dióle la conviccion de que no hay cosa mas insensata y al mismo tiempo mas funesta que proclamar los derechos del hombre pisoteando los derechos de Dios, que establecer la libertad sobre las ruinas de la Religion, que hacer leyes bajo la dictadura de las pasiones y bajo la inspiracion del sacrilegio; pues *para rege-*

nerar á un pueblo la Religion es todo y la filosofía nada ó casi nada. Así le fué formando la Providencia en esta alta ciencia social, sublime, esencialmente conservadora del orden y amiga de la verdadera libertad, que fue en seguida como el amigo de sus designios, la regla de sus empresas, la fuerza de sus luchas y la razon de sus acontecimientos.

Y ¡desdichada Irlanda, si su O'Connell no se hubiese formado en esta escuela y no se hubiese bien penetrado de estas doctrinas! ¡Oh Irlanda! ¡sublime y heroica Irlanda! ¿hubo jamás algun pueblo cristiano que tanto haya sufrido por su fidelidad á la religion católica? ¡Por espacio de tres siglos enteros sus hijos han rivalizado en constancia con los primeros cristianos, á la par que la herejía anglicana ha sabido renovar contra ellos las crueldades de los antiguos tiranos! Si en estos últimos tiempos la herejía dominadora, fatigada de torturar á la Irlanda, antes que la Irlanda católica de sufrir, habia alojado algun tanto el rigor de sus sevicias; habia entre tanto dejado esta generosa comarca bajo el imperio de una legislacion que hacia de ella el teatro de todas las miserias y de todos los sufrimientos humanos; su pueblo era el pueblo mas pobre, humillado y oprimido de la tierra. Otra vez privado, merced á la corrupcion y al terror, de su parlamento nacional, de reino que era, hecha una triste y pobre provincia de la Inglaterra, todo católico perdía en ella los derechos á la propiedad de territorio; no podia ser mas que su arrendador, y esto por cortísimo tiempo, y cada uno de sus hijos con declararse protestante podia arrebatarle la mitad de lo que se le dejaba. La Iglesia de Irlanda, despojada de sus bienes, para mantener sus ministros y su culto no contaba mas que con la limosna espontánea del esquilmado pueblo, que se veía sin embargo condenado sin piedad á pagar el diezmo para el culto protestante, y á engordar así con sus sudores y su sangre á los parásitos ministros del error. Además, exclusion completa para los católicos de todas las dignidades, de todos los honores, de todos los empleos civiles y militares; incapacidad legal de hacer parte del consejo del comun y del parlamento de la nacion, y por consiguiente interdiccion absoluta de todas las vias constitucionales para mejorar su situacion. En cuanto á la justicia de los magistrados, todos protestantes, el católico no tenia ni el derecho de invocarla, ni la esperanza de obtenerla.

La miseria habia llegado á su colmo; la liberalidad anglicana no habia dejado á la Irlanda mas que súcios andrajos del populacho de

Londres para vestirla, la patata para alimentarla y los ojos para llorar tanto infortunio. Sí : habia todavía irlandeses, pero no habia ya Irlanda ; ese pueblo tan bueno, tan religioso, tan leal, no era ya un pueblo ; á lo menos no era mas que un pueblo de esclavos, sin privilegios, sin derechos, sin defensa, abandonado á la arbitrariedad, al capricho, á la codicia, á la barbarie de unos amos que no tenian ni corazon, ni humanidad, ni freno.

Tal era el estado de la Irlanda cuando O'Connell, terminado el curso de sus estudios legales, pareció por primera vez como orador en la escena política. Su primera arenga fue una generosa protesta contra el acto brutal de la union política de los dos reinos, un elocuente plañido sobre los males de su patria, una oracion fúnebre, un cántico de dolor.

Pero Dios tuvo, en fin, piedad de aquel pueblo confesor y mártir de la verdadera fe, y, cual á un nuevo Moisés, pareció decirle á O'Connell : El grito de los hijos de Israel ha llegado á mis oídos ; yo he visto la alliccion con que los agobian sus crueles opresores ; ven, que yo te enviaré á libertar á mi pueblo. Yo estaré siempre contigo : *Clamor filiorum Israel venit ad me ; vidique afflictionem eorum qua ab Ægyptiis opprimuntur. Sed veni, et mittam te ut educas populum meum... Ego ero tecum.* (Exod. iii). Y, en efecto, la generosidad é intrepidez sin ejemplo, la constancia y entero abandono de sí mismo con que O'Connell abrazó la inmensa causa de la libertad de la Irlanda no pueden explicarse sino suponiendo en él la íntima conviccion de que habia recibido de lo alto esta grande mision.

O'Connell se hace desde luego notar por su elocuencia verdaderamente prodigiosa. Esta elocuencia reunió todos los caractéres que, separados, formaron la gloria de los mas afamados oradores de la antigüedad : la dialéctica de Esquinio, la fuerza de Demóstenes, la gravedad de Hortensio, la uncion de Ciceron, la sal y finura de Foción : ella brilló al igual de cualquiera otra en todo género. En el parlamento O'Connell es un orador de miradas las mas abarcadoras, de decisiones las mas felices, de sentimientos elevados, de palabra majestuosa, que descoge los mas profundos pliegues de la ciencia del hombre de Estado, hace rechinar de coraje á sus adversarios, pero los fuerza á darle razon, á confesarse vencidos. No se levanta sin imponer una atencion profunda ; jamás abandona la tribuna sin dejar en la asamblea la poderosa impresion del golpe que ha dado. En el bufete es el abogado y jurista mas hábil y mas consumado en el conocimiento del inmenso caos de las leyes inglesas :

él penetra su espíritu, las interpreta, las concilia, las coteja, las aplica siempre con maravillosa facilidad de expresion; saca de ellas las consecuencias mas ventajosas al éxito de su causa. En las asambleas populares es un orador vivo, nervioso, apremiador, lleno de audacia y franqueza, chistoso á la par que terrible. Se identifica con el pueblo, descende al lenguaje y sentimientos de las masas que conmueve, que agita, que eleva hasta sí y arrastra á su seguimiento sin resistencia. Dueño de sus emociones, poseedor de todos los artificios y resortes de la palabra, va tomando alternativamente y á su gusto lo patético de la elegía, la unción del salmo, la acritud de la sátira, la dulzura de la fábula, el fuego, el estampido del trueno, el aire imponente del legislador y la inspiracion del profeta. Nadie mas que él sabe excitar las pasiones populares y contenerlas, lisonjear al pueblo mientras le alecciona, recordar las verdades mas duras, y hacerlas sabrosas y amables con solo el modo de decirlas. No, la historia de la elocuencia no nos presenta ningun ejemplo de un orador mas completo, variado, original, fecundo, vivo, impetuoso y poderoso.

Si nos ciñésemos á las apariencias, se podria creer que fue á esta elocuencia (en la cual Daniel O'Connell ni tuvo jamás modelo, ni jamás tendrá imitador) que debió su influencia é imperio. Sin embargo, no es así. La sábia antigüedad habia definido al verdadero orador: «el hombre de bien elocuente:» *vir bonus dicendi peritus*. Porque, así como la probidad sin la elocuencia es impotente para el bien, así la elocuencia sin la probidad es funesta: no sirve mas que para trastornar los Estados y revolucionar á los pueblos. Si la elocuencia de O'Connell ha labrado la dicha del pueblo y la seguridad del Estado, *ornamentum gentis et stabilimentum populi*, es que O'Connell, ciudadano religioso, unia á la fuerza y gracia de la palabra la virtud y santidad de la vida; es que se utilizaba, para el triunfo de la libertad, del cumplimiento de las prácticas que la Religión impone.

¿Qué hombre hubo mas adicto que él á los diferentes deberes de hijo, esposo, padre y ciudadano? ¿Qué cristiano hubo mas fiel que él á las leyes de Dios y de la Iglesia? Pero ya oigo lo que vais á objetarme: un dia O'Connell, en contravencion á las leyes de Dios y de la Iglesia, se peleó en un duelo y tuvo la desgracia de matar á su rival. Sí, es verdad. Podria yo decir que ese rival no era otra cosa que un sicario que la Municipalidad *orangista* de Dublin, impaciente por deshacerse del gran defensor de la causa católica, en-

vió á provocar á nuestro jóven héroe, inmolara al cual contaba cosa segura, porque de Esterre (tal era el nombre de ese desdichado), era un diestro tirador, cuyos disparos eran siempre certeros. Podría además decir que por mucho tiempo, mientras supo obrar con sangre fria, O'Connell, para no violar los deberes del hombre y del cristiano, no respondió sino con el desprecio á ese vergonzoso desafío en que el fanatismo orangista queria llevar á perecer con las armas á quien no habia podido vencer por la razon y el derecho. Podría añadir que aquel vil sicario le acechaba en todas partes, le colmaba de injurias y afrentas, y le perseguia con amenazas, de modo que O'Connell se veía obligado á estar siempre alerta y llevar á su alrededor hombres armados. Podría decir, en fin, que de Esterre era el Goliath de aquellos nuevos filisteos, el mas encarnizado y temible enemigo de la fe romana, que hacia triste alarde de insultar la debilidad del campo de Israel, y que O'Connell en un momento de religiosa ilusion pudo creerse el nuevo David escogido para vengar el oprobio del pueblo de Dios; que en un momento de impaciencia, de coraje, de resentimiento caballeresco excitado por provocaciones tan constantes como viles, cedió á las preocupaciones de un falso punto de honor y de un celo mal entendido, y que, en este eclipse de su razon, sostuvo un combate en que Dios misericordioso se dignó velar él mismo por la salud del *hombre de la Irlanda y de la Iglesia*, y para que la víctima inmolará al verdugo. Todo esto podría yo decir, si no para excusar á mi héroe, á lo menos para atenuar su falta; pero ¡guárdeme el cielo, ministro que soy de una Religion de paz, y en presencia de la víctima divina que derramó su sangre para que no sea derramada la sangre del hombre, de osar defender un delito que la ley de la naturaleza y la ley evangélica condenan de consuno! ¡Guárdeme el cielo de patrocinar una costumbre tan insensata como bárbara que pretende probar la inocencia del corazon por la precision del ojo ó el valor del brazo! ¡Guárdeme el cielo de excusar una preocupacion inexcusable que busca la honra en el homicidio, que pretende lavar una mancha efímera con sangre, y que la Iglesia tan justamente ha calificado de preocupacion satánica! (*A diabolo invecum*). Digo, pues, que O'Connell fue culpable, y muy culpable, aceptando el duelo. Pero despues de sabida la culpa, sabed tambien la penitencia.

Una vez hubo pasado este parasismo de la fiebre del honor mundano y de un falso celo por la Religion; la razon y la fe recobraron en el alma de O'Connell todo su imperio. Dejóle tan afligido su triste

victoria, que no pudo jamás pensar en ella sin gemir y temblar, y le indujo á hacer ante Dios un solemne voto de no aceptar jamás y mucho menos provocar el juicio insensato y cruel de las armas: y siempre que, desechando con horror las provocaciones que se le hicieron (lo que debía suceder muy á menudo á un hombre que, en la defensa de su grande causa, no podia menos de irritar muchas pasiones y de crearse muchos enemigos), se vió tratado de infame y cobarde. «¡Dios mio! exclamaba, estos ultrajes y afrentas que estoy sufriendo sirvan de expiacion de la sangre que he vertido.» Y, nuevo David, dejó de vivir antes que dejar de arrepentirse y llorar su pecado.

¿Quién tuvo mas piedad y devocion que él? En medio del sinnúmero de trabajos de su apostolado político, agobiado como se hallaba de los graves pensamientos de tener que sostener todo un gran pueblo y combatir á otro pueblo mas grande aun, ningun dia dejó de oír misa, y ninguna semana de acercarse una ó mas veces al tribunal de la Penitencia y á la eucarística mesa. ¿Quién le aventajaba en su santo respeto al nombre de Dios? ¡Infeliz del que en su presencia osara pronunciarlo sin el respeto que le es debido!

Pero, sobre todo, ¿quién mas tierno que él para con la Reina del cielo? ¿quién mas celoso de su culto? De ella hablaba al pueblo como de la madre del pueblo. Se ha hecho célebre aquel dia en que, transportado de un sentimiento extraordinario de devocion y ternura hácia María, la elogió en presencia de mas de cien mil personas entre católicos y protestantes. Aquella muchedumbre, arrebatada y como pendiente de sus labios, creyó oír á un Doctor, á un Padre de la Iglesia enumerando las glorias y cantando las alabanzas de la Madre de Dios. Despues de su célebre arenga que debia hacer abrir á los católicos las puertas del parlamento, mientras los mas renombrados oradores iban tomando brio en este gran debate, en este momento terrible de que dependia la libertad ó la esclavitud de la Irlanda, estabase O'Connell retirado allí en un rincon de la sala rezando el Rosario en honor de la Virgen victoriosa de todas las herejías (*cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*). ¡Ah! es que habia puesto la gran causa de la emancipacion bajo la tutela de la *gran Señora*; de su proteccion mas que de sus propios esfuerzos esperaba el éxito, y cuando lo hubo conseguido á ella atribuyó toda la gloria.

¡Qué amable y conmovedor espectáculo no era ver al grande hombre del Reino-Unido, al vengador del Catolicismo y azote de la

herejía, al personaje mas obedecido de la Irlanda, mas temido de la Inglaterra y mas admirado del mundo, confundido en la iglesia con el pueblo, tomar parte en las prácticas de la piedad del pueblo con esa humilde sencillez, ese recogimiento, esa modestia cuyas demostraciones harto á menudo la ciencia orgullosa y la grandeza humana abandonan á aquellos hombrezuelos que ella mira como á los ínfimos del mundo!

No fue tan solo despues que la religion católica hubo entrado por la mano de O'Connell hasta en el parlamento de la nacion, hasta en el real palacio, y podido exigir cual reina los homenajes de cuanto hay de mas grande y respetable en la sociedad inglesa, no fue solo entonces que manifestó él su fe; sino que ya cuando esta Religion santa, privada todavia de todos sus derechos, no obtenia mas que la indiferencia y el desprecio, cual infortunada proscrita, O'Connell, léjos de ávergonzarse de ella, hizo siempre de la misma un título de gloria, no presentándose jamás á la corte sin tener á su lado un sacerdote católico, y no queriendo que le saltase doquiera y en todas ocasiones. Jamás se sentó en un banquete político, donde mezclados con los católicos se hallaban herejes de todas sectas y opiniones, que no hubiese antes bendecido la mesa del festin su capellan, á quien siempre y por todas partes cedió el primer puesto. En las públicas reuniones tenia por una gloria particular el profesar por sus actos y palabras la adhesion á la fe romana. Y en verdad, ocultar los sentimientos de la verdadera fe, ruborizarse de cumplir públicamente sus preceptos, no es otra cosa que una debilidad y la mayor de las debilidades: hé aquí por qué es lo mas frecuente encontrársela en las almas pequeñas, en los espíritus apocados, en las mujeres y en los jóvenes. ¡El verdadero genio fue siempre verdaderamente religioso y se preció de aparecer tal; jamás conoció el acometimiento del respeto humano!

¿Qué diré ahora de los sentimientos de ese gran cristiano á favor del clero de su patria? Rey de la Irlanda de hecho, árbitro del corazon y de los brazos de ocho millones de hombres que, á modo de hijos, aguardaban una seña para obedecer, verdadero campeon y sosten de la Iglesia católica que á él fue deudora de su mayor gloria y libertad, nunca se salió de los límites de una humilde dependencia de su obispo y de su párroco. Al frente de todos como personaje político, reputábase como hombre religioso el último de todos, y, nuevo Constantino, apenas osaba aceptar para sí el último puesto en las asambleas del clero, cuando se le llamaba para manifestar sus

designios y dar sus consejos en pro de la Religion y de la libertad. Pronto á lanzarse como un leon contra cualquiera que se hubiese atrevido á faltar en sus palabras al respeto debido á los sacerdotes, él mismo daba pruebas del mayor respeto hácia este venerable cuerpo tan ilustre por sus sufrimientos como por su doctrina y virtudes. Mirábalo no como una asamblea de hombres, sino como una reunion de Santos y un colegio de Mártires. Hablaba de ellos siempre con el mayor aprecio y el mas tierno apego. ¿Quiere dar al pueblo un motivo de huir las sociedades secretas? «Nuestro clero, dice, «nos las ha prohibido; ¿habria entre nosotros quien osara desobedecer á este clero tan sábio, bueno, generoso y edificante?»

Tocante á las Órdenes religiosas, institutos tan preciosos para la Religion y la verdadera civilizacion, tambien ellas fueron á menudo el asunto de sus discursos públicos, de sus magníficos elogios, como lo eran de su tierno amor. Hacia derretirse en lágrimas su auditorio cuando traia á la memoria aquellos dias felices en que la Irlanda estaba cubierta de tantos monasterios, templos de la oracion, escuelas de la santidad, asilos de la doctrina, refugios de los pobres, que valieron á la Irlanda el glorioso nombre de *Isla de los Santos*. Su elocuencia se hacia mas enérgica, animada y patética, cuando tales recuerdos le inducian de golpe á comparar la Irlanda de hoy dia muriendo de hambre bajo el yugo de un protestantismo sin piedad con la Irlanda de otro tiempo, independiente, fuerte, rica y feliz, protegida y guiada por numerosos monasterios en las sendas de la virtud y verdadero saber. Así es como tenia siempre despertado en el pueblo el sentimiento de la nacionalidad y del amor á una patria en otro tiempo tan grande, tan santa, y hoy tan desventurada, y como exaltaba cada dia mas su amorosa gratitud á la fe católica, único manantial para la Irlanda de sus glorias pasadas, y su única consoladora, su único remedio en los males presentes.

Pero lo que está por encima de toda idea y de toda expresion es el celo de O'Connell por esta misma Religion. Dejábalo todo, todo lo sacrificaba, tratándose de servirla y de emplearse en su favor. Los pobres párrocos, los lugareños, las aldeas sin recursos que tenian necesidad de iglesias, á él acudian; y su prodigiosa actividad y elocuencia hallaba pronto los medios de hacerles construir como por ensalmo hermosos y vastos templos.

En balde el anglicanismo, cambiando de táctica sin por esto cambiar jamás en un átomo los sentimientos de su profundo odio contra los católicos, meditaba en sus consejos cómo vencer por medio de

la astucia á los que no habia podido abatir con el martirio. O'Connell vela sin descanso; está siempre dispuesto á combatir intrépido y arrancar la máscara á las insidiosas maquinaciones de la herejía. ¿Qué no ha hecho? ¿Qué no ha dicho en sus escritos y discursos? ¿Qué combates no ha trabado hasta su último aliento contra aquellos dos *bills* tristemente célebres que abandonan el uno los legados piadosos y las rentas de la Iglesia católica, el otro los colegios y la educacion de la juventud católica á la vigilancia, á la direccion, ó por mejor decir á la dominacion de los potestantes? Y si bien la debilidad ó error de algunos miembros del clero católico hayan desgraciadamente venido á apoyar aquellas dos leyes funestas y las hayan hecho adoptar, es tal sin embargo el descrédito en que las ha hecho caer la elocuencia de O'Connell, tan récios los golpes que les ha descargado, que han sido como heridas de muerte al nacer, y morirán del todo en las transformaciones que les tocará sufrir.

Si álguien se permitia denostarle por lo bajo y en el tono sacrílego de los antiguos dias con el apodo de *papista*, volvíase al instante hácia él, y le replicaba con teson: «¡Miserable! tú crees, llamaándome *papista*, hacerme injuria, y me honras: sí, *papista* soy «y me glorio de serlo; *papista* soy, y ello quiere decir que mi fe «por una série no interrumpida de papas se remonta hasta Jesu- «cristo, al paso que la tuya no va mas allá de Lutero, Calvino, En- «rique VIII é Isabel. Pues bien, sí: *papista*. Si una miaja tuvieras «de buen sentido, ó imbécil, ¿no verias que en materia de Reli- «gion mas vale depender del papa que del rey, de la tiara que de la «corona, del báculo que de la espada, de la sotana que de la basqui- «ña, de los concilios que de los parlamentos? Sé tú, pues, el rubo- «rizado de no tener ni verdadera fe, ni inteligencia; y cállate.»

¿Dirémos mas? La defensa de los dogmas, ceremonias y disciplina de la Iglesia católica era el tema favorito de sus arengas públicas y de sus discursos privados. Ved esa numerosa asamblea del pueblo en medio de la cual han sido aturrullados un enjambre de bíblicos venidos adrede de Lóndres para inocular un nuevo protestantismo en Irlanda: desatáronse en violentas invectivas, en injurias groseras, en sacrílegos sarcasmos contra todo lo que hay de mas augusto y venerando en la Iglesia católica. Cata ahí que de improvviso aparece la figura de O'Connell que, como un espectro, viene á he- lar de espanto á todos esos tristes predicadores. Pero ¿qué va á hacer un láico en medio de gentes de iglesia, un hombre de ley allí donde se disputa de Religión? ¡Ah! O'Connell es ciudadano, pero

es tambien cristiano. Ama á su patria, pero mas aun á la religion católica. En una guerra de invasion todo cristiano es apologista. Sí: en esta grande circunstancia la palabra de O'Connell no es ya la palabra de un hombre de ley, sino la de un doctor; no es ya un abogado habituado á respirar el tumultuoso ambiente del bufete; es un Antonio, un Atanasio salido de la soledad ó de su meditacion á los piés del Crucifijo. Cada uno de sus pensamientos es un rayo, cada una de sus palabras una saeta, cada uno de sus argumentos un golpe mortal. No, jamás los cuatro caractéres de la verdadera Iglesia fueron demostrados con mas sólidas pruebas, con una exposicion mas grandiosa y con mas caloroso lenguaje. No, jamás el vergonzoso origen de la Reforma, el humor salvaje de su autor, los desórdenes de sus apóstoles, las blasfemias, las contradicciones de su doctrina, la bajeza de sus arterías, la hipocresía de sus promesas, la torpeza de sus intenciones, la injusticia de sus rapiñas, la crueldad de su mortandad, el horror de sus sacrilegios, los males inmensos que ha acumulado en las mas bellas comarcas de Europa; jamás, no, jamás todo esto fue pintado con colores mas vivos, con un tacto mas vigoroso, con tamafia abundancia de imágenes, con mas poderosa lógica y magnífico lenguaje.

Imposible es describir el efecto producido por esta famosa arenga. Bástenos decir que los corifeos del error, confundidos, derrotados, reducidos al silencio, con el sonrojo en la frente y el despecho y rabia en el corazon, volvieron á tomar por la noche el camino que habian hecho el dia antes, en medio del regocijo sincero de los católicos, de la confusion de los protestantes y de las risotadas de todos. ¡Qué hermosa victoria! El nuevo Daniel ha vencido y quitado la máscara á los pérfidos ancianos de la herejía que á la bella y casta Susana de la verdadera fe osaran acusarla de las torpezas de que ellos mismos eran culpables.

Semejantes escenas se renovaron á menudo, no solo en Irlanda, sino tambien en Inglaterra, no solo en las asambleas particulares, sino hasta en público, en el parlamento. Allí cualquiera que se atreviese á decir una palabra contra la fe católica en presencia de O'Connell estaba seguro de quedar al instante aplastado por el trueno de su voz, por la copia de su erudicion, por los penetrantes golpes de su ironía. De suerte que en presencia de ese hombre terrible, como solian llamarle, la herejía se estuvo siempre muda y respetuosa, y no osó mas insultar á la fe romana.

De ahí deriva aquella expresion tan sencilla, pero tan llena de

sentido y profundamente gloriosa, con que los buenos irlandeses saludaban á O'Connell llamándole *Nuestro hombre*: con ello daban á entender que O'Connell no solo era el defensor de su libertad, de sus derechos, sino aun el sosten, el vengador, la gloria de su religion.

De ahí viene tambien aquella confianza sin límites que en él colocan, la ternura del afecto que le tienen, el inmenso imperio que sobre ellos ejerce.

Este celo generoso, intrépido, inteligente con que O'Connell profesaba y defendia la Religion le habia granjeado las simpatías y respeto de las personas mas sábias entre los protestantes ingleses. Porque hay en la naturaleza del carácter inglés un elemento de justicia y dignidad, un sentido religioso que, cuando no es falsificado por las preocupaciones y fanatismo de secta, le hace honrar y respetar toda conciencia sinceramente religiosa, toda noble conviccion, á la vez que le hace odiosa la impiedad é incredulidad.

Muy diferente de un pueblo corrompido é impío, un pueblo religioso y moral tiene un buen sentido exquisito que le impide inclinarse jamás ante una alta inteligencia sino en cuanto vea que ella misma se inclina humildemente delante de Dios: no ama ni respeta sino la grandeza que se anonada ante Dios. No obedece ni se rinde á una palabra elocuente sino en cuanto sale de una boca religiosa y de un corazon honesto. Y el poder público, á medida que se humilla delante de Dios, está seguro de elevarse en la opinion y amor del pueblo, y de ver doblada su fuerza y autoridad.

Pero la mayor, la mas pasmosa creacion del genio de O'Connell fue la *Asociacion católica*. Los hombres de vista corta, que no comprenden cuán grandes resultados puedan surgir de pequeños medios, se rieron del pensamiento de O'Connell que pretendia, con la suscripcion de dos óbolos al mes, vencer el poderío británico, rico con los tesoros del mundo entero. Mas el hecho demostró que esa asociacion tan débil y pequeña en su principio fue la gran máquina de guerra, el ariete que batió en brecha la ciudadela del despotismo herético y facilitó su toma.

Esta asociacion, constituida no en la sombra, sino á cielo descubierto, no en oposicion con las leyes, sino en armonía con las mismas, extendió rápidamente sus ramas á todas las clases, penetró en los mas lejanos lugares, reunió no solo á todos los católicos ardientes en el celo de la Religion y amor de la patria, sino hasta, entre los protestantes, á todos los amigos sinceros de la libertad de con-

ciencia. Parecida á las asociaciones de la naciente Iglesia, formó como un Estado dentro del Estado, pero sin acarrear la turbacion al Estado. Sus jefes, como el clero de los primeros tiempos, fueron los verdaderos representantes, los verdaderos reyes del pueblo; formaron un verdadero poder soberano que, siquiera no tuviesen la autoridad de derecho legal, no por esto fue menos fuerte, merced á la libre adhesion del pueblo, y de hecho asumió el gobierno de la Irlanda. Él discute los *bills* propuestos al parlamento, aprueba los unos, condena los otros. Vigila las elecciones, hace admitir á este y desechar á aquel de la representacion nacional; examina las listas electorales, y hace borrar de ellas á los orangistas fraudulentamente inscritos; paga por los infelices que están en prision por deudas, y les devuelve la libertad; toma á su cargo la defensa de los oprimidos, y les hace hacer por los tribunales la justicia que les es debida.

Nunca Gobierno alguno ejerció con mas facilidad un poder mas extenso. Jamás un hombre de Estado realizó una concepcion mas vasta y temible. Jamás el genio de la política supo mejor reunir una masa de muchos millones de hombres y contenerlos en los límites de la legalidad y del deber. Con que, seria de creer que, si O'Connell, en medio de esta asociacion cuyo jefe era, reinó en Irlanda, á esta asociacion debiese el haber triunfado. Pues no es así. O'Connell ha triunfado porque se ha servido de las doctrinas que la Religion enseña.

En efecto, fuera de la doctrina católica, dos sistemas se han presentado para remediar la tiranía y opresion. El uno quiere que se sufra con una estúpida apatía; el otro que se la rechace con la fuerza: el uno os manda encorvaros bajo el yugo como un esclavo; el otro insurreccionarós como un rebelde. Al uno se le llama sistema de *obediencia pasiva*; al otro de *resistencia activa*. Aquel es el sistema del fanatismo musulman é infiel; este del racionalismo herético. Pero ¡ay! estos remedios ¿no son peores que los males que se pretende curar con ellos?

El sistema de la *obediencia pasiva*, ó de una resignacion inerte á todo aquello que el poder quiere hacer del pueblo, deja al albedrío del tirano no solo la existencia, el honor y la vida del súbdito, sino además su inteligencia, su corazon, su conciencia, su razon, su voluntad, todo cuanto tiene el hombre de mas íntimo, de mas noble, de mas santo, de mas inalienable, de mas independiente, de mas *él mismo*: en una palabra, todo lo que hace al hombre. Degrada, pues,

al hombre hasta el bruto que está enteramente á la discrecion de quien le posee. Ya nada mas le queda de humano al hombre; y hasta en él dejan de revelarse el origen divino y la dignidad de su naturaleza.

El sistema de la *resistencia activa*, ó de la sedicion, sea que fracase, sea que triunfe, es siempre funesto. Si triunfa, ordinariamente no hace mas que cambiar las personas y no las cosas; los partidos son representados por otros hombres, mas continúa el drama de la opresion. El esclavo pasa á ser tirano y el tirano á esclavo: tal es el remate. La soberanía de todos es la servidumbre de todos en provecho de un reducido número. Si ese movimiento engendra algun bien, este no parece hasta mucho tiempo despues cuando sus autores lo han pagado con su vida, cuando no se columbran ya las huellas de las pasiones que los hicieron triunfar.

Pero ¡malhadado el pueblo si fuere vana la tentativa! El herido orgullo de la tiranía ya no respeta nada. Lo que hacia por capricho, se cree obligada á hacerlo por deber. Oprimia por instinto de naturaleza; oprimirá por necesidad de conservacion. La desconfianza se trueca en odio y el odio en furor. Las formas judiciales ya no son respetadas; cada pensamiento es castigado como un atentado, cada palabra como una revuelta. El talento, la riqueza, la virtud resultan crímenes; la condena sigue á la sospecha. Agrávanse los hierros, multiplícanse las cadenas, crece la petulancia de los aduladores, se hacen mas viles los ministriles, mas bárbaros los verdugos, mas cruel el despotismo y mas desapiadada la persecucion.

Entre esos dos sistemas que por caminos opuestos conducen á un mismo resultado, á la servidumbre y á la ruina del pueblo, aparece el sistema católico, que, condenando las revueltas y los desórdenes, enseña de no oponer á la opresion, principalmente en materia religiosa, mas que la *resistencia pasiva* y la *obediencia activa*.

La *resistencia pasiva*, por la cual el súbdito deja de obedecer al mandato del hombre que perjudica los derechos de la conciencia y la ley de Dios, pero *pasivamente*, esto es, sufriendo, sin emplear la fuerza material, las honrosas penas de su confesion. Porque Jesucristo ha dicho: El que empleare la espada para rechazar la opresion religiosa, perecerá con la espada: *Omnes enim qui accipiunt gladium, gladio peribunt*. Es decir, que la persecucion religiosa no debe ser combatida por la fuerza corporal, sino por el valor ó virtud del alma; que en una guerra toda espiritual no se han de emplear las

armas materiales por las cuales se puede perecer aun despues de la victoria, sino las armas espirituales é invisibles, la constancia en la fe, la dulzura, la paciencia y la oracion, armas cuyo resultado es tan seguro como noble y cristiano su empleo. Cuando se trata de la confesion de la verdadera fe, es mas fácil derribar al adversario dando nuestra sangre que buscando el derramar la suya. El mártir en su tumba es mas terrible para el tirano que el rebelde que lo arrostra á mano armada en el campo de batalla. Es mas fuerte el que sufre que el que resiste, el que se deja herir que el que devuelve los golpes, el cristiano que sucumbe que el sedicioso que sale vencedor. Hijos del Calvario, multiplíquense los cristianos cuando se los diezma, resucitan muriendo, y triunfan en las humillaciones: *Quo plures metimur, plures efficimur.* (Tertull.). Y al mismo tiempo que adquieren para sí en el cielo una corona inmortal, aseguran á sus hermanos, á la Iglesia, una fuerza, una victoria infalible en la tierra. La antigua Roma cristiana y la nueva son una prueba luminosa de la verdad y resultado de esta doctrina.

Mas no olvidemos que al prescribir la *resistencia pasiva* al poder opresor de la conciencia y de la fe, la doctrina católica enseña tambien la *obediencia activa*: al paso que ordena resistir sufriendo, permite *obedecer obrando* para sustraerse á lo que fuere injusto. Es decir que, mientras la doctrina católica condena la *rebelion*, no prohíbe la *accion*: si no quiere que se resista con la fuerza, no prohíbe que se reclame por las vias de la legalidad y de la justicia: si quiere que el súbdito respete los derechos del poder, no exige que renuncie los suyos; el mismo san Pablo, que tanto ha predicado la obediencia al legítimo poder llamándolo orden establecido por Dios, no dejó con todo de apelar al César de la injusta sentencia de un tribunal subalterno: *Ad Cæsarem appello.* No dejó de reclamar sus derechos, sus privilegios de ciudadano romano: *Vir romanus sum.* Así, cuando la Iglesia católica exige la resignacion por parte de los súbditos oprimidos, no entiende con ello que renuncien á su personalidad humana, y que, á semejanza de las cosas inanimadas, se abandonen á los sanguinarios caprichos de la tiranía; á la razon sumisa del súbdito se les recomienda allegar la sumision razonable del hombre, *rationabile obsequium.* (Rom.). Á pesar de sentar este sistema la obediencia al poder, no la sanciona como legítima, sino que permite reclamar contra la opresion, y reconcilia la dignidad del hombre con el orden de la sociedad.

Ora bien: esta sublime doctrina del Cristianismo, la única sabia,

la única útil porque es la única verdadera, nuestro Daniel la ha profesado en sus discursos y traducido en sus hechos; la ha, por todos los medios posibles, inspirado, inculcado, profundamente imprimido en el corazón del pueblo. En todas sus arengas populares no cesaba de repetir estas grandes máximas que, en las circunstancias en que nos hallamos, amados romanos, recomiendo con todas mis fuerzas á vuestra meditacion: «Quien recurre á la fuerza, no es digno de la libertad.—Quien viola los derechos, hace traicion á su patria.—Quien os empeña á resistir, os expone á perecer.—Quien os predica la insurreccion, trama contra vosotros una traicion. Huidle, detenedle, entregadlo á la autoridad para que haga justicia; irlandeses, el espectáculo mas agradable á los enemigos de vuestra fe seria el veros violar vuestras leyes. Vuestros opresores nada de-Sean tanto como veros con las armas en la mano, como oiros dar gritos sediciosos contra la autoridad para tener nuevos pretextos de oprimiros todavía mas. El dia en que la Irlanda recurriere á la fuerza, perderá toda esperanza de recobrar su libertad.»

Otras veces exclamaba: «Irlandeses, ¿amais vuestra patria?—Sí, sí.—Pues bien: nada de desórden, nada de tumultos, nada de sociedades secretas, nada de tramas, nada de conspiraciones contra la autoridad establecida.»

Los demagogos de un país vecino se determinaron un dia á enviar al libertador una diputacion para ofrecerle su concurso en la emancipacion de la Irlanda. O'Connell les hizo responder: «No os deis mal tiempo, invencioneros de revoluciones; vosotros nada teneis de comun con nosotros que queremos el órden y la legalidad; destructores de tronos, no podeis ser vosotros los bienhechores del pueblo; enemigos de la Religion, no podeis ser vosotros buenos auxiliares de la libertad.»

Pero, mientras con toda la fuerza de su elocuencia, con todo el peso de su autoridad recomienda é inculca la obediencia á las leyes mas injustas y el respeto al poder mas opresor; no cesa, sin embargo, de excitar la energía del pueblo para protestar contra la injusticia de las leyes y la opresion del poder. Mientras truena á favor de la legalidad, no cesa de despertar, de mantener siempre vivo en ese pueblo envilecido por trescientos años de servidumbre el sentimiento de su propia dignidad é independendencia. «Sufrid, les dice, pero reclamad; obedeced, pero demandad. Sed súbditos fieles, pero sin renunciar á ser generosos cristianos. La subordinacion, siempre; la degradacion, la bajeza, jamás.»

Estas lecciones iban sostenidas por su ejemplo; y ¡cosa inaudita! por el espacio de cuarenta años que agitó á todo un pueblo tanto con sus acciones, como con sus arengas, durante tan larga lucha legal, jamás se le pudo sorprender obrando fuera ó contra las leyes. Jamás fue hallado culpable del menor atentado contra el órden, de una palabra que no fuese cuerda, de una expresion que no fuese respetuosa hácia el soberano.

Para hacer condenar una vez sola al nuevo Nabot fue preciso que la herejía, verdadera Jezabel, hiciese calumniar á quien no podía siquiera acusar; que fuese por todos los caminos de la corrupcion á recoger testigos entre los hijos de Belial; que manejara á su gusto las listas de los jurados para hallar, no jueces, sino cómplices de su injusticia y opresion. Y aun así esos miserables, á pesar de todo el interés vergonzoso y celo infernal que tenían por inmolarlo con alguna apariencia de razon, no hallando palabra ni hecho alguno ilegal en la conducta de nuestro héroe, se vieron obligados á fundar su única sentencia en una suposicion del todo gratuita, ¡en una tendencia, en un pensamiento! Por manera que en el momento de pronunciarla, el mismo presidente de esta iniquidad jurídica, acosado de la confusion y remordimiento, no pudo contener sus lágrimas. Sentencia inícuca, y tan manifestamente inícuca, que la cámara de los Pares, ante la cual fue llevada la apelacion, si bien animada de los sentimientos mas hostiles contra O'Connell, á quien consideraba como su mas encarnizado enemigo, como su azote, por uno de esos rasgos de justicia que tanto la sublimó en la opinion y aprecio del mundo, no titubeó en declarar inocente á O'Connell. Y mientras estaba en prision, O'Connell, como san Pablo, no hablaba á sus conciudadanos sino para conjurarles se mostraran dignos amigos é hijos suyos usando de dulzura y paciencia, y respetando aquella misma autoridad que con la mas abierta injusticia privado le habia de su libertad: *Obsecro vos ego vinctus in Domino ut digne ambuletis in mansuetudine et patientia*. De suerte que toda la conducta de este hombre extraordinario ha sido el modelo y como el *código de leyes* por el tiempo de la opresion para uso de los oprimidos.

Pero al mismo tiempo que combatia por un lado las homicidas teorías de los *cartistas* turbulentos, por otro hacia sentir todo el peso con que carga la servil sumision á una aristocracia usurpadora. Al paso que con una mano impedía al pueblo de precipitarse en el abismo de la sedicion, le señalaba con otra todo lo que hay de ignominioso en inclinar silenciosamente la cabeza bajo un yugo opre-

sor y tiránico. Por este estilo hizo de los irlandeses un pueblo observante de los deberes del cristiano hasta la nimiedad y celoso de los derechos de ciudadanos hasta el fanatismo. Así llegó á mantenerle en los límites de la subordinacion y á desarrollar la nobleza de su carácter y la grandeza de su corazon. Así elevó las clases mas humildes y oscuras hasta lo sublime del deber, é hizo entre ellas comun la probidad cívica, y vulgar el heroismo cristiano. Bajo su mano vino á ser la Irlanda la señal de la admiracion y amor de todos los pueblos, por haber sostenido por espacio de cuarenta años una lucha legítima, legal, pacífica, sin violar jamás ningun derecho, ni traspasar ningun deber, y por haber adelantado con paso firme y seguro hácia la conquista de la libertad religiosa y civil, manifestando igual horror á la servidumbre religiosa de la herejía, la cual únicamente puede hacer sufrir la servidumbre política, y á las violencias sanguinarias de la anarquía que harto á menudo han conducido á los alucinados pueblos, no ya á la conquista de la libertad, sino á una caída mas profunda y depresiva en los brazos de la tiranía. Hé aquí, pues, lo que ha hecho O'Connell: ha revelado y puesto en práctica la doctrina católica de la *resistencia pasiva* y de la *obediencia activa*; y su magnífico ejemplo ha demostrado sobre un gran teatro la verdad de sus principios, la importancia de la aplicacion de estos, la seguridad del resultado. Por ello ha merecido bien del soberano y del pueblo, de la Religion y de la política, de la Iglesia y de la sociedad.

Los otros medios por los cuales O'Connell ha triunfado de la injusticia de la herejía han sido su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, su prodigiosa firmeza, su infatigable actividad. Digo en primer lugar su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas.

Nunca se engañó en sus previsiones, nunca abortó en sus desígnios. Predice hoy lo que ha de suceder al cabo de doce años; y la verdad viene á justificar al pié de la letra sus predicciones. Todo lo que él prevé, se verifica; todo lo que aconseja, sale bien; todo lo que emprende, se cumple, por manera que habia adquirido el sobrenombre de «el hombre de ojeada mas segura, de tacto mas delicado, de penetracion mas profunda, de direccion la mas infalible para llevar á cabo los negocios mas difíciles.»

He dicho tambien su prodigiosa firmeza. Si jamás hombre alguno se lanzó á mas grande, noble y atrevida empresa, tampoco hombre alguno se ha visto expuesto á mas numerosos ataques, á una

persecucion mas obstinada. Insultos y calumnias, sarcasmos y blasfemias, sátiras y procesos, promesas y amenazas, traiciones y apostasías, la prision misma, todo se pone en juego por espacio de cuarenta años con horrible perseverancia para abatir tanto denuedo. Pero en vano. Así como no se deja embriagar por las alabanzas, tampoco se deja espantar por la oposicion: así como no se adormece en el orgullo de la fortuna, tampoco desmaya en los contratiempos. Tan grande y magnífico es en la concepcion de sus planes, como constante en su ejecucion. ¿Hay en la historia otro hombre que por espacio de cuarenta años haya luchado contra el mas grande poder de la tierra sin dejarse jamás intimidar ó arredrar, antes bien combatiendo con un ardor siempre nuevo y un valor siempre enérgico?

He dicho, en fin, su infatigable actividad. Habríaisle siempre visto en agitacion y movimiento para alentar á los tímidos y reprimir á los imprudentes, para sostener á los débiles y dirigir á los fuertes, para cobijar á los amigos, descubrir á los traidores, solidar á los leales y dejar sin máscara á los hipócritas. Multiplicándose en cierto modo, se le ve casi á un mismo tiempo en Inglaterra y en Irlanda, en las asambleas nacionales y en el parlamento, en las reuniones de los grandes y en los *meetings* del pueblo, en los ayuntamientos y en los tribunales. Donde no está presente en persona, lo está por su accion; á donde no puede llegar con la voz, llega por medio de sus escritos. Todos los puntos de la Irlanda sienten su influencia; á todas las clases de ciudadanos agita con su fuerza. Todos los espíritus están unidos merced á sus designios, todos los corazones están de acuerdo para dejarse guiar por su autoridad. Á modo del gigante de la fábula, cuyos movimientos sacuden y levantan una montaña, O'Connell solo, constituyendo ocho millones de hombres un solo hombre, agita y conmueve á su gusto ese gran pueblo, y lo lanza contra Inglaterra que retrocede espantada para no verse aplastada bajo su peso.

Todo esto es verdadero, incontestable; debo empero añadir que lo que dió una fuerza irresistible á tamaña inteligencia, firmeza y actividad fue la caridad que la Religión inspira y de la cual estuvo siempre penetrado su corazon. Tomando de la Iglesia su regla de vida, no fueron mas que los hipócritas aquellos con quienes no hizo paces jamás: á estos sí que nunca les dió tregua, ya fuesen lores, ya ministros, nacionales ó extranjeros, eclesiásticos ó seglares: feroz contra ellos solos, arrancaba de sus rostros la máscara, y los

mostraba al público en toda su vergonzosa deformidad. Solo contra ellos vertía á torrentes la hiel de sus invectivas, lanzaba los rayos de su palabra, entregándolos al escarnio y execración del mundo.

Y, en efecto, los escribas y fariseos fueron siempre la peor calaña de hombres que ensuciado hayan la tierra. Un dia crucificaron á Jesucristo; y hoy son la ruina del Cristianismo. Hé aquí por qué nada iguala la amargura y celo con que él persiguió á los metodistas y orangistas, los mas hipócritas, y por consiguiente los mas peligrosos entre los herejes, dignos descendientes del mas grande hipócrita de los tiempos modernos, Cromwell, sus terribles auxiliares, sus legítimos herederos en el odio furibundo y cruel contra la Iglesia católica. «Ó bravos cristianos, les decia, vosotros que con la Biblia en una mano y la espada y el hacha en la otra no habeis dejado tras vosotros sino huellas de ruina y sangre, estais ahora amasando calumnias contra nosotros entre quienes de buenas á primeras sembrásteis el exterminio. Todas vuestras palabras y acciones me manifiestan bastante que es el poder y no la voluntad lo que os falta para hacer revivir los dias de Cromwell, Treton y Ludlowe.»

Mas tocante al protestantismo de buena fe, tocante á esas almas sinceras y generosas que se encuentran en su seno, tocante á sus adversarios políticos, fiel O'Connell á la máxima de san Agustin: *Diligite homines, interficite errores*, al paso que combatia los errores de que eran víctimas, no dejaba de respetar y hasta amar á sus personas. Así que, severo, implacable y terrible con ellos en el campo de batalla de la discusion política, no tenia palabras contra ellos en la vida privada; hacíase un deber de excusarlos, defenderlos y dispensarles todos los buenos oficios de la caridad cristiana. De este modo podia con toda verdad decir de sí mismo: «Como hombre político, tengo un mundo de enemigos, tengo por enemigos á los enemigos de la libertad y de la religion de Irlanda; mas no tengo, no conozco enemigos, como hombre privado, como cristiano.» Esos mismos adversarios políticos se vieron mas de una vez obligados á hacer justicia á la generosidad cristiana de sus sentimientos. «O'Connell, decian, es una alma grande; por fuerza uno ha de quererle bien. Acérrimo enemigo de nuestras opiniones, es el mejor amigo de nuestros intereses y personas.» Por esto iban gustosos á visitarle, y le honraban con su familiaridad y confianza. Era un bello espectáculo verles tener por la noche amigables reu-

niones con ese mismo O'Connell contra quien por la mañana habian, en la arena parlamentaria, combatido como leones furiosos, y quien les habia combatido á ellos con igual encarnizamiento. ¡Ah sí! cuántos tuvieron el honor de conocer de cerca á O'Connell le amaron.

Si tal era para sus enemigos, no os costará imaginar cuál seria para con los amigos de la causa de su Irlanda. Respecto á sus pobres conciudadanos es imposible ponderar hasta qué punto los amaba. Traed á la memoria los primeros años de este siglo, en que, á consecuencia de la insurreccion de los católicos contra los orangistas en 1798, rebosando todavía espantoso rigor el odio de estos contra aquellos, los magistrados protestantes ocupaban su asiento en los tribunales como viles satélites de la tiranía, y no como sacerdotes de la justicia, tutores de la inocencia y vengadores del crimen. El solo nombre de católico era un título suficiente para ser proscrito y condenado. En esos aciagos dias, en esos dias de lúgubre memoria para los católicos, solo O'Connell se halló heredero del espíritu como del nombre de *Daniel*, que se hizo intrépido defensor de la inocencia oprimida. Encuéntrase él un dia en la calle con una multitud de católicos que eran conducidos al tribunal para ser juzgados, segun se decía, como reos de un crimen de Estado, pero en realidad para ser inmolados como católicos, toda vez que todos los jueces, furibundos orangistas, eran de aquellos que la Escritura llama *lobos cubiertos con la toga*, y formaban no un tribunal de hombres íntegros, sino una manada de bestias feroces sedientas de sangre: *Principes ejus leones rugientes, judices ejus lupi vespere*. Al instante O'Connell, impulsado únicamente por el entusiasmo de su caridad, se presenta á tomar la defensa de los acusados: arenga, grita, truena con tal fuerza, vehemencia, emocion y fuego, que hace ruborizar y temblar á los jueces en sus asientos, los llama á los sentimientos de humanidad, á los deberes del magistrado, y hace proclamar la inocencia de sus hermanos de religion. Este fue el primer acto de justicia que los herejes hicieron á los católicos de Irlanda en el siglo XIX.

Desde aquel dia fue O'Connell, durante toda su vida, esto es, por espacio de cuarenta años, el defensor gratuito de los acusados católicos. ¿Y quién es capaz de decir á cuántos ha librado de la prision, del destierro y de la muerte? Al mismo tiempo era el amparo de todos los pobres, el apoyo de todos los desgraciados, el consuelo de todos los afligidos. Todos acudian á él: los oprimidos

para su defensa, las viudas para pedir proteccion, los huérfanos para encontrar un tutor, los pobres para hallar una mano caritativa. Todos, en efecto, hallaban en él al hombre que buscaban y necesitaban. Él es el consejero que dirige, el abogado que defiende, el hombre caritativo que socorre, el padre tierno que se mueve á compasion, que acaricia, que consuela; un nuevo Pablo que se hace todo para todos, *omnibus omnia*, y que por un reflejo de amor siente en su bella alma el dolor que hace gemir á otro, la pena que hace sufrir á otro, la enfermedad que á otro aflige, el fuego devorador del escándalo de que queda otro escandalizado. *Quis infirmatur, et ego non infirmor? Quis scandalizatur, et ego non uror?* (San Pablo).

Tanto como es generoso en dar por sí mismo pronto socorro á la miseria, es activo é industrioso para asegurarle socorros públicos y permanentes. Con la influencia de su persona y la autoridad de su palabra ¿cuántos talleres para los artesanos no ha hecho erigir en todo el suelo irlandés este hombre solo? ¿cuántas casas de refugio para los pobres? ¿cuántos asilos para los huérfanos? ¿cuántos hospitales para los enfermos? ¿cuántas escuelas para los niños? ¿cuántos retiros para el pudor? ¿Qué soberano á favor de su pueblo, qué general á favor de sus ejércitos, qué superior á favor de sus subordinados, qué pastor á favor de su rebaño, qué padre á favor de sus hijos rebosó en tanta solicitud, ternura y generosidad como O'Connell á favor de sus queridos irlandeses? No amaba mas que á ellos, no vivía ni respiraba sino por ellos: en sacrificar á ellos todos sus bienes, trabajos y vida cifró sus delicias y su dicha. ¡Quién es capaz de concebir, no diré ya de expresar, la vehemencia del dolor y tormentos que partieron y destrozaron su tierno corazon al ver á su pobre Irlanda transida de hambre, devorada por la peste, sin que por esto se desmintiera jamás su paciencia ni bamboleara su fidelidad! ¡Ah! en su pálido semblante sellado con una augusta tristeza, sombrío y á menudo cubierto de lágrimas, hasta en el seno del parlamento donde se derretía en súplicas pidiendo pan para la Irlanda, ¡ah! ¿cuán á las claras se veía la horrible tortura de su corazon! Desde aquel momento empezaron á debilitarse sus fuerzas, no menos que su antiguo denuedo y el fuego de su genio: cayó en una negra melancolía, en un abatimiento profundo; y esta robusta naturaleza que habia resistido á cincuenta años de luchas y fatigas fue destrizada por la vehemencia del pensar y del dolor; de suerte que puede decirse con toda verdad que,

después de haber vivido no mas que por la caridad, no ha muerto sino á manos de la caridad, único sacrificador digno de tan noble víctima.

Pero, si nada iguala el tierno afecto de O'Connell hácia su Irlanda, no con menos verdad se ha de decir que nada iguala el amor y ternura de la Irlanda para con su O'Connell. Ocho millones de hombres le aman como á su padre, al paso que le obedecen como á su jefe y le veneran como á su soberano.

¡Qué confianza en sus consejos! ¡qué docilidad á sus avisos! ¡qué obediencia á la menor insinuacion suya! Son la friolera de cien mil hombres los que están irritados á causa de un acto opresivo é injusto de la autoridad; y una sola palabra de O'Connell los calma, dispersa y hace regresar pacíficos á sus casas. Se trata de una nacion de muchos millones de hombres hambrientos — ¡y cuán mala consejera es el hambre! ella no se entiende de razones, ni respeta derechos, ni teme peligros, ni se amedrenta con el castigo! — Grita O'Connell: «¡Respeto á la propiedad! así lo manda la Religion.» Y su sola voz consigue lo que en vano se hubiera propuesto toda la artillería de Inglaterra: la paciencia en medio del hambre, la resignacion en las garras de la muerte.

No, no nos presenta la historia otro ejemplo de un poder moral tan grande y colosal, y al propio tiempo tan obedecido y acatado. Yo no conozco ningun soberano de derecho que haya sido mas fielmente obedecido, respetuosamente venerado y cordialmente amado que ese soberano de hecho.

Sus pasos eran un continuo triunfo, triunfo del cual seria imposible formarse una idea, á no tener de él una realidad ante los ojos en los triunfos de Pio IX. Apenas corre la voz de la llegada del libertador, agítanse provincias enteras, y corren á su encuentro con banderas desplegadas y bien ordenadas los representantes de las ciudades y condados, las corporaciones de los ciudadanos, poblaciones enteras de los puntos mas lejanos. Al ver aparecer á lo léjos al grande hombre con sus formas atléticas, su aire imponente, su frente majestuosa, su mirada llena de bondad y su amable sonrisa, retumban por los aires los vítores alegres lanzados con toda la energía del corazon: mas él, al través de los gritos de triunfo y de las alfombradas calles cubiertas de flores, entre las récias oleadas de una muchedumbre inmensa impaciente por ver su rostro y oír su voz, va desde luego á adorar á Dios en su templo.

Á su vista pintábase la alegría en todos los semblantes y la di-

cha inundaba todos los corazones: en presencia de O'Connell, aquel buen pueblo parece olvidar sus miserias y seculares congojas. Los que le ven no se sacian de verle; los que le oyen no se cansan de escucharle. Miradle rodeado de dos, tres y hasta seis mil personas, todas embelesadas y pendientes de sus labios. ¡Con qué ternura lo contemplan! ¡con qué entusiasmo lo aplauden! Sí: y los aplausos y gritos de júbilo, articulados por todas las bocas, salen de todos los corazones. ¡Oh! ¡qué interés se toman todos de su salud, de su vida, de su gloria! Es nuestro padre, dicen, nuestro verdadero amigo, nuestro amparo, nuestro libertador; es, despues de Dios, nuestra única esperanza, nuestra gloria, nuestras delicias, nuestro amor.

¿Quién es capaz de idear la consternacion, la pena, el dolor de todo ese buen pueblo al ver al grande hombre, á quien tanto amaba, puesto en prision por él? Ni mas ni menos que en una pública calamidad, el luto se derramó por toda la Irlanda, la tristeza estaba dibujada en todos los rostros, la amargura calaba todos los corazones. En todas las familias se hacian plegarias, en todas las iglesias se hacian votos *por la libertad de O'Connell*. Desde los lugares mas remotos las poblaciones en masa iban procesionalmente, con los sacerdotes y sus obispos al frente, á visitar al gran prisionero de la fe y de la libertad de la Irlanda, y á deponer á sus piés el homenaje de su amor y de su dolor. Aquella prision se trocó en un real palacio; allí daba O'Connell todas las mañanas, mejor que si fuese un soberano, una audiencia solemne: digo, sí, que ningún soberano en el trono recibió tantos homenajes como el nuevo Pablo en su prision. ¡Cuál, pues, seria el regocijo de la Irlanda cuando, al último dia de una novena que O'Connell habia indicado hacer á la Madre de Dios por su libertad, la alta cámara del parlamento de Inglaterra, mas alta esta vez por la nobleza de sus sentimientos que por la elevacion de su rango, por un acto de admirable justicia devolvió á la Irlanda su campeón, al pueblo su padre! Á la salida de la cárcel, un magnífico carro triunfal y un pueblo inmenso aguardaban á O'Connell, quien fue acogido con unas aclamaciones y señales de entusiasmo mas fáciles de imaginar que de describir. Aquel dia fue para él un verdadero triunfo en parangon del cual los triunfos de los emperadores romanos aparecerian tanto mas pálidos y menguados como que estos eran los triunfos de la fuerza, y aquel el triunfo del amor.

Es asimismo notable el entusiasmo, el amor, la confianza que

su desinterés, su caridad, su celo por la patria y la Religion habian llegado á inspirar á las mujeres. Este entusiasmo de las mujeres no llevó la menor parte en la inmensa fuerza moral que le hizo reinar. En efecto ; y ojalá estas palabras pudiesen ser oidas de esos hombres de escasa vista, de entendimiento ciego, de corazon insensible, que se creen los únicos buenos para gobernar al hombre que no conocen, al pueblo que no comprenden!—cuando una idea, sea política ó religiosa, ha bajado del pensamiento de los hombres al corazon de las mujeres, y llega á ser un *sentimiento* ; su fuerza es centuplicada, resiste á todo, de todo triunfa. Ora bien : la *mujer irlandesa* era para O'Connell, á quien ella miraba como á su único amparo, el único vengador de la patria y de la Religion ; y era ella la que mantenía siempre vivo en el espíritu del padre, del esposo y del hijo el amor hácia el gran ciudadano, y les inspiraba valor para los grandes sacrificios debidos al comun libertador.

¿ Veis á ese hombre que, con paso vacilante, el rubor en la frente y la mano temblorosa, se acerca á la urna electoral? Es un pobre arrendatario que, padre de familia, que, encarcelado por deudas, ha visto abrirse las puertas de su prision por la mano cruelmente bienhechora del lord su acreedor con la condicion de que ha de votar contra O'Connell. Ya el amor hácia su desolada familia ha podido mas que el amor hácia el libertador de la patria ; está pronto á votar contra él, cuando de repente suena una voz á sus oidos : « ¿ Qué haces, desdichado ? ¡ Acuérdate de tu alma y de la « libertad ! *Remember your soul and liberty !* » ¡ Oh voz ! ¡ oh mujer sublime ! es la esposa de este infeliz irlandés que prefiere la victoria de O'Connell á la libertad de su esposo, á la manutencion de sus hijos. Á esta voz el desgraciado vuelve en sí ; olvida que es esposo y padre para acordarse de que es ciudadano : vota á favor de O'Connell, y, cual otro Régulo, vuelve tranquilamente á su prision. No tarda la sublime palabra de la magnánima esposa en repetirse de uno á otro extremo de la isla de los Santos : es grabada en el bronce, es inscrita en las banderas de la Asociacion católica : ¿ por qué ? porque en esta gran palabra se halla resumida la historia de ese pueblo heróico ; y se hallan en ella expresados todos los sentimientos de un corazon verdaderamente irlandés, que desde tres siglos todo lo sacrifica á Dios, á la Religion y á la patria.

Calculad ahora si ese pueblo podrá consentir en que su padre y libertador, el que lo ha sacrificado todo, fortuna, reposo, existencia, por la Irlanda, ¡ no viva de Irlanda ! Pero hay en contra, que

el mas católico, moral, denodado y noble de los pueblos de la tierra, es á la vez el mas miserable. Conseguir á fuerza de fatigas que el suelo les dé bastantes patatas para acallar su hambre es el término de sus anhelos, el colmo de su felicidad, y sin embargo, ¡oh pueblo generoso! se apresura á privarse hasta de estas patatas para dar su óbolo á su libertador, hasta formarle la renta anual de mas de seiscientos mil francos!

Por este motivo la insolencia protestante le ha dado el título de *Rey mendicante*. ¡Insensata! lo que ella cree una irrisión, le honra. En efecto, ¿qué reinado mas bello que el que vive, no de los tributos arrancados por la violencia, sino de ofrendas voluntarias inspiradas por el amor? ¿Qué reinado mas bello que el que no tiene otra espada que la pluma, otra artillería que la palabra, otro cortejo que los pobres, otras guardias de honor que el afecto de su pueblo? ¿Qué reinado mas bello que el que no hace verter lágrimas, sino que las enjuga; no derrama la sangre, sino que la restaña; no inmola las vidas, sino que las conserva; no domina al pueblo, sino que lo mejora; no forja sus cadenas, sino que las rompe; que mantiene el órden, la armonía, la paz, sin acarrear perjuicio á la libertad? ¿Y qué soberano no se daría por dichoso de gobernar así? De este reinado pacífico bien puede decirse en cierto modo lo que del de Salomón dice la Escritura: *Que nada igualó su grandeza, su gloria y su magnificencia: Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ.*

Cuando, por todos los medios que acabamos de enumerar y que su espíritu religioso habia santificado y elevado á una maravillosa altura, hubo preparado la opinion pública en Irlanda é Inglaterra, en la corte y en el parlamento, entre el clero y el pueblo, á favor de la emancipacion de su patria, vémosle presentarse á los sufragios de sus conciudadanos á fin de ser elegido representante de la Irlanda en el parlamento británico. En vano el Gobierno, para hacer fracasar una tal pretension tan nueva é inesperada de parte de un católico, le opuso como competidor un ilustre personaje nombrado desde poco al ministerio, y que habia merecido bien de la causa de la Irlanda. En vano, en los cinco dias que duró esta lucha electoral, fueron puestos en juego todos los medios de que puede disponer un gran poder para excluir á un hombre cuyo solo nombre habia llegado á ser el terror de Inglaterra. Esta vez el mérito prevaleció sobre la riqueza, el celo de la patria sobre los vergonzosos instintos de adulacion ante el poder, el hombre del pueblo

sobre el hombre del poder, el católico sobre el protestante, y O'Connell fue elegido en medio de los aplausos de los verdaderos fieles y de los estremecimientos de los orangistas.

La gran dificultad, empero, no tanto estaba en la eleccion de un católico, cuanto en su admision como miembro del parlamento, de donde todo católico habia sido formalmente excluido por la ley por espacio de tres siglos. No importa: el genio de O'Connell con esa serenidad que nunca le faltó, lleno de confianza en la justicia de su causa y mucho mas en la proteccion de la Reina del cielo, despues de haber obtenido esta primera victoria, dió por asegurada la segunda; y, cual si por el solo hecho de esta eleccion la Irlanda hubiese ya quedado libre, entonó, en medio de las burlonas risotadas de unos y ademanes de incredulidad de otros, el himno de la libertad, diciendo á sus electores: «Hombres de Clare, vosotros sabeis «que la primera base de la libertad es la Religion; habeis triunfado «porque vuestra fe, que se ha levantado á favor de la patria, se ha- «bia de antemano exhalado en súplicas dirigidas al Señor: ahora «los cantos de libertad se hacen oír en nuestras campiñas; sus so- «nidos recorren nuestros valles, llenan nuestras colinas, murmu- «ran en las aguas de nuestros rios; y, al eco de nuestras monta- «ñas, gritan nuestras llanuras con voz de trueno: *La Irlanda es «libre.*»

Sucedió como lo predijo. Preséntase á la cámara de los Comunes. Un ujier le niega la entrada. «Sois católico, le dice; no hay asiento «para un católico en una asamblea protestante. ¿Jurais el artícu- «lo 39 de la religion anglicana? Juro, responde O'Connell, fidelidad «al Rey y á todas las leyes justas del parlamento; mas no juro la he- «rejía y la blasfemia. Pido á la cámara ser admitido á probar mi de- «recho.» Acuérdate esta demanda tan nueva, mas bien por instinto de curiosidad que por principio de justicia. Es ya introducido el grande hombre. ¡Oh Ángel tutelar de Irlanda! ¡ven en socorro de su generoso abogado! Nunca una causa mas sublime se ha puesto en deliberacion ante el tribunal de los hombres. Nunca mas graves intereses pendieron de la palabra de un hombre, pues se trata de la libertad ó servidumbre civil y religiosa de un gran pueblo! ¡trátase de la estabilidad ó de la ruina de un grande imperio! Sin embargo, no temamos. Estos pensamientos han ya elevado á O'Connell sobre sí mismo. Él siente toda la importancia de la mision que sobre él pesa. La asamblea toma una actitud grave y seria. Apenas se respira. Todos los ojos están vueltos hácia él. Todos los corazones pal-

pitán : por un lado asoma la esperanza, por otro el temor. O'Connell habla, pero con tono tan majestuoso, con voz tan firme, con tal elevacion de sentimientos, tal fuerza de razon, tal magnificencia de estilo, tal vigor de expresiones, con un fuego y animacion tales, que al principio asombra y estremece á toda la asamblea : luego convence á los mas difíciles, doma á los mas rebeldes, conmueve á los mas insensibles, y, en fin, les deja á todos como estupefactos y fuera de sí mismos, en ademan de preguntarse unos á otros con elocuente silencio : « ¿ Ha hablado jamás así hombre alguno ? » Las prevenciones ceden, las almas religiosas callan, los antiguos usos ya no son atendidos, la herejía se rinde, la justicia triunfa ; y hé aquí que en la persona de O'Connell el católico toma asiento en el parlamento de donde estaba excluido tres siglos habia.

Pero ¿ y la emancipacion ? No temais. La brecha está abierta ; el enemigo está en la ciudadela ; es imposible que no caiga. Efectivamente, todavía no ha transcurrido un año, y ya, sojuzgado por la poderosa palabra de O'Connell y por la fuerza de las opiniones y simpatías de los pueblos que él habia conseguido interesar á favor de su causa, aquel mismo ministerio *tory*, que habia sido constituido para agravar la condicion servil de la Irlanda, se ve obligado á proponer el *bill* de su libertad.

Una parte notable de la cámara de los Comunes se opone á ella, la aristocracia amenaza, el anglicanismo protesta, el mismo rey Jorge IV, cuyas eminentes cualidades de cristiano y de inglés habian sido oscurecidas por el fanatismo del sectario, se irrita y patea de coraje al ver humillado el orgullo real hasta á ceder á un simple súbdito, arroja la pluma y suelta esta imprecacion de carretero : ¡ Que el cielo condene á O'Connell ! y niega su firma. Mas todo es inútil : no hay mas que ceder y rendirse. Y la gran ley que tanto honra la justicia, siquiera tardía, de Inglaterra, su generosidad y buen sentido, la gran ley es sancionada ; y la libertad de la Irlanda, al par de un tratado de paz impuesto despues de una derrota, es estipulada en medio de la alegría de los hombres que restituye á la libertad y de los aplausos de todo el mundo.

¡ Qué victoria ! Despues de la que hizo dar al Cristianismo primitivo sus derechos civiles y su libertad religiosa por aquellos mismos emperadores que por espacio de tres siglos lo habian tratado como esclavo, jamás hubo una victoria mas noble, magnífica y asombrosa.

De un lado habia los intereses políticos y las rivalidades de fortuna, los privilegios de casta y las preocupaciones de la educacion,

las antipatías nacionales y los odios religiosos, la oposicion del Rey y la repugnancia del pueblo, en fin, una herejía arraigada en la nacion desde trescientos años, inteligente, interesada, dueña de los territorios, de los capitales, de la marina, del ejército, del parlamento: es decir, que de un lado combatieron todas las pasiones, todos los errores, todos los talentos, todas las riquezas, todas las fuerzas; del otro, un simple particular, pobre, sin porvenir, perteneciente á una nacion de esclavos, á una raza proscrita: un simple particular, á quien unos llamaban temerario, otros furioso; á quien uno tacha de ambicioso, otro de fanático; uno le insulta, otro le desprecia; uno le amenaza, otro le echa pullas; de quien uno se mofa, y otro le tiene miedo. Y con todo, este hombre solo, este simple ciudadano, tan combatido y asendereado, hecho fuerte solo por su elocuencia, sostenido por su religion, abate á tantos y tan poderosos enemigos. Á ese poder colosal, que dispone á su arbitrio de los destinos del mundo y de la suerte de la humanidad, al cual nada resiste y que de todo triunfa, le ha resistido O'Connell; lo ha vencido; ha triunfado de él. ¡Oh suceso inmenso, que cambia la faz del mundo, que basta á honrar un siglo, que, realizado bajo nuestros ojos y transmitido á la historia, hallará incrédula á la posteridad; y del cual puede muy bien decirse: *Opus factum est in diebus nostris, quod nemo credet cum narrabitur!* (Habacuc).

Mas las leyes municipales de Irlanda estaban combinadas por la herejía de modo, que los católicos no podian desempeñar funcion alguna en los municipios, ni ejercer ningun derecho, siquiera de establecer un negocio ó abrir tienda; sino que todo dependia del arbitrio y capricho de los protestantes. La emancipacion política de los católicos era sin duda, en derecho, un punto capital; pero, de hecho, era nada sin la emancipacion civil. Pues bien: tambien esta victoria consigue O'Connell, y por ella pone todas las municipalidades de Irlanda en manos de los católicos. Entrando siempre en el parlamento con esta palabra tan desgarradora y tan terrible á la vez: *¡Justicia para la Irlanda!* hiela de espanto á los que la oyen. Al poder de este grito, sostenido por una agitacion siempre mas viva y por millones de solicitudes, nada hay que resista, nada hay que aguante.

Así es como obtiene la disminucion de la mitad de los obispos y la supresion de un gran número de parroquias de la herejía, plantas parásitas que se alimentaban de los socorros de la católica Irlanda. Así es como obtiene la extincion del pago de los diezmos

odiosos para el mantenimiento del culto protestante que la tenían extenuada. Así logra que su patria, poco há vasalla de la Inglaterra, pase á ser su rival; y que lo que ayer no era mas que un ensamble de individuos pobres, humildes, desgraciados, aparezca hoy como una nacion propietaria, compacta, majestuosa y terrible.

Si la muerte le ha privado de ver cumplido el triunfo de la Irlanda por el alzamiento del acto inscruo que habia reunido los dos pueblos bajo un mismo régimen, lo ha tan bien preparado con su agitacion, planes, lecciones y sacrificios, que es imposible deje de cumplirse ese triunfo. Y por otra parte, ¿no ha él dejado á sus hijos herederos de su espíritu, de sus virtudes y de su gloria, como de su sangre? Su primogénito ¿no ha sido ya llamado á ocupar el mismo rango político de su padre, merced á las honrosas simpatías y libre eleccion del clero y del pueblo? ¿No ha empezado ya á seguir los principios y planes de su padre y las sendas por él abiertas? Sí, sí, Juan O'Connell llevará á cabo la obra de Daniel.

El nuevo Josué introducirá al pueblo escogido en la verdadera tierra prometida de una entera independendencia que el nuevo Moisés no puede saludar mas que de léjos. La Inglaterra misma se verá obligada á dejar partir en libertad á las tribus santas. Ella comienza á conocer que dos pueblos de inclinacion, costumbres, y, sobre todo, de religion diferentes, no pueden estar unidos bajo un mismo régimen; que la Irlanda, privada de su parlamento nacional, no es ya para ella un apoyo sino un embarazo y una carga; y que aquella desdichada comarca no puede salvarse del hambre y peste que amenazan destruirla, sino por medio de un Gobierno que le sea propio. ¡Sí, generosa nacion! De este último trabajo que te desuela y atormenta vas á salir mas libre, gloriosa y fuerte. Inglaterra, Irlanda, ya no seréis dos pueblos sometido el uno al otro; sino que, segun las sublimes intenciones del grande hombre á quien tanto honrais y que tanto os honra, seréis dos florones de una misma corona, dos zócalos de un mismo trono, dos nobles hermanas de la misma familia; y amándoos y sosteniéndoo mútuamente, caminaréis con planta segura en los caminos de la verdadera libertad, de la verdadera grandeza, al cumplimiento de los designios de la Providencia á favor de la emancipacion de los hombres, de la difusion de su evangelio y de la salvacion del mundo.

Hé aquí un bosquejo de lo que ha sido O'Connell como ciudadano. Y ¿cómo en estas pocas palabras no echais de ver que su gloria es mas centelleante que la de un Napoleon? Sí: comparando

estos dos hombres, los mas extraordinarios de los tiempos modernos, y que han llenado la primera mitad de nuestro siglo de la grandeza de sus nombres, O'Connell y Bonaparte, la historia imparcial dirá: que el uno ha sido el genio de la paz, y el otro el de la guerra; que el uno ha conservado los hijos para sus madres, los maridos para sus esposas, los padres para sus tiernas familias, el otro se los ha arrebatado; que el uno ha salvado millones de vidas, el otro las ha sacrificado; que el uno ha predicado la fidelidad, el otro la rebelion á todos los Gobiernos establecidos. El nombre del uno recuerda el desinterés, el amor de la justicia, del orden, de la legalidad; el nombre del otro, al contrario, no recuerda mas que grandes trastornos, injusticias, despojos y usurpaciones. El uno ha hecho revivir los principios de independencia civil depositados en las antiguas constituciones de la monarquía cristiana, el otro los ha destruido; el uno ha trabajado por espacio de cuarenta años por la verdadera libertad de los pueblos, el otro, bajo el nombre de centralizacion, ha creado una servidumbre universal. Y ¿por qué esta diferencia? Es que Napoleon se inspiró en la ambicion; O'Connell en la caridad. Aquel despreció la Religion aprisionando al augusto Jefe de la Iglesia; este la honró, la amó, enviando á aquel Jefe en homenaje su propio corazon. El primero, ciudadano segun las máximas del mundo, se sirvió de una filosofía incrédula para crear la servidumbre; el segundo, ciudadano evangélico, echó mano de las prácticas de la Religion, de las doctrinas que ella enseña, de la caridad que inspira, para hacer reinar la libertad. Hé aquí por qué el uno alcanzó sólidas conquistas, al paso que el otro, antes de espirar, vió desaparecer las suyas. El uno dejó en pos de sí un rastro de luz, el otro un rastro de sangre, y, mientras la memoria de Napoleon inspira un no sé qué de lúgubre y terrible, y no despierta mas que una admiracion estéril mezclada de llanto, la memoria de O'Connell, al contrario, hace palpitir de gozo el corazon. Sí: la memoria de O'Connell, para siempre bendita, será el amor y las delicias del mundo.

En efecto, el libertador de Irlanda no ha limitado á ella sola los beneficios de la libertad, sino que los ha hecho extensivos á toda la Europa, á todo el mundo; porque Dios no crea los grandes hombres para la utilidad de un solo tiempo y de un solo pueblo, sino que los da para la utilidad de todos los pueblos y de todos los tiempos; y es por esto que el hombre de genio pertenece á la humanidad. Aquí para haceros comprender mi pensamiento me es preciso indi-

caros una importante doctrina, la cual sola puede llevarnos al conocimiento de las dos épocas principales de la historia moderna.

La historia de nuestro siglo está escrita en la del siglo XVI. En aquella época unos hombres en quienes todos los talentos estaban unidos á todas las infamias y á todos los crímenes, blasonando *reforma*, trastornaron enteramente todo el mundo cristiano; y en nuestros dias unos hombres del mismo temple, blasonando *libertad*, han puesto en revolucion á todo el mundo político. Pero ¿qué? ¿es dado al genio del mal, personificado en un hombre, trastornar el mundo á su antojo y arrastrarlo á los abismos de la revuelta y de la herejía? No: de ningun modo. Los heresiarcas del siglo XVI eran tan poco afectos á la *reforma* como los revolucionarios de nuestros tiempos lo son á la *libertad*. Del mismo modo que en boca de los primeros la palabra *reforma*, la palabra *libertad* en boca de los segundos no es mas que un pretexto, una mentira, una impostura. Con estas mágicas palabras aquellos quisieron destruir la Iglesia; estos quieren destruir la libertad. Todo esto es incontestable y probado por la experiencia. Los unos y los otros no han amasado mas que ruinas á su paso, y, dueños del campo de batalla, los unos se han mostrado los cristianos mas impíos y corrompidos, los otros los hombres de Estado mas despóticos y crueles.

¿Cómo, pues, y por cuáles vias han podido llegar á un tal grado de poder que hayan arrastrado la mitad de la Europa en sus designios de desórden y error? Yo os lo diré.

Á semejanza de un rio que en ciertos puntos de su curso amasa y depone el lodo, el tiempo acumula en ciertas épocas los desórdenes y abusos. Este fenómeno es comun á todas las sociedades humanas, siquiera las mejor constituidas; y la misma Iglesia, en lo que ella tiene de elementos humanos, no está de ello exenta. Entonces un desasosiego, una atonía, una perturbacion secreta se apodera del cuerpo social, que pide, que busca un remedio pronto y eficaz; y cualquiera que se presente para dársela, contando con su audacia, ciencia ó genio, está seguro de ser acogido y escuchado.

Segun esto, así como los escándalos y abusos del clero, acumulados por los siglos pasados, en el XVI hicieron de la *reforma* una necesidad universal en la Iglesia; del mismo modo las injusticias y arbitrariedad de los hombres políticos, transmitidas por los siglos precedentes al nuestro, han hecho en el Estado una necesidad universal de *libertad*.

No es, pues, por haber enseñado falsas doctrinas que los here-

síarcas y revolucionarios han conseguido tan grandes y funestos resultados, sino porque han adivinado y han ido al frente de una necesidad verdadera y universal de la Iglesia y del Estado, y se han ofrecido á satisfacerla, prometiendo, predicando con la boca lo que de seguro no tenían en el corazón, los unos la *reforma*, los otros la *libertad*.

Mas en esta rápida ojeada sobre las dos épocas que acabo de señalar y sobre las causas de las terribles perturbaciones que fueron su consecuencia se hallan indicadas, no solo la filosofía de su historia, sino aun la naturaleza del remedio.

¿De qué modo la herejía, en el siglo XVI, fue contenida en su espantoso curso que amenazaba engullir en sus aguas impuras á la Europa entera? Entonces fue cuando la Iglesia, empleando la misma palabra de la herejía, dió á su vez el grito de *reforma*. Sí: apenas la Iglesia, por boca del gran pontífice Paulo III, y mas tarde en el concilio de Trento, hubo articulado la gran palabra *reformatio*, esta promesa, esta certidumbre de una reforma verdadera dada por la Iglesia anonadó la falsa reforma proclamada y ofrecida por la herejía, hizo trizas el formidable talisman de la mágica palabra con que habia ella fascinado á tantos pueblos. Y la herejía luterana y calvinista, que estaba ya á la frontera, á punto de invadir la Francia y la Italia, no subsistió mas que como doctrina política de los Estados que fundaron sobre ella su constitucion y sus dinastías; pero, como doctrina teológica, cesó de hacer nuevas desolaciones y nuevas conquistas.

Del mismo modo, la revolucion, que amenaza dar la vuelta al mundo, no podrá ser contenida en su marcha devastadora de los tronos y Estados sino cuando los mismos Gobiernos, prohibiendo la misma palabra, gritarán tambien *libertad*! Esta palabra, lo repito, es tan mentirosa en boca de los demagogos como lo era en otro tiempo la palabra *reforma* en la de los herejes. Pero, si, imitando lo que hizo la Iglesia en órden á la reforma, los Gobiernos adoptan la misma política con respecto á la libertad; si ellos hacen una verdad de esta palabra que en boca de la sedicion es una mentira; si se apresuran á cumplir ellos mismos lo que la revolucion puede prometer sin darlo ó á lo menos mantenerlo; si se presentan á tiempo para satisfacer una necesidad real, sensible, evidente de los pueblos cristianos, y de este modo los libran de las seducciones de la demagogia; si hacen de buen grado y en una justa medida lo que mas tarde se verian obligados á hacer sin medida y por una inexorable nece-

sidad; si los Gobiernos, digo, guardan esta conducta, quitarán á los enemigos del orden el favor de los pueblos. Y así como una sábia reforma ejecutada por la Iglesia desarmó la herejía, una sábia libertad concedida por los Gobiernos desarmará la revolucion; y este es, *entiéndase bien*, el medio único, seguro, infalible de hacerla cesar.

Ora, esta grande doctrina, tan simple y al propio tiempo tan profunda, que tan pocos entendimientos comprenden y que nadie profesaba al principio de este siglo, O'Connell ha sido el primero en proclamarla, inaugurarla y ponerla en práctica con el mayor éxito.

Cuando este hombre extraordinario empezó á parecer en la escena política del Reino-Unido, es decir, en el mas grande teatro del mundo, los mejores talentos estaban dominados, tocante á la libertad, por preocupaciones funestas, pero desgraciadamente harta justificadas por el espectáculo de tantos tronos vacilantes ó caídos, de tantas dinastías extinguidas ó proscritas, de tantos despojos, asolamientos y ruinas hechas en nombre y bajo el estandarte de la libertad. Este nombre que recordaba tantos excesos hacia temblar de espanto; esta bandera embadurnada de tanta sangre no despertaba mas que un sentimiento de horror. Todas las ideas de orden se habian, por consiguiente, identificado con las ideas de un absolutismo insensato, y todas las ideas de libertad con las de un jacobinismo cruel. *Libertad* vino á ser sinónimo de rebelion; y *liberal*, de regicida. Toda tentativa de reforma política era considerada como un atentado contra la estabilidad de los tronos y de la tranquilidad de los Estados. Un despotismo fanático era mirado como el único refugio del orden, la única salvaguardia de la sociedad.

Así que la fidelidad moderna á los poderes no concibió ya el orden sin el despotismo; como la filosofía antigua no concibió jamás la sociedad sin la servidumbre.

Pero desde que un hombre como O'Connell, de quien no podia ponerse en duda ni la grandeza del genio, ni la pureza de las intenciones, ni la fidelidad á sus principios, ni el amor á su pueblo, ni, sobre todo, la inteligencia de su fe y la sinceridad de sus creencias; desde que se vió, en una palabra, al gran ciudadano y al mismo tiempo al gran cristiano, invocando, predicando la libertad y protestar altamente de sus ideas liberales, estas palabras empezaron desde luego á encontrar menos descrédito en los oídos delicados y tímidos del catolicismo y de la fidelidad irlandesa. No tardaron en hacerse familiares en aquel pueblo; se naturalizaron en él, y con

las ideas que representan nacieron los sentimientos que inspiran. En fin, la Irlanda en la escuela y bajo la inspiracion de O'Connell resultó el pueblo mas liberal de Europa y el mas entusiasta por la libertad. Pero ¿de qué libertad? Sí, la nacion irlandesa, á pesar de las calumnias y ultrajes de la herejía anglicana que, á semejanza de los orgullosos y crueles judíos, blasfema é insulta la víctima que ha crucificado, la nacion irlandesa es una nacion de héroes. Formada segun las teorías cristianamente liberales de O'Connell, ha adoptado la verdadera libertad, hija de la Religion, y se ha puesto alerta contra la falsa libertad, monstruoso engendro de la rebellion. Ella ha presentado al mundo el espectáculo único de un pueblo libre reclamando sus derechos, y dócil obedeciendo; celoso de su independencia, y enemigo de la rebellion; apasionado por su país, y fiel á su rey; bastante fiero para no envilecerle, bastante cuerdo para no insultar al poder; sublime en la resignacion, y moderado en la resistencia; celoso de sus propios derechos, y escrupuloso en respetar los ajenos; reuniéndose, mas sin tumulto; quejándose, pero sin invectivas; gritando contra la injusticia, pero sin traspasar jamás los límites de la legalidad.

¡Loor, pues, y triunfo á O'Connell por haber así reconciliado la libertad con el órden, la independencia con la fidelidad, y por haber transformado en un principio de seguridad y bienandanza el principio de la destruccion de los tronos y de la desolacion y servidumbre del pueblo!

Esta grande revolucion pacífica en las ideas y sentimientos pasó bien pronto de Irlanda á Inglaterra, y desde esta empezó á recorrer la Europa en todos sentidos. El ejemplo de una nacion de diez y ocho millones de hombres que, obedeciendo á las doctrinas de su maestro—estoy por decir de su profeta—está siempre agitada y siempre tranquila, siempre solícita por discutir sus derechos y siempre puntual en el cumplimiento de sus deberes, siempre reclamando contra las injusticias que sufre y siempre fiel; este ejemplo, digo, hizo abrir los ojos á muchos, y derramó una gran luz sobre la escena del Gobierno de los Estados. Disipáronse las preocupaciones; los entendimientos elevados vieron entonces una alianza posible entre la libertad y la obediencia, entre la agitacion mas viva y el respeto á las leyes, entre los derechos de los súbditos y la seguridad de los príncipes, entre la independencia del pueblo y la estabilidad de los imperios. La palabra *libertad* comenzó á ser pronunciada sin repugnancia: empezóse á reconocer que se puede ser amigo del pue-

blo sin hacerse enemigo de los reyes, liberal sin ser jacobino.

Y ¿dónde creéis se hallan hoy día los provocadores de las leyes de excepcion, los mas viles aduladores del poder, los sostenedores de la doctrina de los antiguos pueblos paganos de la supremacía absoluta del Estado, doctrina que abandona á todo un pueblo cristiano á la arbitrariedad y capricho de algunos hombres que se llaman el *Estado*, y crea una servidumbre universal? ¿Dónde creéis se hallan hoy día los que niegan á los padres de familia la libertad de educar á sus hijos, á la poblacion la de regular sus propios gastos, á la provincia la de proveer á su prosperidad, á la Iglesia la de predicar y conducir los pueblos por los caminos de la verdad y justicia? ¿Dónde creéis se hallan hoy día esos hombres, en quienes nada iguala al odio que tienen al pueblo sino el insolente desprecio con que hablan de él? ¿Dónde creéis, en fin, que se hallan los enemigos de todas las libertades, los descarados fautores de todas las servidumbres? Hállanse entre los mas fanáticos demagogos, entre los prosélitos del jacobinismo y de la rebelion. Y al contrario, la libertad no conoce amigos mas sinceros, secuaces mas constantes, defensores mas intrépidos, abogados mas generosos que entre los mas sábios partidarios del orden monárquico, entre los héroes y los mártires de la lealtad.

Ora, pues, un cambio tan extraño é inesperado ha tenido su principio y su causa en Irlanda. Nació bajo los auspicios y por las doctrinas de O'Connell. Él es quien con el ejemplo de su patria ha modificado ó cambiado enteramente las ideas políticas de una gran parte de Europa. Él es quien ha dado al traste con la falsa libertad y acarreado prez á la verdadera. Él es quien ha arrancado la máscara á la vil hipocresía de los demagogos y desacreditado para siempre la sedicion.

Verdad es que esta doctrina es la de los antiguos Apóstoles, de los primeros cristianos, de los mártires de los primeros tiempos, que, al mismo tiempo que reclamaban sus derechos con palabras y escritos, con protestas ante los tribunales y apologías presentadas á los emperadores, y clamando contra la injusticia, no dejaban de ser fieles. Pero el temor de una situacion peor habia eclipsado y como apagado esta noble doctrina entre las personas fielmente cristianas y cristianamente fieles. Un pensamiento, una palabra de queja contra una injusticia, de censura contra un abuso del poder, les hubiera parecido un delito. Pues bien: O'Connell ha resucitado esa doctrina reconciliadora, la ha renovado, esparcido, enseñado

con el poder de su elocuencia y el estruendo de sus hechos; la ha hecho comun y popular en Europa.

Vosotros mismos, ó romanos que me escuchais, sois una prueba de que la influencia del apostolado político de O'Connell ha penetrado hasta en esta hermosa parte de Europa.

Es verdad — y lo diré con dolor — que quizás hay todavía entre vosotros algun alumno rezagado de la filosofía revolucionaria del pasado siglo, algun pedante insensato que forceja por realizar en Roma cristiana las teorías republicanas de Roma pagana, y de aplicar las ideas de colegio á la sociedad. Es verdad que hay ciertos hombres para quienes, como para los hombres sanguinarios del 1793 de los cuales descienden, la palabra *libertad del pueblo* envuelve el triste pensamiento de la destruccion y el horrible sentimiento del odio á la soberanía; pero corto es el número de estos ciudadanos degenerados (si puede aun darse el nombre de ciudadano á quien medita la ruina de su patria). El pueblo, el verdadero pueblo romano, por su espíritu de orden, obediencia, amor á su soberano, que se ha hecho la admiracion de la Europa y del mundo, mira con horror á esos ocultos autores de rebelion, y les obliga á ocultarse á ellos y sus doctrinas de desórden y de sangre. El buen sentido de este pueblo no se deja prender en sus redes ni caer en la celada de su hipocresía. No comprende la libertad sino con el orden, no separa el deseo de su bienestar de la fidelidad y obediencia á su soberano. Todavía mas: este pueblo, tan bueno é inteligente — lo diré — ha perfeccionado la doctrina que el apostolado de O'Connell tenia acreditada en Europa. Á la mas escrupulosa legalidad ha allegado el entusiasmo del amor. Pide, en medio de una agitacion amorosa, como la Irlanda la ha pedido por medio de una agitacion legal, la reforma de los abusos que, por el efecto del tiempo y de las pasiones, como siempre y doquiera ha sucedido, han alterado la naturaleza de la antigua constitucion de los Estados de la Iglesia, donde tan bien se conciliaban el orden y la libertad. Y como sea imposible que un pueblo que ama no sea oido por un pontífice que es todo amor hácia su pueblo; como sea imposible que los corazones que sinceramente se aman no acaben por entenderse, ¡oh Roma! ¡qué gloria no te preparas, si te comprenden, si no te detienen, si no te engañan, si no te hacen traicion! ¡Qué bella página añadirás á tu historia! ¡página en que la posteridad leerá asombrada la conquista que de una sábia, de una verdadera libertad habrás conseguido por las solas vías del amor!

Digo de una sábia libertad, porque, así como hay un oro verdadero y un oro falso, hay tambien la verdadera y falsa libertad. ¡Oh! ¡cuán hermosa es aquella! ¡oh! ¡qué asquerosa esta! ¡qué majestuosa aquella! ¡cuán terrible esta! ¡Cuánta gracia y paz respira aquella! ¡qué espanto y horror infunde esta! La una ha engalanado su frente con la fulgurante auréola del orden; ¡la otra la lleva cubierta con el ensangrentado sudario de la anarquía! La una lleva en la mano el olivo de la paz, la otra la tea del desorden. La una viste el blanco ropaje de la inocencia, la otra va envuelta en el negro manto del crimen teñido en sangre. La una es el sosten de los tronos, la otra su ruina. La una es la gloria y felicidad de los pueblos, la otra su vergüenza y azote. A esta la vomitara el infierno cual emponzoñado soplo del espíritu de las tinieblas, aquella desciende del cielo como una suave encarnacion del espíritu de Dios: *Ubi spiritus Domini, ibi libertas.*

Es que—entendedlo bien—hermanos míos, esta verdadera libertad no ha salido de las orgías clandestinas de la rebelion, sino del santuario; ha germinado, no bajo las doctrinas de la filosofía, sino bajo las de la Religion. La libertad es la irradiacion pacífica de la verdad, como la esclavitud es antorcha funesta del error. Solo puede, pues, obtenerla sincera y pura la Iglesia, en la cual únicamente se encuentra la verdad sincera y pura. De consiguiente, así como es la Iglesia la que ha sostenido la libertad *metafísica* del alma humana contra los filósofos y herejes que la habian atacado, así como es la Iglesia la que ha creado la libertad *doméstica* elevando la mujer á la dignidad de esposa consagrando los derechos de los hijos; así como es la Iglesia la que ha creado la libertad *civil*, aboliendo entre los pueblos cristianos la venta del hombre y la esclavitud; del mismo modo sola la Iglesia podrá proclamar la libertad política, fijando los verdaderos y justos límites de la obediencia y del mando, los verdaderos y justos derechos, los verdaderos y justos deberes de los pueblos y de los poderes. Fidelidad, pues, obediencia, confianza, amor á la verdadera Religion, á imitacion del grande hombre cuya pérdida lloramos, quien no solo se ha valido de la Religion para conseguir la verdadera libertad, como acabamos de ver: *Liberavit gentem suam à perditione*, sino que además se ha servido de esta libertad para hacer triunfar la Religion: *Corroboravit templum*. Es lo que todavía nos resta ver.

Así como hay una grandeza verdadera, hija de la virtud y del mérito, así tambien la hay otra falsa, hija del favor y capricho de

quien la dispensa; o bien de la preocupacion é ilusion que cree en ella, ó bien, finalmente, de la adulacion, de la intriga y de la bajeza que la busca.

Así como la grandeza varia en su principio, varia tambien en su duracion. La falsa grandeza apenas basta á distinguir y elevar á la persona que de ella está revestida como de un manto mal asentado: con la persona perece, y á menudo antes que ella. La verdadera grandeza, al contrario, ennoblece no tan solo á una persona, sino á toda una familia; al par de una luz pura se refleja sobre una larga posteridad, y sus esplendorosos emblemas transmiten su gloria á las mas remotas edades.

Por esto es que en la magnífica divisa de la familia de O'Connell se leen estas bellas palabras: «El ojo de O'Connell es la salvacion de la Irlanda:» *Salus Hiberniæ oculus O'Connell*.

Esta magnífica divisa no es únicamente el testimonio de las glorias pasadas de esta ilustre familia, sino que ha sido como una profecía de sus glorias futuras, la cual ha tenido su cumplimiento en Daniel O'Connell, toda vez que el ojo vigilante de O'Connell ha salvado la Irlanda de nuestros dias: *Salus Hiberniæ oculus O'Connell*. Ciudadano y cristiano, se ha amparado en la Religion para conquistar la libertad de su patria, como lo he ya demostrado. Cristiano y ciudadano, se ha servido de la libertad para hacer triunfar la Religion, como debo hoy manifestároslo. Por esto ha sido grande por la verdadera grandeza, y por esto se le puede aplicar el elogio de la Escritura: *Simon magnus qui liberavit gentem suam à perditione, et in diebus suis corroboravit templum*.

Ya no os pediré por hoy, queridos romanos, vuestra atencion, benignidad é indulgencia. Me la habeis ya dispensado del modo para mí mas lisonjero: estoy en su posesion. No me resta mas que daros afectuosamente las gracias, aprovechar de la misma, y comenzar.

Segunda parte.

Parecida á un soberano legítimo, la verdad no tiene necesidad mas que de sí misma: no ha menester mas que revelarse para granjearse la adhesion y los homenajes, y reinar en el mundo de la inteligencia. Al contrario, parecido á un tirano usurpador, el error no puede insinuarse en los espíritus de los hombres ni conservar este imperio sino por medio de la violencia y el engaño.

Hé aquí por qué mientras la herejía empieza siempre por ha-

cerse suyos á los grandes á fin de poder en seguida, merced á sus pasiones y á la fuerza de su poder, dominar á los pueblos, la doctrina católica al contrario, comienza siempre por anunciarse por sí sola al pueblo, despues de lo cual se digna admitir á los grandes en su seguimiento, bajo la condicion empero de que acudan con el pueblo á comer en la mesa y beber en la copa de la igualdad cristiana vestidos con la librea de la humildad. Mientras la herejía está siempre de rodillas al pié de los tronos implorando un andrajo de púrpura con que cubrirse y una espada que la defienda, la doctrina católica, santamente orgullosa de su divino origen, no se presenta, y siempre en pié, ante los tronos, sino para predicarles las verdades mas importunas y los deberes mas duros. En fin, mientras las iglesias heréticas ó cismáticas van mendigando por todas partes la proteccion de los hombres, la Iglesia verdadera no pide á Dios mas que la libertad: *Ut Ecclesia tua securo tibi serviat libertate.*

De ahí viene, como lo he ya indicado en otra ocasion, que la *libertad de conciencia*, que, en el sentido *absoluto*, no significa otra cosa que indiferencia, ateismo, impiedad, negacion de toda revelacion, de toda religion positiva, de toda regla de creencias y acciones, en su sentido *relativo* sin embargo, esto es, referente al poder civil, que no ha recibido de Dios la mision de predicar é interpretar el Evangelio, es un principio católico que la Iglesia ha profesado, enseñado y defendido, y al cual no podria renunciar sin abdicar su mision divina, sin destruirse á sí misma: es una condicion necesaria de su existencia y propagacion.

Mas, como quiera que, al fenecer el último siglo, la Iglesia católica habia visto, en nombre y por los apóstoles de la libertad, aprisionar sus pontífices, dispersar sus ministros, destruir sus altares, profanar sus templos, violar sus vírgenes santas, usurpar sus bienes, abolir sus claustros, desacreditar y mutilar sus doctrinas, sus leyes, su culto, sus instituciones; como, en fin, en aquella época la libertad marchó al compás de la blasfemia y del sacrilegio, la Iglesia comenzó á considerarla como enemiga necesaria, irreconciliable, de la verdadera Religion, y los verdaderos fieles no podian oír su nombre sin estremecerse, ni creian poderlo pronunciar sin crimen.

Al contrario, como en la misma época el altar habia caído bajo los golpes de la misma hacha que demolido habia al trono, la idea de que no podian levantarse sino unidos prevaleció; y por esto el trono y el altar inspiraron un comun interés, y se encontraron uni-

dos en el espíritu, corazon y labios de todas las personas de bien. Y, como una triste experiencia habia probado que nada podia el trono sin el altar, empezóse á creer que tampoco el altar podia nada sin el trono. Y ved ahí por qué el trono fue considerado no solo como necesario apoyo del orden político, sino tambien del orden religioso.

Estas ideas se habian hecho generales en Europa. Los verdaderos fieles tenian siempre fijas sus miradas no solo sobre los tronos católicos, sino hasta sobre los tronos protestantes. Los mismos católicos de Irlanda no esperaban sino de la corona protestante de Inglaterra la emancipacion de sus conciencias y de su religion: todas sus esperanzas descansaban sobre un trono constitucionalmente enemigo de su fe.

Mas esto era hacer de una religion divina una institucion humana que nada puede sin el apoyo del hombre. Era abandonar la fe, la moral, el culto, la Iglesia al arbitrio del poder civil, que, bajo el pretexto de ser su protector, no habria quedado sin hacerse su pontífice: y es cosa probada que la Iglesia ha tenido que quejarse mas á menudo de sus protectores que de sus perseguidores. Era hacer depender de la buena ó mala voluntad del príncipe la fe del pueblo, consagrar como políticamente legítimos todos los sistemas del error hasta al ateismo, y consentir en la mas dura é insoportable de todas las servidumbres, la servidumbre de las conciencias. Era, en fin, querer destruir hasta el último vestigio de la dignidad humana.

¿Cómo no era necesario hacer conocer á los pueblos que el poder civil que extiende su mano sobre la Religion, aparentando protegerla la domina, y dominándola la degrada y anula, y que la verdadera Religion no puede subsistir sino á la sombra y favor de la libertad?

Pero ¡gran Dios! destruir una preocupacion que una complicacion de terribles circunstancias habia profundamente grabado en los entendimientos mas sábios, á saber, que «la libertad es enemiga de la Religion;» calmar las aprensiones, los temores, los terrores harto fundados que la palabra *libertad* habia de despertar en los corazones mas religiosos y piadosos; arrastrar á un pueblo tan católico como el irlandés á buscar en la libertad el triunfo del Catolicismo, mientras en el resto de Europa este Catolicismo habia sido destruido ó desfigurado bajo los golpes de la libertad, ¡qué trabajo! ¡qué empresa! Una generacion entera de hombres apostólicos no

habria parecido suficiente para lograrlo. Sin embargo, ¡un solo hombre, y láico, O'Connell solo lo ha conseguido! Su genio ha bastado para concebir, su valor para emprender, su constancia y poder para cumplir.

¡Con qué prudencia, con qué discrecion, á fin de no intimidar prevenciones harto razonables, sentimientos demasiado delicados, no se aplicó desde un principio en las asambleas públicas y en las reuniones privadas á persuadir al pueblo y al clero que nada podía esperarse de ventajoso para la religion católica de la liberalidad espontánea de un Gobierno protestante; que la emancipacion religiosa no podia obtenerse sino por medio y en compañía de la emancipacion política; que la independendencia de la Iglesia católica en Irlanda debia ser una conquista legal, pacífica, del pueblo, y no una gratuita concesion del poder; y que la libertad era el único medio que les quedaba para hacer triunfar la Religion! Él repetia á menudo que nada le habia sido mas difícil que persuadir al clero que la Religion no debia ni podia salir victoriosa sino con el favor de la libertad.

Al principio no faltaron espíritus de una piedad débil ó de una hipocresía maligna que, al oir un lenguaje tan nuevo de boca del jóven O'Connell, se dejaron apoderar de la desconfianza, y lo hicieron pasar en el tribunal de la opinion pública por un espíritu sin discrecion, falseado por la filosofía del siglo XVIII, ó como un peligroso emisario encargado de inocular á la Irlanda las doctrinas anárquicas de la revolucion francesa, en una palabra, como un sectario. Pero su horror por todo derramamiento de sangre, su amor á la legalidad, la fuerza de sus convicciones, y, sobre todo, su celo sincero por la Religion, disiparon bien pronto todas esas sospechas, todas esas calumnias. Sus intenciones santas fueron muy luego conocidas; escuchadas y saboreadas sus doctrinas; aprobados y aplaudidos sus designios.

Tal fue el mágico efecto de su palabra y accion, que en el espacio de cinco años logró transfundir su espíritu entero en el corazon de la Irlanda, transformar segun su imagen la Irlanda. Atrajo á sus ideas no solo á los católicos en masa, sino hasta á un gran número de protestantes; no solo á los seglares, sino aun á los eclesiásticos; no solo en Irlanda, sí que tambien en Inglaterra: y estableció la *Asociacion de la libertad religiosa*, en la cual todos los hombres de buena fe, todos los corazones nobles, todos los espíritus generosos de todas las iglesias y opiniones se encontraron reunidos y unánimemente asociados en el mismo pensamiento de reclamar con sus

comunes esfuerzos la libertad de conciencia y su manumision del poder civil, y de hacer triunfar su propia religion por medio de la libertad.

Mas donde hizo conocer de un modo el mas estruendoso la nobleza de su alma católicamente liberal y liberalmente católica fue en el grande asunto del *veto*, de aquella pretension que ostentó el Gobierno protestante de Inglaterra de tener parte en el nombramiento de los obispos católicos de Irlanda. En esta discusion desplegó la ciencia de un doctor, el celo de un apóstol, el valor de un héroe, y, por todas las penas que tuvo que sufrir, la paciencia de un mártir.

La pretension del Gobierno parecia discreta ó insignificante. Entre los tres candidatos que el clero de Irlanda solia, como lo hace hoy dia, presentar á la Santa Sede para la eleccion de obispo, el Gobierno anglicano queria tener la facultad de excluir uno solo. Las ventajas que ofrecia para compensar esta concesion eran grandes, seductoras, capaces de deslumbrar á los mas perspicaces y engañar á los mas piadosos: consistian nada menos que en la emancipacion ó libertad religiosa y política de todos los católicos del Reino-Unido, y en la dotacion del episcopado de Irlanda. El pueblo empezaba ya á sonreir á una proposicion que se le presentaba como el término de tres siglos de mortales angustias. Una parte del clero, teniendo en vista la dignidad de la Religion, no parecia rebacia en aceptar una dotacion estable que le hiciese salir de la dura condicion de una vida sostenida por la limosna y la mendiguez. El mismo episcopado que, reunido en sínodo, habia en un principio por unánime acuerdo rechazado con desden el presente ofrecido por mano de aquellos nuevos Ulises (*græca manu*), como atentatoria de la independencian y disciplina de la Iglesia, se vió mas tarde dividido. Algunos obispos, engañados por fraudulentas promesas y afectadas adulaciones, habian prestado al *bill* del Gobierno una adhesion que retractaron mas tarde con sonrojo y dolor de haberla suscrita. Hasta los católicos ingleses, no viendo en aquel *bill* insidioso mas que una concesion importante que hacia cesar su degradacion política y su estado de ciudadanos sin derechos de ciudad, y les abria la puerta del parlamento, se hicieron partidarios del Gobierno, y se unieron á sus planes con un celo tan indiscreto, que tacharon de imprudente temeridad la oposicion del episcopado de Irlanda, y echaron, excomulgaron del comité católico á un célebre prelado, único miembro del clero católico de Inglaterra, que en una

apremiante memoria dirigida al parlamento habia combatido las medidas gubernamentales con el celo y doctrina de un Atanasio. Roma misma, en esta gran lucha, pareció inclinarse hácia los enemigos de la Iglesia de Irlanda, y, como decian llorando los pobres irlandeses en su cándida sencillez, tambien Roma parecia haberse hecho *orangista*. Mons. Quarantollo, presidente de Roma durante el cautiverio del inmortal Pio VII, habia, por un rescripto, dado su asentimiento á las insidiosas proposiciones del Gobierno inglés que tan funestas podian resultar á la libertad de la Iglesia. El orangismo, envalentonado con esta concesion de Roma, se hace mas insolente; el país, desgarrado por las disensiones intestinas, abandonado de sus hermanos de Inglaterra y defensores de Roma, no podia ya, reducido á sus solas fuerzas, resistir á las falanges compactas de la herejía anglicana. Á los mas valerosos les fatiga una lucha desigual que no ofrece ninguna probabilidad de buen resultado. El desaliento se ha apoderado de todos los espíritus y el enfriamiento de todos los corazones.

¡Oh desafortunada Iglesia de Irlanda! Con qué, ¡á todas tus desgracias se allega ahora la mayor, la mas humillante de todas: la pérdida de aquella independendencia religiosa que tus hijos generosos comprado habian con tres siglos de padecimientos y sangriento martirio!... Mas no, no temas. Ahí está O'Connell, á quien ha suscitado la Providencia cual nuevo Judas Macabeo para velar en defensa de esta Iglesia. Todavía esta vez justificará O'Connell la verdad de su noble escudo: «El ojo de O'Connell es la salvacion de Irlanda:» *Salus Hiberniæ oculus O'Connell*.

¡Oh alma verdaderamente grande! Tantas dificultades reunidas, léjos de abatir su aliento, lo inflaman: en medio de la general desesperacion solo él no desespéra: en medio de los temores de todos acerca de la conducta de Roma solo él está lleno de confianza en la sabiduría de Roma. Carece de todo medio, de todo apoyo para combatir á un poderoso enemigo; ¡y sin embargo se atreve á trabar solo el combate como quien está seguro de la victoria!

Vedle ya haciendo proclamas á la nacion para señalarle las emboscadas que se le preparan; reuniendo en grandes asambleas á eclesiásticos y seglares; demostrándoles con la ciencia de un teólogo y la experiencia de un legista como un poder herético abusará de seguro de una tal concesion pedida á la Iglesia, toda vez que se ha visto abusar de semejantes concesiones hasta á ciertos poderes católicos. Comenta el *bill*, y pone de manifiesto su astucia. Examina

las promesas, y demuestra su vanidad, falsedad y futilidad. Aplícase con ahínco á descubrir las miras del Ministerio, trae á la memoria el tratado de Limerick para hacer palpar su mala fe y su infamia. Habla de los católicos ministeriales para humillarlos, sin olvidar á los clérigos cortesanos y ponderar su ignominia.

¿Qué mas? Se le ve á un tiempo mismo alentar al clero y reanimar al pueblo; despertar el celo y vigilancia de los obispos y sustentar su valor; enviar diez diputados á Lóndres para implorar el socorro de la sociedad de *Amigos de la libertad religiosa*. Hace partir á toda prisa dos obispos para Roma á poner á los piés del soberano pontífice, vuelto ya de su glorioso destierro, una memoria en nombre de sus conciudadanos católicos, en que con una fuerza de razon irresistible expone los males que la admision del veto acarrearía á la Iglesia de Irlanda. Siempre y en todas ocasiones, en público y en privado, no cesa de gritar, de repetir: *Hoy, como siempre, desecharémos todo favor que debamos comprar con el sacrificio de nuestra religion y de nuestra libertad.*

¿Qué es lo que, al fin, consigue con tantos esfuerzos de su elocuencia, actividad y celo? Consigue un resultado el mas completo y brillante. El episcopado, reunido en sínodo, declara «que el clero «de Irlanda no cesará de oponerse por todas las vías canónicas y «constitucionales á toda intervencion del poder temporal en los negocios de la Religion.» La nacion entera rechaza las fraudulentas ofertas del anglicanismo; todos los periódicos están llenos de protestas en que el público jura «que toda tentativa por debilitar la «Iglesia de Irlanda será vana, y que, á despecho del poder, del «parlamento, de los orangistas, de los quarantollistas, la Irlanda «conservará siempre en toda su pureza la fe de su protector Patri-«cio.» Los mismos sentimientos se expresan oficialmente al Gobierno en nombre del clero y pueblo irlandés en la siguiente declaracion: «Siendo la libertad política y religiosa el objeto á que tiende «este pueblo católico, creeríamos degradarnos estipulando, en vista «de las ventajas que nos ofreceis, una condicion que acrecentaría «la influencia de los ministros del Gobierno con detrimento de la «disciplina de nuestra Iglesia.» Consigue que el mismo soberano pontífice, justificando la confianza que tenia puesta O'Connell en la sabiduría de la Santa Sede, anule el documento de Quarantollo.

En vano los relajados y sordos partidarios de las concesiones reales, á menudo mas peligrosos que los adversarios declarados, buscando cómo justificar su vergonzosa apostasía de la causa de la Igle-

sía, oponían á su generoso campeón que el esperar de la protestante Inglaterra una emancipación sin concesiones era una temeridad, una locura. O'Connell contestaba: «Para obtener una reconciliación á todo estoy dispuesto, menos á inmolarse la religión de mi patria y de mis padres.» Y el pueblo repetía en seguida: «Nosotros amamos nuestra libertad civil, pero mas todavía nuestra religión. Si para conseguir nuestra libertad civil es necesario morir, ¡prontos estamos á sacrificar nuestra vida, pero no nuestra fe. Mas vale ser católicos y esclavos que protestantes y libres. El martirio no es para nosotros cosa nueva. Trescientos años de torturas han ya pasado sobre nuestras cabezas. Agrávense aun nuestras cadenas antes que consentir en la menor alteración de la disciplina de nuestra Iglesia.»

Á los que forcejaban por debilitar la constancia del clero con la perspectiva de una rica dotación que le habría sustraído á la dura necesidad de mendigar el pan, aquel noble clero no titubeaba en responder: «Las cadenas, aun cuando fuesen de oro, son siempre cadenas: mas vale una libertad pobre que una opulenta esclavitud. El honor puede aliarse con la pobreza, pero la infamia es la compañera inseparable de una servidumbre voluntaria. Sacerdotes pobres, somos mas respetados que los ricos prebendistas de la herejía. La Iglesia no tiene necesidad de riqueza, de que se la ayude á bien vivir, sino de que se la deje bien obrar; no tiene necesidad de riqueza, sino de libertad.»

Ora, estos sentimientos tan generosos, pero tan naturales y profundos, del clero y pueblo de Irlanda, es la acción preponderante de O'Connell, la invencible superioridad de su talento, la autoridad de sus discursos y doctrinas, el ejemplo de su valor, constancia, magnanimidad y desinterés lo que los ha excitado, robustecido y puesto en acción, lo que les ha abierto un vasto campo donde poder brillar con toda su magnificencia y centelleo para gloria de la fe católica, la única que tiene energía bastante para crearlos. ¿Cuándo se dió jamás espectáculo tan bello, en un siglo interesado y egoísta, y en medio de una nación traficante, como el de ese pueblo que O'Connell habia empapado en su espíritu, de ese pueblo transido de miseria, falto de todo, y que sin embargo prefirió privarse de un bocado de pan para el mantenimiento del altar y de sus ministros, antes que tender la mano á la liberalidad de la herejía? ¡Qué bella es esa lucha entre un Gobierno opulento que ofrece, y un pueblo pordiosero que rehúsa; entre la Inglaterra que promete

darlo todo, y la Irlanda que se obstina en no aceptar nada antes que acarrear el menor perjuicio á su Religion!

Tamaña generosidad, un heroismo tan noble debian necesariamente triunfar. Por lo mismo que la Irlanda no habia querido sacrificar sus bienes espirituales á los de la tierra, debia obtener los bienes terrenos junto con la conservacion de sus espirituales tesoros. Porque la Verdad encarnada ha prometido solemnemente que el pueblo que busca ante todo y á todo coste el reino de Dios y su justicia, esto es, el triunfo de la verdadera Religion, conservará esta religion santa, y obtendrá por añadidura todas las ventajas temporales: *Querite primum regnum Dei et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.* (Matth. vi, 33). Por esto el libertador no cesaba de decir á su pueblo: «Nada temais; en nada cedais. Paciencia y «perseverancia, y tendréis la gloria de conquistar vuestra libertad «civil sin sacrificar nada de la religion de vuestros padres.»

Jamás prediccion humana se cumplió tan puntualmente. El anglicanismo gubernamental, al ver la generosa firmeza é invencible insistencia de la católica Irlanda, renunció á la esperanza de conseguir la tan suspirada concesion del veto que habia inútilmente solicitado por espacio de seis años con toda suerte de amenazas, promesas, arterías y violencias. La Iglesia de Irlanda quedó en su gloriosa pobreza, mas en su todavía mas gloriosa independendencia del poder civil tocante al nombramiento de sus pastores. Porque la verdadera riqueza de una nacion católica está en su independendencia religiosa, del mismo modo que el mas amable atavío de una casta esposa en su beldad.

Tras seis años de una nueva agitacion, de esfuerzos, luchas, padecimientos y agonías, la Irlanda, guiada por su libertador, acabó por conquistar su emancipacion, su libertad civil, sin condiciones humillantes ó funestas, y, segun lo habia predicho O'Connell, sin haber sacrificado nada de su religion.

¡Oh vosotros, los que por una prevencion funesta, hija de vuestra ignorancia y poca fe, no siguiendo sino la política mundana en los asuntos de la Religion, exigís de los centinelas de Israel que se conviertan en perros mudos que dejen ya de ladrar al acercarse el lobo; vosotros que imponéis á los nobles atletas de la fe un silencio favorable á vuestra política usurpadora y funesta para la Iglesia, y que por lo mismo deberíais antes bien condenar; vosotros que llamais imprudencias á las reclamaciones, exagerada audacia á las protestas, fanatismo al celo de los defensores de la Iglesia, á quie-

nes deberíais mas bien acatar, sostener y remunerar; y todo esto para obtener á favor de la Iglesia alguna ventaja temporal, algun apoyo humano que á la Iglesia de nada le sirve, ¡ah! pensad que allí está Dios para desbaratar esos cálculos judáicos. De vosotros se dirá lo que fue dicho de los judíos: que, por haber preferido las cosas del tiempo á las de la eternidad, perdieron unas y otras: *Temporalia amittere timuerunt, et vitam æternam non cogitaverunt; et sic utrumque amiserunt.* (S. August.). Aprended de la política noble y generosa de que O'Connell se ha servido para hacer triunfar la Iglesia en Irlanda, que no es por medio de los sacrificios de la jurisdicción é independencia eclesiástica que se puede vencer y contener en sus justos límites al poder civil, sino, al contrario, resistiendo con firmeza y por las vías legales á sus pretensiones injustas. Sabed esto, y sean vuestros corazones inaccesibles al miedo.

Estas victorias que por medio de la libertad ha procurado O'Connell á la verdadera Iglesia no se ciñen á sola la Irlanda; ellas han encontrado un eco eficaz, han producido maravillosos efectos en el resto del mundo. Para haceros comprender este vasto conjunto me es preciso elevar vuestros pensamientos hasta el santuario de los designios de Dios, cuanto nos fuere dado penetrar en ellos, pobres mortales que somos.

El mas grande, importante y maravilloso acontecimiento de la historia providencial del mundo moderno no es, no, la separacion de las Américas de la Europa, ni la Revolucion francesa, ni el Imperio; sino el empleo de unos medios los mas disparatados, de unas causas las mas contradictorias que Dios, en su soberana economía y con absoluta independencia, ha escogido para la propagacion de su Evangelio y la gloria de su Iglesia.

El principal de estos medios, visiblemente coordinado por Dios para tan sublime y santo objeto, es el espíritu mercantil de la Inglaterra. Parece dejar tras sí los límites del mundo para obtener ó esparcir el producto de sus manufacturas; mas Dios se sirve de la infatigable actividad, de la abrasadora sed de ganancias de este pueblo para desparramar por el mundo los productos celestiales de su misericordia, la gracia y la verdad. La Inglaterra ha ocupado los principales puntos del globo para extender y establecer por todas partes el imperio del leopardo británico; pero Dios por este medio prepara un acceso fácil á los ministros del Evangelio que han de establecer por doquiera el imperio de la Cruz. Ya los pobres hijos de Irlanda, á quienes la intolerante y tiránica herejía obligaba á la emi-

gracion ó al destierro, derramados, dispersos por todos los puntos de la tierra, en todas las colonias inglesas, en los inmensos continentes de la Occania, habian allá llevado las preciosas semillas y la gloriosa confesion de la verdadera fe; y, por este medio inesperado, el espíritu perseguidor y gazmoñería cruel de la herejía habian, sin quererlo, habian dado la mano á la fundacion de un mayor número de nuevos obispados en todo el mundo que los que habia destruido en Europa.

Pero, humillado el católico irlandés y gimiendo bajo el yugo de las leyes brutales que lo retenian en la condicion de un esclavo, casi nada podia hacer pevalecer la verdad y santidad de su religion esclava frente de la dominante religion de sus crueles dueños. Era, pues, necesario para el fin á que parecia destinada por la Providencia la nacion irlandesa que rompiese los hierros de su esclavitud política, y que por este medio conquistase la libertad é independencia religiosa de su fe.

Pues bien: esto es cabalmente lo que penetró, lo que columbró el genio perspicaz de O'Connell. Porque, muy diferente de ciertos hombres que deben su grandeza tan solo á las opiniones y á la adulacion, y que parecen menos grandes de lo que se los ha hecho, cuando se ha desvanecido el prestigio, O'Connell es mucho mas grande de lo que parece. Sus intenciones, sus fines son mas sublimes y pasmosos que sus obras. Algunas expresiones escapadas á O'Connell, el celo inaudito, la constancia sin ejemplo en la historia del verdadero patriotismo que él desplegó para agenciar la libertad de su patria, han por sí solos dado á conocer que él miraba al pueblo de Irlanda como un pueblo misionero, un pueblo de predileccion, escogido de Dios para la eterna salvacion de un gran número de pueblos. Se ha podido echar de ver que O'Connell, al luchar por la emancipacion de la Irlanda, no creia tratar una cuestion de política humana, sino cooperar á la grande obra de Dios en el mayor de los designios de su misericordia, y no se miraba como simple irlandés, sino como siervo é instrumento de Dios en su Iglesia.

Á medida, pues, que las pruebas del noble destino de la Irlanda para la gloria de la Religion van tomando creces fuera de la Irlanda, y haciéndose mas claras á sus propios ojos, O'Connell se convence siempre mas del carácter religioso de la mision que de Dios habia recibido de emancipar y elevar á la Irlanda. Su accion se vuelve mas intrépida, sus intenciones mas piadosas. Considera á la *isla de*

los Santos como *santa*, no solo por estar cubierta de huesos y empapada de la sangre de millones de Mártires, sino aun por tener la mision de esparcir por todos lados la santidad en el mundo. Venérala con un respeto siempre creciente, la ama, la quiere, cifra en ella sus *delicias* con siempre mayor ternura. ¡Ah! si él la llama «la perla del Océano, la joya de la tierra,» si le dirige los mas afectuosos saludos, las mas dulces expresiones de su corazon; no es ya por la salubridad de su clima, por la fertilidad de su suelo, por el encanto de sus pintorescas campiñas, por la fuerza, hermosura y magnanimidad de sus habitantes, sino porque ve á esta noble nacion, que han querido hacer pasar por la mas grosera y turbulenta de la tierra, depositaria de los tesoros de Dios, la verdad y la gracia; engalanada con la majestad de la mision de Dios; llamada á dar pruebas de su preciosa fecundidad, al par de la que ostentó la primitiva Iglesia de Roma durante tres siglos de martirio y sangre, y á multiplicar la generacion de los hijos de Dios en todo el mundo. Hé aquí por qué la instruye con tanta paciencia, por qué la defiende con tanto denuedo, por qué se entrega, se inmola por ella sin reserva con tanto afan y tanto júbilo; hé aquí por qué la quiere libre á costa de tantos esfuerzos y sacrificios. Así una madre cria con mas cuidado y solicitud, quiere y acaricia con mayor ternura mezclada de respeto al niño que sabe está destinado á reinar un día.

Dios ha bendecido esos nobles designios, esos santos arranques que su gracia habia hecho nacer en el corazon de su siervo. O'Connell ha visto como la libertad civil, que habia profetizado y conquistado para su patria, ha llegado á ser un medio de triunfo para la Religion en las diferentes partes del mundo.

En efecto, merced á los heróicos esfuerzos de la Irlanda, la libertad civil y por consecuencia la libertad religiosa fueron otorgadas á todos los súbditos católicos de la corona de Inglaterra. Ved ya como, á contar desde este momento, la religion católica, hasta entonces mirada con soberbio desden por la Inglaterra como la religion de los esclavos, y, bajo el nombre de *religion papista*, relegada con desprecio á los arrabales y á las cárceles, adquiere una grande importancia, una gran fuerza, una gran dignidad. Llena de un santo orgullo, sube á los palacios de los grandes, penetra en el parlamento, entra en la corte, siéntase en los consejos secretos del reino, y obliga á la orgullosa política, que hasta entonces apenas se dignaba honrarla con una mirada, á tratar con ella de

igual á igual y casi á respetarla cual soberana. Ved como esta Religion, hasta entonces mirada solo como la religion de los ignorantes, de los pusilánimes, del populacho y de las pobres mujeres, invade las universidades mas famosas de Oxford y Cambridge, y va en ellas ganando prosélitos entre los mejores sujetos formados por las tradiciones católicas que la herejía no habia podido destruir del todo, y cuenta entre sus humildes discípulos á los mejores talentos, á los hombres mas instruidos y profundos en la ciencia de la Religion, á las almas mas nobles, á los caracteres mas generosos.

Si: pasó ya el tiempo de insultar á una religion que, sin ningun socorro del poder humano y á despecho de los esfuerzos del mismo, fuerte por sus solos hechizos divinos, atrae las almas grandes al olor de sus celestes perfumes, y en pos de sí las arrastra al través de las sendas mas difíciles hasta sacrificar las posiciones mas lucrativas y brillantes, hasta abrazar la pobreza con la única ambicion de poseer la verdad.

¡Cosa admirable! la religion católica que, privada de sus derechos civiles, no parecia otra cosa mas que una esclava, una vez hecha libre por el genio de O'Connell, apareció cual reina. La libertad ha hecho conocer y apreciar mejor su verdad y belleza. El hacerse católico ya no es, hoy dia, ni á los ojos de los mismos protestantes ingleses, degradarse: es al contrario elevarse, adquirir buena y honrosa opinion. Las conquistas que la fe católica no cesa de hacer en las clases mas distinguidas de la sociedad van acompañadas de un sentimiento de envidia, no ya de menosprecio. Los que aun permanecen en la herejía echan sobre sí mismos una vergonzosa y torva mirada: no vomitan ya la injuria, no se abandonan ya á la saña contra los que los abandonan. Ya no se atreven á vituperar al anglicano que se hace *papista*; antes bien les arranca un gemido la falta de valor para imitarle. Si no faltan todavía los sarcasmos, invectivas y ultrajes en boca de los gazmoños fanáticos, tan viles por sus sentimientos como por su cuna; la alta aristocracia, la verdadera ciencia, la buena fe, el filósofo que reflexiona, el hombre de Estado que se respeta á sí mismo, no tienen para la Iglesia romana y para su augusto Jefe mas que expresiones de respeto, admiracion y alabanza. Por las bóvedas de Westminster resuenan cada dia los generosos acentos que prestan homenaje á la verdad católica y hacen justicia acerca de las insolencias habituales y hoy ya insoportables de los antiguos sectarios. Ora, pues, al considerar esta marcha de las cosas, ¿cómo dudar de la verdad de la

profecía que un gran genio (el Conde de Maistre) hizo al principio de este siglo: de que «antes de rematar se celebrará la misa en *San Pablo de Londres?*» Y si lo fuere en *San Pablo de Londres*, ¿quién es capaz de decir en cuantas otras iglesias de los vastos dominios de la Inglaterra se celebrará en igual día? La corona británica domina sobre unos ochenta millones de súbditos entre todo el mundo. Pues bien: á esta enorme masa de hombres de diversos idiomas y religiones, les ha abierto O'Connell las puertas de la verdadera Iglesia y asegurado para siempre la libertad de hacerse católicos, solo con vindicar esta libertad para la Irlanda. ¿Quién es capaz de medir toda la importancia de este suceso? Cuando O'Connell no hubiese conseguido otro, este solo bastaría para asegurarle un rango eminente, una gloria del todo especial en los anales del apostolado católico.

Ved, efectivamente, los preciosos resultados que produce en todas las dependencias de aquel vasto imperio la fe católica, emancipada en la madre patria. Por todos los parajes donde ondea el pabellon de la Gran Bretaña la fe de la Irlanda, á la sombra de la libertad, despliega una fuerza y majestad á que nada resiste. El soldado irlandés, el sacerdote, el misionero irlandés son objeto de un particular respeto por parte de los que mandan en aquellas comarcas en nombre de Inglaterra. La religion católica ya no tiene mas enemigos que los metodistas, secta en que se han concentrado todos los sentimientos bajos, todos los instintos crueles de la herejía. Las demás sectas sienten la superioridad de la accion católica para convertir y civilizar á los pueblos, y la tributan justos homenajes. La Iglesia, una vez libre, se fortifica incesantemente en aquellas inmensas regiones, se extiende, triunfa.

Una tal revolucion, la mas grande despues de la que obró en el mundo el Cristianismo naciente, una revolucion tan preciosa por sus principios, medios y resultados, Dios la ha obrado por la mano de un solo hombre: Daniel O'Connell es, despues de Dios, ese hombre en quien redunda la gloria.

¿Qué diré de los efectos que la emancipacion de Irlanda ha producido en el protestantismo inglés? Los mas profundos polítics hicieron de la Gran Bretaña una prediccion mientras se pleiteaba esta gran causa de la emancipacion, á saber: que la emancipacion de la Iglesia católica seria la destruccion del Protestantismo. Aquella profecía tiende á su cumplimiento con una rapidez asombrosa. El Protestantismo no vivia mas que de leyes de excepcion; no se en-

contraba seguro sino á la sombra de la intolerancia y tiranía. Privado de estos dos espantosos auxiliares, abandonado á su flaqueza y viciado por el error, no puede ya sostenerse.

Por esto es que el orangismo espirante, en los accesos convulsivos de su agonía vuelve hácia el trono inquietas miradas, é implora con estertorosos gritos la anulacion del *bill* de emancipacion. Por esto al gazmoño anglicanismo le mete grima el otorgar á la Irlanda el complemento de su libertad. Por esto las universidades protestantes, esos baluartes del error, fundadas segun decian para salvar el principio del libre exámen, primera base del Protestantismo, castigan con la destitucion y el ostracismo el noble valor de quien, convencido con la ayuda del libre exámen, cree y confiesa que la religion católica es la única verdadera.

O'Connell, pues, emancipando la Iglesia católica en Inglaterra, ha dado con solo esto al protestantismo inglés un golpe del cual no puede levantarse. Este horrible escándalo del reinado cristiano, este monstruoso engendro del espíritu de lujuria unido al espíritu de codicia y orgullo, está á punto de espirar: ¡es que el brazo poderoso de O'Connell le ha herido en el corazon con la espada de la libertad!

Empero el protestantismo inglés está con secretos lazos unido con el protestantismo suizo y el protestantismo alemán: esta alianza es la que constituye su fuerza, su autoridad y su esperanza. La Inglaterra está al frente del Protestantismo, como la Francia está al frente del Catolicismo en todo el universo. Por consiguiente, cuando nuestro Apóstol ha herido de muerte al Protestantismo en Inglaterra, preparado ha su caída en el mundo.

Y no son estos solos los triunfos que O'Connell haya dado á la Iglesia por medio de la libertad. El principio de independencia de la Religion en órden al poder civil ha sido en nuestros dias proclamado por vez primera por la filosofía irreligiosa del último siglo con la intencion infernal de dañar á la verdadera Iglesia. Aquella filosofía, partiendo del funesto principio de que la Iglesia católica es una institucion puramente humana sin vida ni fuerza propia y sin que pueda subsistir á no ser con el apoyo de los tronos, creyó que, si llegaba á prevalecer la doctrina de la independencia de la Religion, ó sea, de la separacion de la Iglesia y del Estado, despojada la Iglesia del socorro de este, y batida en brecha por la ciencia y por todas las pasiones humanas, debería caer irremisiblemente. Mas ¡oh cálculos tan insensatos como ímpios! ¡oh admirable eco-

nomía de la providencia de Dios acerca de su Iglesia! Ved abí diez y ocho siglos que la Iglesia está declarando al poder civil que ninguna jurisdiccion él tiene sobre la conciencia y sobre la fe; diez y ocho siglos que está luchando contra el poder por su independencia y libertad. La incredulidad, por tanto, predicando esta misma doctrina, ha usado el lenguaje de la Iglesia; ha empleado su elocuencia en defenderla mientras se creia atacarla; ha sido divinamente inspirada; ha servido, sin conocerlo, á los designios de Dios sobre la Iglesia. El jumento de Balaan ha hablado el lenguaje de la inteligencia; el impostor, lleno del espíritu del infierno, levantado ha la voz por los intereses del cielo; Caifás ha profetizado; Judas ha predicado el Evangelio; el ángel apóstata se ha expresado como el Ángel de Dios; los mismos enemigos de la Iglesia han proclamado la verdadera necesidad de la Iglesia, el verdadero principio al cual va vinculado el éxito de su fuerza regeneradora, su propagacion, su triunfo.

Sabido es, sin embargo, de qué modo la filosofia incrédula, constituida en el poder, ha puesto en práctica aquella doctrina de la *libertad de conciencia* que ella misma habia proclamado. Sabido es como, bajo su imperio, fue á cualquiera permitido ser jansenista, cismático, hereje, ateo, deista; pero ¡ay de aquel que, tomando por lo sério esa libertad de conciencia, se decidia á declararse católico! La guillotina estaba perenne y el verdugo siempre en su puesto para ajusticiarlo. Hé aquí por qué la doctrina de la *libertad de conciencia* no excitaba mas que el horror de unos, las sospechas de otros, no contando partidarios sino entre los incrédulos é indiferentes. Pero desde que tomó su defensa O'Connell, desde que hizo de ella una verdad cuando no era mas que una horrible mentira, desde que la proclamó con su voz poderosa y la revistió del prestigio de su autoridad, desde que la profesó con tanta sinceridad, la puso en accion con tanto valor, la hizo útil con tanto éxito y la purificó, en cierto modo, de las manchas con que los labios de la impiedad la habian profanado pronunciando su nombre, desde que, en fin, la bautizó, santificó é hizo servir al triunfo de la verdadera Religion en su patria; muy luego esa doctrina, que hasta entonces permaneciera escondida en algun oscuro rincon de Francia ó Alemania, ha retumbado cual eco sonoro en toda la Europa, ha invadido las universidades, se ha introducido en los gabinetes, ha penetrado en el santuario, y solo funesta para la here-

jía y el error, ha producido ó preparado á la verdad los mas brillantes triunfos.

En efecto, ante esta doctrina y la libre discusion por consiguiente en materias de religion, en los países donde la verdadera Religion se halla rodeada de sectas erróneas, todas las nuevas sectas religiosas, nacidas del orgullo y voluptuosidad como de la corrupcion los gusanos, mueren, por así decirlo, al nacer; y mientras la herejía y la incredulidad ven de dia en dia sacada á plaza su verdadera índole, la verdad católica, saliendo de sus luchas mas fuerte y rebosando vida, ve de uno á otro dia doblarse el número de sus discípulos. ¡Ella sola saca provecho de la libertad, bajo cuyos golpes se temia verla sucumbir! Así que, puede con mas razon decirse de la libertad lo que se ha dicho de la ciencia: que es un disolvente que descompone todos los metales, á excepcion del oro. Realmente, la libertad disuelve y pulveriza todas las religiones, á excepcion de la verdadera. Y, si esto no fuese cierto, si no fuese evidente, si la libertad, que es uno de los mas grandes atributos de Dios, no conviniese á la religion de Dios; no oiríais hacer con tanta seguridad su elogio desde lo alto de esta cátedra sagrada que no debe defender sino lo que es verdadero, santo y divino.

Con esta arma en la mano el racionalismo aleman rehusa atrevidamente someterse al culto oficial de la Prusia, y, negando al poder civil toda competencia para imponer símbolos é interpretarlos, destruye los últimos reparos del edificio de Lutero, y trabaja por la entera libertad de los católicos. Con esta arma la democracia de Ginebra, combatiendo las pretensiones intolerantes y la jurisdiccion doctrinal de los ministros de la herejía, abate la impiedad de Calvino en la metrópoli de su imperio, y prepara en ella la libertad del Catolicismo. Con esta arma la diplomacia europea bate en brecha la intolerancia musulmana de Constantinopla y el sombrío paganismo de la China, y abre las puertas á la libre predicacion del Evangelio. Con esta arma, en fin, se hacen fuertes y á ella recurren los fieles, los sacerdotes, los obispos de la Iglesia católica en España, Portugal, Francia, Bélgica, Holanda y en muchas comarcas de la Alemania.

Esta es el arma que manejan hoy dia con una confianza igual á los temores que en un principio les inspiraba, para conseguir la independencia de que tiene necesidad la Iglesia, y que un liberalismo hipócrita se obstina en negarles. Contienen el poder civil tentado

de forjar nuevas cadenas para la Iglesia, y le obligan á destrizar las antiguas. Sí: la causa de la verdadera Religion, una vez transportada por el genio de O'Connell al vasto terreno de la libertad, agitada en el gran dia de la publicidad, ya no puede perecer; sus derechos no pueden ya ser impugnados; sus legítimos progresos, sus conquistas no pueden ya ser detenidas.

En vano, pues, se lisonjean ciertos Gobiernos de poder todavía dominar la Iglesia ó en la Iglesia. Desde que el grande apostolado de O'Connell ha hecho del principio de la *independencia de la Religion en órden al Estado* un dogma universal; desde que lo ha persuadido á todos los entendimientos, grabado en todos los corazones, y hecho adoptar y gustar por los mas celosos y piadosos de entre los pastores de la Iglesia; este principio no puede ya perecer ni caer en olvido: adquirirá fuerza por medio de la misma resistencia que se le querrá imponer, triunfará de todos los obstáculos, y hará triunfar la Religion.

Y ¡ay! ¡ay de los Gobiernos que creyesen todavía poder imponer un despotismo religioso al siglo XIX despues de la gran revolucion que se ha obrado en las ideas! Los emperadores que, al hacerse cristianos, no quisieron conocer al Cristianismo y pretendieron continuar ejerciendo el despotismo pagano sobre la Iglesia cristiana, fueron abandonados de la Iglesia. Cayeron en todas las bajezas que hicieron dar á sus reinados el título de *Historia del Bajo Imperio*, y desaparecieron de la escena política del mundo sin herederos ni sucesores. La Iglesia, que no desdeña sino que busca, que no desprecia sino que acoge y santifica todo lo que tiene fuerza y vida, se volvió entonces hácia la barbarie, cuyas manos habian hecho justicia de las miserias y faltas del imperio romano: ella lava su cabeza con un poco de agua, unta su frente con un poco de aceite, y hace el milagro de la monarquía cristiana. Si, pues, un dia los sucesores de los jefes bárbaros, dejándose penetrar por el elemento pagano esencialmente despótico, renuncian al elemento cristiano, esencialmente liberal, porque es todo caridad, y no quieren comprender la doctrina de la libertad religiosa de los pueblos y de la independencia de la Iglesia, que constituye la seguridad y gloria de sus antecesores; la Iglesia sabrá bien aun esta vez pasarla sin ellos: volverá á la democracia; bautizará á esta heroína salvaje; la hará cristiana como hizo ya cristiana á la barbarie; imprimirá sobre su frente el sello de su consagracion divina, y le dirá: *¡reina!* y ella reinará. Sí: los Gobiernos no tienen apoyo, salvacion,

defensa, probabilidad de duracion sino dando á la Iglesia la libertad que le pertenece, sino tratando y respetando á los pueblos como á hijos de Dios.

¡Cuál fue, pues, el puro júbilo que inundó el corazon de O'Connell al ver con sus propios ojos las señaladas ventajas, gloriosos triunfos, garantías de triunfos mas gloriosos todavía para el porvenir que á la verdadera Religion preparado habian su celo inteligente, sus doctrinas, sus sentimientos generosos! Pero ¡qué extremado fue su regocijo religioso cuando vió que la mano de Dios habia elevado y colocado sobre la cátedra de san Pedro al adorado Pio IX, á esta alma grande capaz de comprender todos los instintos y necesidades religiosas del siglo, este corazon grande tan deseoso de satisfacerlas! Porque él comprendió muy bien que el tan privilegiado y querido genio de Pio IX marcharia con paso firme y seguro por el camino que habia abierto O'Connell; que asiria y manejaría con igual inteligencia y valor el arma poderosa que O'Connell habia resucitado; que llenaria sobre un plan mas vasto y con mas grandes resultados, pues posee una autoridad divina, á lo que O'Connell no habia hecho mas que dar comienzo, el triunfo de la fe católica y de la Iglesia católica por medio de la libertad.

Así que, ha podido repetir con el anciano Simeon: Ahora, Señor, enviadme á gozar la paz de la tumba. Ya hoy muero gustoso: mis ojos han visto lo que mi corazon deseaba, pero que yo me creia indigno de ver: han visto cumplida vuestra promesa de preparar para las grandes necesidades los grandes socorros: han visto la Iglesia confiada por vuestras manos á manos inteligentes, capaces de gobernarla: el mundo tiene un corazon grande capaz de salvarlo. *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace. Quia viderunt oculi mei salutare tuum.* ¡Oh! ¡grande astro, que ha empezado á brillar en el Vaticano! ¡Oh! ¡gran lumbrera de Dios, que él avivará y hará lucir sobre las naciones! ¡Oh! ¡á qué encumbramiento de gloria comenzais hoy á elevar á vuestro pueblo, al verdadero Israel, á vuestra santa Iglesia! *Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuæ Israel.*

Ved ahí por qué, ganoso de inclinarse bajo este astro divino y presintiendo cercano su fin, quiso venir á depositar á los piés de este heroico representante de Dios sus mortales despojos. ¡Ah! ¡el alma de un O'Connell parecia muy digna de ser, por manos de un Pio IX, transmitida á la puerta del cielo y depositada en el seno de la misericordia de Dios! Ved ahí por qué él hizo voto de empen-

der una peregrinacion hácia esta ciudad santa, metrópoli del imperio de Jesucristo en la tierra, origen de los consuelos del corazon, patria universal, lugar de descanso acá abajo para todos los que han tenido la dicha de renacer para Dios por el Bautismo... La muerte vino á sorprenderlo en Génova, caminando hácia Roma. Mas no : yo me equivoco : no fue sorprendido por la muerte. Yo mismo he visto y tenido en mis manos el precioso ejemplar de la obra de san Alfonso de Ligorio intitulado : *Preparacion para la muerte*, de que él hacia uso, con notas de su propio puño : prueba evidente de que en medio de las mayores agitaciones de su vida se preparaba siempre para la muerte, y de que arreglaba su accion en el tiempo á la luz sincera de las grandes máximas de la eternidad. Ved ahí por qué, lleno de aquel valor, de aquella santa sinceridad que inspira al verdadero cristiano una vida pasada en la fidelidad á las prácticas y en el celo por la gloria del Cristianismo, vió sin temor acercarse la muerte, inclinó sin repugnancia la cabeza bajo sus decretos : *Spiritu magno vidit ultima*. Pidió y recibió los últimos Sacramentos con la humildad de un niño y el fervor de un santo. Repitiendo á menudo la tierna oracion de san Bernardo : *Memorare ó piússima Virgo*, rezando los Salmos, renovando á cada instante actos de contricion, esperanza y amor, pronunciando los tan dulces nombres de Jesús y María, fue como se apagó aquella voz enérgica que habia estremecido al mundo, y como voló aquella alma grande que habia excitado la admiracion de la tierra. Y como quiera que no le fue dado venir en persona á Roma, ha venido á lo menos en espíritu, y con el corazon murió aquí. Porque sus últimas disposiciones fueron estas palabras : « Mi cuerpo en Irlanda ; mi corazon « en Roma ; mi alma en el cielo. »

¡ Disposiciones, legados admirables ! ¿ Puede imaginarse algo de mas sublime y á la vez mas piadoso que semejante testamento ? Irlanda es la patria ; Roma es la Iglesia ; el cielo es Dios. Dios, pues, la Iglesia, la patria, esto es, la gloria de Dios, la libertad de la Iglesia, la dicha de la patria, hé aquí los grandes fines de sus acciones, hé aquí los nobles objetos, los objetos únicos de su amor ! Ama á su patria, por esto le deja su cuerpo : pero ama aun mas á la Iglesia ; por esto le lega su corazon : pero ama á Dios aun mas que á la Iglesia ; por esto le da, le remite su alma. Á Dios le ama por sí mismo ; á la Iglesia, por referencia á Dios, porque es divina ; á la patria, por referencia á la Iglesia, porque es católica. Hé aquí el orden de sus amores ; hé aquí el fondo de su ser ; hé aquí el ca-

rácter de su alma; hé aquí la economía de toda su conducta; hé aquí la historia de su vida; ¡hé aquí á O'Connell fielmente pintado por O'Connell! ¡hé aquí el testamento del verdadero grande hombre, del verdadero filósofo, del verdadero ciudadano, del verdadero cristiano! ¡Feliz quien, muriendo, puede así disponer de sí mismo con tanta razon, confianza y verdad!

Pero notad todavía que la patria es la libertad; que la Iglesia es la Religion, y que Dios es el lazo que une la patria y la Iglesia, la Religion y la libertad. Por tanto Daniel O'Connell, legando su cuerpo á la patria, su corazon á la Iglesia, su alma á Dios, ha demostrado que, en este gran genio, el amor de la patria y de la libertad estaba unido con el amor de la Religion, pero por Dios, en Dios y con Dios.

Aprovechémonos, pues, de tamaña leccion, dada con tan magnífico ejemplo por un hombre tan grande y que tan bien ha merecido de la Iglesia, de la patria y de la humanidad. Y, ya que O'Connell, ciudadano cristiano, ha dotado su patria con la libertad buscando auxilio en la Religion, y, cristiano ciudadano, hace triunfar la Religion por medio de la libertad; tampoco nosotros separemos *lo que está unido por Dios y en Dios*, la verdadera libertad de la verdadera Religion.

Tal es, por otra parte, hoy dia el estado de las opiniones y sentimientos de los pueblos de Europa, que la libertad nada puede hacer sin la Religion, como ni la Religion sin la libertad; tal, que los enemigos de la Religion son los verdaderos enemigos de la libertad, como los enemigos de la libertad son los verdaderos enemigos de la Religion. Quien dice religion sin libertad, dice una institucion humana; quien dice libertad sin religion, dice una palabra infernal. La Religion sin la libertad pierde su dignidad; la libertad sin la Religion pierde todo su atractivo. La Religion sin la libertad cae en el envilecimiento; la libertad sin la Religion viene á parar en anarquía. La libertad quita á la Religion lo que ella puede tener de humillante para la conciencia; la Religion despoja á la libertad de lo que esta tiene de salvaje. La libertad hace mas bella la Religion, como la belleza hace mas cara la virtud; la Religion conserva la libertad, como la sal impide la corrupcion.

Mas, estas ideas y sentimientos ya las teneis, ó romanos, en la mente y corazon. Anteayer me oísteis combatir todos los errores y proclamar todas las verdades de la ciencia social; abogar por la causa del orden y condenar la sedicion; usar en favor del trono un

lenguaje tanto menos sospechoso, cuanto mas libre y lejano de la adulacion; hacer el elogio de la libertad, pero de aquella libertad que tiene por cimiento y apoyo la Religion. Vosotros me aplaudís tanto como lo permitia el respeto debido á un lugar santo.

Habeis hecho así una pública confesion; habeis demostrado del modo mas evidente y solemne que no sois tales como quisiera haceros parecer una voz calumniadora. No, no sois enemigos del trono pontificio, de los eclesiásticos y del orden: amais una libertad honrada, pero amais tambien la soberania del Jefe de la Iglesia y de la Religion. Sí: del mismo modo que el grande Pontífice que nos gobierna es incapaz de burlarse de vosotros; vosotros sois incapaces de olvidar la fidelidad que le debeis. La doblez y la revuelta son cosas demasiado viles para hallarse en corazones tan nobles y generosos como los de un Pío IX y del pueblo romano.

Ya no me resta mas que exhortaros á permanecer siempre firmes en vuestras disposiciones actuales, y deciros:

Mostrémonos fieles discípulos de la verdadera Religion amando la verdadera libertad, y mostrémonos dignos de la libertad con la práctica sincera de la verdadera Religion. Hagamos de la libertad la auxiliaria de la Religion, y tomemos la Religion por tutora de la libertad. Dejemos para el *oscurantismo* una religion servil, y para la *anarquía* una libertad incrédula. Seamos ciudadanos cristianos, y cristianos ciudadanos; alleguemos al amor del pueblo el amor de la Iglesia, y el amor de la libertad al amor de la Religion. Caminando de este modo por los caminos anchos y seguros del gran cristiano y del gran ciudadano, por cuya alma hoy rogamos y cuya memoria honramos, serémos asociados á la eterna recompensa de que estará él gozando en el cielo; tendremos en la tierra la gloria de merecer bien de la patria y de la Religion, y tambien de nosotros podrá decirse: *Liberavit gentem suam à perditione, et in diebus suis corroboravit templum.* Así sea.

CONFERENCIA

SOBRE

LAS VENTAJAS Y LOS DEBERES

DE LA VIDA RELIGIOSA.

Punto primero.

1. El mundo entero nada es, porque todo lo que consta de medida debe tener fin. El cielo que nos cubre con su inmensa bóveda es como una tienda, según la comparación de la Escritura ¹: se levanta por la tarde para el viajero, y quita por la mañana. ¿Cuál deberá ser nuestra vida y nuestra conversacion en este mundo, dice un Apóstol ², cuando sabemos que esos cielos que vemos y esta tierra que nos sostiene han de ser consumidos por el fuego? El fin de todo se acerca; ved ahí que ya viene, y ya casi ha llegado. Todo eso que parece tan sólido solo es una imagen vana y una figura que pasa, cuando se quiere gozar de ella, y una sombra fugitiva que desaparece. *El tiempo es corto*, dice san Pablo ³ hablando á las vírgenes: *es necesario, pues, usar de este, como si no usásemos de él*; no usar de él sino por la verdadera necesidad, usar sóbriamente sin gozar, usar como de paso sin detenerse en él. Es, pues, un error lamentable imaginar que se sacrifica demasiado á Dios cuando se deja el mundo por él; cuando al dejarlo solo renunciamos á una ilusion pernicioso y á males verdaderos ocultos bajo una falsa apariencia de bienes. ¿Se pierde por ventura un apoyo cuando se arroja una caña cascada que, lejos de sostenernos, nos heriria la mano, si quisiésemos apoyarnos en ella? ¿Se necesita mucho valor para huir de una casa que se está cayendo y que amenaza envolvernos en su ruina? ¿Qué se deja, pues, al dejar el mundo? Lo que deja aquel que despierta de un sueño lleno de desvarios. Todo lo que se ve, lo que se toca, lo que se cuenta y se mide por el tiempo no es mas que una sombra del ser. Apenas principia á ser, cuando deja de existir: nada, pues, se sacrifica á Dios cuando se le sacrifica la naturaleza entera; solo se le da la nada, la vanidad y la mentira misma.

¹ Job, xxxvi, 29. — ² II Petr. iii, 10, 11. — ³ I Cor. vii, 29, 31.

2. Además este mundo tan vano y tan frágil es engañoso, ingrato y lleno de traicion. ¡Oh cuán dura es su servidumbre! ¡Hijos de los hombres, cuánto no os cuesta lisonjearlo, tratar de agradarle y mendigar sus pequeños favores! ¡Cuántas contradicciones, cuántas alarmas, cuántas bajezas, cuántas debilidades para llegar á eso que no os avergonzáis de llamar honores! ¡Qué estado tan violento para los que se esfuerzan en llegar á él y aun para los mismos que ya han llegado! ¡Cuánta pobreza positiva en una abundancia aparente! Todo en él destruye el corazón, aun la esperanza misma de que parecía alimentarse. Los deseos se envenenan; se hacen excesivos é insaciables; la envidia desgarrá las entrañas. Somos desgraciados, no solo por nuestra propia desventura, sino también por la prosperidad de otros: no nos satisface lo que poseemos; por el contrario nos entristece aquello que no poseemos. La experiencia de la vanidad de lo que se tiene no apaga jamás el deseo de adquirir lo que se sabe, bien que es tan vano y tan incapaz de hacernos dichosos como lo que ya tenemos. No nos es posible contentar nuestras pasiones ni tampoco vencerlas. Sentimos su tiranía, y no queremos vernos libres de ella.

3. ¡Oh! si yo pudiera traer al mundo entero á los claustros y á la soledad, yo arrancaría de su boca una confesion de su miseria y de su desesperacion. ¡Ay! si se estudia el mundo de cerca en su estado normal, solo se oyen en todas las casas gemidos y lamentos de corazones oprimidos. El uno es víctima de una desgracia que le arrebatá el fruto de los trabajos de tantos años, y que pone su paciencia á prueba; el otro sufre disgustos y contradicciones amargas; este pierde, el otro teme perder; el uno no tiene lo bastante, el otro se halla en un estado violento. El tédio los persigue á todos aun en medio de los espectáculos, y en los mas ruidosos placeres confiesan que son miserables. No se necesita mas que el mundo mismo para enseñar á los hombres cuán digno es de desprecio.

4. Mas en tanto que los hijos del siglo hablan así, ¿cuál es el lenguaje de aquellos que deben ser los hijos de Dios? ¡Ay! ellos conservan una estimacion y una admiracion secreta por las cosas mas vanas, que el mundo mismo, á pesar de lo vano que es, no puede menos que despreciar. ¡Oh Dios mio! arrancad del corazón de vuestros hijos ese maldito error. Yo he visto á personas buenas y sinceras en su piedad que, faltas de experiencia, estaban deslumbradas con un falso brillo; ellas estaban admiradas de ver á ciertas otras condecoradas con los honores del siglo; decidles: no

somos dichosas. Esta verdad se les hacia nueva, como si el Evangelio no se la hubiera revelado; como si su renuncia del mundo no hubiera debido fundarse en una plena y constante persuasion de su vanidad. ¡Oh Dios mio! el mundo con el lenguaje mismo de sus pasiones da testimonio á la verdad de vuestro Evangelio que dice: *¡Desgraciado del mundo* ¹! ¡Y vuestros hijos no se ruborizan de manifestar que el mundo tiene todavía algo de dulce y agradable para ellos!...

5. El mundo no solo es frágil y miserable, es tambien incompatible con los verdaderos bienes. Esas penas que le vemos sufrir son para él principio de los dolores eternos. Como los gozos celestiales se forman poco á poco desde esta vida en el corazon de los justos, donde está el reino de Dios, los horrores y la desesperacion del infierno se forman tambien poco á poco en el corazon de los hombres profanos que viven léjos de Dios. El mundo es un infierno ya comenzado: todo en él es envidia, furor, odio de la verdad y de la virtud, impotencia y desesperacion de apaciguar su propio corazon y de saciar sus deseos. Jesucristo vino del cielo á la tierra á lanzar su anatema sobre este mundo impío, despues de habersacado de él á sus escogidos. *Dios nos ha arrancado*, dice san Pablo ², *del poder de las tinieblas, para trasladarnos al reino de su muy amado Hijo*. El mundo es el reino de Satanás, y las tinieblas del pecado cubren esta region de muerte. *¡Desgraciado del mundo*, por causa de sus escándalos ³! ¡Ay! los mismos justos se han conmovido. ¡Oh cuán formidable es este poder de las tinieblas que ciega á los mas perspicaces! Este es un poder que encanta á los espíritus, que los seduce, que les oculta la verdad, aun despues que la han creído, que la han conocido y la han amado. ¡Oh poder terrible que propaga el error, que hace que no se vea ya lo que antes se veía, que se tema de volverlo á ver, y que se tenga una complacencia en las tinieblas de la muerte! Hijos de Dios, huid de este poder; él lo encadena todo, él tiraniza y arrebatá los corazones. Escuchad á Jesucristo que grita ⁴: *No se puede servir á dos señores*, Dios y el mundo. Escuchad á uno de los Apóstoles que añade ⁵: *Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemiga de Dios?* Nada de medio; ninguna esperanza de encontrarlo: es abandonar á Dios y renunciar su amor amar á su enemigo.

6. Mas al renunciar al mundo ¿es necesario renunciar todo lo

¹ Matth. xviii, 7. — ² Colos. i, 13. — ³ Matth. xviii, 7. — ⁴ Ibid. vi, 24.
— ⁵ Jacob. iv, 4.

que el mundo da? Escuchad aun al apóstol san Juan que dice ¹: *No ameis al mundo ni á las cosas que están en el mundo*; ni á él, ni á lo que le pertenece. Todo lo que él da es tan vano, tan corrompido y tan emponzoñado como él. Pero qué, ¿es necesario que los cristianos vivan en una renuncia tal? Escuchaos al menos á vosotros mismos, si no escuchais á los Apóstoles. ¿Qué habeis prometido en vuestro bautismo para entrar, no en la perfeccion de una Orden religiosa, sino en el Cristianismo y en la esperanza de la salvacion? Vosotros habeis renunciado á Satanás y á sus pompas. Notad cuáles son esas pompas: las de Satanás no se distinguen de las del siglo. Las del siglo, que muchas veces se creen inocentes, son, segun vosotros mismos, las de Satanás; y vosotros habeis prometido detestarlas. Esta promesa tan solemne, que os ha introducido en la sociedad de los fieles, ¿no será una farsa y una irrision sacrílega? La renuncia del mundo y la detestacion de sus vanidades es, pues, necesaria para la salvacion de todo cristiano. Y aquel que deja el mundo ¿qué hace además? Se aleja de su enemigo, aparta los ojos por no ver lo que aborrece: se abstiene de andar en contestaciones con su enemigo, con quien no puede hacer tregua ni paz. ¿Y es este un sacrificio tan grande? ¿No es mas bien un gran consuelo, una agradable seguridad y una paz que se deberia buscar por sí misma desde el momento en que se desea ser cristiano y no amar lo que Dios condena? Cuando no se quiere amar á Dios; cuando no se quiere amar mas que á sus pasiones, y entregarse á ellas sin religion, por esa clase de desesperacion de que habla san Pablo ², yo no me admiro jamás de que se ame el mundo y se busque; mas cuando se cree en la Religion, cuando se desea permanecer en ella, cuando se teme la justicia de Dios, cuando se teme al amor propio y desconfia de la propia fragilidad, ¿puede temerse dejar el mundo? Desde que se desea conseguir la salvacion, ¿no se encuentra mas seguridad y mayor número de auxilios y de consuelos en la soledad?

7. Dejemos, pues, por un momento todas las miras de una perfeccion sublime; no hablemos mas que de amor de la salvacion, de interés propio, de dulzura y de paz desde esta vida. ¿Dónde estará este mismo interés temporal para una alma en quien no se ha extinguido totalmente la religion? ¿Dónde se encontrará esta paz sino léjos de un mar tan borrascoso, que no deja ver por todas par-

¹ I Joan. II, 13. — ² Ephes. IV, 19.

tes mas que escollos y naufragios? ¿Dónde podrá encontrársela sino léjos de los objetos que inflaman los deseos, que irritan las pasiones, que emponzoñan los corazones mas inocentes, que revelan todo lo que hay de mas malo en el hombre, y quebrantan las almas mas firmes y mas rectas? ¡Ay! yo veo caer los cedros mas altos del Líbano, yo corria delante del peligro y temia ponerme al abrigo de la tempestad! ¿No es esto ser enemigo de sí mismo, despreciar la salvacion y la paz; en una palabra, amar su perdicion y convertirla en una turbacion continua?

8. En vista de esto, ¿debe causar admiracion que san Pablo exhorte á las vírgenes á que permanezcan libres ¹, sin tener otro esposo que el Esposo celestial? Él no dice: para que os dediqueis á una oracion mas eminente; sino para que no esteis en una desventurada division entre Jesucristo y el esposo mortal, entre los ejercicios de la Religion y los cuidados de que no puede garantizarse el que vive en la esclavitud del siglo; con el fin de que podais *orar sin intermision*; es porque vosotros tendríais, dice, en el matrimonio *las tribulaciones de la carne, y yo quisiera evitáros las; es porque yo quisiera veros libres de todos los impedimentos*. Á la verdad, este no es un precepto; porque esta palabra, como dice Jesucristo en el Evangelio ², no puede ser comprendida por todos. Mas ¡dichosos, dichosos, repito, desde esta vida aquellos á quienes es dado comprenderla, gustarla y seguirla! Este no es un precepto, sino un consejo del Apóstol lleno del espíritu de Dios: este es un consejo que no todos tienen el valor suficiente para seguirlo, mas que él da á todos en general, para que lo sigan aquellos á quienes Dios infunda en el corazon el deseo y la fuerza necesaria para seguirlo.

9. De ahí nace que al abrir los libros de los santos Padres no encuentro yo otra cosa, aun en los sermones predicados al pueblo en general, que exhortaciones vehementes para conducir á los cristianos á la soledad. Así es que san Bernardo hace un sermón expresamente para invitar á todos los cristianos á la vida solitaria. San Gregorio Nazianceno, san Juan Crisóstomo, san Jerónimo, san Ambrosio, el Oriente, el Occidente, todo resuena con las alabanzas del desierto y de la huida del siglo. Yo veo tambien en la Regla de san Benito que no temia consagrar á los niños antes que tuviesen uso de razon. Los padres, sin miedo de tiranizarlos, creian poder consagrarlos á Dios desde la cuna. Vosotros os admirais, vos-

¹ I Cor. vii, 25 et seq. — ² Matth. xix, 11.

otros que advertís una diferencia tan grande entre la vida de los cristianos que permanecen en medio del siglo, y la de las almas religiosas consagradas á la soledad; mas sabed que entre aquellos verdaderos cristianos que solo miraban el mundo con horror habia poca diferencia de la vida penitente y recogida que tenian en su casa á la que se observaba en un desierto. Si habia alguna diferencia, consistia en que miraban como mas dulce, mas fácil y mas seguro despreciar el mundo desde lójos que desde cerca. No se creia, pues, perjudicar á la libertad de los hijos, en razon á que ellos debian, como cristianos, no tomar parte alguna en las pompas ni en los goces del mundo: era evitarles tentaciones y prepararles una dichosa paz, sepultarlos vivos en una santa sociedad con los ángeles de la tierra.

10. ¡Oh amable sencillez de los hijos de Dios que ningun cuidado tenian con las cosas de este mundo! ¡Oh práctica estupenda, y que solo es desproporcionada á nuestras costumbres, porque los discípulos de Jesucristo no saben ya lo que es llevar su cruz con él! ¡Desgraciado, desgraciado del mundo! No causa ya rubor ser cristiano, y querer gozar de su libertad para gustar del fruto prohibido y para amar el mundo que Jesucristo detesta. ¡Oh debilidad vergonzosa, que estaba reservada para la consumacion de la iniquidad en los últimos siglos! Se ha olvidado ya que ser cristiano y no pertenecer á este mundo es esencialmente la misma cosa. ¡Ay! ¡cuándo os volverémos á ver, dias hermosos, dias felices en que todas las familias cristianas, sin dejar sus casas ni sus trabajos, vivian como las comunidades mas observantes! Sobre tales modelos se fundaron nuestras comunidades. Se callaba, se oraba, se trabajaba y se buscaba el retiro; de modo que los cristianos eran llamados hombres que huian la luz. Se obedecia al pastor y al padre de familias. No se admitia otro gozo que el de nuestra venturosa esperanza por el advenimiento del gran Dios de gloria; no habia otras reuniones que aquellas en que se escuchaba la palabra de la fe; no habia otro festin que el del Cordero, seguido de una comida de caridad; no habia otra pompa que la de las fiestas y ceremonias; no habia otros placeres que el de cantar los Salmos y cánticos sagrados; no habia mas vigiliás que aquella en que se oraba sin intermision. ¡Oh venturosos dias, cuándo os volverémos á ver! ¡Quién me diera ojos para ver la gloria de Jerusalem renovada! ¡Dichosa la posteridad sobre que vuelvan aquellos antiguos dias! Tales cristianos vivian solitarios, y convertian las ciudades en desiertos.

11. En aquellos primeros tiempos admiramos en Oriente muchos hombres y mujeres que se llamaban ascetas, esto es, ejercitantes: estos eran cristianos célibes, que seguían el consejo del Apóstol en toda su perfección. En Occidente ¡qué turba no se vería de vírgenes y de personas de todas edades y condiciones que en la oscuridad y en el silencio ignoraban el mundo y eran ignoradas de él, porque el mundo no las merecía! Las persecuciones arrojaron á los mas ásperos desiertos á los patriarcas de los anacoretas, san Pablo y san Antonio; mas la persecucion produjo menos solitarios que la paz y el triunfo de la Iglesia. Despues de la conversion de Constantino, los cristianos, tan sencillos y enemigos de todo regalo, tenían mas una paz lisonjera para los sentidos, que habían temido la crueldad de los tiranos. Los desiertos se poblaban de ángeles innumerables que vivían en cuerpos mortales sin tener apego á la tierra; las soledades desiertas florecían, y las ciudades enteras quedaban casi desiertas. Otras ciudades, como Oxyrinque en Egipto, se convertían en una especie de monasterio. Tal es el origen de las comunidades religiosas. ¡Oh! ¡cuán bello es y cuán edificante que la tierra se asemeje al cielo cuando los hombres viven en ella de esta suerte!

12. Mas ¡ay! que este fervor de los antiguos tiempos nos echa en cara la relajacion y la tibieza de los nuestros! Me parece que oigo á san Antonio que se queja de que el sol venga á turbar su oracion, que ha sido tan larga como la noche. Yo creo verle que recibe una carta del emperador, y dice á sus discípulos: Regocijaos, no de que el emperador me haya escrito, sino de que Dios nos ha escrito una carta al darnos el Evangelio de su Hijo ¹. Yo veo á san Pacomio, que caminando por las pisadas de san Antonio se hace en otro desierto el padre de una posteridad innumerable. Yo admiro á san Hilarion, que huye de país en país hasta mas allá de los mares la fama de sus virtudes y de sus milagros que le persigue por todas partes. Yo veo á un solitario que, habiendo vendido el libro de los Evangelios para darlo todo á los pobres y no poseer cosa alguna, dice: todo lo he dejado, hasta el libro que me enseña á dejarlo todo. Otro solitario (el gran Arsenio) convertido en salvaje, si me es permitido hablar así, consolaba á los demás que se quejaban de no verle nunca, y les decia: Dios sabe, Dios sabe, hermanos míos, si yo os amo; pero no me es posible estar con él y

¹ Vit. S. Anton. num. 81, apud S. Athanas. t. I, part. II, p. 835 et 836.

con vosotros. Ved aquí los hombres que Dios mostró desde lejos al mundo, desde los desiertos, para condenarle y para enseñarnos á huir de él. Salgamos de Babilonia, perseguidora de los hijos de Dios y embriagada con la sangre de los santos: apresurémonos á salir de ella antes que nos hagamos partidarios de sus crímenes y de sus plagas.

13. Yo hablo aquí delante de Dios que me ve y me oye, yo hablo en nombre de Jesucristo, que ha puesto su palabra en mi boca; yo os digo la verdad, yo os la doy pura y sin exageracion. Que el que se halla unido al mundo con lazos legítimos que la Providencia ha formado permanezca en paz; que use de él como si no usase, que viva en el mundo sin adherirse á él por placer ni por interés; mas que tiemble al mismo tiempo, que vele sin cesar, que ore y que adore los designios de Dios. Yo añado el que jamás ha buscado al mundo, pero Dios lo llama á él con señales decisivas de vocacion; que vaya, y Dios le asistirá: *Mil dardos caerán á su izquierda y mil á su derecha sin tocarle; él pisará el áspid, el basilisco, el leon y el dragon*¹: nada le dañará, con tal de que no camine sino á medida que Dios le lleve por la mano. Mas aquellos á quienes Dios no lleva ¿no deberán exponerse y arriesgarse por sí mismos? ¿Temerán alejarse de las tentaciones y facilitar su salvacion? No, no; todo el que es cristiano y libre debe buscar el retiro; todo el que quiere buscar á Dios debe huir el mundo en cuanto se lo permita su estado.

14. Mas ¿qué se debe hacer en el retiro? ¿Cuáles son sus ocupaciones? ¿Cuál deberá ser su fruto? Esto es lo que me queda que explicaros.

Punto segundo.

15. Todas las comunidades religiosas tienen tres votos que forman la esencia de su estado: pobreza, castidad y obediencia. La correccion de costumbres y la perseverancia, marcadas en la Regla de san Benito, se dirigen al mismo objeto, que es retener al hombre en la obediencia hasta la muerte. Y vosotros, señores, teneis otra obligacion añadida á estas, que es la de educar á las jóvenes. Examinemos en pocas palabras estas diversas obligaciones. Nada abate mas que la pobreza; esta es la causa por que Jesucristo, que vino á revelar las verdades ocultas desde el principio de los siglos,

¹ Psalm. xc, 7, 13.

como dice el Evangelio ¹, principia sus instrucciones trastornando la opinion del mundo acerca de la pobreza : *¡ Bienaventurados los pobres !* dice ², y en otra parte : *¡ Bienaventurados los pobres de espíritu !* Mas las dos sentencias son una misma cosa ; es decir, bienaventurados los pobres por el espíritu, por la voluntad, por el desprecio de la falsa riqueza, por la renuncia de todo bien criado, de todo talento natural, del tesoro mas apreciable y de que el hombre es mas celoso ; esto es, de la propia sabiduría y del espíritu propio. ¡ Dichoso el que se empobrece de este modo, sin retener cosa alguna ! ¡ Dichoso el que se hace pobre hasta el punto de despojarse de sí mismo ! ¡ Dichoso el que no tiene otro bien mas que la pobreza del Salvador con que se ha enriquecido el mundo, segun la expresion de san Pablo ⁴ !

16. Se promete á Dios entrar en este estado de desnudez y de renuncia ; esta promesa se hace ante las aras sagradas : mas despues de haber gustado el don de Dios se vuelve á caer en los brazos de los propios deseos. El amor propio, ávido y tímido, teme siempre por su existencia ; él se agarra á todo como una persona que se ahoga, coge todo cuanto encuentra, aunque sean zarzas y espinas, por salvarse. Quanto mas se quita al amor propio, mas se esfuerza él por tomar con una mano lo que se ha escapado á la otra ; él es inagotable en bellos pretextos ; él se repliega como una serpiente, se oculta y toma todas las formas ; él inventa mil necesidades nuevas para lisonjear su delicadeza y autorizar su relajacion ; él se indemniza en pequeño de los sacrificios que ha hecho en grande ; él se esconde en un mueble, en un vestido, en un libro, en una nada que no merece nombrarse ; él se adhiere á un empleo, á una confianza, á una señal de estimacion y á una vana amistad. Esto equivale á los cargos, á los honores, á las riquezas y distinciones que los ambiciosos del siglo persiguen. Todo lo que huele á propiedad, todo lo que hace una pequeña distincion, todo lo que adula el orgullo abatido en unos límites tan estrechos, todo lo que alimenta un resto de vida mundana, y sostiene eso que se llama *mío*, todo se busca con avidez. Se conserva, se teme perderlo, se defiende con sutileza muy léjos de abandonarlo : aun cuando los demás nos lo reprendan, no podemos nosotros resolvernó á confesarlo : somos mas celosos en este particular que un avaro lo fue jamás por su tesoro. De este modo la pobreza no es mas que una palabra, y el

¹ Matth. xiii, 35. — ² Luc. vi, 20. — ³ Matth. v, 3. — ⁴ II Cor. viii, 9.

gran sacrificio de la piedad cristiana se convierte en pura ilusion y en pequeñez de espíritu : procuramos con mas ahinco las bagatelas que los hombres del mundo los grandes intereses : somos sensibles á las mas pequeñas comodidades que nos faltan : no queremos poseer nada , mas queremos tenerlo todo , aun lo supérfluo , por poco que sea nuestro apetito.

17. No solo dejamos de practicar la pobreza , sino que la desconocemos. No sabemos lo que es ser pobre por alimento grosero , por la necesidad del trabajo , pobre por la sencillez y humildad de la habitacion y por las demás cosas de la vida. ¿Dónde están aquellos antiguos fundadores de la vida religiosa que quisieron hacerse pobres por sacrificio , como los pobres de las aldeas por necesidad ? Ellos se propusieron por modelo de su vida la de esos campestres que ganan su alimento con el trabajo , y que con ese trabajo no ganan mas que lo necesario. En esa verdadera y admirable pobreza han vivido tantos hombres capaces de gobernar el mundo , tantas vírgenes delicadas criadas en la opulencia y en las delicias , y tantas personas de las clases mas altas de la sociedad.

18. De este modo es como pueden las comunidades ser generosas , liberales y desinteresadas. En otro tiempo los solitarios de Oriente y de Egipto no solo vivian del trabajo de sus manos , sino que hacian tambien inmensas limosnas ; se veian en la mar embarcaciones cargadas de limosnas que su caridad mandaba á los pobres de otras provincias. Al presente se necesitan unas rentas muy cuantiosas para hacer subsistir una comunidad. Las familias acostumbradas á la miseria se abstienen de todo y subsisten con muy poco ; mas las comunidades no pueden vivir sin la abundancia. ¡Cuántos centenares de familias subsistirian honestamente con lo que apenas basta para sostener una comunidad que hace profesion de renunciar á los bienes del siglo para abrazar la pobreza ! ¡Qué afrenta ! ¡qué trastorno ! En esas comunidades el gasto de las enfermerías sobrepuja muchas veces al de los pobres de una ciudad entera. En ellas nos escuchamos á nosotros mismos con todo desprecio en las mas pequeñas indisposiciones ; en ellas no tenemos lugar para prevenirlas , y para estar continuamente ocupados de nosotros mismos y de nuestra delicadeza , y todo lo observamos en ellas menos una vida sencilla , pobre , activa y laboriosa. De ahí viene ese deseo escandaloso de riqueza en las casas que deberian ser pobres. El fantasma de la comunidad sirve de pretexto para encubrirlo todo : como si la comunidad fuera otra cosa que la reunion

de los particulares que han renunciado á todo, y como si el desinterés de los particulares no debiera hacer desinteresada toda la comunidad. Tratad con gente pobre, cargada de familia, y los encontraréis rectos, moderados, capaces de ceder su derecho por la paz y de avenirse fácilmente: tratad con una comunidad, y veréis como hace un punto de conciencia el trataros con rigor. Yo me avergüenzo al decirlo; yo solo lo digo en secreto y con gemidos; yo lo digo como al oído, solo por instruir á las esposas de Jesucristo; mas, en fin, es necesario decirlo ya que por desgracia es cierto: no se ven personas mas desconfiadas, mas tenaces, ni mas inflexibles en sus negocios que las que no deberían tener negocio alguno. Corazones pequeños, corazones débiles, ¿es en la escuela cristiana donde os habeis formado? ¿Es así como comprendéis á Jesucristo, que no tuvo dónde reclinár su cabeza, y que dijo, como nos asegura san Pablo ¹: *¿Es mucho mejor dar que recibir?*

19. Entrad en las casas de alto rango, penetrad en el interior de esos palacios magníficos: el exterior brilla, mas el interior no contiene mas que miseria: por todas partes se observa un estado violento: los gastos que la locura universal ha hecho como necesarios; las rentas que no llegan; las deudas que se acumulan y que no se pueden pagar; una turba de domésticos que no se sabe cómo aminorar, y de hijos que no se sabe cómo colocar: se sufre y se ocultan los sufrimientos; no solo es pobre segun condicion particular, sino pobre vergonzante y pobre injusto, que hace sufrir á otros pobres, quiero decir, á los acreedores; pobre pronto á hacer una bancarota fraudulenta. Ved aquí lo que se llama la riqueza de la tierra; ved aquí las personas que deslumbran con su brillo al resto del género humano.

20. Vírgenes pobres, esposas de Jesucristo, clavado, desnudo en la cruz, ¿osaréis compararos con esos ricos? Vosotras habeis prometido dejarlo todo; ellos hacen profesion de adquirir y de poseer los mas cuantiosos bienes. No hagais esta comparacion entre sus bienes y los vuestros, sino entre vuestras necesidades y las suyas. ¿Cuáles son vuestras verdaderas necesidades que no podais satisfacer? ¿Cuántas necesidades tienen ellos sin tener recursos bastantes para satisfacerlas!

21. Aun hay mas, y es que su pobreza es vergonzosa y sin consuelo, y la vuestra es gloriosa y os honra demasiado. Esta po-

¹ Act. xx, 35.

breza (si puede llamarse tal, pues que de nada careceis) es lo que os espanta, lo que os hace murmurar, lo que hace que lleveis con impaciencia el yugo de Jesucristo. ¡Cuán ligero y suave es este yugo que á vosotras se os hace tan pesado! ¡Cuánta comodidad es encontrarlo todo en la casa donde se habita, sin tener necesidad de salir de ella para nada, sin tener que recurrir á ninguna industria, sin estar expuesto á los golpes de la fortuna, sin estar tiranizado por la etiqueta y miramientos mundanos, sin correr riesgo de perder, sin tener necesidad de ganar, estar seguro, en fin, de no carecer jamás de nada, como no sea de lo supérfluo que da mas disgustos que placer! ¿Quién podrá lisonjearse de tener otro tanto en su casa? ¿Quién no seria mucho mas pobre en medio de esas pretendidas riquezas, que lo es, despojándose de todo, en esta casa?

22. ¡Oh Dios mio! ¿cuándo nos concederéis corazones nuevos, corazones dignos de Vos, corazones enemigos de la propiedad, corazones á quienes Vos podais bastar, corazones que constituyan su mayor placer en desprenderse cada vez mas de los bienes del mundo, como los de los ambiciosos y avaros se acostumbran á extender de dia en dia sus descos y sus posesiones? Mas ¿quién será el que se atreva á quejarse de la pobreza? ¡que venga y le confundiré! ó mas bien, ó Dios mio, instruidle, convencedle y hacedle sentir hasta en el fondo del corazon cuán dulce es ser libre por la desnudez, cuán dichoso es no poseer nada en el mundo!

23. Al voto de pobreza se junta el de castidad. Mas vosotros habeis oido al Apóstol que dice: *Yo deseo que vosotros esteis desembrazados*. Y añade: Los que contraigan el vínculo del matrimonio, *sufrirán las tribulaciones de la carne, y yo quisiera evitáros-las*¹. Vosotros lo veis, la castidad no es un yugo duro y pesado, una afliccion ó un estado riguroso: es por el contrario una libertad, una paz, una dulce excepcion de cuidados punzantes y de tribulaciones amargas que alligen á los hombres en el matrimonio. El matrimonio es santo, honorífico, sin tacha, segun la doctrina del Apóstol²; mas, segun el mismo Apóstol, hay otro camino mas puro y mas dulce, que es de la santa virginidad. Está permitido buscar un socorro á la enfermedad de la carne; mas dichoso el que no tiene necesidad de él, y puede vencerla, porque ella causa muchas penas al que solo la vence á medias.

24. Preguntad, ved, escuchad; ¿qué encontraréis en todas las

¹ I Cor. vii, 28, 32. — ² Hebr. xiii, 4.

casas, aun en los matrimonios que se creen mas felices y dichosos, sino penas, contradicciones y angustias? Ved ahí, pues, las tribulaciones de que habla el Apóstol. Él no habló en vano; el mundo habla mas aun que él. Toda la naturaleza humana está llena de sufrimientos. Dejemos tantos matrimonios llenos de disensiones escandalosas, y observemos los que nos parecen mejores y mas dichosos. Exteriormente no aparece la desgracia; mas para ello ¡cuánto es necesario que los esposos se sufran mutuamente! Los dos son igualmente razonables, si así lo quereis (cosa bien rara y que no es fácil encontrar); mas cada uno tiene su genio, sus preocupaciones, sus costumbres y sus relaciones. Por mas condescendencia que haya entre ellos, los caracteres son bastante opuestos para causar una contradiccion frecuente en una sociedad tan larga, y en la que se miran el uno al otro tan de cerca, y tan frecuentemente con todos sus defectos, en las ocasiones mas naturales é imprevistas, en las que no es posible estar preparado. Sucede al hastío el disgusto; la imperfeccion propia de la humanidad se deja sentir cada dia mas. Á cada momento se necesita sufrir, y no manifestar que se sufre. Tambien hay necesidad de hacer sufrir al prójimo, y de conocer su repugnancia. Las complacencias disminuyen, el corazon se deseca, y cada uno se convierte en una cruz para el otro: cada uno ama su cruz, yo quiero suponerlo; pero al fin es una cruz lo que se sufre. Muchas veces no permanecen unidos mas que por deber, ó por una estimacion muy poco profunda, ó por una amistad alterada y fria, que solo resucita en ocasiones muy señaladas. El trato diario tiene muy poco de dulce; el corazon no halla satisfaccion en él: es mas bien una conformidad de intereses, un lazo de honor, una union fiel, que una amistad sensible y cordial. Pero supongamos entre ellos una amistad muy viva: ¿qué sucederá? ¿cuál será su resultado? Ello causará á los dos esposos quejas, rencillas y temores. Y en fin, el uno de ellos deberá quedar inconsolable á la muerte del otro, y no hay en la humanidad dolores mas crueles que los que están preparados para el mejor matrimonio del mundo.

25. Juntad á estas tribulaciones las de los hijos indignos y desnaturalizados, ó amables, pero insensibles á la amistad, ó llenos de buenas y de malas cualidades, cuya mezcla causa el suplicio de los padres; ó, en fin, de muy buenas cualidades, y á propósito para desgarrar el corazon de sus padres, que en su vejez vean extinguirse todas sus esperanzas con la muerte prematura de sus hijos. ¿Añadiré tambien los disgustos que se sufren en la vida por los domés-

ticos, por los vecinos, por los enemigos y aun por los amigos mismos? ¿Las emulaciones, los artificios, las calumnias, los litigios, las pérdidas de bienes y las molestias de los acreedores? ¿Y es esto vivir? ¡Oh tribulaciones formidables! ¡cuán dulce es evitaros en la soledad! ¡Oh santa virginidad! ¡dichosas las castas palomas que sobre las alas del amor divino van en busca de vuestras delicias al desierto! ¡Oh almas escogidas y muy amadas, á quienes se ha concedido vivir independientes de la carne! Ellas tienen un esposo que no puede morir, en quien jamás verán ni una sombra de imperfeccion, que las ama y las hace dichosas con su amor. Ellas no tienen que temer otra cosa que no amarle lo bastante, ó amar lo que él no ama.

26. Porque es necesario saberlo, señoras, la virginidad del cuerpo no es buena, sino en tanto que forma la virginidad del espíritu; de otro modo sería reducir la Religion á una privacion corporal, á una práctica judáica. Solo es útil domar la carne para hacer el espíritu mas libre y mas ferviente en el amor de Dios. La virginidad del cuerpo solo es una consecuencia de la incorruptibilidad de un alma virgen, que no se mancha con ninguna afeccion mundana. Amad lo que Dios no ama, amad lo que él ama con distinto amor que el suyo, y ya no sois vírgenes: aunque todavía lo seais del cuerpo, no lo sois ya del espíritu. Esta flor tan bella es ajada y pisoteada. La criatura indigna, la mentira impura y vergonzosa roba al Hijo de Dios el amor que él queria solo para sí, y vosotras irritais todos sus celos. ¡Oh esposa infiel! vuestro corazon adúltero se abre á los enemigos de Dios: volved, volved á él; escuchad lo que dice san Pedro ¹: *Haced vuestra alma casta por la obediencia y la caridad*; esto es, que solo por la ley del amor, que todo lo ofrecio á Dios, es por la que puede el alma ser virgen y digna de las sagradas nupcias del Cordero.

27. Si, pues, se invita á las vírgenes á conservar esta pureza virginal, no es para exigirles mas que se exige á las demás; y aun cuando se les pidiese alguna cosa superior al comun de los cristianos, ¿no deben ellas dar á Dios á proporcion de lo que reciben de él? ¡Dichosas ellas si se las concede seguir al Cordero por donde quiera que va! Además esta virginidad celestial no es una perfeccion vigorosa que haga mas pesado el yugo de Jesucristo; por el contrario, señoras, vosotras lo habeis visto por las palabras del

¹ I Petr. I, 22.

Apóstol y por la pintura sensible de las personas que languidecen en los lazos de la carne: la virginidad del cuerpo solo es útil para hacer al espíritu vírgen y sin mancha, y para dejar al alma en una libertad mayor de dedicarse á Dios. La Iglesia desearia que todos pudiesen aspirar á este estado evangélico; ella dice, como san Pablo, á todos sus hijos ¹: Yo os amo con un amor de celos, que son los celos de Dios mismo: yo os he prometido á todos á un solo esposo, como si no formáseis todos juntos mas que una sola esposa casta; y este esposo es Jesucristo. Yo sé muy bien que no es dado á todos comprender estas verdades; mas al fin ¡dichosos aquellos que tienen oídos para oirlas y corazón para sentir las!

28. La tercera promesa que se hace al renunciar al mundo es la de obedecer toda la vida á los superiores; la obediencia, me diréis, es el yugo mas duro y mas pesado. ¿No es bastante obedecer á Dios y á los hombres de quienes naturalmente dependemos, sin establecer nuevos vínculos de obediencia? Al prometer obedecer no solo se sujeta, el que así promete, á la sabiduría y á la caridad, sino á las pasiones, á los caprichos y á los rigores de los superiores, que son hombres imperfectos, y muchas veces dominantes. Ved aqui, señoras, lo que se puede decir contra la obediencia. Mas escuchad con espíritu de recogimiento y de humildad lo que yo os voy á decir.

29. Hablando con propiedad, no es á los hombres á quien es necesario obedecer, no es á ellos á quien se debe mirar al tratar de la obediencia. Cuando ellos ejercen su ministerio con fidelidad, hacen que reine la ley; y léjos de mandar ellos, no hacen otra cosa que servir para que la ley mande. Ellos se someten á la ley como los demás; pero se hacen efectivamente servidores de los servidores. Este no es un lenguaje magnífico para encubrir la dominacion; es por el contrario una verdad que debemos entender á la letra como nos la han enseñado san Pablo y Jesucristo mismo. El superior debe servir á los demás, y no querer ser servido por ellos. Es necesario que él descienda á todas las circunstancias de sus súbditos, que se proporcione á los pequeños y se haga pequeño como ellos; que él conduzca á los débiles, que sostenga á los que se hallen en tentacion, que él sea el hombre, no solo de Dios, sino tambien de los demás hombres que está encargado de conducir; que se olvide de sí mismo, que se cuente por nada, que pierda su libertad para ha-

¹ II Cor. xi, 2.

cerse por caridad el esclavo y el deudor de sus hermanos, y, en una palabra, que se haga todo para todos. Juzgad, señoras, si este ministerio es molesto, y si os conviene, como dice el Apóstol ¹, ser causa, por vuestra indocilidad, de que los superiores lo ejerzan con angustia y con amargura.

30. Mas, me diréis, los superiores son imperfectos, y es necesario sufrir sus caprichos: esto es lo que hace la obediencia pesada. Yo convengo en que ellos son imperfectos, y pueden abusar de su autoridad; mas si abusan, tanto peor para ellos; y á vosotras solo os resultarán bienes. Lo que es un capricho en el superior con respecto á la regla de su monasterio, es para vosotras, segun los designios de Dios, una ocasion para humillaros y para mortificar vuestro amor propio demasiado sensible. El superior comete una falta; mas al mismo tiempo que él la comete, Dios la permite para vuestro bien. Por consiguiente, lo que en un sentido es la voluntad injusta y caprichosa del superior, es en otro sentido mas profundo y mas importante la voluntad misma de Dios sobre vosotras. Dejad, pues, de considerar al superior, que solo es un instrumento defectuoso de una providencia perfecta y misericordiosa; mirad solo á Dios, que se sirve de los defectos de los superiores para corregir los vuestros. No os irriteis contra el hombre; porque el hombre nada es. No os rebeleis contra el que representa el mismo Dios, y en el que todo es divino para vuestra correccion, aun los defectos con los que ejerce vuestra paciencia. Muchas veces los defectos de los superiores nos son mas útiles que sus virtudes, porque tenemos mas necesidad de morir á nosotros mismos y á nuestro propio sentido, que de ser ilustrados, edificados y consolados por los superiores sin defectos.

31. Además, ¿qué comparacion hay entre lo que se sufre en una comunidad, por las prevenciones, ó si así lo quereis por las extravagancias de los superiores, y lo que seria necesario sufrir en el mundo por un marido brusco, duro y altanero, por los hijos de mala índole, por los domésticos indóciles é infieles, por los amigos ingratos é injustos, por los vecinos envidiosos, por los enemigos artificiosos é implacables, por tantos cumplimientos enojosos y tantos negocios llenos de amargura? ¿Qué comparacion hay entre el yugo del siglo y el de Jesucristo, entre los cuidados innumerables del mundo y los de una comunidad?

¹ Hebr. xiii, 17.

32. En la comunidad la soledad, el silencio y la obediencia exacta á la regla os ponen á cubierto de cuanto podríais sufrir por vuestros superiores y de vuestros iguales. Todo en ella está ordenado, y en observándola, habeis cumplido. La regla no es una nueva carga añadida al yugo del Evangelio; solo el Evangelio explicado en sus pormenores y aplicado á la vista comun. Si la regla no es otra cosa que la explicacion del Evangelio para ese estado, los superiores solo son los vigilantes para hacer practicar esa regla evangélica; por consiguiente todo se reduce al Evangelio.

33. Aun en el tiempo mismo en que los superiores traspasando sus límites tratan con dureza á los inferiores, ¿qué pueden contra ellos? Mirándolo bien, casi nada. Ellos pueden contrariarles en cosas pequeñas, privarles de ciertos consuelos vanos, reprenderles con alguna dureza; mas esto no puede ir tan lejos como los negocios del mundo. Aquí todo está arreglado, todo está escrito, todo tiene sus límites fijos. Los ejercicios diarios no dejan casi nada al arbitrio del superior; solo se necesita cantar las alabanzas de Dios, trabajar, encontrarse puntualmente en el lugar de su obligacion, no mezclarse jamás en cosas de que no está encargado, guardar silencio, retirarse, buscar un apoyo en Dios y no en las amistades particulares. Lo peor que os puede suceder es no ocupar los empleos de confianza, que son penosos y peligrosos, que se deben mas bien temer que desear. Lo peor que os puede suceder es que los superiores os humillen y os impongan alguna penitencia; como si vosotros no debíais estar todo el día en penitencia, como si la vida cristiana y religiosa no fuera un sacrificio de amor, de humillacion y de penitencia continua.

34. ¿Dónde está, pues, ese yugo tan pesado de la obediencia? ¡Ay! yo debo temer mas mi voluntad propia que la de otro. Mi voluntad, por buena, por razonable y por virtuosa que sea, es siempre mi propia voluntad, que me entrega á mí mismo, que me hace independiente de Dios y propietario de sus dones. La voluntad de otro que tiene autoridad sobre mí, por injusta que sea, es con respecto á mí la voluntad marcada de Dios. El superior manda mal, pero yo obedezco bien: dichoso con no tener que hacer mas que obedecer. De tantos cuidados, solo me queda uno, que es el de no tener voluntad ni opinion propia, y dejarme conducir como un niño, sin ratiocinar, sin prever y sin preguntar. Todo está hecho para mí con tal que no haga mas que obedecer con este candor y esta simplicidad infantil. Yo no tengo que hacer otra cosa mas que defen-

derme de mi vana y curiosa razon, no indagar los motivos de los superiores y descargar mi conciencia sobre la suya.

35. ¡Oh dulce paz! ¡oh dichosa abnegacion de sí mismo! ¡oh libertad de los hijos de Dios que caminan como Abraham sin saber á dónde! ¡oh pobreza de espíritu por la que se despoja el hombre de su propia sabiduría y de su propia voluntad, como se despoja de su dinero y de su patrimonio! Por ella todos los votos tomados en su verdadera perfeccion se reunen. La misma pureza de amor, que hace renunciar á sí mismo sin reserva, hace al alma vírgen como al cuerpo, empobrece al hombre hasta quitarle su voluntad, y le pone, en fin, en una desaprobacion de sí mismo, en que no tiene que pensar en el modo que se ha de conducir, sino en dejarse conducir por otro. ¡Dichoso el que hace estas cosas! ¡dichoso el que las experimenta! ¡dichoso tambien el que comienza á oirlas y abrirles su corazon!

36. Que no se diga, pues, que la obediencia es pesada; por el contrario lo que es pesado es estar entregado á sí mismo y á sus deseos. ¡Desgraciado, dice la Escritura ¹, aquel que se dirige por su camino y se sacia del fruto de sus propios consejos! ¡Desgraciado aquel que se cree libre cuando no está dirigido por otro, y que no siente que se halla encadenado interiormente por un orgullo tiránico, por pasiones insaciabiles y aun por una sabiduría que, bajo una apariencia engañosa, es muchas veces peor que las mismas pasiones! Que no se diga ya que la obediencia es dura; por el contrario, ¡cuán dulce es no pertenecer mas á sí mismo, á ese señor ciego é injusto! De muy buena voluntad exclamo yo con san Bernardo: «¡Quién me diera cien superiores para que me gobernasen en vez de uno solo! No seria esto una molestia, sino por el contrario un «socorro; cuanto mas dependiera yo de mis superiores, tanto me «nos expuesto estaria á mí mismo.» Lo mismo que de los superiores debe decirse de la clausura. No es la clausura una prision que cautiva; es por el contrario una fortaleza que defiende al alma débil contra el mundo engañoso y contra su propia fragilidad. ¿Se ha tomado jamás la guardia de un príncipe por una fuerza armada que le quite la libertad? Él se encierra en una ciudadela contra el enemigo, conserva por este hecho su libertad, léjos de perderla.

37. Mas, tiempo es ya de acabar; apresurémonos á considerar la última obligacion de esta casa, que es la de instruir y perfeccionar santamente á las jóvenes.

¹ Prov. i, 31.

Punto tercero.

38. San Benito no creyó turbar el silencio ni la soledad de sus discípulos al encargarles la instruccion de la juventud. Ellos eran monjes, es decir, solitarios, y no dejaban de enseñar las sagradas Escrituras á los jóvenes que se querian separar del contagio del siglo. En efecto, puede una persona ocuparse interiormente de estos oficios de caridad sin admitir en su corazon al mundo. Basta que los superiores tengan con los padres una comunicacion inevitable, que es bastante rara cuando se reduce á solo lo necesario. Todo el resto de la comunidad goza tranquilamente de la soledad. Se guarda silencio siempre que no hay necesidad de enseñar. No se habla sino por obediencia, por deber y con cierta regla. Esto no es pasatiempo ni conveniencia; es sujecion molesta y trabajo ordenado. Este trabajo debe colocarse en la clase del trabajo de manos respecto á las personas encargadas de la instruccion, y que por lo mismo no pueden dedicarse á ninguna obra. Este trabajo exige mucha paciencia y un gran recogimiento; porque si os disipais instruyendo á otros, vuestras instrucciones se hacen inútiles, no seréis ya mas que un metal que suena, como dice el Apóstol ¹, y un címbalo que retumba. Vuestras palabras serán muertas; vuestro corazon estará desecado; no tendrá ya fuerza, ni uncion, ni sentimiento de verdad, ni gracia de persuasion, ni autoridad positiva; todo se vuelve lánguido, y nada se ejecuta sino por fórmula.

39. No os quejeis, pues, de que la instruccion os disipe; por el contrario, no perdais jamás un momento para recogeros y llenaros del espíritu de oracion, para que podais resistir vuestras funciones y la tentacion de disiparos. Cuando os limitais á la instruccion sencilla, familiar y caritativa de que estais encargadas por vuestro estado, vuestra vocacion no os disipará jamás. Lo que Dios manda hacer no aleja jamás de Dios; pero no se ha de emplear en esta ocupacion mas que el tiempo que está marcado, dedicando lo demás al silencio, á la lectura y á la oracion. Esas horas preciosas que os resten, con tal que las distribuyais fielmente, serán el grano de mostaza marcado en el Evangelio ², que siendo el menor de todos los granos, crece hasta hacerse un grande árbol, sobre cuyas ramas vienen á posarse las aves del cielo. Unas veces un cuarto de hora,

¹ I Cor. xiii, 1. — ² Matth. xiii, 31, 32.

otras media hora, despues algunos minutos: todos estos momentos aislados parecen nada, mas ellos lo son todo, con tal que se sepan aprovechar. Si tuviérais mucho mas tiempo, os dedicaríais demasiado á vosotras mismas y á vuestra imaginacion; caeríais tal vez en una languidez enojosa, ó en ocupaciones elegidas á vuestro antojo que os disiparian. Es mucho mejor humillar la voluntad en ocupaciones dirigidas por otros que recogerse á su antojo y por la voluntad propia. Todo el que hace la voluntad de otro, con una sincera renuncia de la suya, hace una excelente oracion y un sacrificio holocausto que se eleva en olor de suavidad hasta el trono de Dios. No temais, pues, vuestra falta de recogimiento. ¡Oh! ¡cuánto silencio y cuánta soledad tendréis, con tal que no habléis jamás sino cuando vuestras funciones lo exijan! Cuando se renuncia las visitas de fuera, excepto las de una absoluta necesidad, que son muy raras cuando se renuncia interiormente á la curiosidad, á las amistades vanas, á las murmuraciones, á las conversaciones indiscretas, y á todas las palabras ociosas de que se deberá dar cuenta algun dia; cuando solo se habla para obedecer, para instruir y para edificar, lo que se dice no disipa.

40. Guardaos, pues, bien, señoras, de miraros como si no fuérais solitarias, por cuanto estais encargadas de la instruccion del prójimo; esa idea de vuestro estado sería para vosotras una tentacion continua. No, vosotras no debeis creeros en un estado secular; solo á fuerza de haber renunciado al mundo y su trato seréis á propósito para preservar esta juventud inocente y preciosa á los ojos de Dios. Cuantos mas inconvenientes teneis por la educacion de tantas niñas ilustres, cuanto mas expuestas estais por la vecindad de la corte y por la proteccion que obteneis de ella, menor debe ser vuestra complacencia por el siglo. Si el enemigo está á vuestra puerta, debeis atrincheraros contra él con mas precaucion y redoblar vuestra vigilancia. ¡Oh! ¡cuán necesario es el silencio, la humildad, la oscuridad, el recogimiento y la oracion á las esposas de Jesucristo que están tan próximas al encanto de la corte y al aire pestífero de las falsas grandezas! Contra unos peligros tan terribles jamás podréis estar demasiado encerradas, demasiado alarmadas, demasiado atrincheradas en vuestra soledad, demasiado apegadas á las cosas interiores que os separan del gusto del mundo, de sus modas y de su vana política. Jamás serán demasiadas las rejas, la clausura, las formalidades molestas y enojosas que pongais entre el mundo y vosotras. No solo no debeis temer que os tengan por religiosas, sino

lo que debeis temer es no ser verdaderas religiosas, que solo aman la reforma y la oscuridad, que olvidan el mundo hasta el punto de querer desagradarle por su sencillez: de otro modo, viviréis siempre al borde de un horroroso precipicio.

41. Otro de los peligros que debeis temer es el de vuestro nacimiento. Esposas de Jesucristo, oid y ved; olvidad la casa de vuestro padre ¹. El nacimiento que lisonjea el orgullo de los hombres nada es; es el mérito de vuestros antepasados, que no os pertenecen á vosotras; querer ser estimado por ellos es atenerse á los bienes de otro. Además, esto solo es un nombre viejo, olvidado en el mundo y envilecido con frecuencia por personas sin mérito que no han sabido sostenerle. La nobleza no es otra cosa, generalmente hablando, que una pobreza vana, ignorante, grosera y ociosa, que se jacta de despreciar todo lo que le falta. ¿Y es esto lo que tanto hincha el corazon? Jesucristo, descendiente de tantos reyes, de tantos sumos pontífices de la ley judáica, de tantos patriarcas que se elevaban hasta la creacion del mundo; Jesucristo, cuyo nacimiento era sin comparacion el mas ilustre de todo el género humano, se redujo al oficio grosero y molesto de carpintero para ganar su sustento. Él juntó al nacimiento mas augusto el estado mas vil y despreciado, para confundir la vanidad y voluptuosidad de los nobles, para convertir en ignominia lo que la falsa gloria de los hombres conserva con tanto cuidado. Desengañémonos, pues no hay nada en Jesucristo de libres ni de esclavos, de nobles ni de plebeyos. En él todo es noble por los dones de la fe; en él todo es pequeño por la renuncia de las vanas distinciones, y por el desprecio de todo lo que ensalza el mundo engañoso. Sois noble como Jesucristo, no importa, es necesario ser carpintero con él; es necesario trabajar como él en la oscuridad y en la obediencia. Vosotras que érais libres no lo sois ya, la caridad os ha hecho esclavas: vosotras no estais aquí por vosotras mismas, ni sois otra cosa que siervas de esos hijos, que son los de Dios. ¿No oís al Apóstol que dice: *Siendo libre, me he hecho el esclavo de todos para ganarlos á todos* ²? Ved aquí vuestro modelo, esta casa no os corresponde á vosotras; no es para vosotras para quienes se fundó, sino para la educacion de esas jóvenes. Vosotras no entraís en ella sino por la necesidad que esas niñas tienen de personas que las eduquen y las instruyan. Si sucediera, pues (¡oh Dios! no lo permitais), si sucediera que vosotras descuidárais

¹ Psalm. XLIV, 2. — ² I Cor. XI, 19.

vuestra obligacion principal; si olvidando que sois las siervas en Jesucristo de esa juventud, solo tratárais de gozar en paz de los bienes de esta casa; si no se encontraran en esta humilde escuela de Jesucristo mas que señoras vanas, orgullosas, olvidadas de su nacimiento y acostumbradas á una altanería desdeñosa que extingue el espíritu de Dios y borra el Evangelio en los corazones; ¡ay! ¡qué escándalo! El oro puro seria convertido en plomo; la esposa de Jesucristo, sin arruga y sin mancha, seria mas negra que los carbones, y él no la conoceria ya. Acostumbraos, pues, desde un principio á amar los oficios mas humildes y á no despreciar ninguno, á no quejaros de una servidumbre que hace vuestra única gloria. Amad lo que es pequeño; gustad lo que os humilla. Ignorad el mundo, y haced que él os ignore. No temais haceros poco cultas en fuerza de ser sencillas. La verdadera, la buena sencillez hace la verdadera política, que el mundo, á pesar de lo político que es, no puede conocer. Valdrá mucho mas ser un poco menos cultas, con tal de ser mas sencillas y mas extrañas á las maneras vanas y afectadas del siglo.

42. Me parece que os oigo decir: supuesto que estamos destinadas á la instruccion, ¿no es necesario que estemos perfectamente instruidas? Sí, sin duda alguna debeis estar instruidas en las cosas que debeis enseñar á esas jóvenes. Vosotras debeis saber las verdades de la Religion, las máximas de una conducta sábia, modesta y laboriosa; porque debeis formar esas hijas ó para los claustros, ó para vivir en familias de labradores, cuyo capital es la rectitud de costumbres, la economía y el amor de una piedad sencilla. Enseñadlas á callar, á vivir retiradas, á trabajar, á sufrir, á obedecer y á economizar. Ved aquí lo que ellas tendrán necesidad de saber, aun suponiendo que elijan el estado de matrimonio. Mas apartad de ellas, como un veneno, todas las curiosidades y todos los pasatiempos; porque las mujeres no tienen menos propension á ser vanas por su espíritu que por su cuerpo. Muchas veces la lectura que ellas hacen con tanto ahinco se reduce á cuentos vanos y á recreos inmodestos de su espíritu: generalmente ellas leen por vanidad lo mismo que se aderezan. Es necesario hacer del espíritu lo mismo que del cuerpo; todo lo supérfluo debe omitirse: todo debe dar á conocer la sencillez y el olvido de sí misma. ¡Oh cuántos pasatiempos perniciosos en eso que se llama lectura sólida! Se quiere saber todo, juzgar de todo, hablar de todo, darse importancia en todo: nada hace que se conserve el mundo vano y falso en la soledad,

como la vana curiosidad de libros. Si vosotras leéis sencillamente para instruiros en las palabras de la fe, debéis leer poco y meditar mucho lo que habíais leído. Para leer bien es necesario digerir la lectura y convertirla en su propia sustancia. No se trata de comprender un gran número de verdades luminosas; se trata sí de amar mucho cada verdad, de dejarlas penetrar poco á poco en el corazón, dejarlas reposar en él, considerar mucho tiempo despues el mismo objeto, y unirse á él menos por reflexiones sutiles que por el sentimiento del corazón. Amad y sabréis mucho aprendiendo poco; porque la nncion interior os enseñará todas las cosas. ¡Oh! ;cuánto mas elevada es que todos los doctores una sencillez ignorante que solo sabe amar á Dios sin amarse á sí misma! El espíritu le sugiere todas las verdades sin leerlas circunstanciadamente; él se hace sentir por un convencimiento íntimo y profundo, una luz de verdad, de experiencia y de sentimiento que solo procede de Dios. El que sabe esto lo sabe todo. Ved aquí la ciencia de Jesucristo, en cuya comparacion toda la sabiduría mundana no es otra cosa que pérdida y basura, segun san Pablo ¹.

43. Por esta sencillez llegaréis, señoras, á instruir al mundo, sin tener con él correspondencia peligrosa; vosotras rogaréis, vosotras rectificaréis y haréis crecer y florecer esas plantas jóvenes cuyos frutos se extenderán por todo el reino. Vosotras formaréis vírgenes santas, que esparcirán en los claustros los dulces perfumes de Jesucristo. Formaréis piadosas madres de familia que serán fuentes de bendicion para sus hijos, y que renovarán la Iglesia. Por ellas el nombre de Dios será conocido de todos los que blasfeman de él, y su reino se establecerá. Vosotras no veréis el mundo, mas el mundo se mejorará por vuestro trabajo. Ved aquí á lo que sois llamadas.

44. Señor, derramad vuestro espíritu sobre esta casa que es la vuestra; cubridla con la virtud de vuestra sombra; protegedla con el escudo de vuestro amor; estad siempre á su alrededor como un muro de fuego para defenderla de tantos enemigos, mientras que vuestra gloria habite en el interior como en su santuario. No permitais, Señor, que la luz se convierta en tinieblas, ni que la sal de la tierra se haga insípida y sea pisada. Conceded unos corazones á medida del vuestro, el horror al mundo, el desprecio de sí mismo, la renuncia de todo interés propio, y siempre y en todas cosas

¹ Philip. III, 8.

vuestro amor, que es el alma de todas las verdaderas virtudes. ¡Oh amor tan necesario y tan ignorado, amor cuya extension sin límites no comprenden los mismos que hablan de él, y que lo desean; amor sin el cual todas las virtudes son superficiales y no echan jamás raíces profundas en los corazones; amor que hace sola la perfecta adoracion en espíritu y en verdad; amor único fin de nuestra creacion! ¡Oh amor, venid, amad, reinad, vivid, consumid todo el hombre con vuestras puras llamas! que no quede cosa alguna mas que Vos para la eternidad. Amen.

SERMON

DE VELO Ó TOMA DE UN HÁBITO.

Omne, quod natum est ex Deo, vincit mundum, et hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. (Joan. v, 4).

Todo lo que ha nacido de Dios, vence al mundo, y lo que da la victoria sobre el mundo, es nuestra fe.

1. ¿Qué santo y religioso espectáculo es el que ofreceis á nuestra vista, amada hermana mia, y qué espíritu es ese que os conduce, que os anima y que os fortalece? Postrada á los piés de los altares, tocada del desco sincero de la perfeccion evangélica, fiel á la gracia de Jesucristo que os llama y os eleva sobre vos misma, renunciáis hoy dia todo cuanto poseéis, todo cuanto esperais, ¿qué digo yo? todo cuanto sois. Ni vuestra tierna edad, ni la delicadeza de complexion, ni las esperanzas de una felicidad futura, ni el atractivo de los mas honestos placeres, nada ha podido doblar vuestro celo y vuestra constancia. Gracias á Jesucristo, que creciendo vuestro fervor, léjos de entibiarse, os ha causado santas impaciencias de consagraros á Dios enteramente; los momentos os han parecido largos, y no habeis deseado ninguna otra vez ser dueña de vos misma sino ahora con el fin de obligaros solemnemente á no serlo mas. El cielo favorece vuestra empresa, y en este dia veis cumplidos todos vuestros deseos; dichosa por llevar el yugo del Señor desde vuestros mas tiernos años, de abrazar la cruz de Jesucristo sin temor de ser jamás separada de ella, y de derramar en el seno del mismo Dios los últimos esfuerzos de vuestra voluntad, y, por decirlo así, los últimos suspiros de vuestra libertad moribunda. ¿De dónde puede provenir una tan generosa resolucion sino de una fe viva y victoriosa¹?

2. El mundo persuade demasiado á los que le escuchan que hay en él bienes, placeres y honores que causan la felicidad de la

¹ Hæc est victoria, etc.

vida; que es dulce y suave el disponer de sí y gobernarse por sus voluntades; que no es necesario seguir las leyes de una austera virtud, ni refrenarse tanto en sus pasiones; que hay cierta union y ajuste entre las máximas del siglo y las del Evangelio, y que en el curso de la vida humana se contenta Dios con algunos buenos deseos, y fácilmente perdona las fragilidades y las flaquezas. Pero la fe, que, segun san Pablo ¹, no se funda sobre apariencias, y que se inclina á la sustancia de los bienes espirituales y celestes, nos enseña al contrario que la salvacion de nuestra alma es nuestra única necesidad y nuestro único negocio importante; que el único bien y la única felicidad verdadera del cristiano debe ser el servir y amar á Jesucristo; que no se puede dar á Dios un culto bastante puro ni bastante perfecto; que la verdadera libertad consiste en darse á Dios sin reserva; que el descanso sólido no se halla sino en la sumision y en la obediencia, y que la perfeccion cristiana se encuentra en la pureza, en la humildad y en la pobreza á que os consagrais hoy dia.

3. Yo pretendo, amada hermana mia, confirmaros por este discurso en la dichosa eleccion que habeis hecho, y mostraros: *Primero, Que el espíritu del mundo inclina á los que le siguen á extender en cuanto puedan su libertad, en lugar de que el espíritu de la Religion inclina á los verdaderos cristianos á coartar y á destruir la suya. Segundo, Que el espíritu del mundo obliga á dividir su corazon, y que la fe empeña á las almas religiosas á reunir todos sus afectos hácia Dios.*

4. Yo plantaré la cruz de Jesucristo entre los límites del mundo y los de la Religion; os haré ver los peligros que habeis corrido, para excitaros á alabar las misericordias del Señor que os ha retirado de ellos, y á mis oyentes les haré ver los peligros en que se hallan, para obligarlos á recurrir á su gracia. Para hacerlo con mas fruto recurramos todos juntos á la que es el templo de las almas religiosas y el refugio de las almas mundanas que se reconocen. Digámosla, pues, con el Ángel: *Ave María.*

Primera parte.

5. No pertenece propiamente sino á Dios el ser libre y el querer de su voluntad propia; porque todo cuanto quiere es necesariamente justo, y porque no puede tener otra ley ni otra regla de

¹ Sperandarum substantia rerum. (*Hebr. xi, 1*).

su voluntad que á sí mismo. El hombre no tiene el mismo privilegio de usar de su voluntad, porque está desordenada despues del pecado, y porque naturalmente debe estar sumisa á la de Dios. Esta sujecion y esta dependencia es la parte mas esencial del culto y del homenaje que la criatura debe á su Criador. Y así, querer lo que Dios no quiere, ó no querer lo que Dios quiere, es invertir el órden de su providencia; es poner la prudencia de la carne sobre la sabiduría divina; es quitarle el imperio que tiene sobre nosotros, y, en fin, es referir á Dios á nosotros mismos, en lugar de referirnos nosotros mismos á Dios. No obstante, aunque nada haya tan injusto, nada hay tan ordinario. El primer desórden del pecado es el orgullo, y el primer efecto del orgullo es un cierto deseo de independencia, grabado en el fondo del alma y oculto en los mas secretos senos de la voluntad, por el cual se complace el hombre en no ser sino para sí, y en no depender de autoridad alguna extraña, ni aun de la de Dios.

6. Este es el carácter de los que viven segun el mundo, y el origen funesto de todas sus pasiones. ¿Por qué corren tras de sus riquezas, sino porque sirven de sacarlos de la sujecion, de llegar mas fácilmente al fin de los designios que se tienen, y de comprar el imperio que se quiere tener sobre los demás? ¿De dónde proviene aquella aceleracion de engrandecerse y de avanzarse á las dignidades, sino de la envidia y ansia que hay de dar mas peso á sus voluntades, de tener menos señores á quienes obedecer y mas vasallos á quienes mandar? ¿De dónde viene esa pasion de distinguirse por el ingenio y por el saber, sino del deseo que se tiene de reducir á los demás á su dictámen, de dar mas autoridad á sus opiniones, y de tener una preeminencia de razon y discurso sobre el resto de los demás hombres? Tanta verdad es, dice san Agustín, que el primer cuidado de las almas mundanas es el de extender en cuanto pueden su libertad, y que el yugo que les es mas insoporable es el de la dependencia y sujecion.

7. Pero ¿para qué hemos de hablar aquí de esos hombres agitados de sus pasiones? Aquellos mismos que traen en el mundo una vida arreglada, que piensan algunas veces seriamente en su salvacion, y que se salvan de las principales corrupciones del siglo, no dejan de dar demasiada extension á su libertad. Ellos emplean algunas horas en la oracion, y con eso se creen tener derecho de pasar lo restante del tiempo en conversaciones vanas é inútiles. Ellos cumplen con las obligaciones precisamente necesarias de la Religion,

pero no quieren incomodarse sobre ciertas regularidades que no dejan de ser de consecuencia para la piedad. Nada quisieran hacer de lo que es absolutamente prohibido, pero no quisieran privarse de nada de cuanto se imaginan serles permitido; y con el pretexto de que puede haber exceso en la devocion, que las grandes virtudes no se han hecho sino para las grandes almas, y que importa poco el estar mas ó menos alto en el cielo con tal que se vaya á él, temen siempre alejarse demasiado, se prescriben límites en su fantasía, y se forman una medida de piedad proporcionada á su flaqueza y cobardía. No se ligan sino en cuanto les conviene á sus deseos. Todo lo que les incomoda les parece un consejo y no un mandato; y en la necesidad que está impuesta á todos los cristianos de obrar el bien quieren á lo menos tener la libertad de no hacerlo sino en cuanto están obligados, y en cuanto á lo que quieren.

8. Bien podria yo decirles aquellas grandes máximas que Tertuliano dirigia á los cristianos, y que incluyen toda la perfeccion de las almas religiosas; es á saber, que en el Cristianismo es necesario, no solamente la obediencia, sino tambien el fervor; que todas las voluntades de Dios debieran ser observadas, tanto las buenas como las perfectas; que el respeto y la fidelidad que debemos á un Señor tan grande nos debe inclinar á cumplir no solamente lo que nos manda, sino tambien lo que nos aconseja; que si permite algunas veces cosas que son menos perfectas, no es condescender con nuestra negligencia, sino probar nuestra prudencia, semejantes á aquellos señores que dan algunas libertades á sus criados por ver hasta dónde llega su moderacion; que es mas loable el abstenerse de las cosas, aun de aquellas que son toleradas; y así como es necesario temer la ira de Dios en las prohibiciones que hace, es preciso temer tambien la indulgencia de Dios en las permisiones que concede, y que el medio mas seguro para no hacer cosa irregular es el temer aun en aquello que es permitido.

9. Este pensamiento acaso parecerá muy severo; pero no está muy distante de la verdad. Porque además de que todas las virtudes interiores son de precepto, y que no se puede ser cristiano sin ser humilde, sin ser paciente, sin ser caritativo cada uno segun el grado de perfeccion á que Dios le llama; además de que los consejos mismos llegan á ser mandatos, cuando no pueden cumplirse los preceptos sin el socorro de estos consejos, es esta una verdad constante que la religion cristiana no se ha establecido sino para estrechar la libertad, y para sujetar nuestras libertades á la de Dios.

10. Este espíritu de sujecion es el carácter de un alma religiosa. Luego que es consagrada á Dios, su genio, su humor, su eleccion, su inclinacion, su propio juicio, su espíritu y su razon no deben tener parte en su conducta. La obediencia es su herencia; su posesion es esta; este su nombre. El mismo Dios es quien me lo enseña por la boca de uno de sus Profetas ¹: *Ella se llamará mi voluntad en ella*. Para enseñarnos que así como los nombres incluyen la esencia de las cosas, la obediencia incluye todas las obligaciones esenciales de la vida religiosa; y que así como en las alianzas civiles la esposa pierde su nombre y el de su familia por tomar el del esposo, así, en la union espiritual del alma con Jesucristo, el alma se despoja de su voluntad para tomar la de Dios. Si la aflige, ella adorará la mano que la castiga; si la consuela, amará las bendiciones de Dios, y aun mucho mas al Dios de las bendiciones; si la habla interiormente, oirá su voz para seguirla; si la explica sus voluntades por el ministerio de los hombres, los mirará como á los órganos y á los intérpretes del mismo Dios. Nada emprenderá sin consultarle; nada obrará sino para servirle; no sufrirá sino para agradarle, y no tendrá otro uso de su propia voluntad sino el querer no tenerla.

11. Estas virtudes no son del gusto de las gentes del mundo. Estas miran los ejercicios de la vida religiosa como virtudes sublimes que es imposible imitar, ó como prácticas del claustro que no es necesario seguir. Con tal que se libren de ciertos vicios groseros é infames, y que conserven en sus obras una superficie de religion, ellos se dispensan de todas las severidades de la ley de Dios. Los continuos peligros y los empeños funestos en que están metidos, que debieran hacerlos mas circunspectos, los hacen mas cobardes y mas descuidados. Fórmanse una idea de la perfeccion, no para seguirla, sino para notar si faltan los demás á ella: delicados para consigo mismos, y muy severos para los buenos, consideran todas sus austeridades como efectos necesarios de su vocacion. Aspiran á ser perfectos, dicen ellos, y trabajan por serlo; han entrado en el camino estrecho, y le siguen; han cargado con su cruz, y la llevan. Ellos sufren, y están preparados á la paciencia; este es su estado, esta es su profesion: como si no fuese la profesion de todos los hombres el amar y servir á Dios; como si la penitencia fuese una virtud de estado para algunos particulares, y no una obligacion in-

¹ Vocabitur voluntas mea in ea. (Isai. LXII, 4).

dispensable para todos los cristianos; como si Jesucristo estuviese dividido, y tuviese un Evangelio estrecho y otro ancho y relajado; como si hubiese para ellos privilegios y derechos de inmunidad, y como si estuviesen menos obligados á ser penitentes, porque tienen mas ocasion, mas inclinacion y mayor hábito de ser pecadores.

12. No obstante, Jesucristo nos enseña unas veces que no se camina á él sino por el camino estrecho; es decir, estrechando nuestros deseos y refrenando la mayor parte de estas inclinaciones que la naturaleza parece dejar libres. Otras veces, que el reino de los cielos padece violencia; quiere decir, que no se puede ganar sino por la sujecion y por la estrechez, rindiendo nuestras voluntades, naturalmente rebeldes, á la ley de Dios. Tan pronto nos dice que es necesario renunciarnos á nosotros mismos; esto es, disminuir en nosotros la concupiscencia, aun á pesar nuestro, y estrechar todos nuestros deseos y todos nuestros afectos á un solo objeto que está fuera de nosotros, y que, en fin, nuestra felicidad depende de la servidumbre en que debemos estar respecto de Dios.

13. Pero ¿no voy engañado? ¿Os anuncio yo acaso la verdad? ¿No nos enseña san Pablo *que allí donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad*¹: *que nosotros no somos los hijos de la esclava, sino de la mujer libre*²: *que Jesucristo ha venido á librarnos de la servidumbre, y á llenar nuestros corazones de un espíritu de adopcion y de libertad que nos da la confianza de dirigirnos á Dios como á nuestro Padre*³? Yo confieso que Jesucristo nos ha rescatado de la esclavitud de la ley. Primeramente, en cuanto á las obligaciones exteriores de un culto penoso y difícil. Él ha roto el yugo de las ceremonias legales, y nos ha exonerado de la pesada carga de tantas observancias judaicas, no queriendo mas que adoradores en espíritu y en verdad. Lo segundo, en cuanto á las penas y á los castigos. Ya no se pronuncia sentencia de muerte contra los que faltan á ellas; remítenseles al tribunal de su conciencia, quien como un juez doméstico condena al pecador sin perderle, y no castiga el mal sino reprendiéndole. Lo tercero, en cuanto al motivo de nuestras acciones. Ya no es un temor servil ni una esperanza mercenaria lo que nos contiene ó lo que nos anima; el amor de Dios es el que nos hace

¹ Ubi autem Spiritus Domini, ibi libertas. (*II Cor. III, 17*).

² Non sumus ancillæ filii, sed liberæ. (*Galat. IV, 31*).

³ Non enim accepistis spiritum servitutis, iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba, Pater. (*Rom. VIII, 15*).

obrar. Nosotros no servimos ya como esclavos que temen la cólera de su señor, sino como hijos que cumplen la voluntad de su padre.

14. No obstante, yo me atrevo á decir con san Crisóstomo que no hemos salido de una servidumbre sino para entrar en otra, que es interior y espiritual. Esto es lo que el Apóstol nos enseña en su carta á los romanos ¹: *Nosotros somos rescatados de la ley de la muerte, en la cual estábamos detenidos*. Ved aquí nuestro rescate y nuestra libertad. Pero ¿cuál es el efecto y consecuencia? *De suerte, que nosotros estamos sujetos á la novedad del espíritu*. Esta es una sujecion de espíritu, ya porque habiendo sido rescatados por Jesucristo no pertenecemos mas á nosotros mismos, y porque las gracias y los beneficios que hemos recibido han añadido á nuestras obligaciones pasadas todas las obligaciones de reconocimiento y de justicia; ya porque siendo la fe evangélica un estado de mayor perfeccion, nos obliga á mayor justicia y exactitud. Y pues la virtud no es otra cosa que el amor de Dios, este amor no crece sino á medida de lo que se disminuye la concupiscencia, y esta no se disminuye sino cuanto mas se la combate y mas se la estrecha.

15. Las gentes del mundo no comprenden esta verdad, porque no obran por la fe. Cuando se ve al pié de los altares una virgen cristiana que su nacimiento ó su espíritu hubieran podido distinguir en el mundo, renunciar el lujo y las vanidades del siglo, y obligarse generosamente á todos los ejercicios laboriosos de una vida penitente y religiosa, se lastiman de ella, la compadecen y lloran; míranla como una tierna víctima que por sí misma va á presentarse al altar y á entregarse inocentemente á su sacrificio. Oyense los votos que hace como decretos que pronuncia contra sí misma. Esas palabras de obediencia, de pobreza y de mortificacion, á las cuales el mundo está tan poco acostumbrado, son términos que los aterran. El claustro les parece una especie de cautiverio que, por voluntario que él sea en los principios, llega á ser pesado en adelante. Vese dar la sentencia y hacerse juez y árbitro en su vocacion, y con todo eso siempre se teme que sea esto efecto de una juventud sin experiencia ó de una devocion precipitada. Examínase lo pasado, discúrrase sobre lo presente, sácense tristes presagios de lo futuro. Apodérase de los concurrentes una falsa compasion y una ternura mundana, por la cual les cuesta trabajo creer

¹ *Soluti sumus à lege mortis, in qua detinebamur, ita ut serviamus in novitate spiritus.* (Rom. vii, 6).

que otros hagan voluntariamente lo que ellos no tendrían valor para hacer. Miran como desgracia el dejar lo que ellos tienen por felices en retener, y juzgando de otro por su propia debilidad, temen siempre que no se arrepientan de haber roto los lazos que conocen muy bien no ser ellos capaces de romper.

16. Pero sepan que nada hay imposible para la gracia de Jesucristo: cuando elige esposas, sabe muy bien el medio de conservarlas; que aquel que les ha inspirado el designio de seguirle les da fuerza para ejecutarlo; que ellas llevan la cruz de Jesucristo, y la cruz de Jesucristo las lleva á ellas; que se ven las penas exteriores que padecen, pero que no se ven los consuelos interiores que reciben; que sus sufrimientos no pueden ser sino felices, puesto que tienen á la caridad por principio, á Dios por objeto, y al cielo mismo por recompensa, y que su servidumbre es gloriosa, puesto que mas es reinar que servir á Dios.

17. Pero ¿se tienen ellos por mas libres? ¡Ay! y cómo el mundo está lleno de una especie de esclavos, que son tanto mas infelices, cuanto mas imaginan ser libres! El uno se aplaude á sí mismo, porque está en el camino de su fortuna, y le parece percibe ciertas esperanzas de adelantarse. Pero ¡ah! y qué esclavitud! Es necesario velar continuamente en sus intereses, hacerse adulador hasta dar en la bajeza, experimentar todas las tristezas que causan de ordinario las esperanzas y las fortunas dudosas. Es necesario tolerar los ataques declarados de los enemigos, las traiciones secretas de los envidiosos, los celos malignos de los iguales, las sátiras picares de los inferiores, y los extravagantes caprichos de los señores; y aun sus proyectos no dejan de ser trastornados por imprevistas revoluciones y por juicios secretos de la providencia de Dios (á que ellos llaman *destino*, *hado* ó *fortuna*) que los aparta para siempre de los fines que se habian propuesto. El otro, esclavo de su orgullo, quiere adquirir la reputacion de virtuoso por prácticas afectadas de una devocion hipócrita, y alcanzar, por engaños, aprobaciones de las cuales es indigno. Es necesario estrecharse y disfrazarse incesantemente, reprimir á pesar suyo sus pasiones dentro de sí mismo, no decir nada de lo que se piensa, ni pensar nada de lo que se dice.

18. ¡Ah! y qué difícil es representar largo tiempo un falso personaje, afectar el parecer bueno, cuando sabe uno muy bien que es malo, y llevar la mentira sobre el rostro, cuando se tiene la verdad en el corazón! Este se tiene por dichoso, porque satisface

su avaricia y porque aumenta sus rentas; pero ¡qué de cuidados, qué de accidentes, qué de inquietudes no tiene! ¿Y qué dicha se puede esperar en los bienes que se adquieren con trabajo, y muchas veces con injusticia; que se poseen con temor, y que se pierden con desesperacion? Aquel se cree libre, porque nada se opone á sus pasiones, y porque todo le sucede segun su voluntad; ciego en no ver que la felicidad no consiste en cumplir sus deseos, sino en llenar sus obligaciones, y que es una falsa libertad el hacer todo cuanto se quiere, cuando lo que se quiere no es justo ni razonable.

19. ¡Qué diferente es vuestra suerte, amada hermana mia! Al parecer os haceis cautiva; pero adquirís la verdadera libertad de los hijos de Dios. Cesais de gozar de todas las ventajas que se poseen en el mundo; pero comenzais á gozar de la felicidad que los Santos poseen en el cielo, la cual no es otra cosa que una apacible y voluntaria necesidad de obedecer y de agradar á Dios. Os abrazaís con la cruz de Jesucristo hasta el último suspiro de vuestra vida; resolucion digna de un corazon como el vuestro; pero ¡cuán dulce es llevar las cadenas cuando es la caridad la que las ha formado, y cuando nos unen á Jesucristo! Ya no perteneceis á vos misma, es verdad, y vuestra voluntad no servirá mas para reglarnos, ni para conducirnos; pero en recompensa estais en las manos de la Providencia, y no queriendo sino lo que Dios quiere, su voluntad llegará á ser la vuestra. Ninguna cosa podrá turbar vuestro reposo, que está fundado sobre Dios mismo, y mientras que las hijas del siglo, llevadas del deseo de ver y de ser vistas, idólatras de algunos rasgos de vana hermosura que la naturaleza por casualidad ha formado sobre su rostro, sacarán á paseo, como en triunfo, su indiscreta y peligrosa libertad, y mientras que celosas no solamente de hacer su voluntad, sino tambien de cautivar las de otros, arrastrarán en pos de sí esclavos de sus vanidades, esclavas ellas mismas de su ambicion y de su amor propio, vos, encerrada en el estrecho espacio de un claustro y de una celda, pero elevada en espíritu sobre todas las cosas criadas, oculta bajo la oscuridad de un velo, pero ilustrada de las luces de la verdad; pobre de los bienes de este mundo, pero rica de todos los tesoros de la gracia; incógnita á los hombres, pero agradable á Jesucristo, pondréis toda vuestra gloria en no tenerla, y todos vuestros cuidados en corresponder á lo que Dios os pide y á las gracias que os ha dado, porque la fe os ha hecho renunciar vuestra libertad, y porque os incita á daros á Dios sin reserva.

Segunda parte.

20. El primer homenaje que Dios pide del hombre es el del corazón; ya porque, siendo nuestro primero y último fin, ninguna cosa ha adquirido de nosotros tan naturalmente, dice san Agustín, como esta parte de nosotros mismos, que es la fuente de los deseos y de los afectos, y como el centro de todos los movimientos del alma que pueden inclinarnos al bien; ya porque siendo el corazón en nosotros la cosa mas viva que tenemos, es también, dice san Basilio, la primera víctima que debemos sacrificar al Señor; ya, en fin, porque siendo el corazón el asiento de la concupiscencia ó de la caridad, é incluyendo los principios y los motivos de nuestras acciones, los determina á Dios ó al mundo. Porque, por santas que parezcan, si no salen de un corazón animado del celo del amor divino, no son sino obras paganas que no pueden entrar en el culto religioso que se da á Dios, y así la paciencia no es sino una dureza estóica, la caridad para con los infelices no es sino una ternura y una compasión natural, y el menosprecio de los bienes del mundo que pudiera hacer cristianos no hace á lo mas sino filósofos.

21. Pero no solamente pide Dios el corazón, sino todo el corazón, sin disminucion, sin interrupcion y sin division. Esta es su voluntad, dice san Pablo, *que le sirvais de una manera digna de él, procurando agradarle en todas vuestras acciones, produciendo frutos de todas suertes de buenas obras*¹. Lo primero, porque debe haber una santa proporcion entre la caridad y Dios, que es el objeto; de suerte que las cualidades de la una correspondan á las perfecciones del otro. Dios es justo, y es necesario amarle por obligacion; es bueno, y es necesario amarle por inclinacion; es bienhechor, y es necesario amarle por reconocimiento; es inmenso, y es necesario amarle sin medida; es eterno, y se necesita amarle sin fin; es indivisible, y así es preciso amarle sin division. Lo segundo, porque no es conocer la grandeza y la majestad de Dios el asociarle en nuestros corazones con cualquiera otra cosa que no sea él. No conviene, dice san Bernardo, buscar nada sino á él, ni mas que á él, ni á otro que él, pues que él es sobre todo. No buscar nada despues de él, ni con él, porque él solo puede bastar para todo, y porque siendo la esencia única é indivisible debe ser amado única

¹ Ut ambuletis digne Deo per omnia placentes, et in omni opere bono fructificantes. (Colos. 1, 10).

é indivisiblemente. Lo tercero , porque no es segun la dignidad de Dios el servirle á medias, ni consagrarle el resto de nuestros afectos, empleados antes vagamente en las criaturas; ni amarle con tibieza, siendo soberanamente amable; ni dejarse hallar de una alma que no le busca en toda la extension de su amor.

22. Esta es propiamente la diferencia del mundo y de la Religion; porque ¿qué es el mundo? Es esa sociedad y ese comercio de gentes que están animadas por este espíritu corrompido y desarreglado, que es natural á todos los hombres, en cuanto viven segun la primera generacion que han recibido de Adan y no segun la segunda que han recibido de Jesucristo; es una secta casi universal de espíritus engañadores ó engañados, que siguiendo los movimientos de su propio corazon, y no acomodándose á las máximas del Evangelio, no reconocen por verdaderos bienes sino á los placeres, los honores, las riquezas, la curiosidad y la independencia, que tan pronto arrebatados de una falsa alegría, tan pronto abrumados de una melancolía imaginaria, pasan su vida por azar en regocijarse ó en afligirse, como si nada creyesen de esto, y como si no tuvieran religion sino por costumbre y por decencia; es un tropel de espíritus alborotados que se chocan mutuamente unos con otros, ó por mantener su orgullo, ó para llevar adelante su ambicion, ó para conservar sus intereses. Los mas hábiles y los mas cultos son aquellos que se ocupan en una diversion; que no cuidan de sus verdaderas obligaciones por vanas ceremonias; que saben disfrazar mejor sus pasiones y adular las de los otros, y que perdiendo una sólida quietud por pretensiones imaginarias, se ocupan de nada, se cansan de todo, trabajan sin fruto, viven sin regla, y mueren sin disposicion.

23. Acaso os aturdirá esta pintura, señores; pero si haceis alguna reflexion sobre vosotros mismos, quizá hallaréis en ella á lo menos algunos rasgos que os retraten y se os parezcan. Por el contrario, ¿qué son las Religiones y los monasterios? Son unas sociedades formadas sobre el espíritu y sobre el ejemplo de Jesucristo, unidas con todos los vínculos de una mútua caridad, mantenidas por los ejercicios continuos de una piedad humilde y perseverante, que viviendo segun el espíritu, y no segun la carne, renuevan en estos desgraciados tiempos el fervor y la inocencia de los primeros siglos. Es un órden sagrado de personas que Dios ha separado como para sí, y que habiéndose hecho ellas mismas como invisibles á todas las demás criaturas encerrándose en las soledades, no ad-

quieren sino virtudes, no poseen sino la paz de su conciencia, no aguardan sino bienes espirituales é invisibles, y haciendo crecer en ellas la caridad, se ocupan con fruto, viven con circunspeccion, y mueren con confianza.

24. No se necesitaria mas, amada hermana mia, para daros una alta idea de vuestra vocacion á la profesion religiosa. Pero la diferencia esencial que da san Pablo de estos dos estados, es ¹ *que la division y la reparticion del corazon es el carácter de las gentes del mundo*. No hablo aquí de aquellos medio cristianos y medio paganos que mezclan á una vida casi profana algunos intervalos de religion, practicando de cuando en cuando algunas ligeras virtudes, y no dejan de conservar en el fondo de su corazon algunas pasiones secretas y dominantes de que tampoco quisieran verse libres. Ni hablo aquí de aquellos que convencidos de la necesidad de hacer penitencia, pero no queriendo hacerla aun, hacen una imaginaria division y repartimiento de una vida cuya duracion les parece que pueden medir, empleando en excesos la juventud, y retardando la moderacion para una edad avanzada.

25. Perdonad, vírgenes de Jesucristo, delante de quienes hablo, si os represento las obras y los pensamientos de los pecadores. Los desórdenes á que Dios los ha abandonado os deben hacer acordar de las gracias que á vosotras os ha hecho. La misma caridad que os ha hecho salir del mundo os debe hacer llorar por aquellos que infelizmente están metidos en él, y desde el medio del puerto, á donde el viento é inspiracion del espíritu de Dios tan felizmente os ha sacado, debeis por compasion levantar los ojos y las manos al cielo por aquellos que en las tempestades del mundo están siempre á pique de perecer en un miserable naufragio.

26. Dejo á estos grandes pecadores, y me reduzco á los mismos buenos segun el mundo. Y digo que su estado es un círculo perpétuo de ocupaciones exteriores que los empeñan en el cuidadoso afan de una familia y en el trabajo embarazoso de muchas obligaciones domésticas. Dificil es que la complacencia que se debe á los hombres no disminuya la que se debe á Dios, que las ocupaciones exteriores no entibien el fervor del corazon, y que un corazon pueda atender á tanta diversidad de objetos por mucho cuidado que tenga en reducirlos á uno solo. Y sino, apelo á vuestra conciencia, señores. ¿Cuántas veces queriendo recogeros en la oracion habeis

¹ Qui cum uxore est, sollicitus est quæ sunt mundi, et divisus est. (I Cor. vii, 33).

tenido trabajo en volver á hallar vuestro corazon que habíais dejado andar errante de objeto en objeto durante el día? ¿Cuántas veces habeis sentido vuestro espíritu abrumado y lleno de una infinidad de imágenes mundanas? ¿Cuántas veces reducidos á la triste necesidad de servir á dos señores, de amar al uno y aborrecer al otro, si no os habeis declarado, á lo menos habeis estado como suspensos, deseando satisfacer á ambos y tener *aquel corazon doblado que Dios maldice*¹ en sus Escrituras? ¿Cuántas veces tocados por una parte del deseo de la salvacion, apegados por otra á los intereses de familia, habeis levantado con una mano altares á Jesucristo y con otra á la fortuna, semejantes á aquellos pueblos enviados á la Samaria², que tan pronto asirios, tan pronto israelitas, confundian las santas ceremonias de la Judea con las supersticiones de su país, y despues de haber adorado al verdadero Dios, iban á incensar á los ídolos?

27. Todo os aparta de Dios: la corrupcion de la naturaleza, cuando no está reprimida la impresion que hace sobre los espíritus un mal ejemplo; la preocupacion que causa la costumbre sin que se la perciba; la irresolucion y la inconstancia casi inevitable cuando hay muchas obligaciones; el peligro que hay en la multiplicidad de obligaciones de no aplicarse á la principal; la inclinacion que hay á desear lo supérfluo, cuando se ha adquirido lo necesario; la disipacion del espíritu en los diferentes cuidados que le turban y le inquietan; y, en fin, todo ese comercio del mundo, cuyas conversaciones, cuyas palabras, cuyas acciones y cuya vista misma son contagiosas.

28. Pero las vírgenes de Jesucristo apartan de su corazon todos los obstáculos que se oponen al amor de Dios³, y son contrarios á la perfeccion: la codicia de los bienes por la pobreza, el deseo de los placeres por la castidad, y el desarreglo de la voluntad por la obediencia. Apartan de sí todo motivo de distracciones que pueden apartarlas de Dios, el cuidado de las riquezas, el cuidado de una familia, el cuidado de su propia conducta en las diferentes ocasiones de la vida. Ellas sacrifican á Dios todo lo que pueden poseer, todo lo que pueden amar, todo lo que pueden desear, y reducen todos sus afectos á la simplicidad del Cristianismo. Ellas no tienen sino un principio, no tienen sino un objeto, y no tienen mas que un fin; ellas no tienen que pensar sino en Dios y en vivir ocupadas en la

¹ Væ duplici corde! (*Eccli.* II, 14). — ² IV Reg. XVII.

³ Mulier autem inupta et virgo cogitat quæ Domini sunt. (*I Cor.* VII, 34).

admiracion de su bondad, en el reconocimiento de sus beneficios y en la esperanza de sus promesas. Siempre recogidas, siempre exentas de estas ansiedades y de estos deseos violentos que nos sacan fuera de nosotros mismos, pueden decir lo que decian los antiguos cristianos en el despojo de todas las cosas y en su perfecta tranquilidad ¹: *Todos mis negocios se encierran en mí mismo, y todo mi cuidado es no tener ninguno.*

29. ¡Qué diferente es esta condicion de la de los cristianos en la vida comun! Los unos, limitados á unas virtudes medianas, y teniendo casi necesariamente la tierra por una parte de sí mismos, son llamados al servicio de Dios. Otros, consagrados en las virtudes mas perfectas y en las mas nobles funciones del Cristianismo, teniendo ya su conversacion en los cielos, pueden llamarse *los ciudadanos y los domésticos de Dios* ². Aquellos, cargados de la pesada carga de las ocupaciones exteriores, caminan lentamente en los caminos de Dios; estos, descargados de todo cuanto puede retardarles su curso, caminan á paso largo hácia la Jerusalem celestial. Demasiado felices los primeros en guardar los mandamientos, tienen bastante trabajo en llegar á ser buenos; dedicándose los segundos á cumplir hasta los consejos, trabajan en llegar á ser perfectos. Siguen los unos á Jesucristo hasta la cruz, los otros son crucificados con Jesucristo.

30. Esta es, amada hermana mia, vuestra vocacion. El dia de hoy poneis un espacio infinito entre vos y el mundo. Os prohibís su comercio, renunciáis sus usos y sus costumbres, borrais tambien de vuestro espíritu todas sus ideas, vuestra voluntad propia no debe obrar ya mas; este es un don que habeis resuelto hacer á Dios, y seria inícuo volvérselo á quitar. Ningun afecto del siglo debe moveros ya; esto seria dividir vuestro corazon, y Dios os lo pide todo entero. Ninguna mirada se os debe escapar mas hácia la parte del mundo; os habeis vuelto hácia Dios, y él os prohíbe el volver á mirar atrás.

31. Vuestras obligaciones son grandes y vuestros empeños muy estrechos; pero las recompensas que os aguardan son mucho mayores. Paréceme que oigo una voz que viene del cielo, que responde á los votos que le haceis, y volviéndoos Dios promesa por promesa, os dice en este dia: Tú desprecias por mí los bienes temporales, y yo me obligo á colmarte de todos los espirituales. Tú te

¹ *In me unicum negotium est. Hoc unum curo, quod nihil curem. (Tertul.).*

² *Cives sanctorum, et domestici Dei. (Ephes. II, 19).*

despojas de tí misma, y yo te llenaré de mi espíritu. Tú abrazas mi cruz, y yo te daré mis coronas. Tú prometes privarte de todos los placeres de los sentidos, y yo te prometo saciarte del torrente de delicias que preparo á los que me han servido fielmente. Estas son, amada hermana mía, las recompensas que podeis aguardar de la misericordia del Señor y que yo os deseo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

PARA LA PROFESION RELIGIOSA

DE UNA RECIEN CONVERTIDA.

*Venite, audite, et narrabo, omnes qui
timetis Deum, quanta fecit anima mea.
(Psalm. Lxv, 16).*

Ó vosotros todos los que teméis al Señor, venid, escuchad, y os contaré todo lo que ha hecho á mi alma.

1. ¡Hubiéseis vos creído, amada hermana, que el Esposo de las vírgenes os aguardaba en esta soledad desde los días de la eternidad? Esto era, pues, lo que queria de vos, cuando hacia exhalar de vuestro corazon tan profundos suspiros, y cuando vos misma ignorábais por qué gemáis. ¡Oh misterio de la gracia! ¡Oh caminos de Dios en el corazon del hombre, desconocidos al hombre mismo! ¡Oh Dios, abismo de sabiduría y de amor!

2. Hija cristiana, elevad vuestra voz, convocad á este espectáculo los hombres y los Ángeles. Decid en un humilde transporte: Ó vosotros todos los que teméis al Señor, apresuraos á venir; vosotros me veréis, y veréis la gracia en mí. Pueblos, reuníos, acudid en tropel; que las extremidades de la tierra lo oigan, que toda la carne se admire y se conmueva; porque ha mirado la humildad de su sierva, y ha hecho en mí grandes cosas el que es poderoso. Hijos de Dios, dad gloria á su obra. Que la tierra y el cielo se llenen de su nombre. Que todo lo repita hasta en el fondo de los abismos; que todos se unan á mí para cantar el tierno cántico, el cántico siempre nuevo de las eternas misericordias: *Venite, audite, etc.*

3. Expliquemos, pues, amada hermana, en las dos partes de este discurso, no para vuestra gloria sino para la de Jesucristo, lo que él ha obrado en vuestra conversion, y lo que ha preparado en vuestro sacrificio. Por lo primero, vos instruiréis al mundo de la riqueza de la gracia; y por lo segundo, seréis instruida vos misma de lo que la gracia debe obrar en vos en esta soledad. Ved aquí to-

do el plan de mi discurso. Ó Espíritu, ó llama celestial, que vais á abrasar la víctima, sed Vos mismo en mi boca una lengua de fuego. Haced que mis palabras, como otras tantas flechas encendidas, penetren é inflamen los corazones. Concedédnoslo, Señor, porque se interesa en ello la alabanza de vuestra gracia. María, Madre de las vírgenes, orad por nosotros. *Ave María.*

4. Yo adoro con temblor, hermanos míos, ese juicio que es un abismo, ese profundo consejo por el que Dios permite que tantos párvulos sean entregados al error. ¿Por qué ese ángel tierno, tan simple, tan inocente, mama con la leche el veneno; y los padres que Dios le ha escogido, por su ternura ciega causan su desgracia? ¿Deberá hacerlo culpable su misma docilidad? ¡Oh Dios! Vos sois en todo justo. Nosotros sabemos por Vos mismo que nada odiais de cuanto habeis hecho, que Vos sois el Salvador de todos, que todos vuestros caminos son verdad y misericordia: á Vos solo corresponde alabanza en vuestro secreto; á nosotros el silencio, el temor y la adoracion. Mas sin penetrar demasiado, hermanos míos, concluyamos con san Agustin, que Dios ve en un corazon una malignidad sutil que nuestros ojos, demasiado acostumbrados á una corrupcion mas grosera, no pueden percibir. Él ve el orgullo naciente que abusa ya de las primicias de la razon, y que merece que un torbellino de tinieblas venga á confundirle; el abuso de las riquezas, de los placeres, de los honores, de la salud, de las gracias del cuerpo y del espíritu. La vanidad es la que abusa de las cosas casi tan vanas como ella. Mas abusar de la razon, en el punto esencial de la Religion, es resistir al Espíritu Santo, es extinguirlo, es hacerle injuria, es volver el mayor don de Dios contra Dios mismo.

5. Joven criatura lisonjeada y deslumbrada con nuestra propia belleza, eso mismo que el mundo admira en vos es lo que Dios detesta. En esos ojos inocentes de la infancia se despliega ya una altanería funesta, una razon débil que se cree fuerte, una presuncion que nada contiene y que se eleva sobre todo, un amor propio que raya en idolatría. Ved aquí lo que Dios castiga.

6. Error de una alma embriagada de sí misma, castigado bien pronto con otros muchos errores. ¿No la veis como corre tras los ídolos de su invencion? No creais que ella sea dócil; ó al menos solo lo es á la lisonja. Se le dice: leed la Escritura, juzgad por vos mismo, preferid vuestra persuasion á toda autoridad visible; vos entenderéis mejor el texto que la Iglesia entera, de quien tenéis

los Sacramentos y la Escritura misma; el Espíritu Santo no dejará de inspiraros por su testimonio interior, y vuestros ojos se abrirán, y al leer con este espíritu la divina palabra seréis como una divinidad. Esto se le dice, y ella no se ruboriza de creerlo. ¿Y es acaso docilidad dar oídos á esas palabras de serpiente? No, eso es presuncion; porque no es deferir á la autoridad, es por el contrario hollar la autoridad mayor que la Providencia ha puesto en el mundo, para erigirse en su propio corazon un tribunal supremo. Ved aquí, hermanos míos, el primer golpe que ha dado la muerte á esa jóven, por otra parte tan inocente y tan digna de compasion; ved aquí el fómes de error que Dios en su cólera pone en la boca de los hombres soberbios para precipitarlos en la mentira. Tales fueron, amada hermana, los primeros pasos que os extraviaron del verdadero camino y que pusieron insensiblemente un muro entre vos y la verdad. Hasta entonces todo era católico en vos, todo, hasta la sumision tan absoluta que teníais á los falsos pastores. Vuestro bautismo, aunque administrado fuera del seno de la unidad por manos rebeldes, era sin embargo el único bautismo que, donde quiera que se encuentra, pertenece á la única Iglesia, y que recibe su virtud, no de la disposición del ministro, sino de la promesa inmutable de Jesucristo. Vos hicísteis en la unidad todo lo que obrásteis sin intencion de romperla; vos no comenzásteis á ser verdaderamente protestante sino en el momento fatal en que dijísteis en vuestro corazon y con plena libertad: yo confirmo la separacion de mis padres; y al leer la Escritura juzgo que la Iglesia, de quien nos separamos, no la entiende. Á esa palabra tan dura y tan altanera el Espíritu, que solo reposa sobre los mansos y humildes de corazon, se retira; el lazo fraternal se rompe; la caridad se extingue; las tinieblas entran por todas partes; la autoridad, tan clara en el Evangelio para prevenir las mas sutiles distinciones, tan necesaria para sostener á los débiles, para contener á los fuertes y para conservarlo todo en la unidad, esa autoridad sin la que la Providencia se faltaria á sí misma para la instruccion de los simples é ignorantes, solo parece ya una tiranía. ¡Cuántos males nacen de esta fuente! confianza temeraria en la eleccion divina, inspirada á cada particular en perjuicio del temor y temblor con que se debe obrar la salvacion; desprecio de la antigüedad en el acto mismo en que se aparenta seguirla; audacia frenética que trata á los padres espirituales de crueles y supersticiosos y precursores del Anticristo; palabra del Salvador que debia ser un lazo eterno de

concordia, hecha el juguete de una vana sutileza en las disputas escandalosas; divinos oráculos entregados á las visiones y á los sueños impíos de todas las sectas que se multiplican hasta lo infinito y que se despedazan cruelmente. ¡Oh! mi boca no acabaria nunca!

7. Ved aquí lo que la Reforma produce en el Norte desde el último siglo, frutos por los que se debe juzgar del árbol. ¿Y qué remedio podrá ponerse á estos males? ¿Será la Escritura, hermanos míos? ¡Ay! de ella se hace un miserable abuso; y ella, semejante al mismo Dios que la inspira, léjos de instruir á los soberbios, los resiste, y solo revela la verdad á los humildes. Así es que los protestantes se ven obligados á confesar que la Escritura aun en los puntos fundamentales no está clara sin la gracia, es decir, que solo lo está para los humildes, que son los que tienen el espíritu de Dios.

8. Ya lo veis, hermanos míos, toda la certeza de su fe y de su inteligencia en la Escritura solo se funda en la certeza de su humildad. ¡Extraña certeza! porque ¿qué cosa hay mas soberbia que creerse humilde? ¿Dónde están esos pequeños á quienes se revelan los misterios, en tanto que se ocultan á los grandes y á los sabios del siglo? ¿Se pueden llamar pequeños los protestantes, que por sus principios se hallan en la necesidad de creerse humildes y llenos del Espíritu Santo, y que por consiguiente son grandes á sus propios ojos? Ellos ¿que no temen engañarse al explicar la Escritura, aun cuando aseguran que la Iglesia entera se ha engañado durante tantos siglos?

9. Notad tambien, hermanos míos, que no es precisamente la palabra de Dios lo que constituye el fundamento de su fe, sino su propia explicacion; porque no hay cuestion acerca del texto, en que todos convienen igualmente, sino acerca del verdadero sentido que se le debe dar; y este verdadero sentido cada uno lo da segun su propio discernimiento, que viene á ser por lo tanto el único apoyo de su fe, como si él tuviera personalmente la infalibilidad que niega á la Iglesia.

10. ¡Oh profundidad, exclama san Agustin por experiencia propia en su conversion! ¡Oh libros inaccesibles al orgullo de los sabios del siglo! Vosotros sois la espada de dos filos; vosotros derramais una luz vivificante, mas tambien salen de vuestro seno las tinieblas vengadoras. En tanto que los pequeños, temblando en el seno de su madre, se defienden de todo por su humildad, los sabios por su orgullo todo lo convierten en ponzoña. Yo veo á ciertos cristianos, que así como los judíos se creian la raza bendita, los

herederos de la alianza y los intérpretes de los oráculos, los leen diariamente con un velo en el corazón. Ellos dicen continuamente: ¡la Escritura, la Escritura, la Escritura! como los judíos decían: ¡el templo, el templo, el templo! Mas el espíritu de la Escritura, que es el único que puede vivificar y que solo se ha prometido al cuerpo de la Iglesia, los ha abandonado cuando ellos le han abandonado á él, y la letra sola les mata.

11. De este modo, amada hermana, brillaba en vos la luz en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la comprendían. La costumbre, que puede siempre mas de lo que se cree; la confianza en vuestros ministros, que bajo una libertad aparente tenían todos los espíritus sujetos á las resoluciones de los sínodos nacionales; los vínculos de la carne y de la sangre, ¡ah! tristes vínculos que no puedo yo nombrar sin hacer la mas dolorosa herida en vuestro corazón! en fin, un odio hereditario á la Iglesia, odio que al solo nombre de Roma conmovia vuestro interior; todas estas cosas os quitaban la libertad y el dominio sobre vos misma. Vos escuchábais, no para examinar sino para contestar. Un silencio perezoso, una risa desdeñosa ó una respuesta sutil rechazaba las razones cuya fuerza no conocíais aun. Y en cuanto á aquellas que os convenían, ¿qué efectos causaban en vuestra alma? Yo no temo decirlo, porque sé la alegría que daré á vuestro corazón, refiriendo con vuestras miserias las misericordias celestiales. Recordemos, pues, aquellas lágrimas de un orgullo impotente é irritado de su impotencia.

12. ¿Quién creerá, hermanos míos, que el exámen, único fundamento de la Reforma, sea sin embargo lo mas difícil de obtener de ella? Inquirid diligentemente las Escrituras, os dice. Mas no creais que deja á todos la facultad de hacer un exámen imparcial. Ella quiere que se lea y que se juzgue, pero con condicion de que el juicio se haga siempre con prevencion. Porque si lo hacéis de buena fe, y llegais al punto de poner en duda la religion protestante, al momento se enfurecen contra vos, y exclaman: estais perdido, porque habeis dado oídos á la voz del encantador. Y qué, ¿no debe el juez procurar saber si lo que se le dice es un encanto ó una verdad? ¡Oh Reforma! ¿no es bastante que inspireis á cada particular la temeridad de constituirse en juez? ¿Es necesario además para colmo de la temeridad querer que cada cual sea juez á ciegas? Vos que preferís el exámen y el juicio particular á toda autoridad, ¿cómo os atreveis á decir que se pierde el que examina? ¿Qué re-

ligion es esta que desaparece cuando se la mira con ojos indiferentes y con la integridad de un juez que debe desconfiar igualmente de las dos partes? Mas la Reforma sabe bien que caerá sin recurso al primer embate.

13. ¡Cuántas veces he experimentado yo lo que voy á decir! Vos os habeis convencido de todos los artículos, y creéis haberlo hecho todo; mas nada habeis hecho si por un poderoso estímulo de piedad no elevais el alma sobre sí misma para hacerle conocer en lo que consiste la humildad, si no trastornais el fondo de una conciencia, si no teneis un corazon suspenso y como en el aire sobre todas las preocupaciones. En vano herís á fuerza de muchos golpes el grande árbol cuyo tronco inmoble llega hasta el cielo, y cuyas raíces se ocultan entre las entrañas de la tierra; vosotros solo cortais las débiles ramas que brotan diariamente. Mas cortad las raíces vivas, entrelazadas profundamente, y veréis como cae el árbol por su propio peso.

14. Vos amábais la mentira, amada hermana, mas la verdad os amaba á vos; antes de la creacion del mundo pertenecíais á ella y debíais al fin amarla. Vos estábais lejos de Dios, mas él estaba en medio de vos; vos le burlais sin querer oírle, mas su misericordia os perseguia. Su hora llega, él truena, relampaguea y destruye el orgullo indómito; y ved aquí que caen las escamas de esos ojos cerrados á la luz.

15. Señor, ¿qué quereis haga? exclama ella como Saulo. Mas ¿qué veo? ¿en dónde estoy? ¿qué se han hecho todos aquellos objetos que yo creia ver tan claramente? todo se ha desvanecido, todo aquello que me servia de apoyo se ha deshecho entre mis manos. Mi vida entera no ha sido mas que un sueño, y ahora principio á despertar. ¿Dónde estais vosotros, ó libros en que yo esperaba? Al presente me ruborizo de la fábula que me llenaba de admiracion; ¿y es esto lo que ha encantado por tanto tiempo mi corazon? Luego hasta ahora he vivido extraviada del camino de la verdad; el sol de la sabiduría no se ha elevado sobre mi cabeza, ni la luz de la inteligencia ha brillado jamás sobre mí.

16. ¡Ay! continúa ella con san Agustín, ¿puede el hombre dejar de caer en el precipicio cuando quiere servirse de guia á sí mismo? Señor, que se rian de mi flaqueza y de mi inconstancia aquellos á quienes no habeis traído todavía á vuestros piés para abatir su orgullo, nada me importa; nada me impedirá confesar la gloria de vuestro nombre, mi vergüenza y mis errores. Ellos dirán que

jamás he sido humilde. ¿Y cómo lo habia de ser, cuando mi religion me prohibia serlo, obligándome á preferir mi opinion particular al comun consentimiento de todas las iglesias, como si mi persuasion fuera el testimonio del Espíritu Santo mismo? Ellos añadirán que vos me cegais para castigar mi orgullo. ¡Ay! yo lo merecia, Señor; mas vos curaréis este orgullo que deberíais castigar y que ellos han alimentado; al menos vos me lo haceis desear. ¡Oh Padre de las luces y de las misericordias! ¡oh Dios de todo consuelo! Vos me haceis conocer la verdad, haciéndome conocer mi miseria y mi impotencia. Sea bendito para siempre aquel que me arranca del poder de las tinieblas para trasladarme al reino de sus amados hijos! *O vosotros todos los que temeis al Señor, venid, escuchad, y yo os contaré todo lo que ha hecho á mi alma.*

17. Desde este momento le infunde Dios en su corazon la gracia que todo lo enseña, quiero decir, el consuelo de la sumision. ¡Oh amable reposo, decia ella, reservado á aquellos que quieren ser mansos y humildes de corazon! ya no tengo necesidad de razonamientos, esta es la infancia marcada en el Evangelio, el camino abreviado de los pobres de espíritu que Jesucristo llama bienaventurados; cerrar los ojos y no ver mas que su ignorancia y la voluntad de Dios, que jamás deja á sus hijos en su Iglesia sin una guia firme y segura. Léjos de que este camino sea difícil á los ignorantes, cuanto mas ignorantes sean, mas capaces son de seguirlo; porque aun la ignorancia misma, con tal que sea humilde, puede caminar por él con seguridad. Ved aquí, pues, lo bastante para conocer, sin lectura ni exámen, la necesidad de una providencia perpétua sobre la Iglesia conforme á las promesas. Mas ¿cuál es esta Iglesia? ¡Ay! ¿puede dudarse un momento? ¿Se debe oír á ninguna otra mas que aquella de quien confiesan las demás que han salido, y á quien se atribuye en virtud de las promesas la plena autoridad de que necesitan todos los humildes para ser conducidos?

18. Dios le concedió asimismo la gracia de gustar el misterio de amor que subleva á los espíritus soberbios. La Escritura, decia ella, no tiene menos autoridad en el misterio de la Eucaristía que en el de la Encarnacion. Todo es real y verdadero en los dones de Dios. La misma carne que su Hijo tomó realmente por los hombres en general ha dado á cada uno de nosotros en particular en la Eucaristía con la misma realidad. Cualquiera que ama y siente cuán amados somos de Dios, no debe hacer otra cosa que callar y ado-

rarle. Que no se me importune mas. Aquí el amor puro lo entiende todo á la letra. Esta carne verdadera es verdadera comida. ¡Oh hermanos míos! ¿por qué os esforzais en quitarme á Jesucristo y no dejarme mas que su figura? ¿Por qué tanta turbacion? ¿que temeis pues? ¿Temeis ver que Jesucristo nos ha amado hasta el punto de darnos su propia carne? ¿Por qué decís, pues, que solo nos da su propia sustancia? ¿Nos da acaso lo que no está en las especies sacramentales? La sustancia de un cuerpo ¿no es el cuerpo mismo? ¿Por qué hablais como los católicos sin creer como ellos? ¿por qué no creéis como hablais? Con vuestras explicaciones forzadas y alegóricas no haceis otra cosa que trastornar la autoridad del texto que tanto amais, y dejar el sentido al arbitrio de cada uno. Si no se toma á la letra en la sagrada Escritura todo lo que puede tomarse sin contradecir manifiestamente otros lugares mas claros, se destruyen los misterios. Aplicad á la Trinidad y á la Encarnacion el sentido figurado que dais con tan poco fundamento á la Eucaristía, y el Cristianismo no es mas que un nombre, la Escritura solo un conjunto de alegorías susceptibles de todos los sentidos, y la impiedad sociniana triunfa. Mas ¡cuán dulce es creer la presencia real de Jesucristo! ¡Cuánto enternece! ¡cuánto anima! por consiguiente, ¡cuán provechosa para nosotros, y cuán digna del que nos ama tanto!

19. ¡Léjos de mí, filosofía curiosa y soberbia, sabiduría convencida de locuras, elementos viles de una ciencia terrena! ¡Léjos de mí, carne y sangre que no podeis revelar los misterios! ¡Bienaventurados aquellos que creen sin ver! Hombres carnales, hombres de poca fe, responded. ¿De qué dudais? ¿Dudais de la bondad, ó dudais del poder de Jesucristo que, para definir lo que tan liberalmente nos da, dice: *Este es mi cuerpo*? ¿Temeis que el Verbo, que se anonadó al hacerse carne sin dejar por eso de ser Dios, no pueda darnos esa misma carne, sin perder nada de su gloria, por mas ultrajes que reciba el velo corruptible que lo oculta? Vuestro escándalo prueba que no conocéis aun la majestad inalterable de Jesucristo ni el exceso de su amor.

20. Supuesto este fundamento, ninguna dificultad encuentro en lo demás. Ved aquí, pues, lo que ella añade: La Reforma, que debe ser tan celosa en conservar la integridad de las figuras, pues que reduce á dos figuras todo el Sacramento, no ha dejado por eso de suprimir una de ellas en favor de aquellos que tienen aversion al vino: ¿y cómo se atreve á echar en cara esta supresion á los cató-

licos, que buscan menos en la Eucaristía las figuras que el mismo Jesucristo vivo, y por consiguiente todo entero bajo cada una de las dos especies?

21. ¿Qué es lo que puede faltar al que recibe á Jesucristo, única fuente de todas las gracias? Mas, en fin, quedando salva la integridad del Sacramento bajo una sola especie, segun lo confiesan los protestantes en su práctica, resta el punto de disciplina, á saber, los casos en que esta comunión perfecta y entera en sí misma deba ser permitida.

22. ¿Será un atentado hacer, para conservar el lazo inviolable de la unidad, obedeciendo á la verdadera Iglesia, lo que se hace entre los protestantes en favor de la repugnancia de un particular? Sobre todo, si prescindiendo de la preocupacion y de la costumbre se discurriese sobre el Bautismo, como hacemos sobre la Eucaristía, era necesario concluir que no existe en la tierra muchos siglos há ninguna Iglesia verdadera visible ni invisible, y por consiguiente que las promesas fueron engañosas; en fin, que no quedan otros cristianos mas que los anabaptistas. Porque, al fin, Jesucristo no dijo formalmente: dad el cáliz á todas las naciones; como es necesario confesar que significan las palabras tomadas en todo su rigor: enseñad á todas las naciones sumergiéndolas en el agua; ¿dudaré yo de las promesas de Jesucristo á su Iglesia? ¿Condenaré mi bautismo, y me haré bautizar de nuevo? ¡No lo permita Dios! Ese extremo de duda causa horror. ¿Por qué, pues, no me he de contentar, estando tan seguro de comulgar bien sin el cáliz, como de haber sido bien bautizado antes del uso de la razon, y sin inmersión?

23. Los fieles del tiempo de los Macabeos y sus ofrendas enviadas á Jerusalem ponen ante sus ojos las almas justas y predestinadas que, por tener ciertas faltas que expiar, tienen necesidad de socorros despues de esta vida. Ved aquí, dijo ella, uno de los fundamentos de la oracion por los muertos que la Iglesia judáica practicaba con tanta piedad antes de Jesucristo, y que los antiguos Padres nos dejaron como depósito recibido, por todas las Iglesias del universo, de la mano misma de los Apóstoles.

24. ¿Y por qué no se ha de pedir su auxilio á nuestros hermanos del cielo como á los de la tierra, á fin de que esta porción que descansa ya en el seno de la paz y que forma con nosotros una misma Iglesia se una á nuestros votos, y que así todos reunidos no formemos mas que un solo corazón y una sola voz para rogar á

Jesucristo nuestro comun y único mediador? Sin duda esa Iglesia celestial, que se llena de alegría cuando uno solo de nosotros hace penitencia, nos ve y nos oye en el seno del Padre de las luces, donde ella reposa. Mas no permita Dios, añade ella, que yo confunda una imagen muerta é incapaz por sí misma de toda virtud con el Dios vivo é invisible que adoro, ni que ella me parezca jamás una imagen suya exacta, porque él es espíritu, y no tiene figura. Ella no sirve mas que para edificarme y enternecerme. Por ejemplo, ella pone tan al vivo ante mis ojos á Jesucristo desnudo, extendido en la cruz, azotado, escarnecido y espirando, que me siento como transportada al Calvario, y creo ver el Hombre de dolores. San Pablo quiere que yo tenga continuamente una imagen grabada en mi interior; ¿y por qué no he de tener tambien otra en el exterior, cuando ellas son precisamente de la misma naturaleza, de un mismo uso, y cuando la una es tan útil para conservar la otra? ¡Oh imagen adorable del Salvador muriendo por mis pecados! Yo me guardo bien de servirla, porque tengo gran cuidado en no servir mas que á aquel que representa; mas por su amor me sirvo de ella y la honro, como al libro de los Evangelios, que solo es una imagen de las acciones y de las palabras del Salvador, ó como se saluda á un pastor ante quien se dobla muchas veces la rodilla, aun entre los protestantes.

25. Mas ¿qué veo, hermanos míos? Tan viva es su fe y tan arraigada que ninguna cosa le espanta. Ella entra en nuestro culto, como en su propia heredad que le habia sido arrebatada. Se ha dejado, dice ella, el oficio divino en el antiguo idioma de la Iglesia, que no cambia jamás y que es el mas universal de todas las naciones cristianas: esto se ha hecho por la uniformidad, para dar á tantos pueblos de diversas lenguas un lazo de comunicacion en las mismas súplicas, y, en fin, para evitar las alteraciones del texto sagrado, tan peligrosas en el cambio continuo de las lenguas vivas. ¿Se puede llamar lengua desconocida aquella á la que no se puede en conciencia responder *Amen*, aquella que es familiar á casi todas las personas instruidas y de la que se ponen en manos del pueblo versiones fieles? ¿Es acaso mas desconocido el latín á los pueblos cristianos que el francés del siglo pasado á los habitantes de Gascuña y á los de otras provincias que en la Reforma solo cantaban los Salmos y leían la Biblia en esta lengua tan distinta de la suya y tan desconocida para ellos?

26. Observando despues nuestras ceremonias añadia: ¿Y es esto

lo que yo llamaba supersticion? Yo no veo aquí otra cosa que la representacion sensible de nuestros misterios para mover mejor á los hombres por medio de los sentidos. Es no conocer á los hombres darles un culto desnudo y árido como el nuestro. Aquí hay mas sencillez, y se percibe mejor el espíritu de la Escritura. La Escritura toda se representa sucesivamente á los ojos del pueblo en el discurso del año; espectáculo que instruye, que consuela, y que bien léjos de separar á sus hijos del culto interior, los anima para que adoren al Padre en espíritu y en verdad. ¡Oh Dios! yo he blasfemado de lo que ignoraba. Yo temia exteriormente los ídolos, y por mi desgracia no temia en el interior mi propio espíritu de que era idólatra. Yo he abusado de los conocimientos que Dios habia infundido en mi espíritu, como las mujeres vanas abusan de las gracias de su cuerpo. No, yo no quiero pensar en adelante en otra reforma que en la de mí misma.

27. En el momento un torrente de lágrimas sale de sus ojos, y nada le es ya grato mas que el llanto. ¡Oh, cuán preciosas son esas lágrimas de un corazon contrito y humillado! ¡Cuán diferentes son, amada hermana, de las que os habia arrancado el orgullo! ¿Qué se ha hecho aquel aire de confianza? ¿Dónde están aquellos ojos altivos de que habla la Escritura? Yo no veo mas que una alma encorvada, temblorosa y pequeña á sus propios ojos, sobre la cual se complace Dios en fijar los suyos. Ella gime, ella calla; sus manos armadas de indignacion golpean su pecho, y nada la consuela mas que su fe, que le hace gozar de la verdad que ha encontrado. Ella no se deja llevar de la carne ni de la sangre. Señor, Vos solo sabeis con cuánta violencia se desprende de esa íntima porcion que no puede atraer á Vos. No olvideis el sacrificio que ella hizo al dejar á sus padres. No perdais de vista sus lágrimas, sus penitencias, sus huesos descoyuntados y sus entrañas desgarradas. Concededle, Señor, el único deseo de su corazon: lo que ella os pide es para vuestra gloria; concededle como á Abrahan la amada víctima que os ha inmolado.

28. Yo la veo ya firme sobre la orilla, tendiendo la mano á los demás que salen del naufragio detrás de ella, y espaciando su corazon sensible al dolor comun. Yo oigo por todas partes los gritos de los que dicen: ¿No es esta la que corria tras de la mentira por las sendas tenebrosas? ¿Por qué camina ahora á los rayos de la verdad y á la luz del Dios de Jacob? ¿Cómo evangeliza al presente la que antes destruia el rebaño de Jesucristo?

29. Mas una voz secreta la llama de repente, el espíritu la arrebató, y camina sin saber dónde. Finalmente, se presenta á sus ojos la alta montaña, donde las vírgenes siguen al Cordero por donde quiera que va, y donde llueven noche y día las bendiciones celestiales. Ella corre, ella admira, y no puede saciar sus ojos ni su corazón.

30. ¿Qué encuentra en esos desiertos? Plantas que riega un río de paz y de gracia, y donde florecen las virtudes mas olorosas; ojos que jamás se abren á la vanidad, y que no se dignan mirar lo que alumbra este sol pasajero; un silencio semejante al de la celestial Jerusalen que solo es interrumpido por los cánticos de las nupcias sagradas del Cordero; la alegría dulce é inocente del paraíso terrenal con la penitencia del primer hombre que trabaja con el sudor en su frente; la santa palidez del ayuno pintada en todos los semblantes con la serenidad del amor de Dios; una sola voluntad que, siendo inspirada de lo alto y conducida por la regla, tiene las demás voluntades en suspenso; un solo movimiento de todos los cuerpos, como si no hubiera mas que un alma, una sola voz y un solo corazón; Dios que se manifiesta sensible, y que se hace todo en todos. De allí nacen los santos deseos, y se elevan los mas ardientes votos; de allí suben hasta el cielo los dulces perfumes que aplacan á la justicia divina; de allí esas almas vírgenes rompiendo los lazos terrenos vuelan al seno del Esposo, y ya divisan las puertas eternas que se abren, con la palma y la corona que les espera. ¡Ay! dice ella, ved aquí lo que nuestros padres han querido reformar, esto es lo que han llamado ellos invencion de Satanás. Esto no era cortar las ramas muertas, sino destruir las flores y los frutos; era arrancar el tronco vivo hasta las mas profundas raíces. El estado pobre, penitente y solitario de los antiguos Profetas, de san Juan Bautista, de Jesucristo mismo, de tantas vírgenes, de todos los ángeles de la tierra que poblaban otra vez los desiertos, no es temerario y supersticioso.

31. Se encuentran debilidades, podrán decir, en los claustros mas austeros. ¡Ay! ¿y deberá causar admiracion encontrar en los hombres algun resto de humanidad? Mas estas imperfecciones, bien léjos de corromper la raíz de la virtud, la ponen á cubierto del orgullo, humillando á las personas que experimentan así su fragilidad. Mas estas imperfecciones que se echan en cara son mas inocentes á los ojos de Dios que las virtudes mas brillantes de que el mundo se gloria. ¡Oh belleza de los antiguos tiempos de la Iglesia,

que jamás envejece, muéstrate todavía á la tierra despues de tantos siglos! ¡Oh dulce imágen de la patria celestial, que consuela á los hijos de Dios en las miserias de este destierro y entre tanta corrupcion, por qué os he conocido tan tarde! ¡Cuánto no he perdido por haberos ignorado!

32. ¡Oh hermanos míos, que no habeis salido todavía de la noche en que yo estaba sumergida como vosotros! ¡Quién me diera poderos mostrar lo que estoy viendo! Señor, acabad vuestra obra. El mundo es la region de tinieblas, lo mismo que la sociedad de donde me habeis sacado. Yo oigo la voz del Esposo que me llama. Ella hace estremecer mis huesos humillados; y yo exclamo: ¡Oh Dios! ¿quién hay semejante á Vos? En este asilo los dias pasan en paz. Uno de estos dias puros y serenos á la sombra del Esposo vale mas que mil en los goces del siglo.

33. ¿Qué resta ya, amada hermana, sino que acabe la obra el que la ha principiado? Regocijaos, pues, en el Señor; mas regocijaos con temblor en medio de sus dones, porque aun cuando son consoladores, son tambien terribles.

34. ¡Oh dones de Dios, qué juicio tan severo preparais al alma que os recibe y os desprecia! Ved aquí la maldicion que pesa ya sobre la tierra ingrata que la mano de Dios cultiva, y que no da fruto alguno. Apresuraos, pues, hermana mia, á fructificar; no aguardéis las grandes ocasiones que son tan raras y tan señaladas. En las ocasiones comunes que acontecen á cada momento, cuando el orgullo no está preparado, cuando la naturaleza fatigada se abandona á sí misma, es cuando la verdadera piedad debe probarse y sostenerse. Recordad que el yugo de la Religion léjos de ser una carga es un apoyo. La obediencia no es esclavitud, sino un alivio de nuestra flaqueza. Se obedece á Dios guardando en la sociedad la subordinacion debida, y obedeciendo al hombre que la representa. Muchas veces los defectos de los superiores nos son mas útiles que sus virtudes; porque nosotros tenemos mas necesidad de la cruz para morir á nosotros mismos, que de buenos ejemplos para edificarnos. La regla no es mas que un simple régimen del alma para dedicarse en el retiro á la perfeccion evangélica con mas facilidad, con menos tentaciones y menos peligros. El claustro no es un cautiverio, sino un asilo. ¿Cuál es el hombre que mira como prision la fortaleza donde se atrinchera contra el enemigo para salvar su vida? El soldado dispuesto para la batalla ¿considera sus armas como un peso? En esta casa, amada hermana, solo se obe-

dece á los superiores para obedecer la regla, y á la regla para obedecer al Evangelio. No se obedece á esta autoridad dulce y caritativa sino para dejar de obedecer al mundo, al pecado y á las pasiones mas tiránicas. Si se abandonan en ella los falsos bienes, es para revestirse de Jesucristo, que nos ha enriquecido con su pobreza. La virginidad misma del cuerpo solo se refiere á la del espíritu. ¡Cuán bello es reservar cuidadosamente en un profundo recogimiento todos los deseos y todos los pensamientos á el sagrado Esposo! No lo dudeis, hermana mia, la medida de vuestro fervor será la de vuestro gozo. Guardaos, pues, de perderla. La perfeccion, léjos de sobrecargaros, os dará alas para volar por los caminos de Dios. Señor, exclama san Agustín, yo no puedo sufrir el peso de la carga, porque no estoy todavía bastante lleno de Vos.

35. Creed, amada hermana, y recibiréis segun la medida de vuestra fe; comenzad por la fe viva y por el puro amor que nada reserva. No temais nada en esa privacion; dadlo todo á Dios, porque aun cuando todo se lo deis, ¿qué le habréis dado? La espuma que arroja la tempestad, el humo que se lleva el viento, el sueño que se disipa al despertar, la vanidad de vanidades, que os haria no solo culpable, sino desgraciada desde esta vida. ¡Oh mundo! da aquí un testimonio contra tí mismo; porque de tu boca profana arranca Dios la verdad. ¿Qué es lo que yo oigo entre los hijos de los hombres, desde el que está entre cadenas hasta el que se sienta en el trono, sino gemidos amargos de corazones oprimidos? ¡Cuán to no les cuesta vivir en su esclavitud! Todo contribuye á desgarrar sus corazones, hasta la esperanza misma, que es la que los sostiene. Mas Dios, amada hermana, Dios fiel en sus promesas, rico en sus misericordias, inagotable en sus dones, Dios os lo dará todo, y apagará en vos todo deseo, dándoseos él mismo para siempre. Mas vos que os dais á él guardaos bien de retractaros.

36. El tentador dirá tal vez: ese sacrificio es demasiado grande. Pero no lo oigais; tened presente que todo lo que debe acabar es corto. La vida corre como un rio; los tiempos se apresuran á llegar. ¿Dónde está ese porvenir que se cree sacrificar? Nosotros ignoramos si seria dichoso ó desgraciado; una sombra nocturna le oculta; él no nos pertenece aun, y puede ser que jamás nos perteneciera. Mas aun cuando viniera á medida de nuestro deseo, ¿seria por eso menos rápido en su huida que lo es el presente y lo fue el pasado? No, no; porque ved aquí que llega en el momento

mismo en que lo digo, y no puedo decir: ya llega, sin notar que ya no existe.

37. ¡Oh locura monstruosa! ¡oh trastorno de la razon humana! ¿Es esto lo que tanto se aprecia? Y qué, ¿es esa sombra fugitiva que nada puede detener, y que nos arrastra tras sí, lo que se renuncia con tanto dolor? ¿Es esto lo que tanto pondera el hombre cuando lo sacrifica á Dios? *Todavía un poco*, no soy yo quien hablo, es el Apóstol y por su boca el Espíritu Santo; *todavía un poco, y el que debe venir vendrá; él no tardará: entre tanto todo justo vive de la fe*¹. Vivid, pues, amada hermana. Aun cuando el mundo ciego diga que es un gran sacrificio consagrar á Dios el porvenir, nosotros, que creemos, que esperamos y que sabemos que nuestra esperanza jamás será confundida, renunciaremos con gusto un tiempo tan breve de tribulaciones y de angustias, y diremos por el contrario: ¿qué proporcion hay entre los sufrimientos presentes y la gloria que adquirimos con ellos?

38. El fin se acerca; ya lo veo venir. ¡Oh hombre que has encerrado tu loca esperanza en la corrupcion, y que has alimentado tu corazon con la mentira! ¿quién te librá en esta última hora? ¿Quién te librá de tí mismo y de tu eterna desesperacion? ¿Quién te librá de las tinieblas, de los llantos, del crujir de dientes, del gusano roedor que no puede morir, de las llamas devoradoras, de las manos del Dios vivo que se llama á sí mismo el Dios de las venganzas?

39. En cuanto á vos, amada hermana, pobre y crucificada, nada temeréis. En tanto que toda la naturaleza brame de horror, vos elevaréis la cabeza con confianza, viendo acercarse vuestra redencion. El soberano Juez, de cuya faz huirán el cielo y la tierra, vendrá como un esposo á enjugar vuestras lágrimas con sus propias manos, á daros el beso de paz y á coronaros de su gloria.

40. Señor, poned palabras de vida en mis labios y en el corazon de vuestra esposa; apresuraos á inflammarla con el fuego de vuestro espíritu. ¡Que vuestra alabanza no se aparte jamás de su boca! ¡Que el tesoro de su corazon la comunique á todos nosotros! Hoy vuestra mano la separa de la tierra hasta el dia en que venga á juzgar á toda carne. Nosotros no la volveremos á ver, porque ella se sepulta en vida como si estuviera muerta. Mas su vida estará oculta en vos con Jesucristo vuestro Hijo para aparecer bien pronto con él en la misma gloria. Del cilicio y de la ceniza de ese

¹ Hebr. x, 37, 38.

claustro volará su alma á los gozos eternos. Desde esta tierra de lágrimas se elevará su cuerpo hasta las nubes al encuentro del Salvador para vivir eternamente con él. Entre tanto nosotros no oirémos ya en ese profundo é inaccesible retiro mas que una voz que referirá vuestras maravillas. Haced, Señor, que esta voz consuele y anime á los justos; que todos los que os temen y gustan de Vos vengan aquí al olor de vuestros perfumes; que vengan, que oigan, y que se regocijen en glorificaros.

41. Mas haced también, Señor, que esta voz sea para las almas duras el martillo de vuestra palabra que rompa la piedra; que todos aquellos que dan todavía á vuestra Iglesia el nombre de Babilonia vengan con las lágrimas en los ojos á reconocer los frutos de Sion. Derramad en ellos, Señor, la multitud de vuestras misericordias. ¡Ay! ¿hasta cuándo, ó Dios terrible en vuestros consejos sobre los hijos de los hombres, hasta cuándo habeis de herir á vuestro rebaño? ¿No han pasado todavía, despues de un siglo de tinieblas, los tiempos de cólera y de ceguedad? ¡Oh buen pastor! Mirad vuestras ovejas errantes y dispersas por las montañas á merced de los lobos hambrientos; corred en busca de ellas hasta las extremidades del desierto; traedlas sobre vuestros hombros, é invítad á todos los que os aman á que se regocijen con vos.

42. Nosotros os lo pedimos, Señor, por las entrañas de vuestra infinita misericordia; por las promesas debidas, renovadas tantas veces, á vuestros hijos; por el sacrificio de esa vírgen que os pedirá noche y dia las almas de sus hermanos, y no cesará de ofrecerse á ser anatematizada por ellos; por las lágrimas de vuestra Iglesia, que jamás se consuela por su pérdida; por la sangre de vuestro Hijo que ha sido derramada sobre ellos, y, finalmente, por el interés mismo de vuestra gloria. Esta gloria es, hermanos míos, la que hará la nuestra, y la que yo os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Así sea.

DISCURSO I.**Á LOS CANÓNICOS DE LA CATEDRAL DE NIMES,**

PRONUNCIADO EN LA ASAMBLEA DE SU CABILDO GENERAL.

1. Las gentes del mundo ordinariamente miran á los Cabildos como á la parte mas noble, pero tambien como á la mas desocupada de una diócesis. Consideran á los canónigos como á eclesiásticos sin empleo, que no estando encargados por oficio ni de la solicitud de las iglesias, ni del ministerio de la palabra, ni de la administracion de los Sacramentos, ni de la conducta de las parroquias, han llegado felizmente al punto de una honrosa ociosidad, de la cual gozan á favor de una renta que los hace tranquilos y de una clase que los hace venerables en la Iglesia. Se los ve asistir y tambien faltar alguna vez al servicio divino, ocupar en su coro una de sus sillas acomodadas, juntar apenas sus voces á los sacerdotes inferiores que cantan por ellos las alabanzas de Dios. La inutilidad de la vida de algunos no debe perjudicar á la regularidad y á la utilidad de la conducta de otros. Pero por cuanto es costumbre representarles algunas de sus obligaciones en estas asambleas, yo solamente me detengo hoy dia á deciros en pocas palabras cuáles deben ser vuestras ocupaciones fuera del coro, y despues de la celebracion de los oficios. Yo las reduzco á tres, que son : *lecturas útiles, acciones ejemplares, y honestas recreaciones.*

2. Primera. Digo que los canónigos, que son, como dice un concilio, los primeros sacerdotes de una diócesis, deben ocuparse despues de los oficios en algunas lecturas útiles y santas, y particularmente en la lectura de las santas Escrituras. Yo bien sé que una asistencia continua, atenta y constante, interrumpida y vuelta á tomar por intervalos, que el reiterado canto de los *Salmos*, que esas ceremonias y esos usos que duran muchas horas y que se repiten todos los dias, aunque sin turbacion y sin agitacion en una iglesia, no dejan de ocupar el tiempo y de ejercitar la paciencia; mas no por eso es de creer que despues del oficio á que han asistido estén dispensados de todo otro cuidado, y que el haber cantado por algun

tiempo las alabanzas de Dios sea motivo para olvidarle todo lo restante del día.

3. El espíritu se recrea por el canto de los oficios divinos, pero es alimentado por la lectura de los buenos libros. El sacerdote, aunque no esté empleado en el ministerio de la instruccion, ni encargado de la salvacion de las almas, no por eso debe llenarse menos de los conocimientos de la ley y de las obligaciones de su vocacion, lo cual no puede hacer sino leyendo las santas Escrituras.

4. La Iglesia, inspirada de Dios en el culto exterior que ha establecido, ha formado el cuerpo de todos sus oficios, os ha puesto en la boca esas palabras de espíritu y de vida que obran y enseñan la santificacion de los hombres. ¿Qué cosa podeis hacer mejor que digerir en secreto lo que cantais en público, que haceros familiar lo que rezais todos los días por el estudio que hubiéreis hecho de ello, que comprender el sentido de los Profetas y de los Evangelistas, y penetrar al leer la letra que mata el espíritu del Señor que vivifica?

5. ¿Qué cosa hay mas santa que el misterio por el cual la Escritura nos revela á Jesucristo? ¿Qué cosa hay mas dulce que aprender la sabiduría de Dios, entrar en sus secretos, y ser mudados por la virtud de la palabra divina en criaturas que son segun Dios, como habla el Apóstol? Seria de desear que pudiéseis leer y meditar esta santa ley cuatro veces al día, como se dice de los israelitas; que hiciéseis de ella vuestras delicias, como san Agustin; que la miráseis con san Jerónimo como un remedio poderoso y universal contra todas las pasiones del alma; que halláseis con san Crisóstomo aquel monton de perfumes del Esposo, cuyo olor se hace sentir mejor cuando se mueven.

6. De allí sacaréis toda vuestra fortaleza en las tentaciones y las tribulaciones de la vida. Del conocimiento que tuviéreis de estas verdades sacaréis el respeto que debeis tener. Vuestro estudio en casa hará vuestra atencion en la Iglesia; será como una meditacion pasajera que os traerá á la memoria todas vuestras reflexiones, y os pondrá en la inteligencia de los misterios. ¿Veis los frutos que producirá esta lectura?

7. Segunda. Pero seria en vano el que meditáseis la ley, si descuidáseis de practicarla. Es necesario añadir á un conocimiento que ilustra unas costumbres que edifiquen. Es necesario que las máximas que se cogen en estas fuentes de religion y de moral produzcan los frutos de una buena vida. Si es verdad que cada uno de nos-

otros es deudor á su prójimo de la edificacion y del ejemplo; si es verdad que nosotros hemos de ser la luz que debe alumbrar á los que están en la casa para que vean nuestras obras y glorifiquen al Padre celestial; si es verdad que estando al frente del rebaño debemos llegar á ser su forma y su modelo por una sábia y piadosa conducta, reconozcamos que Dios no solamente pide de nosotros virtudes secretas é interiores, sino tambien señales públicas de piedad, de caridad y de modestia cristiana y eclesiástica.

8. ¿De dónde debe salir la luz de la verdad sobre el horizonte, digámoslo así, de esta diócesis, sino de lo alto de esta iglesia principal, que es como el sol de todas las otras? ¿De dónde deben correr las aguas saludables de la sabiduría y de la gracia divina, sino de esas fuentes del Salvador, de donde vosotros las bebeis los primeros con alegría para derramarlas sobre el resto del clero? ¿De dónde deben descender las influencias de doctrina y de disciplina que deben hacer las parroquias del campo fértiles en buenas obras, sino de vosotros que sois los primeros astros fijos, digámoslo así, en el cielo de esta catedral?

9. Esta es la razon por que esta comunidad debiera dar movimiento á todo lo bueno que se establece en esta diócesis. Si es necesario avivar el antiguo fervor de los católicos, que la relajacion del tiempo y el comercio contagioso de los herejes casi han apagado, ¿de dónde debiéramos tomar nosotros el fuego sagrado, sino del altar de vuestro santuario? Si es necesario combatir una herejía que aun se sostiene contra todas las leyes humanas y divinas en las villas, en las aldeas, y que tanto tiempo há que resiste á los fuertes y caritativos ataques que le hacemos, ¿dónde debieran forjarse las mejores armas, sino en la fragua de vuestro celo? Si se viesen los hospitales ceder al número de los pobres y de los enfermos, y rendirse bajo el peso de las enfermedades y de las miserias humanas, ¿dónde debiéramos hallar manos para sostenerlos, sino en esta comunidad ó Cabildo que debiera alentar las tesorerías por sus consejos y por sus socorros, y que ha dejado tambien de honrarlas con su presencia?

10. La verdadera y sincera religion consiste, dice el apóstol Santiago, en aliviar á los pobres, en visitar á las viudas y á los huérfanos, en dar la leche á los pequeños, en cortar el pan á los mas grandes, en encaminar á los que se extravían, en consolar á los afligidos, en ejercer la justicia y la caridad segun las ocasiones, en procurar ganar á Dios lo que se pueda, y en edificar á todos los otros.

Estas deben ser vuestras acciones y vuestras prácticas casi sin intermision.

11. Tercera. No es que yo quiera prohibir las recreaciones prudentes y honestas. Cansarse, aun en los mismos ejercicios de la Religion, es propio de la flaqueza del espíritu humano. Tener necesidad de reparar sus fuerzas despues de una viva aplicacion es el defecto de la naturaleza. Bien podeis buscar estos lenitivos del trabajo con moderacion y con prudencia en los paseos, en las visitas y en el mismo juego si quereis; pero mirad bien la naturaleza de estos tres descansos ó diversiones.

12. Cuando hablo de paseos, hablo de aquellos en que se goza de la pureza del aire, de las delicias del campo, de las dulzuras de una compañía agradable y conveniente á vuestro estado: paseos en que no haya ni disipaciones en los aires, ni indecencia en los vestidos, ni distraccion en las conversaciones, sino antes bien una prudencia sin austeridad y una alegría sin inmodestia. Por esta regla excluyo esos paseos que se dan con gentes mozas, cuyos discursos enfadosos ó cuyas vivacidades indiscretas es necesario tolerar; los que se dan con personas de otro sexo, cuya reputacion se halla dependiente de la vuestra, que deshonorais por la menor familiaridad indecente, y que os deshonoran á vosotros por poco que falten al pudor y á la modestia; los que se dan con gentes demasiado libres y estragadas, cuyas costumbres, cuyos discursos, cuyos pasos nada tienen que convenga á la gravedad ni á la circunspeccion del sacerdocio.

13. Las visitas son unas recreaciones convenientes, cuando son segun las reglas de la caridad y de la discrecion cristiana: aunque nosotros estemos separados del mundo por nuestra profesion, esta no es sino una separacion de costumbres, y un retiro de espíritu y de corazon. Si la prudencia nos separa de la frecuencia y del comercio de los hombres, es porque no halleemos en la sociedad pecadores con que corromper la pureza de nuestra vida; pero la caridad nos junta para hacernos hallar en la compañía de los buenos con que sustentar nuestro espíritu y fortificar nuestra virtud por las sabias conversaciones y la mútua edificacion que se dan unos á otros.

14. La piedad no es contraria á las tentaciones, y las obligaciones de la amistad componen una parte de la caridad cristiana.

15. No obstante, excluyo aquellas visitas que no tienen otro motivo que una molesta ociosidad, y que arrastran á unos en casa de otras personas ociosas, á donde los lleva una mala curiosidad de

saber todo lo que pasa de escandaloso en una ciudad; pero aun mucho mas esas frecuentes visitas de mujeres, en las cuales, por piadosas que sean, el corazon se afemina, la devocion se relaja, los malos deseos se encienden insensiblemente, y la familiaridad se introduce por la continuacion de verse y la costumbre de hablarse. Los Padres y los Concilios han prohibido estas comunicaciones demasiado frecuentes entre las mujeres y los sacerdotes: ellas hacen que nazcan casi siempre malos rumores; los simples se divierten de ello, los libertinos se burlan, los buenos se compadecen, y los débiles se escandalizan. Pero aun cuando la conciencia nada os reprendiese, y pudiéseis vosotros mismos dar testimonio de vuestra inocencia, os haceis, dice san Agustin, doblemente culpables delante de Dios, exponiéndoo al peligro de perder la castidad delante de los hombres, y dándoles lugar á que sospechen de vosotros haberla perdido.

16. En fin, puede uno descansar y divertirse por un juego moderado con personas de su misma profesion y de un mismo respeto, á donde se va á desenfadarse, no á enriquecerse; en donde se busca pasar un poco el tiempo sin tener ánimo de perderle; en donde, siendo cortas las pérdidas y las ganancias, no puedan turbar la tranquilidad del alma, y de donde se sale mas dispuesto para volver á ejercer sus funciones.

17. Pero excluyo esos juegos de pasion á que uno se aficiona por una inclinacion violenta, que comienza con facilidad y no se deja sino con trabajo; ese juego público en compañías tumultuosas, que no siendo contenidas por consideracion alguna de Dios, ni por respeto alguno de los hombres, se entregan á las alegrías ó á tristezas indiscretas. ¡Qué escándalo! ver á un eclesiástico en medio de los seglares mostrar deseos mas aseglarados y mas desordenados que ellos; exponer á la fortuna una porcion de esos bienes que la piedad de los fieles le ha dejado, no para que juegue, sino para que ore á Dios, y que debiera emplear en aliviar á los pobres, ó á lo menos en pagar á sus acreedores; viendo salir algunas veces murmuraciones y acaso votos de una boca que tiene el honor de proferir las santas y tremendas palabras del sacrificio á presencia de unas gentes, á quienes una mala educacion regularmente incita al desprecio de la Iglesia y del sacerdocio de Jesucristo...

DISCURSO II.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.
(Philip. iv, 5).

Sea manifiesta vuestra modestia á todos los hombres.

1. Aunque la virtud sea propiamente el ornamento espiritual del alma, y aunque la gloria de la hija del rey esté toda dentro de ella misma, quiero decir, en el arreglo del corazón y en la tranquilidad de la conciencia; con todo eso, esta compostura del cuerpo, esta disciplina de los sentidos arreglada por la razón, según la conveniencia de las personas, de los lugares y de las acciones, es una especie de virtud moral que nos está encargada en la Escritura bajo el nombre de honestidad y de modestia.

2. Esto es, dice san Ambrosio, un orden y una correspondencia de lo que uno es y de lo que hace con lo que piensa; es una semejanza del exterior con el interior, que causa el agrado y la decencia de la vida; es un diseño de la verdad que representa sobre nuestros rostros lo que pasa en nuestros corazones, manifestándose el espíritu invisible, y sirviéndose, digámoslo así, del cuerpo para dar á conocer lo que somos.

3. Esto es lo que hace decir en la Escritura, unas veces que se lee en los ojos del hombre lo que él es; esto es, ó vicioso ó virtuoso: *Ex visu cognoscitur vir* ¹; otras veces que no se necesita sino ver y tratar á un hombre de bien para conocerle: *Et ab occursum faciei vir sensatus* ²; otras, en fin, que la sabiduría resplandece en el rostro del sábio: *In facie sapientis lucet sapientia* ³; para enseñarnos que llevamos sobre nuestra frente un espejo de nuestras disposiciones interiores, y que no hay testimonio más cierto de nuestra virtud que nuestra circunspección y nuestra modestia.

4. Pues, señores, siendo los eclesiásticos, como lo son, hombres consagrados á Dios por su profesión en el espíritu y en el corazón, justo es que hagan resaltar hácia afuera, para la edificación de los pueblos, las gracias que han recibido interiormente para su propia satisfacción: ¿y cómo pueden hacerlo sino por el recogimien-

¹ Eccli. xix, 26. — ² Ibid. — ³ Prov. xvii, 24.

miento, la circunspeccion y la modestia? Nosotros somos deudores á los sábios y á los que no lo son; y es necesario darles una cuenta, á lo menos tácita, pero no obstante evidente, de nuestra conducta. Esto es lo que hacemos por una expresion visible de nuestros sentimientos, de nuestra pureza y de nuestra piedad invisibles; de suerte que el hombre del corazon que está oculto se manifieste á los ojos del mundo para sostener el juicio que han hecho de él, y para merecer su estimacion. Lo que hace decir á san Pablo: Nosotros procuramos hacer y obrar el bien, no solamente delante de Dios, sino tambien delante de los hombres: *Providemus bona, non solum coram Deo, sed etiam coram hominibus* ¹. Bastará para nosotros el ser virtuosos; pero estamos obligados á parecerlo á los demás.

5. Los sacerdotes de Jesucristo tienen dos cosas que conservar: la conciencia y la reputacion. Es necesario, segun san Pablo, que tengan buen testimonio de aquellos que están fuera: *Oportet autem illum testimonium habere bonum ab iis qui foris sunt* ². El testimonio de la buena conciencia que está en lo interior no es una prueba auténtica de su probidad, ni tampoco una prueba completa. Vuestra conciencia nada os reprende; basta esto para vuestra quietud, es verdad; pero no basta para el honor de vuestro sacerdocio. Sois inocentes para vosotros; pero no sois útiles para los demás. Dios bien puede estar satisfecho de vuestra virtud; pero es necesario tambien que el mundo esté convencido de ella. Y aunque esteis absueltos en el tribunal de la verdad, todavía es necesario que esteis aprobados en el tribunal mismo, si así me atrevo á decirlo, de las apariencias, por el recato y la modestia exterior.

6. Y así debeis hacer que aparezca esta modestia: Primero, en vuestras conversaciones; segundo, en vuestras funciones; tercero, en vuestras personas.

7. Nada hay tan natural al hombre como la sociedad, ni nada tan contrario á la naturaleza como la soledad. Él ha sido hecho para comunicarse por una prudente libertad, no para encerrarse en sí mismo por un temor y por un retiro salvaje. Es necesario muchas veces que busque en otra parte los alivios que no halla en su propio fondo. Pero es peligroso que no se detenga en vanas diversiones, y que no se dañe á sí mismo, queriendo consolarse con los otros.

8. No creais que apruebo yo aquí estas gentes metidas en sí

¹ II Cor. viii, 21. — ² I Tim. iii, 7.

mismas, que son como extrañas para los demás hombres, desertores y fugitivos, digámoslo así, de la sociedad; que haciendo á la virtud áspera y rústica la hacen aborrecer y temer, y respirando demasiado su humor ponen una enfadosa austeridad en lugar de una prudente modestia.

9. No vitupero menos á los que se meten en todas las compañías, que no pudiéndose sufrir ellos mismos, buscan divertirse en todas partes; que en las conversaciones mundanas con personas sospechosas exponen su débil virtud y su dudosa reputacion, y por familiaridades indecentes hacen sus personas despreciables, y perdiendo la modestia que les conviene, pierden el tributo mas honorífico y el derecho mas digno de ser conservado, quiero decir, el respeto que se debe á su carácter.

10. Es necesario saber retirarse alguna vez del mundo sin aspereza, mezclarse en él algunas veces sin disipacion, recogerse por devocion, comunicarse por caridad, llevar las máximas eclesiásticas al mundo, y no traer las máximas del siglo á la Iglesia. Vosotros estais colocados en medio de los pueblos, y no es decente que os retireis, ni seguro el que os acerqueis demasiado. Es necesario bogar en la mar de este siglo como los navíos, que no deben estar tan léjos de los demás que no puedan ser socorridos en las necesidades, ni tan cerca que puedan chocarse. Vuestra modestia os salvará de todos estos peligros.

11. Pero sobre todo debe acompañaros en vuestras funciones, que todas son santas. Vosotros cantais, como los Ángeles cantan en el cielo, las alabanzas de Dios; ¿habia de ser esto sin atencion y sin respeto? ¿Se os habia de ver cantar con un aire profano los Salmos de un rey penitente? ¿Habíais de alimentar en vuestro corazon falsas alegrías, cuando es necesario suspirar con él, y llorar vuestros pecados delante de Dios, é implorar sus grandes misericordias? ¿Se os habia de ver hablar de negocios y de noticias del mundo en la presencia del Señor, y mezclar con los cánticos de Sion algunos versículos de las canciones de Babilonia? ¡No lo permita Dios!

12. ¿Qué diré yo de la modestia que pide el tremendo sacrificio de la misa á que asistís y que celebráis todos los dias? La obra de Dios es divina en su principio, en su medio y en su fin. Esta misa es como el centro de la Religión, en donde Jesucristo ha reunido los misterios de la Iglesia, de las ceremonias y de las gracias. Y es tambien el centro del ministerio eclesiástico, en donde el sacerdote debe reunir toda su atencion, todos sus cuidados y todos los senti-

mientos de caridad para cumplir con esta exhortacion del concilio de Trento: *Omnem curam, atque diligentiam ponendam esse, ut quam maxima fieri potest interiori cordis munditia et puritate atque exteriori devotionis, ac pietatis specie peragatur* ¹.

13. No obstante, se asiste á ella; pero ¿qué digo yo? Se dice acaso sin atencion, por bien parecer, por costumbre ó por obligacion de turno. Procúrase desenfadarse de su molestia por pensamientos vanos y aun distracciones voluntarias; súbese al altar á la hora señalada, llevado menos de su devocion, que llamado de la campana que han tocado ó que todavía suena, y se precipita, digámoslo así, la celebracion de los santos misterios, que el uso de todos los dias ha hecho mas familiares, y, á lo que parece, menos venerables. No hablo de esas preparaciones de algunos momentos de reflexion medio atropelladas, ni de esas ceremonias abreviadas. ¿Es esa la fe que Dios pide y la modestia que manda la Iglesia? ¿No se puede decir con Tertuliano, *sacrificat, an insultat*? Aun cuando no fuese sino la representacion de la pasion y de la muerte de Jesucristo, no dejaria de ser un espectáculo de religion, de que la vista debiera estar enternecida. Fuera de que la pasion, no solamente se representa, sino que tambien se renueva; no es una simple copia, es, si así se puede decir, el verdadero original de la redencion, impreso de nuevo.

14. En fin, la modestia debe reinar en todas las personas eclesiásticas. Haced que vuestra vida sea un olor celestial que perfume toda la Iglesia; que se exhale de vuestros pasos, de vuestro porte, de vuestras palabras y de vuestras acciones un vapor de vida, quiero decir, ejemplos tan santos que edifiqueis y que instruyais á los fieles por vuestras obras. Que la regularidad de vuestros vestidos sea una señal de la regularidad de vuestras costumbres. ¿Qué desorden seria si el pueblo fuese mas casto, mas dócil, mas paciente y mas modesto que los sacerdotes, dicen los Concilios? Animémonos todos á vivir con aquella gravedad y con aquella circunspeccion que exige la dignidad del sacerdocio y que la ley de Dios nos ordena, para que seamos el buen olor de Jesucristo respecto de todos los fieles.

¹ Scs. XXII, decret. de observandis in sacrific. Missæ.

DISCURSO III.

1. Una de las loables y santas costumbres que nuestros antiguos han establecido es la de juntarse todos los años para hacer una pesquisa de las costumbres y un juicio, digámoslo así, en la casa de Dios para remediar, por una correccion caritativa y por avisos saludables, las relajaciones de la disciplina. Justo es que haya dias de revelacion en que cada uno, á vista de sus defectos, reconozca la obligacion que tiene de corregirlos, en que la verdad destruya nuestras preocupaciones, en que nuestra conciencia nos acuse, y en que el superior eclesiástico con el hacha en la mano alumbré para ver lo que pasa en Jerusalem.

2. Pero no vengo yo aquí, señores, por un celo amargo ó por indiscretas reprensiones á reprenderos esas tibiezas y esos descuidos en el servicio divino, que la flaqueza humana y el comercio del mundo hacen casi inevitables, si no se vela incessantemente sobre sí mismo. Yo bien sé que, unidos por la caridad, concurrís todos al bien comun; que vuestras intenciones se dirigen todas al honor de Dios y al de vuestra Iglesia; y que si alguna vez no siguen algunos el orden, todos le aman y le desean igualmente.

3. Y así, mas es por animaros que por reprenderos el ponerlos hoy dia delante de los ojos la obligacion que teneis de asistir regularmente al servicio divino. Vosotros sois propiamente los criados ó domésticos de Dios, establecidos para adorarle mas de cerca y para pasar una parte de vuestros dias en su casa y en su presencia. La Iglesia os ha encargado anunciar á los pueblos por cánticos gozosos ó lúgubres los misterios de su triunfo ó los de su penitencia. La liberalidad de los fieles os ha asalariado, digámoslo así, para alimentar su piedad con vuestras oraciones y con vuestros ejemplos; y estos son otros tantos títulos de religion y de justicia que os obligan á la continuacion y á la aficion por los oficios eclesiásticos.

4. El concilio de Aquisgrau os hace de ello una obligacion indispensable: *Canonice in choro religiosissime standum. et psallendum*; y el concilio de Trento: *Compellantur canonici in choro ad psallendum instituto, hymnis et canticis Dei nomen reverenter, distincte, devoteque laudare*. Por donde el santo Concilio manda, no solamente la

reverencia exterior y el rezo claro y distinto, sino tambien la devocion interior. Este es un precepto eclesiástico, para cuyo cumplimiento no basta una presencia local ni una asistencia corporal, sino que es necesario añadir una asistencia espiritual y moral en cuanto al culto de Dios y á las oraciones que se le dirigen.

5. Porque la salmódia y el canto no solamente se han instituido para la edificacion de la Iglesia (como han querido decir algunos teólogos), sino tambien para la perfeccion y la santificacion de los eclesiásticos; y á la verdad sirven de mantener la devocion de los pueblos, pero no sirven menos de elevar el espíritu del que canta meditando las Escrituras que recita.

6. Y así es necesaria una asistencia *devota y religiosa*, segun los Cánones. San Agustin y san Crisóstomo nos enseñan que es necesario que obre el corazon tanto como la voz; que es cosa indigna hablar á Dios con menos afecto y atencion que la que tenemos cuando hablamos á nuestros amigos, y que es maldito de Dios aquel pueblo que le honra con los labios y aparta de él su corazon. La razon de santo Tomás es: que así como el sacrificio y la oblacion es un acto externo de religion que no puede subsistir sin una intencion y una sumision interior, la oracion vocal es una oracion externa que no puede subsistir sin la oracion interior y sin la conformidad de la voz y del corazon.

7. Este es el motivo por que Inocencio III, movido de la poca modestia y de las distracciones de la mayor parte de los canónigos, al rezar el oficio divino, les manda en virtud de santa obediencia: *In virtute sanctæ obediencie præcipimus, ut officium diurnum, nocturnumque, quantum eis Deus dederit, studiose celebrent, pariter et devote*; con cuidado en cuanto á la decencia del canto, con devocion en cuanto á la disposicion del corazon; pensando ó en lo que piden á Dios por la oracion, ó en la oracion que hacen á Dios.

8. Habla este santo Papa con los que llenos de pasiones mundanas asisten á los santos oficios, que están en la iglesia de Dios como en una tierra extraña, que cantan los cánticos de Sion como se cantan las canciones de Babilonia, que ponen á intereses las alabanzas de Dios, que se forman una ganancia de la piedad del Rey profeta, y que con un corazon impenitente cantan los salmos de su penitencia.

9. Habla con aquellos que con señas y sonrisas inmodestas que turban la atencion de los asistentes, por posturas y situaciones que denotan la inquietud del espíritu y el disgusto que se tiene á la

oracion, y por conversaciones indignas algunas veces, así de la santidad del lugar como de la de su ministerio, hacen ver que no tienen la atencion ni la intencion que la oracion pide.

10. Habla con aquellos que no llevan á los piés de los altares sino el tributo forzado de una presencia corporal, que parecen no haberse alquilado al soberano Padre de familias sino por algunas horas del dia, que no conocen otras buenas obras sino asistir alguna vez á los santos oficios, y que se creen estar exentos de amar y de servir á Dios lo restante del dia porque un rato han cantado sus alabanzas.

11. Habla con aquellos que huyendo de las ocupaciones del estudio y de la lectura arrastran, á favor de algunas rentas eclesiásticas, una dulce y honrosa ociosidad, á quienes todas las funciones canónicas se les hacen pesadas, y buscan el librarse de la molestia que les causan el canto y las oraciones de la Iglesia en las conversaciones y en las diversiones del siglo.

12. Habla con aquellos que por distracciones voluntarias, dando un libre curso á la inestabilidad de sus pensamientos, van de objeto en objeto al arbitrio de sus deseos y de su volátil imaginacion.

13. No caigamos nosotros, señores, en estos defectos; preparémonos á rezar el oficio divino por el recogimiento, por el silencio, por el retiro y la separacion del mundo. Apliquémonos, al rezarlo, á estas palabras del todo santas, á los sentimientos de piedad que encierran hácia Dios, á quien estos sentimientos nos elevan y nos unen; y si nuestra alma contra nuestra voluntad se sale algunas veces fuera de nosotros mismos por distracciones involuntarias, reconozcamos estas flaquezas y estas desgraciadas necesidades de nuestro presente destierro. Gimamos al ver que estando tan vivos para los negocios del mundo lo estemos tan poco para los de nuestra salvacion, que no podemos contener nuestro propio corazon, y que aun orando á Dios podemos estar ocupados en otra cosa que no es Dios.

DISCURSO IV.

Quæ pacis sunt sectemur, et quæ ædificationis sunt in invicem custodiamus. (Rom. xiv).

Sigamos todo lo que puede contribuir á la paz, y observemos todo lo que es edificacion.

1. El asunto, y, digámoslo así, el texto que tomaba san Pablo en todas las iglesias que visitaba era este: *Non est dissensionis Deus, sed pacis, sicut et in omnibus ecclesiis sanctorum doceo*¹. De aquí sacaba estas consecuencias: que siendo una la Iglesia, estando fundada sobre la unidad, los que la componen no deben ser sino uno en Jesucristo; que hay una bienaventuranza de pacíficos, que conviene propiamente á los que, como ministros de sus altares y dispensadores de sus misterios, no solamente deben anunciar la paz á los pueblos por su doctrina, sino tambien mantenerla entre sí por la caridad, y que esta debe ser su principal aplicacion, á saber, conservar la unidad del espíritu en la union de la paz cristiana.

2. Yo vengo, pues, á deciros con este Apóstol: Unámonos de espíritu y de corazon: *Quæ pacis sunt sectemur*. Busquemos todo lo que puede contribuir á mantener esta paz, que Dios, por su gracia, como que la ha establecido en esta junta, y que la hará, en cuanto durare, feliz y floreciente.

3. La paz entre los hermanos, dice san Crisóstomo, es la voluntad de Dios, la suavidad de Jesucristo, la perfeccion de la piedad, la regla de la justicia, la maestra de la doctrina, la guarda de las costumbres, y la disciplina de todas las virtudes cristianas. Es la union de la concordia, la madre del amor, el testimonio evidente de la buena conciencia; es la compañera de la caridad, que lo sufre todo, y que lo espera todo, y que lo perdona todo; es la introduccion de la confianza, que pide todo lo que quiere, y que obtiene todo lo que pide.

4. Ella es la que nos adquiere el privilegio de nuestra adopcion espiritual; de suerte, dice san Gregorio, que en la casa del Padre celestial el que no hubiere estado en la union y en la caridad de los hermanos no estará en el número de sus hijos.

¹ I Cor. xiv, 33.

5. Nada debe interrumpir este orden. La diversidad de genios en las juntas eclesiásticas no debe interrumpir esta paz y esta union, porque deben gobernarse por el mismo espíritu de Dios y de su Iglesia. El carro místico de Ezequiel era tirado por animales diferentes en magnitud, en figura y aun en especie; no obstante, todos tiran á una: su naturaleza se acomoda, sus movimientos se ordenan, sus instintos se reunen, porque son gobernados por un mismo espíritu: *Ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur* ¹. No debe ser la impetuosidad de la naturaleza, sino la del espíritu de la gracia que triunfa de la naturaleza.

6. Los diferentes genios, las diversas inclinaciones deben reunirse, y sin dejar su naturaleza de conspirar con todas sus fuerzas al mismo fin, que es la gloria de Dios, y por el mismo medio, que es el espíritu y movimiento de la gracia.

7. Pero principalmente conviene á los que son llamados á los primeros puestos de una diócesis el dar ejemplos de prudencia y de union á todos los órdenes inferiores.

8. Vosotros sois los depositarios de los votos y de la religion de los pueblos. Todo el servicio divino descende de vosotros como de su origen, y vosotros sois por excelencia los hombres destinados á servir á Dios y á invocarle, pues es necesario que los sagrados ungüentos de la paz y de la caridad cristiana se destilen y corran de vosotros como de su fuente. Vosotros estais todos los días en el templo de Dios vivo congregados en el nombre del Señor, y en medio de vosotros debe residir para mantener la concordia y la paz evangélica. Vosotros sois como los primogénitos de esta Iglesia, y debéis ser ricos en virtud: *Divites in virtute* ², y sembrar la paz y la dulzura en las casas de los demás, despues de haberla establecido en la vuestra: *Pacificantes in domibus suis*.

9. Esta paz debe reinar en estas asambleas que teneis aquí todas las semanas, debéis venir á ellas para decir vuestras opiniones, no para hacer que prevalezcan, para tomar el cuidado de examinar los negocios, y sobre todo para buscar los medios de terminarlos. Debeis considerar sin preocupacion, no vuestros intereses ni los de vuestros amigos, sino el bien de la causa comun; no tener otro fin que el honor, la dignidad y el provecho de vuestra comunidad; usar en vuestros dictámenes de los términos que inspira la caridad y que acompaña la discrecion, y mostrar en todo lo que

¹ Ezech. i, 12. — ² Eccli. XLIV, 6.

se dice que no se consulta sino á la razon, que no se busca sino la verdad, y que no se solicita sino la justicia.

10. Es necesario que haya en toda vuestra conducta una union de sociedad; ¿y en qué consiste esta? En prevenirse en el honor y la amistad los unos á los otros, segun el consejo del Apóstol; en respetar á los que su dignidad hace en alguna manera mas grandes ó su ancianidad mas venerables; en concurrir unánimemente á la observancia de vuestras reglas, á la defensa de vuestros derechos, al buen orden y á la disciplina de esta Iglesia; á derramar todos juntos por vuestras acciones y por vuestras palabras el buen olor de Jesucristo, ya sea entre vosotros, ya entre las personas del siglo que os frecuentan ó que os observan.

11. Debe tambien haber una union de religion; esto es, que tengan todos un mismo espíritu de sabiduría y de devocion en las funciones eclesiásticas; que en el tiempo en que unís vuestras voces para cantar las alabanzas de Dios unais vuestros corazones para darle vuestros votos y vuestros homenajes; que la disipacion y la ligereza de los unos no turbe la gravedad ó recogimiento de los otros; que á vista de los altares en donde reside la majestad de Dios, á quien adorais, seais todos igualmente tocados de la grandeza de sus misterios, y que teniendo todos igualmente la modestia grabada sobre vuestros rostros, hagais ver que grabais en vuestro espíritu y en vuestros corazones las verdades que rezais ó que cantais.

12. Ved aquí, hermanos míos, cuáles son vuestras obligaciones; sin esta union, el servicio de Dios ó no se hace, ó se hace sin orden y sin decencia. Se llevan ante la tranquilidad del santuario unos corazones agitados de sus pasiones; la tristeza toma el lugar de la modestia, y la obra de Dios se hace con negligencia.

13. *Obsecro vos per nomen Domini Jesu Christi, ut idipsum dicatis omnes*¹. Que tengais todos los mismos sentimientos, los mismos afectos y el mismo celo.

¹ I Cor. i, 10.

DISCURSO V.

1. Puesto que estoy destinado en el decurso de estas asambleas generales á exhortaros paternalmente á vuestras principales obligaciones, me ha parecido que debia detenerme el día de hoy en la que os es mas importante, porque es la mas esencial á vuestro estado, porque es mas ordinaria, y porque, renovándose todos los días, puede acrecentaros tesoros de misericordia y de bendicion espiritual, ó de ira respecto de Dios; quiero decir, del espíritu del servicio eclesiástico y de los oficios divinos que rezais y cantais todos los dias. Ya os he mostrado otras veces la obligacion y la necesidad de asistir á ellos; y así el día de hoy vengo á daros ciertas reglas para asistir á ellos con provecho y al mismo tiempo con dignidad. Sin duda que ya lo sabréis vosotros; pero nunca será de mas el imprimir en vuestro espíritu esta máxima: *Que para sacar el fruto conveniente de vuestros oficios diarios es necesario cantarlos, segun los Padres de la Iglesia, con gravedad, con atencion y con devocion.*

2. Primero. Esta *gravedad* modesta y respetuosa, segun el lenguaje de los Padres, es una especie de atencion exterior que no mira sino al cuerpo. Cuando por una compostura, dice san Basilio, y por una modestia puramente corporal se muestra uno atento á lo que hace, se tienen los ojos bajos, el aire sério, el rostro igual y grave, y cuando parece que se dice en medio del corazon con David¹: *In populo gravi laudabo te.*

3. Pero esta gravedad no seria muchas veces agradable al Señor si no tuviese por motivo sino un temor servil ó una prudencia puramente humana; porque aunque el cuerpo se le deba ofrecer en hostia, como dice el Apóstol, esta hostia debe ser *viva*, esto es, animada del espíritu interior; que sea *santa* y toda santificada por una intencion en que tengan parte la gracia y la religion; que sea *razonable* por su piedad, y *voluntaria* por su obediencia; que esta modestia tenga á lo menos por objeto tácito el respeto y el temor de Dios, segun esta palabra del Sábio²: *Finis modestiæ timor Domini.*

¹ Psalm. xxxiv, 18. — ² Prov. xxii, 4.

4. Yo entiendo, pues, por esta gravedad cristiana una guarda y una circunspeccion de los sentidos, contenidos en los límites de una decencia cristiana; una situacion del cuerpo bien ordenada, que denote el recogimiento del espíritu; una prudencia que arregle los intervalos del canto y del silencio; una moderacion y una quietud exterior que dé á conocer la tranquilidad interior; una gravedad en el aire y situacion que sea el fruto de la gravedad de los hábitos y de las costumbres; una observancia fiel de las ceremonias que nazca de la rectitud y de la regularidad del corazon y de la reverencia de las cosas santas; que todo sea justo, puesto en órden y edificante; que nada dé á entender la disipacion y la ligereza de los que ofician; que nada ofenda los ojos y la piedad de los que asisten á los oficios. Esta es la presencia de Dios sobre su trono, rodeado de luces inaccesibles; es la vista de Jesucristo, bajo los velos sagrados y misteriosos en nuestros tabernáculos; la asistencia de los Ángeles que, diputados para los ministerios de acá abajo, tienen siempre presente la cara del Padre celestial; ó que gozando de Dios en el cielo, no salen del fondo de sus profundas adoraciones sino para cantarle el cántico de su eterna é inalterable santidad. Este es el ejemplo de los bienaventurados que están de pié é inmóviles despues de haber arrojado sus coronas á los piés del Cordero sin mancha, segun san Juan, y que no están ocupados sino en cantar himnos en alabanza suya con respeto, y, digámoslo así, en silencio. Estos son los modelos de vuestra Religion en el rezo de los oficios divinos.

5. Figuraos aquellos antiguos levitas que el Dios de Israel habia elegido para cantar con gravedad sus beneficios, sus castigos, sus justicias, ó sus misericordias delante del arca del testamento, que no era sino la figura de nuestros misterios. Representaos el templo de Jerusalem resonando de aquellos conciertos armoniosos que imprimian en el corazon de los pueblos y de los sacerdotes el temor de Dios y la memoria de sus maravillas. Al mismo David, aquel rey segun el corazon de Dios á quien la Providencia habia escogido para hacer resonar sus alabanzas en la santa Sion, y para arreglar las oraciones públicas y particulares de la Iglesia, se le veia tan pronto con un aire compasivo explicar los sentimientos de su penitencia, tan pronto con un tono mas noble y mas elevado anunciar las grandezas, las bondades y las magnificencias de Dios, su protector, su consolador y su juez. Estas son las imágenes de vuestras funciones que deben inspiraros el amor y la reverencia.

Los Padres de la Iglesia han encargado vivamente esta gravedad y esta veneracion exterior, tanto, que Tertuliano en su libro de la Oracion y Optato Milevitano creyeron que jamás era lícito sentarse durante las oraciones; que era saltar al respeto que se le debe á Dios vivo, en cuya presencia estamos; que no conviene buscar sus comodidades cuando se está en postura de suplicante, y que es enfadar á Dios por esta molicie, y dar á entender que se tiene necesidad de descanso y que está uno fatigado de orarle.

6. Pero la Iglesia se ha dignado acomodarse á nuestra flaqueza y permitirnos estar de pié ó sentados segun los usos de las iglesias; pero jamás ha permitido esas inquietudes de cuerpo que denotan las del espíritu; esos movimientos irregulares que turban el orden y afean la belleza de la esposa de Jesucristo: ella condena lo que se ve todos los dias, estirarse con inmodestia, recostarse con indecencia, sentarse con molicie, moverse con indiscrecion y ligereza; y por estas diferentes posturas, todas igualmente indignas de los ministros y de los sacerdotes de Jesucristo, dar á conocer al pueblo la poca disposicion que se lleva á la oracion y el disgusto que se tiene en los oficios divinos.

7. Segundo. Y así no basta esta gravedad de cuerpo, sino que es necesaria la *atencion* del corazon. Lo primero, porque la salmódia es por sí misma una funcion santa y consagrada por la Iglesia para alimentar todos los dias la piedad de los fieles con los mas puros sentimientos de caridad, de paciencia, de reconocimiento, de sumision y de celo por el Señor y por su servicio. Lo segundo, para mantener en el Cristianismo aquellas alabanzas sin fin y aquella oracion continua que Jesucristo y los Apóstoles tantas veces nos han recomendado. Lo tercero, para mantener en los que están destinados por su vocacion á los ministerios eclesiásticos una ocupacion que haga honor á sus altares y obre la santificacion de sus personas; obligándolos por los oficios, que son los deberes de su estado, á renovar todos los dias y aun las noches los homenajes reiterados que son debidos á la Majestad soberana. Los primeros cristianos se hurtaban al mundo por ir á los lugares subterráneos á consolarse de las tribulaciones de la vida, ó á prepararse á la paciencia en los peligros que les amenazaban, por el cántico de los Salmos y por la celebracion de los misterios: esta santa costumbre ha continuado y ha pasado en todos los siglos por una ley divinamente establecida.

8. Pero por santa que sea esta ocupacion canonical es neces-

rio que vaya acompañada de las condiciones necesarias para agradar á Dios, que atiende mas al espíritu y al modo de la obra que á la obra misma. Y así la primera condicion de la oracion vocal es la atencion del espíritu y del corazon: ya observando todas las reglas del rezo ó del canto sin interrupcion, sin omision y sin error, por una pronunciacion entera, exacta y bien articulada de las palabras; ya penetrando el sentido de las palabras que se cantan; ya haciendo las reflexiones convenientes sobre lo que se oye. Si David cuenta las maravillas de Dios, se admiran; si alaba sus perfecciones, se adoran; si habla de sus beneficios, se le dan humildísimas acciones de gracias; si ensalta su poder, nos humillamos delante de él; ó sea, en fin, que se quiera entrar en el sentido místico y pasar hasta las afecciones y los afectos, sirviéndose de la inteligencia de las Escrituras para adelantar en la perfeccion.

9. ¡Cuán peligroso es que no seamos nosotros del número de aquellos hipócritas de quienes habló Isaías, y Jesucristo despues en su Evangelio ¹. *Hypocritæ, bene prophetavit de vobis Isaías; populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est à me*, reprobando aquellos homenajes fingidos, y quejándose de esas distracciones como de un delito que le ultraja. Lo primero, porque siendo la oracion vocal una señal exterior de un culto divino, viene á ser injuriosa á Dios, si no hay en ella un culto interior. Lo segundo, porque nada repugna tanto al espíritu de verdad como separar la voz del corazon cuando se habla con Dios, á quien todo se debe referir, y pensar en otra cosa muy diferente de lo que se canta.

10. Oid estas bellas palabras de san Cipriano: ¡Qué locura, cuando orais al Señor, abandonaros á imaginaciones extrañas, como si debiéseis pensar en otra cosa que en lo que decís! *Quomodo te audire à Deo postulas, cum te ipse non audias? Vis Deum esse memorem tui cum rogas, quando tu ipse memor tui non sis?*

11. Tercero. Es necesario que además de la atencion del espíritu juntemos á ella una atencion de corazon, y una atencion espiritual y devota que obre nuestra penitencia ó nuestra santificacion. No basta cantar las alabanzas del Señor; es necesario saborearse en ellas y conocer que son mas dulces que la miel, no solamente para nuestra boca, sino para nuestro corazon. No basta tener estos medios de comunicar con Dios, si no llegamos hasta el fin, que es

¹ Matth. xv, 7.

unirnos con Dios. Disputan los teólogos entre sí si la oracion pertenece al entendimiento ó á la voluntad : san Agustin dice que es un deseo y una expresion de nuestras voluntades para que Dios las cumpla ¹: *Ante te omne desiderium meum*; esto es, mi oracion. Otros pretenden que la oracion es una especie de conversacion del alma con Dios, que le explica y declara sus necesidades; lo cual es una operacion del entendimiento, ya porque la peticion, segun santo Tomás, dice relacion á nuestras necesidades y hace una especie de razonamiento en persona de nuestra indigencia al poder de Dios á quien nos dirigimos. Pero dejemos estas cuestiones inútiles, y digamos que no basta sacar de ellas luces para conocer nuestras obligaciones : es preciso sacar afectos y fuerzas para vivir santamente.

12. Ya ha tanto tiempo que salen de nuestras bocas tantas santas palabras, y nuestra vida siempre es la misma, desordenada, ó á lo menos inútil y vana. ¿Y nos atreveremos nosotros á decir con David todos los dias ²: *Quoniam mandata tua dilexi*? ¿No nos avergonzamos cuando comparamos su fervor con nuestras flaquezas, su penitencia con nuestros placeres, su reconocimiento con nuestras ingratitudes? ¿No se nos puede hacer la reprension que Dios hace á todos los que predicán indignamente su palabra ³: *Quare tu enarras justitias meas*, etc.? Lo que ha que cantais ó rezais vuestros oficios, ¿qué provecho habeis sacado para la correccion de vuestras costumbres?

13. ¿De dónde nace este desórden sino de que lo rezais sin gravedad, sin devocion y sin atencion? Vosotros dais toda suerte de libertad á vuestros pensamientos, y quereis que, al entrar en la Iglesia, esta imaginacion volátil, que manteneis todos los dias de fantasías y de vanidades, se contenga de repente á objetos santos y divinos, y violentando, para honrar á Dios, su inquietud y su volubilidad natural, le dé un homenaje que testifique su devocion y haga vuestra oracion vocal mas agradable y mas meritoria ; en fin, quereis que el hombre secular llegue de repente á hacerse eclesiástico.

14. Es necesario prepararse y recogerse ⁴: *Ante orationem præpara animam tuam*. Para que el rezo del oficio sea un sacrificio agradable á Dios en olor de suavidad es preciso que el fuego de la devocion se encienda antes en vuestra meditacion, *in meditatio-*

¹ Psalm. xxxviii, 10. — ² Psalm. cxviii, 159. — ³ Psalm. xlix, 17. —

⁴ Eccli. xviii, 23.

ne; es necesario llevar á él un alma purificada. ¿Qué impresiones quereis que haga en vosotros, sino aquellas de que vuestro espíritu está lleno? Vosotros ya no hallais allí vuestro corazon, porque lo habeis dejado vaguear y andar errante. Vosotros vais al oficio con trabajo; se os ve ir poco á poco hasta el mismo momento, para no entrar sino cuando se comienza, y aun muchas veces cuando ya se ha comenzado, hurtando á Dios una parte de sus alabanzas, creyendo haber ganado mucho cuando se ha perdido el intróito, ó el primer salmo, y en lugar de ir á recogerse á los piés de los altares, llenar en los paseos y en las conversaciones fuera de la iglesia su imaginacion de inutilidades, y amontonar, digámoslo así, distracciones para todo el tiempo que duran vuestros oficios.

DISCURSO VI.

1. Pues es costumbre en estos días de asamblea extraordinaria ponerlos delante de los ojos alguna de vuestras obligaciones ; antes de mostraros el estado de vuestros negocios me ha parecido que ninguna cosa tenia hoy dia mas importante ni mas digna de traerlos á la memoria que estas palabras del Apóstol : *Ut sitis filii Dei sine reprehensione ulla, in medio nationis pravae, atque perversae, inter quos lucetis sicut luminaria in mundo*¹ ; que seais verdaderos hijos de Dios, irrepreensibles en medio de una nacion perversa y maligna, entre la cual brillais como lumbreras en el mundo.

2. Cada cristiano es deudor á todos los demás de la edificacion y del ejemplo. Las virtudes que tenemos no son tan privativamente nuestras que el prójimo no tenga en ellas su parte ; así como nos tocan á nosotros por el ejercicio y por la práctica, son suyas, y le tocan á él para su imitacion : nosotros las hemos adquirido por la gracia de Jesucristo, y las debemos comunicar por la caridad, para que viendo los hombres nuestras buenas obras, glorifiquen al Padre que está en los cielos.

3. Si esta es obligacion de todo cristiano, aun lo es mucho mas de los eclesiásticos, que son llamados la luz del mundo, y no solamente deben edificarle, sino que están en la iglesia para esto ; están obligados á vivir bien, y deben poderse proponer como la regla y el modelo de una buena vida. Ni basta tampoco que estén sin delito, segun el Apóstol ; es necesario que sean irrepreensibles : *Sine ulla reprehensione*. Para estar sin delito basta tener el testimonio secreto de su conciencia, ser justo ó justificado delante de Dios, y tener en sí mismo la confianza de que se está en su gracia ; pero es necesario ser irrepreensible delante de los hombres que, no pudiendo sondear los secretos de los corazones, no quieren ver defecto alguno en nuestra conducta exterior. Esta integridad de vida exterior que produce la inocencia es inseparable de la pureza de corazon que produce, y es necesaria para la edificacion del pueblo : *Sine reprehensione ulla*.

4. Un pueblo que no quiere gustar las dulzuras de la Religion que le predicamos parece no juntarse á nosotros sino para obser-

¹ Philip. II, 15.

var nuestros defectos; no tiene fe en nuestros misterios, ni caridad ni indulgencia para nuestras costumbres: para desacreditar el misterio busca cómo desacreditar la vida de los ministros de Jesucristo, y quiere sostener sus malas intenciones con el pretexto de nuestras flaquezas.

5. Los Cabildos son unas comunidades instituidas para velar con el obispo, asistirle en las funciones de la dignidad, y ayudarle á sostener el peso de su ministerio. Son como estrellas que, juntándose al rededor de un astro superior, forman juntas una dichosa constelacion que derrama su luz y su influencia en todas las partes de una diócesis. Es la asamblea de los primeros sacerdotes que, por la santidad y por la preeminencia de su sacerdocio, son mirados en el clero como la forma y el modelo del rebaño.

6. Algunas veces se imagina que esta regularidad de vida que pedimos á los eclesiásticos no obliga en rigor sino á los que la Providencia ha encargado el cuidado y la conducta de las almas; que habiéndolos Dios constituido pastores, deben apacentar sus ovejas con su palabra y con su ejemplo; que siendo los guías de Israel, deben ir siempre ellos delante por el camino recto para guiar por él á sus parroquianos. Regularmente se cree que los canónigos no son llamados á esta exacta pureza de costumbres; que pueden vivir con menos orden y precaucion; que aunque deban cumplir la ley de Dios, su principal funcion es cantar sus alabanzas, y ser continuos en el servicio de sus altares; y que estando encerrados en su catedral son menos observados en sus funciones y menos responsables de sus ejemplos.

7. Pero vosotros sabeis, señores, que este sagrado templo, en que teneis el honor de ser ministros, es como el primer palacio de Dios en el recinto de esta diócesis; aquí es donde el pueblo viene en comun á traer sus votos y sus ofrendas. De nuestras catedrales es de donde se deriva y comunica la majestad del culto divino, y la santidad de nuestros Sacramentos y de nuestros misterios á las iglesias inferiores; este es el depósito y la fuente de las bendiciones y de las consagraciones divinas que corren y se distribuyen á las parroquias. Es necesario, pues, que vuestra piedad corresponda á la dignidad del lugar y á la grandeza de vuestro ministerio que ejercéis en él; teniendo que cantar los cánticos del Señor en su principal santuario, debeis tener cuidado de purificar todos los dias vuestros corazones y vuestros labios; y pues os ha puesto por su gracia sobre lo mas alto del candelero, debeis lucir y alumbrar por vuestras buenas obras á los que están en la casa, y tener cuidado de no causar ningun escándalo.

8. Uno de ellos es no ser continuos en los divinos oficios. ¿Con qué ojos pensais vosotros que se verán unas sillas vacías en vuestro coro, las alabanzas de Dios cantadas por tan pocas voces, y tan pocos sacerdotes y levitas cerca del arca de Dios vivo? ¿La Iglesia que tiene tantos ministros asalariados hecha un desierto, y el servicio que os compete abandonado, digámoslo así, á extraños? Ninguno de vosotros quiere velar: pues el Ángel del Señor velará y sabrá suplir vuestras ausencias; pero vosotros responderéis de ellas á Dios que os juzgará, y á los hombres que tomarán de aquí pretextos de relajacion y de pereza.

9. Vosotros debeis pesar vuestras acciones, considerar vuestros pasos, y evitar con cuidado todo lo que puede ofender la estimacion que se os debe por vuestro estado. Esos paseos á donde se va algunas veces, menos por desenfadar el espíritu, despues de unas sérias ocupaciones, que por disiparlo en diversiones peligrosas; en donde no se coge muchas veces sino semillas de tentaciones y de distracciones para la oracion; en donde se suelen encontrar compañías poco decentes, cuyas familiaridades y modales poco modestos, si no corrompen las costumbres, manchan á lo menos la reputacion de un eclesiástico.

10. ¿Qué diré yo del juego que los Concilios han prohibido, y que ordinariamente tiene tan malas resultas para los seculares, y aun mucho mas para los eclesiásticos? Hablo de aquellos juegos inmoderados en que el deseo de la ganancia y el disgusto de la pérdida arrojan ordinariamente á un alma á excesos de alegría ó desesperacion; que igualmente son indecentes é indignos de un sacerdote que sacrifica todos los dias al Dios de la paz, y debe hacer servir á la caridad los bienes que la Iglesia le ha dado, que son el patrimonio de Jesucristo, en lugar de ponerlos al azar, y perderlos al arbitrio de una ciega fortuna.

11. ¿Qué diré yo de esos festines en que se hallan en ciertos tiempos del año, en que la complacencia y la alegría les obligan algunas veces á salir de los límites de la templanza cristiana, y en que se junta al placer de la mesa la libertad del discurso?

12. ¡No permita Dios, señores, que demos nosotros semejantes espectáculos á las gentes del mundo! Yo bien sé que vosotros tenéis unos sentimientos de vuestro estado que os inspiran mas circunspeccion y respeto, y espero que vuestras instrucciones y vuestros ejemplos no contribuirán poco á encaminar nuestro pueblo á la práctica de la ley de Dios y de las virtudes del Cristianismo.

DISCURSO VII.

1. Hallándome el día de hoy en este cabildo general despues de haber celebrado tantos otros, ¿qué debo yo desear sino ser mas feliz de lo que he sido viendo reflorcer la disciplina de las costumbres en esta iglesia? Os hemos hablado ya de las obligaciones de vuestro estado, y nos parece que será conveniente haceros conocer la importancia de lo que haceis hoy día, y el provecho que debeis sacar de estas asambleas capitulares.

2. Ellas son instituidas para mantener la paz y la union de una estrecha fraternidad por la comunicacion de los negocios comunes y mútuas benevolencias.

3. Para prevenir ó reformar los abusos que se introducen fácilmente en los ministerios espirituales y en las administraciones temporales.

4. Para arreglar la decencia de los altares, la regularidad del servicio divino, y toda la economía del culto exterior.

5. Para ejercer en las ocasiones un juicio de correccion sobre los que turban el orden y la disciplina del coro, ó los que hacen un mal uso de las rentas eclesiásticas.

6. De aquí se infiere la obligacion que teneis de celebrar estas asambleas capitulares, y asistir á ellas regularmente. Cada canónigo debe hallarse en ellas por la cualidad de su título, que, dándole derecho sobre los bienes y sobre las prerogativas de su iglesia, le sujeta al mismo tiempo á sus leyes y á sus costumbres por el juramento que hizo quando tomó la posesion de procurar el bien y el honor de su cabildo, y hacer de suerte que los oficios se ejerzan con exactitud, que las alabanzas de Dios sean cantadas con melodía y gravedad, que la iglesia esté bien servida, y su patrimonio, que es el fruto de la piedad bienhechora y de la caridad liberal de nuestros padres, sea fielmente dispensado.

7. Fuera de que ausentarse voluntariamente y sin motivo de estas asambleas es señal de un espíritu de separacion y de discordia, es salir en algun modo de la comunión de sus hermanos, es privarse del derecho de voz y voto, y hacerse como una pena canónica de una obligacion y de un honor de su estado, es, en fin,

abandonar la casa de Dios al azar ó á lo menos á otros cuidados que á los suyos.

8. Porque si cada particular quisiese tomarse esta exencion ilegítima, ¿qué confusión no habría en los Cabildos? Las relajaciones se introducirían por todas partes, la Religión sería despreciada, los bienes temporales se disiparían; ¿en qué vendría á parar este orden establecido por los Concilios, esas ceremonias instituidas por los santos Pontífices, esos estatutos y esas ordenanzas que nuestros predecesores nos han dejado? ¿Qué vendría á ser de la majestad de la Esposa de Jesucristo adornada con los ornamentos de su esposo, y preparada como un ejército puesto en orden de batalla?

9. Con todo eso muchos se dispensan de esta obligación que san Carlos llama especial; unos por orgullo, porque no son bastante escuchados; otros por indolencia, porque no se interesan lo que deben del bien comun; otros por enfado ó por contradicciones que temen ó por las que han sufrido; algunos por un espíritu de singularidad, por distinguirse y no hacer lo que hacen los demás. En lo cual deben considerarse como inútiles á la sociedad y responsables de todo lo que puede suceder y venir en deshonor ó perjuicio del Cabildo.

10. Y así es necesario venir á ellas, pero ha de ser con una intencion pura y recta. No considereis, hermanos míos, estas asambleas como civiles ó económicas; no vengais á ellas para hacer ó para oír proposiciones de que seais ó muy demasiado ó muy poco movidos: son estas unas asambleas canónicas y religiosas en que la carne y la sangre no deben tener parte alguna. Y sino ¿por qué os preparais á ellas con oraciones? ¿Por qué ofrecéis el santo sacrificio para purificaros? ¿Por qué invocais con una misa solemne las luces del Espíritu Santo, sino para pedirle que presida en vuestras deliberaciones y vuestros consejos, en que debeis obrar como eclesiásticos, así en los bienes espirituales que tienen alguna cosa temporal como en los bienes mismos temporales que tienen algo de espiritual?

11. Esta rectitud de intencion debe estar acompañada de un espíritu de union y de caridad. Estando asociados en un mismo cuerpo, habitando en una misma casa como hermanos, teniendo unos intereses comunes, criados en los mismos principios, viviendo, digámoslo así, de una misma sustancia, no debeis tener sino una voluntad misma, un objeto, un sentimiento en vuestros cabildos generales ó particulares.

12. *Omnis amaritudo, et ira, et indignatio tollatur à vobis*, decia san Pablo ¹. Ninguna aspereza, ninguna ira, ninguna indignación haya entre vosotros: *Estote autem benigni, misericordes, donantes invicem, sicut et Deus donavit vobis in Christo* ².

12. Yo bien sé que es difícil que todos piensen ó digan una misma cosa, ó por la fecundidad del espíritu humano que provee sobre un mismo objeto muchas ideas, ó por la debilidad de la razon, que no halla inmediatamente el punto de la verdad; pero esta diversidad de sentimientos no debe alterar la paz ni la unidad de espíritu que debe reinar en las juntas.

14. En este caso, es necesario que parezca que uno no presume de sí, que no desprecia á los demás, y que aunque no se sigan los mismos caminos, no por eso se deja de ir siempre al mismo fin.

15. Porque si se habla de este ó del otro modo, es por la necesidad de aclarar el asunto, no por ansia de brillar y mucho menos de contradecir; si se dice lo que se piensa, no por eso se quiere que sea lo mejor, y á veces la nueva proposicion que se hace mas proviene de la dificultad de la opinion que del humor del que opina.

16. Sobre todo evitad las contenciones y las disputas: *Nolite contendere verbis*, dice el Apóstol á Timoteo; *ad nihil enim utile, nisi ad subversionem audientium* ³.

17. ¿Y qué se sigue? Que además de que se escandalizan los asistentes, se excita en el corazon un fuego muy diferente del de la caridad; la contradiccion, la obstinacion y la confusion se suelen mezclar; no se discurre, sino se disputa; se sale del asunto, y se derrama uno en palabras casi siempre inútiles, regularmente indiscretas y aun algunas veces injuriosas; mírase no al interés comun, sino á no sé qué gloria particular, y muchas veces se llega á tal punto, que en lugar de pensar en el partido que se debe tomar, no se piensa sino en defender el que se ha tomado bueno ó malo.

18. En estas deliberaciones tumultuosas regularmente se apartan de la verdad; la pasion toma el lugar de la razon, y creyendo tener derecho á hacerse entender, y no entendiéndose algunas veces á sí mismo, suele suceder que no se sostiene la justicia y se ofende la caridad.

19. Pero acaso me diréis vosotros, ¿y qué se ha de hacer? Cada uno tiene sus miras, cada uno tiene su humor; pero no es este el lugar á donde cada uno ha de traer su humor, es necesario seguir la justicia, la religion y el espíritu de Dios.

¹ Ephes. iv, 31. — ² Ibid. 32. — ³ II Tim. ii, 14.

20. Es preciso, como aquellos animales misteriosos de que habla Ezequiel, marchar delante de sí en estas asambleas por la rectitud, la simplicidad y la modestia eclesiástica, y seguir el impulso del espíritu de Dios. Y así, los que son muy vivos, moderen la vivacidad de su celo; los muy pagados de su dictámen, repriman un poco de vigor; los que son menos inteligentes, escuchen y se instruyan; los que son mas hábiles, sean mas atentos para hacer gustar sus razones y mas circunspectos por lo mismo que exceden á los otros.

21. Concluyo con las advertencias que san Carlos da á los canónigos con motivo de sus cabildos.

22. Primero. Que se tengan regularmente cada semana, y que se hagan un punto de conciencia el asistir á ellos.

23. Segundo. Que se observe en las disputas y en los pareceres mucha moderacion y prudencia, conforme á la santidad de su estado.

24. Tercero. Que se traten en ellos negocios temporales, pero respecto á los espirituales; y que no se piense en la conservacion de su vida sino para consagrarla todos los dias á Dios, haciéndole servir en honrarle como conviene en sus catedrales.

25. Cuarto. Aconseja á sus canónigos que deben corregir; desterrar de su coro toda suerte de inmodestia, de disipacion y de extravío, y persuadirse que la ruina de las rentas de los Cabildos proviene casi siempre del descuido que se tiene en el servicio de Dios.

26. ¿Qué hubiera dicho si hubiese visto á los canónigos citar delante de los tribunales seculares, acusarse unos á otros de mal fe, y gastar en pleitos un dinero que rehusan emplear en los reparos de la iglesia ó en la subsistencia de los hospitales, contra la intencion de los fundadores que se lo han dejado? Amigos hay, confesores hay, superiores hay, que puedan decidir sin ruido estas disensiones. Pero se prefiere hacerlo delante de una justicia extranjera, con deshonor del sacerdocio de Jesucristo, y revelar allí sus vergonzosos secretos; ¿y por qué? por un negocio de nada. Estos son los escándalos que se creen necesarios; pero ¡infelices de aquellos por quienes vienen estos escándalos! ¿No os dice san Pablo que este es un pecado: *Omnino delictum est in vobis*? ¿No os enseña que un siervo de Dios no debe pleitear: *Servum Dei non oportet litigare*? ¿No os enseña Jesucristo que vale mas ceder vuestra capa?

¹ I Cor. vi, 7.

27. ¿No sois cristianos, no sois sacerdotes? Pues en lugar de hablar de caridad, no se habla sino de pleitos; en lugar de sentencias de la Escritura, no se citan sino decretos del Parlamento: *Nos talem consuetudinem non habemus, neque ecclesia Dei* ¹.

28. Templémonos, sosegemos nuestro corazon, y volvamos á tomar aquella union y aquella caridad que hace á las comunidades santas y florecientes.

¹ II Tim. II, 24.

SERMON

SOBRE LA NECESIDAD

DE UNA RELIGION REVELADA.

Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis. (Hebr. iii, 12)

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazon malo de incredulidad.

1. Colocado yo en este vasto universo como un átomo imperceptible que se abisma en la inmensidad, ó como una sombra que desaparece delante de quien la mira, no sé de dónde vengo, ni á dónde voy. Pregunto á los que me rodean, y unos hombres sin probidad me dicen: todo tú vienes de la nada, y todo tú en breves dias serás nada. Pregunto á otros, en su exterior moderados, y en sus costumbres virtuosos, y en sus obligaciones exactos, y me responden: tu alma es inmortal, ella sobrevive á la muerte y corrupcion de tu cuerpo, y debe comparecer ante un juez eterno, para ser premiada ó castigada segun sus virtudes ó desórdenes. Lleno de pavor y espanto al mirarme sumergido en esta terrible perplejidad, ¿á qué partido debo resolverme? ¿Puede haber asunto para mí mas interesante? Luz increada, cuya existencia demostré ya á mis amados oyentes, iluminadme para salir con felicidad de las tinieblas que me rodean. ¿Es verdad que hay una religion? ¿Cuál de tantas como ha visto el mundo es la verdadera? Nada hay mas importante, mas útil, mas necesario que la averiguacion de esta verdad. No es simplemente un piadoso movimiento de mi celo; no es una vana y escrupulosa delicadeza de mi conciencia: es el interés mayor que puede presentárseme en todos los asuntos de la vida el que me convida á intruirme en esta verdad. Que yo pierda mi empleo, mi hacienda, mis amigos, mi salud, mi libertad; que me vea perseguido, pobre, encarcelado ó enfermo; todo esto es de corta duracion, todo es transitorio y casi momentáneo; pero si hay una verdadera religion que ofrece un premio eterno á la virtud y un castigo eterno al pecado, y yo no la sigo, ni vivo segun sus leyes, mi desgracia será irrevocable por todos los siglos. ¿Quién me conducirá á los

venerables tabernáculos de esta verdad luminosa? La razon y la fe sobrenatural. La primera me llevará en sus brazos hasta las puertas del santuario, y besando humillada sus dinteles, me entregará á la fe, para que me introduzca en sus misteriosos tabernáculos.

2. Preguntemos, pues, á la razon, y escuchemos sus respuestas. Hay un Dios, me dice esta, justo, eterno, sábio y omnipotente: añade tambien que siendo, y del todo cierto, que hay un Dios, debe haber una religion para darle culto; y que si hay una religion debe ser revelada, y que esta religion divina que Dios ha revelado á los hombres es la religion católica, apostólica, romana. La razon habla y dice: que la existencia de un Dios demuestra la necesidad de una sola religion; primera verdad. La existencia de una sola y verdadera religion demuestra la necesidad de una revelacion divina; segunda verdad. La existencia de una religion revelada demuestra este carácter en la religion católica, apostólica, romana; tercera verdad. La materia es importantísima, pero inmensa. Reservemos para mañana la demostracion de la última verdad, y tratemos hoy de las dos primeras.

2. Mirad, hermanos, decia el apóstol san Pablo escribiendo á los hebreos, no se halle entre vosotros algun corazon incrédulo, que con terquedad y obstinacion cierre los ojos á las luces de la razon y de la fe. Yo no hallo camino mas justo para conducirlos á la verdad. El que no cede á las evidencias de la razon y á los mandatos de la fe, él mismo sentencia contra su locura é incredulidad. No espero que hagais tan criminal abuso de vuestro entendimiento y voluntad. Oidme con docilidad; nuestro amable Dios se dignará de iluminarnos, para que todos cumplamos con nuestro ministerio: yo con el que tengo de hablaros la verdad, y vosotros con la obligacion de abrazarla y obedecerla. Hacedlo así, Dios mio, por los méritos de Jesucristo, vuestro unigénito Hijo y nuestro misericordioso Redentor. En ellos confio para que mis palabras sean eficaces para arrancar los vicios, y establecer el imperio de la virtud en los corazones humanos. Estos son mis deseos para la mayor gloria vuestra y utilidad de las almas.

Primera parte.

4. Convincentes é irresistibles son las pruebas de la existencia de Dios; de aquel Ser principio de todo y fin de todo; de aquel Ser eterno en su duracion, omnipotente en su poder, sapientísimo

en su inteligencia, perfectísimo en su santidad, justísimo en sus determinaciones, sin mezcla de vicio ni de imperfección, y abismo inagotable de todas las virtudes y perfecciones; de aquel Dios de cuya existencia no puedo dudar sino resistiendo con obstinación á las ideas mas luminosas de mi recta razón. Yo existo, pero no existia un siglo antes, y la razón me convence de que no hay en mí un poder para darme á mí propio la existencia. Lo mismo acontece á todos los hombres; luego todos han recibido su existencia de una primera causa, eterna, independiente, que existe por sí misma, y da la existencia á cuantas criaturas perciben nuestros sentidos. Sí, amados cristianos míos, hay un Dios, y cuanto nos rodea lo demuestra. Los cielos publican su gloria y omnipotencia; la tierra se muestra enriquecida de sus dones; la belleza, la hermosura, la armonía, la fecundidad de la naturaleza presentan á mis ojos su magnificencia y adorables perfecciones. Si los efectos anuncian una causa; si el movimiento exige un primer motor; si los seres contingentes piden un principio de su existencia; si el orden y la simetría demuestran una inteligencia que concibe, que compara, calcula y elige, ¿cómo podremos dudar de la existencia de un Criador sabio y omnipotente, que cria y conserva todos los seres? La inercia de la materia, las sublimes operaciones de nuestro entendimiento, la libertad de nuestra voluntad, la serie de generaciones, el espectáculo del universo, ¿cómo á tantas luces reunidas se podrá resistir la ceguedad del ateísmo, si es verdad que este mónstruo realmente existe sobre la tierra? Si es imposible á un hombre negar la existencia del sol, cuya hermosa luz miran sus ojos, y cuyo calor benéfico tocan todos sus sentidos, no es menos imposible negar la existencia del sol increado, Dios eterno, para el que usa con rectitud de su razón.

5. De la existencia, pues, de este Ser infinito en perfecciones dimana necesariamente la idea de su soberanía y amor del orden; y de la unión de estas dos ideas dimana evidentemente la necesidad de un culto y la necesidad de una ley. Ved ahí, carísimos, la religión. No perdamos de vista estos dos principios: sigámoslos fielmente, y deducirémos las consecuencias mas luminosas.

6. Acabo de decir que de la idea de un Dios dimana necesariamente el concepto que nuestra alma forma de su soberanía, principio y fundamento de un culto, y primer constitutivo de una religión. Si hay un Dios, es menester concebir un poder sobre el hombre que es criatura de este Dios, de quien esencialmente de-

pende en el ser, en el existir y en el obrar. Dios le crió para algun fin, y este no puede ser otro que el mismo Dios, porque él es fin esencial de todas sus obras. De este dominio soberano de Dios y de esta esencial dependencia del hombre dimana en este la obligacion de dirigir á aquel su corazon y sus obras, su alma y su cuerpo, pues lo uno y lo otro lo ha recibido de su magnífico y omnipotente bienhechor. Luego si el hombre no da culto á Dios, es evidentemente cierto que hace vana é ilusoria su dependencia, pues que en ninguna funcion interna ni externa la manifiesta: es evidentemente verdadero que entonces se sustrae de la indispensable obligacion que tiene de recurrir á Dios con algun culto y homenaje en señal de su dependencia: Dios, en cualidad de Criador, tiene un derecho innegable á la sumision, al reconocimiento, á la confianza, á los respetos y al amor de su criatura: nada hay mas natural, mas justo y razonable que el que exija un culto y una confesion de esta dependencia. El hombre, como criatura racional, ve y reconoce necesariamente en Dios el autor de su ser, el árbitro de sus destinos, su bienhechor y su padre: ¿puede el entendimiento humano concebir una idea mas natural y mas justa que dar un culto de adoracion al autor de su ser de quien depende, al árbitro de sus destinos por su interés, á su bienhechor por reconocimiento, y á su padre por amor? Las relaciones de Dios con el hombre y del hombre con Dios son los ilustres títulos que nos imponen la obligacion de un culto, y dan razon de las instituciones religiosas, cuales son los sacrificios, las oraciones, los cánticos sagrados, las divinas alabanzas y los sentimientos de reconocimiento y amor que dirigimos al Omnipotente.

7. Aquí aparece ya la necesidad del culto interior y exterior con que confesamos nuestra dependencia y la soberanía de Dios. El culto interior, porque el hombre tiene un corazon y una alma espiritual, y la adoracion, el amor, la confianza, la invocacion, el reconocimiento, que constituyen el verdadero culto, dimanan del corazon y el espíritu; y el culto exterior, porque sostiene, alimenta y manifiesta el culto interior, y porque es justo que la parte material del hombre, su cuerpo y sus sentidos contribuyan á glorificar á su Criador. He dicho con advertencia que el culto exterior sostenia y alimentaba el culto interior, porque el hombre tiene necesidad de fijarse y variarse por los objetos sensibles. Resultaria inevitablemente una incertidumbre, una dislocada divagacion de la mente, y un extravío de la imaginacion, si no se la fijase en algun piadoso objeto;

y este fastidiaria y se haria enojoso, si nunca se variase por algun otro objeto virtuoso. Ved ahí la necesidad de los sagrados cánticos, del solemne aparato de los augustos sacrificios, del majestuoso espectáculo de las ceremonias religiosas, de la modestia y recogimiento que acompañan á una actitud decente y respetuosa. Y todo esto ¿no contribuye poderosa y eficazmente á fijar la atencion del espíritu, y variar sus afectos para unirle virtuosamente con su Dios? ¿Quién puede dudarlo, si no ha perdido su razon? Tambien dije que el culto exterior manifestaba y expresaba el interior. ¿Cómo podríamos sin él demostrar la uniformidad de nuestra religion? ¿Cómo confesar que somos hermanos, que tenemos un mismo Padre en los cielos, y una misma fe en la tierra, con que le adoramos, bendecimos y glorificamos? Sin quemar incienso sobre sus altares, sin postrarnos en sus templos, sin publicar sus misericordias, sin darle públicas gracias por sus beneficios, sin pedir su proteccion en los apuros y necesidades, ¿cómo sostendríamos delante de los hombres nuestra religion? ¿Cómo demostraríamos nuestra fe?

8. Y no me digais con los impíos insensatos: Dios no tiene necesidad de nuestros cultos, ni los exige: ellos son demasiadamente pequeños, limitados é indignos de la inmensidad de Dios. No me digais eso, porque os responderia de este modo: Dios no tiene necesidad del mundo; luego no le ha criado: el mundo es un punto imperceptible comparado con la inmensidad; luego es indigno de un Dios inmenso, infinito, eterno y omnipotente. Lo absurdo de estas consecuencias demuestra hasta la evidencia la locura de aquellos principios. Para conocer y decidir si Dios exige nuestros cultos no hemos de examinar si Dios tiene necesidad de ellos, ó si le resultará de tenerlos alguna utilidad; porque cosa clara es que el Eterno estuvo por una eternidad infinitamente perfecto sin necesidad de sus criaturas; lo que conviene examinar es, si habiéndose dignado criarnos adornados de razon y libre albedrío en el tiempo determinado por su adorable Providencia, exigen nuestros cultos su naturaleza y la nuestra. Decidme: la misma razon natural con que nos enriqueció ¿no nos está dictando que hagamos un recto uso de ella para honrar á este Dios que nos la dió? La libertad esencial con que adornó nuestra voluntad ¿no hace virtuoso y meritorio aquel racional obsequio? Respondedme: la naturaleza de Dios ¿no es esencialmente la misma bondad? Y qué, esta bondad esencial ¿no se agrada de los homenajes religiosos de sus criaturas, de sus respetos, su confianza filial, su afectuoso reconocimiento, y su puro

y santo amor? Y este culto, aunque pequeño y limitado en su principio, ¿no es la operacion mas noble del hombre? ¿Pueden la razon del hombre y el corazon del hombre emplearse mas gloriosamente que en conocer la suma verdad, y amar la bondad suma? ¿Por qué un culto tan virtuoso será indigno del Señor? Nada, es verdad, nada añade este culto á las adorables perfecciones de nuestro Dios. Es en sí mismo infinitamente rico, esencialmente feliz, eternamente bienaventurado; pero recibe una gloria accidental, unas delicias exteriores de estar con sus criaturas inteligentes, que usan de su razon para conocerle, de su corazon para amarle, que cumplen las obligaciones que las impuso, y buscan el destino feliz para que las crió. Tal es, amados oyentes míos, la naturaleza y el fundamento del culto que damos al Ser eterno. No es vano, pues, ni ridículo nuestro obsequio, sino justo y razonable. Le exigen imperiosamente la soberanía de Dios y la dependencia del hombre.

9. Dejamos demostrada la primera verdad: pasemos á la segunda, y verémos que de la existencia de Dios dimana precisamente la idea que nosotros nos formamos del amor que tiene al órden, principio y fundamento de una ley, que es el segundo constitutivo de una religion. Hermanos míos, pensadlo bien. Un Dios enemigo del órden, é indiferente por el órden, no podria ser mas que un Dios ciego, que no conociese la perfeccion; ó un Dios malvado, que no quisiese lo que es esencialmente bueno; ó un Dios estúpido é indolente, que sumergido en una inercia letárgica, sin sabiduría ni providencia, entregase al hombre y aun á todo el universo á las ciegas leyes del acaso; ó seria un Dios absurdo é inconsecuente, que estuviese en oposicion con su propia naturaleza, que deberia ser el órden esencial y primitivo, y con sus propias obras, cuya existencia y conservacion exigen necesariamente el órden. Ved allí unas consecuencias tan absurdas como necesarias, tan necesarias como contradictorias, que trastornan lo que establecen, y destruyen la existencia de Dios, que ellas suponen. Porque siendo Dios un ser infinitamente perfecto, precisamente ha de amar el órden, por ser este virtuoso amor una perfeccion que dimana del órden increado y eterno, que es el mismo Dios; y es imposible componer este amor del órden con entregar al hombre á los caprichos é inclinacion de sus pasiones y apetitos, que ordinariamente se arriman al desórden: luego es preciso que Dios haya puesto límites y términos á los apetitos y pasiones del hombre: luego no todo es permitido al hombre: luego hay unas cosas permitidas y otras no: luego

hay unas cosas buenas moralmente y otras malas: luego hay una ley eterna y necesaria que aprueba las buenas y que prohíbe las malas. Sí, cristianos míos muy amados, todo este precioso encañamiento de verdades es evidentemente verdadero. Existe, pues, una ley divina, que es dimanada del cielo; una ley anterior á las de todos los pueblos é imperios de la tierra; una ley eterna, inmutable, universal, que indiferentemente obliga al fuerte y al débil, al tirano que oprime y al esclavo que es oprimido; que condena los delitos ocultos entre las oscuras tinieblas de la noche, y los crímenes públicos y escandalosos. De lo contrario, Dios habria faltado á lo que debe á sí mismo y á lo que pertenece á las criaturas. Por lo que á sí pertenece no habria provisto suficientemente á la conservación y destino de los hombres, dejándolos sin obligaciones mutuas y recíprocas que debían cumplir; y los hombres, nacidos para vivir en sociedad, como sus inclinaciones lo anuncian y sus necesidades lo demuestran, quedarían sin una luz, sin una regla, sin una ley que los uniese, que los conservase, y que de todos los órdenes del Estado no formase mas que una sola familia. En aboliendo esta divina ley, todas las leyes formadas por los hombres desaparecen, todos los derechos se confunden, todas las posesiones pertenecerían al primero que las invadiese. Si desterrais la divina ley, ninguna persona hay que tenga derecho á mandar; ninguna que esté obligada á obedecer: no habria desde entonces otra ley que la odiosa del que mas puede: la licencia mas desenfrenada no tendria otro freno que el antojo. La probidad, la buena fe, la subordinación, la fidelidad, todas las virtudes que forman y aseguran las sociedades no serían mas que quimeras y nombres vanos sin alguna significación. Es menester confesar como una verdad evidentemente clara que existe una ley eterna, anterior á todas las leyes humanas, fundamento de todas las leyes humanas, y que estará condenando eternamente lo malo y aprobando lo bueno, aunque faltaran todas las leyes humanas.

10. Advertid, pues, carísimos, como de la idea que formamos de Dios, como soberano, dimana la necesidad de un culto, y de la de mismo Dios, como amante del orden, dimana la necesidad de una ley. Ved aquí la religion; ved aquí demostrada la necesidad de una religion. Verdad sensible y luminosa, de que nos dan testimonio los deseos de nuestro corazón y las luces de nuestro entendimiento. Sí, señores, la idea de una religion es como ingénita en el hombre, nace con el hombre, es como el instinto natural del hombre. Dentro de

nosotros mismos escuchamos una voz fuerte que imperiosamente nos enseña la existencia de un Ser supremo, á quien debemos nuestros respetos; y ella misma nos dice que aquel Ser eterno castiga el delito y premia la virtud; nos dice que su brazo omnipotente nos amenaza y su vista penetrante nos percibe entre las mas oscuras tinieblas, como en el dia mas claro y mas sereno. Voz poderosa que ni los esfuerzos del impío, ni el tumulto de las pasiones, ni la rebelion de los apetitos podrán jamás hacer callar. Voz permanente que se perpetúa de generacion en generacion por todas las edades del mundo. Voz universal, voz general que se hace oír desde el Oriente al Occidente, y desde el Septentrion al Mediodía. En todos los pueblos, en todas las naciones, en todos los imperios, en todos los siglos veo los hombres con alguna religion. Mientras hagan un recto uso de su razon jamás abandonarán esta idea, y el imperio de la religion no se acabará mientras no se acabe el imperio de la razon. Este es el clamor de la naturaleza; esto enseña constantemente á la generalidad de los hombres, sin que el ejemplo de un pequeño número de estúpidos pueda hacer sospechoso el testimonio universal del género humano; como el ejemplo de un corto número de dementes no hace dudosos los principios generales del sentido comun. Decidme: ¿dónde hallarémos regla segura de la verdad, si lo que la naturaleza dicta á todos los pueblos y en todas las edades no es verdadero?

11. Desterremos léjos de nosotros las blasfemias escandalosas de los Hobbes, los Espinosas, los Maquiavelos, los Epicuros, los Lucrecios y otros semejantes que han pretendido hacer de la Religion una quimera vana ó un frívolo fantasma. ¿En qué tinieblas de errores no se precipitaron aquellos ciegos, por cerrar obstinados los ojos de su razon á la demostracion de estas verdades! Las inconsecuencias y contradicciones de sus monstruosos sistemas vengán el ultraje que ellos hicieron á la razon y á la fe. Yo quiero por este momento suponer sus principios, y verémos si ellos ó sus infelices discípulos pueden negar las evidentes consecuencias que de ellos se deducen. No hay religion, decís con una boca blasfema y un corazon corrompido. Yo respondo: ¿no hay religion? Luego no teneis otro temor que el de los hombres, ni otra esperanza que en la vida presente, ni otro interés que el temporal, ni otro fin que hacer vuestro gusto: luego todo os es lícito, todo os es permitido: luego, si vuestro interés lo pide, nada importan las injusticias, las extorsiones, las traiciones, los robos, los asesinatos, con tal que

nada tengais que temer de parte de los hombres: si os poneis á cubierto de la vista de los hombres, os quedaréis sin remordimiento de conciencia, aunque seais asesinos, ladrones, traidores é injustos. ¿Podréis negarlo? Luego si vuestro bien particular halla serle útil vender al amigo, deshonorar la mujer de vuestro hermano, derribar la autoridad legítima, trastornar la patria, inundar la tierra con la sangre de los hombres, con tal que las tinieblas ó la fuerza os aseguren la impunidad, nada malo hay en ser amigo infiel, hermano incestuoso, vasallo rebelde, mal ciudadano, y tirano sanguinario y bárbaro. ¿No hay religion? Luego lo mismo merece una esposa fiel que una mujer adúltera, un hijo humilde que un criado soberbio, un padre de los pobres que un opresor de la humanidad paciente, un avaro que un caritativo, un hombre de bien que un bribon, un virtuoso que un malvado, siempre que todas estas operaciones y otras innumerables se hagan sin testigos que las delaten, y sin noticia de los jueces temporales que las castiguen. ¿Pueden darse consecuencias mas verdaderas, mas claras, mas naturales, mas innegables, segun los principios de aquel abominable sistema! ¡Oh Dios inmortal! ¿en qué abismo de absurdos y de errores no se despeña el hombre que niega ó abandona vuestra santa Religion! ¿Seais bendito eternamente por vuestras grandes misericordias! Vos nos enseñais que hay religion: el culto que nos prescribís y la ley con que nos lo mandais me lo demuestran, diciéndome al mismo tiempo que esta religion es una sola.

12. Sí, amados oyentes, la idea de Dios es evidentemente incompatible con la multiplicidad de religiones. Leamos los anales del mundo, extendamos la vista por todo el teatro del universo, ¿qué nos enseñan las diferentes religiones que han reinado en él, ó que se practican en el día? Vemos pueblos los mas famosos en duracion, en artes ó en ciencias, pero divididos en diferentes cultos, que es justo examinar. Los unos erigian altares á la torpeza, al latrocinio, á la venganza, á la crueldad feroz y sanguinaria, y á todos los vicios: ¡asombroso extravío del corazon humano, y ceguedad espantosa de la razon! Ellos honraban la divinidad con infamias que deshonoraban la humanidad. Los otros derramaban en honor de sus dioses la sangre de sus huéspedes y de sus hijos, siendo bárbaros por celo y crueles por piedad. Estos se postraban religiosamente y ofrecian incienso á los bronce, á los mármoles, al oro, á la plata, al barro, á las plantas, á los animales, á los mónstruos! á todo lo mas vil de la naturaleza, negándoselos á su autor. Aque-

llos, reconociendo un solo Dios, se dividian en sus opiniones sobre su naturaleza y operaciones, negando unos lo que afirmaban y establecian otros. Manés decia que habia dos principios eternos, uno del bien y otro del mal. Mahoma admite un solo principio y un solo Dios, pero un Dios ciego y sin poder, que somete á los hombres á las leyes insensatas de una ridícula fatalidad. Lutero, Calvino y sus sectarios ni admiten los dos principios de Manés, ni el fatalismo de Mahoma; pero segun su doctrina Dios es un tirano absurdo y bárbaro, que nos manda cosas imposibles, que nos compele al crimen y nos castiga por haberle cometido. El católico, solo el cristiano católico, apostólico, romano, es el que abomina todos estos errores, y gloriosamente cree y confiesa que Dios es uno y eterno, sábio y poderoso, misericordioso y justo, libre é independiente, fiel y verídico. Él solo confiesa que Dios es todo lo que no es en las otras sectas, que por mal nombre se llaman religiones.

13. Establecidos estos principios, que son unos hechos constantes é indisputables, razonemos de esta manera: es evidente que entre estas religiones hubo varias deshonestas é infames; luego Dios, que es la santidad por esencia, no pudo ser honrado con sus desórdenes y torpezas. Es evidente que otras de aquellas fueron inhumanas y bárbaras; y es imposible que siendo Dios la bondad esencial y primitiva pueda ser honrado por parricidios y asesinatos. Es evidente que aquellas eran absurdas é insensatas; y Dios, que es la sabiduría infinita, no puede ser honrado con absurdos y extravagancias. Es evidente que las otras se combaten mutuamente, y recíprocamente se destruyen; y Dios, que es la verdad eterna, la verdad pura, la verdad indefectible, no puede aprobar como verdad en una parte lo que reprueba en otra como mentira y falsedad: es imposible que mande en un pueblo como virtud lo que condena y reprueba como vicio en otro. Luego es evidentemente cierto que estas diferentes religiones no pueden venir de Dios, ni ser todas agradables á su divina Majestad. La razon de esto es evidentísima; porque yo toco con todos mis sentidos, y veo con todas las potencias de mi alma que Dios no puede estar en perpétua contradiccion consigo mismo, y que hacer á Dios autor ó aprobante de todas estas religiones es hacerle un ser absurdo y extravagante, que mira caprichosamente una misma cosa, ya como verdad, ya como mentira, ya como un crimen, y ya como una virtud. Es sin duda evidente que entre todas estas religiones no puede haber mas que una que sea verdadera y aprobada de Dios. La verdad, siendo una é in-

divisible, no puede hallarse al mismo tiempo en religiones contradictoriamente opuestas; pues no habiendo mas que un Dios, no puede haber mas que una sola regla de fe, que son las verdades y divinos misterios que nos ha manifestado su adorable Majestad, que es la verdad por esencia: ni puede haber mas que una regla de costumbres, que son las leyes y preceptos que ha intimado la voluntad eterna del que es la bondad suma. Evidentemente resulta de este prodigioso encadenamiento de verdades que la multiplicidad de religiones es incompatible con la idea que tenemos de Dios; y hacerle autor de todas ellas es lo mismo que atribuirle todos los vicios, todas las extravagancias, todas las contradicciones que en semejantes religiones ha visto y admirado el universo. En suma, admitir el tolerantismo dogmático ó religioso es no tener ideas verdaderas de la Divinidad, ó establecer la irreligion. En el tribunal del buen juicio y en la cátedra de la sana razon lo mismo vale un indio estúpido incensando en sus adoratorios á los ídolos que un tolerante declarándose indiferente por todas las religiones. El idólatra hace dioses de piedra ó de madera que tienen ojos y no ven, lengua que no hablan, oídos y no oyen, piés y manos y no las mueven; y el tolerante hace un Dios absurdo y contradictorio. El idólatra no previene en su culto sino por su culto mismo, y el tolerante previene cuanto está de su parte, por todos los cultos impuros é insuficientes que aprueba y autoriza. El idólatra conserva una religion falsa en que le educaron, porque en su corazon conserva el gérmen de que hay una religion verdadera: el tolerante mira con indiferencia todas las religiones, porque ha ahogado en su espíritu todo principio de religion. El idólatra se aparta mas que el tolerante del buen sentido y la razon; pero el tolerante se aparta mas que el idólatra de la religion y de la bienaventuranza. No nos detengamos mas. Si no nos obstinamos en negar las evidencias, es menester confesar ó buena fe que hay un solo Dios y una sola religion, como lo dejamos demostrado: réstanos hacer palpable que esta única, sola verdadera religion ha de ser precisamente revelada. Esta es la materia de la

Segunda parte.

14. El hombre en el estado presente de ceguera y depravacion en que se halla, sea cual fuere la causa por ahora, que otro dia examinaremos, no puede honrar á Dios, conocer su voluntad,

unírsele por amor, sino por dos medios, á saber, por la razon ó por la revelacion, por la religion natural ó por la religion revelada. Debemos, pues, ante todas cosas explicar estos términos. ¿Qué es religion natural? Es la voz de la naturaleza y la razon que nos intima la ley eterna, y nos enseña que hay un Dios de quien dependemos, y á quien debemos nuestros cultos religiosos. Llámase ley natural ó religion natural, porque la conocemos con solas las fuerzas de nuestra naturaleza ó de nuestra razon. Y ¿qué es religion revelada? Son los oráculos dimanados inmediatamente de Dios; ó de otro modo: es la voz de la divinidad que habla y enseña al hombre con otra voz superior á la de la simple razon. Se llama revelacion, porque Dios se ha dignado manifestar las verdades que ella nos descubre y enseña. Determinadas las ideas de la religion natural y de la religion revelada, nos falta examinar si la religion natural es suficiente para que el hombre cumpla sus obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo, ó no lo es. Ved aquí, cristianos míos muy amados, todo el fondo de la cuestion. Si la religion natural es suficiente, no es menester religion revelada. Si la religion natural no es bastante, resultará precisa y absolutamente necesaria la religion revelada. No hay efugio. Si establezco, pues, irresistiblemente la insuficiencia de la primera, dejo invenciblemente probada la necesidad de la segunda.

15. Y desde luego pregunto: ¿cuál debe ser la religion digna de Dios y digna del hombre? ¿Será aquel monstruoso compuesto de infamias, extravagancias, contradicciones, furores, ineptias y crueldades que nos ofrece el gentilismo, el mahometismo y otros fantasmas de religion que han sido y son el oprobio, vergüenza y confusion del espíritu humano? No ciertamente. La religion verdadera y legítima es un verdadero comercio entre el cielo y la tierra: es un medio por el cual Dios se une al hombre, y el hombre se une á Dios, honrándole con homenajes virtuosos. Dios se une al hombre manifestándole su naturaleza y sus adorables atributos, y el hombre se une á Dios por el culto legítimo con que le adora. Dios se une al hombre manifestándole el camino por donde debe andar, y el hombre se une á Dios marchando por el camino que Dios le ha señalado. Dios se une al hombre por las promesas que le hace, y el hombre se une á Dios, cumpliendo las condiciones con que Dios se las ofrece. Dios se une al hombre por las gracias con que le previene y los beneficios que le hace, y el hombre se une á Dios por el tierno agradecimiento con que las conserva. Ved aquí la religion

considerada en Dios que debe ser adorado, y en el hombre que debe adorarle. De esta idea sencilla, pero sólida é indubitable, se deducen evidentemente estas consecuencias: luego la religion es una luz; luego la religion es una regla. Es una luz que ilustra nuestro espíritu, es una regla que rectifica nuestro corazon. ¿Podrán negarse unas consecuencias tan sensibles y evidentemente verdaderas! Pues ahora yo añado que si no hay una revelacion, está la religion natural tan léjos de ilustrar nuestro espíritu, que nos arroja y sumerge en las mas oscuras tinieblas; y si no hay una revelacion, la religion, en vez de rectificar nuestro espíritu, nos conduce á los mas deplorables extravíos. Dos principios que bien probados demostrarán la insuficiencia de la religion natural, y la necesidad absoluta: precisa de la revelacion.

16. Acabo de decir, y lo repito, que faltando la revelacion, la religion no haria mas que sumergirnos en las mas oscuras tinieblas sobre la Divinidad, sobre el culto y la moral. Reflexionad que la religion, su conocimiento y su observancia, es de una necesidad indispensable para todos los hombres, para todos los estados para todos los pueblos: es necesaria en los sencillos cultivadores de campo y en los políticos mas profundos: todos los hombres somos hijos de nuestro Padre celestial, todos tenemos obligacion de honrarle con nuestros cultos religiosos: todos debemos conocer y cumplir nuestras obligaciones para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes. Luego si Dios no nos ha revelado estas tres obligaciones, ved ahí al hombre entregado á las perplexidades mas horribles; ved ahí al hombre reducido á uno de estos dos extremos: á seguir una religion arbitraria, ó formarse un sistema de religion. Es inevitable esta formidable alternativa, si se niega la divina revelacion. Si él sigue una religion arbitraria, se expone á ofrecer á Dios un culto impuro é insuficiente, á seguir una moral viciosa y criminal, y conformarse á una religion compuesta de vicios y extravagancias. Muchos siglos há que el mundo idólatra y mahometano nos están dando una prueba harto sensible de esta verdad. Si el hombre trata de formar por sí mismo un sistema de religion, ¿cómo podrá realizar este proyecto la mayor parte de los hombres que habitan la superficie de la tierra, á quienes la falta de talentos, la turbulencia de las pasiones, la brevedad de la vida, la multitud y embarazo de los negocios, absolutamente se lo imposibilitan? Pero supongamos que haya unos pocos adornados de un genio feliz, de una vida desocupada y tranquila, que puedan entre-

garse á formar un plan de religion por medio de serias reflexiones y meditaciones profundas; si estos pocos no son alumbrados por la luz de la revelacion, ¿en qué laberintos no se enredarán, en qué abismos de tinieblas no se sumergirán sobre el culto, la moral y la Divinidad? Bien claro lo vemos en aquellos ilustres ingenios de la antigüedad profana, que osaron formar sistemas de religion. Unos negaron la existencia de Dios, cayeron en el materialismo, y miraron con indiferencia la virtud y el vicio, no reconociendo mas bien ó mal que el bien sensible y físico. Otros, admitiendo la existencia de Dios, le desfiguraron horrorosamente en las ideas que de él se formaron, negando su providencia, su sabiduría, su presciencia y su libertad, y dándole las mismas pasiones y vicios que se hallan en los hombres. La moral de semejantes legisladores no se vió menos alterada en sus ideas que las que formaban de la Divinidad. Epicuro estableció el fin del hombre en el placer; Zenon en una virtud feroz y sanguinaria; las leyes asiáticas autorizaban el incesto y la poligamia; las de Esparta el robo y el adulterio; las de Atenas y Roma la fornicacion y el divorcio. De suerte que los mas grandes errores fueron hijos de los mayores ingenios. Piensa, ó razon soberbia, los grandes motivos que tienes de humillarte. Si la revelacion no te conduce, no vienes á ser otra cosa que un teatro de incertidumbres, extravíos, dudas y extravagancias en materia de religion. Avergüénzate y humíllate al considerarte llena de errores y delitos, aun en aquellos ilustres personajes que se creian mas favorecidos de tus dones y mas ilustrados con tus resplandores.

17. Confesémoslo de buena fe: sin la revelacion divina la religion es imposible; pero con ella luego encontramos un camino corto y fácil, un camino fecundo y universal, un camino seguro é infalible para conducir los hombres á lo verdadero y á lo honesto. Sí, cristianos carísimos, la revelacion es un camino corto y fácil: ella nos dispensa de fatigarnos con profundas meditaciones y exámenes prolijos, de que no son capaces el mayor número de los hombres. Dios habla: ya no tenemos necesidad de otra cosa que de escucharle y creerle. Por este medio sabemos sin trabajo las ideas que debemos formar de la Divinidad, el culto que debemos tributarle y las reglas de costumbres que debemos seguir. La revelacion es un camino fecundo y universal, hecho con todo aparato y majestad divina á una nacion entera y numerosa, consignando en libros auténticos y sagrados archivos su origen, comunicado sin alteracion á las generaciones siguientes, y entendido de todos, los grandes y los

pequeños, los ricos y los pobres, los sábios y los ignorantes. La revelacion es un camino seguro é infalible : siguiéndola, nadie se extravía; caminando por ella, nadie se pierde: Dios ha formado ese camino, y Dios es el camino, la verdad y la vida. Los divinos oráculos no dejan lugar á la perplejidad ni á la duda: ellos son una luz que ilustra á todo hombre que habita en el mundo, y se deja sentir de todo racional. Por este camino hemos llegado á tener conocimientos mas verdaderos, mas justos y mas sublimes de la Divinidad, de la moral y el culto, que cuantos tuvieron los mayores sábios de la antigüedad pagana.

18. Advertid, cristianos míos, que no solo dije poco há que sin revelacion la luz de la religion natural no solo no nos ilustraba, sino que nos cegaba arrojándonos en las tinieblas de los errores y pecados, como habeis oido; tambien añadí que sin ella la religion natural no solo no rectificaba nuestro corazon, sino que le extravíaba de lo honesto y virtuoso, y le arrastraba á los desórdenes mas groseros. Ya sabéis que es un principio cierto é incontestable que el hombre es formado para observar una religion. Pero de este principio conocido y confesado de todos; qué horribles consecuencias no se han sacado cuando privados los hombres del beneficio de la revelacion han seguido solamente las débiles luces de la religion natural! ¡Qué horrores, qué atentados, qué infamias no consagraron una religion arbitraria y mal entendida! De esta voz RELIGION NATURAL mal entendida han nacido las ilusiones del espíritu y la corrupcion del corazon. De esta voz mal entendida se vieron salir las culpables extravagancias de la idolatría, los monstruosos delirios de la metempsícosis, las rarezas de la magia, los delirios del sortilegio y las necedades de la supersticion. Esta voz mal entendida produjo los furores del fanatismo, los derramamientos de sangre humana para dar culto á los vanos simulacros, y que los mismos padres transformados en unos bárbaros y crueles parricidas ofreciesen sus hijos al ídolo Moloc en los tiempos antiguos; y ella misma en los presentes dias enseña á los infelices indios á sacrificar á los manes de un ilustre muerto sus esclavos y sus mujeres. Esta voz arbitraria y mal entendida condujo á los romanos y á los griegos al extravío horrendo de transformar los vicios en virtudes, edificando templos y levantando altares en medio de Roma, de Atenas y de Pafos á la mas brutal de las pasiones, la impureza. ¡Válgase Dios! Hoy mismo, en nuestros mismos tiempos, esta voz mal entendida precipita de error en error á esa tropa orgullosa de sober-

bios, impíos y libertinos, en quienes se hallan tantas religiones como cabezas, y cuyos principios opuestos y contradictorios no se unifican sino para abrir la puerta á los vicios y aborrecer la verdadera religion. En suma, esta voz arbitraria y mal entendida RELIGION NATURAL dió ocasion á un famoso impío para imputar injustamente á la religion los extravíos, los desórdenes y males que nacen del olvido de la revelacion: *Tantum religio potuit suadere malorum!*

19. Es, pues, menester confesar como una verdad cierta y constante que la religion puramente natural no es una religion suficiente, sea que se la mire de parte de Dios, ó de parte del hombre. Ella es el fundamento de la religion; pero no es ni puede ser todo el edificio: ella restringe el dominio y soberanía de Dios, dispensando al hombre de la sumision y obediencia que debe á sus leyes y preceptos positivos: ella expone la santidad de Dios á un culto impuro ó insuficiente, como tantos que se le han tributado con el mas grosero error: ella ataca la sabiduría de Dios, que no le ha manifestado bastante claro su voluntad, segun se le figura; y ella misma abisma al hombre en las mas oscuras tinieblas, le expone á los precipicios mas funestos, y le extravía por los desórdenes mas deplorables.

20. Y si la religion puramente natural es insuficiente, como lo acabamos de oir, ¿qué sería oscurecida y manchada con los vicios del ateismo y deísmo? No, amados cristianos míos, la religion, si alguna tienen unos hombres tan ignorantes, no puede ser la religion que el cielo aprueba, por ser una religion que la razon condena. Llenaos de horror y espanto al responderme. ¿Qué podremos pensar de una religion que no cuenta en todos los siglos mas que un puñado de hombres esclavos de sus cuerpos y pasiones? ¿Qué nos pueden oponer á los millones de hombres virtuosos y santos que cuenta el Cristianismo en los fastos de su historia mas que un cierto número de personas sujetas á los vicios por principios de su crenencia y por inclinacion de su naturaleza? hombres que se entregan á los desórdenes sin remordimiento y sin susto, sin temor mas que de la vista de los otros hombres? ¿Qué podremos pensar de los que niegan la existencia de Dios, la inmortalidad y espiritualidad de nuestras almas, la diferencia entre la virtud y el vicio, las recompensas del bueno y los castigos del malo? ¿Qué podremos pensar de los que se persuaden que la materia es capaz de pensar, y que los hombres no se diferencian en el ser que los anima de los animales y las fieras? ¿Y qué diremos de los que confesando la existencia

de Dios le despojan de su providencia y justicia, formándose un Dios á su manera sin recompensas y sin castigos? ¿Un Dios que mira con indiferencia los crímenes mas vergonzosos y las mas heroicas virtudes? ¿Un Dios, en cuya presencia es lo mismo ser un malvado que un justo? ¡Blasfemos escandalosos, la razon reclama contra vuestros detestables principios! Un sentimiento natural é inextinguible los combate y los desmiente. El fundamento ruinoso sobre que levantaiis el sistema loco del fantasma de vuestra religion se desmorona y deshace al primer encuentro de la sana razon. No, mi Dios santo, justo, eterno y omnipotente, mi alma no tendrá la suerte que vuestro mas criminal enemigo trata de asignarme. Yo siento en mí mismo, y seria tan infeliz como él si no lo sintiese, que el divino soplo que me anima no es el mismo impulso que mueve el bruto y al autómeta. Yo siento que el ser que piensa en mí es diferente del ser material, y que la ruina de este no arrastrará tras sí la ruina y fin de aquel. Yo siento que un ser que se levanta hacia Vos, que os conoce, os adora y trata de amaros, no es materia ni efecto de la materia; no es movimiento ni efecto del movimiento: es esencialmente un espíritu indestructible; es un ser que carece de todo principio de corrupcion y disolucion; un ser inmortal por su naturaleza, y que no puede ser reducido á la nada sino por el brazo omnipotente que le crió. Yo siento tambien que mis temores y mis esperanzas no se limitan á esta corta y triste vida, sino que pasan mas allá del sepulcro. Experimento que estos temores y estas esperanzas no son vanas é infructuosas; conozco que nacen de mi naturaleza; veo que son conformes á mi razon, y sé que Vos, Dios mio, las habeis impreso en mí para hacerme mas grande y mas feliz. Pero cuando yo no hallase en mí tantos principios de inmortalidad, los encontraria en Vos de un modo irresistible. Yo sé que Vos, Señor, sois sábio esencialmente é infinitamente justo; conozco que estos divinos atributos os hacen poner una diferencia grande entre el vicio y la virtud; que aborreceis y castigais lo malo, que amais y premiais lo bueno. Veo muchas veces que esto no se verifica en este mundo, en el que padece el virtuoso, y el vicioso es prosperado; en el que la virtud gime entre miserias, y el vicio nada de delicias: esto veo, esto toco, esto experimento; luego ha de haber un tiempo despues de este en que el sábio y justo Dios obre con rectitud, dando á cada uno lo que le corresponde: castigo al malo y premio al bueno; luego hay otra vida, luego mi alma es inmortal, como objeto necesario de estos castigos y de estas recompensas.

Arruinado el principal fundamento del ateismo y el deísmo, debemos tambien esperar dar en tierra con todo el edificio de la impiedad. Ello es que tenemos demostrado que la religion natural es insuficiente; que la revelacion es absolutamente necesaria; que Dios ha hablado á los hombres por otro modo mas alto que por las luces de la razon, y que hay una religion revelada. Pruebas sólidas é irrefragables que solo podrán negar ó dudar de su solidez los que se obstinen en cerrar los ojos de su entendimiento para no ver la verdad.

21. Sin embargo ¡gran Dios, qué de poco servirá que yo hable al entendimiento si Vos no hablais al corazon! La elocuencia humana, segun el dicho de vuestro apóstol Pablo, no es mas que voz sonora de una campana bien fundida. La razon puede probar y establecer la necesidad de una revelacion; pero solo vuestra divina gracia puede someter á la revelacion nuestros espíritus y nuestros corazones. Imprimid, Dios de misericordia, fijad profundamente en nuestra alma estas dos importantísimas verdades: la necesidad de una religion, y la necesidad de una revelacion; y serémos inmediatamente discípulos de la religion verdadera. Sí, Dios inmortal. Desde el momento en que por una íntima conviccion yo llegue á vivir firmemente persuadido de la extrema necesidad en que me hallo de unirme y ser fiel á una religion verdadera, á una religion revelada, á una religion divina que pueda hacerme feliz eternamente, mi eleccion ya no será incierta ni dudosa. Mi religion será la que es por un puro efecto de vuestras grandes misericordias; aquella religion concebida en la eternidad, mandada desde el principio del mundo, obedecida por los Patriarcas y Profetas, y publicada con estupendos prodigios y maravillas; aquella religion ilustrada y perfeccionada por un Dios-Hombre, cuyos dogmas son tan venerables, su culto tan puro, su moral tan sublime y tan virtuosa; aquella religion autorizada por las profecías mas ilustres, confirmada con los milagros mas auténticos, confesada y sostenida con la sangre de millones de mártires de todas las edades, de todos los estados y condiciones, y de todos los países, y cuya duracion sobrepujará la de todos los siglos: esta religion que gloriosamente reciben los espíritus y los corazones, cuando las pasiones no los ciegan; esta religion caracterizada con señales indubitables y permanentes de su divinidad; la religion católica, apostólica, romana, será, es para mí, y debe ser para todos, la que fije nuestra eleccion, nuestro corazon y nuestro espíritu.

22. Sí, cristianos míos muy amados, esta nuestra santa religion católica es la única, la solamente verdadera, la que debemos seguir para salvarnos, como lo veréis demostrado en el siguiente discurso: seamos dóciles á sus dogmas, fieles á sus leyes, religiosos en sus templos, frecuentes en la participacion de sus adorables Sacramentos, y continuos en la asistencia de sus venerables sacrificios. Manifestemos con las obras la pureza de sus mandatos, viviendo humildes, laboriosos, modestos, benignos, afables, bienhechores y caritativos. Busquemos en todas nuestras operaciones la mayor gloria del Señor, la utilidad espiritual de nuestros prójimos y nuestra propia santificacion. La paz y la dulzura habitarán en nuestros corazones, y amables á Dios y á los hombres pasareis tranquilamente vuestra peregrinacion sobre la tierra, y seréis colocados despues, en premio de vuestras virtudes, en las puras y eternas delicias de la gloria. Amen.

SERMON

SOBRE LA

DIVINIDAD DE LA RELIGION CATÓLICA.

*Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum
cor malum incredulitatis. (Hebr. III, 12).*

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno
de vosotros corazon malo de incredulidad.

1. La vista del universo, las luces de la razon, el testimonio de nuestro corazon, las costumbres y prácticas de todos los pueblos, el clamor de nuestra conciencia, todo nos anuncia, todo nos demuestra que el hombre está sometido á una religion; quiero decir, á una regla divina dada por Dios para nuestra creencia, nuestro culto y nuestras costumbres, la que nadie puede ignorar ni desobedecer sin delito. Pero ¿cuál es esta religion que el cielo ha dado al hombre, y que une al hombre con Dios? Es la religion que vosotros, amados cristianos míos, profesais; es la religion santa, católica, apostólica y romana.

2. Esta sola tiene un carácter de divinidad que falta en todas las demás que se conocen. Esta sola es la religion que Dios ha dado á los hombres, esta sola es la únicamente verdadera. Dos principios luminosos van á demostrarlo. Es evidente que la religion de un Dios verdadero debe ser pura y santa en su doctrina; porque el Dios que la revela es la verdad, la sabiduría y la santidad por esencia, y nada puede prescribir que sea falso ó vicioso. Es evidente tambien que la religion de este verdadero Dios debe ser una religion antigua y permanente que abrace todas las edades; porque Dios ha debido ser adorado y servido en todos los tiempos, y la religion enseña el modo de servirle y adorarle. Será, pues, evidentemente la religion verdadera y la única aquella que reuna estos dos caracteres de divinidad: *la pureza de la doctrina, y la perpetuidad de su existencia*. Sola la religion católica los reune; luego sola ella es la verdadera. Temamos, cristianos, deshonorar una religion tan pura por nuestras malas costumbres. Temamos perderla por nuestras incredulidades. Vedlo bien, hermanos, diré con el

apóstol san Pablo, no sea que se encuentre en alguno de vosotros un corazon incrédulo á las verdades eternas que trato de demostrarle. *Videte, fratres...* No hagais violencia á vuestra razon y á vuestra fe, y si ellas se os presentan, seguidlas con la seguridad de los que caminan por la senda de la verdad.

3. Dios inmortal, justo, sábio, santo y omnipotente, iluminadme, sostenedme, conducidme con vuestros auxilios, para que yo procure vuestra mayor honra y gloria, y la utilidad de las almas. Hacedlo así por la intercesion de María santísima, con cuyo soberano patrocinio pretendo demostrar las dos verdades que acabo de proponer.

Primera parte.

4. La verdadera religion del Dios verdadero ha de ser pura en su doctrina, pura en lo que enseña, y pura en lo que manda, pura en sus dogmas, pura en sus preceptos. Solamente la religion católica, apostólica, romana, goza estos admirables privilegios: ella sola es la religion de un Dios verdadero, de un Dios sábio y de un Dios santo.

5. Sí, cristianos, vuestra religion es pura en lo que enseña. Levántese el impío contra sus dogmas, y sirva su incomprendibilidad de pretexto á los incrédulos. Yo lloraré su ceguedad, si hablan de buena fe, ó detestaré su maldad, si obran contra su conciencia y sus luces. Pero sea lo que fuere de su modo de pensar, yo pensaré siempre conforme á mi fe, y la confesaré francamente delante de los cielos y la tierra. Confesaré que sus dogmas me unen á la santa religion que gloriosamente profeso, y ellos me sostienen y fortifican en la fe. Dogmas venerables, objeto eterno de las contradicciones del impío, vosotros sois los que me dais ideas verdaderas, ideas sublimes, ideas sostenidas y consiguientes de la naturaleza de Dios y del hombre. Vosotros, dogmas sagrados, conciliáis la providencia, la bondad y la justicia de Dios con esta universalidad de males que nos afligen, y con esta propension espantosa que nos inclina al mal. Sin vosotros yo seria el ser mas incomprendible y el misterio mas inexplicable de todos. Vosotros me explicais las contradicciones eternas que experimentamos en nuestra naturaleza, entre nuestros pensamientos y nuestra razon, entre el hombre carnal y el hombre espiritual. Sin vosotros yo no conoceria á mi Dios con las ideas que de él me dais: yo tampoco

conocería al hombre entre las contrariedades que en él siento. Nada descubriría en toda la naturaleza mas que unas horribles tinieblas mas espesas y palpables que las que cubrieron el Egipto. La naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre volverian á quedar abismadas en aquel caos impenetrable á los filósofos y á los hombres mas ilustres del paganismo.

6. Abramos los ojos para ver el universo, y en este gran libro, escrito con caracteres indelebles, veremos la existencia de Dios, principio de todo, conservador de todo, y primer motor de todo. ¡Qué grande, qué magnífico se presenta! ¡Qué sabiduría tan infinita preside á sus consejos! ¡Qué omnipotencia brilla en sus obras! Yo siento su presencia; yo tiemblo delante de él, yo le amo y adoro. Sobre el mismo mundo que habito veo millones y millones de hombres de la misma naturaleza que la mia. Conocerme á mí es conocerlos á todos. Trato de conocerme, reflexiono sobre mi naturaleza; pero ¡Dios inmortal! qué oscuro laberinto se presenta de repente á mi imaginacion! Mis ideas se pierden y se confunden. Cuanto mas considero, mas me abismo. ¿Por qué yo me veo rodeado de miserias, cuando yo siento en mí una inclinacion poderosa á la felicidad? ¿Por qué yo me veo castigado en mi tierna infancia antes de saber lo que es delito? ¿Por qué yo experimento en mí una atraccion grande hácia el mal, cuando mi razon me manda imperiosamente obrar el bien? ¿Por qué suspiro por mi verdadera y completa felicidad, no hallando vestigios de ella aquí en la tierra? ¿Por qué Dios me entrega á un mar borrascoso de allicciones y calamidades, sabiendo yo que es esencialmente bueno, y que íntimamente me ama? ¿Por qué permite que la virtud gima oprimida y que el vicioso viva prosperado, no pudiendo yo dudar que ama la virtud y aborrece el vicio? ¿Por qué...? mas no prosigamos. Basta lo dicho para conocer el abismo de incertidumbre y de ignorancias en que me envuelvo, si calla la religion.

7. Pero apenas esta bella aurora muestra su luz, apenas habla, las nubes se disipan, la claridad aparece, y todo se descubre. Yo soy desgraciado por haber nacido de una sangre infecta por la primera culpa. Tengo inclinacion al mal, porque mi naturaleza, viciada en su origen, no está como salió de las manos del Criador. Yo suspiro por la felicidad, porque soy formado para el soberano Bien. Experimento batallas, porque Dios me prepara las coronas. Dios es santo, prohibiendo el crimen; justo, castigándole; misericordioso, perdonándole. Dios es bienhechor, y nos colma de sus

dones; es santificador, y nos previene con sus gracias; liberal y magnífico, y nos recompensa con una gloria eterna nuestras virtudes. El hombre dichoso no se abandona á una insolente ingratitude: él respeta la mano que le dispensa su felicidad, y que puede despojarle de ella: el hombre desgraciado no se entrega á una escandalosa desesperacion: si está culpado, se humilla, conociendo que Dios misericordiosamente le castiga para sacarle de sus extravíos: si está inocente, él sabe que Dios le prueba para purificarle y multiplicar sus merecimientos. La religion habla, y á su voz la Divinidad aparece siempre justa, y la razon queda ilustrada y satisfecha. ¡Qué verdaderos, qué irrefragables son estos dogmas augustos! ¡Qué conformes los descubro con las ideas que yo formo de Dios y de mí mismo! Pero ¡ay! si no habla la religion todo me es desconocido. Dos métodos se conocen para llegar á la certidumbre: el uno nos lleva de una verdad evidentemente conocida á consecuencias que con la misma evidencia se demuestran; nuestros dogmas incomprensibles no son de esta clase: el otro nos conduce desde una verdad desconocida á una verdad evidente y confesada de todos. Este segundo método ilustra mucho la respetable oscuridad de nuestros santos dogmas, que á primera vista parecen inaccesibles á nuestra penetracion. Expliquémonos con varios ejemplos para hacer perceptible esta verdad. ¿Es cierto que hay un pecado original? Ved ahí una verdad oscura en sí misma; pero ella se demuestra segura y cierta por la conexion con el principio conocido de la bondad, de la omnipotencia y de la santidad de Dios. Mi alma se acerca al santuario de la Divinidad, y descubre un Dios esencialmente bueno, esencialmente enemigo de todo delito, esencialmente amante de la virtud, esencialmente sábio y todopoderoso: no es posible comprender que nos haya formado con un espíritu tan ciego, con un corazon tan corrompido, con un cuerpo sujeto á tantas miserias, y con una naturaleza tan viciada en su sustancia. Sin duda no salimos tan miserables de la mano del Creador: nuestra naturaleza se degradó y se pervirtió despues: algo hicimos que mereció este castigo que todos experimentamos. Ved ahí el pecado original. Ved ahí una verdad antes ignorada y ahora conocida.

8. Hagamos otras preguntas. ¿Hay otra vida despues de la presente? Esta es otra verdad oscura en sí misma, pero se demuestra clara y cierta por la conexion que tiene con el principio conocido de la sabiduría y la justicia de Dios. Coloquémonos con el pen-

samiento en la inmóvil eternidad : ¿qué descubrimos? Una perpétua inconstancia en la escena del mundo y de los tiempos. Vemos como aparecen y desaparecen las generaciones humanas ; vemos crímenes sin castigo y virtudes sin premio. Y decimos : Dios es justo, Dios es santo ; él ama la virtud y aborrece el vicio ; luego este ha de tener castigo y aquella premio : muchas veces no le tiene en esta vida ; luego hay otra en que le tenga. ¡Qué! ¿un Dios justo, un Dios infinitamente sábio y santo, no había de criar millones y millones de hombres para otro fin que hacerlos juguete de las pasiones, los crímenes y las desgracias? El hombre, la mejor criatura de cuantas vemos que salieron de sus manos , ¿no ha de tener otro destino que pasar rápidamente sobre el teatro del mundo, lleno de calamidades y miserias, para sumergirse despues en la nada eterna? ¿Este ha de ser el término del caritativo y el envidioso, del bienhechor y el avaro, del homicida y el pacífico, del hombre virtuoso y el malvado? Mi razon lo repugna, la santidad de Dios lo contradice. Es evidentemente un imposible. Luego hay otra vida en que tendrá la virtud un premio eterno, y un castigo eterno el pecado.

9. ¿Hay un culto fijo y determinado? La razon halla muy oscura esta verdad ; pero escuchando á la religion, la ve clara é indubitable por la conexion que ella tiene con la sabiduría y la santidad de Dios. La religion habla : Dios ha criado al hombre para que le conozca, le honre, le obedezca y ame : el hombre debe dar á Dios un culto que le honre. Un culto impuro, un culto infame, cruel, sacrílego y fanático, no es culto digno de Dios. Dios no acepta todos los cultos. Dios ha hablado : obedeciéndole los hombres, le darán el verdadero culto que exige de ellos : todos formarán una familia religiosa, y desde el Oriente al Occidente se le ofrecerá al Ser eterno una hostia pura é inmaculada.

10. ¿Hay una ley eterna é inmutable? Esta verdad oscura se transforma en una verdad clara y cierta por la conexion con el principio claramente conocido de que hay en Dios providencia y rectitud soberana. Preguntémoslo á nuestro corazon, y nos responderá que una mano invisible ha grabado en él una regla de costumbres, á la cual se siente sometido. Preguntémoslo á nuestra razon, y nos dirá que la virtud no es un fantasma que nadie ha visto, ni el vicio es una quimera ó un nombre vano cuya realidad no existe ; sino que hay seguramente una autoridad suprema que prohíbe el vicio y manda la virtud. Preguntémoslo á la idea que tene-

mos de Dios, y ella nos responderá que un Dios sábio, un Dios que ama el órden, un Dios que es la santidad por esencia, no ha criado al hombre para entregarle sin freno al desórden de sus pasiones y sus furores. De todo lo cual concluirémos : luego hay una ley divina, una regla eterna é inmutable de costumbres que obliga en todos los tiempos y en todos los lugares, y que ninguno puede traspasar impunemente. Ved cómo los dogmas sacrosantos de mi religion, aunque algunos sean oscuros en sí mismos, se demuestran por otros principios evidentemente conocidos y confesados de todos.

11. Eso es verdad, dicen los impíos, que una cosa oscura se prueba y hace clara por un principio claro con que está unida ; pero en vuestros dogmas, añaden, hay lo repugnante de ser contrarios á la razon. Y en vuestras imposturas, responderémos nosotros, hay lo ridículo é injusto, de hallarse mil veces confundidas, y mil veces vueltas á proponer, sin que vosotros querais ver la luz, ni usar con rectitud de vuestra razon para confesar con ingenuidad y franqueza las verdades demostradas. Millares de veces se os ha dicho que una cosa es ser sobre la razon, y otra ser contrario á la razon. Nuestros dogmas superan el alcance de la razon natural, porque de otro modo ni fueran misterios, ni la fe tuviera mérito en su creencia ; pero no son contrarios á la razon. Esta luz natural nada halla en los dogmas que la sea evidentemente repugnante ó imposible. Idlo escuchando. No solo no es contrario ni repugnante á la santidad de Dios, sino muy conforme á ella, el que siempre aborrezca lo que siempre es pecado, y siempre ame lo que siempre es virtud. ¿No es verdad ? Pues ahí teneis la posibilidad de la verdad de las penas y recompensas eternas en los que salen de esta vida en pecado ó en gracia. En el uno siempre Dios verá y aborrecerá el pecado ; en el otro siempre verá y amará la virtud. Ved ahí el infierno eterno con que castiga al pecador, y el cielo eterno con que premia al justo.

12. El género humano no tenia un derecho imprescriptible al estado de la justicia y felicidad original. Dios le crió en ella por un puro efecto de su gracia, de su bondad y de su beneficencia : los hijos han podido sin injusticia ser privados de este beneficio, y castigados por el delito de sus padres. Ved ahí la posibilidad del pecado original, que tan oscuro le parecia á la razon. La naturaleza humana no dice oposicion esencial á otra naturaleza superior : puede muy bien efectuarse esta union aunque no se comprenda por

la razon, como realmente no se comprende la union de la naturaleza del alma inmortal al cuerpo mortal: ved ahí la posibilidad de la encarnacion del divino Verbo. Las apariencias no dicen union necesaria con la materia; ellas pueden separarse: aquí teneis la posibilidad de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. La separacion del alma y el cuerpo no dicen oposicion esencial con una nueva union: ved ahí la posibilidad de la resurreccion general. La naturaleza no dice conexion necesaria con estas ó las otras leyes precisamente; el que las puso puede interrumpirlas ó dispensarlas: aquí teneis la posibilidad de los milagros. La unidad de naturaleza ¿qué oposicion dice á la multiplicidad de las personas? Ninguna. Pues ¿en dónde está la imposibilidad ó repugnancia del adorable misterio de la Trinidad? Acabemos de confesar de buena fe que nuestros santos dogmas nada tienen que sea evidentemente contrario á la razon. Si el que no los comprende no debe creerlos, tampoco debemos creer que vivimos, porque á la yerdad no comprendemos cómo vivimos. Tampoco debemos creer que pensamos, porque no alcanzamos á conocer cómo sea nuestro pensamiento. ¿Quién negará que caminamos, nos sentamos, nos movemos, hablamos, vemos y oímos? ¿Y quién explicará cómo el alma espiritual imprime su accion y movimiento en el cuerpo? No, señores. No es solamente en la armonía del universo, en el movimiento periódico de los astros y en la naturaleza de los elementos donde nuestras fuerzas naturales se estrellan, y nuestras luces se ofuscan; dentro de nosotros mismos hallamos abismos insondables. No hay enigma mas incomprensible para el hombre que el hombre mismo. Neguemos ya nuestra existencia, pues que no la comprendemos. ¡Miserable ceguedad, querer someter los misterios de la Divinidad, las maravillas de la creacion y las operaciones de la Providencia á las débiles luces de la humana inteligencia, que se confunden en una yerba, en una flor, en una arena, sin llegar jamás á comprenderlas! Quedemos, pues, firmemente persuadidos de que la incomprensibilidad de nuestros dogmas no destruye la credibilidad que les ha impreso la divina revelacion. Cuando hablan tantos estupendos prodigios obrados delante de todas las naciones; cuando tantas ilustres profecías justificadas con el mas exacto cumplimiento; cuando millares de millares de testimonios dados por los cielos y la tierra atestiguan la verdad de nuestros dogmas, ¿cómo podrá justificarse el incrédulo con el título de su incomprensibilidad? ¡Oh Dios y Señor, exclamaba el santo profe-

ta David, vuestros testimonios tienen un carácter superabundante de certidumbre y credibilidad! Justa es, razonable es, la sumision que les prestamos, decia el apóstol san Pablo.

13. Vuestra religion, cristianos mios, no solo es pura en lo que enseña, lo es tambien en lo que manda. El culto y la moral son el objeto de sus preceptos. Considerad, católicos, vuestro culto, y le veréis puro y santo: reflexionad sobre la moral del Evangelio, y veréis la humildad, el desinterés, el reconocimiento, la sumision, la caridad, y, en una palabra, todas las virtudes. Las ceremonias exteriores son santas y augustas; todo respira en ellas la majestad del Dios á quien se dirigen, y el celo respetuoso del hombre que las ofrece. Por el ejercicio interior de la fe, de la confianza, de la obediencia, de la adoracion, de la conformidad de nuestra voluntad con la divina y las demás virtudes procuramos delinear en nuestras almas la imágen de las que practicó nuestro Padre celestial: ved un culto de imitacion. Por nuestros himnos y cánticos publicamos sus grandezas y perfecciones: culto de admiracion. Por las ofrendas que le presentamos, por la tierna memoria que conservamos de sus beneficios, confesamos que todos los hemos recibido del Señor como fuente y manantial inagotable de todos los bienes: culto de reconocimiento. Por nuestra sumision á las leyes que nos ha intimado respetamos sus órdenes y su soberana voluntad: culto de obediencia. Por el arrepentimiento de nuestros errores, por la dolorosa confesion de nuestras faltas, por los tristes suspiros con que clamamos, le reconocemos por nuestro Padre, y nuestro único y sumo bien: culto de esperanza y de amor. Por nuestras oraciones, por nuestras súplicas, por nuestro humilde abatimiento en su adorable presencia imploramos sus misericordias, reconocemos su omnipotencia y su soberano dominio: culto de dependencia. Por el sacrificio de la víctima sacrosanta expiamos nuestras faltas, aplacamos sus enojos, agradecemos sus beneficios y conseguimos sus socorros: culto de adoracion, de expiacion, de impetracion y accion de gracias. El culto interior es el alma del culto exterior; este ayuda, manifiesta y sostiene á aquel, y el uno y el otro forman el verdadero culto que debe dar el hombre con su cuerpo y su alma al omnipotente Criador de su alma y de su cuerpo: culto razonable, culto que la Religion manda, y culto que Dios aprueba. ¿Puede imaginarse un culto religioso mas puro y mas santo? *Rationabile obsequium vestrum.*

14. Para hablar de la moral del Evangelio era menester

cribir grandes libros : digamos solamente que condena todos los vicios, y manda todas las virtudes. Los vicios que la razon desaprueba nuestra Religion santa los proscribe por el temor de un Dios vengador de sus ofensas. Las virtudes que á la razon agradan nuestra Religion las anima y perfecciona con la esperanza de unas recompensas eternas, con que Dios justo las premia. Las virtudes paganas tenian necesidad de aparato y exterioridad para sostenerse : las virtudes cristianas pueden practicarse en el estado de la elevacion y en el de la humillacion ; de dia claro, y en la noche oscura. Dios, que es el objeto á quien miran y el testigo que desean, lee igualmente en los corazones humanos así en la luz como en las tinieblas, porque todo está claro y desnudo á la penetrante vista del Señor. Las leyes humanas regulan las acciones exteriores : que vuestra intencion sea ó no conforme á la ley , que vuestro espíritu y corazon sean lo que quieran, poco las importa. Nuestra santa é immaculada ley penetra hasta el interior, llega hasta el corazon para prevenirle contra todo deseo vicioso, y le manda desterrar todo pensamiento desordenado ó impuro. Nuestra santa ley trata de hacer hombres virtuosos interior y exteriormente, y quiere que sean mas religiosos á los ojos de Dios que á los de los hombres. Una moral, pues, tan pura y santa ; una moral que prescribe nuestras obligaciones en todos los tiempos, en todas las situaciones y en todas las circunstancias ; una moral que nos instruye por las máximas las mas sanas y mas sublimes ; una moral que reprime el vicio por el temor de los mas terribles castigos, y anima á la virtud por la esperanza de las magníficas recompensas ; una moral que une los hombres entre sí por medio de las virtudes mas sólidas ; una moral que nos enseña á sacrificar generosa y constantemente todos nuestros intereses á la justicia, nuestros resentimientos á la caridad, nuestras pasiones á la razon, nuestras fortunas, nuestro honor y nuestra vida á la inviolable obligacion de la divina ley, ¿podrá una moral semejante no ser la moral de un Dios? *Lex Domini immaculata.*

13. Soberbios políticos, que todo lo quereis reducir al cálculo del interés temporal, abrid un dia los ojos para ver la feliz transformacion que causaria en el universo la observancia de esta Religion pura y divina. Dadme su práctica en los espíritus y corazones de los hombres, y yo os mostraré desterrados el fraude, la violencia, la ambicion y la avaricia, que tantas veces han perturbado la tranquilidad de los Estados. Dadme la observancia de mi religion

cristiana en los hombres, y no volveréis á ver la espantosa discordia turbando la paz de las familias; la tenebrosa calumnia denigrando la inocencia; la miserable envidia persiguiendo el mérito y la virtud; la destemplada embriaguez alterando la naturaleza y el temperamento; las enormes crueldades é injusticias atrayendo sobre la tierra las justas, pero formidables, venganzas del cielo; las guerras sangrientas desolando las ciudades y provincias. En todos los reinos reinarian como padres los monarcas; los vasallos obedecerian como hijos por amor y por principios de su santa religion; los pobres hallarian socorro en el corazon de los ricos, y estos serian el consuelo y el descanso de los pobres; la buena fe reinaria en el comercio, la equidad en los tribunales de justicia, la fidelidad y mútua union en los casados. La ley de Jesucristo, religiosamente observada, pondria sobre la tierra aquellos primitivos tiempos de inocencia y felicidad para los que Dios nos habia criado, y que perdimos por la inobediencia de nuestro primer padre.

16. Si quereis, amados mios, añadir la prueba del ejemplo á la de la especulacion de que acabamos de hablar, reflexionad un poco sobre los diferentes estados de los ciudadanos, y por las costumbres de los verdaderos cristianos aprenderéis á conocer la influencia del Cristianismo sobre la pública felicidad. ¿Quiénes son los hombres distinguidos en cuyo corazon arde el amor, y se ve la beneficencia con los colonos que cultivan los campos, y con el sudor de su rostro aumentan los bienes temporales, sino aquellos que bien penetrados del espíritu del Cristianismo los miran como hermanos, los aman como hijos, y los protegen como poderosos protectores? ¿Cuáles son los jueces incorruptibles á las sorpresas de la adulacion, á los alicientes del interés, y á la fuerza de los empeños, sino los verdaderos cristianos que mantienen en fiel la balanza de Astrea á pesar del parentesco, del paisanaje, de los terrores y de las esperanzas? ¿Quiénes son los militares que obedientes á sus jefes y observantes de sus ordenanzas viven contentos con su prest, acometen con valor á sus enemigos en la campaña, y no incomodan á los paisanos en sus marchas y alojamientos? Reflexionadlo bien. Los que adornados del espíritu del Cristianismo sirven á Dios y á la patria con fidelidad. ¿Cuáles son los comerciantes incapaces del fraude y la injusticia? Los buenos cristianos, á quienes su religion santa enseña á mantener en sus giros la buena fe, en sus ventas la equidad, y en sus cuentas la exactitud. ¿Quiénes son los artesanos que trabajan las obras con solidez, que no malgastan

en la ociosidad las horas destinadas á la labor, ni en la taberna su jornal? Los buenos cristianos, que instruidos por su religion saben que cometerian un hurto en no emplear en el trabajo las horas correspondientes á su jornal. ¿Quiénes son los esposos fieles, los padres vigilantes y edificativos, los hijos obedientes, los criados humildes y los amos irrepreensibles? Son aquellos que dirigen sus costumbres por las puras leyes de la religion cristiana. Hombres mundanos, aprended á amar nuestra santa Religion por las felicidades temporales y eternas que os procura. Ella sola es únicamente la verdadera, ella sola es únicamente la divina: *Lex Domini immaculata*.

17. ¿Qué otra religion podréis presentarme? ¿La del idólatra? Sus puntos de creencia son absurdos y extravagantes: su culto infame y cruel: su moral favorece á todos los vicios y degrada la razon. ¿Puede ser esta la religion de un Dios santo? ¿Será la religion del mahometano? ¿Fue mas que un impostor atrevido Mahoma, que se hizo obedecer con las armas? ¿Es mas su Alcoran que un tejido de fábulas y de errores los mas absurdos y extravagantes? Su culto ¿no es frívolo y supersticioso? ¿no fomenta su moral las pasiones mas obscenas? ¿No es su gloria animal, sensual y torpe? ¿Podrá ser esta la religion y doctrina de un Dios puro, santo y justo? ¿Será la religion del deista? Pero ¿qué secta es esta tan extravagante é inconsecuente, que confiesa la existencia de un Dios estúpido é inerte, que ni se disgusta por nuestras blasfemias, ni le agradan nuestros cultos; que ni tiene castigos para el vicio, ni premio para la virtud; que entretenido en sus perfecciones mira con indiferencia todos los cultos; permite todos los crímenes mas infames que el pudor no permite siquiera nombrar, y no prohíbe sino los delitos civiles y políticos? Si no hemos perdido enteramente el entendimiento, ¿puede una doctrina semejante dejar de horrorizarnos? ¿Y será esta la doctrina de un Dios santo? ¿Será la religion de Calvino y Lutero, y la de todas las ramas infectas con el veneno de estas emponzoñadas raices? ¿Un Dios tirano, que condena al hombre por crímenes decretados por el Señor, y que la necesidad le obliga á cometer? ¿Un sistema de religion variante y sin firmeza en sus dogmas esenciales? ¿Un culto sin sacrificio? ¿Una misa sin cuerpo y sangre de Jesucristo? Pues ¡qué! el mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, ¿no dijo con claras y terminantes palabras en la noche de la cena, cuando consagró el pan y el vino: Este es mi cuerpo, y esta es mi sangre? ¿Será doctrina de

Dios la que niega sus adorables verdades? ¿No las había predicho un profeta cuando por orden del Señor dijo tantos siglos antes de verificarse : Desde el Oriente al Occidente se me ofrece en todo lugar una hostia pura é inmaculada? ¿Cuál es esta, si no lo es la Eucaristía? Por último, ¿será la religion de aquel pueblo, antes tan amado del Señor, y ahora hecho la execracion de todos los pueblos? ¡Oh Israel! ¡oh desgraciada descendencia de una nacion tan favorecida del cielo en otros tiempos! ¿Dónde están tus templos, tus altares, tus sacrificios, tus leyes y tus sacerdotes? ¿Qué contraste entre tus antiguas é ilustres profecías y los modernos delirios de tus rabinos y talmudistas! ¿Es posible que aquel Dios omnipotente que crió los cielos y la tierra, y trastornó tantas veces por favorecerte las leyes de la naturaleza, no sea ya mas en nuestros dias que un Dios débil y sin fuerza, que llora inconsolable tu depravacion y tu pérdida, sin tener poder para remediarte? ¿Es posible que este Dios santo y fiel, cuyas palabras eran siempre oráculos verdaderos é indubitables, cuyas promesas se cumplian siempre con prodigios y maravillas estupendas, no sea mas hoy que un Dios impostor que ha engañado á su pueblo, alimentándole por tantos siglos con la ilusion y la mentira? ¿Es posible, ó pueblo israelítico, que aquel Dios sapientísimo que todo lo ve, todo lo conoce, y que penetra con su vista hasta lo mas oculto de los corazones humanos, no es hoy mas que un Dios estúpido y necio, que emplea las cuatro primeras horas del dia en estudiar la ley, para comprender su inteligencia? ¡Oh prodigio de extravagancia! de ceguedad! Pobre razon humana, reconócele. Cuando te ilumina la revelacion marchas con rectitud por el camino verdadero y honesto; cuando la revelacion te abandona nada hay en tí mas que tinieblas, extravíos y errores. Contempla las extravagancias del idólatra, las torpezas del musulman, la terquedad del hereje y la obstinacion del hebreo : contéplalo, y hallarás la verdadera y únicamente verdadera religion en el católico, apostólico, romano. Sola ella posee esta doctrina santa é inmaculada en sus dogmas, en su culto y en su moral. Sola ella arroja de sí, á la manera del mar Océano, todo lo extraño, todo lo impuro, quedando siempre incorruptible : *Lex Domini immaculata*.

18. Pero, cristianos míos, ¿con qué virtudes honramos una religion tan santa? ¡Ay! ¿con qué vicios no la deshonoramos? ¿Qué idea podrian tomar de nuestra Religion, si se juzgase por las costumbres de innumerables cristianos? ¿Creerian que era una reli-

gion de amor aquella en que tantas enemistades se advierten, tantas disensiones se presentan, tantos odios se perpetúan entre padres é hijos, hermanos y hermanas, maridos y mujeres, criados y amos, vecinas y vecinos? ¿Creerán ser una religion de equidad, rectitud y justicia, en la que se ven tantos fraudes, engaños, usuras, simonías, hurtos, traiciones é injusticias? Una religion de templanza y de modestia en que se advierten tantos excesos en las mesas, tanto lujo en los vestidos, tanta superfluidad y preciosidad en los muebles, cuando están clamando al cielo las deudas atrasadas, los lugares deteriorados, y sin pagar el salario de los criados, artesanos y jornaleros? Una religion de compasion y caridad en que hierven tantas envidias, se escuchan tan malignas murmuraciones, y se mira con tanta indiferencia y frialdad á los necesitados? Una religion de desinterés y abnegacion con tan ambiciosas pretensiones, con una ansia insaciable de riquezas, y una detestable avaricia en conservarlas sin utilidad del que las posee? ¿Cómo compondremos una religion que modera las pasiones, que refrena los desordenados apetitos, con tanta sensualidad, tanta inmodestia, tanto libertinaje en los que dicen que la observan? ¡Ay Dios! ¿de qué nos sirve vivir en medio de la luz, si somos hijos de las tinieblas? Nínive, Babilonia, Esparta, Grecia, nos confundirán en el juicio de Dios. ¿Tenemos tanto respeto en nuestros templos como los turcos en sus mezquitas? ¿Observamos como los protestantes los dias festivos? ¿Ignoramos tantos vicios como ignoraron los idólatras? ¿Tenemos tantas virtudes morales como muchos de ellos tuvieron? ¡Ay de nosotros! Nuestros vicios deshounran la Religion santa que profesamos, pero no la alteran, no la manchan, no la corrompen. Á la manera del sol, pasan siempre sus rayos puros y su luz brillante sobre las lagunas cenagosas y los vapores infectos sin contaminarse jamás; así nuestra santa Religion siempre reprueba, siempre condena nuestros vicios y nuestros desórdenes, quedándose siempre pura é inmaculada: *Lex Domini immaculata*. Tenemos, pues, el primer carácter de divinidad en la religion católica que es la pureza de su doctrina. Veamos si tiene el carácter de perpetuidad, que es la materia de la

Segunda parte.

19. Es menester confesar como una verdad indisputable que la verdadera Religion debe haber tenido principio con el mundo,

y durar hasta el fin y consumacion de los siglos. Si no abrazase todos los tiempos, habria habido algunos en que Dios no tuviese culto legítimo en la tierra, ni el hombre medios para honrar á su Dios y llegar á su fin. Dios en aquel tiempo habria exigido de los hombres un imposible, como seria pedir al hombre un culto sin religion que le prescribiese. Esto seria querer Dios un fin, y no querer los medios, lo que evidentemente repugna á la sabiduría y santidad de Dios. Este carácter de divinidad, en la perpetuidad de su duracion, brilla en nuestra santa religion católica, y la distingue de todas las demás.

20. Sí, amados cristianos míos, la religion que profesamos comenzó con Adán, siguió en Abel, y en los primeros patriarcas antediluvianos. Dios mismo les hablaba, y confirmaba sus oráculos por los testimonios mas auténticos é indubitables. En los primeros dos mil años hasta el diluvio, ella fue la única religion de todas las familias y pueblos que componian el género humano. Dios, que en las santas Escrituras se queja de la corrupcion de sus corazones, no se lamenta de la prevaricacion de su fe. No podemos dudar que fue la infidelidad de sus costumbres, y no la infidelidad de su creencia, la que castigó la tierra con el mas formidable de los azotes del cielo, que fue el diluvio: *Omnis quippe caro corruperat viam suam*. La religion que profesamos se conservó en Noé y su familia despues del diluvio, y se propagó por el mundo en la dispersion de las gentes, pues todas entonces por una tradicion nunca interrumpida llevaron consigo la creencia de una revelacion, el conocimiento de una ley divina, la persuasion de un pecado original, la esperanza de un Redentor, la obligacion y la costumbre de un sacrificio. Á esto se reducía entonces toda la religion, y ella bastaba y hubiera sido suficiente hasta la venida del Mesías, como lo fue para Noé, para Lot, para Job, para Melquisedec y otros varios. La religion que profesamos quiso Dios renovarla con solemnidad en tiempo de Moisés sobre el monte Sínai, dando la ley escrita en dos tablas de piedra que el mismo Moisés bajó del monte, lleno de gloria y majestad. No se hizo esta publicacion á algunos particulares, sino á todo un pueblo, á una grande nacion compuesta de millones de personas. Todo Israel veía los milagros sensibles, palpables, permanentes, que confirmaban la palabra del Señor. Todo Israel estaba encargado por orden de Dios de ser el depositario de esta revelacion, como habia sido el testigo. En todo Israel se perpetuó esta santa religion con los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob.

Una série ilustre de profetas destina el cielo para recordar á Israel sus obligaciones, para aterrarle con amenazas y moverle con recompensas. La religion se conserva en los tiempos de la gloria de Israel y en los de su afliccion. En Jerusalem, centro de la tierra prometida, y en los bellos dias de la república ó monarquía hebrea, se conservó como en Babilonia, en Nínive y en Egipto en los de su trabajoso cautiverio. La religion que profesamos apareció en todo su esplendor en los dias de Jesucristo. Este amable Redentor, por tan largo tiempo prometido, tan ardientemente deseado, viene al mundo : las figuras ceden á la realidad : la ley antigua, segun sus mismos oráculos, cede el lugar á la ley evangélica. Prodigios sin número obrados en Judea, y repetidos en todas las naciones, anuncian de nuevo que ella es obra del cielo : doce pobres apóstoles, sin armas ni aparato fastuoso, la comunican con la rapidez del relámpago, y la establecen en el universo. Á los Apóstoles suceden los santos Padres : á estos siguen nuevos discípulos, nuevos ministros, nuevos pontífices, que por una brillante y nunca interrumpida série nos la presentan á nosotros. Esta religion, sea que se la mire perseguida ó triunfante, humillada ó victoriosa, siempre se la ve la misma, siempre una, siempre permanente. Semejante á un peñasco enorme en medio de las aguas, ve acabar las tempestades que la combatian con la misma estabilidad que en la mas inalterable calma. Semejante al sol, no reparte sobre todos los climas la misma luz ni el calor mismo ; pero en todas se deja percibir lo bastante su calor y su luz, para que puedan conocerla y abrazarla ; y en todas se la abrazaria, si se diese á la verdad, como era justo, mas imperio sobre nuestros corazones que á la mentira que nos adula y engaña.

21. Estable y permanente, la religion de los Apóstoles y Profetas participa de la inmutabilidad de Dios. El tiempo, que todo lo destruye, en nada la perjudica. La escena del universo ha mudado sus decoraciones innumerables veces. Se han visto ciudades destruidas y ocultas bajo las yerbas del campo ; imperios trastornados y puestos en olvido ; montañas calcinadas y arrancadas de su asiento ; fuentes y rios que se han secado ; fértiles campiñas sumergidas y convertidas en lagos ; fondos de mar transformados en áridos desiertos. La Religion sola es la que no ha experimentado alteraciones ni mudanzas. Los misterios que creemos son los mismos que se han anunciado y creído en los pasados siglos. La ley que regula nuestras costumbres es la misma que en los primeros dias del mun-

do fue grabada en los corazones de los hombres; la misma que se publicó despues sobre el monte Sínai, escrita por Dios en las dos tablas de piedra. El Redentor que nosotros adoramos es el mismo Redentor que esperaron los Patriarcas, que profetizaron los Profetas, y que desearon ver los siglos. El sacrificio que ofrecemos es el mismo sacrificio que nos representaron los sacrificios de Abel, Melquisedec, Abraham, y los holocaustos de los hijos de Aaron. Los Sacramentos que producen en nosotros las gracias son los mismos Sacramentos figurados en los de la ley antigua, que nos los representaban. Dios ha mudado los signos y las ceremonias, segun que la cosa significada era pasada, presente ó futura; pero en el fondo y en la sustancia la religion siempre es la misma. La única variacion que se le puede hallar es la mayor luz, la mayor explicacion de una verdad mas ó menos oscura, segun que las circunstancias de los tiempos lo pedian. La religion, pues, de las primeras edades llegó hasta el nacimiento del Redentor, que no vino para dispensarla, sino para cumplirla y mandar su observancia; y la religion que dejó establecida con su ejemplo y su doctrina es la misma que ha llegado hasta nosotros, y que se perpetuará hasta el fin y consumacion de los siglos.

22. Esta religion siempre permanente ve presentarse y desaparecer delante de sí todas las generaciones, todos los Gobiernos todas las supersticiones, todas las sectas, todas las persecuciones. Ella es la religion de los Patriarcas de los mas remotos siglos, de los Profetas, que vieron arruinarse delante de ella las fabulosas divinidades de Egipto, Babilonia, Nínive y Persépolis; de los Apóstoles, que en medio de las mas violentas persecuciones arruinaron los vanos templos de los dioses de la Grecia, del Asia, del África de la Italia y de los bárbaros del Norte; de los discípulos y sucesores de los Apóstoles que, con trabajos inmensos, atravesando los mares, abatieron las pagodas y los ídolos de la una y otra India, plantando en tan remotos países el estandarte de la Cruz, y estableciendo el culto del verdadero Dios sobre las ruinas del que aquellos feroces habitantes daban á los demonios. Semejante á los cedros del Líbano, las tempestades y huracanes la afirman y robustecen. Si el cisma, si la herejía, el escándalo y el libertinaje disminuyen su imperio en una parte, ella le recobra con grandes ventajas en otras. ¿Podrémos desconocer en estas señales á la religion cristiana? ¿Podrémos negar ser obra de Dios? ¡Ay! las obras de los hombres son perecederas como los mismos que las fabricaron; solo vues-

tras obras, ¡oh gran Dios! son estables y permanentes como Vos lo sois. Nacida mi santa Religion con los primeros hombres, confirmada por los Profetas, perfeccionada por Jesucristo Dios y hombre verdadero, sellada con un prodigioso número de milagros patentes, públicos é incontestables, predicada por los Apóstoles, atestiguada por millones de mártires, perpetuada por los discípulos y sucesores de los Apóstoles, cuenta en su duracion todos los siglos desde el principio del mundo hasta nuestros dias, y contará inalterable los que restan hasta el fin y consumacion del universo.

23. ¿Qué otra religion, amados cristianos míos, hallaréis, fuera de la vuestra, marcada con el sello de la perpetuidad? ¿Será la religion del idólatra, tan absurda y extravagante, tan torpe y tan cruel, que no se conoció en el mundo por mas de dos mil años despues de su creacion? ¿Será la de los mahometanos, de la que ninguna idea se tenia en el mundo hasta el séptimo siglo de la era cristiana? ¿Será la de los luteranos, calvinistas y demás ramas de estas envenenadas raíces, que aun no cuentan tres siglos de duracion? ¿Será la de los cismáticos, cuya existencia es tan moderna? ¿Será, por fin, la religion del judío? ¡Oh casa de Israel! ¡qué oscura y prolongada noche ha sucedido á aquellas luces de tu antiguo esplendor! ¿Qué has hecho? ¿Qué pecado has cometido para que tu magnífico templo ya no exista, y tus altares, tus sacrificios y tus profetas hayan desaparecido? El horrendo crimen de tu idolatría fue castigado con setenta años de destierro. ¿Qué has hecho para que seas el oprobio y execracion de las naciones por mas de diez y ocho siglos? ¿Cómo el Omnipotente, que te defendió con prodigios y maravillas, ahora te abandona? ¿Cómo al carácter de tu divinidad ha sucedido un carácter de reprobacion? Tú pediste la maldicion, y ha venido sobre tí: no quisiste la bendicion, y se apartó de tí. Fuiste oida, ó casa de Israel, en tu sacrilega oracion: *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros*. No lo dudemos, solamente la religion católica es la que muestra su divinidad por su perpétua permanencia.

24. Pero, cristianos, ¿estamos seguros de que no perderemos esta religion divina, santa y perpétua? ¿Podrá suceder que se nos quite este reino de Dios, y se traspase á otras naciones? ¡Oh Dios! yo sé que el infierno no prevalecerá contra ella, pero puede prevalecer contra nosotros. La Religion no perecerá, porque el Señor Dios la ha prometido una estabilidad perpétua; pero puede perecer en nosotros en castigo de nuestras infidelidades. Sí, cristianos: temblemos nosotros, y pidamos á Dios que ilumine á los incrédulos.

los para que crean al Señor cuando nos dice : *Auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur facienti fructus ejus*. Pero ¿por qué causas se viene á perder la Religion? Escuchadlas y temblemos, vuelvo á decir tercera vez. El desórden de las costumbres y el libertinaje en el pensar hacen perder la santa Religion. De la corrupcion del corazon se levantan las nubes que ofuscan el espíritu; y mientras el corazon no se vicia, permanece el espíritu religioso. Las pasiones desenfrenadas con el desórden tratan de asaltar las trincheras que la Religion las opone, que la conciencia las presenta, y cuya integridad reclaman la razon y la fe. Para llegar á ser impío es menester empezar por ser vicioso. Ved cómo se pierde la Religion. Tambien se pierde por la lectura de los libros impíos y libertinos. Al principio se leen por curiosidad y por pasatiempo, y la ponzoña diestramente preparada va comunicándose á la sombra de la ignorancia y la pasion del que la toma: el escritor astuto enreda con principios capciosos el entendimiento de sus lectores oscurecido con los vicios: no le permite discernir la mentira y la verdad, porque todo se le presenta envuelto con el velo de la ilusion; y ya desde entonces caminan las pasiones de acuerdo con el espíritu, y siguen el error y la impiedad que las conviene establecer: familiarizados con estas obras de tinieblas, siguen sin mas exámen sus principios, se preconizan con entusiasmo, se reparten y comunican, y se hacen maestros del error los que deberian ser discípulos de la verdad. Se principia por la curiosidad y presuncion, se continúa por la temeridad, y se acaba por el abandono de la Religion. ¿Por qué mas medios se pierde esta luz divina? Por la omision de los ejercicios santos que la misma Religion prescribe. Se hallan muchos cristianos que lo son solo en el nombre; sus obras nos lo demuestran. Consagrar al Señor el principio y fin de cada día por la oracion; asistir, cuando deben, al adorable sacrificio de la misa con modestia y devocion; recibir con frecuencia los santos Sacramentos; observar los preceptos de la Iglesia; mortificar la carne con asperezas; vivir con un espíritu de penitencia, de desprendimiento y de pureza; acostumbrarse á la lectura de libros edificantes; huir los teatros, las malas compañías, las ocasiones peligrosas y la ociosidad, nada de esto se les ve en su conducta: todo es para ellos desconocido. De este criminal letargo nace el olvido de las verdades eternas, la indiferencia con que miran su salvacion, la ceguedad de su espíritu, el menosprecio de las gracias, el disgusto de Dios y el abandono de la Religion. Ved, amados cristianos míos, cómo se empieza por abandonar las obligacio-

nes de la Religion, y se acaba perdiendo la Religion misma. Ved cómo se pierde; ved cómo la han perdido muchos que han vivido en nuestros dias, y ved cómo la podemos perder tambien nosotros.

25. No lo permitais, gran Dios. Haced que esta Religion santa que heredamos felizmente de nuestros padres la conservemos y transmitamos pura á nuestros sucesores. Ellos padecieron por sostenerla tribulaciones y combates terribísimos. Nuestra España está abundantemente regada con la sangre de innumerables mártires que ahora os bendicen y alaban eternamente en el cielo. Transmitid de padres á hijos esta preciosa herencia, sin que jamás se interrumpa. Castigad nuestros pecados con todos los azotes que vuestra soberana justicia dispusiere; pero no dejeis de iluminar los ojos de nuestra alma con la santa luz de la fe, para que no duerman abismados en la incredulidad: conociendo con ella nuestras culpas, las detestaremos, las lloraremos, y Vos, Padre de las misericordias, nos perdonaréis. Conceded tambien esta gracia á los que viven de asiento por ignorancia ó malicia en las tinieblas del pecado, para que ellos y nosotros cantemos eternamente vuestras misericordias en el cielo. Amen.

SERMON

SOBRE LA DIVINIDAD DE LA RELIGION.

Cæci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur: et beatus est qui non fuerit scandalizatus in me! (Matth. ix, 5, 6).

Los ciegos ven, los impedidos andan, los leprosos se purifican, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio se anuncia á los pobres; y ; dichoso el que no se escandaliza de mí.

1. Preguntado Jesucristo en el Evangelio por los discípulos de san Juan Bautista si es el Mesías esperado, y el Dios que debía venir en persona á salvar la naturaleza humana: *Tu es qui venturus est?* «¿Eres tú el que debe venir?» les dice por única respuesta que él dispensa infinitos favores al mundo, y que el mundo, no obstante, se subleva unánimemente contra él. Refiéreles igualmente los bienes que reparte y las contradicciones que sufre; los milagros que hace, y los escándalos que causa en un pueblo ingrato; ó, lo que es lo mismo, les dice que concede á los hombres en prueba de la divinidad de su sagrada persona, sus bondades, y no encuentra en ellos mas pago que la ingratitud, el olvido.

2. En efecto, cristianos, es indudable que Dios nunca ha dejado de ser benéfico, y que tampoco los hombres, por su parte, han dejado nunca de ser ingratos; de modo que podría parecer (¡tan grande es nuestra ingratitud!) que la naturaleza divina tiene obligación de ser infinitamente liberal con los hombres; al paso que, sin embargo, no halla en el género humano mas que una perpétua ingratitud y un injurioso desprecio de todas sus gracias.

3. San Pedro ha igualado ó mas bien excedido en dos palabras los elogios de los mas pomposos panegíricos, cuando ha dicho del Salvador «que pasaba socorriendo y curando á todos los oprimidos:» *Pertransiit benefaciendo et sanando omnes oppressos.* (Act. x, v. 38). Y ciertamente nada mas grande y mas digno de un Dios que dejar, por donde quiera que pasa, huellas de su bondad; señalar sus pasos por otros tantos beneficios; recorrer las aldeas, las ciudades y las provincias, no como un conquistador cuyas victorias

cuestan mucha sangre y muchas ruinas, sino derramando bienes por todas partes.

4. Jesucristo ha manifestado á los hombres su divinidad del modo que acostumbra, esto es, por medio de gracias y de cuidados paternales: los hombres le han tratado como tratan á la Divinidad cuando la pagan, segun acostumbran, con ingratitud é impiedad: *Et beatus est qui non fuerit scandalizatus in me!*

5. Hé aquí en pocas palabras lo que el evangelio de hoy nos enseña; mas para comprenderlo bien me explicaré mas extensamente en este discurso, que empezaré despues de invocar el auxilio del cielo: *Ave María.*

6. *Cæci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur: et beatus est qui non fuerit scandalizatus in me!* «Los ciegos ven, los impedidos andan, los leprosos se purifican; y ¡dichoso el que no se escandaliza de mí!» Para autorizar Jesucristo su mision y dar á conocer á los hombres su divinidad, no hace ya recobrar la vista á los ciegos, ni andar á los estropeados, ni purificar á los leprosos, ni resucitar á los muertos. Estas cosas se verificaron durante los dias de la vida de Jesucristo, quien las ha continuado en su santa Iglesia todo el tiempo que ha sido menester para echar los cimientos de la fe naciente. Pero los milagros sensibles efectuados por el Hijo de Dios en personas particulares y durante un tiempo limitado eran los signos sagrados de otros milagros espirituales que no tienen límites ni en el tiempo ni en las personas, puesto que interesan igualmente á todos los hombres y á todos los siglos.

7. En efecto, no son solamente particulares ciegos, estropeados y leprosos los que piden al Hijo de Dios el socorro de su poderosa mano; el género humano entero, si lo meditamos bien, es el sordo y el ciego que ha perdido el conocimiento de Dios, y no puede ya oir su acento. El género humano es el estropeado que, sumergido en el desórden de las costumbres, no puede ya caminar erguido ni aun tenerse en pié. El género humano, en fin, es á la par el leproso y el muerto que no encontrando quien le saque del pecado, no puede ni purificarse de sus manchas, ni evitar su corrupcion. Jesucristo ha hecho recobrar el oido á este sordo y la vista á este ciego al fundar la fe; Jesucristo ha enderezado el cuerpo de este estropeado al arreglar sus costumbres; Jesucristo ha lavado á este leproso y resucitado á este muerto al establecer en su santo Evangelio la remision de los pecados. Hé ahí los tres grandes milagros por los cuales Jesucristo nos manifiesta su divinidad, y hé aquí el medio.

8. El que hace conocer á los hombres una verdad soberana y omnipotente, una rectitud infalible y una bondad infinita, hace ver al mismo tiempo su divinidad. El Hijo de Dios nos manifiesta en su persona una verdad soberana con el establecimiento de la fe, una equidad infalible con la direccion de las costumbres, y una bondad ilimitada con la remision de los pecados; es, pues, indudable que el Hijo de Dios nos prueba su divinidad. Pero debemos añadir, si os place, para terminar la explicacion de nuestro Evangelio, que todo lo que prueba la divinidad de Jesucristo prueba tambien nuestra ingratitud. *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me!* «¡Dichoso el que no se escandalice de mí!» Todos sus milagros nos parecen un escándalo; todas sus gracias se nos figuran obstáculos. Jesucristo ha querido, cristianos, que en la fe las verdades fuesen elevadas; en la regla de las costumbres que la via fuese recta; en la remision de los pecados que el medio fuese fácil; y todo para nuestra salvacion: la elevacion para enaltecernos; la rectitud para conducirnos; la facilidad para invitarnos á la penitencia. Pero somos tan perversos que de todo nos escandalizamos, puesto que la grandeza de las verdades de la fe hace que nos rebelemos contra la autoridad de Jesucristo, que nos quejemos del rigor de la exactitud de la regla que nos propone, y que la facilidad del perdon se nos convierta en ocasion de abusar de su paciencia.

Primera parte.

9. La verdad es una reina que vive en sí propia y en su luz formando ella misma, por lo tanto, su trono, su grandeza y su felicidad. No obstante, ha querido, por el bien de los hombres, reinar sobre ellos, y Jesucristo ha venido al mundo para establecer este imperio por medio de la fe que nos ha predicado. He ofrecido, cristianos, demostraros que la verdad de la fe se ha establecido como soberana, y como soberana omnipotente; y la prueba segura de lo que os digo es que sin necesidad de alegar ninguna razon, ni implorar nunca auxilio alguno, por su propia autoridad, por su propia fuerza ha hecho lo que ha querido, y ha reinado en el mundo. Esto, si no me engaño, es obrar soberanamente; pero es preciso probar lo que dejo expuesto.

10. He dicho que la verdad cristiana no ha solicitado el auxilio de los discursos humanos, sino que afirmada por sí misma, por su autoridad suprema y su origen celestial, ha hablado, y ha querido

ser creída; ha pronunciado sus oráculos, y ha exigido la sujecion.

11. La verdad cristiana ha predicado una Trinidad, misterio inaccesible por su grandeza; ha anunciado á un Dios-Hombre, á un Dios abatido hasta la cruz, abismo impenetrable de humildad. Y ¿cómo lo ha probado? Ella sola ha dicho que es necesario que la razon la obedezca, pues la razon ha nacido esclava suya; hé aquí su lenguaje: *Hæc dicit Dominus*: «El Señor lo ha dicho.» Y en otro pasaje: Así es «porque yo he pronunciado la palabra:» *Quia verbum ego locutus sum, dicit Dominus*. (Jerem. xxxiv, 5). Y en efecto, cristianos, ¿qué puede oponer á esto la razon humana? Dios tiene medios para hacerse entender, y derecho de ser creído; puede por su autoridad soberana obligarnos á someternos á él, sin darnos razon alguna; y es propio de la grandeza, del decoro, de la majestad del primer Ser el reinar sobre todos los espíritus, ya cautivándolos por la fe, ya instruyéndolos por otros medios.

12. Jesucristo ha usado de este derecho real en el establecimiento de su Evangelio, y como su santa doctrina no está fundada en discursos humanos, para no degenerar ella misma, ha desdeñado el apoyo de la elocuencia. Verdad es que los santos Apóstoles, que han sido sus predicadores, han abatido á los piés de Jesucristo la majestad de las haces romanas, y hecho temblar en sus tribunales á los jueces ante quienes eran citados. «Pablo trata delante de Félix de la justicia, de la castidad, del juicio futuro:» *Disputante illo de justitia, et castitate, et judicio futuro*. Félix tiembla, aunque es infiel; nosotros escuchamos sin alterarnos. ¿Quién es el prisionero? ¿quién el juez? *Tremefactus Felix respondit: Quod nunc attinet, vade; tempore opportuno accersam te*. (Act. xxiv, 25). «Félix espantado responde: Basta por ahora; retírate; cuando sea tiempo te llamaré.» No es ya el acusado quien pide un plazo á su juez, sino este aterrorizado quien lo pide al criminal. Hé ahí cómo los santos Apóstoles han derribado los ídolos y convertido los pueblos. «En fin, habiendo afirmado, dice san Agustin, su saludable doctrina, «han dejado á sus sucesores la tierra iluminada por una luz celeste:» *Confirmata saluberrima disciplina, illuminatas terras posteris reliquerunt*. Pero los Apóstoles no han hecho todos estos milagros con las galas del lenguaje, con la combinacion de las palabras, ni con figuras artificiales; todo esto se hace por una secreta virtud que persuade contra las reglas, ó mas bien que no persuade tanto como cautiva los entendimientos, virtud que, viniendo del cielo, sabe conservarse completamente en la humildad modesta y familiar de sus

expresiones, y en la sencillez de un estilo que parece vulgar; así como se ve un río que corriendo por la llanura modera la violencia é impetuosidad adquiridas en las montañas en donde nació y de donde sus aguas bajan despeñadas.

13. Concluyamos, pues, cristianos, que Jesucristo ha fundado su santo Evangelio de una manera soberana y digna de un Dios; añadiendo, si os parece, que eso era lo mas conveniente á las necesidades de nuestra naturaleza. Nosotros habemos menester para disipar nuestros errores no un filósofo que dispute, sino un Dios que nos anime en la investigacion de la verdad. La via del razonamiento es demasiado lenta é incierta; lo que hay que buscar está distante, lo que es necesario probar es indeciso. Con todo, se trate del principio mismo y del fundamento de la conducta, sobre lo cual hay que resolverse desde luego; es preciso, por lo tanto, creer. El cristiano nada tiene que buscar, porque todo lo tiene en la fe; nada que probar, porque la fe lo decide todo, y Jesucristo ha propuesto en términos tales las verdades necesarias, que si no es capaz de entenderlas, tampoco puede estar en disposicion de negarlas: *Talia populus persuaderet, credenda saltem, si percipere non valerent.* (S. Agust. De vera Relig. n. 3, t. I, col. 749).

14. Por el mismo medio Dios ha sido honrado, porque se le ha creído, como es justo, sobre su palabra; y el hombre ha sido instruido por un medio mas fácil y mas breve, pues sin necesidad del raciocinio la autoridad de la fe le ha llevado desde el primer paso á la certidumbre.

15. Pero continuemos admirando la augusta soberanía de la verdad cristiana. Ella ha venido á la tierra como una extranjera incógnita y siempre odiada y perseguida, durante cuatrocientos años por inútiles preocupaciones. No obstante, á pesar de los furores del mundo entero conjurado contra ella, la verdad no ha mendigado auxilio humano; al contrario, sin él ha sabido conquistarse por sus mismos defensores intrépidos y dignos de su grandeza, los cuales sin mas interés que la verdad, y no sabiendo mas que proclamarse en alta voz y perecer por ella, han corrido á la muerte con tanto valor, que han aterrado á sus perseguidores, que se han burlado con su paciencia de las leyes que los condenaban al último suplicio, que han obligado á los príncipes á revocarlas: *Orando, patiendo, et pia securitate moriendo, leges quibus damnabatur christiana religio, ut bescere compulerunt mutarique fecerunt,* dice elocuentemente san Agustín. (De Civ. Dei, lib. VIII, cap. 20, t. VII, col. 207).

16. La verdad estaba, pues, destinada, si puedo explicarme así, segun el consejo de Dios, á establecerse enteramente entre los reyes de la tierra; y en la sucesion de los tiempos ella les tuvo primero por discípulos y despues por defensores. Jesucristo no les ha llamado para edificar su Iglesia; cuando hubo fundado inmutablemente y concluido este edificio, entonces les llamó: *Et nunc reges.* (Psalm. 1). «Reyes, venid ahora.» Los ha llamado, pues, no por necesidad sino por gracia; así que el establecimiento de la verdad no depende de su auxilio, ni el imperio de la verdad ha menester de su cetro; y si Jesucristo los ha establecido como defensores de su Evangelio, lo ha hecho por honor y no por necesidad, por honrar la autoridad y consagrar su poder. Sin embargo, su santa verdad se sostiene siempre por sí sola y conserva su independencian. Así, cuando los príncipes defienden la fe, es mas bien la fe quien les defiende á ellos; cuando protegen la Religion, es mas bien la Religion quien les protege y sostiene su trono; de donde se deduce claramente que la verdad se sirve de los hombres, pero que no depende de ellos, y eso es lo que nos enseña toda la continuacion de su historia. Yo llamo así á la historia de la Iglesia: historia del reino de la verdad. El mundo ha vacilado; la verdad ha permanecido firme; ha usado de toda clase de sutilezas y de adulaciones; la verdad ha permanecido recta. Los herejes han tenido desavenencias; la verdad ha permanecido pura. Los cismas han desgarrado el cuerpo de la Iglesia; la verdad ha salido intacta. Muchos han sido engañados, los débiles turbados, los varones fuertes conmovidos. Un Orígenes, un Tertuliano y tantos otros que parecian ser el apoyo de la Iglesia han caido con grande escándalo; la verdad ha permanecido siempre inmóvil. ¿Qué cosa, pues, mas soberana y mas independiente que la verdad, que persiste siempre inmutable, á pesar de las amenazas y de los halagos, á pesar de los presentes y de las prescripciones, á pesar de los cismas y de las herejías, á pesar de todas las tentaciones y de todos los escándalos, en fin, en medio de la defeccion de sus hijos infieles, y en la caida funesta de aquellos mismos que parecian ser sus mas fuertes columnas?

17. En vista de lo dicho, cristianos, ¿qué espíritu no cederá á una autoridad tan sólidamente establecida? Y ¿cuánta no será mi admiracion, cuando oigo á hombres profanos de la nacion mas floreciente de la cristiandad declararse abiertamente contra el Evangelio? ¿Oiré siempre y encontraré siempre en el mundo á esos libertinos declarados, esclavos de sus pasiones y temerarios censores

de los consejos de Dios, que hallándose sumergidos en el cieno del vicio deciden atrevidamente de las cosas mas elevadas? Profanos y corrompidos, los cuales, como dice san Judas, blasfeman de lo que ignoran, y se corrompen en lo que conocian naturalmente: *Quæcumque quidem ignorant, blasphemant; quæcumque autem naturaliter, tamquam muta animantia, norunt, in his corrumpuntur.* (Judæ, 10). Hombres dos veces muertos, dice el Apóstol; muertos primero, porque han perdido su caridad, y muertos despues, porque han destruido su fe: *Arbores infructuosæ, eradicatæ, bis mortuæ.* (Ibid. 12). «Árboles sin frutos y sin raíces que ya no están unidos á la Iglesia «por ningun vínculo.» ¡Oh, Dios mio! ¿les veré siempre victoriosos en las reuniones, y emponzoñando los entendimientos con sus sacrílegos sarcasmos?

18. ¡Hombres doctos y curiosos, si quereis discutir acerca de la Religion, hacedlo al menos con la gravedad y el respeto que la materia exige! No pronunciéis chistes importunos en cosas tan serias y venerables. Cuestiones tan importantes no se resuelven con medias palabras, ni con ridículas contorsiones, ni con las bufonadas de que os alabais, ni con desdeñosas sonrisas. No creais por Dios, como decia aquel amigo de Tobías (*Tob. xiii*), que sois los únicos hombres, y que toda la sabiduría esté en vuestro entendimiento, de cuya penetracion os envaneceis. Vosotros que pretendéis descubrir los secretos de Dios, venid, compareced ante su presencia, descifradnos los enigmas de la naturaleza, elegid entre lo que está léjos ó lo que está cerca, entre lo que está á vuestros piés ó lo que está suspendido sobre vuestras cabezas. ¡Cómo! ¡vuestra razon se detiene en todas partes! ¡Se confunde, se extravía, sucumbe por todas partes! Sin embargo, vosotros no quereis que la fe os prescriba lo que es preciso creer; ciegos, tristes y desdeñosos, no quereis que se os guie ni se os preste una mano amiga. Pobres viajeros perdidos y presuntuosos que juzgais conocer el camino, y que despreciais el ser conducidos, ¿qué quereis que se haga con vosotros? ¿Quereis, pues, que se os abandone á la ventura? Pero entonces os extraviaréis en algun laberinto, en cualquier sendero ignorado, y caeréis en algun precipicio. ¿Quereis que se os haga conocer claramente todas las verdades divinas? Pero considerad en dónde estais, y á qué region del mundo os habeis desterrado. Ved esta noche profunda, ved las espesas tinieblas que os cercan, la debilidad, la imbecilidad, la ignorancia de vuestra razon; esa no es la religion de la inteligencia. ¿Por qué, pues, no quereis que (esperando á que

Dios se manifieste claramente tal cual es) la fe venga en auxilio vuestro y os enseñe al menos lo que debeis creer?

19. Basta ya, cristianos, basta de combatir á esos espíritus profanos y temerariamente curiosos. Este no es el vicio mas comun, otro veo yo mucho mas universal en la corte; no es el inconsiderado ardor de querer ir demasiado léjos, sino un abandono sumo de todos los misterios. Los hombres demasiado desdeñosos no se cuidan ya ni aun quieren pensar en ellos; ignoran si creen ó dejan de creer, y siempre están dispuestos á confesar lo que os plazca, con tal que les permitais obrar y pasar la vida á su gusto. «Cristianos «en apariencia, dice Tertuliano, y fieles, si quereis:» *Plerosque invenimus, et si placuerit, christianos.* (Scorp. n. 1). Así yo juzgo que los libertinos y los sábios á la moda llegarán á desacreditarse, no porque inspiren horror sus sentimientos, sino porque todo lo miran con indiferencia, excepto sus placeres y sus negocios. Veamos si puedo sacar á los hombres de este profundo letargo, pintándoles en la segunda parte de mi discurso la incorruptible belleza de la moral cristiana.

Segunda parte.

20. Gracias á la divina misericordia, los que dudan todos los dias temerariamente de la verdad de la fe no niegan al Cristianismo la regla de las costumbres, y están conformes respecto de la pureza y de la perfeccion de nuestra moral. Pero seguramente estas dos gracias son inseparables. En la Religion como en la naturaleza no son necesarios dos soles; y el que Dios nos envíe para arreglar las costumbres, ese mismo nos dará el verdadero conocimiento de las cosas divinas, que son el fundamento necesario de una santa vida. Decimos, pues, que el Hijo de Dios nos manifiesta mucho mejor su divinidad dirigiendo sin error la vida humana, que sanando á los impedidos y haciendo andar á los estropeados. El que al través de tantas costumbres y de tantos errores, de pasiones tan complicadas y tan extravagantes caprichos ha sabido encontrar lo justo y fijar de un modo preciso la regla de las costumbres, debe ser mas que hombre. Reformar de esta manera el género humano es dar al hombre la vida racional; es una segunda creacion mas noble, en cierto modo, que la primera. Quienquiera que sea el jefe de esta saludable reforma en el género humano debe poseer la misma sabiduría que formó al hombre la vez primera. Es, en fin, una

obra tan grande, que si Dios no la hubiese hecho, él mismo la envidiaría á su autor.

21. Tambien la filosofia lo ha intentado, aunque en vano. Yo sé que ha conservado buenas reglas y que ha salvado preciosos restos de las ruinas de los conocimientos humanos; pero perderia muchísimo tiempo si quisiera dar cuenta de todos sus errores. Vamos, pues, á rendir nuestros homenajes á la equidad infalible que brilla en el Evangelio. Seguidme, hermanos míos; y á fin de que yo os pueda presentar el objeto de tan legítima adoracion, permitidme que os dé una idea, que os trace un ligero cuadro de la moral cristiana.

22. La moral cristiana comienza por el principio; refiere á Dios, al cual nos une por medio de un amor casto, el hombre entero, en su raíz, en sus ramas y en sus frutos, esto es, en su naturaleza, en sus facultades, en todas sus operaciones. Porque como ella sabe, cristianos, que el nombre de Dios es un nombre de padre, nos pide amor; mas, para acomodarse á nuestra debilidad, nos prepara al amor por medio del temor. Habiendo, pues, resuelto, como hemos visto, unirnos á Dios por todos los medios posibles, ella nos enseña que debemos en todo tiempo y en todas las cosas respetar la autoridad de este, creer en su palabra, depender de su poder, confiar en su bondad, temer su justicia, abandonarnos á su sabiduría, y esperar en su eternidad.

23. Para tributarle el culto racional que le debemos, ella nos enseña, cristianos, que nosotros mismos somos sus víctimas; hé ahí la razon por que nos obliga á domeñar nuestras pasiones exaltadas y á mortificar nuestros sentidos, seductores demasiado sutiles de nuestra razon; para esto se vale de singulares precauciones. Ella va á extinguir hasta en el fondo del corazon la chispa que puede causar un incendio; ella ahoga la cólera, por temor de que aumentándose se convierta en odio implacable; ella no espera á arrancar al niño la espada cuando ya este se haya atravesado el pecho, sino que se la arranca de las manos cuando conoce que puede haber peligro; ella, en fin, no olvida nada para someter el cuerpo al espíritu, y todo el espíritu á Dios: tal es, cristianos, nuestro sacrificio.

24. Nosotros tenemos que considerar bajo qué imperio vivimos y con quién vivimos. Vivimos bajo el imperio de Dios; vivimos en sociedad con los hombres. Por consiguiente, despues de la primera obligacion, que es amar á Dios, nuestro soberano, mas que á nos-

otros mismos, viene el segundo deber, que consiste en amar al hombre, nuestro prójimo, como á nosotros mismos. Ahí, pues, se ve muy santamente establecida, bajo la proteccion de Dios, la caridad fraternal, siempre sagrada é inviolable, á pesar de las injurias y de los intereses; ahí la limosna, tesoro de gracias; ahí el perdón de las injurias, que nos prepara el de Dios; ahí, en fin, la misericordia preferida al sacrificio, y la reconciliacion con el prójimo irritado, necesaria preparacion para acercarse al altar. La moral nos enseña, haciendo una santa distribucion de los oficios de la caridad, á quién se debe el respeto, á quién la obediencia, á quién el servicio, á quién la proteccion, á quién el socorro, á quién la condescendencia, á quién caritativas amonestaciones y avisos; y por ella vemos que se debe la justicia á todos, y que no debemos injuriar á nadie, así como tampoco á nosotros mismos.

25. ¿Quereis que ahora pasemos á hablar de lo que Jesucristo ha dispuesto en orden á las familias? No se ha contentado con conservar al matrimonio su primera dignidad, sino que le ha convertido en Sacramento de la Religion y en signo místico de su casta é inmutable union con su Iglesia, consagrando de este modo el origen de nuestro nacimiento. Ha prohibido la poligamia, permitida un tiempo, en favor del acrecentamiento de su pueblo, y el divorcio que él había sufrido á causa de la dureza de los corazones. No permite ya que el amor se extravíe, se pervierta en la multitud, sino que le vuelve á su estado natural, haciéndole reinar en dos corazones unidos, para que resulte de esta union una concordia inviolable en las familias y entre los hermanos. Despues de haber arreglado las cosas conforme á la primera institucion, ha querido tambien que la mas santa alianza del género humano fuese igualmente la mas duradera y la mas firme, y que el nudo conyugal fuese indisoluble, tanto por la primera fuerza de la fe prestada, cuanto por la obligacion natural de educar á los hijos comunes, prendas preciosas de una eterna correspondencia. Así ha dado al matrimonio de los fieles una forma augusta y venerable que honra á la naturaleza, que soporta la debilidad, que observa la temperancia, y que evita la sensualidad.

26. ¿Qué diré ahora de las santas leyes que hacen á los hijos sumisos y á los padres caritativos, poderosos instigadores á la virtud, amables censores de los vicios que reprimen la ciencia «sin abatir el valor?» *Ut non pusillo animo fiant.* (Colos. III, 21). ¿Qué diré de esas bellas instituciones por las cuales los señores son equi-

tativos y los servidores fieles, habiéndose Dios mismo (¡tan buen padre es!) encargado de recompensar sus buenos servicios? «Señores, vosotros teneis un Señor en el cielo (*Ibid.* IV, 1); servidores, servid como si sirviéseis á Dios, porque vuestra recompensa es segura.» (*Ibid.* III, 24). ¿Quién ha establecido mejor que Jesucristo la autoridad de los príncipes, de los magistrados y de los poderes legítimos? Él considera como un deber de religion la obediencia que les es debida. Ellos reinan sobre los cuerpos en virtud de la fuerza, y en los corazones por inclinacion á lo sumo. Él les erige un trono en las conciencias, y pone bajo su proteccion su autoridad y su persona sagrada. Hé ahí por qué Tertuliano decia en otro tiempo á los ministros de los emperadores: Vuestro destino os expone á muchos odios y á mucha envidia; «con todo, teneis menos enemigos, á causa de la multitud que hay de cristianos:» *Nunc enim pauciores hostes habetis præ multitudine christianorum.* (Apolog. num. 37). Recíprocamente enseña á los príncipes que la espada se les ha concedido para castigo de los malos, siendo solo para ellos pesada su mano, y que su autoridad debe ser el alivio de la carga de los demás.

27. Hé ahí, cristianos, el cuadro que os he prometido; hé ahí retratada al natural y brevemente la hermosura inmortal de la moral cristiana. Es una belleza severa, lo confieso; mas no me admiro, porque la moral cristiana es casta. Es exacta; necesario es que lo sea, porque es religiosa. Pero en el fondo, ¡qué moral mas santa! ¡qué economía y qué política mas justas! El que quebranta leyes tan buenas es enemigo del género humano. Pero ¿quién las contradice sino los hombres viciosos que prefieren infringir la ley que arreglar su conciencia; y, como dice Salviano, «que quieren mejor declamar contra el precepto que hacer la guerra al vicio?» *Mavult quilibet improbus execrari legem, quam emendare mentem; mavult præcepta odisse quam vitia.* (Salv. lib. IV adv. Arar. Edic. Baluz. p. 312).

28. Por mi parte, observaré con todo mi corazon estas santas instituciones. Las costumbres solas me harian recibir la fe; yo creo en todo á quien me ha enseñado á vivir tan bien; la fe me prueba las costumbres; las costumbres me prueban la fe. Las verdades de la fe y la doctrina de las costumbres son cosas que tienen tal connexion, que se hallan tan íntimamente enlazadas, que no hay modo de separarlas. Jesucristo ha fundado las costumbres sobre la fe, y despues de haber levantado tan noblemente este admirable edifi-

cio, ¿seria yo tan osado, tan temerario que pudiera decir á tan sábio arquitecto que habia echado mal los cimientos? Por el contrario, ¿no juzgaria por la belleza exterior que la misma sabiduría ha dispuesto lo que se oculta á mi vista?

29. ¿Y qué diréis vosotros, pecadores? ¿Qué es lo que os perjudica, y qué parte quereis eliminar de esta moral? Que se os ofrecen grandes dificultades: pero ¿es la razon quien las dicta, ó la passion quien las sugiere? ¡Ah! comprendo perfectamente vuestros pensamientos, y veo hácia qué lado se inclina vuestro corazon. Pedís libertad. ¡Oh! ni una palabra mas, demasiado os entiendo. La libertad que anhelaís es la miserable esclavitud de vuestro corazon. Permitid que se os liberte, y se convierta vuestro corazon á Dios, que es á quien le pertenece, y que lo reclama con viva instancia. No es justo, hermanos míos, que se quebrante su ley en favor de vuestras pasiones, sino mas bien que se despoje á vuestras pasiones de todo aquello que es contrario á su ley. Porque de no ser así, ¿qué sucederia? que todos faltarian al precepto: *Lacerata est lex.* (Habac. 1, 4). No hay hombre, por corrompido que sea, á quien no le disguste algun pecado. Si un sujeto es naturalmente generoso, declamad, gritad cuanto querais contra la rapiña, y aplaudirá vuestra doctrina. Pero si es fiero y orgulloso, necesita vengar esta sujecion, y envolver á sus enemigos ó asociados en esta peligrosa intriga. Así, pues, toda la ley será mutilada, y verémos, como decia el gran san Hilario hablando de otra materia, «tan infinita «variedad en la doctrina como en las costumbres, y tantas especies de fe como inclinaciones diferentes:» *Tot nunc fides existere, quot voluntates; et tot nobis doctrinas esse, quot mores.* (S. Hilar. lib. II ad Constant. num. 4, col. 1227).

30. Dejaos, pues, conducir por estas santas leyes, que son la mejor guia y la mejor regla de vuestra conducta; y no me digais que son demasiado perfectas y que no se pueden observar: eso solo lo dicen los cobardes y los perezosos, que encuentran obstáculos en todo, á quienes todo les parece imposible, y que, cuando no hay motivo de temor, crean en su mente vanos fantasmas y terrores imaginarios. *Dicit piger: Leo est in via et leona in itineribus.* (Proverb. xxvi, 13). *Dicit piger: Leo est foris, in medio platearum occidendus sum.* (Ibid. xxii, 13). El perezoso dice: «No puedo partir; «hay un leon en medio de mi sendero, la leona me devorará en los «grandes caminos.» El perezoso dice: «Hay un leon fuera; voy á «ser devorado en medio de la plaza pública.» De manera que siem-

pre encuentra dificultades, y nunca se esfuerza por vencer ninguna. En efecto, vosotros que nos objetais que la ley del Evangelio es demasiado perfecta, y no está al alcance de las fuerzas humanas, ¿habeis intentado nunca practicarla? Contadnos, pues, vuestros esfuerzos; referidnos las expediciones que habeis emprendido y llevado á cabo. Antes de quejaros de vuestra impotencia, ¿por qué no principiáis alguna cosa? El segundo paso, diréis, nos es imposible; ciertamente, si no dais nunca el primero. Principiad, pues, á caminar, y avanzad por grados, veréis como todo se facilita y como se allana el camino á vuestra vista. Pero que antes de intentarlo nos digáis que es imposible, que os quejeis de cansancio y de fatiga sin haberos movido de vuestro sitio, y de que os abruma el trabajo sin haber puesto manos á la obra, es una bajeza no solo ridícula, sino insoportable. Por lo demás, ¿cómo puede decirse que Jesucristo nos ha dado cargas superiores á nuestras fuerzas; Jesucristo que tantas consideraciones ha tenido á nuestra debilidad, que nos proporciona tantos socorros, que nos ofrece tantos recursos, y que no contento con sostenernos en la pendiente del precepto nos tiende además la mano en el precipicio por la remision de los pecados que nos presenta?

Tercera parte.

31. Confieso, cristianos, que mi inquietud es suma en esta tercera parte, y no porque me cueste trabajo probar lo que he prometido en la primera, esto es, la infinita bondad del Salvador. Porque ¿á qué elocuencia, por estéril y desabrida que fuese, le faltarian palabras? ¿Qué cosa mas fácil, qué cosa, si es lícito hablar así, mas infinita y mas inmensa que esta divina bondad, que no solamente recibe á los que la solicitan, y se entrega enteramente á los que la abrazan, sino que tambien llama á los que se alejan, abre siempre caminos de retorno á los que la abandonan? Pero harto lo saben los hombres; harto lo saben, por desgracia suya, no se necesitaria publicar tan altamente una verdad de la cual tantas gentes abusan. Seria preciso decírsela en voz baja á los pecadores afligidos por sus crímenes, á las conciencias abatidas y desesperadas. Seria preciso separar de la multitud á cualquier alma desolada, y decirle al oído y en secreto: «Dios perdona sin fin y sin límites.» *Misericordiæ ejus non est numerus.* (Orat. Miss. pro gratiar. act.). Pero el dar á conocer á los pecadores soberbios es

bondad que no tiene límites, es dar rienda suelta á la licencia, y es multiplicar los crímenes el predicar esas misericordias que son innumerables : *Misericordiæ ejus non est numerus*.

32. Y no obstante, cristianos, no es justo que la dureza y la ingratitud de los hombres se apropien las alabanzas que son debidas al Salvador. Levantemos, pues, nuestra voz, y digamos altamente que su misericordia es inmensa. El hombre debía morir en su crimen; Jesucristo ha muerto en lugar suyo. Está escrito del pecador que su sangre debe caer sobre él; pero la sangre de Jesucristo lo cubre y le protege. ¡Oh hombre! no busques ya la expiación de tus crímenes en la sangre de los animales inmolados. Aunque diezmases todos tus ganados para tus hecatombas, la vida de los animales no puede redimir la vida de los hombres. Hé aquí á Jesucristo que se ofrece como hombre por los hombres, como inocente por los culpables, como Hombre-Dios por hombres y simples mortales. Aquí veis, cristianos, no solo la igualdad en el precio, sino tambien la superabundancia. Lo que ha ofrecido es infinito; y á fin de que quien ofrece fuese igualmente digno, ha querido tambien ser el pontífice. Jesucristo ha muerto una vez, pero el fruto de su muerte es eterno; Jesucristo ha muerto una vez, pero «vive siempre para interceder por nosotros,» como dice el divino Apóstol. (*Hebr. vii, 25*).

33. Hay, pues, para nosotros en el cielo una misericordia infinita; mas para que la experimentemos en la tierra, se ha comunicado enteramente á su santa Iglesia en el sacramento de la Penitencia. Oigamos las palabras de la institucion : «Todo lo que perdoneis será perdonado; todo lo que absolvais será absuelto;» en esto veis una bondad ilimitada, y en esto se diferencia al Bautismo. «No hay mas que un bautismo,» dice el santo Apóstol : *Unus Dominus, una fides, unum baptisma*. (*Ephes. iv, 5*). Las puertas de la penitencia están siempre abiertas. Venid diez veces, venid cien veces, venid mil veces; el poder de la Iglesia no se agota. Estas palabras serán siempre verdaderas : Todo lo que perdoneis será perdonado. (*Joan. xx, 23*). Yo no veo aquí ni término prescrito, ni número, ni medida determinada. Preciso es, pues, reconocer una bondad infinita. La pila del santo Bautismo es llamada en las Escrituras, segun una interpretacion, «Fuente sellada,» *Fons signatus*. (*Cant. iv, 22*). Vosotros os lavais en ella una vez; se le echa el sello, y ya queda cerrada. Pero en la Iglesia tenemos otra fuente, de la cual dice el profeta Zacarías : «En aquel dia, en el dia del

«Salvador, en el día en que la verdad brillará en el mundo, habrá una fuente abierta á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem para la purificacion de los pecadores:» *In die illa erit fons patens domui David et habitantibus Jerusalem, in ablutionem peccatoris.* (Zach. XIII, 1): No es una fuente sellada que solo se abre con reserva, que no es para todos, que excluye para siempre á los que una vez ha recibido: *Fons signatus*; es una fuente no solo pública, sino siempre abierta: *Erit fons patens*, y abierta indistintamente á todos los habitantes de Jerusalem, á todos los hijos de la Iglesia; una fuente que recibe siempre á los pecadores; todos los días y á todas horas pueden venir los leprosos á lavarse en esta fuente de Salvador, siempre benéfica y siempre abierta.

34. Pero aquí es donde se manifiesta, cristianos, nuestra grande infidelidad; aquí es donde la indulgencia multiplica los crímenes, y donde el origen de las misericordias se convierte en origen infinito de profanaciones sacrílegas. ¿Qué diré, cristianos, y dónde hallaré palabras bastante enérgicas para deplorar tantos sacrilegios como infestan las aguas de la Penitencia? «¡Cuán feliz eres, agua del Bautismo, decia en otro tiempo Tertuliano; cuán feliz eres, agua mística, que no lavas mas que una vez!» *Felix aqua quæ semel abluit!* «que no sirve de juguete á los pecadores!» *Felix aqua quæ semel abluit, quæ ludibrio peccatoribus non est!* (De Baptismo. 15). El baño de la Penitencia siempre abierto á los pecadores, siempre en disposicion de recibir á los que vuelven á él; el baño de misericordia está expuesto al desprecio á causa de su facilidad bienhechora, y sus aguas sirven contra su naturaleza para manchar á los hombres: *Quos diluit inquinat*; porque la facilidad de bañarse hace que estos no teman manchar su conciencia. ¿Quién no sufriría, cristianos, al ver esta agua saludable tan extraordinariamente alterada, solo por ser tan benéfica? ¿Qué haría yo, y quién pediría auxilio para contener las profanaciones de hombres perversos que convierten desgraciadamente en escollo el puerto de su salvacion?

35. Los pecadores saben muy bien decir que basta el arrepentimiento para poder acercarse á esta fuente de gracias. En vano contestarémos á los que confían tan ciegamente en el arrepentimiento futuro: ¿No considerais que Dios ha prometido el perdón al arrepentimiento, pero que no ha prometido dar tiempo para este sentimiento necesario? Esta razon convincente no produce ya efecto alguno, porque se ha repetido demasiado. Considerad, herma-

nos mios, cuán grande es vuestra ceguedad, cuando quereis hacer á la bondad de Dios cómplice de vuestro delito. Este es un pecado contra el Espíritu Santo, contra la gracia de la remision de los pecados. Dios nada tiene ya que hacer para alejaros del crimen; habeis agotado su misericordia. ¿Qué mas podría hacer que llamaros, esperaros, tenderos los brazos y ofrecer os su perdon? Esto es lo que os infunde atrevimiento en vuestras empresas criminales. Agotada su bondad, y casi hasta sobrepujada por vuestra malicia, ¿le queda otro recurso que abandonar os á su venganza? Ahora bien, poned fin á la bondad divina; mostraos firmes é intrépidos en perder vuestra alma; ó mas bien, insensatos é insensibles atreveos á todo, exponed vuestra eternidad; haced de un arrepentimiento dudoso el motivo de un crimen cierto: ¡qué firmeza! ¡qué valor! pero ¿no quereis reflexionar cuán extraño, cuán insensato, cuán monstruoso es el pensamiento de pecar para arrepentirse? *Obstupescite, cali, super hoc.* (Jerem. II, 12). «¡Oh cielo, oh tierra, asombraos de tan prodigioso extravío!» Los ciegos hijos de Adán no temen pecar, porque esperan sentir algun dia el haber pecado. Yo he leído muchas veces en las Escrituras que Dios envia á los pecadores el espíritu de vértigo y de aturdimiento; y ahora lo veo claramente en vuestros excesos. ¿Quereis convertir os algun dia, ó morir miserablemente en la impenitencia? Elegid uno de los dos extremos. El primero es el partido de los demonios. Si os resta, pues, algun sentimiento cristiano, algun interés por vuestra salvacion, alguna piedad de vosotros mismos, esperais convertir os; y si creyéseis que esta puerta está cerrada para vosotros, no iriais tal crimen con el abandono en que os veo. Convertirse es arrepentirse; ¿quereis satisfacer una passion, porque esperais arrepentir os de ella? ¿Quién ha oido hablar nunca de tal prodigio? ¿Si no me entenderé á mí mismo? ¿Si será vuestra passion la que os fascina? ¿Me engañarán mis pensamientos, ó serán los vuestros los que os engañan y trastornan los sentidos? ¿Cuándo se le ha ocurrido á nadie hacer una cosa, creyendo que ha de arrepentirse de ella algun dia? La razon aconseja sin duda que lo mejor es abstenerse de ella; y yo recuerdo haber oido decir muchas veces: No hagais tal cosa, porque despues os pesará.

36. Pero, ¡oh ceguedad inaudita! ¡oh estupidez insensata! ¡Pecar para arrepentirse! El dolor que se espera ¿no es naturalmente un freno al deseo y una cadena á la voluntad? Pero que un hombre se diga á sí mismo: yo me determino á esta accion, me arrepentiré

de ella; que este dolor se convierta contrariando á su naturaleza en objeto de nuestra esperanza y en motivo de nuestra eleccion es una ceguedad inaudita, es confundir dos cosas contrarias, es cambiar la esencia de las cosas. No, no; lo que pensais no es ni un arrepentimiento, ni un dolor; ni aun siquiera sabeis su nombre: ¡tan distantes estais de conseguir lo que deseais! El dolor que se desea, el arrepentimiento que se espera tener algun dia, no es mas que un dolor fingido, un arrepentimiento imaginario. Para tener un sincero arrepentimiento es necesario cambiar enteramente de corazon, arrancar de raíz las malas inclinaciones, indignarse implacablemente contra las debilidades propias, desprenderse á viva fuerza de sí mismo. Si esperáseis un verdadero arrepentimiento, este os serviria de freno saludable; pero el arrepentimiento que esperais no es sino un delirio; el dolor que esperais no es mas que una ilusion, una quimera; y motivos teneis para temer que, por un justo castigo de haber alterado de un modo tan extraño la naturaleza de la penitencia, un Dios despreciado y vengador de sus Sacramentos profanados os envíe en su cólera, no el *peccavi* de David, no el dolor de san Pedro, no la amargura de la Magdalena; sino la pena de un Saul, el dolor desesperado de un Judas, el arrepentimiento estéril de un Antíoco; motivos teneis para temer morir desgraciadamente en vuestra falsa contricion y en vuestra penitencia impenitente.

37. Vivamos, pues, hermanos míos, de manera que la remision de los pecados no se nos convierta en escándalo; restablezcamos las cosas en su ser natural: que la penitencia sea penitencia; que sea un remedio y no un veneno; que la esperanza sea esperanza, un auxilio de la debilidad, y no un apoyo de la audacia; que el dolor sea dolor; que el arrepentimiento sea un arrepentimiento, esto es, la expiacion de los pecados anteriores, y no el fundamento de los pecados futuros. Así llegaremos por la penitencia al lugar donde no existen arrepentimiento ni dolor, sino una tranquilidad perpétua y una paz inalterable, que os deseo á todos, etc.

SERMON

CONTRA

LOS PRETEXTOS DE LA INCREULIDAD.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

1. La razon natural, de que nos sentimos adornados por una interna conviccion á que no podemos resistirnos, nos demostró hasta la misma evidencia la existencia de Dios, de aquel Ser eterno y en todo perfectísimo que sacó de la nada esta hermosa máquina del universo que se presenta á nuestros ojos. Esta misma luz natural, derivada en nosotros de aquella luz eterna, nos enseñó que habia en aquel divino Ser una admirable Providencia con que mantenía y gobernaba las criaturas, conduciéndolas suave y fuertemente al fin para que las crió: á las insensibles con leyes y movimientos invariables: á las irracionales con instintos proporcionados á su manutencion, propagacion y permanencia; y á las criaturas que usan de la razon con ideas innatas é indelebles de los primeros principios, y de la virtud y el vicio. La misma razon natural nos fué llevando como por la mano á la necesidad de un culto para manifestar nuestra dependencia de aquel Ser eterno, para presentarle nuestras necesidades, para expiar nuestros defectos, esperar sus misericordias, y amar su bondad y sus perfecciones infinitas; y ella misma, por fin, nos dió evidenciados en sola la religion cristiana todos los caractéres de este sagrado culto y verdadera religion que los hombres deben á su Dios. Si mal hablé, mostrad en qué; y si he dicho la verdad, ¿por qué no me creéis? *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

2. Á este clamor de la verdad, creído por tantos siglos, demostrado por tan públicos milagros, sellado con la sangre de millones de hombres, los mas distinguidos por su nacimiento, su literatura y sus virtudes, defendido por los escritos de los hombres mas sábios que ha tenido el mundo, y comunicado á todas las na-

ciones y pueblos de la tierra, ¿qué responde la incredulidad de algunos hombres que han aparecido en nuestros dias? Escuchad sus blasfemias, y horrorizaos. Moisés fue un impostor: el Evangelio es una fábula: la fe es el patrimonio de los simples: la Religion es una quimera: sus leyes y sus amenazas un freno que han inventado los tiranos para esclavizar los pueblos: sus misterios son absurdos: lo por venir un fantasma que no existe: el alma una llama que se apaga con el cuerpo: el hombre un animal mejor organizado que las bestias: el vicio y la virtud son ideas arbitrarias y fantásticas, y el Criador un ser indiferente á las ofensas y á las adoraciones de los hombres. ¿Lo habeis oido? ¿Quiénes son los que hablan con este tono magistral y decisivo? Dos clases de personas bien diferentes, aunque uniformes en cerrar los ojos á la luz de la verdad. La primera se compone de un puñado de hombres que se gradúan de espíritus sublimes, de profundo entendimiento, de vastos conocimientos, y de un corazon superior á las ilusiones de la infancia, á los que llaman errores de la educacion, al encanto de los ejemplos y á la fascinacion de las supersticiones, y que elevándose por los esfuerzos del raciocinio sobre la comun opinion y creencia de semejantes, han descubierto nuevos rumbos para llegar al país de la felicidad, desterrando de su conciencia los remordimientos, de su alma la inmortalidad, y de su creencia la existencia de Dios. La segunda clase de incrédulos es mas numerosa, y se compone de hombres que lo son por falta de luces, por carecer de principios: no por una aparente conviccion como los primeros, sino por seguir ciegamente sus huellas por una especie de vanidad, por el orgullo de hacer un papel distinguido y brillante en la sociedad humana: por seguir los vicios sin susto, y por presentarse con un bello air de superioridad á las que ellos llaman preocupaciones comunes. En una palabra: los primeros son incrédulos instruidos; los segundos son incrédulos ignorantes, vanos y libertinos. La verdad se presenta á unos y á otros, y con su vista se hallan en la feliz necesidad y dichosa precision de confesar su error á pesar de sus pretextos y objeciones. ¿Sucederá esto así? Debemos esperarlo, si es cierto á demostrar que la corrupcion del corazon es la fuente emponzoñada de donde dimanar las ilusiones de su espíritu, y que abandonarían la religion santa de sus padres, si pudieran hermearla con los vicios y los desórdenes. Hablemos hoy contra los incrédulos instruidos, y otro dia hablaremos contra los incrédulos ignorantes.

3. ¡Dios inmortal, Dios justo, Dios santo! ¿Quién soy yo para salir á la batalla en defensa de vuestra santa religion, de la mayor obra de vuestra omnipotencia, del mas grande prodigio de vuestra gracia, y del mayor beneficio que habeis hecho á los hombres? Conozco y públicamente confieso mi insuficiencia; pero ¿me será lícito callar, viendo como se la desconoce, como se la insulta, como se la ultraja? No, Dios mio. Nada es mas frecuente en Vos que elegir los instrumentos mas débiles para la ejecucion de las obras mas estupendas. Así será vuestra toda la honra y gloria del vencimiento. Iluminad mi entendimiento, inflamad mi voluntad, abrasad en divino fuego mi corazon para que sean eficaces mis deseos. Yo os lo suplico por la intercesion de María santísima vuestra Madre y nuestra protectora, con cuyo poderoso patrocinio doy principio : *Ave María*.

4. Para robusteceros mas y mas en vuestra fe, amados cristianos míos, para que cobreis mayor respeto y amor á la santa religion cristiana que felizmente profesais, y para que los incrédulos que se precian de instruidos se penetren á su vista de un saludable pavor, y se horroricen de sus blasfemias contra este abismo de grandeza y santidad tan antiguo como Dios, tan eterno como Dios, y que tiene al mismo Dios por garante de sus leyes, de sus preceptos, sus amenazas y recompensas, formemos como los contornos de la pintura de la Religion: veamos su origen, consideremos sus progresos, sigamos sus pasos en las diferentes edades de su duracion, y contemplemos dónde se terminan sus premios y sus castigos. Este grande golpe de luz esperamos que ilumine sus almas, si como frenéticos no cierran los ojos por no verla, y se rebelan contra su misma claridad: así lo deseamos y pedimos á Dios con todo el afecto del corazon. Y vosotros bendecid las misericordias del Señor que os crió en el seno de tan pura, tan verdadera y tan santa madre.

5. Nada, fuera de Dios, se me presenta mas sublime y majestuoso que el plan de la Religion. Yo veo al Ser eterno concebirle en su divina mente antes de todos los siglos; y como sus determinaciones son inmutables, no hallo un solo momento en toda la eternidad en que no tuviese el designio de criar al hombre, ó en que no viese su caida, y le preparase un Redentor. La primera época de la religion cristiana es menester buscarla en la misma eternidad de Dios, y darla una existencia tan antigua como él mismo.

6. En el principio crió Dios los cielos y la tierra, y despues de

haber manifestado su gloria por la grandeza de sus obras, puso el sólido fundamento de la religion que habia concebido en su soberano entendimiento, y queria establecer en la tierra. Cria el primer hombre á su imágen y semejanza, forma la primera mujer, y se la entrega para compañera fiel de sus felicidades: los adorna con un entendimiento despejado para conocerle, les da una voluntad libre para amarle con merecimiento, les inspira la ley natural, les impone un suave precepto, les promete premios por su observancia, los amenaza con castigos por su desobediencia, y espone el uso que harán Adán y Eva de su albedrío. Contravienen uno á otro al precepto del Omnipotente, y cuando irritado el Señor castiga con equidad y justicia aquella primera culpa, se acuerda á sus antiguas misericordias, haciéndolos depositarios de sus promesas tan magníficas y estupendas que cuatro mil años preparan su cumplimiento. Cuanto acontecia en aquella larga duracion de tantos siglos, todo iba insensiblemente conducido por la mano de Todopoderoso á la redencion del género humano, contaminado por aquel primer pecado. Crímenes, virtudes, revoluciones, prodigios, calamidades, combates, ruinas y elevaciones de imperios buenos y malos reyes, favores ó castigos del cielo, grandes ó pequeños acontecimientos; todo en cierta manera tenia relaciones directas con la encarnacion del divino Verbo. Para precaver que la dispersion de las gentes y las tradiciones humanas debilitasen u ofuscasen la certidumbre y autenticidad de su voluntad eterna manifestada á los hombres, elige un pueblo á quien se la da para conocer, y le hace depositario de su ley, que promulga con esplendor y asombrosa solemnidad. El primer libro del mundo nos presenta escrita, y la conserva íntegra despues de millares de años que el devorador diente de los tiempos está deshaciendo todas las otras cosas: este libro ha llegado auténtico hasta nuestros dias, y nosotros le transmitirémos en su misma integridad á nuestros sucesores hasta el fin y consumacion de los siglos. Parece á primera vista la historia del pueblo hebreo, de sus conquistas, de sus gracias, de sus reyes, de sus jueces, de su culto, de sus guerras y de sus enemigos; pero esta obra augusta y admirable está cubierta con un gran velo, aunque trasparente, que oculta á mucha la historia del Salvador de los hombres, el lugar en donde habia de nacer, la familia de que habia de salir, el tiempo en que habia de aparecer, la vida que habia de llevar, y la muerte que habia de padecer. Todo está allí descubierto para los sencillos y rectos.

corazon : todo allí está oculto para los arrogantes y soberbios. Allí está su nuevo pueblo, su Religion y su Iglesia en toda la carrera dilatada de los siglos.

7. Llega, en fin, la plenitud de los tiempos, aparece la luz eterna, y disipa las negras sombras que cubren toda la tierra. El Deseado de las gentes nace en Belen, como estaba profetizado en aquel libro divino : nace de una Virgen, nace de la familia de Abraham y David, como todo estaba ya predicho : nace en el tiempo que se habia determinado tantos siglos antes en aquel libro del cielo, y nace con todos los demás caracteres con que estaba anunciado. Su humildad, su mansedumbre, su doctrina, sus milagros, sus leyes, sus palabras y todas sus obras le demuestran hasta la misma evidencia ser el enviado del cielo, el prometido al mundo, el Hijo del eterno Padre, el Dios con los hombres, el Verbo hecho carne, el esperado de los siglos, el señalado en los libros santos con la marca indeleble de la divinidad, el Redentor de la humana naturaleza. El Evangelio presenta el plan acabado de esta grande obra trazada en los libros de Moisés ; y su sencillez, su veracidad, su sabiduria y su profundidad ha sido por mas de diez y ocho siglos la admiracion y espanto de los sábios, y lo será hasta el fin y consumacion de los tiempos.

8. El estado actual del universo es una prueba constante, pública, irresistible de la mision divina de Jesús, de los acontecimientos de sus primeros discípulos, y de la invencible fuerza de la verdad que el mismo Dios humanado vino á enseñar á los hombres. Doce personas pobres, sin autoridad, sin ciencia, sin armas, sin talentos, destruyen la gentilidad, dispersan el judaismo y dilatan el pueblo cristiano hasta los últimos fines de la tierra. Ellos hacen creer los misterios y obedecer los preceptos del Evangelio, tan contrarios estos á las pasiones de nuestro corazon, como superiores aquellos á las luces de nuestro entendimiento ; y en el siglo mas ilustrado del mundo, sin mas armas que la cruz, que era escándalo para los judíos y locura para los gentiles, triunfan de la ferocidad de los tiranos, de la prudencia de los políticos, del orgullo de los filósofos y de la supersticion de los pueblos. Las virtudes, los milagros de los Santos, el valor invencible de millones de mártires, la conversion de los reinos y de los reyes y emperadores han acabado de confirmar el sello de la divinidad con que la religion cristiana apareció marcada en su principio. La historia de la Iglesia nos ofrece pruebas tan irresistibles de la mision de Jesucristo,

de su divinidad y humanidad sacrosanta, como la historia del pueblo hebreo de la existencia de Moisés, de sus prodigios, sus leyes, sus escritos y sus victorias; y por último el mundo arrodillado delante de la cruz, adorando á Jesús crucificado en ella, y muerto en el oprobio y con la mayor afrenta, es una prueba decisiva de su divinidad, á que no podrán jamás contradecir razonablemente todas las edades del mundo.

9. No se terminan aquí las épocas de esta Religión santa y sublime: ella abraza todos los tiempos: los futuros siglos, como los pasados y presentes. Ella no se limita á predicar todas las virtudes, á prescribir y condenar todos los vicios, á poner en arreglo las costumbres de los hombres, y fijar el culto digno que debemos á la Divinidad; también se extiende á los siglos venideros, y tan terrible en sus amenazas, como magnífica en sus promesas y santas en sus máximas, nos anuncia la segunda venida del Mesías para juzgar los vivos y los muertos, y dar á cada uno el premio ó castigo correspondiente á sus obras: ella nos enseña que aquel día será el día grande del Señor; día de su omnipotencia, en que se hará conocer de sus criaturas; día de su santidad, en que públicamente manifestará la equidad y rectitud de sus juicios; día de su justicia, en que dará un premio eterno á la virtud, y un castigo eterno al pecado; día, en fin, en que sumergiendo en abismos de fuego á los malos, y colocando en el seno de su gloria á los buenos, fijará irrevocablemente sus eternos destinos.

10. Aquí teneis, carísimos cristianos míos, el plan que rápidamente he podido formar de nuestra santa Religión. Plan sencillo, verdadero, augusto, sublime y divino. Plan tan antiguo como Dios, plan que empieza á manifestarse con la creación del mundo, que es obra de todos los siglos, y que por sus castigos y recompensas se perpetuará en el cielo y en el infierno por toda la eternidad.

11. ¿Qué podrán oponer los incrédulos á esta pintura convincente y majestuosa de nuestra santa Religión? ¿Podrán ellos darnos pruebas razonables que demuestren la falsedad de los hechos que ligeramente hemos tocado, por no hacernos interminables en la enumeración exacta y menuda de cada uno? Ellos no han podido, ni pueden, ni podrán jamás. La tierra, el cielo, los Ángeles, los demonios, los bienaventurados y los réprobos, su alma propia y hasta los mismos sentidos de su cuerpo confundirían su insensatez y la temeridad de sus pensamientos. Ellos son demasiadamente insábios para evitar una controversia sólida y bien sostenida, en que

precisamente saldrian llenos de confusión. Su tono magistral y decisivo quiere ser creído sin exámen, como resultado que es, dicen ellos, del estudio mas sério y de las meditaciones mas profundas. Esto basta para que otros incrédulos que carecen de sus luces les sigan ciegamente, y sin reflexionar que si las luces de los maestros son tinieblas, ¡cuán espesas y palpables serán las tinieblas de su incredulidad! ¡Ay Dios! *Corrupti sunt, et abominabiles facti sunt in studiis suis.* ¿Y qué oponen estos pretendidos sábios contra la santa Religión que dichosamente profesamos? Que Moisés fue un impostor, que el Evangelio es una fábula, que las profecías... Poco á poco, señores. No abracemos hoy mas que el primero de estos pretextos. Tratemos sólidamente de destruirle, que otro día iremos en seguimiento de los demás, con la confianza en Dios de que todos quedarán desvanecidos.

12. Moisés fue un impostor. Gracias á la divina misericordia que ha dado luces bastantes á los incrédulos para confesar con ingenuidad la existencia de aquel hombre memorable. Sí, amados cristianos míos. Los incrédulos instruidos saben muy bien que todo pueblo extranjero al país en que habita supone una emigración. Toda emigración de una inmensa colonia supone un superior, un jefe, una cabeza que la conduce. Todo gobierno fundado sobre un código de leyes supone un antiguo legislador, y toda religión que existe, supone un hombre extraordinario que la fundó. Estas son verdades irresistibles: son como los axiomas geométricos, á los que nadie que haga un recto uso de su razón puede contradecir. Los hebreos transmigraron de su antiguo país á la Judea en número de seiscientos mil hombres capaces de llevar las armas, sin contar las mujeres y niños, que serian á lo menos otros tantos: ellos se establecieron en la Judea despues de muchos trabajos, batallas y victorias: ellos tenian unas leyes ásperas, duras y terribles; es imposible combinar estos hechos públicos, grandes y conocidos de todo el mundo sin la existencia de un hombre atrevido, emprendedor, hábil, de un genio vastísimo, de un corazón grande y magnánimo, y de un espíritu superior y sublime, que puesto al frente de aquella multitud innumerable dirigiese la emigración, los mandase en los combates, les facilitase las victorias, les formase leyes civiles y religiosas, y les compudiese por premios y castigos á su observancia. Tal hombre, dicen los incrédulos, es absolutamente preciso, y ese fue Moisés. Él reunió en sí mismo las funciones de general en jefe de un grande ejército, de legislador habilísimo de una gente

dura, y de fundador de una religion áspera y pesada, como les convenia á su carácter. Nosotros, añaden, dudaríamos primero de la existencia de Licurgo en Lacedemonia, de Alejandro en la Grecia, y de César en Roma, que de la de Moisés en el pueblo hebreo. Nuestra razon, acostumbrada á profundas meditaciones en la investigacion de la verdad, halla mas documentos de la existencia de Moisés que los que encuentra de la de César, Licurgo y Alejandro. Ese libro que los simples llaman Pentateuco es obra suya, y ella nos le demuestra el impostor mas atrevido que habia visto el mundo desde su principio hasta que nació Mahoma. ¡Qué bueno es en todo caso, amados cristianos míos, tratar con hombres de entendimiento! Ya tenemos confesado por los incrédulos que existió Moisés y fue autor del Pentateuco, esto es, de los cinco libros siguientes: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio; pues los demás que componen el Antiguo Testamento se fueron agregando en los siglos subsiguientes. Ciertamente ellos no dudan de atribuir á Mahoma su Alcoran, á Platon su República, y á Homero su Ilíada y Odisea; ¿cómo habian de negar el Pentateuco á Moisés? Si no fuera suyo, ¿cómo el pueblo hebreo, indócil, rebelde-ingrato, hubiera podido sufrir tantos y tan duros preceptos que en él se le imponian, con tantas y tan incómodas ceremonias? Si no le hubiera recibido de su mano, ¿cuántas insurrecciones se hubieran levantado contra su autor? ¿cuántas dudas, cuántas opiniones no se habrian excitado sobre su origen? Ninguno de aquel inmenso pueblo negó jamás que Moisés hubiese escrito aquel libro, ninguno lo niega ni duda en el dia despues de tantos centenares de millares de años que le tienen en las manos. Yo no encuentro el libro entre cuantos han visto la luz pública en toda la carrera de los siglos que con mas verdad presente el nombre de su autor. Pero que reflexionad, cristianos, que aquí no tratamos de un libro ordinario y comun en que podría, como sucede con otros, aparecer un nombre supuesto. Se trata de un código sagrado de leyes que los judíos miraron siempre como dictadas por Dios, y escritas por su profeta Moisés: es un libro que en el dia leen con profunda veneracion, á pesar de diez y ocho siglos de calamidades, destierros y oprobios; es un libro en que ellos cifran toda su ciencia, como que encierra y abraza sus leyes políticas, civiles y sagradas; es el único tesoro, y en él hallan sus anales, los fastos de su historia, los títulos de sus soberanos y sus pontífices, la regla de su policia y culto, y los recuerdos de los grandes prodigios del Omnipotente.

hechos en su favor : allí encuentran los tremendos castigos del cielo contra su incredulidad , contra sus ápostasias y sus crímenes ; allí se publican sus hechos mas vergonzosos ; allí se declaran sus delitos los mas feos ; allí se les amenaza á su impenitencia , á su ingratitud y obstinacion con el abandono mas irrevocable , y allí , en fin , se les da en rostro con su grosería , su estupidez , su ingratitud , sus rebeliones y su asombrosa insensibilidad. ¡Gran Dios! ¿Qué hombre , que haga un recto uso de su razon , podrá dudar que todo el inmenso pueblo hebreo ha mirado aquel libro como dictado por la majestad de Dios , que les llenó de horror y espanto en el monte Sínai , cuando les dió su divina ley con tanta publicidad , y escrito por su enviado el gran Moisés ? ¡Ay ! Los incrédulos instruidos , sintiéndose abrumados con el irresistible peso de estos hechos , se rinden á la verdad , confesando con franqueza que el Pentateuco es obra de Moisés , contra la que jamás ha reclamado en tantos siglos ni uno solo de tan grandes sábios y doctores del pueblo hebreo. Pero añaden que todo esto fue el resultado de la política mas fina del mas hábil impostor que vieron jamás los tiempos.

13. No dejamos de caminar con bastante lentitud ; mas al fin algo llevamos andado del camino de la verdad. Tenemos ya la existencia de Moisés , y confesada por los incrédulos la autenticidad de sus escritos. Pero él fue un impostor. ¿En qué ? ¿en su conducta personal , ó en su legislacion ? ¿en sus obras , ó en sus palabras ? ¿en lo que hizo , ó en lo que escribió ? Es menester scrlo de algun modo : en sus prodigios no siendo ciertos , ó en sus escritos no siendo verdaderos. Acerquémonos un poco á su persona para verle con toda claridad y sin equivocacion.

14. Mirad bien allí un pobrecillo pastor apacentando las ovejas de su suegro Jetró sacerdote de Madian : miradle acercarse á un monte vecino llamado Horeb con una especie de respeto , temor y espanto : miradle como se descalza y se acerca un poco mas , y oidle contar despues un prodigio que dice haber visto. Reíos de él á toda vuestra satisfaccion , burlándoos de su simplicidad , ó despreciando su astucia. No hagais caso de lo que él refiere : dice que Dios le ha hablado desde en medio de una zarza que ardía y no se quemaba ; dice que Dios le ha mandado sacar de la esclavitud de Egipto á su pueblo hebreo ; dice que él se ha excusado , manifestando á Dios su ignorancia , el impedimento de su lengua , su improporcion para una obra tan estupenda como sacar de una vez un

millon de personas de la mas dura esclavitud ; dice que Dios le envia revestido de su mision divina, y adornado de su omnipotencia para que humille la soberbia de Faraon rey de Egipto, castigue su obstinacion, aterre su pueblo, y obre todo género de prodigios en el cielo, en la tierra, en los mares, en los rios y en todos los elementos. Ahora sí que podeis volver á reiros de la simplicidad de este pastor, ó de las extraordinarias imposturas de este Moisés. Sigámosle los pasos, y veamos cómo verifica ó desmiente con los hechos sus raras y estupendas predicciones.

15. Preséntase en medio de la corte de Faraon, sin aparatos marciales, sin trenes magníficos, sin arrogantes equipajes, sin riquezas, y sin la menor ostentacion que deslumbrase á los cortesanos ó les impusiese respeto. Un pobre vestido y una vara en la mano es todo su adorno : con un exterior tan moderado, humilde, y al parecer tan despreciable, se acerca al Soberano, y le intima la órden de Dios con una entereza tan majestuosa, con un corazon tan grande y un alma tan sublime, que Faraon, el soberbio Faraon se aterra ; pero obstinado en sus resoluciones de no permitir que salga de sus dominios aquel numeroso pueblo, le niega su peticion. ¿Qué harian los incrédulos, que se suponen tan instruidos, al escuchar esta resolucion del Soberano? Como no son impostores, sino prudentes segun la carne, cederian á la fuerza, suspenderian su comision hasta hallar ocasion mas oportuna. No chocarian abiertamente contra lo determinado por el rey, y aguardarian en la corte instantes mas favorables. Moisés, ya se ve, como impostor, no teme que Faraon le mande arrojar en un oscuro y hediondo calabozo, no recela los destierros, no teme los tormentos mas atroces ni la mas amarga muerte : insta en su demanda, habla mas firme, levanta mas la voz, y empieza á demostrar con milagros y maravillas nunca oidas ni vistas en el mundo la verdad de su divina mision. Empuña su vara, y al imperio de su voz convierte las aguas del rio en sangre, sin que ningun egipcio pudiera volver á beber una sola gota de agua hasta que cesó esta primera plaga. *Scd induratum est cor Pharaonis. Non vult dimittere populum meum, nisi per manum validam*, le habia dicho Dios á Moisés, y así se fue verificando á la letra. Vuelve este insigne impostor, como le llaman los incrédulos, á emplear nuevos castigos contra la dureza de Faraon : hace luego producir al rio un ejército tan innumerable de ranas que con su canto fastidioso, sus figuras asquerosas y sus continuos saltos llenaron las calles, las plazas, las casas, las camas,

las mesas, y entrándose hasta en los platos en que comian, hasta los lechos en que dormian, y los vestidos con que se adornaban, les causaban una incomodidad inexplicable. No siendo suficiente este castigo para ablandar la obstinacion de Faraon, le aflige con inmensos enjambres de cínifes y moscas importunísimas, con peste horrible sobre todos los ganados, con úlceras pútridas, encanceradas y malignas en los hombres, que los hacian feísimos á la vista, y los atormentaban sobremanera. Al sentir en sí mismos esta plaga los magos de Egipto, los hechiceros, los impostores; al mirar aquellos prodigios que trataron de remedar y no pudieron, no se atrevian á presentarse á Faraon; pero al fin le hablaron, y convencidos de lo que tocaban con todos los sentidos, exclamaron: *Digitus Dei est hic.* ¡Admirable confesion de la verdad en unos hombres cuya profesion é interés era engañar al rey y al pueblo con imposturas, y mantenerlos en la ilusion! Aquí anda el dedo de Dios, dijeron: no son bastantes las fuerzas de la naturaleza, ni las combinaciones ó transformaciones de la nigromancia, ni la astucia de los malignos espíritus para obrar estos prodigios: ellos son obras de la Omnipotencia: aquí anda el dedo del Señor: *Digitus Dei est hic.* ¿Podrémos esperar una confesion tan sincera de los incrédulos instruidos? Al fin lo verémos. Pasemos ahora adelante con rapidez, porque falta mucho camino que andar.

16. Faraon sigue endurecido, y las plagas continúan. Forma Moisés una tempestad espantosísima de truenos, relámpagos, rayos, fuego y granizo de un tamaño tan enorme cual jamás se habia visto en Egipto. Se espanta Faraon, se aturde, se aterra; y horrorizado llama á Moisés y le dice: *Peccavi etiam nunc: Dominus justus: ego et populus meus impii.* He pecado tambien ahora como en otras ocasiones: Dios es justo: mi pueblo y yo somos unos impíos. Ruega á Dios para que cesen los truenos, los relámpagos, el fuego y el granizo y te dejaré marchar con tu pueblo. Moisés ora, la tempestad cesa, y Faraon no cumple lo prometido. Castígale de nuevo Moisés con un diluvio de langostas que devoraron todos los frutos de los campos sin dejar una hoja verde en todos ellos, y agravando las plagas forma unas densísimas tinieblas, tan horribles, oscuras y palpables, que nadie se pudo mover en tres dias del sitio en que se hallaba, y quita la vida en una noche á todos los primogénitos de Egipto desde el hijo del rey que se sentaba en su solio hasta el del menor y mas pobre de sus vasallos. A este formidable golpe del brazo del Omnipotente despierta Faraon y escucha el clamor

de su palacio y de todo Egipto, en que no se hallaba una casa sin difunto; y rendido al fin por los prodigios de Dios hechos por su gran siervo Moisés, le manda salir de su corte con todo su pueblo, sus mujeres, sus hijos y sus ganados. Seiscientos mil hombres de á pié capaces de llevar armas sin contar las mujeres y los niños salieron con Moisés, Aaron y los demás ancianos de Israel en aquella misma noche, sin que antes hubiesen experimentado el menor daño de ninguna de las diez plagas que habian afligido á Egipto.

17. *Quid ergo dicemus ad hæc?* ¿Qué podrémos decir á estas cosas? Á la verdad, cristianos mios, Moisés ha desempeñado perfectamente su divina comision. Él ha dicho que Dios le enviaba á sacar de Egipto el pueblo israelítico: él ha dicho que Dios le habia revelado la obstinacion de Faraon, y que no conseguiria humillarle sino á fuerza de prodigios y milagros estupendos: él ha dicho que Dios le habia revestido de su poder para obrarlos en el cielo y en la tierra. Él lo ha dicho, y todo lo ha hecho. Los testigos de vista que presenta son irrefragables. Millones de hombres, mujeres y niños: israelitas y egipcios, todos lo atestiguan y confiesan: *Quid ergo dicemus ad hæc?* ¿Dirémos todavía con los incrédulos que Moisés era un impostor? ¡Gran Dios! ¿Un impostor, y enviado de Dios, justo, santo y sapientísimo? ¿Un impostor, que anuncia lo venidero, y se cumple? ¿Un impostor, que en nombre de Dios y con la fuerza de su omnipotencia obra milagros? ¿Un impostor autorizado por Dios? ¿Es Dios autor de las imposturas? ¿Autoriza Dios los engaños y los fraudes de los hombres? Las grandes obras de Moisés llevan un carácter visible de verdad y de fuerza que demuestran hasta la misma evidencia que el dedo de Dios le dirigia, le acompañaba y le sostenia? Si los incrédulos insisten en afirmar que Moisés era impostor, es menester que digan lo mismo de Dios; de aquel Ser perfectísimo en cuyo nombre hablaba, y con cuyo poder obraba. ¿Lo dicen todavía? No queda mas recurso que sumergirlos en el mar Rojo con Faraon y su ejército, sus caballos, sus carros y sus tiendas, despues que Moisés le dividió para que pasase á pie enjuto por medio de sus aguas todo su inmenso pueblo. ¿Es tambien Moisés un impostor en este milagro estupendo, al que jamás habian visto los siglos otro semejante? ¿Hay fuerzas en el hombre para dividir los mares y unirlos á su voluntad? Sin la omnipotencia de Dios, á que todo está sujeto, ¿puede obrarse este prodigio? ¿Es acaso falso el tránsito de los israelitas por el mar Rojo, y la sumersion en él de los egipcios? De tantos rebeldes é ingratos co-

mo experimentó Moisés entre los suyos, ¿hubo alguno que negase su autenticidad? ¿Quién introdujo en la historia de su nacion y de su culto aquella patraña? ¿Cuándo se anumeró esta mentira entre tantas verdades irrefragables? ¿No lo vieron todos? ¿No lo pasaron todos? ¿No alabaron todos las grandes obras de la Omnipotencia cuando entonaron : *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est. Equum et ascensorem projecit in mare?* ¿Seria menos público aquel prodigio que el darles la divina ley escrita en dos tablas de piedra por el dedo del mismo Dios? ¿Seria menos público que la conduccion milagrosa de aquella innumerable multitud por el desierto, sin gastar el calzado ni romper el vestido? ¿Menos público que alimentarle con el maná del cielo? ¿Menos que sacar torrentes de agua de una piedra? No, amados cristianos míos. Nadie niega estos prodigios, y todos confiesan aquella maravilla. Pues ¿dónde está la impostura de Moisés? En las obras, no la descubrimos: en sus hechos verdaderos, públicos, patentes al cielo y á la tierra, y evidentemente milagrosos, no la vemos: ¿la encontraremos en sus palabras? ¿la hallaremos en sus escritos?

18. ¿Dios inmortal! ¿Qué nueva clase de impostor es este que habla de vuestra divinidad y de vuestra omnipotencia en la creacion del mundo de un modo tan verdadero y tan sublime, que por mas de cuarenta siglos ningun mortal le superó? ¿Qué impostor es aquel cuyas leyes son consecuencias razonables y justas de la ley natural, cuyos escritos no respiran sino virtud, cuyo estilo, igualmente sencillo en las expresiones que sublime en las sentencias, á pesar de la grosería de aquellos tiempos tan remotos, respira en cada página la divina inspiracion? ¿Qué impostor es aquel que, sin temor de ser desmentido de un solo hombre, presenta por testigos de sus milagros al cielo, á la tierra y á un pueblo innumerable, á cuya vista se han hecho, y que toma mil veces ocasion de los prodigios mismos para reprenderles su negra ingratitud, y que á fin de perpetuar la memoria de las maravillas de Dios y de las infidelidades de parte de su pueblo se atreve á consagrarla, no en un libro oscuro, trabajado á propósito para ocultarlo á los contemporáneos y engañar á la posteridad, sino en el código público de la nacion, en una obra sagrada que nadie podia ignorar sin delito, y que en cada siete años debia leerse al pueblo en la fiesta de los tabernáculos? ¿Fue este jamás el carácter de los impostores? ¿Quién de ellos para imponer al pueblo le gobierna con un cetro de hierro como Moisés, sin recelar su aborrecimiento? ¿Qué impostor pro-

nuncia contra su nacion imprecaciones terribles y amenazas formidables, como Moisés contra los hebreos? ¿Quién como Moisés, no escuchando mas que á su celo por la gloria de Dios, hace perecer á la vista de todo Israel tres levitas sacrílegos, veinte y tres mil idólatras, quince mil sediciosos, veinte y cuatro mil hombres manchados con la impureza de las hijas de Moab? Hablemos de buena fe; si no hemos perdido enteramente el entendimiento, ¿podrémos hallar en esta conducta algunas señales del engaño, la impostura ó la ilusion?

19. Sean testigos de mis palabras todos los siglos y naciones de la tierra. Los impostores se ocultan mañosamente á las averiguaciones públicas: evitan cuanto pueden el ejercitar la curiosidad del pueblo, jamás tratan de irritar los espíritus, humillándoles su amor propio y dándoles en rostro con sus desórdenes; y se guardan bien de provocar la incredulidad con amenazas y castigos indiscretos. Por el contrario, se les ve ganar astutamente algunos discípulos, adular la multitud y prepararla con aparente misterio á la credulidad. Seducidos los discípulos, propagan mañosamente algunos milagros oscuros entre hombres crédulos é ignorantes, y el impostor envuelto en el velo misterioso de las sombras, espera su renombre, el aumento de sus prosélitos, y la creencia de sus prestigios como prodigios del cielo; y si despues de estas marchas ordinarias y naturales de la impostura puede sostenerla con la fuerza, la cosa es hecha: el amor de lo maravilloso seduce los pueblos, las conquistas los rinden, el tiempo la consagra, y el impostor triunfa. ¿Hay en esta pintura algunos rasgos que no sean verdaderos? ¿Podrá descubrir alguno en ellos el diseño de Moisés? No nos defengamos mas. No nos hagamos interminables. Aseguremos con toda firmeza que los hechos y escritos de Moisés llevan consigo el carácter de la verdad, el triunfo del judaismo y la confusion y vergüenza de la incredulidad.

20. Si el corazon no estuviera corrompido, todo entendimiento conoceria y confesaria francamente esta verdad. Pero ¡ay! los fétidos y crasos vapores que exhalan los desórdenes oscurecen su luz natural, y á fuerza de envolverle entre las nieblas y sombras de los vicios le precipitan en las ilusiones mas groseras y en los extravíos mas insensatos. ¿Serian menos viciosos los incrédulos si Moisés fuera un impostor? ¿Serian ellos virtuosos si los hechos y los dichos de Moisés fueran fabulosos? ¡Ay! ¡ay! Los preceptos del Decálogo que aquel grande hombre presenta á los mortales les in-

comodan. No pueden hermanarlos con el desenfreno de las pasiones, ni con la libertad de los apetitos de su viciosa carne. Es menester negar la ley, ó mudar el corazon. Esto es difícil, aquello fácil: esto exige muchos sacrificios, aquello ninguno mas que la resolución de pasar por un impío, ó por un incrédulo que en el dia se estima por no sé qué lastimoso abuso de la razon. Si el justo vive por la fe, como dice el grande apóstol san Pablo, es menester decir que será injusto quien no la tenga. La ira de Dios descenderá del cielo, sigue diciendo el mismo Apóstol, sobre la impiedad é injusticia de los hombres que impugnan temerariamente la verdad de Dios. El Señor los abandonará á los deseos inmundos de su corazon, y contaminando sus cuerpos y los ajenos, querrán antes servir á la criatura que al Criador. Entregados á un sentido réprobo, por haber negado á Dios, se llenarán sus almas de toda iniquidad, de toda malicia, de toda fornicacion y de toda avaricia; y se mostrarán al mundo como unos detractores aborrecibles á Dios, como unos contumeliosos detestables á los prójimos, como unos envidiosos, soberbios, orgullosos y desobedientes. *Qui cum justitiam Dei cognovissent, non intellexerunt quoniam qui talia agunt digni sunt morte, et non solum qui ea faciunt, sed etiam qui consentiunt facientibus.* Así finaliza san Pablo el primer capítulo de su carta á los romanos.

21. Vosotros, cristianos míos, dad gloria á Dios y bendecid su santo nombre, porque profesais una religion santa, la únicamente verdadera que Dios preparó por tantos siglos, y por un encadenamiento de hechos nunca interrumpido, y siempre maravilloso y estupendo. Guardaos mucho de corromper vuestro corazon con los desórdenes de los vicios, porque ellos llegarían tarde ó temprano á conducirlos á la incredulidad. Temblad al escuchar á san Pablo cuando decia: *Habens fidem et bonam conscientiam, quam quidam repellentes, circa fidem naufragaverunt.* Mientras que no perdais la pureza de vuestra alma, mientras que vuestra conciencia os dé un verdadero testimonio de la rectitud de vuestras operaciones, yo no temo que desfallezcáis en vuestra fe; pero si abandonais la probidad, si la virtud, si la amable virtud os desampara, no extrañaría veros sumergidos en la incredulidad. Amad á Dios de todo vuestro corazon, amad al prójimo como á vosotros mismos, como os lo manda el Evangelio de Jesucristo, y seréis eternamente felices. Amen.

SERMON

CONTRA

LAS CAUSAS DE LA INCREDELIDAD.

Et qui estis vos, qui tentatis Dominum?
(Judith, viii, 2).

Y ¿quién sois vosotros, que tentais al Señor?

1. No extrañéis, carísimos oyentes míos, que nos hayamos detenido en destruir los pretextos de la incredulidad. Tratábamos con hombres instruidos, y como se tienen por adornados de un genio sério y reflexivo, de un estudio profundo y sostenido, de unos conocimientos nada vulgares, y tal vez son de unas costumbres en la aparente morigeradas, era menester ir paso á paso adelantando terreno sin dar golpe en vacío, para no vernos precisados á retroceder por algun acometimiento violento y repentino. Algunos de nuestros enemigos en la doctrina habian empleado varios años en la soledad para adquirir una ciencia sin sobriedad y dañosa; una ciencia terrena que los hiciera desgraciadamente memorables en su siglo, por haberse atrevido á minar sordamente los cimientos de la santa Religion que profesamos, antes de declararla abiertamente la guerra con sus escritos. Esta preparacion misteriosa les habia adquirido el renombre ilustre para ellos de maestros de la incredulidad, y proporcionado para formar un nuevo sistema de religion, en que se descubría la sagacidad mas fina, la erudicion mas agradable, las blasfemias mas disimuladas y los mas bien paliados errores. No era fácil en poco tiempo hacer que la razon destruyese un sistema tan meditado, pusiese en claro sus errores, arrancase la máscara á su sagacidad, y convenciese su aparente erudicion. Si mi obra, aunque pequeña, ha quedado sólida y bien proporcionada, no debo sentir el tiempo empleado en su fábrica; pero el artífice sería reprehensible, si por adelantar en breve tiempo su edificio le concluyese sin firmeza y regularidad. En suma, era nuestra lucha con incrédulos instruidos; y sus talentos, aunque desgraciadamente empleados, exigian repetidas lecciones de la razon para destruir los pretextos de la incredulidad.

2. No emplearemos tanto tiempo en desembarazarnos de otra multitud de incrédulos subalternos, que hincadas las rodillas en presencia de los maestros de la irreligion, escuchan y siguen sus lecciones sin exámen ni discernimiento: estos son unos hombres atolondrados, sean jóvenes ó ancianos, tan repletos de crasas ignorancias en materia de la santa Religion, tan llenos de vanidad por la aparente fuerza de su espíritu, tan corrompidos en sus costumbres, tan inútiles al Estado y tan perjudiciales á la Iglesia, que para convencerlos no hay mas que hacer que descubrirlos. Nada tiene que temer la santa Religion de unos enemigos tan frívolos, ni nosotros emplearemos las mismas armas para combatirlos. Creo que la humillacion sea el medio mas oportuno de convencerlos. En demostrando las causas, las fuentes, el origen y principio de su incredulidad, conocerá el mundo lo que son; ellos quedarán saludablemente confundidos, y la Religion gloriosamente triunfante de su ignorancia, su vanidad y libertinaje. Hé aqui en tres palabras las tres causas emponzoñadas de su incredulidad. Llegó el dia de hablar claro contra los incrédulos ignorantes; llegó el momento oportuno de preguntarles: *Et qui estis vos, qui tentatis Dominum?* ¿Quién sois vosotros que tentáis á Dios y abandonais su Religion sin rebatirla? Sois unos ignorantes, primera parte: sois unos vanos, segunda parte: sois unos viciosos, tercera parte. La demostracion de estas tres verdades será el objeto de este sermón y del siguiente para gloria de Dios, triunfo de la Religion y conversion de las malas costumbres de semejantes incrédulos.

3. Y vosotros, cristianos míos carísimos, bendecid al Señor con todo vuestro corazón, porque os ha dado una fe sencilla y dócil para creer sus verdades y obedecer á sus preceptos. Meditad dia y noche en su santa y divina ley: leedla, estudiadla, comprendedla y enseñadla á vuestros hijos y nietos con gloria vuestra y utilidad suya. Decidles con frecuencia: estad ciertos, hijos míos, y no lo dudeis jamás: Dios ha hablado: tenemos de esta verdad irresistibles testimonios; no trateis temeraria y sacrílegamente de disputarle sus derechos; creed y obrad con una fe divina, y esperad seguramente sus eternas recompensas. Si de esta manera os portais, tendréis el consuelo de ver siempre en vuestra familia la santa religion de vuestros padres, y se invocará el nombre del verdadero Dios en vuestros mas remotos descendientes. Creedme, hijos míos, esta es la ciencia de la salud; esta es la felicidad de la criatura racional sobre la tierra, y esta es la que conduce á sus eternos des-

tinios. Imprimid, gran Dios, estas verdades en nuestra alma, y dadme vuestro auxilio para que yo persuada eficazmente el asunto que acabo de proponer. Hacedlo así por los méritos de vuestra purísima madre María santísima, con cuyo amparo doy principio: *Az María.*

Primera parte: La ignorancia de los incrédulos.

4. Si tendemos la vista del entendimiento por todos los siglos que nos han precedido, y por el mismo tiempo en que vivimos, halláremos tristemente demostrada aquella grande verdad que pronunció san Isidoro de Sevilla, cuando dijo: La ignorancia es madre de los errores; la ignorancia sostiene y alimenta los vicios y los desórdenes. Veia aquel sapientísimo Prelado las épocas mas memorables de la historia de la Iglesia, y las veia mas ó menos brillantes, ó mas ó menos cubiertas de herejías y relajaciones, en proporción que la ignorancia ó la sabiduría prevalecian en los sacerdotes y los legos. Cuando todos sabian sus obligaciones, advertia que las cumplian, ó distaban un solo paso de su cumplimiento; pero cuando la ignorancia habia tendido su negro manto sobre el sacerdocio y el imperio, ¡oh Dios! ¡y á cuánta distancia miraba el Santo á los hombres en punto de sus obligaciones! Á la manera de ciegos palpaba en todas partes tinieblas, y si algunos acompañando su ignorancia con la indocilidad, la presuncion y la pertinacia, trataban de distinguirse de los otros, luego se desviaban y caian en los mayores absurdos y en las herejías mas abominables. Consideraba la conducta de los Nicolaitas, Marcionitas, Arrianos, Pelagianos y otros sectarios, y veia que su ignorancia en los adorables misterios de la santa Religion, su vanidad y presuncion en distinguirse, y su pertinacia en no someterse con docilidad á las leyes de la infalible, católica y santa madre la Iglesia, los precipitó en sus extravagancias, sus errores y sus herejías: *Ignorantia mater errorum est: ignorantie vitiorum nutrix.* (Lib. sec. Synon.).

5. La misma verdad que el Santo veia en su tiempo vemos nosotros con dolor en nuestro siglo. Cualquiera hombre juicioso que medite atenta y virtuosamente la religion cristiana, que contemple sus adorables misterios y reflexione sobre su hermosura, la reputará como un abismo de grandeza, de majestad, de orden, cantidad y economía. Cuanto mas compare sus sagrados dogmas con los preceptos de los filósofos mas ilustrados, los hallará mas dignos de

admiracion y respeto. Quanto mas sábios sean los hombres que estudien de buena fe la Religion, hallarán en proporcion de sus luces mas evidencia en sus pruebas, mas sublimidad en sus misterios, mas pureza en su moral y mas justicia en sus preceptos. Ninguna de las bellezas de esta augusta obra de la Sabiduría divina descubren los incrédulos insipientes de nuestros días, y siguiendo fascinados de su ignorancia por los extravíos del error, no se avergüenzan de menospreciar la santa Religion antes de haberla estudiado, meditado y entendido. No se parecen estos nuevos enemigos de la Iglesia á los herejes antiguos: aquellos veian muchos misterios, y no los contradecian; se obstinaban en sostener un error, y solamente contradecian la única verdad que aquel error impugnaba: estos nada ven, y todo lo contradicen; siguen su propio espíritu y no el de Dios, que asiste á su Iglesia santa: saltan de una en otra cuestion antes de verla decidida; proponen objeciones pueriles contra los divinos oráculos, y no aguardan las respuestas ni atienden á las demostraciones: siempre errantes, siempre inquietos, de todo hablan, y nada con solidez entienden. ¡Infelices insipientes, que nada veis digno de vuestra creencia y observancia en una religion toda divina! *Væ prophetis insipientibus, qui sequuntur spiritum suum, et nihil vident!* De esta suerte os anatematizaba tantos siglos hace el grande profeta Ezequiel. (Cap. XIII).

6. Si vosotros, amados cristianos míos, quereis tocar con todos vuestros sentidos esta verdad, hablad á los incrédulos ignorantes de la existencia de Dios. Apenas empecéis á dar las pruebas evidentes de esta verdad; luego que deis principio á demostrar que este Dios es criador, que es santo y justo; que premia al virtuoso y castiga al malvado, cuando con una falsa sonrisa os interrumpirán diciendo: ¿quién sabe si la materia es eterna? ¿quién sabe si ella es capaz de pensar? ¿Cómo es bueno y santo ese Dios que condena eternamente la mejor obra de sus manos? Frívolos ateístas, ¿habéis vosotros, antes de proferir esas blasfemas ironías, imitado á los grandes hombres en sus profundas meditaciones sobre la esencia de la materia, sobre la naturaleza del movimiento, sobre la espiritualidad é inmortalidad de nuestras almas? ¿Habéis estudiado por muchos años en la hermosa y admirable naturaleza, que demuestra en todas sus obras á los ojos de los sábios la mano del Omnipotente y los profundos designios de su adorable providencia? ¿Conoceis vosotros bastante la altura y extension de los cielos, el número, el orden y la belleza de las estrellas, las leyes invariables

que observan en sus movimientos y las asombrosas distancias en que se hallan de nosotros, para venirnos con la insulsa cantinela de que el acaso fue el resorte primero y el muelle real de esta admirable máquina, y el que da continuamente el tono á su dulcísima armonía? ¿Llegará vuestra insensatez hasta el delirio de pretender refutar victoriosamente á tantos célebres filósofos que se elevaron hasta el conocimiento de Dios por la contemplacion de sus criaturas? ¿Habeis siquiera leído alguno de tantos y tan sólidos escritos que han dado á luz los hombres mas ilustres, en que se ven tratadas con claridad y magisterio las verdades mas luminosas sobre los atributos divinos, sobre la existencia del bien y el mal moral, sobre la certidumbre de la otra vida, sobre la necesidad de un juicio universal, sobre la gloria y el infierno? Dios es bueno, decís. Es verdad, respondo, y tan bueno, que por serlo tanto no estais ya vosotros en los abismos eternos: pero decidme, ignorantes, ¿cómo puede ser bueno si no es justo? y ¿cómo puede ser justo si no da premio á la virtud y castigo al vicio? Dios es bueno, Dios es justo, Dios es omnipotente, y ¿podrá tener estos adorables atributos mostrándose insensible á los vicios y á las virtudes, á las blasfemias y al culto de los hombres?

7. Hablad á los incrédulos ignorantes de la santa Biblia; mostradles la autenticidad, verdad y divinidad de los libros santos que la componen; decidles que Moisés, el mas sábio de los legisladores, el mas profundo de los filósofos, el mas exacto de los historiadores...; pero antes que les digais esto, ya os habrán interrumpido, y con un gesto burlesco os responderán: Sí, bueno..., obra excelente entre las historias apócrifas, entre las fábulas mas oscuras y entre las profecías mas contradictorias y absurdas; no se leen en la historia del paganismo unos oráculos mas tortuosos y ambiguos que los que hallamos en esos libros que llamais santos, siendo únicamente el fruto de la impostura y el engaño. Y con este tono y decision magistral se retirarán volviéndoos las espaldas. Esperad, esperad un poco, pobres hombres, y respondedme siquiera, si habeis leído y meditado esta obra, que tan temeraria y escandalosamente despreciais. ¿Habeis visto estos admirables libros con los ojos de tantos hombres ilustres en santidad y ciencia, que los han explicado página por página, expresion por expresion y letra por letra? ¿Habeis entonces como ellos descubierto su profundidad venerable? ¿Habeis penetrado las sombras misteriosas que ocultaban como con un velo sagrado los acontecimientos futuros, la venida y

obras del Mesías, el grande misterio de la redencion humana, y toda la economía del Cristianismo? ¿Habeis buscado en el Antiguo Testamento las figuras que representan la realidad del Nuevo, el cuerpo de aquellas sombras y las sábias razones de la oscuridad de sus oráculos? ¿Habeis acercado alguna vez el Antiguo Testamento al Nuevo para notar en este las innumerables referencias que tiene con aquel, explicando el Evangelio por la continua alegoría que de este hacen los libros de la antigua ley? ¿Podréis vosotros, insensatos, desmentir la existencia de Moisés y sus escritos? ¿Por qué monumentos alcanzaréis este imposible? ¿Existen algunos en el judaismo, en el paganismo ó en el Cristianismo? Mostradlos, y los examinaremos de buena fe. Mil veces habeis pretendido corregir el Génesis sobre la historia de las primeras edades del mundo: ya presentando la historia de los chinos, ya los mármoles de Arondel, otros documentos de extraordinaria antigüedad; y ¿qué habeis hallado? Oscuridad, confusion, y nada en limpio. No seais rebeldes á la luz, insensatos incrédulos. Buscad en todos los libros del mundo una genealogía de san José y María santísima, Madre de Jesús, tan exacta y verdadera como la de san Mateo hasta Abraham, ó como la de san Lucas hasta Noé, Enós, Set y Adán, y á su vista sentenciarémos. Yo ciertamente me siento sorprendido y lleno de estupor y pasmo al leer estas palabras: *Qui fuit Enos, qui fuit Seth, qui fuit Adam, qui fuit Dei*. No encuentro palabras bastante significativas de mi admiracion y agradecimiento, al considerar á Dios formando el cuerpo de Adán, é inspirando en él con su divino soplo, criarle su alma racional, que presidiese á las aves del cielo, á los peces del mar, á los animales de la tierra, le sirviese, obedeciese y amase, y fuese padre de todos los hombres. Y á la verdad, ¿quién no se asombrará al escuchar que Set fue hijo de Adán, Enós de Set, Cainán de Enós, Malaleel de Cainán, Jared de Malaleel, Enoc de Jared, Matusalen de Enoc, Lamec de Matusalen, y Noé de Lamec, encontrándonos ya con el diluvio universal y con el espacio corrido de mil seiscientos y cincuenta y seis años en solas nueve generaciones? ¿Quién sino Moisés, de quien lo tomaron los Evangelistas, hubo en el mundo que nos haya podido dar una idea de los hombres antediluvianos? ¿Cómo pudo Moisés sin expresa inspiracion del cielo darnos el tiempo en que nacieron, los padres que tuvieron, los años que vivieron y los hijos que engendraron? ¿Se halla alguna historia anterior al Pentateuco, de quien Moisés pudiera haber tomado aquellas noticias tan individua-

les y exactas? ¿La han leído alguna vez los incrédulos insipientes? Seguros estamos de que su ignorancia no podrá jamás abrir brecha para asaltar con buen éxito la autenticidad, la verdad y divinidad de los libros contenidos en la santa Biblia.

8. Habladles tambien de Jesucristo, de este Hijo del eterno Padre y de María Virgen, Dios y hombre verdadero, Dios consustancial al Padre, Dios verdadero de Dios verdadero; siempre Dios, eternamente Dios, inmenso, sábio, justo, bueno, omnipotente y hombre verdadero desde el momento feliz para todo el género humano, en que, descendiendo del cielo, tomó nuestra humana naturaleza en el purísimo vientre de una Virgen, que le concibió por virtud del Espíritu Santo, y le dió al mundo, y le crió á sus pechos como verdadera madre suya, quedando vírgen en el parto y despues del parto, y siempre vírgen. Decídes... Pero no esperarán á que habléis mas. Ellos, interrumpiendo vuestras palabras, dirán con una sacrílega ironía: ¡Grande hombre! ¿Fue mas que un triste hijo de un carpintero, que se le puso en la cabeza representar el papel de un profeta, y, lleno su espíritu de ilusiones, hizo mas que llenar despues el mundo con su doctrina del mas miserable fanatismo? ¡Ah! ¡bocas blasfemas, que en un período solo vomitais un torrente, un rio caudaloso, un mar de abominaciones, enmudeced! *Qui estis vos, qui tentatis Dominum?* ¿Habeis leído el Evangelio? esa carta de Dios á los hombres? ese libro divino y todo admirable? ese libro, del cual uno de vuestros mayores maestros formó el elogio siguiente¹: «Os confieso, dice, que la majestad de las Escrituras me pasma, y «que la santidad del Evangelio me habla al corazon? Á su vista me «parecen muy pequeños los libros de los filósofos mas grandes. ¿Podrémos persuadirnos que un libro tan sencillo, y al mismo tiempo «tan sublime, sea obra de los hombres? ¿Se podrá creer que no sea «mas que hombre el sujeto cuya historia se describe en el Evangelio? ¿Es por ventura este tono el de un sectario ambicioso, ó el «de algun entusiasta fanático? ¡Qué dulzura y qué pureza en sus «costumbres! ¡qué penetrante gracia en sus instrucciones! ¡qué «elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡que presencia de espíritu! ¡qué delicadeza! ¡qué propiedad en sus respuestas! ¡qué imperio y señorío sobre las pasiones! ¿En dónde está aquí el hombre? ¿En dónde el sábio que sabe «obrar, sufrir y morir sin flaqueza, y al mismo tiempo sin ostentacion?»

¹ Rousseau, *Emil.* lib. III, pág. 163, y *Cartas*, pág. 108.

9. ¡Qué bueno es tomar las armas de los enemigos y revolverlas contra ellos mismos! Aquí teneis, hombres pequeños, una idea del Evangelio que os da un hombre de los vuestros, á quien reputais por el mas grande. ¿Es esta la idea que vosotros habeis formado de este libro divino? Vosotros, que os confesais pigmeos en comparacion de aquel gigante, ¿habeis estudiado de buena fe este admirable libro? ¿Habeis meditado seriamente las costumbres, la doctrina, el carácter y conducta de Jesús? ¿Habeis comparado juiciosamente la pureza de sus costumbres con las virtudes morales de los Aristides, Sócrates, Platones y demás sábios del paganismo? ¿La vasta extension de su religion con todas las sectas del mundo? ¿La belleza, la profundidad de sus dogmas con los delirios del espíritu filosófico? ¿La santidad de su moral con la moral de los Liccos y los Pórticos? ¿La sabiduría de sus leyes con las que han formado los Solones, los Licurgos, los Numas y demás hombres ilustres que han fundado repúblicas, levantado imperios y sosteníolos con sábios reglamentos? ¿La grandeza, la multitud, la publicidad de sus milagros con los prestigios de los impostores, con las maravillas fabulosas del paganismo y con el poder de los mortales, que tan sacrilega é impiamente eran colocados en los templos como dioses? Mirad, hombres, á Jesús sin preocupacion; mirad, digo, á mi amable Jesús con sola la razon natural, con las reglas de la crítica mas sana, y con la imparcialidad mas severa; yo estoy cierto que le veréis como el mas santo de todos los hombres, como el mas poderoso de todos los mortales, como el mas sabio de todos los filósofos, como el mas ilustre de todos los legisladores; en una palabra, como un Dios. Esto os hará confesar la razon con pruebas irresistibles; y si no accedeis á la razon y sus pruebas, es menester que confeseis que Jesús era el peor hombre del mundo. No hay medio. Él dijo que era hijo de Dios, que era igual á su Padre Dios, y que Abraham deseó verle y se llenó de alegría con su vista. Esto dijo Jesús, y yo os pregunto: ¿habló verdad ó mentira? Si mintió, fue el peor hombre del mundo, el mas abominable y blasfemo: si mintió, el mismo Dios confirmó con su omnipotencia sus imposturas sacrilegas, dándole toda potestad en el cielo y en la tierra para obrar los milagros mas estupendos; pues él dió vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos, salud á los enfermos y vida á los muertos: él arrojó los demonios de los hombres, poseidos de estos tiranos huéspedes; él conoció los pensamientos mas ocultos de los corazones humanos, y sujetó á su voluntad los elementos. ¡Asombroso mentir seria este,

nunca visto ni oído, ni excogitado de los hombres! Si dijo la verdad, pues nadie le pudo argüir de pecado, nadie le pudo convencer de alguna falta, y todos á su pesar confesaron que obraba bien: si él era el modelo de todas las virtudes y la misma verdad por esencia; si su doctrina era pura, perfecta, sublime y santa, él era ciertamente Dios; pues él dijo lo que era, y habló la verdad. Solo un frenético podrá negar estos hechos: *Crede ergo Evangelistæ*. No me parece fuera de propósito añadir á estas razones tan sencillas, tan claras y demostrativas la autoridad de vuestro maestro, á quien seguís y venerais como oráculo en los extravíos, mas no en el conocimiento y confesion de la verdad. Escuchadle, que de esta suerte vuelve á hablaros: Cuando Platon describió su justo imaginario cubierto de todos los oprobios del crimen, siendo digno de todo el premio de la virtud, parece que no hace mas que describir exacta y menudamente á Jesucristo: salta la semejanza á los ojos de tal modo, que la conocieron no pocos de los Padres de la Iglesia, y no es posible engañarse en el retrato. Pero ¿qué preocupaciones y qué ceguera es necesario tener para atreverse á comparar el hijo de Sofronisa con el hijo de María? ¡Cuánta distancia hay del uno al otro!... La muerte de Sócrates filosofando con sus amigos hasta el último momento fue la mas dulce que se puede desear; pero la muerte de Jesucristo, espirando entre los tormentos, escarnecido, injuriado, y maldiciéndole todo el pueblo, fue la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando el vaso de veneno, agradece al que se le llevó viéndole llorar; Jesucristo, en medio del mas horroroso suplicio, pide por los mismos que con la mayor saña y rabia le dan la muerte. «Á la verdad, si la muerte de Sócrates es de un sábio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios.»

10. ¿Lo habeis oído, hombres desatentados? ¿No acabais de escuchar á vuestro maestro que la vida y muerte de Jesucristo fueron la vida y muerte de un Dios? ¿No le acabais de oír que el Evangelio es un libro divino, que tiene un carácter de verdad, grande, inmutable y evidente? ¡Ay! la falta de vuestras luces, la pequeñez de vuestros talentos, la ninguna leccion de los Libros santos, el no haber meditado seriamente la santidad y doctrina de este Hombre-Dios os ha precipitado en los absurdos de la ignorancia mas estúpida.

11. Por último, amados cristianos míos, hablad á estos hombres insipientes de la historia de la Iglesia. Decidles que en ella aparecen esculpidas con caracteres indelebles la protección de Dios

sobre su pueblo, la perpetuidad de la fe, la infalibilidad de la Iglesia, su santidad, su hermosura y esplendor aun en los tiempos mas tenebrosos, y á pesar de las manchas que afearon á no pocos de sus miembros: decidles que nada es mas propio para mantener é inflamar nuestra fe que el ver en la historia eclesiástica los inmensos trabajos de los Apóstoles por comunicarla á todo el mundo, los espantosos tormentos de millones de mártires por confesarla, los escritos de los Padres por defenderla, los cánones de... Pero ¿qué aseeriones son estas tan arrojadas, os dirán interrumpiendo vuestro discurso? ¿Hay mas que oscuridad en los primeros tiempos de la Iglesia? ¿Incertidumbre en sus hechos? ¿Fábulas en sus historiadores? ¿Se halla en el progreso del Cristianismo otra marcha que la ordinaria en el origen y progresos de las demás falsas religiones, y de las herejías? ¿Hay mas en su culto que un aparato exterior, estudiado mañosamente para imponer al pueblo, y llenarle de ilusiones? ¿No vemos muchas opiniones humanas añadidas como dogmas divinos al Evangelio? No, señores incrédulos insipientes. No vemos dogmas divinos añadidos al Evangelio; no vemos adiciones de verdades á la esencia del culto religioso; no vemos nuevos artículos de fe que no hayan creído y predicado los Apóstoles; ni los vemos nosotros, ni vosotros los habeis visto. Lo que todos vemos es, que puede mudarse, y efectivamente se ha mudado, la disciplina exterior y las ceremonias del culto: lo que todos vemos es la mayor y mas clara explicacion de algunas verdades ó misterios de la fe, segun la exigencia de los tiempos y lugares. Pero nuevas verdades de fe, ¿en dónde están escritas? Mientras que las mostrais, decidme, señores incrédulos, ¿habeis subido por los canales puros de la verdadera tradicion hasta su origen, buscando en las decisiones de los venerables Concilios la fe de todos los siglos, el nacimiento, progreso y fin de las herejías y los cismas? ¿Habeis tomado á vuestro cargo contar los millones de mártires de toda clase de personas, que como testigos irrefragables han dado su vida por la fe en todas las provincias? ¿Habeis examinado sus ilustres confesiones de la Religion en medio de los braseros, debajo de las espadas, suspendidos en los ecúleos, amarrados á las ruedas, despeñados desde los mas altos peñascos, devorados por las fieras y sumergidos en los rios y los mares? ¿Habeis considerado su constancia de ánimo, su firmeza de espíritu en los calabozos, en los destierros, entre las cadenas y los grillos? ¿Habeis meditado y apreciado con la debida estimacion los triunfos del

Cristianismo sobre la fuerza de los tormentos, la crueldad de los verdugos, el poder de los emperadores y la inclinacion de las pasiones humanas? ¿Podréis destruir con hechos auténticos las noticias que tenemos de las fatigas de los Apóstoles en su glorioso ministerio, de su celo, sus viajes y su martirio? ¿Podréis demostrar los errores en la fe de tantos sábios Padres de la Iglesia que la han defendido é ilustrado con sus escritos? ¿Podréis desmentir la prueba siempre subsistente, siempre pública, siempre á la vista de todos, cual es la conversion de los pueblos? ¿Quién arruinó la idolatría? ¿Quién dispersó la Sinagoga? ¿Cuándo, cómo y por quién se estableció y propagó el Cristianismo? ¡Pobres hombres, cuánto os falta saber! Sin noticia de la historia eclesiástica, sin inteligencia del Evangelio, sin meditacion de la santidad y sabiduría de Jesucristo, sin estudio de los libros santos del Antiguo y Nuevo Testamento, sin estos vastos conocimientos que piden la aplicacion de toda la vida para su consecucion, ¿cómo os atreveis á oponer contra la santa Religion, que gloriosamente profesamos, dudas superficiales, dificultades frívolas, pueriles epigramas y menosprecios sacrílegos? ¡Miserables! Ved ahí el inmenso sistema que habíais de haber abrazado desde niños para entender la religion de Jesucristo, antes de presentarnos objeciones triviales, inconexas, mil veces contestadas, convencidas y aniquiladas en los pasados siglos.

12. Id primero, juventud insensata, id á llenaros de todos estos utilísimos conocimientos que os faltan, antes de levantaros en censores de una religion que no habeis bastante bien conocido. Aprended á creer antes de impugnar; á creer, digo, con una fe humilde, sencilla, pacífica y que obra por la caridad. Entonces no exigiré de vosotros una noticia tan circunstanciada de la Religion como no la exijo de los cristianos dóciles á las verdades escritas que Dios ha revelado á su Iglesia, y que sus padres, sus maestros y sus párrocos les repiten. Á estos les basta creer con una fe humilde, sencilla y viva, porque no se levantan á impugnar; pero vosotros, que armados á la ligera pretendeis cantar victoria contra una Religion que por tantos siglos resiste los ataques del poder, la sabiduría, el artificio y malicia de los hombres y los demonios, quitaos de ahí si no quereis pasar por unos locos que pretendiesen de un soplo derribar las pirámides de Egipto, romper los peñascos, y abrirse paso por las escarpadas asperezas de los Pirineos y los Alpes.

13. Vosotros, amados hijos míos, no os dejeis alucinar por ese aire triunfante y ese tono firme que toman los incrédulos para suplir su falta de ciencia. Al verlos como se glorian de haber sacudido el yugo de las preocupaciones, como insultan la fe de los hombres sábios, y como se rien de la credulidad de los pueblos, erigiéndose en reformadores del género humano, y decidiendo como árbitros con un orgullo insufrible de la verdadera religion, podríais pensar que todo esto era el resultado de un profundo y prolongado estudio; pero no, hijos míos, nada hay de eso. Se encuentra en su espíritu un vacío de verdades inmenso, y son únicamente unos ecos mal formados de aquellos incrédulos sábios (de quienes hablamos antes), que con el compás en la mano han tratado de reducir al cálculo y á la demostracion las ciencias exactas. Son, vuelvo á decir, unos ecos mal formados, que repiten no pocas veces todo lo contrario que pronunció la primera voz de sus maestros. Estos, por ejemplo, profirieron esta palabra: *venite*; resonó el eco *ite*, y ellos repitieron todo lo contrario que significaba la voz. Ya lo hemos visto en el concepto que estos insipientes han formado del Evangelio, y el que formaron sus maestros. Estos les dicen: venid; y ellos responden: id; y pasando de boca en boca estas burlas irónicas, estos errores groseros, estas dudas pueriles y estas blasfemias horriboras, se va formando el escuadron de los incrédulos necios, que se afanan por descubrir algunas manchas ó lunares en la superficie de la santa Religion, sin haber jamás penetrado al fondo, ni á la sustancia, ni á la esencia. ¿Y cómo podríamos esperar otra cosa de unos espíritus tan ignorantes? La controversia es para ellos un elemento extranjero, en que no pueden sostenerse un dia solo. Ciertas ráfagas al parecer luminosas, algunos relámpagos momentáneos, varios chistes mañosamente traídos; este es todo su caudal. Creedme, hijos: este es todo su caudal: el que los conoce no los teme, el que los descubre triunfa de ellos, y los deja confundidos.

14. Si quereis, amados cristianos míos, palpar por vosotros mismos esta verdad, preguntad á esos señores con qué título se levantan en censores contra la santa Religion. ¿Quién les ha constituido jueces de las controversias eclesiásticas? ¿Cuántos años han empleado en aprender y meditar la profundidad de los adorables misterios, la pureza de su moral y la extension asombrosa de su doctrina? Sus obras os responderán la verdad, porque con sus palabras se avergonzarían de proferirla: apenas su madre los dió á

luz, cuando desentendiéndose de la primera obligacion que la naturaleza y la Religion les intiman de criar sus hijos, los entregaron á unas nodrizas asalariadas, cuyas costumbres alguna vez poco morigeradas, y cuyos humores casi siempre muy diferentes de la natural constitucion de los niños, enervan la débil textura de aquellas criaturas: la madre padece muchas enfermedades, que no padecería si diera el pecho á sus hijos, y así estos se crían sin aquellas dulces y tiernas afecciones que deberian tener á sus padres. Entregados despues á un ayo de pocas luces, ó á un maestro tímido, que recela perder los emolumentos que le resultan de dar unas lecciones inconexas, multiplicadas y sin orden, aparentan que saben mucho sus discípulos, porque han hablado de muchas cosas, pero nunca sólidamente entendido. Iniciados en las letras humanas, novicios en la aritmética, con noticias muy superiores é inconexas de la Religion, se entretienen en los romances, novelas, comedias y otras poesías amatorias, que les encienden las pasiones que ya en su niñez habian empezado á mostrarse. La música, los bailes, los teatros y los juegos contribuyen á disipar su espíritu, llenándole de ideas afeminadas y galantes para tratar las personas del otro sexo. Su frecuente trato, sus visitas continuas aumentan y arraigan en su corazon las naturales inclinaciones, viciosas ya por el desórden en los pensamientos, en las expresiones, en la franqueza y en la desenvoltura. Repútanse felices con la mútua correspondencia, no piensan en un destino honroso ó en un oficio útil ó necesario á la patria: infatuados con un nacimiento mediano ó distinguido, se creen en posesion de vivir ociosos; y dando rienda á sus locos pensamientos, les parece que todo va destornillado y perdido, y alzan la voz entre otros tan insensatos como ellos contra la multitud de los eclesiásticos, contra las riquezas de la Iglesia, contra la inutilidad de las congregaciones religiosas y contra las supersticiones de los sencillos cristianos. Préstales algun amigo un libro de los maestros de la incredulidad: los encanta su dulce estilo, beben sin reflexion sus máximas, toman de memoria algunas ironías festivas contra varios abusos del culto religioso: las comunican, las elevan y las levantan hasta las nubes, y sin otros estudios en pro ó en contra de la Religion, declaman contra ella, y la abominan sin conocerla debidamente. Me parece tan natural este retrato, que nadie habrá que le mire atentamente y no vea los incrédulos ignorantes de que vamos tratando como su verdadero original: en efecto, ellos ignoran hasta las épocas memorables de la

historia eclesiástica : nunca han estudiado seria y detenidamente la perpetuidad de la fe que en ella reina , la variedad de su disciplina segun los tiempos y naciones , la pureza de su doctrina , los acontecimientos prodigiosos que abraza , los innumerables mártires , confesores y vírgenes que la adornan , los sábios escritos de los Padres que la ilustran , los venerables concilios que la sostienen y los decretos pontificios que con las leyes mas santas la gobiernan . Ellos ignoran la sencillez majestuosa del Evangelio , la sublimidad de sus máximas , la perfeccion heroica de sus preceptos y las admirables virtudes de Jesucristo : ellos ignoran la autenticidad , verdad y divinidad de los libros del Antiguo Testamento , la certidumbre de sus milagros , el exacto cumplimiento de sus profecías , y la divinidad de la Religion , revelada en ellos á los hombres : ellos ignoran hasta las pruebas mas óbvias , mas sencillas y demostrativas de la existencia de Dios . Nada reflexionan sobre sus adorables y eternos atributos , nada entienden de su poder , de su sabiduría , de su justicia ni de su santidad ; y si le llaman bueno , es porque quisieran que no hubiera infierno á que destinara los viciosos : le llaman bueno , porque desean que lo fuera de modo que no castigara á los malos , y pudieran ellos impunemente entregarse á los desórdenes : le llaman bueno , y no saben lo que se dicen , pues desean que no fuera justo . Unos hombres que ignoran á Dios , que ignoran su religion , contenida en los santos libros , que ignoran la santidad suma y sabiduría infinita de Jesucristo , y que ignoran la historia de la Iglesia , su perpetuidad , su infalibilidad y su unidad , ¿ qué serán estos hombres en el tribunal de la verdad , de la razon y de la fe ? *Qui estis vos , qui tentatis Dominum ?* ¿ Quién , pues , sois vosotros , que tan temeraria y sacrílegamente tentais al Señor vuestro Dios ? Escucha , pueblo necio de incrédulos , os diré con Jeremías ¹ , tienes ojos y no ves las grandes maravillas de la Omnipotencia en el órden de la naturaleza , en el órden de la gracia y de la gloria : todas te manifiestan su existencia , todas te predicán su sabiduría , todas te demuestran su bondad , y tú apartas la vista de tu cuerpo y de tu alma por no ver tanta gloria , tanta sabiduría y bondad : tienes oídos , y no escuchas las voces de los santos libros del Antiguo y Nuevo Testamento , los vaticinios de los Profetas ya verificados , los milagros de los Apóstoles demostrados hasta la evidencia , los millones de testigos que deponen , los escritos de tantos sá-

¹ Audi popule stulte , qui non habes cor : qui habentes oculos non videtis , et aures , et non auditis . (*Jerem. v. 21*).

bios que lo persuaden y la perpetuidad de la Iglesia que lo convence. Tienes corazon, y no amas la bondad de aquel Dios bueno que te llama, de aquel Dios bueno que te espera, de aquel mismo Dios que promete recibirte, si con sinceridad le buscas. *Audi, popule stulte.* Oye, congregacion de necios, que ignorando la historia de la Iglesia y la sabiduría divina, que en su establecimiento y permanencia se manifiesta, tú has caído en los errores mas groseros y dejado memoria entre los hombres de tu estúpida insensatez¹. Escúchame para que, cuando te suceda lo que voy á anunciar en el nombre del Señor, te acuerdes de que en tiempo oportuno te amonestaron para tu bien: en breves dias te hallarás en el último momento de tu vida miserable, y llamarás á la nada, en que pensabas habías de reducirte enteramente: llamarás á la nada, y le responderá la eternidad. Sí, la eternidad del infierno, grabada en tu alma con caracteres indelebles, dando un espantoso grito, exclamará: Irá el hombre á la casa de su eternidad, de aquella eternidad á que le condujeron sus obras. De felicidad, si fue virtuoso. de tormentos, si fue pecador obstinado. ¡Ay, ay! y como entonces, convencidos por vuestra misma conciencia, sacaréis esta formidable conclusion: *Ergo erravimus*²! ¡Infelices de nosotros, que nos hemos fatigado en el camino de la iniquidad y perdicion, y hemos andado por caminos extraviados y trabajosos, ignorando maliciosamente el camino del Señor: *Ergo erravimus!* Ciertamente nos hemos apartado del camino de la verdad y la justicia; la luz del cielo se nos oscureció por nuestra incredulidad, y el sol de justicia, Cristo, apartó de nosotros los rayos luminosos de la inteligencia: *Ergo erravimus!* y perecemos irrevocablemente por toda la eternidad.

15. Y vosotros, amados cristianos míos, no os acompañéis con estos hombres que blasfeman de todo lo que ignoran, y que se han corrompido y hecho abominables por los frívolos estudios: entended que el que se acompaña con los sábios será sábio, y el que es amigo de los necios será semejante á ellos, dice el Espíritu

¹ Sapientiam enim prætereuntes, non tantum in hoc lapsi sunt ut ignorant bona, sed et insipientiæ suæ reliquerunt hominibus memoriam, ut in his quæ peccaverunt, nec latere potuissent. (*Sap.* x, 8).

² Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis, et ambulavimus vias difficiles, viam autem Domini ignoravimus. Ergo erravimus à via veritatis, et justitiæ lumen non luxit nobis, et sol intelligentiæ non est ortus nobis. (*Sap.* vi, 6, 7).

Santo ¹. Escuchad, hijos, la santa Religion que profesais : estudiadla con docilidad y buena fe, y hallaréis la sabiduría acompañada del santo temor de Dios, que es su principio ². Llenad vüestra alma de estos necesarios acontecimientos para alegría y glòria de yuestro corazon y confusion de los que careciendo de ciencia se hacen censores injustos é ignorantes de sus verdades ³; estudiadla, confesadla, observadla en la tierra, y seréis eternamente bienaventurados en el cielo. Amen.

¹ Qui cum sapientibus graditur, sapiens erit: amicus stultorum similis efficitur. (*Prov. xiii, 20*).

² Non cesses, fili, audire doctrinam, ne ignores sermones scientiæ. (*Prov. xix, 27*).

³ Stude sapientiam, fili mi, et lætifica cor tuum, ut possis exprobranti respondere sermonem. (*Prov. xxvii, 11*).

SERMON

SOBRE LA INMORTALIDAD DEL ALMA.

*Videte, fratres, ne forte sit in aliquo
trum cor malum incredulitatis. (Heb.
III, 12).*

Guardaos, hermanos, que no haya en
guno de vosotros corazon malo de incre-
didad.

1. Escribiendo en San Marcos de Leon un célebre español un tratado sobre la inmortalidad del alma mas ha de ciento y sesenta años, dió principio con estas notables palabras: En ninguna cosa se echa de ver con tanta infamia del entendimiento humano la torpeza bestial y la noche que derrama é introduce en el hombre el pecado y el vicio, como en haber necesitado de que escribiera; defiende que hay Dios, que su Providencia gobierna el mundo, que las almas son inmortales. Solo el perdimiento mas rematado pudo persuadir que las cosas todas sin Criador se criaron, y sin Hacedor se hicieron; y que no habiendo choza sin dueño en el mundo, el mundo no tiene dueño. Tú das crédito á Tácito, á Artesio, á Plutarco y á los cuentos y fábulas de Esopo, en lo que no has visto, ni oído, ni ellos tampoco; y no le das á tí mismo en lo que ves, en lo que tocas, en lo que oyes, en lo que sientes, piensas y raciocinas. Tú das crédito á los Platónicos, Peripatéticos, Estóicos y Pitagóricos en muchas cosas en que no hablaron ni como filósofos ni como historiadores, y se lo niegas cuando en la cosa mas importante del mundo te dicen á una voz: *Mortui carent animæ*. Tú das crédito á Epicuro, á Lucrecio, á Luciano, á Diágoras, Milecio, y á otros cuantos hombres inmorales que tienen á su vientre por su fin, su término y su Dios, y no crees á la Europa entera, á toda el Asia, África y América, cuyos habitantes te gritan que tu alma es inmortal. Tú das crédito á unos hombres atrevidos, temerarios y locos que en nuestros dias te dicen que nuestra alma es un soplo que se acaba con la vida, que no nos diferenciamos de las bestias mas que por una organizacion material mas delicada, y se la niegas á los muertos cuyas almas vivas é inmortales se han

aparecido y hablado á los hombres , se la niegas á los santos que han resucitado , á las divinas Escrituras que en uno y otro Testamento te lo enseñan , á los venerables concilios que condenan tus errores , á la Iglesia santa que te predica sus verdades , y al mismo Dios eterno, sábio y santo que te lo dicta. Dios dice : Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza. ¿Dónde hallaremos en el hombre la semejanza de Dios inmortal, si el alma del hombre es material, y muere con su cuerpo? Dios dice que crió al hombre inextinguible. Si todo el hombre muere, ¿cómo puede verificarse esta divina verdad? Dios dice : No queráis temer á los que matan el cuerpo, y nada mas pueden hacer, porque al alma no la pueden matar; temed solamente al que puede precipitar el cuerpo y el alma en el abismo por los pecados. Si los hombres pueden matar el cuerpo, mas no el alma, esta no muere con el cuerpo : esta sobrevive á la destruccion de su cuerpo ; esta es inmortal, ó Dios miente y torpemente nos engaña. Dios dice que él es la verdad y la vida ; luego no nos engaña ni miente cuando nos ofrece la vida eterna en premio de la observancia de sus preceptos. Si hay vida eterna para el virtuoso, ¿cómo ó cuándo podrá conseguirla si todo el hombre muere? Dios dice: Id, malditos, al fuego eterno , porque no habeis hecho buenas obras. Si el alma es mortal como el cuerpo ; si la comen los gusanos como al cuerpo ; si se reduce á polvo como el cuerpo ; si es pura materia como el cuerpo , ¿cómo puede estar en los tormentos eternamente siendo nada ? Dios dice : Bienaventurados los limpios de corazon , porque ellos verán á Dios. Pregunto : no siendo el alma espiritual é inmortal, ¿cómo podrá ver á Dios por mas justa que sea en esta vida? Dios dice: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. ¿Cuándo puede el justo injustamente perseguido conseguir el cielo, si su alma es un sople que con el cuerpo muere ? Dios dice : *Revertatur pulvis in terram suam... et spiritus redeat ad Deum, qui dedit illum.* En suma , ó Dios miente, ó dice la verdad. Dios, como ya lo hemos demostrado, es un Ser eterno, infinitamente perfecto y santo , á quien infinitamente le repugna la falsedad y la mentira : si Dios mintiera, no seria Dios, y seria mentira, falsedad y engaño que habia cielo, infierno, encarnacion del divino Verbo, vida, muerte y resurreccion de Jesucristo, fundacion de su Iglesia, establecimiento del Cristianismo, destruccion del gentilismo, dispersion de la Sinagoga , milagros, profecías y Sacramentos, con otros millares de cosas que vemos con nuestros mismos ojos, y

tocamos con todos los sentidos. Luego no miente : luego si Dios existe y habla la verdad, es menester creer la inmortalidad del alma. En efecto, me parecen íntimamente unidas estas dos verdades: la existencia de Dios, y la inmortalidad de nuestras almas. Si la primera se demuestra, la segunda queda probada ; y si esta se niega, no puede sostenerse aquella. De la existencia de Dios se sigue necesariamente que ha de amar lo bueno y aborrecer lo malo : que ha de amar la virtud y castigar el pecado. Esto no se ve innumerables veces en esta vida ; luego precisamente ha de haber otra. Si el alma del virtuoso muere con su cuerpo, ¿cuándo experimentará el premio de su virtud, no habiendo experimentado en esta vida mas que trabajos, dolores, enfermedades, calumnias y persecuciones? ¿Dónde está la bondad de Dios? la justicia de Dios? la santidad de Dios? Si el alma del malvado no sobrevive á la destruccion de su cuerpo, ¿cuándo experimentará el castigo de sus hurtos, sus detracciones, sus torpezas, sus ingratitudes, sus traiciones, sus calumnias, sus opresiones y crueldades, no habiendo experimentado en su vida sino las delicias, los placeres, los contentamientos de los sentidos, gozando la salud mas robusta, poseyendo las riquezas mas cuantiosas, obteniendo los empleos mas brillantes, y rodeado de los aduladores mas continuos? Estas verdades, amados cristianos míos, son tan claras y luminosas, que persuaden y convencen con solo presentarse. Sin embargo, conviene deciros con san Pablo que vivais cuidadosos para no abandonar su creencia: no dejeis corromper vuestro corazon con los desórdenes de los vicios, porque entonces el corazon corrompido exhalaria vapores íetidos que llegarían tarde ó temprano á oscurecer las luces de vuestro espíritu con las negras nubes de la incredulidad : *Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.*

2. Si yo hablara en este discurso con solos vosotros, amados hijos míos, no necesitaría para confirmaros en la fe cristiana que dichosamente profesais mas que haber tocado ligeramente los divinos oráculos que invenciblemente demuestran la inmortalidad de nuestras almas, como lo habeis oido. Al deciros Dios ha hablado, Dios lo enseña, Dios lo predica con obras y palabras, todos, humillando vuestro entendimiento en obsequio de la fe, escucharíais á Dios con el mas profundo respeto, creeríais cuanto os dijese, y obedeceríais en cuanto os mandase. Pero ¡ay! vivimos en unos días malos, y el orgullo de la razon humana no quiere doblar su dura cerviz sino á la vista de las demostraciones. Procuremos dárseles en

el presente asunto : hagámonos un todo para todos, para ganar á todos para Dios. Ello es que no hay cosa mas íntima ni que mas nos interese que nuestra alma, y nada nos es mas importante que conocerla bien. Debemos estudiar su naturaleza, debemos observar sus operaciones, para adquirir por este medio una ciencia experimental de este ser interior que anima nuestro cuerpo. Usemos, pues, de la razon con toda la rectitud que podamos, y por ahora no insistamos en presentar mas divinos oráculos de las santas Escrituras, definiciones terminantes de los concilios Vienense y Lateranense, ni sentencias claras y expresas de los santos Padres : hable la razon sola, y pues tanto pretenden los incrédulos tenerla de su parte, demostrémosles su error, y hagámosles ver con los propios ojos de su entendimiento la libertad de su alma racional, la inmaterialidad, la espiritualidad y la inmortalidad.

3. Abran los ojos los incrédulos á la luz de la razon, ya que los cierran obstinados (¡oh Dios y Señor de las virtudes!) á las luces de vuestra fe. Rey inmortal de los siglos, que obrásteis la salud en medio de la tierra, concedednos esta gracia, pues sois nuestro Criador, nuestro Gobernador, nuestro Redentor, nuestro Salvador, centro y esposo de nuestras almas, último fin y término de los deseos de nuestro corazon. Vos sois nuestro Padre, nuestro Señor, nuestro Maestro, nuestro Pastor, nuestro Médico, nuestro Defensor, y todas las cosas. ¡Dios mio y todas las cosas, clamaré con mi Padre san Francisco, Dios mio y todas las cosas! Vos sois mi tesoro, mi heredad, mi esperanza, mi riqueza, mi alegría, vida de mi alma y alma de mi vida. Todo este infinito cúmulo de felicidades pretenden robarme los que tratan de inspirarme el torpe error de que mi alma muere con el cuerpo, que mi alma muere como la de los brutos, y que ó Vos habeis muerto por las bestias, supuesto que yo no me diferencio de ellas ni en el principio ni en el fin de mi existencia sobre la tierra, ó si no habeis muerto por mí, ni Vos sois Dios ni yo hombre racional. ¡Asombroso extravío del espíritu humano! Ya hemos demostrado irresistiblemente que Vos existís desde la eternidad, y que sois el único, el solo y verdadero Dios : procuremos demostrar con igual felicidad que yo debo necesariamente ser hombre racional y tener un alma inmortal : *Ave María.*

4. Para probar demostrativamente á los incrédulos que nuestra alma es libre, que obra por eleccion y no por necesidad, que no se halla determinada por una fuerza secreta, pero irresistible, á

sus determinaciones, sino que es dueña de elegir entre los partidos que se la ofrezcan el que quiera, yo tomo por testigos de esta verdad á ellos mismos. Se les ha evidenciado la existencia de Dios, y la han creído; se les ha demostrado la necesidad de un culto, y la han admitido; se les dice ahora que este Dios y esta religion enseñan que el alma goza de la libertad, porque es inmortal, como resultará despues, y lo niegan, y no lo admiten ni lo creen. Ved ahí una evidente contradiccion entre sus obras y sus palabras, entre su sistema y su razon. Ellos admiten lo primero, porque quieren; ellos no admiten lo segundo, porque no quieren: ellos son dueños de sus acciones para querer ó no querer como les pareciere; luego ellos son libres. No encuentro cómo la razon humana pueda negar una consecuencia tan legítima. Si por galantería, si por vanidad de parecer superiores á las que llaman preocupaciones vulgares, si por un extravío el mas doloroso en el entendimiento humano tratasen de negarlo, ni podrian persuadirlo á pueblo alguno, ni ellos mismos quedarian persuadidos de que hablaban con sinceridad. El mundo entero, convencido de esta verdad, los confundiria; todo el género humano, que jamás ha variado de opinion en este punto en la carrera dilatada de los siglos, se les opondria y daria en rostro con su absurda necedad. De lo contrario, no serian los hombres responsables de sus acciones, ni al cielo ni á la tierra deberian dar cuenta de sus vicios ni de sus virtudes: los hombres entonces siempre harian lo que debian hacer, porque no podrian jamás dejar de hacer lo que hacian; y no habria entre ellos ni buenos ni malos, ni culpados ni inocentes, ni viciosos ni virtuosos, ni premios ni castigos.

5. Todas las leyes del cielo y de la tierra suponen, reconocen y confiesan la libertad del hombre, y sin esta jamás se habria discurrido cosa mas ridícula, mas injusta ni mas cruel que las leyes que impusiesen penas á los malhechores. Suponed que se congregan con mucho aparato y majestad en el teatro de su tribunal una porcion de jueces para reprender y castigar á un hombre por una accion que ni es buena ni mala; por una accion que él debió hacer, porque no podia dejar de hacerla; por una accion á que se vió impelido por una fuerza extraña é irresistible: comparece él que llaman reo, le hablan los jueces, le afean su hurto, su homicidio, su traicion; le imponen pena capital, y él á todo responde: no tenia ni tengo libertad; no pude dejar de hacerlo; hice lo que debia. ¿Qué tal? ¿creerian aquellos jueces á aquel hombre? ¿Se

darian los legisladores de la Grecia, de Lacedemonia, de Roma?... ¿Qué digo? ¿Para qué nombro aquellos Numas, Licurgos y Solones? ¿Acaso los hotentotes, los patagones, los pampas, los iroqueses, y otras naciones tan poco civilizadas como aquellas, cayeron jamás en el delirio de una opinion tan loca, tan monstruosa y tan absurda? ¿Qué hombre buscó jamás testigos para probar que teniendo vista despejada veia el sol al mediodía, estando el tiempo claro y sereno? ¿Quién buscó testigos para probar á los que estaban presentes que vivia, que pensaba, que andaba? Solo un demente el mas rematado podria pensar, hablar y obrar tan desatinadamente. Solo el que negase la libertad del hombre excederia á aquel desgraciado demente en sus despropósitos. En efecto, si la condicion, la mas íntima y mas fuerte, en que todos los mortales estamos de nuestra libertad, si la aprobacion que nos damos á nosotros mismos cuando obramos el bien no existe; si la desaprobacion que pronunciamos contra nosotros cuando hacemos el mal es una ilusion, Dios nos engaña, y engaña torpemente á todo el género humano, y esto seria un error *peior priore*. Porque, ¿qué cosa mas indigna de la santidad de Dios, de la justicia de Dios, de la majestad y bondad de Dios, que burlarse y engañar á los hombres, por quienes se hace hombre, vive, padece, muere y resucita? Si el hombre no es dueño de sus acciones, ¿para qué Dios le ha dado la ley natural? ¿Para qué aquella luz de la razon, aquel grito de la conciencia, que nos muestran invenciblemente lo que es conforme al órden, y lo que no lo es? Esta ley ¿no es tan antigua como el mundo? ¿No está grabada con caractéres indelebles en nuestras almas? ¿Han conseguido jamás los hombres que nos precedieron ó podrémos conseguir nosotros borrar de nuestro corazon todos sus preceptos? Si las ideas del vicio y la virtud son fantásticas, ¿por qué el hombre no es dueño de practicar lo uno, ni huir lo otro; cómo el Omnipotente le impone leyes positivas, leyes divinas, mandándole practicar la virtud, y ofreciéndole por ello premios eternos? ¿Cómo es tan injusto que amenaza con castigos al vicioso, y se los aplica efectivamente en pena de su pecado? Pienso que no hay necesidad de detenernos mas en demostrar una verdad confesada por todo el género humano, sabida en todos los siglos y probada hasta la misma evidencia por los mismos que por capricho la impugnan. Usad, hijos míos, de esa libertad que el Criador dió á vuestra alma para apartaros del mal y obrar el bien, para huir el vicio y practicar con mérito la virtud. Estos son los designios de Dios pa-

ra haceros felices : estos son los nuestros, y tales deben ser vuestros designios.

6. Ya vosotros sabréis, amados cristianos míos, que los materialistas modernos no hacen otra cosa que seguir ciegamente los errores y extravíos de la razon de sus antiguos maestros los Hobbes, los Espinosas y los Epicuros. Que no habia diferencia esencial entre el espíritu y la materia, decian los primeros. Que no habia mas que una sustancia con dos modificaciones, decian los segundos ; esto es, que la sustancia podia considerarse como extensa, y entonces se llamaba materia ; y se podia considerar como cosa que piensa, y en tal caso se llamaba espíritu. Y por último, los terceros decian que el alma del hombre era un compuesto de átomos materiales muy sutiles y delicados, cuyos movimientos diversificados por varias combinaciones hacian la diferencia de las almas. Tales son los sistemas del materialismo reproducido en nuestros dias, sin exámen de su antigua falsedad. Triunfemos de un golpe de este fantasma, demostrando hasta la evidencia la inmaterialidad de nuestras almas, de cuyo exámen resultará claramente su espiritualidad é inmortalidad.

7. Yo pienso. Todos los hombres racionales piensan. Esta es una verdad evidentísima : una verdad que confesamos nosotros, que confiesan los incrédulos, y confiesan todas las naciones del universo. Si mi alma es materia, esta materia precisamente ha de pensar ó por su misma naturaleza, ó por sus configuraciones, ó por sus movimientos. No hay efugio. Fórmese la idea recta de la materia, cotéjese ó compárese con la experiencia, y se verá que ella es una sustancia extensa ó cuantitativa, susceptible de muchas configuraciones, ó modificaciones, y capaz de diferentes y varios movimientos. Resulta, pues, con evidencia, que si ella piensa ha de ser precisamente ó en virtud de su misma naturaleza, ó por sus configuraciones ó por su movimiento. Nada de esto sucede ni puede suceder ; luego debemos resolver que nuestra alma es inmaterial.

8. Que la materia no piense en virtud de su naturaleza, ó precisamente como materia, es tan claro, que yo les presento por jueces á los mismos incrédulos, aunque busquen por adjuntos todos los hijos de Adán. Díganme ellos ó cualquiera de ellos si piensan los mármoles, los bronces, las piedras preciosas, el barro, la madera. ¿ Habrá algun racional que asegure que estas materias piensan, han pensado ó pueden pensar, precisamente en virtud de su naturaleza, ó en cuanto son materia ? Un absurdo tan contrario á

la razon y á la experiencia ¿se ha creído jamás, ó ha sido pensado por algun hombre sensato? ¿Hay algun autor que haya escrito de los pensamientos de los peñascos, del hierro ó del acero, del plomo, la plata, el oro y otros metales? Si la materia piensa en virtud de su naturaleza, hallándose en todos estos seres y en otros innumerables, la materia en cuanto materia, ó segun la virtud de su naturaleza, en todos debe tener actuales pensamientos.

9. Y si no los tiene en virtud de su naturaleza, y sin embargo la materia piensa, esto será en virtud de sus configuraciones. Comprendamos bien la idea de la figura y la del pensamiento. La figura, pues, ó modificacion de la materia, no dice mas que una extension mayor ó menor, terminada de esta ó de aquella manera; quiero decir, que toda y cualquiera parte de materia se puede considerar como ella es, ó rotunda ó cuadrada, ó triangular ó polígona, ó plana ó convexa, ó cóncava, ó con otras figuras y modificaciones semejantes ó diferentes. Yo pregunto ahora: ¿ha habido algun hombre, si no estaba demente, que asegurase seriamente que las agujas de las torres del famoso templo del Escorial pensaban porque son piramidales? ¿Que las bolas del puente de Toledo pensaban porque eran ovaladas ó rotundas? ¿Que las columnas del nuevo Museo de Madrid pensaban porque eran del órden toscano? Seria menester entonces considerar el pensamiento como piramidal, como redondo, cuadrado, cóncavo ó convexo. Esta evidente verdad ¿no arranca lágrimas ó mueve la risa? Si no lloramos los extravíos del entendimiento humano, ¿no es menester reirnos de los despropósitos, extravagancias y absurdos en que necesariamente caen los que dicen que es material el alma del hombre? ¿Quién jamás comprendió el pensamiento como plano, cuadrado ó triangular? El pensamiento ¿no excluye esencialmente todas estas configuraciones? No queda ya otro arbitrio que apelar al movimiento. Pero este ¿podrá dar pensamientos á la materia movable? Examinémoslo.

10. El movimiento de la materia no es otra cosa que el transporte de un cuerpo de un lugar á otro con mayor ó menor velocidad, con esta ó con aquella direccion, con aquellas ó las otras combinaciones. Es evidente que nada de esto puede dar pensamientos á la materia. ¿Piensan los ladrillos, las tejas ó las frutas porque las lleven de un lugar á otro? ¿Piensa una bala de fusil porque se dispara de un cañon con tanto ímpetu, ó piensa un monton de paja conducido tan lentamente por un carro de bueyes? Aquí hay diferentes movimientos mas ó menos veloces, mas ó menos lentos,

pesados ó perezosos. ¿Con cuál de ellos se piensa? ¿Será la causa del pensar que el uno toma su direccion al Norte y el otro al Mediodía? ¿Este al Oriente y aquel al Ocaso? Ó ¿será por las combinaciones del movimiento? Pero esto no quiere decir otra cosa sino que los movimientos unas veces son opuestos, y otras uniformes y conspirantes á un mismo término: unas veces son iguales, y otras desiguales. Si son opuestos, chocan los unos contra los otros, y retardan, disminuyen ó destruyen su movimiento con aquel encuentro, segun que es mas ó menos violento en los cuerpos movibles. Si son conspirantes, se favorecen unos á otros, y el movimiento resulta mas veloz. Pero sean encontrados ó uniformes, lo que en todo esto únicamente puede concebirse es que la fuerza motriz les di mayor ó menor impulso, esta ó aquella direccion; pero deducir de aquí que la materia piensa por esta direccion ó aquella, por aquella velocidad ó tardanza, ó por esta igualdad ó desigualdad de movimientos, es un absurdo el mas extravagante y la ignorancia mas estúpida de la física que puede concebirse. Pero si la materia no piensa por el movimiento, ¿pensará por el reposo? Es cierto, hijos míos, que la materia es susceptible de uno y otro estado. De su propia naturaleza es inerte é inmóvil: una fuerza extraña puede imprimirla un impulso y ponerla en movimiento, el que ella no tomaria por sí misma jamás, si se la dejara en su natural reposo. Ahora, pues, yo os pregunto: si la materia por su propia naturaleza es inerte é incapaz de moverse por sí misma, ¿cómo será capaz de pensar? ¿Formará grandes pensamientos por sí misma la que por sí misma no puede formar el mas pequeño movimiento? Reflexionadlo cuidadosamente, y no olvidéis el inconveniente absurdísimo y horribilísimo que de aquí se seguiria. Advertidlo bien, porque es de suma importancia. Si nuestra alma es materia, todo el mundo sabe que en tal hipótesis el hombre seria una máquina sujeta á las leyes necesarias de la mecánica: careceria el hombre de libertad, y los vicios y virtudes no serian mas que voces sin algun significado. ¿Qué horror! ¿Es posible que el alma valerosa, magnánima de los Corteses, los Rui Diaz de Vivar, y los Gonzales Fernandez de Córdoba; el alma política y virtuosa de los Cisneros y los Saavedras; el alma sabia de los Arias Montano y Antonio Agustín; el alma hermosa y discreta de los Lopes, los Calderones, los Argensolas, los Ercillas, Rebollados y Cervantes; y sobre todas las almas santas de los Isidoros, Fulgencios, Ildelfonsos, Braulios Valeros, Alcántaras, Rojas, y tantos millares de otros ilustres es-

pañoles, que unos por la virtud, otros por las letras, otros por las armas han sido la admiracion del mundo; ¿es posible, digo, que las almas de todos estos no eran otra cosa que un poco de materia mas fina y delicada que la de los peñascos y jumentos? ¿Es posible que unos hombres tan beneméritos de su patria y de todo el género humano no han merecido mas para con Dios que los ladrones, los falsarios, los homicidas, los traidores, los ingratos, y todos los demás bribones que han sido el oprobio de la razon y el escándalo del mundo? ¡Tan opuesto y tan diametralmente contrario es este abominable sistema de los materialistas á las luces de las razones y á los bellos sentimientos de la naturaleza! Resulta, pues, como una verdad demostrada hasta la misma evidencia que la materia no puede pensar ni por su naturaleza, ni en virtud de sus configuraciones, ni en razon de sus movimientos, ni por causa de su quietud y reposo. Luego es imposible que la materia piense. Luego nuestros pensamientos tienen por principio una sustancia espiriritual.

11. Sí, amados cristianos míos. Hay en el hombre además del cuerpo organizado una alma espiriritual, una alma que piensa, que raciocina, que reflexiona, que elige con libertad los medios que la parecen mas oportunos para el fin que pretende, despues de haberlos examinado y combinado en sí mismos y con relacion al fin. Para demostrar esta verdad con la solidez que hemos evidenciado, que la materia nada de esto puede hacer, preguntemos á los materialistas si hay en el mundo hombres tan estúpidos, salvajes y tan bárbaros en quienes no se hallen ideas bien perceptibles de la teoría de la mecánica, de la política, de la justicia y de la virtud. Supongamos dos indios iroqueses, patagones ú hotentotes que tratan de mover una grande piedra, que excede por su pesantez ó gravedad las naturales fuerzas de sus brazos. ¿Qué hacen? Buscan inmediatamente un leño que les sirva de palanca, y con su mayor ó menor longitud, duplican ó triplican su actividad y sus fuerzas, y mueven fácilmente con ella aquel enorme peso. Supongamos que quieren arrancar las raíces de un árbol, ó tronchar algunas de sus ramas. ¿Cómo lo ejecutan? Disponen en tal proporcion sus piés, sus manos y su cuerpo, que apartando este cuanto pueden del punto de apoyo de sus piés y en direccion opuesta, logran con mas prontitud y menos trabajo la ejecucion del pensamiento concebido. De la misma suerte, dando un dia con una espada sobre una piedra, ven que han saltado chispas, admiran el efecto: repiten los golpes, ya no casualmente, sino á propósito, y advirtiendo el mismo efecto,

le arriman algunas materias inflamables, y prendiendo en ellas el fuego, le conservan para sus menesteres mucho tiempo. Prosigamos con otras demostraciones de esta verdad. Juntanse otros indios comarcanos contra ellos: conocen los iroqueses su inferioridad, y que no pueden por sí solos resistir al mayor poder de sus enemigos. ¿Qué hacen entonces al ver amenazada su vida, su libertad, sus mujeres y sus hijos? Buscan amigos que sostengan con ellos tan preciosos intereses, unen sus fuerzas á las suyas, y con el auxilio de sus aliados resisten á las fuerzas de sus enemigos. Y ¿qué diré de las ideas que ellos tienen de lo justo y de lo injusto, de lo honesto y de lo impuro, del vicio y de la virtud? Decidles que un hijo se entregó libremente por esclavo para sacar de cautiverio á su padre anciano y enfermo que gemia en un calabozo; y que una madre se abalanzó valerosamente contra un lobo ó leopardo que la habia arrebatado de su lado á un hermoso hijo pequeño que tenia; que ella tiraba de su niño, y el lobo la mordía; que ella gritaba, y el leopardo apretaba los dientes en la criatura, pero que al fin la madre libró á su niño aunque maltratado, ensangrentado y herido: decidles de estas cosas, y veréis sus lágrimas correr de sus ojos por sus mejillas, mostrando un rostro enternecido y una alma llena de sensibilidad. Preguntadles si es permitido ser infiel á las promesas y contratos, hacer traiciones á los amigos y bienhechores, invadir sin causa las posesiones de los prójimos, hurtarles sus frutos, negar el socorro á los que nos han dado la vida y se hallan necesitados. Preguntadles estas y otras cosas á este tenor, y veréis sobre su semblante la indignacion y el enojo, que con una elocuencia natural detesta todas aquellas malas acciones. Luego es evidente y sensible que hay en los hombres, aun cuando se les suponga bárbaros y groseros, una alma inteligente que preside á sus movimientos, que refiere los medios á sus fines, que valúa la suma de las fuerzas y de las resistencias, que por lo presente mira lo por venir, que se aprovecha de los descubrimientos y los perfecciona, que conoce mas objetos que los materiales y sensibles, que tiene nociones bastante claras del vicio y de la virtud, y que vela con mayor ó menor cuidado en la conservacion de su cuerpo. ¿Habrá hombre tan ciego de entendimiento que en todas estas operaciones no perciba una alma inteligente? ¿Una sustancia espiritual que conoce, que calcula, que combina, que aborrece el vicio y ama la virtud? Una alma no compuesta de partes mensurables y extensas como la materia, y terminadas por sus fases ó sus ángulos, sino intelectiva, que excluye

necesariamente la circunscripcion y mensurabilidad; una inteligencia que para sus actos no necesita como el cuerpo pasar de un espacio á otro con el local movimiento, sino con sus potencias gira maravillosamente sin apartarse de un sitio por todos los del cielo, de la tierra y los abismos; una alma que escala el firmamento y examina el número y grandeza de sus estrellas, calcula la velocidad de sus movimientos, determina el tiempo necesario para sus diurnas, mensuales y anuales revoluciones ó círculos; que fija con toda certidumbre los momentos en que deben verificarse los eclipses del sol y la luna, y mide sus asombrosas distancias; una inteligencia que, penetrando sin fatiga por las duras entrañas de la tierra, mide su diámetro, describe su circunferencia, examina sus producciones, y se aprovecha de sus riquezas y sus frutos; una alma, en fin, llena de grandes y magníficas ideas, superiores á todo el alcance de los sentidos, ¿no será una alma espiritual? Sí, hijos míos, espiritual es nuestra alma, esencialmente distinta de la materia, á la que no es posible formar ideas de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, de la virtud y el vicio, ni sacar consecuencias de lo pasado para lo presente, y de este para lo futuro. Sí, carísimos, espiritual es nuestra alma, incapaz de partes, de extension, de modificaciones ó configuraciones cuantitativas, que solo corresponden á la materia, no al espíritu ni á las sustancias inteligentes. Dad gloria á Dios, porque ha criado espirituales vuestras almas; dadle honor, culto y reverencia, porque las ha criado para un fin dichoso que durará por toda la eternidad. No lo dudeis, cristianos míos, porque ellas son inmortales, son indestructibles, y durarán á la par del Ser eterno. ¡Qué consuelo para el virtuoso! ¡Qué causa para llenar de horror á los pecadores! ¡Un alma eternamente feliz, ó eternamente desdichada! Nosotros así lo creemos. Pero no lo creen los materialistas, y es menester probarlo irresistiblemente.

12. He dicho, cristianos oyentes, y lo vuelvo á repetir, que nosotros creemos la inmortalidad de nuestras almas, y que no dudamos ni podemos dudar esta verdad que nos enseña nuestra santa Religion como un artículo fundamental é infalible. Pero aunque creamos esta verdad con una fe divina, no se nos prohíbe el probarla como filósofos por la razon humana. Esto es tanto mas necesario en nuestros tristes días, cuanto los materialistas se empeñan en impugnarla. Debemos, pues, decirles para evitar toda equivocacion que distinguimos dos suertes de inmortalidad. Una esencial, y natural la otra. La primera es una necesidad absoluta de

existir, nacida de la esencia misma del sujeto en quien se halla, y á quien le repugna esencialmente la no existencia. Esta inmortalidad se halla en Dios; y solo en Dios, que es el que es: el que existe por sí mismo, y á quien le repugna esencialmente no existir. La inmortalidad natural es una exigencia de conservacion perpétua nacida del sujeto en que se halla, que aunque absolutamente sea de una naturaleza destructible por el poder del Omnipotente que la sacó de la nada, pero no hay causa fuera de Dios ni intrínseca ni extrínseca que pueda destruirla. Y esta es la inmortalidad de nuestras almas. También les debemos decir que todas las cosas han sido criadas para algun fin; ellas han sido sacadas de la nada por una causa infinitamente sabia, omnipotente y santa, que todo lo colocó en el órden, disponiéndolo todo en número, peso y medida, no por acaso, por capricho ó entretenimiento, sino para el cumplimiento de su adorable providencia; y siendo el hombre la criatura mas perfecta, y á quien dió el dominio de las aves del cielo, de los peces del mar, de los animales del campo y de los frutos de la tierra, no era posible que le criase sin algun fin, cuando lo tenían todos los otros seres tan inferiores al hombre. Es imposible que el entendimiento pueda concebir que el hombre no está destinado para alguna cosa grande, razonable y justa, cuando le considera criado á la imágen y semejanza de Dios. En efecto, el destino y fin del alma del hombre es conocer lo verdadero, amar lo bueno, animar y gobernar su cuerpo. En la muerte pierde su último fin ó destino, porque deja y desampara su cuerpo con quien vivía, pero conserva los otros dos que son esenciales é inherentes á su naturaleza, y por lo mismo son los dos fines principales. Dios es la verdad; debe el hombre conocerla. Dios es la bondad por esencia, la bondad eterna é infinita; debe el hombre amarla. Ved como nos reducimos á los primeros elementos de la doctrina cristiana enseñada en nuestros catecismos, cuando en ellos se nos pregunta: ¿para qué fin fue criado el hombre? Y respondemos: para conocer y amar á Dios en la tierra, y verle y gozarle en el cielo.

13. No omitamos el recordar á los materialistas otras verdades que ellos no ignoran y confiesan; conviene á saber, que una cosa puede perecer ó por descomposicion, ó por anonadamiento ó aniquilacion. Todo cuerpo animal, todo cuerpo vegetal y todo cuerpo mineral perecen por descomposicion; separándose y disolviéndose las partes que componian el todo estando unidas, y desde que se disolvieron y separaron, ya se acabó, ya no existe aquel todo que

antes habia. Por el exceso de las lluvias rompe un caudaloso rio las márgenes que le ciñen, y corriendo impetuoso por los campos, derriba todos los edificios que encuentra. Buscan los moradores sus casas despues que las aguas volvieron á su cauce, mas no las encuentran. Pues qué, ¿se aniquilaron? Nada menos. Allí encuentran los techos en el suelo, las tejas quebradas, las maderas hechas pedazos, las paredes caídas, y todas las demás partes de que se componia la casa; pero separadas, pero desunidas, pero dislocadas de su sitio: por esta separacion no existe ya la casa. ¿No veis aquí cómo perecen las cosas compuestas de partes por separacion y descomposicion de las partes que las componian? Evidentemente. Pues pase-mos adelante, y digamos que por aniquilacion perecen las almas de los brutos, sumergiéndolas el Criador en la nada de que las habia sacado, luego que faltó el fin para que las habia criado, que era vivificar y mantener su cuerpo por cierto y limitado tiempo. Dios, como lo hemos evidenciado en otro discurso, es un ser sábio, justo y santo; un ser que nada hace acaso, nada hace en vano, nada inútil. En vano seria conservar el alma de los brutos, inútil seria mantenerla, no teniendo ya fin alguno que llenar. Su fin era mantener y vivificar el cuerpo de los brutos; perecieron estos, y aniquilóse aquella; y ved cómo la razon humana va descubriendo por principios innegables la inmortalidad de nuestras almas; porque teniendo estas despues de la muerte de su cuerpo un fin grande é importantísimo que llenar, como es el conocer á Dios, y amarle por todos los siglos, deben existir eternamente, sin que podamos hallar razon que exija su destruccion, ni de parte del cuerpo, ni de parte de la misma alma, ni de parte de Dios. En efecto, para que el alma del hombre pereciera por parte del cuerpo era menester que cuando el cuerpo perece por la corrupcion y separacion de sus partes, corrompiera y separara tambien las partes del alma; mas como esta, por ser espiritual, carece de partes, y es una sustancia simplicísima é indivisible, la repugna esencialmente la corrupcion y separacion de las partes que no tiene. Luego por parte del cuerpo es imposible destruir la inmortalidad del alma. Y ¿habrá alguna razon por parte del alma? Veámoslo. Para que una cosa se corrompa ó perezca por sí misma ha de tener en su misma naturaleza algunos principios ó constitutivos opuestos que se combatan y choquen por sus contrarias cualidades, las cuales con el uso se van debilitando, y disminuyendo sus fuerzas, y al fin llegan á faltar; y como el alma racional es intrínsecamente incapaz de estas cualidades con-

trarias, repugna á su naturaleza indivisible y simplicísima contener principios opuestos ó constitutivos que mutuamente se combatan y destruyan. Ella se acuerda de lo pasado, ella reflexiona sobre lo presente y lo futuro, ella quiere ó no quiere, ella elige libremente estos medios ó los contrarios, segun que la acomodan. ¿Dónde halláremos en la naturaleza ó sustancia del alma espiritual é intelectual principios de corrupcion? Y si no los encontramos de parte del cuerpo ni de parte del alma, ¿los halláremos de parte de Dios? De ninguna suerte. Dios no destruye sus obras sino despues que han llegado al término y fin para que las crió; y como el fin y término para que crió nuestras almas es para no tenerle, es para que conociendo á Dios obedeciéndole, sirviéndole y amándole, mientras vivian en la union con su cuerpo, le viesen, conociesen, amasen y gozasen eternamente despues de la separacion de su cuerpo, repugna á la justicia y santidad de Dios que destruya y aniquile la mayor obra de sus manos antes de llegar al fin para que la crió. ¿Qué cosa mas inútil, mas falsa ni mas absurda que la venida de Dios al mundo para salvar las almas de los hombres, si estas perecen con su cuerpo? La vida de Jesucristo, su pasion, su muerte y resurreccion todo es una fábula, si nuestras almas no son inmortales. Sus milagros son fingidos, sus Apóstoles unos impostores como él, y su religion es una fantasma; los mártires son unos frenéticos, los Sacramentos de la Iglesia un embuste, y, en suma, si mi alma perece para siempre en la muerte de mi cuerpo, toda verdadera religion se destruye, y hasta el mismo Dios no existe. Sí, cristianos míos muy amados, hasta este delirio frenético es forzoso llegar con el pensamiento si se destruye la inmortalidad de nuestra alma. Dios no seria Dios, si Dios no fuese justo. El entendimiento mas estúpido no puede concebir á Dios sino como un ser en todo perfecto. Pues ¿dónde está este Dios justo que llena de amarguras, de pobreza y trabajos á los virtuosos en esta vida, si no hay otra despues en que se recompensen las buenas obras? La maldad triunfa, el vicioso nada en la opulencia y las delicias. ¿Dónde está la justicia y santidad de Dios, si no hay otra vida en que aplicarle el merecido castigo? ¡Dios sin providencia! ¡Dios sin justicia! ¡Dios sin santidad! ¡Oh razon humana! ¡avergüénzate, horrorízate á la vista de los espantosos extravíos á que te conduce la corrupcion del corazon! Santidad de Dios, justicia de Dios, providencia de Dios, yo os confieso, yo os alabo, yo os publico desde el Oriente al Occidente, y desde el Septentrion al Mediodía, porque Dios ha criado mi alma libre,

inmaterial, espiritual é inmortal, para que obre con mérito la virtud ayudada de su gracia, para que elija el bien y me aparte del mal con la esperanza del premio, para que conozca lo verdadero y ame lo bueno, para que entienda mi nobleza, mi preciosidad y mi destino, para que tema el castigo del vicio, y espere el premio de la virtud aun mas allá de los horrores del sepulcro. Vos, Dios mio, habeis impreso en mi alma estos deseos, estos temores y estas esperanzas: si mi alma fuera mortal como mi cuerpo, ¿no serian todos ellos una vana quimera, y Vos un engañador injusto? Sí, Dios mio, Dios bueno, Dios omnipotente y santo, solamente siendo Vos un injusto impostor podrian haber creido los romanos, los griegos, los egipcios, que habia un lugar destinado á suplicios para los malos, y unos campos Elíseos llenos de delicias para los buenos mas allá de la muerte de los cuerpos. Únicamente siendo Vos un engañador torpe podrian haberse persuadido los indios, los chinos, los mahometanos, los judíos, los cristianos y todas las demás naciones que las almas eran inmortales. Este grito, este sentimiento, este idioma de la naturaleza humana, constante y uniforme, á quien ni los años debilitan, ni la diversidad de religiones destruye, ni la diferencia de naciones y pueblos aniquila, ¿no es la voz de la verdad? Si esta no lo es, ¿qué otra podrá presentar pruebas mas irresistibles?

14. Confesémosla nosotros, cristianos mios, postrados delante de la majestad del Dios de los dioses, del Rey de los reyes, del Señor de los señores, y del principio y fin de todas las cosas: confesémosla, y adoremos á Dios uniendo nuestra adoracion á la de todos los espíritus y bienaventurados del cielo, y á la de los justos de la tierra: confesemos que hemos recibido del Señor una alma libre, espiritual, indestructible é inmortal: adorémosle por tan grande beneficio, y convidemos al cielo y á la tierra, á los Ángeles y á los hombres á bendecir su santo nombre.

15. Venid, y alegrémonos delante del Señor, y cantemos á Dios nuestro Salvador: presentémonos delante de su divino rostro confesando su gloria, y alabémosle con himnos y salmos. Dios es grande Señor: Dios es Rey grande sobre todos los dioses: Dios no desechará al pueblo que le adora, le sirve y obedece, á quien redimió obrando su salud en medio de la tierra. Temámosle porque es justo, amémosle porque es bueno, humillémonos en su presencia porque es omnipotente, veneremos su rectitud y sus juicios porque es sábio, y conformemos nuestra voluntad á la suya porque es santo y bendito en los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DEL PECADO ORIGINAL,

DEMOSTRADO POR LA RAZON.

*Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum
eor malum incredulitatis. (Hebr. III, 12).*

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno
de vosotros corazon malo de incredulidad.

1. El grande apóstol san Pablo, lleno de asombro al contemplar las obras de Dios, prorumpió en esta enérgica admiracion: ¡Oh altura inaccesible de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, qué investigables son tus caminos, qué incomprensibles tus juicios! Todo hombre que piensa, que combina, que reflexiona, se ve en la feliz necesidad de hablar de la misma suerte; sea que fije su atencion en las maravillas de la naturaleza, sea que la ponga en los prodigios de la gracia, sea que eleve su espíritu á los misterios de la gloria. El hombre filósofo toma en su mano una yerba del campo, una flor, una fruta ó un pequeño arbusto, y acercando su vista mira un jugo uniforme, que subiendo de la tierra, y pasando por las raíces y el tronco de aquella planta, forma en una parte una fibra dilatada, en otra un ventrículo redondo y hueco por dentro, para que en él fermenta aquel jugo, y pase luego á producir nuevas maravillas; aquí una tráquea espiral que reciba y expela el aire, allí un almacén ó depósito para las semillas que va formando, y en todas las partes de aquel cuerpo unos colores, unas proporciones y unos dibujos que le pasman. Lleno de admiracion se pregunta á sí mismo: ¿las raíces, el tronco, las ramas, las hojas, las flores, los frutos, con todos sus órganos estupendos, estaban encerrados y envueltos en la semilla anterior que produjo esta planta, y aun cuantas se producirán de ella hasta el fin del mundo, no habiéndose ahora hecho otra cosa que desenvolverse ó desarrollarse, ó se han fabricado de nuevo en esta produccion? ¡Qué misterio! ¡Qué mano es la que gobierna aquel jugo que forma una máquina millones de veces mas admirable que la del reloj mas fino y complicado? Confuso y aturdido al ver y tocar con todos sus sentidos las maravillas de la

naturaleza que él no comprende ni puede explicar, exclama : confieso que el Omnipotente va mucho mas allá que mi entendimiento. Ciertamente no cabe en mi inteligencia el poder de Dios : muchas de sus obras en la naturaleza son para mí arcanos impenetrables : *Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus !*

2. No de otra suerte, decia Salomon que era un misterio incomprendible para él la conducta del hombre en su adolescencia. Los sublimes conocimientos de que Dios habia adornado su alma no eran suficientes para entender el uso que en el camino de su vida haria de su albedrío aquel jóven. El clima de su patria, el influjo de los ejemplos desde su nacimiento, los cuidados de su educacion, la fisonomía de su persona, la inclinacion de su genio, el carácter de su espíritu, nada de todo esto le presentaba datos fijos para anunciar con certidumbre el resultado de sus operaciones, su término y su fin. Veia aquel gran Rey, y nosotros lo vemos cada dia, que unos jóvenes empezaban bien y acababan mal; otros empezaban mal y acababan bien : estos eran ignorantes y se hicieron sábios; aquellos eran instruidos y murieron fatuos : unos tenian un genio dulce, una condicion amable y una conducta virtuosa, y luego se transformaron en petulantes, ridículos, soberbios y viciosos : á otros de una inclinacion feroz, de un genio cruel y un desórden casi universal de costumbres los vimos humildes, mansos, morigerados y de una heroica virtud. ¿Quién entenderá estos prodigiosos misterios de la divina gracia ? *Quam investigabiles viæ ejus !*

3. El mismo apóstol san Pablo levantando su espíritu á los bienes de la gloria, dijo : Que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni caben en el corazon del hombre las grandes cosas que Dios tiene reservadas en el cielo para los que le temen y aman. ¿Qué altura tan prodigiosa la de aquel bello lugar, qué extension tan inmensa, qué capacidad tan asombrosa, qué hermosura tan inexplicable ! Pero ¿cuántos la habitan ? ¿Por cuánto tiempo serán felices ? Todo es misterio. ¿Quién me dirá lo inmenso de aquella altura, de aquella extension, de aquella vastísima é incomprendible longitud ? ¿Quién dará alcance á su interminable eternidad ? *Cunctæ res difficiles : non potest eas homo explicare sermone.* (Eccles. 1, 8).

4. Si cuanto ven los ojos en la naturaleza es un prodigio, si cuanto reflexiona el entendimiento en las operaciones de la gracia y en los eternos premios que Dios justo y santo reserva para los virtuosos en la gloria es un misterio, ¿por qué tanta oposicion en los incrédulos para creer el misterio del pecado original ? ¿No es su pro-

pio cuerpo un prodigio? Su alma misma y la naturaleza entera ¿no es un asombro? Sí, ciertamente, responderán. Estas verdades las vemos, las tocamos, las sentimos, no podemos negarlas aunque no las comprendamos; pero ¿creer que hubo un pecado que se cometió mas ha de seis mil años, y decir que se nos ha de imputar, y que incurrimos en él no habiendo existido nosotros en tantos siglos despues? Que se nos castigue por nuestras culpas personales lo exige la razon, y la justicia lo pide; pero que por un pecado en que no tuvimos parte se nos destierre del cielo y se nos haga llevar en la tierra una vida corta, miserable, llena de desdichas y miserias, se nos representa la cosa mas opuesta á la razon que pueda imaginarse. Cualquiera que tenga la menor idea de Dios creará ser este el absurdo mas injurioso á su justicia y santidad que hayan cometido los hombres. Al fin si este misterio se nos descifra, si se nos persuade razonablemente, nada nos queda que oponer á las verdades de la religion cristiana: cedemos á su verdad, detestamos todos nuestros extravíos contrarios á su doctrina, la seguiremos y observaremos inviolablemente hasta la muerte.

5. Ya oís, amados cristianos míos, en lo que quedamos de acuerdo con los incrédulos. ¡Qué felices sois vosotros! sí, vosotros, que con una fe sencilla prestais un razonable obsequio á las decisiones auténticas de nuestra infalible madre la santa Iglesia! Esta, congregada legítimamente en la ciudad de Trento, y dirigida por el Espíritu Santo, que es espíritu de verdad, os habla y enseña que Adán, el primer hombre, el padre de todos los hombres, por no obedecer en el paraíso al mandamiento de Dios perdió la santidad y justicia en que habia sido criado, incurrió en la ira é indignacion de Dios, y quedó sujeto á la muerte del cuerpo y á la condenacion de su alma; que este pecado, aunque cometido personalmente por Adán, nos daña tambien á todos nosotros; que todos incurrimos en él en nuestra concepcion, dimanada de aquel viciado origen, y que ni por las fuerzas de nuestra naturaleza, ni por ningun otro remedio nos podemos ver libres de sus miserias, sino por los méritos de Nuestro Redentor Jesucristo, que nos reconcilió con Dios por su pasion y muerte, haciéndose para nosotros justicia, santificacion y redencion, la que nos comunica por el Bautismo debidamente recibido; pues no hay otro nombre debajo del cielo en que podamos ser salvos sino el de Jesucristo: él es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo; de él nos revestimos cuando somos bautizados. Por este sagrado Bautismo se nos perdona aquel

pecado original, nos desnudamos del viejo Adán, nos vestimos del nuevo que es criado segun Dios, y por su divina gracia y las virtudes teologales, cardinales y morales que nos infunde quedamos puros, inmaculados, santos, inocentes, amados de Dios y herederos del cielo. Y aunque despues queda en nosotros la concupiscencia ó el *fomes peccati* para mantener la batalla entre la carne y el espíritu, y coronar á los que legítimamente pelearon, ella no es formalmente pecado, aunque dimane del pecado é incline al pecado.

6. Habeis oido, carísimos, la doctrina pura y sana de nuestra santa madre la Iglesia. Mirad no se halle entre vosotros algun corazon corrompido con la peste de la incredulidad, os diré con el apóstol san Pablo: *Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis*. Dios santo, sábio y omnipotente ha hablado, ¿quién dejará de oir su voz? Dios ha hablado, ¿qué podrá replicar el hombre débil, el hombre ciego é ignorante? Esta doctrina enseñan las divinas Escrituras, esta predicaron los santos Padres, esta rubricaron con su sangre los gloriosos Mártires, y esta definieron expresa y terminantemente los concilios generales, y esta, en una palabra, es la doctrina de la religion de Jesucristo. A vista de documentos tan irrefragables, ¿qué podrán oponer los incrédulos, por mas instruidos que se les suponga? Si no es posible agradar á Dios sin esta fe, ¿cómo podrán agradarle sin ella los incrédulos? ¿Se resiste todavía su razon? ¿Rehusa el cautiverio en obsequio de la fe? ¿Insisten en que por la razon se les demuestre este misterio? ¡Insensatos! ¿Quién halló misterios en las demostraciones? ¿Qué mérito tendria la fe en las evidencias? ¿Se satisfará con razones que persuadan? No pueden pretender otra cosa, y es justo concedérsela. Ya se lo hemos ofrecido anteriormente, y llegó el momento de cumplir la oferta.

7. ¡Dios eterno! permitid que yo, vil gusanillo de la tierra, me postre en vuestra presencia, y creyendo vuestras verdades, por mas superiores que sean á mi entendimiento, os ofrezca un tributo de veneracion á los adorables misterios que habeis querido revelarnos. Yo lo sé, porque Vos, que sois la verdad por esencia, me lo decís por vuestro apóstol san Pablo. Haced, Señor, por vuestra misericordia que lo mismo que yo creo por la fe lo persuada por la razon á los incrédulos, y triunfen las luces de la verdad de las tinieblas del error. Hacedlo así, Señor, por la intercesion de vuestra Madre María santísima, preservada de esta mancha original por un pro-

digio de vuestra gracia, con cuyo patrocinio procuraré demostrar el asunto que acabo de proponer : *Ave María*.

8. La razon natural, esta luz dimanada de la luz eterna, que ilumina nuestra alma; este don de la infinita misericordia de Dios nos dicta que entre dos cosas muy difíciles de entender estemos por aquella que menos dificultades envuelva, y que podamos mas bien comprender. Ciertamente no es menester mas que dejar expedito el uso á la razon, para que esta bella cualidad de nuestra alma se incline á aquella parte que ve mas perceptible y mas clara. No sucede en los misterios de la fe lo mismo que en los de la razon: en aquellos es la autoridad divina á quien cedemos, sean mas ó menos comprensibles los dogmas revelados; en esta la mayor ó menor claridad del objeto que á fuerza de las averiguaciones naturales se busca llama la razon, la persuade, y la decide á tomar partido. En vista de estas verdades yo pretendo persuadir por razon á los incrédulos que el hombre sin la creencia del pecado original es un ser infinitamente mas incomprendible que el hombre mismo cuando confiesa este misterio.

9. Preséntate á mí, hombre racional, y respóndeme de buena fe quién eres y cuáles son tus pensamientos. Yo, me dices convencido hasta la evidencia por la experiencia de cada hora y aun de todos los instantes, yo soy un ser espiritual que pienso, y tengo ideas tan altas y sublimes, que parezco un ser divino; yo soy tambien un ser material tan débil y miserable, que las mismas bestias me exceden en la felicidad natural. Yo pongo en ejercicio mi entendimiento, y rodeando mentalmente toda la tierra, mido su diámetro y circunferencia, calculo la profundidad y extension de los mares, y el origen de sus flujos y reflujos, numero sus islas, averiguo sus longitudes, examino sus producciones, y penetrando por los bosques y los peñascos descubro sus metales, hago correr las fuentes de las aguas, demuestro el origen de los rios, describo sus tortuosos giros hasta los mares, examino los volcanes, señalo el tiempo de las transmigraciones de los peces y las aves, pruebo los sabores de las carnes, me aprovecho de la virtud de los árboles, de las raíces, de las plantas y de las flores, domo los animales, camino sobre las olas y las borrascas en palacios soberbios formados de fragiles leños, imito los truenos, los relámpagos y los rayos, peso los vientos y vuelo seguro por sus inmensos espacios, sirviendo á mis vastos designios todos los elementos. Yo, adornado de un dominio

tan natural y asombroso, nazco desnudo y llorando, y vivo mucho tiempo sin saber hablar, sin saber comer, andar, vestirme ni defenderme, llevándome en todo esto ventajas conocidas las aves del aire, los peces del mar, los animales de la tierra, las sabandijas y los insectos mas despreciables. ¡Dios inmortal! ¿Quién soy yo? *Ecce mysterium vobis dico.*

10. Yo veo en mi alma unas ideas claras del bien y del mal moral. Conozco naturalmente que robar el bien ajeno, faltar al contrato justo, mentir y engañar al prójimo, herir sin causa á mis semejantes, oprimir al inocente; abusar de la buena fe de los sencillos, y otras cosas á este modo, mi corazon las condena como feas, deseando no hacer á los prójimos lo que yo no quisiera que hicieran conmigo; y conducido de estos rectos principios, establezco leyes, formo reglamentos y escribo ordenaciones en que brilla la equidad, la justicia, la veracidad, que mantienen el órden y buena armonía del universo, la obediencia á los soberanos, la piedad con los padres, la misericordia con los necesitados, la fidelidad en los contratos, la frugalidad en los convites, la moderacion y decencia en las diversiones, la honestidad en las palabras, la modestia en los vestidos, y la rectitud en las intenciones y las obras. Yo al mismo tiempo que presento el modelo de las virtudes mas heroicas experimento las mas viciosas inclinaciones, y rindiéndome voluntariamente á sus impulsos, soy un mónstruo horrible de todos los desórdenes y pecados. Abusando torpe y feamente del poder, desprecio todas las leyes, atropello todas mis obligaciones, aflijo los inocentes, engaño á los incautos, robo los bienes del prójimo, ensucio la pureza de los tálamos, aborrezco á mis semejantes, y sorprendiéndolos en los caminos ó en la tranquilidad de sus casas, sacrifico sus caudales y sus vidas al ídolo insaciable de mi codicia. La ambicion me saca fuera de mí mismo, y agavillando las gentes y formando ejércitos innumerables, sujeto á la injusticia de mi espada los pueblos, las provincias y los reinos, despues de haberlos cubierto de cadáveres y regado con la sangre de los hombres. La incontinenia, trasladando á mi corazon y á mis huesos los Etnas y los Vesubios, me ciega y me precipita para que no me reporte, ni aun mire ni respete los vínculos del parentesco, las leyes de la amistad, los derechos de la naturaleza y lo sagrado de la Religion. La envidia, mordiéndose rabiosamente las entrañas, convierte en veneno las confecciones de los méritos ajenos, sus prosperidades y sus virtudes. La gula, destemplándome la armonía de los humores naturales, me agrava las en-

fermedades, disminuye mis haciendas, roba mi reputacion y embrutece mi alma. ¿Ser eterno! ¿quién soy yo? *Ecce mysterium vobis dico.*

11. Yo escucho las lecciones que me dicta la razon, y ella, por una série nunca interrumpida de generaciones en los vegetales, en los sensitivos y en los racionales, me lleva insensiblemente á la demostracion de un primer Ser increado, eterno, omnipotente, sábio, justo y santo. Por mas que yo pretenda cerrar los ojos para no ver esta verdad, yo la miro dentro de mi alma, y allí conozco ser de todo preciso que sea increado el que crió todas las cosas; que sea eterno el que es increado y no procede de otro; que sea omnipotente el que de la nada formó esta hermosa é inmensa máquina de los cielos y la tierra, con cuantas criaturas en ellos se contienen; que sea infinitamente sábio quien ideó tantas perfecciones en cada uno de los innumerables seres que pueblan el universo; que sea un solo Santo, un solo Dios justo, un solo Señor perfectísimo en toda clase de perfecciones, amante de lo bueno, castigador de lo malo, inmenso sin extension, grande sin cantidad, sábio sin fatiga, y rico sin pena. Mi razon me habla, y dice: que á este solo Dios debo adorar en espíritu y verdad; que debo amarle porque es bueno, creerle porque es verdadero, esperar en sus piedades porque es misericordioso, temerle porque es justo, y obedecerle porque es nuestro Criador, nuestro Redentor, nuestro Legislador, nuestro Maestro y nuestro Rey. Mi razon me habla, pero yo la desatiendo; y cuando otros guiados por la razon, adoran á un Dios solo, yo adoro á cientos, á millares de dioses, que formo en mi loca y destemplada fantasia. Pero ¿qué dioses? De piedra, de madera, de plata, de bronce, cobre y oro; que tienen ojos y no ven, manos y no las mueven, pies y no andan, oidos y no oyen, boca y no hablan; obras de hombres, en que el arte representa bien ó mal las obras de la naturaleza. ¿Qué dioses? ¡Oh pobre razon humana! ¡avergüénzate, llénate de confusion y horror al mirar tus extravíos! Figuras de serpientes, dragones, vacas, cocodrilos, mónstruos espantosos á la vista y al oido; ó bien plantas y hortalizas de los campos y los huertos. ¿Qué dioses? Crueles unos, torpísimos otros, abominables y viciosos todos. ¡Gran Dios! ¿Quién es el hombre, pues te conoce y te ignora? te alaba y vitupera? te sirve y te ofende? ¿Sábio é ignorante? rico y pobre? poderoso y débil? lleno de imperfecciones y de virtudes? *Ecce mysterium vobis dico.*

12. Aparezcan en mi presencia todos los sábios y todos los in-

crédulos mas instruidos, y explíquenme este misterio sin el pecado original. ¿Le faltó á Dios poder para formar al hombre perfecto? No. Él es omnipotente. ¿Salió de la mano del sapientísimo artífice Dios una obra tan desconcertada? No. Á Dios no le falta sabiduría para sacar sus obras perfectísimas. Mírense los cielos, los astros, los vientos, la tierra, las aves, los peces, los animales; mírense los árboles, las yerbas, los metales; tómese en la mano el insecto mas despreciable que va arrastrando por la tierra, cuyo cuerpo es casi invisible por su pequeñez; examínese, considérese, y se hallará una sabiduría infinita que presidió á su formacion. Venid y ved las obras del Señor: todas las crió en número, peso y medida; todas son acabadas, todas perfectas, todas sabia y poderosamente ejecutadas: *Quam magnificata sunt opera tua Domine! Omnia in sapientia fecisti: impleta est terra possessione tua.* (Psalm. ciii). Pues ¿cómo el hombre solo, este hombre criado para presidir á las aves del cielo, á los peces del mar, á los animales de la tierra; este hombre á quien sirven los elementos, los astros del cielo y los mismos Ángeles; este hombre, que es la obra mas grande entre todas las criaturas, la mas amada, la mas privilegiada, la mas costosamente reparada y redimida; este hombre, en fin, criado á imágen y semejanza de Dios, ¿cómo es tan miserable? ¿Cómo cuando levanta su entendimiento al cielo se halla, sin saber cómo, con su imaginacion en el abismo? ¿Cómo cuando piensa en su Criador se le representan las criaturas? ¿Cómo experimenta tanta inclinacion al mal y tan grande repugnancia para obrar el bien? ¿Cómo tanto ímpetu en sus pasiones, tanto desorden en sus apetitos? ¿Cómo tanta grandeza en tanta pequeñez, tanta degradacion en tanta majestad, tanto poder en tanta debilidad? Si esta admirable máquina formada por el sapientísimo y omnipotente Dios no experimentó alguna caída, algun desorden ó vicio universal despues que salió de las manos de su Hacedor, nada hay para el hombre mas incomprensible que el hombre mismo: nada que mas se resista y repugne á las justas ideas que debemos formar de la bondad, de la sabiduría y omnipotencia de Dios; pero toda esta incomprensibilidad desaparece, y todo se hace fácil de entender en confesando el pecado original. En diciendo que Adán pecó, y que en él pecamos todos, y que este actual estado de la naturaleza corrompida no es el que sacó de las manos de Dios, sino el que contrajo por la prevaricacion del primer hombre, todo queda llano y perceptible: el misterio se descubre, las dificultades desaparecen, la verdad se toca y la razon se aquieta. Hagamos todavía esto

mas sensible con un símil bien sencillo y no menos significativo. Supongamos que los célebres relojeros Hyggs y Evans, Dallen ú otros de los mas acreditados de Lóndres, París y Ginebra trabajan con empeño el reloj mas exquisito; eligen los mejores materiales, se toman todo el tiempo que les parece, aplican toda su inteligencia y cuidados, y al fin presentan su obra superior en hermosura y perfeccion á cuantas en otros tiempos habian trabajado. Entrégansela con cuidado al conductor para que la ponga en manos del rey de España, que la habia mandado hacer con todo esmero. Recíbela el soberano, y al registrarla encuentra destornillada la máquina, rota la cuerda, sin elasticidad el muelle real, paradas las ruedas, y todo el reloj necesitado de un reparo muy considerable. Admirado el rey pregunta: ¿Qué es esto? No es posible que esta máquina haya salido de esta manera de la mano del maestro: algun golpe ha llevado en el camino: tú le has dejado caer: díme con verdad, ¿qué ha sucedido? Señor, responde el conductor afligido, todo lo que V. M. dice es cierto. Yo, por ver una obra tan hermosa, la saqué un dia de la caja en que venia, y cayéndoseme sobre una piedra, se desconcertó mas de lo que yo podia pensar; y ahora veo que me ha costado muy cara mi curiosidad. Ya lo decia yo, replicó el rey: no podia menos de haber sucedido así, porque el artífice es muy diestro: él ha hecho otras obras muy preciosas: él, por encargo mío, habia puesto todos sus cuidados en esta: ciertamente hubiera sido un misterio incomprensible haberla errado, cuando en todas las demás ha mostrado el mayor primor. La caida es cierta, el golpe es innegable; pero por haber confesado con franqueza la verdad yo te perdono. Aplicad, incrédulos instruidos, este símil á nuestro caso, y espero que vuestro entendimiento le graduará de una como demostracion del pecado original, dada por la razon natural.

13. No somos tan rebeldes á la luz que si se nos presenta cerramos los ojos con obstinacion por no verla. Confesemos con ingenuidad que no habíamos considerado bastantemente bien la naturaleza del hombre, ni habíamos creido posible probar por pura razon natural el pecado original y su funesta propagacion en todo el género humano; pero ahora que la razon nos dicta ser mas conforme creer un misterio menos incomprensible que otro infinitamente mas impenetrable, y el hombre sin la confesion del pecado original es una criatura del todo incomprensible, y confesando aquel pecado, ya su naturaleza no envuelve dificultades impenetrables, ¿qué decimos? Ninguna grave dificultad se encuentra en la naturaleza del

hombre; luego descubrimos que ella salió perfecta de las manos del Criador : comprendemos que ella dió una fatal caída que desconcertó su armonía y la delicadeza de su admirable construccion, y al fin entendemos que necesitó de una grande reparacion. Hé ahí todo el misterio aclarado por la razon natural. Es menester confesarlo, dicen los incrédulos instruidos, ó contradecir las verdades que el entendimiento confiesa; pero si confesamos el pecado original y la corrupcion de la humana naturaleza, dimanada de aquel viciado principio, se nos resiste todavía mucho la gravedad de su pena. No tenemos por digno de la bondad de un Dios infinitamente misericordioso y clemente el castigarnos con miserias temporales en la vida por aquel pecado, y en la muerte privarnos enteramente de la gloria y de la vista y posesion de Dios. Que todo esto recayera sobre el primer culpado, aun nos pareceria duro; mas al fin lo concederíamos como castigo aplicado por su desobediencia personal; pero ¡que nosotros... nosotros, que despues de seis mil años hemos venido al mundo, experimentemos el mismo castigo por una desdicha hereditaria que de tan léjos nos viene! Si esto no repugna á la santidad, á la bondad y clemencia de Dios, no sabemos qué otro absurdo le puede ser mas repugnante.

14. ¡Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo y Dios de toda consolacion, que se ha dignado consolarnos en el feliz viaje que vamos llevando por un país tan áspero y difícil! Esperamos en sus misericordias que le concluiremos con no menor felicidad. Ya tenemos confesado el pecado original por los que se decian incrédulos instruidos como un misterio mas comprensible que el hombre sin él. La pena del pecado original es lo que ahora les incomoda. Tambien me incomoda á mí y á todos los mortales, que justamente lloramos los funestos efectos de aquella culpa, que aunque felizmente se nos perdonó en el sacramento del Bautismo, nos quedó la concupiscencia, que proviene del pecado, y nos inclina al pecado, aunque ella en sí no lo sea. Todo esto ciertamente incomoda; pero á pesar de su incomodidad debemos creerlo, porque es verdadero, y debemos creer tambien la pena del pecado original, porque es justa. Procuremos que hable la razon, y veamos si ella encuentra lugar en sus corazones.

15. Nada mas justo, dice la razon, que el que al hombre se le dé lo que naturalmente le corresponde; pero el darle mas de lo que á su naturaleza pertenece es una pura gracia del Criador. ¡Verdad luminosa! Dios no tenia obligacion cuando crió al hombre de darle

la gracia divina, la gloria eterna y los demás dones sobrenaturales, para confesar que no son debidos á la humana naturaleza, sino superiores á ella. El conocimiento natural de Dios es debido al hombre racional; pero la posesion de Dios en su eterna bienaventuranza alcanzada por la fe sobrenatural, que obra por la caridad, es un don gracioso de la bondad y misericordia de Dios. Ninguna injusticia puede hacernos su divina Majestad, porque es un Ser infinitamente perfecto, y ningun agravio nos haria en negarnos lo que no nos corresponde. Un soldado tiene derecho á pretender la paga de su prest, sirviendo fielmente al rey; pero no le tiene para exigir que se le haga coronel, mariscal de campo ó general. Estos son unos principios tan sencillos como claros, verdaderos, conocidos y confesados de todos.

16. Pues ahora, carísimos, escuchadme; la naturaleza del hombre podemos considerarla en cuatro estados: en el de la naturaleza pura, en el de la naturaleza en su integridad, en el de la naturaleza en su corrupcion, y en el de la naturaleza en su reparacion. En el primer estado vosotros conoceis muy bien que no tenia ni podia tener derecho á la gloria eterna, ni á ningun otro beneficio sobrenatural. El segundo estado es en el que fue criado Adan, y adornado gratuitamente por Dios con la fe, la esperanza, la caridad, la inocencia, la gracia y otros dones sobrenaturales, siendo muy particular entre ellos la herencia de la gloria. Todos estos bienes fueron una pura gracia del Señor, fueron un efecto de su bondad y magnificencia con que adornó al hombre y le puso en un estado feliz, dichoso y santo. Pero esta bienaventuranza temporal que el hombre gozaba en el segundo estado de la naturaleza perfecta, y la eterna que se le prometió, no era absoluta, sino condicionada; esto es, pendiente de su obediencia y sus méritos. Impúsole un precepto muy suave, y sin embargo Adan desobedeció á Dios, quien sin la menor injusticia le pudo desde aquel instante arrojar á los infier nos como á los ángeles rebeldes. No lo hizo por un efecto de su misericordia; antes le llamó á penitencia, le esperó á penitencia, y le reconcilió consigo por medio de la santa penitencia. Pero esta fue una pura gracia de su misericordia, y la justicia declaró desde aquel momento al hombre delincuente y sujeto á la muerte en que incurrió por su pecado, y á las demás miserias que desgraciadamente experimentamos: desde aquel momento se cerró para los hombres el cielo, y se les privó de la vista clara de Dios, como de unos beneficios indebidos por no haberlos querido alcanzar con

la observancia de los preceptos del Señor, que era la condicion que el mismo Dios les habia puesto. Este es el tercer estado que llamamos antes de la naturaleza corrompida por la primera culpa; y el cuarto estado, finalmente, es el de la naturaleza reparada por la vida, pasion y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, que fundó su Iglesia, instituyó los santos Sacramentos, abrió las puertas del cielo, y entró triunfante del infierno, de la muerte y del pecado en su bienaventuranza, la que nos agenció con sus méritos, y nos prometió á los cristianos por herencia mediante la observancia de su santa é inmaculada ley. El que creyere, dijo, y fuere bautizado, se salvará. Si quereis, añadió, entrar en la vida eterna, guardad los mandamientos. ¿Hay en ese bello cuadro alguna pincelada que á la razon repugne, y que ella no comprenda y alcance? ¿Qué cosa mas razonable ni mas justa que castigar al delincuente, perdonar al arrepentido, y premiar al virtuoso? Todo lo vemos en lo que acabamos de decir.

17. No podemos, responden los incrédulos, negar las verdades conocidas: ellas respecto de Adan forman una demostracion la mas equitativa y razonable; ¿pero sus hijos? ¡Ay! esto destempla toda la armonía de nuestra razon, y se nos resiste imponderablemente. ¿Qué culpa tuvieron sus hijos? Vamos poco á poco, y sentando bien el paso, porque el asunto lo merece.

18. Los hijos desde que nacen tienen el derecho de sus padres, esto es, á los bienes que tenian sus padres cuando ellos nacieron, y que despues fueron adquiriendo justamente mientras vivieron; mas no tienen derecho alguno á los bienes, haciendas, privilegios y exenciones que gozaron sus padres anteriormente, y de que fueron despojados legítima y legalmente por justa, equitativa y razonable sentencia de su propio juez. ¿No es esto así, señores incrédulos? Indubitavelmente. Nosotros ya hemos confesado en obsequio de la verdad que Adan fue justamente despojado de los dones gratuitos, y herido en los dotes naturales. Muy bien. Pues Adan en el estado feliz de la inocencia, en que tan privilegiado fue, no tuvo hijos; cuando los tuvo fue cuando se hallaba justamente castigado por Dios con la merecida pena de su pecado. Luego los hijos no tuvieron, ni tenemos otro derecho que la herencia de Adan en el estado de pecador, pobre, mortal, miserable y desterrado del cielo. Ningun agravio se nos hace en negarnos lo que no se nos debe; y si conseguimos el cielo, es por la gracia de Dios, que se nos da por Nuestro Señor Jesucristo. Nosotros podemos ciertamente lamentar-

nos de nuestra infeliz suerte; nosotros podemos sentir el desorden de nuestro primer padre Adán, que nos redujo á tanta miseria; pero nosotros no podrémos jamás quejarnos justamente de Dios nuestro Señor. Yo no veo en todo este discurso cosa que no sea clara, justa, razonable y verdadera. Hagámoslo mas inteligible á los incrédulos con este simil. Supongamos que un gran príncipe elige un jóven hermoso para privado suyo, le ennoblece, le da riquezas, le colma de honores y le llena de privilegios y dignidades; supongamos que aquel jóven goza por algunos años de tanta felicidad; pero al fin, ingrato á su bienhechor, se entrega á los desórdenes mas feos, mancha su reputacion, arruina la robustez de su cuerpo y envilece su alma: irritado el soberano, le llama, le reprende, le castiga, y le destierra de su corte y de su presencia, sin empleos, sin caudales y sin reputacion. Desterrado el miserable se casa, le nacen muchos hijos, cuéntales con lágrimas inconsolables su antigua felicidad y le desórdenes por que justamente la perdió; pero él los ve débiles y enfermizos, porque nacieron de un padre enfermo; los ve pobres, porque nacieron de un pobre; los ve desterrados, porque nacieron de un desterrado; pregunto á los incrédulos, ¿á qué herencia tienen derecho los hijos? Si el rey quisiera, bien podria alzar el destierro, llevar sus hijos á la corte, y darles mayores dones y privilegios que tuvo su padre en algun tiempo; pero esto seria una purgracia, una gran misericordia y un efecto extraordinario de la bondad del soberano; pero exigirlo de justicia, pero quejarse porque el soberano no lo hiciese, ¿con qué razon, señores incrédulos? Que se quejaran si el rey les mandara sacar los ojos, ó atenacear vivos por un pecado que ellos no habian cometido, sino su padre antes que ellos existieran, está muy puesto en razon; pero ¿en qué razon cabe que se persuadan ser una injusticia privarles de lo que ningun derecho tienen á poseer?

19. ¡Oh verdad amable! exclaman dichosamente estos hombres, separándose del partido de la incredulidad, verdad santa, ya te vemos, ya te conocemos, ya felizmente te seguimos. Estábamos ciegos con el error, y no veíamos que el cielo es un beneficio indebido á la humana naturaleza en su actual estado de corrupcion: es un beneficio que se consigue por la gracia de Dios, por la fe y el Bautismo de Jesucristo, y por la observancia de todos los preceptos que nos ha intimado este adorable Redentor, y que la santa Iglesia, columna y firmamento de la verdad, nos propone. Ahora vemos lo que antes no veíamos: vemos que es muy razonable y muy justo un mis-

terio que antes nos parecia un absurdo; vemos que el hombre sin la confesion de esta verdad es una criatura inexplicable; vemos que nuestra razon se sosiega entendiendo esta verdad, y vemos tambien que no es lo mismo ser una cosa superior á la razon que ser contra la razon, y que cuando esta luz natural no alcanza á demostrar algun misterio de la Religion, debe someterse en obsequio de la fe, en obsequio y reverencia de Dios siempre justo, siempre santo, siempre admirable, sea que mande creer ú obrar alguna cosa, sea que la prohiba; que hable por los santos libros del Antiguo y Nuevo Testamento, ó que nos haga conocer su voluntad por las venerables tradiciones admitidas, enseñadas y sostenidas por la Iglesia católica, apostólica, romana, fuera de cuyo seno no hay vida, y sin cuya fe no hay gloria. Todo lo creemos, y para eterno triunfo de la gracia de Jesucristo así lo publicamos.

20. *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est.* Demos eterna alabanza, gloria y bendicion á Dios nuestro Señor, que envió á su santa Iglesia el espíritu de verdad que la enseña, la rige y la gobierna. ¡Oh verdad venerable, verdad hermosa, qué amable eres á los que te buscan con recto corazon! Tú experimentas combates de parte de los hombres partidarios del error, de parte de los demonios, que como espíritus de la mentira y las tinieblas se oponen á tu benéfica claridad, y de parte de las pasiones interesadas en oprimirte; pero al fin triunfas de todos, y miras atados al carro de tu poder los demonios, las pasiones y los errores mas envejecidos de los hombres. Quien te busca halla á Dios, que es la verdad; quien te sigue va en compañía de Dios, que es el camino de la verdad, y quien observa tus preceptos vive felizmente en Dios, que es la vida de la verdad. Á Dios, pues, trino en personas y uno en esencia, demos sempiterno honor, culto, bendicion, reverencia y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

SOBRE EL AMOR DE LOS PLACERES.

Homo quidam habuit duos filios, et dixit adolescentior ex illis patri: da mihi portionem substantiæ quæ me contingit.
(Luc. xv, 11).

Un hombre tenia dos hijos, y el mas joven de los dos dijo á su padre: padre mio, dadme lo que me pertenece de mis bienes.

1. Nadie ignora que la Iglesia en la celebracion de sus misterios nos propone durante el año la parábola del hijo pródigo, y yo me siento inclinado hoy á reproducir un espectáculo tan útil como bello. Con efecto, cristianos, toda la vida de aquel pródigo, su funesta salida de la casa de sus padres, sus viajes, ó por mejor decir, sus extravíos, en un país lejano, su avidez por poseer sus bienes y su prodigiosa facilidad en disiparlos, su independenciancia y su servidumbre, sus dolores despues de sus placeres, y la extrema miseria á que se vió reducido por haberlo gastado todo en satisfacer sus gustos; finalmente, la infinita variedad de sus aventuras son un cuadro tan natural de la vida humana, y su vuelta á la casa de su padre, donde encuentra con abundancia todos los bienes que habia perdido, una imágen tan completa de las gracias de la penitencia, que creeria faltar al santo ministerio de que estoy encargado si descuidase las instrucciones que Jesucristo ha encerrado en este Evangelio. Por eso mi entendimiento no se ocupa mas que de hallar un medio para ser breve en una materia tan extensa. Todo me parece importante, y sin embargo no puedo tratarlo todo sin hacer un discurso sumamente largo. Gran Dios, haced que mi eleccion sea la mas provechosa á este ilustre auditorio, y dadme las luces de vuestro Espíritu Santo, por la piadosa intercesion de la santísima Virgen, á quien saludo con las palabras del Ángel: *Ave Maria*, etc.

2. Despues de nuestra antigua desobediencia parece que Dios ha querido retirar del mundo toda la alegría verdadera que habia esparcido en él durante la inocencia de los primeros años, de tal modo que lo que halaga ahora nuestros sentidos no es sino una di-

version peligrosa y una ilusion poco duradera. El Sábio lo comprendió perfectamente cuando dijo estas palabras: *Risus dolore miscbitur, et extrema gaudii luctus occupat.* (Prov. XI, 13). «Las risas estarán mezcladas de amargura, y las alegrías concluirán por la-
«mentos.» El hablar así de los placeres es conocer el mundo; y aquel grande hombre ha notado bien en las palabras que he reproducido, primero, que esos placeres no son puros, puesto que están mezclados de dolores, y segundo, que pasan demasiado pronto, puesto que les sigue tan de cerca la tristeza. Con efecto, es indudable que no gozamos en este mundo de una alegría pura y sin mezcla. La felicidad de los hombres del mundo está compuesta de tantas partes, que siempre falta alguna; y el dolor tiene demasiado imeprio en la vida humana para dejarnos gozar por largo tiempo de reposo. Hé aquí lo que nos enseña la parábola del hijo pródigo. Este, para dar un curso mas libre á sus pasiones, renuncia á las comodidades y dulzuras de la casa paterna, y compra á tan alto precio su desgraciada libertad. Al placer de gozar de sus bienes se sigue su completa disipacion. Sus excesos, sus desarreglos, la vida voluptuosa que abraza, le reducen á la servidumbre, al hambre y á la desesperacion. Por eso veis, cristianos, que sus alegrías se convierten bien pronto en una profunda tristeza: *Extrema gaudii luctus occupat.* Pero aun hay otro cambio no menos notable: el hijo pródigo, reconociendo sus faltas por sus repetidas desgracias, vuelve por fin á la casa paterna arrepentido de todos sus desórdenes; y recibido en ella con amor, recobra por sus lágrimas y sollozos lo que sus locas alegrías le habian hecho perder. ¡Extrañas vicisitudes! Sumido por sus desordenados placeres en un abismo de dolores, vuelve á entrar por su mismo dolor en la tranquila posesion de una alegría perfecta. Tal es el milagro de la penitencia, y lo que me mueve, cristianos, á demostraros hoy, en el extravío y el arrepentimiento de aquel pródigo, estas dos importantes verdades: los placeres son fuentes de dolor, y los dolores fuentes fecundas de nuevos placeres. Hé aquí la division de mi discurso y el objeto de vuestra atencion.

Primera parte.

3. El apóstol san Pablo ha dicho que «todos los que quieren vir piadosamente en Jesucristo sufrirán persecuciones:» *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.* (II Tim. III, v. 12). La Iglesia se hallaba todavía en su infancia, y ya todos los po-

deres del mundo se armaban contra ella. Pero no creais que fue perseguida únicamente por los tiranos, enemigos declarados del Cristianismo. Cada uno de sus hijos era su perseguidor, y mientras se fijaban en todas las plazas públicas sentencias y proscripciones contra los fieles, ellos mismos se condenaban de otro modo. Si los emperadores los desterraban de su patria, todo el mundo era para ellos un destierro; hacian juramento de no detenerse en ninguna parte, ni establecer su domicilio en ningun país de la tierra. Si les quitaban la vida por violencia, ellos mismos se privaban de los placeres voluntariamente. Y Tertuliano tiene razon para decir que aquella santa é inocente persecucion enajenaba todavía mas los ánimos de algunos que la otra: *Plures invenias, quos magis periculum voluptatis quam vite avocet ab hac secta, cum alia non sit, et stulto et sapienti vite gratia, nisi voluptas* (De Spectac. n. 2); esto es, que varios fieles se alejaban del Cristianismo mas bien por temor de perder los placeres que por temor de perder la vida; que preferian no tener nada antes que tenerlo sin gusto y sin diversion; que si temian los rigores de los emperadores contra la Iglesia, temian todavía mas la severidad de su disciplina; que algunos se hubieran expuesto mas fácilmente á dejarse quitar la vida que á verse privados de los placeres, sin los cuales les era la vida insoportable.

4. Ese martirio, cristianos, no concluirá nunca; y esa santa persecucion, por la cual combatimos en nosotros mismos los atractivos de los sentidos, debe durar tanto como la Iglesia. El odio ciego é injusto que los magnates de la tierra abrigaban contra el Evangelio ha tenido un curso limitado, y el tiempo le ha extinguido finalmente; pero el odio de los cristianos contra sí mismos y contra su propia corrupcion debe ser inmortal, y él es el que hará durar hasta el fin de los siglos ese martirio verdaderamente maravilloso, por el que cada uno se inmola á sí mismo, por el que la persecucion y la paciencia son igualmente agradables, por el que Dios con una misma mano sostiene al que sufre y corona al que persigue. Fácil es probar lo que acabo de deciros por el Evangelio, porque él nos manifiesta que para seguir á Jesucristo es preciso renunciarse á sí mismo, y llevar su cruz todos los dias: *Tollat crucem suam quotidie* (Luc. ix, 23); no algunas horas, no algunos dias, no algunos meses, no algunos años, sino todos los dias. Y no es solo á los religiosos y á los solitarios á quienes Jesucristo habla así, sino que sus palabras se dirigen á todos los cristianos sin distincion: *Dicebat autem ad omnes*. (Luc. ix, 23). «Jesucristo manda que entremos por la

«puerta estrecha, porque la puerta de perdición es ancha, el camino que conduce á ella es espacioso, y pueden muchos entrar por ella:» *Intrato per angustam portam, quia lata porta et spatiosa via est quæ ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam.* (Matth. VII, v. 13, 14). Así exclama Jesucristo con admiración: «Que la puerta de la vida es pequeña, que el camino que conduce á ella es estrecho, y que hay pocos que la encuentren!» *Quam angusta porta et arcta via est quæ ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam!* (Ibid.). Y notad que no dice que el camino que conduce á la perfección sea estrecho, sino que lo es el que conduce á la vida. Y advierte además á los fieles «que hagan esfuerzos para entrar por la puerta estrecha; porque yo os aseguro, les dice, que algunos procurarán entrar, y no podrán hacerlo:» *Contendite intrare per angustam portam, quia multi, dico vobis, quærent intrare, et non poterunt.* (Luc. XIII, v. 24).

5. No ignoro, cristianos, que habrá algunos aquí que murmuran contra la severidad del Evangelio. Quieren que Dios nos prohíba lo que hace daño al prójimo, pero no pueden comprender que sea una virtud el privarse de los placeres; y los límites que se nos prescriben en este punto les parecen insoportables. Pero si no sentase mejor á la dignidad de esta cátedra el suponer indudables las máximas del Evangelio que el probarlas por razonamientos, ¡con qué facilidad podría haceros ver que era absolutamente necesario que Dios arreglase por sus santas leyes todos los puntos de nuestra conducta; que él, que nos ha prescrito el uso que debemos hacer de nuestros bienes, no podía descuidar enseñarnos el que debemos hacer de nuestros sentidos; que si, teniendo en cuenta la debilidad de los sentidos, les ha dado algunos placeres también, para honrar la razón era preciso ponerles límites, y no entregar por completo el cuerpo del hombre á la vergüenza del entendimiento!

6. En efecto, cristianos, no debe admirarnos el que Jesucristo nos mande perseguir en nosotros mismos el amor de los placeres, puesto que estos, aparentando ser amigos nuestros, nos causan tan grandes males. Los peores entre nuestros enemigos, decía sabiamente aquel anciano (*Q. Curc. lib. VIII, cap. 5 y 8*), son los lisonjeros, y yo añado que los peores entre todos los lisonjeros son seguramente los placeres. Estos peligrosos consejeros ¿á dónde no nos conducen con sus lisonjas? ¡Qué vergüenza, qué infamia, qué ruina en las fortunas, qué desórden en las almas, qué enfermedades hasta en los mismos cuerpos no han sido introducidas por el

amor desordenado de los placeres! ¿No estamos viendo todos los dias mas casas arruinadas por la sensualidad que por las desgracias, mas familias divididas y turbadas en su reposo por los placeres que por los enemigos mas hábiles, mas hombres prematuramente inmolados á la muerte por los placeres que por la violencia y los combates? Los tiranos de que he hablado anteriormente ¿inventaron jamás tormentos mas insoportables que los que hacen sufrir los placeres á cuantos se entregan á ellos? Los placeres son los que han ocasionado en el mundo males desconocidos al género humano; y los médicos nos enseñan, de comun acuerdo, que estas funestas complicaciones de síntomas y de enfermedades que desconciertan su arte, confunden su experiencia, y desmienten con tanta frecuencia sus antiguos aforismos, traen su origen de los placeres. ¿Quién no ve, pues, claramente cuán justo era obligarnos á ser sus perseguidores, puesto que son ellos mismos, en tantas ocasiones, los mas crueles perseguidores de la vida humana?

7. Pero prescindamos de los males que causan los placeres á nuestros cuerpos y á nuestras fortunas, y hablemos de los que ocasionan á nuestras almas, y cuyo curso es inevitable. La fuente de todos estos males es que los placeres nos alejan de Dios tanto, que si nuestro corazon no nos dice que hemos sido criados para servirles, no hay palabras que puedan curar nuestra ceguedad. Ahora bien, hermanos míos, Dios es espíritu, y solo por el espíritu podemos obtenerle. ¿Quién no ve, pues, que cuanto mas caminamos por la region de los sentidos mas nos alejamos de nuestra tierra natal, y mas nos extraviarnos en un país extraño?

8. El ejemplo del hijo pródigo nos lo da bien á conocer; y no sin razon está escrito en nuestro Evangelio que al salir de la casa de sus padres «marchó á países lejanos:» *Peregre profectus est in regionem longinquam.* (Luc. xv, 13). El hijo desnaturalizado, y el siervo fugitivo que deja por sus placeres el servicio de su señor, hace dos viajes extraños: aleja su corazon de Dios, y además aleja de Dios su pensamiento. Nada aparta tanto nuestro corazon del Señor como una ciega adhesion á los placeres sensuales; pues si las demás pasiones pueden arrastrarle, esta es la que le obliga y le entrega enteramente á ellos. Dios no habita ya en tu corazon, hombre sensual: el ídolo á quien ofreces inciensos es el Dios á quien adoras. Pero no tardarás en dar otro paso. Si Dios no habita en tu corazon, bien pronto no habitará tampoco en tu entendimiento. Tu memoria, demasiado complaciente con ese corazon ingrato, borrará bien

pronto por sí misma la imagen del Señor de tu recuerdo. En efecto, ¿no vemos nosotros mismos que los placeres ocupan de tal modo el entendimiento, que las santas verdades de Dios y sus justos juicios no tienen en él cabida? *Auferuntur judicia tua à facie ejus.* (Psalm. x, v. 5). Dios alejado de nuestro corazon, Dios alejado de nuestra mente: ¡oh desgraciada ausencia! ¡oh funesto viaje! ¡En dónde estás, ó pródigo! ¡cuánto te has alejado de tu patria! ¡y en qué region tan oculta has escogido tu morada!

9. David se perdió antiguamente en esa tierra extraña, pero volvió bien pronto; y mientras anduvo por ella, escuchad lo que nos dice de sus errores: *Cor meum dereliquit me*: «Mi corazon me abandonó;» y quedó sumido en una miserable servidumbre. Pero mientras su corazon le abandonaba, ¿en dónde tenia su entendimiento? Escuchadlo: *Comprehenderunt me iniquitates mee, et non potui ut viderem.* (Ibid. xxxix, 13). «Los pensamientos de mi pecado me ocupaban enteramente, y no me dejaban ver otra cosa. En tal estado le «faltaba la luz de sus ojos.» (Ibid. xxxvii, 10). El conocimiento de Dios estaba en él oscurecido, la fe como extinguida y olvidada. ¡Qué extravío, cristianos! pero los pecadores van todavía mas allá: las verdades de Dios les abandonan; pierden de vista el cielo al apartarse de él; no saben qué creer, y solo les cautivan los sentidos.

10. El explicaros, ahora, cristianos, hasta dónde puede llegar este extravío, y á qué extremo pueden arrastrarnos los placeres sensuales, seria apartarme de mi propio propósito; porque ¿quién sabe los malos consejos que os darán esos lisonjeros? Todo lo que puedo deciros, cristianos, es que una vez entregada la razon al atractivo de los sentidos, y presa de ese vapor liviano, no puede responder de sí misma, ni saber á dónde la conducirá su embriaguez. Pero ¿de qué sirve el renovar hoy lo que tengo ya dicho en esta cátedra sobre el enlace de los pecados? ¿De qué me serviría el demostraros que los pecados se atraen unos á otros, puesto que no se necesita mas que uno para perdernos; y que, sin necesidad de cometer otras injusticias, es una injusticia muy criminal el negar nuestro corazon á Dios que nos le pide con tanto derecho? Pues á esta enorme injusticia nos obliga á cada paso el amor de los placeres. Hace mas todavía: no contento con habernos apartado de Dios, nos impide volver á él por una conversión verdadera; voy á demostrároslo.

11. Para convertirse, cristianos, es preciso primero resolverse á ello, fijar el ánimo en algo, y tomar algun género de vida: ahora bien, sucede que la aficion á los atractivos sensibles nos pone en

una disposicion contraria. Porque, demasiado impacientes para poder detenernos en ellos mucho tiempo, vemos por experiencia que todo el placer de los sentidos consiste en la variedad, y por esta razon nos dice la Escritura que la concupiscencia es inconstante: *Inconstantia concupiscentiæ* (Sap. v, 1, 12), puesto que en ninguna de las cosas sensibles hay situacion, por agradable que sea, que el tiempo no haga fastidiosa é insoportable. Aquel que se aficione, por consiguiente, á lo sensible, necesariamente ha de caminar de objeto en objeto, y engañarse, por decirlo así, cambiando de sitio: por eso la concupiscencia, esto es el amor de los placeres, está siempre mudando de objeto, porque todo su ardor se extingue continuamente con uno mismo, y solo la variedad es la que puede reanimarla. Y sino ¿qué otra cosa es la vida de los sentidos que un movimiento alternativo del apetito á la saciedad, y de la saciedad al apetito, flotando siempre incierta el alma entre el ardor que la apaga y el ardor que se renueva? *Inconstantia concupiscentiæ*. Ve aquí la vida de los sentidos. Y sin embargo en ese movimiento perpétuo no deja de seducirnos la imágen de una libertad errante. *Quasi quadam libertate auræ perfruuntur vago quodam desiderio suis* (S. Aug. in Psalm. cxxxvi, n. 9, t. IV, col. 1518).

12. Para convertirse se necesita cierta gravedad. Los que viven en los placeres y «presumen que nuestra vida no es mas que un juego,» *Lusum esse vitam nostram* (Sap. xv, 12), están acostumbrados á reírse de todo, y nada miran con seriedad; pero cuando necesitan tomar una resolucion, esas almas, acostumbradas por largo tiempo á correr de aquí para allí, por donde quiera que ve el campo descubierto, á seguir sus antojos y caprichos, y á dejar llevar sin resistencia hácia los objetos agradables, no pueden fijarse absolutamente en nada. La constancia, la igualdad, la severa regularidad de la virtud les da miedo, porque no ven en ella esas delicias, esos dulces cambios, esa variedad que alegra los sentidos esas agradables excursiones en las cuales se figuran que caminan con libertad. Por eso gozan y dejan cien veces los placeres, rompen y se reconcilian bien pronto con ellos. De aquí provienen esas dilaciones diarias, ese mañana que no llega jamás, esa ocasion que falta siempre, esos negocios que nunca concluyen, pero cuya conclusion estamos siempre esperando. ¡Oh alma inconstante é irresoluta, ó, por mejor decir, demasiado decidida y resuelta! para poder resolverte ¿andarás siempre errante de uno en otro objeto, sin detenerte nunca en un bien real y verdadero? ¿Qué has adquirido.

de cierto con ese movimiento eterno, y qué te queda de todos esos placeres sino el volver de ellos disgustado del bien, aficionado al mal, el cuerpo fatigado y el espíritu vacío? ¿Puede ocurrirte algo mas digno de lástima?

13. Por aquí podeis comprender cuál será la cautividad en que nos sumergen los goces sensuales, por qué el pródigo de la parábola no solo se extravió, sino que llegó á ser esclavo; y ved aquí en lo que consiste nuestra servidumbre, en que á pesar de que pasamos de un objeto á otro, como acabo de decir, con una variedad infinita, permanecemos siempre quietos en las cosas sensibles. Y ¿qué es lo que mantiene cautivos nuestros sentidos sino la maldita alianza del placer con la costumbre? Porque si la costumbre tiene por sí sola tanta fuerza para cautivarnos, juntos el placer y la costumbre, ¿qué cadenas no formarán? *Venumdatus sub peccato.* (Rom. vii, 14). «Estoy vendido por estar sujeto al pecado.» El pecado nos seduce por el placer que nos da. Penetraos bien, cristianos, de esta consideracion. Aunque no nos incline la naturaleza á mentir, y no podamos comprender el placer que algunos encuentran en ello, sin embargo, aquel que se habitúa á esta vergonzosa debilidad no encuentra otros adornos mas dignos de sus discursos que sus atrevidas invenciones, jura y miente á un mismo tiempo con igual facilidad, y, por una horrible profanacion, mezcla la verdad con la mentira. Aunque las reprensiones de sus amigos y su misma confusion le hagan avergonzarse de su conducta, que le quita todo su crédito, la costumbre es superior á sus resoluciones. Si semejante costumbre, que repugna á la naturaleza no menos que á la razon, es, sin embargo, tan poderosa y tan tiránica, ¿qué puede haber mas invencible que la naturaleza con la costumbre, que la fuerza de la inclinacion y del placer unida á esa misma costumbre? Si el placer nos hace agradable el vicio, la costumbre le hará en cierto modo necesario. Si el placer nos conduce á una prision, la costumbre, dice san Agustin, nos cerrará con cien candados, y no nos dejará ninguna salida: *Inclusum resentit difficultate vitiorum, et quasi muro impossibilitatis erecto portisque clausis, qua evadat non invenit.* (In Psalm. cvi, n. 5, t. IV, col. 1206).

14. En tal estado, cristianos, si nos queda algun conocimiento de lo que somos, ¿qué lástima no debemos tener de nuestra miseria? Porque, si pudiésemos detener el curso rápido de los placeres, y atraerlos, por decirlo así, á nosotros, tanto como á nosotros nos atraen ellos, tal vez nuestra ceguedad podria tener alguna excusa.

Pero ¿no es una fatalidad que amemos tanto á esos falsos amigos que nos abandonan tan pronto, que tengan ellos tal fuerza para arrastrarnos, y nosotros tan poca para detenerlos; finalmente, que nuestra inclinacion á sus personas sea tan violenta, que seamos tan fieles á esos embusteros, y que, sin embargo, sea tan precipitada su fuga? Llorá, llorá, ¡oh pródigo! porque, ¿qué mayor miseria puede haber en el mundo que el sentirse obligado por la costumbre del vicio á amar los placeres, y verse despues en la fatal necesidad de perderlos para siempre y sin esperanza?

15. Y si, entre tantas causas como tenemos para afligirnos, vivimos, sin embargo, contentos y dichosos, entonces, hermanos míos, horricémonos de nuestro propio reposo, como antes debía horricarnos nuestra miseria. Porque no sin motivo está escrito: «*Iluminad mi vista, ó Señor, no sea que me duerma en la muerte.*» (*Psalm. xii, 4*). No sin motivo está escrito: «*Pasan sus días en paz, y descenden en un momento á los infiernos.*» (*Job, xxi, 13*). No sin motivo está escrito, y ha dicho el Salvador en su Evangelio: «*¡Desgraciados de los que ríen, porque ellos llorarán!*» (*Luc. vi, 25*). En efecto, si los que ríen en medio de sus pecados pueden conservar siempre su alegría, en este mundo y en el otro desafían á Dios, y desprecian su omnipotencia. Pero como Dios es su Señor, sus risas no pueden menos de convertirse en gemidos eternos; y deben estar seguros de llorar algun día tanto, cuanto menos lloren ahora. Abrid, pues, los ojos, ó pecadores. Ved el precipicio á cuyo bordo os habeis dormido, mirad las olas y las tempestades en medio de las cuales os creéis seguros; finalmente, ¡considerad las desgracias y la servidumbre en que vivís contentos! ¡Ah! ¡tal vez os seria útil que Dios os despertase con algun golpe de su mano, ú os avisara por medio de alguna afliccion! Pero, léjos de mí, hermanos míos, semejantes votos; por el contrario, yo os suplico que no obligueis al Todopoderoso á que os haga abrir los ojos, enviándoos alguna calamidad; guardaos, pues, vosotros mismos de su justo furor; temed el porvenir y el funesto cambio con que os amenaza Jesucristo; y, siquiera por miedo de que vuestra alegría no se trueque en llanto, buscad, como el pródigo, en la penitencia una tristeza que se torne en alegría: esta será la conclusion de mi discurso.

Segunda parte.

16. Se lee en la Historia santa, en el primer libro de Esdras, que cuando aquel gran Profeta reedificó el templo de Jerusalem, que

el ejército asirio habia destruido, uniendo el triste recuerdo de su ruina á la alegría de su restablecimiento, una parte del pueblo llenaba los aires de lúgubres acentos, y la otra parte elevaba al cielo cantos de regocijo de tal modo, dice el autor sagrado, «que no se podían distinguir los gemidos de los gritos de alegría:» *Nec poterat quisquam agnoscere vocem clamoris latantium, et vocem fletus populi.* (I Esdr. III, 13). Pues bien, esta mezcla misteriosa de dolor y de júbilo es una imágen muy natural de lo que sucede en la penitencia. El alma desprovista de la gracia ve el templo de Dios arruinado en sí misma.

17. Y no fueron los asirios los que hicieron tan espantoso destrozo; ella misma fue la que destruyó y profanó vergonzosamente ese templo sagrado de su corazon, para fabricar en él un templo de ídolos. Así es que llora, gime y no quiere recibir consuelos; pero, en medio de sus dolores, y mientras derrama un torrente de lágrimas, ve que el Espíritu Santo, conmovido por sus gemidos y lamentos, empieza á reedificar esa casa santa, levanta el arruinado altar, y devuelve, por fin, el primitivo honor á su conciencia, en la cual quiere establecer su morada; de manera que encuentre en el nuevo santuario un retiro seguro, en el cual pueda vivir dichosa y tranquila bajo la pacífica proteccion de Dios que ha de habitar en ella. ¿Qué os parece á vosotros, cristianos, de esta santa tristeza? Un alma á quien sus dolores proporcionan semejante gracia ¿no querrá mejor afligirse por sus pecados que vivir con el mundo? y ¿no podria yo exclamar aquí con el gran san Agustin: «Dichoso aquel que es de tal modo desgraciado?» *Quam felix est, qui sic miser est?* (In Psalm. xxxvii, n. 2, t. IV, col. 294).

18. Yo quisiera poder reunir ahora todo lo mas eficaz que encierran las divinas Escrituras para pintaros dignamente esas delicias interiores, ese rio de paz de que habla Isaías (*Isai. Lxvi, 12*); esa paz del Espíritu Santo, finalmente, esa tranquilidad admirable de una buena conciencia. Difícil es, hermanos míos, hacer entender estas verdades y gozar tan castos placeres á los hombres del mundo; pero procuraré darles la idea mas cabal que pueda de ellos.

19. En la inconstancia de las cosas humanas, y entre tantas y tan diversas agitaciones como nos turban y amenazan, me parece muy dichoso aquel que puede tener un refugio; porque, de lo contrario, estamos demasiado expuestos á los ataques de la fortuna para poder encontrar reposo. Vosotros vivís en la corte, y sin examinar ahora el estado de vuestros negocios quiero creer que os hallais

tranquilos; pero no habréis olvidado las tempestades que agitan tan á menudo ese mar, hasta el extremo de fiar en su bonanza: y ved aquí por qué no considero como sensato al hombre que no se proporciona un retiro, al cual pueda mirar de léjos y acogerse, como á un puerto de salvacion, cuando se vea agitado por vientos contrarios. Pero ese asilo contra la fortuna es todavía poco seguro, y por mucho que se extienda vuestra prevision, jamás igualará á sus caprichos: pensaréis que os habeis provisto por una parte, y os vendrá la desgracia por otra; creeréis que son firmes los muros, y el edificio caerá por su base; en fin, aun cuando los cimientos sean sólidos, podrá no serlo la cima, y un golpe de viento que sople lo destruirá de arriba abajo. Quiero deciros con esto sencillamente y sin rodeos que las desgracias nos asedian y nos cercan por muchas partes, para que podamos estar prevenidos y á cubierto por todas ellas. No hay en el mundo nada en que podamos fundar nuestro apoyo, que no solo no pueda faltarnos, sino tambien convertírsenos en una amargura infinita. Y seríamos demasiado extraños á la historia de la vida humana si necesitásemos que esta verdad se nos probase.

20. Supongamos, pues, que lo que puede suceder, lo que habeis visto que sucede mil veces á los demás, os sucede tambien á vosotros. Porque á la verdad, hermanos míos, no teneis ninguna salvaguardia de la fortuna; no teneis ni exencion ni privilegio contra las debilidades comunes. Supongamos, repito, que vuestra fortuna se destruye por alguna desgracia, que vuestra familia es alligida por alguna muerte desastrosa, que perdeis vuestra salud por una larga y penosa enfermedad; si no teneis algun asilo en que guarreceros, sufriréis todo el furor de los vientos y de la tempestad; pero ¿cuál será ese asilo? Os paseais por el campo, y el aire libre no disipa vuestra inquietud; entraís en vuestra casa, y en ella os persigue la tristeza; esta importuna os acompaña hasta en vuestro gabinete y en vuestro lecho, en el cual os hace dar mil vueltas y revueltas, sin que encontréis jamás un sitio en que esteis con comodidad. Llevados y perseguidos por todos lados, solo en vosotros mismos y en vuestra propia conciencia es donde veo que os podais refugiar. Pero ¿si esta conciencia está mal con Dios, ó no está en paz, ó su paz es peor ó mas ruinosa que todas las turbaciones? Hé aquí la falta que cometemos: nuestra conciencia, nuestro interés, el fondo de nuestra alma y la parte mas elevada de ella misma están fuera de peligro; pero nosotros lo comprometemos todo con las

cosas en que puede influir la fortuna. ¡Imprudentes! Cuando el cuerpo está descubierto, procuran otros ocultar la cabeza; pero nosotros lo descubrimos todo. Y ¿qué hacer entonces, desgraciados? Siéndonos contrario lo exterior, ¿hemos de encerrarnos en el interior? ¡ay! este se halla también alterado, y nos rechaza con violencia. El mundo se declara contra nosotros por nuestro infortunio; el cielo se nos cierra por nuestros pecados; de modo que, no encontrando ningún abrigo, ¿qué miseria igualará á la nuestra? Pero, si nuestro corazon está bien con Dios, él será nuestro asilo y nuestro refugio: en él tendremos á Dios en medio de nosotros, porque Dios no deja jamás á un hombre de bien: *Deus in medio ejus, non commovebitur*, dice el Salmista. (Psalm. XLV, 5). Habitando, pues, Dios en nosotros, sostendrá nuestro abatido corazon, uniéndole santamente á Jesús afligido, y á los misterios de su cruz y de sus sufrimientos. Allí nos enseñará las aflicciones, fuentes fecundas de bienes infinitos; y sosteniendo nuestra alma afligida en una buena esperanza, nos dará consuelos que el mundo no puede esperar. Pero para tener en nosotros mismos ese consolador invisible, esto es, el Espíritu Santo, á quien el Salvador ha dado este nombre, y para gozar con él la paz de una buena conciencia, es preciso que esta conciencia esté purificada; y ninguna agua puede purificarla mas que la de las lágrimas. Corred, pues, lágrimas de la penitencia; corred como un torrente, gotas bienaventuradas; limpiad esta conciencia súcia, lavad ese corazon profano, y dadnos esa alegría «divina,» que es el fruto de la justicia y de la inocencia: *Redde mihi lætitiám salutaris tui*. (Ibid. L, 13).

21. En efecto, seria un error extraño y demasiado indigno de un hombre creer que vivimos sin placer, por quererle transportar del cuerpo al espíritu, de la parte terrestre y mortal á la parte divina é incorruptible. No en vano, cristianos, Jesucristo vino á nosotros de aquel paraíso de delicias, en el que abundan las alegrías verdaderas. Él nos trajo de aquel lugar de paz y de dicha eterna un principio de la gloria en el beneficio de la gracia, un ensayo de las miras de Dios en la fe, una prenda y una parte de la felicidad en la esperanza; finalmente, un placer casto y celestial, dimanado, segun Tertuliano (*De Spectac.* n. 29), del desprecio de los placeres sensuales. Y ¿qué es lo que puede enseñarnos á gozar ese placer sublime, placer siempre igual, siempre uniforme; que nace, no de la turbacion del alma, sino de su tranquilidad; no de su enfermedad, sino de su salud; no de sus pasiones, sino de su deber; no

del fervor inquieto y siempre variable de sus deseos, sino de la rectitud inalterable de su conciencia; placer por consiguiente verdadero, que no agita la voluntad, sino que la calma; que no sorprende la razon, sino que la ilumina; que no agrada á los sentidos en su superficie, sino que eleva el corazon á Dios por su centro?

22. Solo la penitencia es la que puede abrir nuestro corazon á estas alegrías divinas. Ninguno es digno de ser admitido á gozar estos castos y verdaderos placeres, si no ha llorado antes el tiempo que ha gastado en los placeres falsos; y el hijo pródigo no gozaria de las tiernas caricias de su padre, ni de la abundancia de su casa, ni de las delicias de su mesa, si no hubiera llorado con amargura su corrupcion, sus extravíos, sus disolutas alegrías. Lloremos, pues, nuestros pasados errores; porque ¿qué otra cosa hemos de llorar en adelante sino las faltas que hemos cometido? Examinemos atentamente por qué Dios y la naturaleza han puesto en nuestros corazones esta fuente amarga de tristeza y de placer, y verémos que sin duda ha sido para que nos aflijamos, no tanto por nuestras desgracias como por nuestras faltas. Los males que nos suceden siempre llevan consigo una especie de consuelo. Esto es una necesidad, y es preciso conformarse con ella; pero nada hay que agrave la tristeza de un hombre tanto como el que la desgracia le suceda por su causa. No podríamos consolarnos nunca de las faltas que hemos cometido, si no pudiéramos repararlas y borrarlas llorándolas. Si habeis perdido una persona querida, aunque lloreis hasta el fin del mundo, no la haréis salir del sepulcro, y vuestros dolores no reanimarán sus frias cenizas. Pero si os afligís santamente por la pérdida de vuestra alma, la sacaréis de esa tumba infecta en que la han arrojado sus iniquidades.

23. Por consiguiente, cristianos, abandonemos nuestro corazon á ese dolor saludable; y si nos sentimos poco conmovidos y entristecidos por nuestros desórdenes, regocijémonos de nuestras lágrimas, diciendo con el Salmista: *Tribulationem et dolorem inveni, et nomen Domini invocavi.* (Psalm. cxiv, 4). «He hallado el dolor y la afliccion, y he invocado el nombre de Dios.» Notad bien este modo de hablar: he hallado la afliccion y el dolor; sí, por fin he hallado esta afliccion provechosa, este dolor medicinal de la penitencia. El mismo Salmista dice en otro salmo que «las penas y las angustias han sabido encontrarle:» *Tribulatio et angustia invenerunt me.* (Psalm. cxviii, 143). Y en efecto, mil dolores, mil aflicciones nos persiguen sin cesar; porque, como dice el mismo Salmis-

ta, las angustias nos encuentran siempre muy fácilmente: *Adjutor in tribulationibus quæ invenerunt nos nimis.* (Ibid. XLV, 1). Pero ahora, añade aquel santo Profeta, he encontrado, por fin, un dolor que merecia bien que le buscasse; este dolor es el de un corazon contrito y un alma afligida por sus pecados; he encontrado este dolor, y he invocado el nombre de Dios. Me he afligido por mis crímenes, y me he convertido á aquel que los borra; mis lágrimas han labrado mi dicha, y los remordimientos de mi conciencia me han dado la tranquilidad: *Tribulationem et dolorem inveni, et nomen Domini invocavi.*

24. Pero cuando el hombre de bien gozará mas útilmente de los frutos de este dolor saludable será en la muerte; y antes de concluir mi discurso he de procurar grabar esta verdad en vuestros corazones. Para lograrlo consideremos un momento las disposiciones de un hombre que muere despues de haber vivido entre los placeres. Entonces, si le queda algun sentimiento, no puede evitar pesares extremados; porque entonces, ó lamentará el haberse abandonado á esos placeres, ó llorará la necesidad de perderlos y de dejarlos para siempre. ¡Qué dolores el uno y el otro! aquel es el fundamento de la penitencia, y este la renovacion de todos los crímenes. No podemos evitar uno de los dos, hermanos míos; ¿cuál de ellos vencerá en aquel último dia? eso es lo que no podemos saber; pero si he de deciros mi opinion, creo que ha de ser el segundo.

25. Tal vez pensaréis, hermanos míos, que cuando la muerte nos lo arrebatara todo nos resolvemos fácilmente á dejarlo todo, y que no nos es difícil desprendernos de lo que vamos á perder. Pero si pudiéseis penetrar en lo interior de los corazones, veríais que mas bien debe temerse lo contrario. En efecto, es natural en el hombre el redoblar sus esfuerzos para retener el bien que se le escapa. Sí, hermanos míos, cuando nos arrancan lo que amamos, esta violencia irrita nuestros deseos; y haciendo el alma entonces un postrer esfuerzo para correr en pos del bien que le roban, se causa ella á sí misma esa pasion que nosotros llamamos sentimiento y disgusto. Hé aquí el motivo de que Agag, aquel rey de Amalec que nos pinta la Escritura como un hombre entregado al placer y á los placeres de la gula, *Agag pinguissimus*, exhalase en el momento de perder la vida, que para él habia sido tan deliciosa, esta queja del fondo de su corazon: *Siccine separat amara mors?* (I Reg. xv, 32). «¿Es así como la cruel muerte nos separa de todo?» Ya veis que, en pre-

sencia de la muerte, que le arrancaba á la fuerza lo que amaba, todos sus deseos se despertaban con sus mismos lamentos.

26. ¿Quién no temerá, pues, cristianos, que nuestra alma fugitiva se acuerde de repente en aquel último día de lo que mas le agradó en el mundo, que nuestro último suspiro sea un gemido secreto por perder tantos placeres, y que ese amargo sentimiento de abandonarlo todo confirme, por decirlo así, con otro acto, el último de la vida, todo lo que hicimos durante la misma vida? ¡Oh sentimiento funesto y deplorable que renueva en un momento todos los crímenes, que borra toda la contrición de la penitencia, y que entrega nuestra alma maldita y cautiva á una continuación eterna de sentimientos furiosos y desesperados, que no tendrán jamás ni consuelo ni remedio! Por el contrario, un hombre de bien, á quien los dolores de la penitencia han separado de buena fe de las alegrías sensuales, no tendrá nada que perder en ese día: el abandono de los placeres ha quitado ya la costumbre de ellos al cuerpo; y habiendo hace ya largo tiempo ó desatado, ó roto esos lazos delicados que le unían á ellos, tendria poco trabajo en separarse de cuanto les pertenece. Ese hombre, apartado del siglo, que ha puesto todas sus esperanzas en la vida futura, al ver que se acerca su muerte no la llama ni cruel ni inexorable; por el contrario, le tiende los brazos, y le señala él mismo el sitio donde debe darle el último golpe. ¡Oh muerte! le dice con faz serena, tú no me harás ningun mal, tú no me quitarás nada que me sea querido. Vas á separarme de este cuerpo mortal; pues bien, gracias te doy, ¡oh muerte! por ello; toda mi vida he trabajado para hacer lo mismo. Todo el tiempo que me ha durado, he procurado mortificar mis apetitos sensuales; tu auxilio, ó muerte, me será necesario para arrancarlos de raíz; por eso, léjos de interrumpir el curso de mis designios, tú no has hecho mas que dar la última mano á la obra que yo he principiado. Tú no destruyes lo que pretendes destruir, sino que lo concluyes. ¡Acaba, pues, ó muerte favorable, y llévame pronto al seno de aquel á quien amo! etc.

SERMON

SOBRE

LA NECESIDAD DE LA PENITENCIA.

Jam enim securis ad radicem arborum posita est; omnis ergo arbor non faciens fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur. (Luc. iii, 9).

El hacha está ya al pié del árbol; todo árbol, pues, que no produzca buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego.

1. Por mucho que nos esforcemos todos los dias en dar á conocer á los pecadores el estado funesto de su conciencia, no nos es posible conmovierlos, ni por la vista del mal presente que se hacen á sí mismos, ni por la terrible proximidad del juicio futuro con que Dios les amenaza. El mal presente del pecado no les causa impresion, porque no lo comprenden sus sentidos, á los cuales abandonan su conducta. Y si para despertarlos de este sueño letárgico hacemos resonar á sus oídos la trompeta espantosa del juicio futuro, que les condenará á sufrir horribles tormentos, esta amenaza está muy léjos de asustarles: «Esta vision, dicen en el profeta Ezequiel, no se realizará tan pronto:» *In dies multos et in tempora longa iste prophetat. (Ezech. xii, 27).* De este modo su obstinada maldad resiste á las mas importantes consideraciones que podemos hacerles, y nada es capaz de conmovierlos, porque el mal del pecado que se halla tan presente no es sensible; y por el contrario, el mal del infierno que es tan sensible no es presente. Hé ahí por qué la bondad divina que no quiere la muerte del pecador, sino que este se arrepienta y viva, para asustar á esas conciencias desgraciadamente valerosas hace salir del fondo del desierto una voz á cuyo eco retiembla el desierto mismo: *Vox Domini concutientis desertum, et commovebit Dominus desertum Cades. (Psalm. xxviii, 8).* «La voz del Señor espanta al desierto: el Señor conmovirá y agitará el desierto de Cades.» Es la voz de san Juan Bautista, que no contento con amenazar á los pecadores «con la cólera que debe venir,» à *ventura ira*, sabiendo que lo que está léjos no les conmueve, les muestra en las palabras de mi texto la mano de Dios ya pasada sobre ellos, y les anun-

cia su venganza ya presente: *Jam enim securis ad radicem arborum posita est.* «El hacha está ya al pié del árbol.» Pero ¡oh hermanos míos! como esta voz del gran Precursor resonará en vano fuera de nosotros si el Espíritu Santo no nos habla interiormente, preciso es que roguemos á la Virgen María, á fin de que nos conceda la gracia de ser conmovidos por la palabra de san Juan Bautista, así como este lo fue en las entrañas de su madre por la palabra de esta Virgen cuando fué á visitar á santa Isabel, y le comunicó en esta visita una parte de la gracia que ella habia recibido plenamente por las palabras del Ángel, que nosotros pronunciamos: *Ave María.*

2. Hagamos aparecer en la corte al predicador del desierto. Presentemos en este día un san Juan Bautista con toda su austeridad. La corte no es desconocida á este ilustre solitario; y si no se ha desdeñado de predicar en otro tiempo en la de Herodes, mucho menos se desdeñará de predicar en una corte cristiana y religiosa, que necesita, sin embargo, de sus exhortaciones y de su autoridad para ser conmovida. Apareced, pues, divino Precursor; hablad con ese rigor mas que profético, y haced temblar á los pecadores soberbios al aspecto de la terrible segur que dirige ya su filo no á las ramas y á los vástagos, sino al tronco y á la raíz del árbol, esto es, al origen mismo de la vida: *Jam enim securis ad radicem arborum posita est.*

3. Para comprender exactamente las palabras de este gran Profeta notemos, si os place, cristianos, que él no solo nos representa una mano armada contra nosotros y un brazo levantado para castigarnos; el golpe, como veis, ya ha sido descargado, puesto que dice que el hacha está al pié del árbol. Pero aunque el golpe haya sido considerable, san Juan, sin embargo, nos amenaza aun con un segundo golpe que seguirá bien pronto al primero, para derribar completamente el árbol infructuoso, despues de lo cual este será arrojado á las llamas: *Omnis ergo arbor non faciens fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur.* (Luc. III, 9). «Todo árbol, pues, que «no produzca buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego.»

4. En efecto; es indudable que antes de lanzar la justicia de Dios sobre nuestras cabezas criminales el último rayo de su venganza, estamos ya heridos por el pecado mismo. Una herida profunda ha sido el resultado de este golpe que ha rasgado nuestro corazon, de suerte que tenemos que temer dos golpes infinitamente peligrosos: el primero, de nuestra propia mano por el crimen; el segundo, de mano de Dios, por su venganza; y entrambos son necesaria consecuencia

de la naturaleza misma del pecado. Á fin de explicar esta verdad por principios, yo debo, cristianos, exponer ante todas cosas una doctrina sacada de san Agustín, la cual se esclarecerá mas en la continuacion de este discurso: y es que puede considerarse el pecado de dos diferentes maneras, y bajo dos diversos aspectos: primero, con relacion á la voluntad humana; segundo, con relacion á la voluntad divina. El pecado es un producto funesto de la voluntad humana, y se comete con insolencia contra los preceptos sagrados é inviolables de la voluntad divina; nace, pues, de la una, y resiste á la otra; no siendo, en fin, mas para definirle de una vez que un movimiento de la voluntad humana contra las reglas invariables de la voluntad divina.

5. Estas dos diferentes relaciones producen dos malos efectos. El pecado se concibe en nuestro corazon por nuestra voluntad depravada; no hay, pues, que admirarse de que pervierta y ataque en él directamente el principio de la vida y de la gracia: hé ahí la primera herida. Pero como se forma en nosotros rebelándose contra Dios y sus santas leyes, resulta que arma tambien contra nosotros infaliblemente este poder temible; y esto es lo que nos atrae el segundo golpe, que nos hiere de muerte. Así, para que el pecador conozca todo su mal, preciso es hacerle comprender, si se puede, primero, que el hacha le ha herido ya, y que con sus pecados se ha causado él mismo una herida profunda: «El hacha está ya al «pié del árbol:» *Jam enim securis ad radicem arborum posita est.* Y en seguida, que si abandona la curacion de esta primera herida, Dios está siempre dispuesto á cercenar el miembro enfermo, á fin de que si no teme el golpe que él mismo se ha dado con su crimen, tenga al menos una idea exacta del que Dios le descargará bien pronto para satisfacer su justicia: «Todo árbol que no produzca buenos «frutos será cortado y arrojado al fuego:» *Omnis ergo arbor non faciens fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur.* Estas dos consideraciones dividirán mi discurso.

Primera parte.

6. Si nos fuese fácil inspirar á los hombres horror á sus pecados, como nos es fácil probarles que el pecado es el mayor de todos los males, no nos lamentaríamos de que muchas veces no producía nuestra palabra el efecto debido, y tendríamos el consuelo de ver seguidos nuestros discursos de conversiones señaladas. Sí, herma-

nos mios; por mucho que se complazcan los hombres del mundo con la satisfaccion de sus deseos, fácil nos es probar que se hieren, que se maltratan, que se dan un golpe mortal con sus desordenados caprichos. Y para que se vea mas claramente esta verdad, preciso es recordar aquí la definicion del pecado que ya hemos hecho. Dijimos, cristianos, que el pecado es un movimiento de la voluntad del hombre contra las leyes supremas de la voluntad de Dios. Sobre este fundamento principal nos es fácil apoyar la bella doctrina de san Agustin, que nos explica admirablemente en qué consiste la malignidad del pecado. (*De Civit. Dei*, lib. XII, c. 3, t. VIII, col. 302). Dice, pues, este santo Doctor, que la malignidad del pecado encierra una doble contradiccion, porque el pecado es contrario á Dios é igualmente contrario al hombre. Contrario á Dios: es manifiesto, porque combate sus santas leyes. Contrario al hombre: es una consecuencia, porque haciéndole esclavo de sus propias inclinaciones, que son, digámoslo así, leyes particulares que él se ha dado á sí propio, le aleja de las leyes primitivas y de la primera razon á la cual está unido por su origen celeste, esto es, por el honor de ser imagen de Dios, y de llevar en su alma los rasgos de su semejanza, y le arrebatara la dicha, que consiste en su conformidad con el autor de su vida.

7. Parece, pues, cristianos, que el pecado es igualmente contrario á Dios y al hombre; pero con esta notable diferencia, que es contrario á Dios, porque es opuesto á su justicia; pero es mas contrario al hombre, porque perjudica á su felicidad: esto es, contrario á Dios, porque lo es á la regla que combate; y además, pero funestamente, contrario al hombre, como que este es el objeto á quien pervierte: á Dios, como malo; al hombre, como dañoso. Y esto es lo que hace decir al divino Salmista que «el que ama la iniquidad se odia á sí mismo;» ó, traduciendo palabra por palabra, tiene aversion á su alma, á causa de que corrompe al mismo tiempo que la gracia los principios de su santidad, de su dicha y de su vida: *Qui autem diligit iniquitatem, odit animam suam.* (Psalm. x, 6).

8. Y, ciertamente, preciso es que los hombres se pierdan rebelándose contra Dios. Porque ¿qué son estos hombres rebeldes, dice san Agustin, mas que enemigos impotentes? «Enemigos de Dios, dice el mismo Santo, por la voluntad de resistirle, y no «por el poder de dañarle:» *Inimici Deo resistendi voluntate, non potestate lædendi.* (*De Civit. Dei*, lib. XII, c. 3, t. VII, col. 302). ¿Y no se sigue de lo dicho que la maldad del pecado, no consi-

guiendo nada contra Dios á quien ataca, deja necesariamente todo su veneno en el corazon del que comete el pecado? Así como la tierra, mandando nubes contra el sol que la alumbra, no le quita á este nada de su luz, antes por el contrario ella misma se cubre de tinieblas; así el pecador temerario, resistiendo locamente á Dios, por un justo y equitativo juicio, no tiene fuerza sino contra sí mismo, y no logrará otra cosa que destruirse con sus insensatos proyectos, á causa de los esfuerzos temerarios que hace contra Dios.

9. Por eso el Rey profeta pronunció esta maldicion contra los pecadores: *Gladius eorum intret in corda ipsorum, et arcus eorum confringatur.* (Psalm. xxxvi, 16). «Traspáseles su espada el corazon, y rómpase su arco.» Dos armas vemos en las manos de los pecadores; un arco para tirar de léjos, y una espada para herir de cerca. El arco se rompe y es inútil: la espada hiere, pero hiere al mismo que la esgrime. Expliquemos el sentido de estas palabras: el pecador tira de léjos, tira contra el cielo y contra Dios; y no solamente los dardos no alcanzan á ellos, sino que el arco además se rompe al primer esfuerzo. Impío, tú te rebelas contra Dios, tú te mofas de las verdades del Evangelio, y conviertes en juguete sacrílego los misterios de su bondad y de su justicia. Y tú, imprudente blasfemo, profanador del santo nombre de Dios, no contento con elegir este nombre venerable que nunca debe pronunciarse sin temblar, profieres execraciones que horrorizan á toda la naturaleza, y te jactas de inventar nuevos ultrajes contra la bondad suprema, tan fecunda para tí en nuevos beneficios; tú eres, pues, demasiado loco para tomar á Dios y á su providencia por objeto de todas las locuras de un juego excesivo que te arruina, y en el cual no temes arriesgar á cada paso algo mas que tu fortuna, pues que expones tu salvacion y tu conciencia. Ó bien, vencido por tus enemigos, contra los cuales no has podido conseguir ninguna victoria, vuelves contra Dios solo tu rabia impotente, como si Dios fuese del número de tus enemigos, y aun el mas débil y el menos terrible; como no te hace conocer siempre su cólera, y como es mejor y mas sufrido que tú, ingrato y calumniador, esperando aun en tu penitencia perdona tu cabeza, que tú entregas con tantos atentados á su justicia. Tú coges el arco en la mano, lo disparas osadamente contra Dios, y los dardos no llegan á él, porque su santidad es un escudo invulnerable á todos los ultrajes de los hombres; así que nada puedes contra él, y el arco se rompe en tus manos, dice el santo Profeta.

10. Pero no basta, hermanos míos, que su arco se rompa y que sea vano su intento; es necesario que la espada le traspase el corazon, y que por haber disparado de léjos contra Dios se dé á sí mismo de cerca un golpe mortal, á no ser que Dios le cure haciendo un milagro. Tal es el destino ordinario de los pecadores. El pecado, que turba toda la armonía del mundo, introduce el desorden primeramente en el que lo comete. La venganza, que sale del corazon para trastornarlo todo, descarga siempre su primer golpe y el mas mortífero sobre el corazon mismo que la produce, la nutre. La injusticia, que quiere aprovecharse del bien ajeno, se ensaña en su autor, á quien despoja de su mayor bien, que es la rectitud, antes de permitir que se usurpe el de los demás. El maldiciente solo perjudica á los demás en la fama, pero en él destruye la virtud misma. La deshonestidad, que pretende corromperlo todo, comienza por corromper su propio origen, porque nadie puede lastimar la integridad ajena sino perdiendo la suya misma. As todo pecador es enemigo de sí mismo, corruptor en su propia conciencia del bien mayor de la naturaleza racional, esto es, de la inocencia. De lo que se sigue que el pecado (no trato de sus resultados, sino del pecado en sí mismo) es el mayor y el mas grave de todos los males, mas grande sin comparacion que todos los que nos amenazan exteriormente, porque es el desorden y la completa depravacion de lo interior; mas grande y mas peligroso que las enfermedades del cuerpo mas pestilentes, porque es un veneno fatal para la vida del alma; mayor que todos los males que atacan á nuestro espíritu, porque es un mal que corrompe nuestra conciencia; mas grande, por consiguiente, que la pérdida de la razon, porque con él se pierde mas que la razon, se pierde el buen uso de esta, sin el cual la razon misma no es otra cosa que una locura criminal. En fin, para concluir este razonamiento, es un mal superior á todos los males, una desgracia mayor que todas las desgracias, porque en él encontramos á la par una desgracia y un crimen; desgracia que nos priva de toda esperanza, y crimen que nos impide toda excusa; desgracia que nos hace perderlo todo, y crimen que nos hace culpables de esta pérdida funesta, y que no nos deja ni un motivo para quejarnos.

11. En vista de lo expuesto, cristianos, no hay que admirarse de que se nos predique frecuentemente que nuestro crimen se convierte en castigo nuestro; y no sin razon he dicho que el hacha que nos hiere es el pecado mismo, puesto que el pecado será en

la eternidad el principal instrumento de nuestro suplicio. *Complebo furorem meum in te: «Saciaré en vosotros toda mi cólera:» Et ponam contra te omnes abominationes tuas... Et abominationes tuæ in medio tui erunt... Et imponam tibi omnia scelera tua.* (Ezech. vii, 3, 4, 8). «Y yo opondré á tí mismo todas tus abominaciones... Y tus «abominaciones subsistirán en medio de tí mismo... Y yo te cargaré con el peso de todos tus crímenes.» Hé ahí el justo suplicio: un hombre penetrado, rodeado por todas partes de sus crímenes. Y, en efecto, dice san Agustin, no hay que creer que la luz infinita y la soberana bondad de Dios saque de sí misma y de su propio seno armas con que castigar á los pecadores. Dios es el soberano bien, y por su parte solo sabe hacer beneficios á los hombres; así que las armas para destruir á sus enemigos serán los pecados mismos de estos, ordenándolos de tal suerte, que lo que forma el placer del hombre pecador se convierta en instrumento de un Dios vengador. *Ne putemus illam tranquillitatem et ineffabile lumen Dei de se proferre, unde peccata puniantur; sed ipsa peccata sic ordinare, ut quæ fuerunt delectamenta homini peccanti, sint instrumenta Domino punienti.* (Enar. in Psalm. vii, num. 16, t. IV, col. 37). Y no preguntéis, cristianos, cómo se verificará esta gran transformacion de nuestros placeres en suplicios: la Escritura os lo dice. Es el Verdadero quien lo dice, es el Todopoderoso quien lo hace. Y no obstante, si considerais la naturaleza de las pasiones, á las cuales entregais vuestro corazon, comprenderéis fácilmente que pueden convertirse en un intolerable suplicio. Las pasiones todas llevan en sí mismas penas crueles, disgustos y amarguras. Hay muchos hombres que padecen por no poderlas satisfacer, lo cual les causa arrebatos que degeneran en una especie de frenesí no menos penoso que irracional. El amor impuro, si nos es permitido nombrarlo en este lugar, tiene sus dudas, sus agitaciones violentas, sus resoluciones vacilantes, el infierno de sus celos: *Dura sicut infernus amulatio* (Cant. viii, 6), y lo demás que no digo. La ambicion tiene su esclavitud, sus inquietudes, sus desconfianzas y sus temores en su elevacion misma, que es muchas veces la medida de su precipicio. La avaricia, pasion baja, pasion odiosa al mundo, amontona no solo las injusticias, sino tambien las desazones con los tesoros. Ahora bien, ¿qué cosa mas fácil que hacer de nuestras pasiones una pena insoportable á nuestros pecados, quitándoles, como es muy justo, la poca dulzura con que nos seducen, y dejándoles solamente los tormentos crueles y las amarguras en que abundan? Nuestros

pecados, contra nosotros, sobre nosotros y en medio de nosotros, son otros tantos dardos contra nuestro pecho, un peso insufrible sobre nuestra cabeza, un veneno devorador en nuestras entrañas.

12. Así, pues, no nos lisonjemos con la esperanza de la impunidad, mientras llevemos en nuestros corazones el instrumento de nuestro suplicio. *Producam ignem de medio tui qui comedat te.* (Ezech. xxviii, 18). «Yo haré salir de tu interior el fuego que «abrasará tus entrañas.» No lo enviaré lejos de tí : prenderá en tu conciencia, y sus llamas se lanzarán de tu mismo interior, siendo tus pecados la causa de ellas. ¿Creeréis, cristianos, que vosotros mismos fabricais el instrumento de vuestro suplicio eterno? Sin embargo lo fabricais. Bebeis la iniquidad como el agua; tragáis torrentes de fuego. Por consiguiente, hermanos míos, ¡desgraciados de nosotros que hemos pecado y no hacemos penitencia! El golpe está dado; el infierno no está lejos; sus llamas eternas nos tocan de cerca, puesto que su origen fecundo existe en nosotros mismos y en nuestros propios pecados. «El hacha está al pié del árbol.» ¡Ah! qué golpe ha descargado sobre tí, puesto que alimentas en tu corazon lo que formará un dia tu último suplicio! Tanto pecados mortales como cometas, tantos golpes sufrirás. Así el árbol no puede ya sostenerse, vacila, está próximo á perecer á causa de sus hábitos viciosos, y bien pronto caerá por su propio peso. Si fuere necesario un golpe mas, Dios lo descargará sin misericordia sobre su raíz estéril y maldita. El pecador no puede ya sostenerse; las menores tentaciones le hacen vacilar; los mas leves movimientos le producen un vértigo peligroso. Pero, en fin, él se ha colocado en una funesta pendiente por sus malas inclinaciones; no puede ya tenerse en pié, y veo que está próximo á dar en tierra. Verdades que Dios le inspira aun alguna esperanza; mas puesto que abusa de ella: Yo vivo eternamente, y no puedo sufrir esa obstinacion: *Finis venit, venit finis... Fac conclusionem.* (Ibid. vii, 2, 23). «El fin ha llegado, y es preciso concluir.» Yo destruiré todos los fundamentos de esa esperanza temeraria; yo descargaré el último golpe, y cortando hasta las menores fibras que sostienen aun á este desgraciado árbol, lo derribaré y lo arrojaré al fuego: *Omnis arbor non faciens fructum, excidetur et in ignem mittetur*: «Todo árbol «que no produzca frutos será cortado y arrojado al fuego.» Retiraos, no os coja en su caída; su ejemplo os precipitaria con él. ¡Oh Señor, concededme la fuerza que necesito; ayudad al trabajo de mi corazon, que quiere hacer verdaderos penitentes!

Segunda parte.

13. Figuraos un enemigo implacable que, habiéndonos despojado de toda nuestra dicha, nos pone además frente á frente de un terrible adversario al que no podemos resistir ; pues mucho peor es el pecado respecto del hombre , porque el pecado, cristianos, como ya he dicho, habiéndonos hecho perder el buen uso de la razón, el empleo legítimo de la libertad, la pureza de la conciencia, esto es, todo el bien y todo el adorno de la criatura racional, para colmo de nuestros males arma á Dios contra nosotros, y nos convierte en sus enemigos declarados, contrarios á la rectitud, injuriosos á su santidad, ingratos á su misericordia, odiosos á su justicia, y por consiguiente nos somete á la ley de sus venganzas.

14. Por lo expuesto podemos comprender de qué espíritu se halla Dios animado, si es lícito hablar así, contra los pecadores impenitentes; y yo os diré en una palabra, porque no quiero extenderme á probar verdades manifiestas, que tan-santo y justo como es, otro tanto les es contrario; de manera que tiene contra ellos una aversion infinita.

15. Los pecadores no entienden esta verdad : mientras á la sombra de su buena fortuna y á favor de las largas treguas que Dios les concede se adormecen fácilmente, creen que tambien Dios está dormido ; creen que ya no piensa en castigarlos, que ellos Aratan de convertirse ; y como han olvidado sus juicios, «ellos dicen en su corazon : Dios me ha olvidado, y no le importan mis «crímenes :» *Dixit enim in corde suo : Oblitus est Deus* (Psalm. ix, v. 34) ; cuando por el contrario deben saber que la justicia divina, que parece dormir y olvidar á los pecadores, repugnándolos, por decirlo así, por completo, está siempre armada contra ellos, y pronta siempre á descargar el golpe que les destruirá sin remedio : *Virgam vigilanti ego video.* (Jerem. i, 2). «Veo una vara que vela.» No deben lisonjarse de la bondad infinita de Dios, cuyas propiedades no conocen ; sino saber mas bien que Dios es bueno, pero bueno de otra manera que como ellos se imaginan. Es bueno, dice Tertuliano, porque es enemigo del mal ; y es infinitamente bueno, porque es infinitamente enemigo del mal : *Non plene bonus, nisi mali æmulus.* (Adver. Marcion. lib. I, num. 26). Es preciso, pues, no concebir en Dios una bondad débil y que lo sufre todo, una bondad insensible é irracional, sino una bondad vigorosa, que

ejerce el amor que tiene al bien por medio del odio que tiene al mal, y se manifiesta eficazmente bondad verdadera, combatiendo la maldad del pecado que le es contrario : *Ut boni amorem odio mali exercent, et boni tutelam expugnatione mali impleat* (Adver. Marcion. lib. I, num. 26); por consiguiente, cristianos, Dios tiene y ejerce una justa aversion á los pecadores. Sus rayos están siempre preparados, y su cólera siempre irritada; por eso la Escritura nos le representa pronto siempre á castigar. «Todas sus flechas están afiladas, dice el santo Profeta, y todos sus arcos tirantes y prontos á disparar :» *Sagittæ ejus acutæ, et omnes arcus ejus extenti.* (Isai. v. v. 28). Sus dardos y sus arcos están preparados; él mira y apunta al blanco de sus iras. Á veces se contiene su vengadora mano esperando el arrepentimiento del pecador, pero nunca está desarmado y nunca descuidada, como os lo enseña el Evangelio del día. La mano divina no solo empuña siempre el hacha terrible, sino que dirige siempre su corte funesto á la raíz del árbol; por esa razón no es posible que el árbol viva largo tiempo. «Será cortado,» dice san Juan Bautista : *Excidetur*; ó mas bien, segun leemos en el original, *Exciditur*, en tiempo presente : se le corta, se le arranca hasta la raíz, á fin de que concibamos la accion mas presente y mas eficaz. Parece que no hiere, es una venganza oculta; entregamos al pecador á las pasiones, á la reprobacion, etc.

16. Nos engañamos, cristianos, si creemos poder subsistir mucho tiempo en este miserable estado. Verdad es que la misericordia divina ha suspendido la venganza y detenido el último golpe de la mano de Dios, pero no siempre hemos de tener un socorro semejante. Porque, en fin, como dice nuestro gran Profeta, el reinado de Dios se aproxima; es necesario que Dios reine; bajo el reinado de Dios, tan santo, tan poderoso, tan justo, es imposible que la iniquidad quede impune por mucho tiempo. Digamos una palabra del reinado de Dios que san Juan Bautista nos anuncia.

17. «El Señor ha reinado, dice el real Profeta; regocíjese de ello la tierra, y alégrense las islas :» *Dominus regnavit, exultet terra, lætentur insulæ multæ.* (Psalm. xcvi, 1). Hé ahí un reinado de dulzura y de paz. Pero ¡oh Dios! ¿qué es lo que oigo en otro salmo? «El Señor ha reinado, dice el mismo Profeta; tiemblen los pueblos y encolericense, y estremézcase la tierra hasta en sus cimientos :» *Dominus regnavit, irascantur populi; qui sedet super Cherubim, moveatur terra.* (Psalm. xcvm, 1). Hé ahí un reinado terrible, ese reinado de hierro y de vigor, que otro profeta describe

en estas palabras : *In manu forti, et in brachio extento, et in furore effuso regnabo super vos.* (Ezech. xx, 33). «Reinaré sobre vosotros, » dice el Señor, hiriéndoos con mano poderosa, y descargando sobre «vosotros todo el peso de mi cólera. »

18. Dios solo reina sobre los hombres de dos maneras : reina sobre los pecadores convertidos, porque se someten á él voluntariamente ; reina sobre los pecadores condenados, porque él los sujeta á pesar de ellos. Aquel es un reinado de paz y de gracia ; este un reinado de rigor y de justicia ; pero siempre es un reinado soberano de Dios, porque en uno se practica lo que Dios ordena, y en otro se sufre el castigo que Dios impone ; Dios recibe los homenajes de aquellos, y hace justicia á los demás. Pecador á quien Dios llama á la penitencia, y que resistes á su voz, tú te hallas entre los dos ; ni haces ni te opones á lo que Dios quiere : desprecias la ley, y no sufres la pena ; desafias hasta la bondad que te atrae, hasta la paciencia que te espera ; vives como dueño absoluto de tu voluntad, independiente de Dios, sin poner nada de tu parte, sin sufrir nada de la suya, y él no reina sobre tí ni por tu obediencia voluntaria, ni por una sujecion forzada. Este es un estado violento, cristianos, lo repito, y no puede durar mucho. Dios desea reinar sobre vosotros : ved cómo, en efecto, se apresura. ¡Cuán dulces invitaciones os hace ! ¡cuán terribles amenazas ! ¡cuán secretas advertencias ! ¡cuántas nubes se distinguen á lo léjos ! ¡cuántas tempestades os amenazan de cerca ! Observad cómo rechaza todas vuestras disculpas ; no permite que el uno concluya sus asuntos, ni que el otro vaya á cerrar los ojos á su padre (*Luc. ix, 59, 61*) ; todo retraso le importuna, ¡tan grande es su anhelo de reinar sobre vosotros ! Si no reina por su bondad, mas tarde ó mas temprano de lo que pensais querrá reinar por su justicia. Porque á él lo pertenece el imperio, y le conviene á él mismo y á su propia grandeza el establecer prontamente su reinado. Hé ahí por qué el gran Bautista grita en el desierto, retemblando á su acento no solo los rios y las montañas vecinas, sino todo el universo : «Haced penitencia, haced penitencia, ricos y pobres, grandes y chicos, príncipes y vasallos ; alejaos todos del mal camino, porque el reinado de Dios se aproxima : » *Appropinquat enim regnum cælorum.* (Matth. iii, 2).

19. En efecto, cristianos, el reinado de Dios se acerca, porque el Hijo de Dios aparecerá bien pronto. El reinado de la bondad se acerca con él, porque él nos trae al empezar el origen de las gracias ; pero el reinado de la justicia viene tambien con él, porque

siempre sigue los pasos á la bondad para vengar las injurias de esta. La gran bondad despreciada atrae los grandes rigores; los beneficios rechazados precipitan la venganza y le preparan el camino; san Juan no os ha ocultado este consejo de Dios. Cuando ve aparecer á Jesucristo en el mundo, principia á decir que el hacha está al pié del árbol; todo contribuye á vengarse Dios de los ingratos; su bondad le apremia, sus beneficios le apremian; ¿lo diré?... su mismo retardo le apremia, porque nada hay que apresure tanto la venganza como una larga espera frustrada.

20. Así pues, yo os conjuro, hermanos míos, á que no os fieis del tiempo, porque os engaña; es un peligroso impostor que os roba con tal sutileza que no os apercibís de ello. No mireis siempre á lo por venir; considerad vuestro estado presente; lo que el tiempo parece daros, os lo quita; corta vuestros días, y parece que añade á ellos algunos mas. Esta huida, esta carrera insensible del tiempo, no es mas que una sutil impostura para llevarnos insensiblemente al último día. La juventud llega á él precipitadamente; así lo vemos todos los días. Por tanto, no espereis de Dios todo lo que solicitais; no mireis los días que os puede conceder, sino los que os puede quitar; no penseis que puede solamente perdonar, sino, además, que puede castigar. No fundeis vuestra esperanza ni apoyeis vuestro juicio en una cosa que para vosotros está oculta.

21. No ignoro, cristianos, que Dios «que no quiere la muerte «del pecador, sino que se convierta y que viva,» (*Ezech. xxx, 2*), prolonga muchas veces el tiempo de la penitencia. Pero es necesario juzgar de este tiempo como de las ocasiones de la corte. Todos esperan el momento dichoso, la ocasion favorable de terminar sus asuntos. Pero si esperais sin arrepentiros, si no sabeis aprovechar el tiempo, este pasa en vano para vosotros, y no os trae en su carrera mas que años que os abrumen con su peso. Así, pues, en el gran negocio de la penitencia puede esperar mucho del tiempo solo el que sabe aprovecharlo. Mas el que espera siempre, y no principia nunca, ve pasar inútilmente y perderse entre sus manos todos los momentos preciosos en que habia depositado su esperanza. ¿Qué puede traerle el tiempo mas que un gran ataque á su vida, un peso mayor á sus crímenes, una afición mas grande á sus hábitos?

22. Por eso san Juan Bautista no nos da tregua ninguna: «El «hacha, dice, está al pié del árbol: todo árbol que no produce «buenos frutos será cortado y arrojado al fuego; haced, pues, ha-

«ced prontamente dignos frutos de penitencia : » *Facite ergo fructus dignos pœnitentiæ*. (Luc. III, 8). Es preciso, cristianos, que tratemos de sacar hoy alguna utilidad de estas saludables palabras, y que no hayamos oído en vano á un predicador tan eminente como san Juan Bautista.

23. Higuera estéril (*Ibid.* XIII), á tí no te ha faltado la lluvia, ni el sol, ni el cultivo, y sin embargo solo puedes esperar el hacha y el fuego.

24. Necesitais alguna cosa de nuevo para conmoveros. Habeis faltado osadamente á las mas poderosas consideraciones. ¡Cómo habeis hecho degenerar la primitiva ternura de una conciencia inocente! La penitencia, la comunión, todo esto habeis aprendido á profanarlo: esto ya no os conmueve. Ya no temeis los terribles juicios de Dios, que en otro tiempo tenian tanta fuerza sobre vosotros; habeis ahuyentado como un vano fantasma el miedo que teníais á sus rayos, y os habeis acostumbrado á dormir tranquilamente al son de los truenos. ¡Oh! si no abandonais la senda del vicio, moriréis en el pecado: *In peccato vestro moriemini*. (Joan. VIII, v. 21).

25. Pero no, cristianos, yo confío en vuestra enmienda; yo confío en que os prepararéis á una verdadera penitencia. ¡Ojalá Jesucristo derrame sobre vosotros el tesoro de su gracia! ¡Ojalá recibais en él á un salvador, y no á un juez! ¡Ojalá, en fin, aprendais á despreciar los bienes mundanos, y á adquirir las inestimables riquezas que su gloriosa pobreza nos ha merecido! Así, y solo así, podremos entrar un día en el reino de los cielos, que os deseo á todos; etc.

SERMON

SOBRE

LA PREDICACION DEL EVANGELIO.

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. (Matth. iv, 4).

El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

1. No hay cosa mas sorprendente que el profundo silencio de Dios al contemplar los desórdenes del género humano. Todos los días se desprecian sus mandamientos; se blasfema de sus verdades; son violados los derechos de su imperio; y, no obstante, su sol no se eclipsa para los imperios; la lluvia refresca sus campos; la tierra no se abre bajo sus piés; Dios lo ve todo, y disimula; lo considera todo, y se calla.

2. He dicho mal, cristianos; no se calla: su bondad, sus beneficios, su silencio mismo, son una voz elocuente que invita á todos los pecadores á reconocerse. Pero como nuestros corazones endurecidos están sordos á todas estas cosas, es necesario hacer resonar una voz mas clara, una voz limpia é inteligible que nos llame á la penitencia. Él no habla para juzgarnos, sino para advertirnos; y esta voz preventiva, que resuena en todo tiempo en todos los púlpitos, debe servir de preparacion á su terrible juicio. Esta palabra de verdad, cristianos, es la que están encargados los predicadores del Evangelio de anunciaros; esta palabra es la que nos ofrece el Evangelio de hoy, para que nos sirva de alimento en nuestro ayuno, de placer en nuestra abstinencia, y de sosten en nuestra debilidad: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* Yo trato en este dia de disponeros á recibir santamente este alimento inmortal. Pero ¡oh Dios! ¿de qué servirán mis palabras, si Vos mismo no abris los corazones, y no disponeis el ánimo de los hombres á permitir la entrada á vuestro Santo Espíritu? Desciende, pues, ó Espíritu divino, y ven tú mismo á preparar el camino. Y tú, ó divina Virgen, préstame tu auxilio piadoso para cumplir en los corazones la obra de tu amantísimo

Hijo; para ello imploro tu gracia, saludándote humildemente con las palabras del Ángel: *Ave María*.

3. El mismo Jesucristo, Señor de los señores y Príncipe de los reyes de la tierra, aunque colocado en un trono soberano é independiente, para dar á todos los monarcas, que de él dependen, un ejemplo de moderacion y de justicia, ha querido sujetarse á las reglas y á las leyes que ha establecido. Él ha mandado en su Evangelio que los medios dulces y amables precedan siempre al rigor, y que los pecadores sean advertidos antes de ser juzgados. Lo que ha prescrito, él mismo lo ha practicado; porque «habiendo destinado un dia para juzgar al mundo con equidad, antes aconseja á todos los pecadores que hagan penitencia formal:» *Nunc annuntiat omnibus hominibus ut omnes ubique pœnitentiam agant, eo quod statuit diem in quo judicaturus est orbem in æquitate* (Act. XVII, 30 et 31): esto es, que antes de subir á su tribunal para condenar con rigor á los culpables habla en los pulpitos á fin de atraer á los pecadores al camino de la penitencia por medio de caritativos avisos.

4. En este santo tiempo de penitencia es cuando especialmente debemos escuchar con oido atento la voz paternal que nos habla. Porque aun cuando siempre merezca un profundo respeto, y sea en todas ocasiones uno de los deberes mas importantes de la piedad cristiana el oir los discursos sagrados; ha sido, sin embargo, un buen acuerdo el consagrarles un tiempo determinado, á fin de que si es tal nuestra ceguedad que dedicamos casi toda nuestra vida á los pensamientos de vanidad que nos ofuscan, haya al menos algunos dias en los cuales oigamos la verdad que nos aconseja caritativamente, antes de pronunciar nuestra sentencia, y que se apresura á ilustrarnos, antes de levantarse contra nosotros para confundirnos.

5. Desciende, pues, ó santa verdad, pronuncia la censura pública de las malas costumbres; ilumina con tu presencia este siglo oscuro y tenebroso; brilla á los ojos de los fieles, á fin de que los que no te conocen te oigan, que los que no piensan en tí te contemplen, que los que no te aman se entreguen á tí afectuosamente.

6. Hé ahí, cristianos, en pocas palabras tres bellos resultados de la predicacion evangélica; porque ó los hombres no conocen la verdad, ó los hombres no piensan en la verdad, ó los hombres no se conmueven á la presencia de la verdad. Cuando no conocen la verdad, como la predicacion no quiere engañarles, les habla para

iluminar su inteligencia. Cuando no piensan en la verdad, como la predicacion no quiere sorprenderles, les habla para llamar su atencion. Cuando no se conmueven á la voz de la verdad, como la predicacion no quiere condenarles, les habla para ahogar sus deseos y excitar hácia ella su tibio amor. Si yo logro hacer comprender esas tres importantes razones, los fieles verán claramente cuán atentos deben estar á la predicacion del Evangelio: porque si no tienen la debida instruccion, ella les enseñará lo que ignoran; y si la tienen, les hará meditar en lo que saben; y si piensan en ello sin conmoverse, el Espíritu Santo por medio del órgano de sus ministros hará penetrar en el fondo del corazon lo que no hace mas que rozar la superficie de su alma. Y como estos tres grandes efectos comprenden todo el fruto de los discursos sagrados, haré de ellos el objeto y la division de este, que será, como veréis, el preparativo necesario y el fundamento de los restantes.

Primera parte.

7. Como la verdad de Dios, que es nuestra ley inmutable, tiene dos estados diferentes, el uno que corresponde al siglo presente, y el otro que mira al siglo venidero; el uno en que arregla la vida humana, y el otro en que la juzga; así tambien el Espíritu Santo nos la ha presentado en su Escritura bajo dos aspectos diferentes, concediendo cualidades convenientes al uno y al otro. En el salmo cxviii, en que David habla tambien de la ley de Dios, se observa, cristianos, que unas veces la llama mandamiento, y otras consejo; ora juicio, ora testimonio. Pero aun cuando estos cuatro títulos no significan mas que la ley de Dios, con todo es necesario notar que los dos primeros se refieren al siglo en que vivimos, y los otros dos le convienen mejor al siglo venidero. En el curso del presente siglo esta misma verdad de Dios que vemos en su ley es á la vez un mandamiento absoluto y un consejo caritativo, es un mandamiento que encierra la voluntad del Soberano, y es tambien un consejo que hace la advertencia de un amigo. Es un mandamiento, porque este Soberano prescribe en él lo que exige de nosotros para los intereses de su servicio, y merece el nombre de consejo, porque este amigo nos dice en él, como verdadero amigo, lo que conviene á nuestra salvacion. Los predicadores del Evangelio anuncian la ley de Dios en los púlpitos, en estas dos augustas cualidades: en cualidad de mandamiento, en tanto que es necesario é

indispensable; y en cualidad de consejo, en tanto que es útil y provechosa. Si faltando por un mismo crimen á lo que debemos á Dios y á lo que nos debemos á nosotros mismos despreciamos juntamente las órdenes de este Soberano y los consejos de este amigo, entonces esta misma verdad, tomando á su debido tiempo otra forma, será un testimonio para convencernos y una sentencia final para condenarnos. «La palabra que he predicado, dice el Hijo de «Dios, juzgará al pecador en el último dia :» *Sermo quem locutus sum, ille judicabit eum in novissimo die.* (Joan. XII, 48). Esto es, no se admitirá excusa, ni se guardarán consideraciones; la palabra, dice, os juzgará; la ley misma ejecutará la sentencia, segun su propio tenor, con el extremado rigor del derecho: por lo cual debeis comprender que será un juicio sin misericordia.

8. El temor, pues, de este juicio es el que hace subir á los predicadores á la cátedra evangélica: «Nosotros sabemos, dice el santo Apóstol, que todos debemos comparecer un dia ante el tribunal de Jesucristo:» *Omnes nos manifestari oportet ante tribunal Christi.* (II Cor. V, 10). «Pero sabiendo esto, continúa, venimos á persuadir á los hombres el temor de Dios:» *Scientes ergo, timorem Domini hominibus suademus.* (Ibid. 11). Sabiendo cuán cierto es este juicio, cuán riguroso, cuán inevitable, venimos con tiempo á prepararos á él, venimos á proponeros las leyes inmutables por las que vuestra vida será juzgada, por las que se decidirá vuestra causa, y á ponerlos en la mano los artículos sobre los que seréis interrogados, á fin de que principiéis, mientras es tiempo, á meditar vuestra respuesta.

9. Si acaso pensais que se sabe lo suficiente acerca de estas santas verdades, y que no hay necesidad de instruir en ellas á los fieles, en balde es, cristianos, que Dios se queje en voz alta, por boca de su profeta Isafas, de que no solo los infieles y los extranjeros, sino tambien «su pueblo,» sí, su mismo pueblo, «ha sido hecho cautivo por carecer de ciencia:» *Captivus ductus est populus meus, eo quod non habeat scientiam* (Isai. V, 13); pero como podria creerse que no es tan grande el número, entre los fieles, de los que perecen sin conocimiento, asegura, por el contrario, que es tan grande dicho número, que «el infierno necesita dilatarse y «abrir desmesuradamente su seno para tragarlo, para recibirlo:» *Propterea dilatavit infernus animam suam, et aperuit os suum absque ullo termino.* (Ibid. 14). Y temiendo no se imagine que los que perecen así faltos de ciencia son los pobres y los idiotas que no

tienen medios de aprender, declara en términos formales, y puedo decirlo bien segun este oráculo, que los ricos, los grandes y los príncipes mismos son los que descuidan casi siempre el que les instruyan, y sus obligaciones principales y aun los deberes comunes de la piedad; son los que casi nunca saben lo necesario acerca de sus obligaciones particulares, y los que caen por ignorancia de esta ciencia, juntamente con la multitud en los abismos eternos: *Et descendunt fortes ejus et populus ejus, et sublimes gloriosique ejus ad eum.* (Isai. v, 14).

10. Muchas veces, cristianos, no solo ignoramos las verdades santas, sino que tambien las combatimos con sentimientos enteramente contrarios. Tal vez os sorprendan estas palabras, y quizá me respondais interiormente que no teneis errores en cuanto á la fe; que no oís á esos doctores de corte que explican lecciones públicas de libertinaje y establecen á propósito y deliberadamente opiniones peligrosas. Yo alabo la piedad que os hace tomar una precaucion tan necesaria; pero no creais que por eso estais libres del error. Porque es preciso advertir que el error se apodera de nosotros de dos maneras: unas veces se desborda como un torrente y nos arrastra en pos de sí impetuosamente; y otras penetra en nosotros poco á poco, y corrompe nuestro corazon cayendo sobre él gota á gota. Quiero decir con esto que en ocasiones el libertinaje declarado trastorna, haciendo un grande esfuerzo, los principios de la Religion, y en ocasiones una fuerza mas oculta, como la de los malos ejemplos y prácticas del gran mundo, mina sus cimientos con golpes repetidos y con un progreso insensible. Así, pues, nada adelantais con no tragar de un golpe el veneno del libertinaje, si, no obstante, lo bebeis poco á poco; si dejais insensiblemente penetrar hasta el corazon este sutil contagio, que se respira con el aire del mundo, en sus conversaciones y en sus costumbres.

11. ¿Quién podria enumerar todos los errores del mundo? Este maestro sagaz y peligroso abre escuela pública, sin dogmatizar; tiene su método particular, que consiste no en probar nada con sus máximas, sino en comunicarlas sin que lo notemos; los hombres que nos hablan son otros tantos órganos que nos las inspiran: nuestros enemigos con sus amenazas, y nuestros amigos con sus buenos oficios contribuyen igualmente á hacernos formar ideas falsas del bien y del mal. Todo cuanto se habla en las reuniones mundanas se dirige á inspirarnos ó la ambicion, sin la cual nadie vale

en el mundo, ó la falsa galantería, sin la cual no hay talento posible. Porque el mayor mal de las cosas humanas consiste en que nadie se contenta solamente con ser insensato para sí, sino que todos quieren comunicar su locura á los demás; y lo que muchas veces no seria indiferente, ; tan débiles somos! atrae nuestra imprudente curiosidad por el ruido que hace en derredor nuestro. Ya un picante rasgo de ingenio, ya una pintura agradable de una mala accion, sorprenden agradablemente nuestro ánimo. En este extraño afan por comunicarnos nuestras locuras las almas mas inocentes adquieren alguna aficion al vicio y á las máximas del siglo; y recogiénolas acá y allá en el mundo, como en una mesa cubierta de malos manjares, van de esta suerte amontonando poco á poco los errores que ofuscan nuestro entendimiento. Tal es poco mas ó menos la seduccion que reina públicamente en el mundo; de suerte que si preguntais á Tertuliano lo que debemos temer guiándonos por las lecciones de esta escuela; «Todo, os responderá este «grande hombre, hasta el aire, que está infectado por tantos malos discursos, por tantas máximas anticristianas, corrompidas...» *Ipsumque aerem, scelestis vocibus constupratum.* (De Spect. num. 27).

12. Libradnos, libradnos, Señor, del contagio de este siglo. «Salvadnos, decia el Profeta, porque ya no hay nada santo sobre «la tierra, y las verdades han disminuido por la malicia de los hijos de los hombres :» *Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus, quoniam diminutæ sunt veritates à filiis hominum.* (Psalm. xi, v. 1). Pero no se piense que se queja de los infieles y de los idólatras, los cuales no solo disminuyen las verdades, sino que las desconocen; se queja de los hijos de Dios que no pudiéndolas extinguir completamente, á causa de su evidencia, las cercenan y disminuyen á gusto de sus pasiones. ¿Por qué el mundo no ha tratado de hacer una distincion entre los vicios? Vicios hay que entregamos de buena gana á la execracion pública, como la avaricia, la crueldad, la perfidia; pero hay otros que queremos honrar, como sucede con esas pasiones delicadas que se llaman vicios de las personas decentes. Desgraciado, ¿qué haces? «¿Jesucristo está, por ventura, dividido? *Divisus est Christus?* (I Cor. i, 13). ¿Qué os ha hecho Jesucristo para que le maltrateis atrevidamente, y desfigureis su doctrina con una distincion tan injuriosa? El mismo Dios, que es el protector de la buena fe, ¿no es tambien el autor de la temperancia? «Jesucristo es todo sabiduría, dice Tertuliano, todo luz, todo verdad; ¿por qué le dividís con vuestra mentira,» como si su santo

Evangelio no fuese mas que un conjunto monstruoso de verdad y de mentira, ó como si la justicia misma hubiese dejado escapar á su censura algun crimen? *Quid dimidias mendatio Christum? totus veritas fuit.* (Tertul. de Carn. Christ. num. 5).

13. ¿De dónde proviene un desórden tan grande, sino de que las verdades han disminuido? Han disminuido en su pureza, porque se las falsifica ó se las mezcla; disminuido en su integridad, porque se las cercena y divide; disminuido en su majestad, porque sin penetrarlas se pierde el respeto que les es debido, ó se las envilece, ó se las despoja de tanta parte de su justa grandeza, que apenas las distinguimos; estos grandes astros no nos parecen mas que un pequeño punto, ; tan léjos los vemos de nosotros, ó tan turbada está nuestra vista por las espesas nubes de nuestra ignorancia y de nuestras opiniones prematuras! *Diminutæ sunt veritates à filiis hominum.*

14. Puesto que tan disminuidas se hallan las máximas del Evangelio en nuestro siglo; puesto que todo el mundo conspira contra ellas, y ellas están abrumadas por tantas iniquidades prejuizadas, Dios, usando de su justicia suprema, ha debido proveer á la defensa de estas ilustres abandonadas, y nombrar abogados para patrocinár su causa. Hé ahí la razon, cristianos, por que estos pulpitos se han levantado junto á los altares, á fin de que mientras la verdad es tan cruelmente maltratada en las reuniones mundanas, haya al menos algun lugar donde se hable altamente en su favor, y donde la causa mas justa no sea tambien la mas abandonada. Venid, pues, á oír atentamente la defensa de la verdad en la boca de los predicadores: venid á recibir por su ministerio la palabra de Jesucristo, condenando al mundo, sus vicios y sus costumbres y sus máximas anticristianas; porque, como dice san Juan Crisóstomo (*De Mutation. nomin. I, t. III, p. 107, 108, 109*), habiéndonos Dios mandado dos cosas, oír y cumplir su santa palabra, ¿cuándo tendrá el valor de practicarla el que no tiene paciencia para oirla? ¿Cuándo abrirá su corazon, si hasta cierra sus oidos? ¿Cuándo le prestará su voluntad, si tambien le rehusa su atencion? Pero esta atencion, señores, es lo que vamos á considerar en la

Segunda parte.

15. Para juzgar la verdad á los hombres no necesita, cristianos, manifestarse al exterior, ni para hacerse entender necesita de

sonidos distintos y articulados. La verdad está en las conciencias, aun en las conciencias de los mas grandes pecadores; pero muchas veces permanece allí olvidada durante la vida. ¿Qué sucederá despues de la muerte? La verdad se conocerá entonces, y la sentencia será pronunciada al mismo tiempo. ¡Cuán extraña, cuán terrible no será esta sorpresa, cuando estas santas verdades, en las cuales nunca pensaban los pecadores, y que dejaban abandonadas en un rincon de su memoria, derramen de improviso una luz tan viva, que los pecadores descubran de una sola ojeada la ley y el pecado frente á frente; y cuando viendo al resplandor de esta luz la enormidad del uno por su repugnancia con la otra, reconozcan temblando la vergüenza de sus acciones y la equidad de su suplicio!

16. «Sabiendo, dice el Apóstol, estas cosas, vengamos á enseñar á los hombres el temor de Dios:» *Scientes ergo, timorem Domini hominibus suademus*. Exhortémosles á que, por su parte, sufran que se les enseñen las verdades del Evangelio, y que eviten el disgusto que les cause esta atencion forzosa por medio de una aplicacion voluntaria.

17. Vosotros, que decís saberlo todo, y que no necesitáis que se os advierta, manifestáis con semejante discurso que no sabeis cuál es la naturaleza de vuestro espíritu. Espíritu humano, abismo infinito, demasiado pequeño para tí mismo y demasiado estrecho para contenerte todo entero, tú tienes caminos tan misteriosos, rincones tan profundos y tortuosos en los que tus conocimientos se ocultan, que muchas veces tus propias luces no te sirven mas que las de los demás. Muchas veces lo que sabes no lo sabes; lo que es en tí está lejos de tí; tú no tienes lo que posees: «Pues, como «dice muy bien san Agustin, nuestro espíritu es demasiado estrecho para poseerse á sí mismo todo entero:» *Ergo animus ad habendum seipsum angustus est*. (Confes. lib. X, cap. 13, t. I, col. 176). Vamos á demostrarlo con un ejemplo.

18. ¿En qué antros tan profundos estaban sumergidas las leyes de la humanidad y de la justicia, que tan perfectamente conocia David, cuando fue necesario enviarle el profeta Natan para que se las recordase? Natan le habla, y entiende tan poco lo que es preciso entender, que se ve por fin obligado á decirle: «¡Oh príncipe! á tí es á quien hablo;» porque deslumbrado por su pasion, y no pensando mas que en sus negocios, habia olvidado la verdad. Entonces ¿sabia lo que sabia? ¿Oía lo que oía? No me creais á mí, cristianos, pero creed su testimonio. Él mismo es quien se admira

de que sus propias luces le habían dejado en una situación infeliz: *Lumen oculorum meorum, et ipsum non est mecum.* (Psalm. xxxvii, v. 10). No era una luz extraña, era la luz de mis ojos, que me faltaba ya. Escucha, hombre sábio, hombre hábil en todo que no necesitas que te se advierta; tu propia conciencia no está contigo, y tú no tienes luz. Quizás tengas la luz de la ciencia, pero careces de la luz de la reflexion, y sin esta la ciencia no ilustra ni disipa las tinieblas. Cristianos, no me digais, pues, que teneis conocimiento, que estais muy instruidos en las verdades necesarias: no quiero contradeciros en este punto. Ahora bien; teneis ojos, pero están cerrados; las verdades de Dios están en vuestro espíritu como grandes resplandores, pero extinguidos. Dejad que se os abran esos ojos cerrados por el sueño, y que sus miradas se dirijan á los objetos verdaderamente importantes. Permitid que los predicadores del Evangelio os hablen de las verdades de vuestra salvacion, á fin de que el encuentro feliz de vuestros pensamientos y de los suyos excite en vuestra alma la reflexion, como una chispa de luz que encenderá estas llamas extinguidas, y las pondrá ante vuestra vista para esclarecerla; de lo contrario, vuestras luces son completamente inútiles.

19. Y en efecto, cristianos, ¿cuántas veces no nos quejamos de que las cosas que sabemos no acuden á nuestra memoria; de que el olvido, ó la sorpresa, ó la pasion parece como que las borran de allí? Sepamos, por consiguiente, que las verdades prácticas deben ser muchas veces removidas, muchas veces agitadas por continuas advertencias; por temor de que si se las deja en reposo no pierdan el hábito de presentarse, y no queden sin fuerza, estériles en afectos, como adornos inútiles de nuestra memoria.

20. Pero no es con semejante objeto para lo que deben grabarse en nuestra alma las verdades de la salvacion. Las santas verdades del cielo no son muebles curiosos y supérfluos que baste conservarlos en un almacén; son instrumentos necesarios que es preciso tener, por decirlo así, siempre á la mano, y que casi nunca deben perderse de vista, porque siempre son indispensables para obrar. Y, no obstante, cristianos, nada hay por desgracia nuestra que se pierda tan pronto en nuestra alma como las santas verdades del Cristianismo. Porque además de estar separadas de los sentidos, casi son independientes de nuestra memoria. Y el desprecio injurioso que manifestamos hácia ellas nos impide comprenderlas como debíamos; por el contrario, las alejamos con la mayor facilidad.

dad, por una malicia afectada. «Han resuelto, dice el santo Profeta, bajar sus ojos al suelo :» *Oculos suos statuerunt declinare in terram.* (Psalm. xvi, 12). Notad bien lo que dice : han resuelto ; esto es, que cuando las verdades de la salvacion se presentan á nuestros ojos para que los levantemos al cielo, solo por nuestra obstinacion y propósito firme y deliberado los bajamos al suelo ; en términos que es necesario que los predicadores del Evangelio, por medio de advertencias cristianas, y como valiéndose de una mano invisible, saquen aquellas verdades de los lugares profundos á que las habíamos relegado, y las conduzcan de lejos á nuestros ojos que las querian perder.

21. Auxiliadles vosotros mismos, cristianos, en una obra tan útil para vuestra salvacion, practicando lo que dice el Eclesiástico : *Verbum sapiens quodcumque audierit sciens, laudabit et ad se adjiciet.* (Eccli. xxi, 18). Hé aquí una advertencia de un hombre hábil. «El sábio dice, que cuando oye alguna máxima sábia, la elogia y se la aplica á sí mismo.» Es muy fácil oír hablar contra los vicios de los hombres, y el ánimo se recrea cuando se reprenden las malas costumbres ; pero no se conmueve en lo mas mínimo, como si no tuviese parte alguna en esta justa censura. Pero el sábio examina atentamente su conciencia, y se aplica á sí mismo todo lo que se dice : *ad se adjiciet.* No se contenta con alabar estas palabras, ni se cuida de averiguar á quién se dirigen, no se entretiene en adivinar el pensamiento del que habla, ni en suponer que ha dicho cosas en que no sueña, sino que cree que es á él solo á quien alude. Hé ahí el fruto de los discursos sagrados cuando el Evangelio habla con todos ; cada cual debe hablarse en particular, confesar humildemente las culpas, y temblar considerando los peligros que le amenazan.

22. En efecto, cristianos, cualquiera que siente en sí mismo que son sus vicios lo que se ataca, debe creer que á él es á quien personalmente se dirige todo el discurso. Si, pues, algunas veces notamos en un discurso algo de incisivo que al través de nuestras vías tortuosas y de nuestras complicadas pasiones va á poner, no por casualidad, sino por un secreto designio de la gracia, la mano sobre nuestra herida, y á buscar en un punto dado, en el fondo del corazon, el pecado que ocultamos, entonces, cristianos, entonces es cuando debemos oír atentamente á Jesucristo, que viene á turbar nuestra falsa paz, y que ponè la mano derechamente sobre nuestra herida ; entonces es cuando es preciso creer el consejo del

sábio y aplicarlo todo á nosotros mismos. Si el golpe no ha profundizado mucho, tomemos nosotros mismos el arma y hundámosla mas. ¡Ojalá que la hagamos penetrar, que entre tan profundamente que toque hasta la herida en lo mas sensible; que el corazon sea destrozado por la compuncion, que la sangre de la llaga brote por los ojos, y al decir la sangre, quiero decir las lágrimas, que san Agustin llama con suma elegancia *sangre del alma!* (Serm. CCCL, num. 7, t. V, col. 1356). Entonces será cuando Jesueristo habrá predicado; y este es el último efecto de la santa predicacion, que voy á examinar en pocas palabras en mi

Tercera parte.

23. Cuando considero las razones por las que los discursos sagrados, tan llenos de advertencias urgentes, son, sin embargo, tan poco eficaces, hé aquí la mas principal de todas, á mi entender. Los hombres del mundo presumen demasiado de sus sentidos, para pensar que se les puede persuadir de lo que no quieren hacer por sí; y además, no estando penetrados de la verdad que brilla claramente en su conciencia, no creen que se les puede conmover con las palabras que ella inspira á los demás; si bien escuchan la predicacion, es considerándola como un pasatiempo indiferente, por costumbre, por acudir á un sitio de reunion, ó cuando mas, si la casualidad quiere que la encuentren á su gusto, como un agradable entretenimiento que pasa murmurando á sus oídos con la dulzura de un placer fugitivo.

24. Para desterrar esta idea consideremos, cristianos, que la palabra del Evangelio que nos es comunicada por Dios no es un sonido que espire en el aire, sino un instrumento de la gracia. Nunca podrá admirarse bastante el uso de la palabra en los negocios humanos, considerada ya como el intérprete de todos los consejos, la mediadora de todos los contratos, ó la garantía de la buena fe y el vínculo de todo el comercio; pero es mas necesaria y mas eficaz en el ministerio de la Religion; hé aquí la prueba. Es una verdad fundamental que no se puede obtener la gracia sino por los medios establecidos por Dios. Así que el Hijo de Dios, el único mediador de nuestra salud, ha querido elegir la palabra como instrumento de su gracia y órgano universal de su Espíritu Santo en la santificacion de las almas. Yo os lo ruego; abrid los ojos, contemplad todo lo que la Iglesia tiene de mas sagrado; mirad las fuentes

del Bautismo, los tribunales de la Penitencia, los altares augustos : la palabra de Jesucristo es quien regenera á los hijos de Dios, quien les absuelve de todos sus crímenes , quien les prepara en estos santos altares un alimento divino de inmortalidad. Si tan poderosamente obra en las fuentes del Bautismo, en los tribunales de la Penitencia y en los altares, no menos útil es en los púlpitos ; en ellos obra de otra manera, pero siempre como el órgano del espíritu de Dios. Y, en efecto, ¿quién no lo sabe? Por la predicacion del Evangelio ha dado este Espíritu omnipotente discípulos imitadores é hijos á Jesucristo. Cuando ha sido necesario aterrar á las conciencias criminales, la palabra ha sido el rayo ; cuando ha sido necesario cautivar los entendimientos bajo la obediencia de la fe, la palabra ha sido la cadena con la cual se les ha conducido á Jesucristo ; cuando ha sido preciso herir los corazones con el amor divino, la palabra ha sido el arma que ha hecho estas heridas saludables : *Sagittæ tuæ acutæ : populi sub te cadent.* (Psalm. XLIV, 7). Y no hay que asombrarse de que entre tantos socorros, tantos Sacramentos, tantos ministerios diversos de la Iglesia, el santo concilio de Trento haya decidido (*sess. V, cap. 2*) que no hay nada mas necesario que la predicacion del Evangelio ; puesto que ella es quien ha obrado tan grandes milagros. Ella ha establecido la fe, sometido los pueblos á la obediencia, derribado los ídolos y convertido al mundo.

25. Pero, cristianos, todos estos efectos se producian en otro tiempo, y ya de ello no nos resta mas que el recuerdo. Ya no se oye á Jesucristo, ó se le oye con tanta indiferencia, que se prestaria mas atencion á los discursos mas inútiles. Su palabra busca por todas partes almas que la reciban ; y en todas partes la dureza invencible de los corazones preocupados le cierra la entrada. Y no es porque no se asista á los discursos sagrados. La multitud acude á los templos en esta santa cuaresma ; muchas personas prestan oido atento, pero no es ni el oido ni el espíritu lo que Jesucristo pide. « Hermanos míos, dice san Agustín, la predicacion es un gran misterio : *Magnum sacramentum, fratres.* El sonido de la palabra « hiere por defuera, el Señor está dentro. » La verdadera predicacion se hace en el corazon : *Sonus verborum aures percutit, magister intus est.* (In Epist. Joan. tract. III, num. 13, t. III, part. II, col. 849). Hé ahí la razon por que el Señor ha dicho tantas veces predicando : « Quien tenga oidos para oír, que oiga. » (*Matth. XIII, v. 9*). Ciertamente, cristianos, él no hablaba á sordos ; pero este

divino Doctor sabía que hay personas «que viendo no ven, y que «oyendo no oyen.» (*Ibid.* 13). Él sabía que hay en nosotros un lugar profundo al que no llega la voz humana, donde él solo tiene derecho á hacerse oír: «¡Cuán oculto, dice san Agustín, cuán lejano está de la carne el lugar en que Jesucristo enseña la lección, «la escuela cuyo maestro es Dios!» *Valde remota est à sensibus carnis hæc schola.* (De Præd. SS. cap. 8, num. 13, t. X, col. 799). Para hallar esta escuela y para oír esta lección es necesario retirarse á lo mas profundo, al fondo del corazón. Para oír predicar á Jesucristo no se debe fijar la atención en el lugar donde se miden los períodos, sino en el lugar donde se arreglan las costumbres; no hay que retirarse al lugar donde se saborean los pensamientos bellos, sino al lugar donde se producen los buenos deseos; no basta tampoco retirarse al paraje donde se forman los juicios; es preciso ir á aquel en donde se toman las resoluciones. En fin, si hay algun paraje mas retirado aun, mas profundo, donde se celebre el consejo del corazón, donde se determinen todos sus designios, donde se dé la dirección á sus movimientos, allí es donde, sin subirse al púlpito material, es necesario levantar á este Maestro invisible un púlpito invisible é interior, para que desde él pronuncie sus oráculos con imperio. Allí el que oiga obedece, y tiene el corazón conmovido. Allí es donde la palabra divina debe hacer un saludable estrago, derribando todos los ídolos, destruyendo todos los altares en que se adora á la criatura, derramando todo el incienso que se les presenta, persiguiendo á todas las víctimas que se les inmolan; y sobre estos escombros erigir el trono de Jesucristo victorioso; de otro modo, no se oye á Jesucristo que predica.

26. Pero que tenga Jesucristo pocos oyentes, y que entre la multitud de estos se hallen pocos discípulos, ¿dónde están esas almas sumisas que el Evangelio entenece, que la palabra de la verdad conmueve hasta en el corazón? En efecto, si oímos con frialdad, solo se producen en nosotros afectos tibios, débiles incitaciones de sentimientos verdaderos, deseos siempre estériles é infructuosos, que nunca pasan de deseos, y que nunca se convierten en resoluciones; llama errante y pasajera, que no inflama las materias con que se pone en contacto, sino que pasa ligeramente por encima, y que el menor soplo apaga en términos que todo se pierde en ella, hasta el recuerdo: *Fili Ephrem, intendentes et mittentes arcum, conversi sunt in die belli.* (Psalm. LXXVII, 12). «Los hijos de Efrein, «dice David, preparaban sus flechas y estiraban su arco; pero se

«han vuelto atrás en el día de la guerra.» Escuchando la predicacion, concebían en sí mismos grandes planes, parecían afilar sus armas contra sus vicios; pero en el día de la tentacion las entregaban vergonzosamente. Prometían mucho en el ejercicio, pero han cedido al punto en el combate; parecían animarse cuando sonaba la trompeta, pero volvieron las espaldas cuando se vino á las manos. *Filii Ephrem intendentes et militantes arcum, conversi sunt in die belli.*

27. ¿Diré ahora lo que pienso? Semejantes emociones, débiles, imperfectas, y que se disipan en un momento, son dignas de un teatro, en donde solo se representan ficciones, y no de los púlpitos evangélicos, donde la santa verdad de Dios resplandece en toda su pureza. Porque ¿quién mejor que la verdad para conmovér los corazones? Ella es quien aparecerá á todos los corazones rebeldes en el último día; y entonces se conocerá cuán interesante es la verdad. «Viéndola, dice el Sábio, experimentarán un temor horrible:» *Videntes turbabuntur timore horribili* (Sap. v, 2): sentirán agitaciones y angustias, y ellos mismos querrán ocultarse en el abismo. ¿Por qué esta agitacion, señores? Porque es la verdad quien les habla. ¿Por qué esta angustia? Porque es la verdad quien les abruma. ¿Por qué esta huida precipitada? Porque es la verdad quien les persigue. ¡Ah! ¿te encontraremos nosotros en todas partes, ó verdad perseguidora? Sí, hasta en el fondo del abismo la encontrarán: espectáculo horrible á sus ojos, pero insoportable á sus conciencias, fuego siempre devorador en sus entrañas. ¿Quién hará, cristianos, conmovernos ahora á la verdad, para no ser conmovidos de esta manera terrible y desesperada?

28. ¡Oh Dios! dad eficacia á vuestra palabra. Vos mirais el lugar en que predico, y sabeis lo que es necesario decir. Dadme palabras sábias; dadme palabras eficaces, poderosas; dadme prudencia; dadme fuerza; dadme circunspeccion; dadme sencillez. Vos sabeis, ó Dios vivo, que el celo ardiente que me anima en servicio de mi rey ¹, me hace tener á grande dicha el anunciar vuestro Evangelio á este gran monarca, verdaderamente grande y digno por la elevacion de su alma de oír solo grandes cosas, y de que se le inspiren altos designios para su salvacion; digno, por el amor que profesa á la verdad, de no ser nunca engañado. Señor, Dios es quien debe hablar en este púlpito: haga él por el Espíritu

¹ El rey de Francia, ante el cual se predicó este sermón.

Santo, porque solo él puede hacer una obra tan grande, que el hombre no perezca, á fin de que Dios, hablando aquí enteramente solo, por la pureza de su Evangelio haga dioses á todos los que le escuchen, y particularmente á V. M., que teniendo ya la honra de representarle en la tierra, debe aspirar á la de parecersele en la eternidad, contemplándole frente á frente, tal cual es, y segun la inmensidad de su gloria, que deseo á todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

SOBRE LA SUMISION DEBIDA

Á LA PALABRA DE JESUCRISTO.

Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui; ipsum audite. (Matth. xvii, 5).

Este es mi Hijo querido, en quien me complazco; escuchadle.

1. Es una doctrina fundamental del Evangelio de Jesucristo que el verdadero cristiano no se conduce nunca por los sentidos ni por la razon natural, sino que arregla todos sus sentimientos por la autoridad de la fe, conforme á lo que dice el divino Apóstol: *Justus autem meus ex fide vivit* (Hebr. x, 38; Habac. ii, 4): «El justo vive «por la fe.» Hé aquí por qué, entre todos los sentidos que la naturaleza nos ha dado, ha querido Dios elegir el del oido para consagrarle á su servicio. «Un pueblo, dice, se ha entregado á mí; se ha «sometido solo por oidas:» *In auditu auris obedivit mihi.* (Psalm. xvii, v. 48). Y el Salvador nos predica en su Evangelio que «sus oves escuchan su voz,» y que «le siguen» tan pronto como habla: *Oves meæ vocem meam audiunt... et sequuntur me* (Joan. x, 27); á fin de que comprendamos, hermanos míos, que en la escuela del Hijo de Dios no se debe consultar á los sentidos, ni apelar al discurso de la razón humana, sino oír únicamente y creer.

2. No me admiro, pues, de que Dios haga resonar hoy como un trueno estas palabras en los oidos de los Apóstoles: «Hé aquí «á mi Hijo querido, en quien me complazco; escuchadle:» *Ipsum audite*; lo cual significa que con respecto á Jesucristo no hay que investigar nada: *Nobis curiositate opus non est post Christum Jesum, nec inquisitione post Evangelium*, dice el profundo Tertuliano. (*De Præscr. ad hæret.* n. 8). Despues de habernos hablado aquel divino Maestro, toda la curiosidad del entendimiento humano debe disiparse para siempre, para no pensar mas que en la obediencia: *Ipsum audite*; «escuchadle.» Pero para comprender mejor lo que significa este oráculo, y por qué el Padre eterno quiso pronunciarlos en la gloriosa transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo, con-

siderad, ante todas cosas, que aquel omnipotente Señor nos envió á su Hijo para que nos trajese tres palabras que es necesario que escuchemos: la palabra de su doctrina, que nos enseña lo que debemos creer; la palabra de sus preceptos, que nos muestra cómo debemos obrar, y finalmente la palabra de sus promesas, que nos manifiesta lo que debemos esperar.

3. El hombre antiguo tiene cinco sentidos; el hombre renovado no tiene mas que oído: no juzga por la vista; Dios le ha sacado en cierto modo los ojos: *Non contemptantibus nobis quæ videntur*. (II Cor. c. IV, v. 18). «Nosotros no consideramos las cosas visibles:» ni el tacto ni el gusto las ordenan; solo nos es lícito escuchar: aun esta libertad está restringida á escuchar á Jesucristo solo, y á escucharle, no para examinar su doctrina, sino simplemente para creerla solo por su testimonio. Porque, como el entendimiento humano se extravía en sus juicios á causa de su ignorancia, en sus costumbres por sus deseos desordenados, y en el camino de su felicidad por sus mal fundadas esperanzas; era preciso, para remediar estos males, que aquel divino Maestro se encargara de formar nuestro juicio con la certidumbre de su doctrina, dirigir nuestras costumbres con la equidad de su justicia, y arreglar nuestras pretensiones con la fidelidad de sus promesas. Y esto es lo que ha hecho, cristianos, trabajando en ello principalmente en su gloriosa transfiguracion. Cómo y por qué medios, es lo que voy á explicaros en pocas palabras.

4. Sabed, pues, y considerad atentamente lo que voy á decir, que el efecto de las tres palabras que el Hijo de Dios nos anuncia es contrarestado por otros tres obstáculos. Vos nos enseñais, ó celestial Maestro, y nada mas seguro que vuestra doctrina; pero es oscura é impenetrable, y al entendimiento le cuesta trabajo someterse á ella. Vos nos mandais, Legislador divino, y todos vuestros preceptos son justos; pero su senda es áspera y contraria á los sentidos, y les repugna el caminar por ella. Finalmente, Vos nos prometeis bienes eternos, y nada mas sólido que vuestras promesas; pero ¡cuán léjos está su realizacion! Nos remitís á la vida futura, pero nuestra alma está fatigada de esperar tan largo plazo. Ved aquí, hermanos míos, tres grandes obstáculos que nos impiden escuchar al Salvador Jesús y someternos á su palabra: su doctrina es cierta, pero oscura; sus preceptos son justos, pero difíciles; sus promesas infalibles, pero muy lejanas. Cristianos, venid conmigo al Tabor para ver allí á Jesucristo transfigurado, y considerad quién le acompaña, de qué habla, y cómo se presenta. Moisés y Elías es-

tán á su lado; esto es, la ley y los Profetas le rinden homenaje. Un Maestro en quien hay tanta autoridad, aunque su doctrina sea oscura, merece bien que se le crea sobre su palabra: *Ipsum audite*. Pero ¿de qué habla aquel divino Salvador con los dos justos que Dios le envía? «De su muerte, dice el Evangelista, y del suplicio «cruel que debia sufrir en Jerusalem:» *Dicebant excessum ejus quem completurus erat in Jerusalem*. (Luc. XI, 31). Cristianos, no hablemos de las dificultades de lo que nos ha mandado, cuando vemos los penosos trabajos que él ha padecido. Finalmente, Jesucristo se presenta, segun la Escritura, lleno de gloria y majestad, dándonos una especie de posesion anticipada de la gloria que nos prepara. Por consiguiente, no nos quejemos de que esa gloria esté tan lejana, puesto que en cierto modo nos la hace presente. ¿Qué nos resta, pues, ahora mas que obedecer al Padre eterno que nos manda escuchar á su Hijo? *Ipsum audite*. Sí, hermanos míos, escuchemos humildemente á aquel divino Maestro; escuchemos su celestial doctrina, sin que la oscuridad de ella nos detenga; escuchemos sus preceptos, sin que su dificultad nos arredre; escuchemos, en fin, sus promesas, sin que su tardanza nos impaciente. Ved aquí lo que me propongo haceros comprender en este discurso, con el auxilio de la gracia, que pediréis al Señor conmigo, poniendo por intercesora á María: *Ave María*.

Primera parte.

5. Lo primero que el Padre eterno exige de nosotros, hermanos míos, cuando nos ordena escuchar á su Hijo, es que nos convenzamos de que, sobre todas las verdades que debemos conocer, es preciso que nos adhiramos á lo que él diga, y le creamos sobre su palabra, sin examinarla. Hé aquí lo que necesitamos establecer como el fundamento inmutable de toda la vida cristiana; y para ello supongamos una cosa sabida por todos, que nos dará mucha luz si llegamos á comprender sus consecuencias: supongamos que los hombres pueden conocer la verdad de dos maneras diferentes; ó por sus propias luces, ó por la enseñanza de otros. Esto es una cosa sabida y que no necesita explicacion; pero sus consecuencias son admirables: os ruego que las escuchéis con atencion.

6. Y empezando á desarrollar este misterio, os digo, cristianos, que solo á Dios pertenece el conducirnos á la verdad por una y otra de estas dos vias. No, los hombres no pueden hacerlo, y es una lo-

cura el esperarlos de ellos. El que trate de enseñarnos debe, ó hacernos entender la verdad, ó al menos hacer que la creamos. Para hacérsela entender, necesita indispensablemente mucha sabiduría; para hacer que la creamos, mucha autoridad; y hé aquí precisamente lo que les falta á los hombres. Por eso decía Tertuliano: *Quanta est prudentia hominis ad demonstrandum quid vere bonum? quanta auctoritas ad exigendum?* (Apologet. n. 43). «La prudencia de los hombres es demasiado imperfecta para descubrir bien la verdad á nuestra razon; su autoridad harto débil para poder exigir nada de nuestra creencia.» La primera condicion, la prudencia, es poco sólida; la segunda, la autoridad, poco considerable: *Tam illa falli facilis, quam ista contemni.* Por consiguiente, no debemos esperar de los hombres el conocimiento cierto de la verdad, porque su autoridad no es bastante grande para hacérsela creer bajo su palabra, y su sabiduría es demasiado pequeña para hacer que la comprendamos.

7. Pero lo que les falta á los hombres es fácil encontrarlo en nuestro Dios, cristianos, y no tardaréis en comprenderlo si considerais atentamente cómo habla en diversos pasajes de la Escritura. Ese gran Dios se vale alternativamente de la autoridad y de la sabiduría. Unas veces se da á conocer manifestamente, y dice á su pueblo: «Sabed que yo soy el Señor:» *Et scietis quia ego sum Dominus.* (Ezech. vi, 7). Otras, sin descubrirse, invoca su autoridad, y quiere que se le crea bajo su palabra; como cuando exclama con tanto énfasis para obligar á todo el mundo á someterse: *Hæc dicit Dominus:* «Esto dice el Señor;» y en otra parte: «Será así, porque yo he hablado, dice el Señor:» *Quia verbum ego locutus sum, dicit Dominus.* (Jerem. xxxiv, 5). Y ¿por qué esta diferencia, cristianos? Es porque quiere, sin duda, que comprendamos que tiene medios de hacerse entender; pero que tambien tiene el derecho de hacerse creer. Él puede, cuando le plazca, mostrarnos por medio de su luz infinita la verdad descubierta; pero puede tambien con su autoridad soberana obligarnos á reverenciarla, sin que hayamos llegado aun á comprenderla. Lo uno y lo otro es digno de él; sí, digno es de su grandeza el reinar en las almas, cautivándolas por la fe, ó deslumbrándolas por la claridad. Lo uno y lo otro es digno de Dios: él hará tambien lo uno y lo otro; pero cada cosa á su debido tiempo. Y sin embargo las dos son incompatibles; la oscuridad de la fe, y la claridad de la vista. ¿Qué es, pues, lo que ha hecho Dios en este caso? Escuchad, hermanos míos; ved aquí el misterio del Cris-

tianismo. Ha dividido estas dos cosas entre la vida presente y la vida futura : la evidencia en la patria, la fe y la sumision durante el viaje. Dia llegará en que la verdad se descubra : entre tanto es preciso, para prepararse á ese dia, reverenciar la autoridad ; esto es el mérito, aquello será la recompensa. «Allí vimos lo mismo que habíamos oído :» *Sicut audivimus, sic vidimus* (Psalm. XLVII, 9) : aquí no se trata de ver ; solo se nos manda oír y estar atentos á la divina palabra : *Ipsium audite*.

8. Venid, pues, al Tabor, hermanos míos, y acercaos todos al divino Maestro que os muestra el Padre celestial. Podeis reconocer su autoridad en los respetos que le tributan Moisés y Elías ; esto es, la ley y los Profetas, como ya os tengo explicado. Pero aun tengo que añadir aquí una observacion sobre nuestro Evangelio, que talvez no hayais hecho vosotros, y que, sin embargo, es muy importante para conocer la autoridad del Salvador Jesús. Esta observacion, cristianos, consiste en que al mismo tiempo que se oyó aquella voz del Padre eterno que nos manda escuchar á su Hijo, Moisés y Elías desaparecieron, y á Jesús se le encontró enteramente solo : *Et dum fieret vox, inventus est Jesus solus*. (Luc. IX, 36). ¿Qué misterio es este ? ¿Por qué Moisés y Elías se retiran al pronunciar Dios aquellas palabras ? Cristianos, hé aquí el secreto descifrado por el gran Apóstol : «Habiendo hablado Dios, dice, en otro tiempo por «boca de sus Profetas» (*Hebr. I, 1*) ; escuchad y comprended este razonamiento : habeis hablado, ó Profetas, habeis hablado en otro tiempo : «ahora nos habla el Señor por medio de su propio Hijo :» *Novissime locutus est nobis in Filio*. (Ibid. II). Hé aquí porque al mismo tiempo que Jesucristo aparece como maestro, Moisés y Elías se retiran ; la ley, á pesar de ser tan imperiosa, le cede su gloria ; y los Profetas en medio de su claridad van á ocultarse en la nube : *Intransibit illis in nubem* (Luc. IX, 34)... *Nubes obumbravit eos* (Matth. XVII, 5) : como si por medio de esta accion dijeseis tácitamente al Salvador divino : hemos hablado en otro tiempo en el nombre y por orden de vuestro Padre : *Olim loquens Patribus in Prophetis* : ahora que abris vuestros labios para explicar Vos mismo los secretos del cielo, nuestra mision ha espirado, nuestra autoridad se refunde en la autoridad suprema ; y no siendo mas que servidores, cedemos humildemente la palabra al Hijo. Por consiguiente, cristianos, escuchemos con atencion á ese Hijo querido : *Hic est Filius meus dilectus*. No busquemos la razon de las verdades que nos enseña : la única razon está en que él las ha dicho.

9. Escuchad cómo os habla en su Evangelio: «Nadie ha visto á Dios; el Hijo único, que está en el seno del Padre, ha venido en «persona á instruiros:» *Deum nemo vidit unquam; unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit.* (Joan. I, 18). Ó hombres, ninguno de vosotros ha visto á Dios; no sabeis lo que debeis creer acerca de él, ni el camino que debeis seguir hasta llegar á él: el Hijo único que está en su seno y penetra todos sus secretos ha venido en persona á decíroslo: *Ipse, ipse enarravit.* ¿Qué esperais, pues, ó mortales, despues del testimonio de aquel divino Maestro? ¿Oscureís pedirle razones ó quejaros de que os obligue á creer lo que oís? Pero ya os oigo exclamar: nosotros quisiéramos entender, quisiéramos saber; pues bien, san Agustin va á satisfaceros: «El ser sábio, nos dice aquel santo Padre, consiste en estar unido al que «sabe:» *Non parva scientia est scienti conjungi.* (In Psalm. xxxvi. serm. II, n. 2, t. IV, col. 266). Bastante sábio es, segun san Agustin, el que se une al que sabe; y yo añadiré, para explicaros esta idea, el que se une al que sabe originalmente, si puedo expresarme así, al que sabe por haber visto, y por haber visto hasta el fondo, y al que nos dice la verdad: *Quod vidimus, testamur.* (Joan. III, 2). Atestiguamos lo que hemos visto. «Él, dice san Agustin, tiene los «ojos de la inteligencia, nosotros los de la fe:» *Ille habet oculos agnitionis, tu credulitatis.* (Ubi supra). Yo no pretendo nada, no me quejo de la oscuridad de las máximas del Evangelio. Si no tengo luces propias, tengo las de Jesucristo que me dirigen: si no tengo la ciencia en mí mismo, tengo la del Hijo de Dios que me tranquiliza; y creo decididamente, aunque no vea nada, porque creo en aquel que lo ve todo.

10. Á mí me parece, amados oyentes míos, que la autoridad de aquel divino Maestro está suficientemente establecida, y que debemos persuadirnos de que basta escuchar su voz para conocer la verdad con certeza. Pero saquemos de esta importante doctrina alguna instruccion para nuestra conducta. Seria preciso comenzar un nuevo discurso para deciros todo el fruto que debe producir; pero entre una infinidad de grandes consecuencias que se presentan por todas partes elegiré una verdad que me tendria por dichoso si pudiese grabarla hoy en vuestros corazones.

11. Cristianos, puesto que estamos obligados á atenernos á lo que nos dice Jesucristo, resolvamos, y resolvamos irrevocablemente, formar todos nuestros juicios, no segun las apariencias de nuestros sentidos, ni segun las opiniones anticipadas con que la razon hu-

mana nos preocupa, sino segun la palabra de Jesucristo, segun la doctrina de su Evangelio. ¿Me entendeis, hermanos míos, comprendeis lo que quiero deciros? *Quis est vir sapiens qui intelligat hoc?* (Jerem. ix, 12). ¿Quién de nosotros juzga segun Jesucristo y las reglas que nos ha dado? ¡Ah! si juzgásemos de las cosas segun sus máximas, ¡qué de ilusiones serian disipadas! ¡qué de locos pensamientos se desvanecerian! ¡qué de varias opiniones caerian por tierra! Cuando vemos á los afortunados de este mundo en medio de la multitud que los aplaude, todos los sentidos dicen: hé aquí los felices; Jesucristo nos dice, por el contrario: esos no son los felices. «¡Bienaventurados aquellos cuyo Señor es su Dios!» *Beatus populus cujus Dominus Deus ejus.* (Psalm. cxliii, 15). Esto es lo que decís, ó divino Maestro; pero ¡qué poco se escuchan vuestras palabras! Nos dejamos aturdir por el ruido de aquellos que continuamente están pregonando que son felices, que son afortunados en su vida muelle y deliciosa; y en medio de ese ruido importuno la voz del Salvador se pierde, y no llega á nuestros oídos.

12. Cristianos, venid al Tabor, aprended del Padre eterno á escuchar humildemente á su Hijo: *Ipsium audite*. ¿Quién podria haceros comprender toda la fuerza de esta palabra? Esta palabra del Padre celestial sacrifica todos vuestros sentimientos y abate todas vuestras razones á los piés de su Hijo. Pero ¡cuánta razon tiene para acusarnos de que no admitimos su testimonio! *Testimonium nostrum non accipitis.* (Joan. iii, 2). Si le admitís, estais obligados á rechazar todo cuanto se oponga á lo que él atestigua; y para convenceros de esta verdad, considerad, por ejemplo, lo que haceis en la Eucaristía: todo está muerto en ella, solo vive allí el oído, y aun este no vive mas que para Jesucristo, ni conoce mas que su voz. En este adorable misterio todos vuestros sentidos os engañan excepto el oído. La vista y el gusto dicen: esto es pan; el tacto y el olfato se unen á ellos: solo el oído dice la verdad, porque os anuncia simplemente el testimonio de Jesucristo; y para recibir bien este gran testimonio desmentís á vuestra propia vista, recusais vuestro gusto, y resistís á vuestra razon, abandonando todos vuestros sentimientos á Jesús, que os instruye únicamente por medio del oído. Despertad, hermanos míos, y rendid por todas partes el mismo respeto á aquel que siempre es infalible. Que este misterio que frecuentais todos los dias os acostumbre á juzgar de las cosas, no segun la prudencia humana, sino segun el testimonio del Salvador. Imaginaos, cristianos; pero ¿qué digo, imaginaos? creed que teneis siem-

pre á Jesús á vuestro lado, diciéndoos al oído lo que debéis creer entre todo lo que se os presenta á vuestros ojos. Esto es lo que os enseña la Escritura, que camina detrás de vosotros como un preceptor que sigue y conduce á sus discípulos, y que no cesa de advertirles el camino que deben seguir: *Et aures tuæ audient verbum post tergum monentis: Hæc est via.* (Isai. xxx, 21).

13. Escuchad, pues, con atencion, hermanos míos, á ese preceptor que os habla, y arreglad vuestros juicios por los suyos. Vuestros sentidos os dicen: Ese placer es dulce; escuchad, Jesús dice que es muy amargo: *Amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum.* (Jerem. ii, 19). Vuestros sentidos dicen: Corramos á las delicias; y Jesús: «¡Desgraciados de los que reís, porque vuestras risas producirán lágrimas!» (*Luc. vi, 25*). Vuestros sentidos dicen: ¡ah! ¡cuán penoso es el caminar por las vías de Dios! y Jesús, por el contrario, que su yugo es dulce y su fardo ligero: *Jugum meum suave est, et onus meum leve.* (Matth. xi, 30). Creed, ó fieles, este testimonio, y persuadidos de su verdad, formaos máximas que, fijando para siempre vuestro entendimiento en juicios irrevocables, puedan tambien dirigir vuestras costumbres por una regla segura. Esta será mi

Segunda parte.

14. *Ipsam audite*: «Escuchad á Jesús;» escuchad sus mandamientos. Os he dicho, cristianos: Escuchad y creed todo cuanto Jesús os enseña; ahora voy á hablaros de otro modo, ahora os digo: Escuchad y obrad. Si creéis en su doctrina, probadlo con vuestras obras, y demostrad vuestra fe en vuestras acciones: *Ostende operibus fidem tuam.* (Jacob. ii, 48). Y seguramente, cristianos, si creemos en su palabra, cualquiera que sea la ciencia de que esté iluminado el que no guarda sus preceptos, no debe vanagloriarse de conocerle. El discípulo predilecto lo dice terminantemente en su primera epístola: *Qui dicit se nosse eum, et mandata ejus non custodit, mendax est, et in hoc veritas non est.* (I Joan. ii, 4). «El que asegura que le conoce, y no guarda sus mandamientos, es un embustero, y la verdad no está en él.» No, no conoce á Jesucristo, porque no le conoce como Jesucristo quiere ser conocido. Le conoce como un curioso que se divierte con su doctrina, y no piensa en practicarla, ó que hace de ella un asunto de especulaciones agradables. Cristianos, no es así como Jesucristo quiere ser conocido: al contrario, él

mismo nos asegura que no conoce á aquellos que le conocen de ese modo. Jesús quiere obreros fieles, y no contempladores ociosos; para nada sirve la fe, si no fructifica en buenas obras. Pero para convenceros de esta verdad, considerad, cristianos, que estando representada en la Escritura toda la vida cristiana como un edificio espiritual, la misma Escritura nos dice tambien que la fe es su fundamento. Hé aquí por qué san Pablo nos enseña que «estamos fundados en la fe:» *In fide fundati*. (Colos. 1, 23). Ahora bien: ya sabeis que el cimiento tiene dos cualidades principales: en primer lugar, es el principio del edificio que se prepara, y además el sosten del mismo edificio. Por consiguiente, para conocer bien la fe, debemos considerar en primer lugar que no es mas que un principio, y despues, que está destinada á ser el sosten de alguna cosa. Una y otra de estas cualidades exigen necesariamente la continuacion de sus obras; porque la primera, en calidad de principio, nos obliga á continuar; y la segunda, en calidad de sosten, nos estimula á edificar sobre ella, todo lo cual se hace por medio de las obras.

15. Pero expliquemos con mas claridad estas dos importantes razones. Respecto de la primera, lo haré en pocas palabras; en cuanto á la segunda, que entrará mas en el dominio de mi discurso, me propongo darle mayor extension. Digo, pues, que el creer es comenzar; y es fácil comprenderlo. Porque consistiendo todos los fines del Cristianismo en someter nuestro espíritu á Dios, la fe, dice san Agustin, comienza esta obra: *Fides est prima quæ subjugat animam Deo*. (De agon. christ. n. 14, t. VI, col. 252). «La fe es «la primera que somete el alma á Dios;» y el concilio de Trento ha definido que «la fe es el principio de la salvacion del hombre:» *Fides est humanæ salutis initium*. (Sess. VI, c. 8). La fe es, por consiguiente, un principio; esta es la primera de sus cualidades. Y ¡pluguiera á Dios, hermanos míos, que todos los cristianos lo hubieran comprendido! porque así podrian conocer que el concretarse á la fe sin pasar á las buenas obras es pararse al primer paso, es abandonar toda la obra al principio de la empresa, y atraerse con justicia esta censura del Evangelio: *Hic homo capit ædificare, et non potuit consummare*. (Luc. xiv, 30). «Ved ahí un loco, un insensato que «había empezado un bello edificio, y no le ha concluido;» él ha hecho grandes preparativos de materiales, ha puesto los cimientos de un palacio soberbio y magnífico, y despues ha abandonado de repente la obra. ¡Oh loco! ¡oh insensato! *Hic homo capit edificare*.

16. Despertad, pues, cristianos, porque vosotros sois ese loco:

habeis comenzado un gran edificio, habeis establecido ya la fe que es su cimiento inalterable. Para poner este fundamento de la fe ; qué de esfuerzos se han necesitado! El terreno destinado para la obra era mas movable que la arena : cristianos, ese terreno, es el espíritu humano, siempre vacilante en sus ideas : ha sido preciso afirmarle. ¡Qué de milagros, qué de profecías, qué de Escrituras, qué de enseñanzas han sido necesarias para servirle de apoyo! Por un lado habia precipicios, precipicios terribles y peligrosos, el error y la ignorancia; ha sido preciso terraplenarlos : por otro, « eminen-
 «nencias soberbias que, como dice el santo Apóstol (II Cor. x, 5),
 «se elevaban contra la ciencia de Dios;» ha sido preciso abatirlas : hablemos en términos mas inteligibles : ha sido preciso cegarnos á nosotros mismos, desmentir y rehusar todos nuestros sentidos, renunciar á nuestros juicios, someternos y cautivarnos en la parte mas libre, que es la razon. Finalmente, ¿qué no ha sido necesario para poner este fundamento de la fe? Y despues de tantos esfuerzos, de tantos preparativos extraordinarios, se deja la empresa imperfecta, y no se edifica nada sobre tan magníficos cimientos; ¿puede darse mayor locura? ¿No veis, insensatos, que esos cimientos aguardan el edificio, que ese principio de la fe exige su perfeccion por medio de una vida justa, y que esas murallas medio construidas, que se arruinan porque se descuida el concluir las, son un testimonio elo-
 cuente de vuestra loca y temeraria conducta? Pero esto parecerá mucho mas claro si, despues de haber considerado la fe como el principio del edificio, consideramos ahora que esa misma fe no se estableció para permanecer sola, sino para servir de sosten á otra cosa. Porque si en efecto, cristianos, no se estableció la fe para permanecer sola, sino para servir de apoyo á otra cosa, dejó al juicio de vuestras conciencias la injuria que haceis al divino Salvador, si habiendo él puesto en vuestras almas unos cimientos tan inalterables, temeis todavía edificar sobre ellos. ¿No es esto decirle claramente que desconfiais del apoyo que os presta, y no os atreveis á fiaros en su palabra? ¿No es esto dar á entender que su fe os parece dudosa, su doctrina mal entendida, y sus máximas poco seguras?

17. Pero dejemos estas censuras para probar sólidamente por medio de la sagrada Escritura que la fe se nos ha dado solo para ser el apoyo de las obras; de lo cual os convenceréis fácilmente si meditais con atencion la conducta de nuestro Salvador durante su vida. Jesús llevó á cabo grandes misterios, y nos dió grandes pre-

ceptos; pero á fin de que lo que debemos creer nos enseñe cómo debemos obrar, ha dispuesto de tal modo las cosas, que los misterios que realizó fuesen el sosten y el fundamento de los preceptos que diera. San Agustín nos explica admirablemente esta verdad en el libro que escribió *De agone christiano*, del combate del cristiano, donde siguiendo al divino Apóstol funda toda la vida cristiana y la union de los preceptos con los misterios en Jesucristo humillado y en el misterio de su cruz. Ó hombres, dice, no ameís al mundo; hé aquí el precepto: porque si el mundo fuese amable, el Hijo de Dios le hubiera amado; hé aquí el misterio: *Nolite amare temporalia; quia si bene amarentur, amaret ea homo quem suscepit Filius Dei.* (Cap. 11, n. 12, t. VI, col. 251). No os aficioneis á las riquezas, porque si fuesen necesarias, el Hijo de Dios no sería pobre: no temais los sufrimientos y la ignominia, porque si perjudicasen á vuestra felicidad, no se habria expuesto un Dios á ellas. Así veis claramente que todas las cosas que Jesús manda tienen su fundamento inmutable en las que él ha hecho; y que si nos prescribe en su Evangelio una vida penitente y mortificada es porque se nos presenta como un Dios anonadado y mortificado, y en el Tabor, donde nos manda escuchar su voz, ¿de qué habla con Moisés y Elías? De su cruz, dice el Evangelista, y de la muerte que debía sufrir en Jerusalem: *Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem.* (Luc. ix, 31). ¿Por qué razon, divino Salvador nuestro? ¿Qué tiene de comun ese asunto con la gloria que os rodea? Es, hermanos míos, que estando fundado lo que manda en lo que hace, nos propone lo que hace para disponernos á cumplir humildemente lo que manda: *Ipsium audite: «escuchad á Jesús;»* escuchadle y creed lo que hace: escuchadle y haced lo que dice.

18. Pero permitidme, cristianos, que me extienda mas en esta verdad tan sólida é importante, y os explique el designio que tuvo el Salvador Jesús para no hablar en el estado augusto y majestuoso en que se nos aparece en el Tabor, mas que de su cruz y de sus sufrimientos. ¿No lo veis, cristianos, no lo habeis entendido todavía? Jesús se propuso prepararos á escuchar sus preceptos; quiso remover las dificultades que encontrais para seguir sus mandamientos y caminar por sus vias. En efecto, para remover esas dificultades es preciso inspirarnos valor y darnos fuerza. Para inspirarnos valor ¿qué puede haber mas eficaz que ver caminar á Jesús el primero por la senda que nos ha abierto, cubierto de sudor y de sangre, buscando todo lo que los hombres rechazan, despreciando todo lo que

ellos desean, sufriendo voluntariamente todo lo que temen: *Omnia contemnendo quæ pravi homines capiunt, et omnia patiendò quæ horrescunt* (S. Aug. lib. de ver. Relig. n. 31, t. 1, col. 738); y diciéndonos en este estado de sufrimientos con voz firme y vigorosa: *In mundo pressuram habebitis; sed confidite, ego vici mundum?* (Joan. xvi, v. 33). Mis queridos discípulos, lo confieso, «tendréis que sufrir en «el mundo; pero tened valor, yo he vencido al mundo.» ¿Y habrá almas tan bajas, á las cuales no les mueva este ejemplo? Os quejais, cristianos, de que vuestras fuerzas no bastan para seguir á ese Dios que os llama; me haceis sin duda esta objecion, lo leo en vuestros corazones; pero reparad que Jesús no solo camina delante, sino que se vuelve tambien á vosotros para tenderos su mano caritativa. ¿Quereis una prueba de lo que os digo? Bien indudable la teneis en sus mismos sufrimientos. Escuchad á san Pablo en su epístola á los hebreos: *In eo enim in quo passus est ipse et tentatus, potens est iis qui tentantur auxiliari.* (Hebr. ii, 18). «Por las cosas que ha sufrido nos «demuestra que es poderoso para prestar auxilio á los que sufren.» Misterio admirable, cristianos; Jesús prueba su poder por su debilidad, y con mucha razon; porque es justo que aquel que se hizo débil por su bondad se convierta en apoyo de los demás por su poder; y que para honrar la debilidad de que se revistió voluntariamente sea el sosten de aquellos que son débiles por necesidad. No temais, pues, cristianos; seguid á Jesucristo por la senda estrecha, y escuchad á un Dios que camina delante para darnos el ejemplo, volviéndose á nosotros para tendernos la mano.

19. Por consiguiente, escuchemos la voz de ese Maestro tan caritativo: *Ipsam audite*: «escuchemos á Jesús;» pero escuchémosle como habla, aceptemos sus sentimientos conforme nos los inspira: porque ¿cuántos vemos todos los dias acercarse al Hijo de Dios, no para recibir la ley, sino para darla, para hacerle hablar á su modo, segun las preocupaciones de sus pasiones y los caprichos de su concupiscencia? Tales son los que consultan para ser engañados, los que no creen buenos otros consejos que los que les halagan, los mismos de quienes dice Isaias: «Hé aquí un pueblo rebelde que excita «el furor de Dios; esos son hijos embusteros, hijos rebeldes y obstinados que no quieren escuchar la ley de Dios:» *Populus ad iracundiam provocans est, et filii mendaces.* (Isai. xxx, 9). Semejantes hombres dicen á los que ven: «no veais, cegad para complacernos, «no camineis por la via recta:» *Nolite aspicere nobis quæ recta sunt* (Id. 10): no es esto lo que nosotros buscamos, nosotros queremos

rodeos cómodos; pedimos expedientes para cohonestar nuestras venganzas, para paliar nuestras usuras, para continuar nuestras rapiñas, para satisfacer nuestros malos deseos: *Loquimini nobis placentia, videte nobis errores* (Id.): «decidnos cosas que nos gusten, enseñadnos «errores agradables.» Y si algun doctor verdadero, de aquellos de quienes dice el apóstol san Pablo «que tratan recta y fielmente la «palabra de verdad» (II Tim. II, 15), en vez de esa via larga y espaciosa que nos conduce á la perdicion, les enseña el camino de la salvacion en una senda mortificada y penitente, «apartad de nosotros, dicen, esa via:» *Auferte à me viam, declinate à me semitam.* (Isai. xxx, 11). Apartad de nosotros esa via, es demasiado incómoda; «sacadnos de ese sendero,» es demasiado estrecho; y si ese doctor les amonesta con el Evangelio, y les dice: Jesús es quien habla: ¡ah! responden, no queremos oir su voz, nos es importuna: *Ces- set à facie nostra sanctus Israel* (Ibid.): no queremos que sufra ninguna parte de nosotros mismos.

20. Ved, hermanos míos, como la arrogancia humana arrebatada por sus pasiones no quiere escuchar al Salvador Jesús, si no habla á su capricho. Juzguemos sino por nosotros mismos, pongamos la mano en nuestras conciencias. ¿Quién de nosotros, si fuese creído, no trataria de modificar y reformar el Evangelio en favor de sus pasiones? Hay vicios que odiamos por una aversion natural, y no hay hombre tan corrompido que no le disguste algun pecado. ¡Ah! ¡cómo amamos el Evangelio, cuando condena esos vicios que detestamos! Mirad, por ejemplo, á ese hombre que es de un natural dulce, enemigo de las turbulencias y las injusticias, y censurad cuanto os plazca, ó divino Señor, las rapiñas y las violencias: él aplaudirá vuestra doctrina; pero si le quitaís sus placeres favoritos, ¿qué severa le parecerá vuestra palabra! no querrá de seguro escucharla. Ved á ese otro, naturalmente liberal, que oye siempre con alegría lo que se dice contra la avaricia; pero que no se le prohiba la maledicencia, que se le permita vengar sus injurias, que se deje envolver á sus enemigos ó á sus rivales en una intriga maliciosa, porque de lo contrario no tardará en disgustarse. ¡Oh locura! ¡oh temeridad! ¡Sois severo, Salvador mío, y no puede haber conformidad con Vost! «Salvadnos, salvadnos, Señor, decia en otro tiempo «el Profeta, porque no hay nada santo en la tierra, y las verdades «han disminuido por la avaricia de los hombres:» *Diminutæ sunt veritates.* (Psalm. xi, 1). No; las verdades no se han extinguido del todo, las hay que agradan á algunos; pero por una audacia espan-

tosa cada uno las disminuye á su capricho, y quita de ellas lo que le desagrada. Los hombres se han entrometido á hacer una distincion entre los vicios: á unos, como la crueldad y la perfidia, se los condena á la execracion: á otros, como la ambicion y otras pasiones, se quiere considerarlos como honestos. Desgraciados, ¿qué es lo que intentais? «¿Se ha dividido Jesucristo?» *Divisus est Christus?* (I Cor. 1, 13). El que ordena la felicidad ¿no ha ordenado tambien la templanza? El que prohíbe la crueldad ¿no ha prohibido tambien todas esas dulzuras criminales? ¿Por qué, pues, dividís á Jesucristo? ¿Por qué desfigurais su doctrina con esa distincion injuriosa? ¿Qué os ha hecho el Evangelio para que le desgarris de ese modo? *Quid dimidias mendatio Christum? totus veritas fuit!* (Terl. de car. Chr. n. 5). ¿Por ventura el Evangelio de Jesucristo es algun conjunto monstruoso de verdadero y de falso, y será preciso tomar una parte de él y rechazar la otra? No, *totus veritas*: todo es sabiduría, todo luz, todo verdad.

21. Pero, cristianos, ¿qué debemos hacer para escuchar fielmente á ese Maestro celestial? San Agustin os lo dice en estas palabras del libro de sus Confesiones: *Optimus minister tuus est, qui non magis intuctur hoc à te audire quod ipse voluerit, sed potius hoc velle quod à te audierit.* (Lib. X, c. 26, t. I, col. 184). Aquel es vuestro servidor verdadero «que se acerca á Vos, ó Señor, no para oír lo que quiere, sino para querer lo que oye.» Palabras santas, palabras cristianas, y dignas seguramente de estar siempre fijas en nuestra memoria. Así es cómo debeis escuchar á Jesús, como á un Maestro cuya ley vais á recibir, rechazando humildemente todo lo que es contrario á vuestros deseos; y si lo haceis, cristianos, ¡cuán grande será vuestra recompensa! día llegará en que Dios haga lo que querais, despues que vosotros hayais hecho lo que él quiere: cumplirá sus promesas, si vosotros cumplís sus preceptos. Esto es lo que me resta explicaros, y lo haré en mi

Tercera parte.

22. Santo Tomás, tratando de la naturaleza del voto (2, 2, *questione* 88, *art.* 1), establece esta diferencia entre el mandato y la promesa: que el mandato arregla y determina lo que los demás deben hacer respecto de nosotros; y la promesa, al contrario, lo que nosotros debemos hacer respecto de los demás. Así, pues, cristianos, despues de haberos explicado á qué nos obliga la palabra de

Jesucristo en sus preceptos, con respecto á Jesucristo mismo, es justo que os enseñe á qué se obliga el Salvador para con vosotros en sus promesas: *Ipsium audite*; escuchad á Jesús en las promesas de su Evangelio: y á fin de que comprendais la estimacion en que debeis tener esas promesas, considerad con atencion, hermanos míos, en qué orden y por qué série se compromete Dios con nosotros. Primeramente nos promete; despues, para darnos seguridad, confirma con un juramento todas sus promesas: no contento con habernos empeñado su fidelidad, nos envia á su Hijo desde el cielo á la tierra, para reiterarnos la misma palabra, y persuadirnos de su benevolencia; y finalmente, para quitarnos todo escrúpulo, nos da en la transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo una especie de goce anticipado de la felicidad que nos ha prometido. Esta última circunstancia es la que voy á examinar en pocas palabras.

23. Es ya una gracia inestimable el que Dios se haya dignado hacernos promesas; porque, como observa muy bien el gran santo Tomás, «el que promete una cosa la da en cierto modo, puesto que «se obliga á darla:» *Qui promittit, in quantum se obligat ad dandum, jam quodam modo dat.* (2, 2, quæst. 88, art. 5, ad 2). Lo cual quiere decir que aquel que nos ha prometido, aun cuando en virtud de esta promesa no nos ponga en una posesion actual, sin embargo se ha encadenado en cierto modo á sí mismo, quitándose la libertad de disponer de su voluntad de otra manera. Por eso, dice el mismo santo Tomás, parece segun el uso de las cosas humanas que se hace una gracia, no solo á aquel á quien se promete, cuando se obra de buena fe; porque, aunque el bien que se nos promete no sea todavía nuestro por una posesion actual, lo es ya por un empeño, y el que promete alguna cosa se ha atado en cierto modo á sí mismo, quitándose la libertad de disponer de ella de otra manera. Por consiguiente es preciso confesar que Dios, al comprometerse con nosotros por sus promesas, nos ha dado una maravillosa ventaja.

24. Pero aun hace en nuestro favor una cosa mucho mas grande en la gloriosa transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo. Dios conoce nuestra dureza y nuestro corazon incrédulo; sabe que la vida futura no nos interesa: esa vida nos parece distante, y entre tanto nuestros groseros entendimientos, distraidos y arrebatados por los bienes presentes, no comprenden las delicias de aquel porvenir bienaventurado. ¿Qué hace, pues, el Salvador divino? Escuchad un consejo de misericordia: «En verdad, en verdad os digo que habrá en-

«tre vosotros algunos que no sufrirán la muerte hasta que hayan visto al Hijo de Dios en su gloria y en su reino:» *Sunt de hic stantibus qui non gustabunt mortem, donec videant Filium hominis venientem in regno suo.* (Matth. xvi, 28). Quiero ayudar vuestros sentidos, quiero apoyar vuestra debilidad; si esa felicidad que os prometo os parece demasiado lejana para atraeros, voy á hacéroslo presente, voy á mostrarla á algunos de vosotros que podrán dar testimonio de ella á los demás. Y pocos dias despues de haber dicho Jesús estas palabras lleva al monte Tabor á tres de sus discípulos (Matth. xvii, v. 1); y estando en oracion (porque, hermanos míos, la oracion es la que hace brillar toda la gloria de Dios sobre nosotros), aquella luz infinita que estaba oculta bajo la flaqueza de su carne, atravesando de repente con una fuerza imponderable esta espesa nube, «brilla como el sol, y una blancura admirable se esparce por sus vestidos.» (Ibid. 2).

25. Ved aquí, hermanos míos, una bella idea de la gloria que se nos ha prometido; porque, ¡cuál no será su esplendor, cuando eclipsa el del mismo sol! y ¡cuán abundante para haber pasado á los vestidos de Jesús despues de haber llenado todo su cuerpo! Así es que Pedro, arrebatado por tan bello espectáculo, exclama fuera de sí: «¡Oh! Señor, ¡qué bien se está aquí,» y qué feliz seria yo si no perdiese nunca tan hermosa vista! *Bonum est nos hic esse.* (Ibid. c. xvii, 4). Y si Pedro quedó de tal modo deslumbrado al ver la gloria del cuerpo, ¿qué seria, cristianos, si Jesús le hubiera descubierto la de su alma? Si hubiese visto la belleza incomprensible de su esencia divina sin nubes, sin mezcla, sin oscuridad, y tal como es en sí misma, ¡oh Dios! ¡cuál seria su éxtasis! Y puesto que se cree tan feliz solo con ver á su Maestro en su majestad, á pesar de no tener todavía parte en su gloria, ¡cuál seria su encanto si se viera revestido de ella! ¡Oh! hermanos míos, escuchemos á Jesús, é interesémonos en sus promesas que nos hace él ya tan palpables: *Ipsium audite*: «Escuchadle,» escuchad la palabra de su promesa. ¿Cuál es esta? héla aquí, cristianos, tal como la ha pronunciado él mismo: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* (Ibid. x, v. 22). «Aquel que persevere hasta el fin, será salvo.» ¿Qué quieren decir estas palabras? Creed sus promesas con seguridad, esperad los efectos de ellas con paciencia.

26. Pero ¡ah! ¿quién es el que así lo hace, cristianos? ¿quién atiende á esas palabras? ¿Seréis vosotros, ó hombres de mundo, que, embriagados por los bienes presentes, hacéis mofa de la vida

futura? ¿Osaré repetir en esta cátedra vuestros razonamientos? ¡Ah! ¡si Dios, que sondea los corazones, os pusiese á la vista vuestros sentimientos! ¿No sois vosotros de aquellos que dicen, segun el profeta Isaías: «¡Ah! que se dé prisa el Señor, que nos haga ver «pronto su obra, si quiere que le creamos; que nos haga experimentar algo de sus designios, y no dudaremos de ellos:» *Festinet et cito veniat opus ejus, et videamus; ut appropriet, et veniat consilium Sancti Israel et sciemus illud?* (Isai. v, 19). Reconoced hoy vuestros sentimientos en boca de esos impíos; no penseis todos los días: ¡Ah! ¿quién nos dará noticias de ese porvenir que se nos promete? siempre aguardando, siempre esperando, y entre tanto todo lo presente se nos escapa: *Festinet, et cito veniat opus ejus*. El mundo nos da placeres presentes, y Dios nos remite á otra vida. *Festinet*; ¡ah! que se apresure, que no nos dé un plazo tan largo; nosotros no podemos esperar tanto: *Cito veniat opus ejus*. Léjos, léjos de nosotros estas palabras profanas; léjos de nosotros este lenguaje impío: *Ipsium audite*: Escuchad á Jesús en la palabra de su promesa; no dudeis, no desespereis; ¡ah! no dudeis, cristianos, Dios lo ha dicho, y seréis salvados: *Hic salvus erit*.

27. Os lo repito, cristianos, no os canseis; es preciso esperar hasta el fin: *Qui perseveraverit usque in finem*. Ó justos, ó fieles, ó hijos de Dios, esta es la voz que debéis oír. ¿Dónde estais, en esta asamblea? Hay algunos de vosotros en ella, no lo dudo: ¡ah! que no seamos tan desgraciados que no haya un solo justo en todo este gran pueblo: ¡oh! justos, á vosotros es á quienes me dirijo; á vosotros á quienes hablo sin conoceros; pero Dios, á quien conocéis y que os conoce, sabrá hacer que penetre mi voz en vuestros corazones: *Qui perseveraverit, hic salvus erit*. Sí, esta es la palabra que debéis escuchar: *Vox exultationis et salutis in tabernaculis justorum* (Psalm. cxvii, 15): «Los gritos de alegría y de salvacion re-
«tumban en las tiendas de los justos.» Esa palabra es la misma de la cual está escrito: «Mis ovejas oyen mi voz.» (Joan. x, 27). Esta «palabra, dice san Agustin, es la que no escucha ningun extraño, «la que ninguno de los propios rechaza:» *Hanc vocem non negligit proprius, non audit alienus*. (In Joan. tr. XLV, n. 13, t. III, part. II, col. 600). Muchos escuchan á Jesucristo en otras palabras; pero ¡cuán pocos le oyen en esta! Ese es ahora casto, tal vez será pronto impúdico; aquel otro, cansado de sus crímenes, va á expiarlos en la penitencia, oye hablar á Jesucristo; pero, ¡oh voz sagrada! ¡oh

palabra de perseverancia! no te entiende; la tentacion llega, y sucumbe; se presenta la ocasion, y se deja arrastrar por ella. ¡Oh palabra de perseverancia! ese pecador no te entiende; y sin embargo en esto consiste el sello de la obediencia. Escuchadla, ó hijos de Dios, y no perdais vuestra corona. La tentacion os incita; ¡ah! «per-severad hasta el fin, porque la tentacion no durará hasta el fin:» *Persevera usque in finem, quia tentatio non perseverat in finem.* (In Joan. tr. XLV, n. 13, t. III, part. II, col. 600). Pero decís: ese hombre me oprime con sus violencias: *Et adhuc pusillum, et non eris peccator* (Psalm. xxxvi, 10): «Un instante mas, y el pecador habrá dejado de existir.» Sin embargo, replicaís, ¡qué plazo tan fastidioso! No, «la debilidad hace que os parezca largo lo que es corto:» *Infirmitas facit diu videri quod cito est.* (S. Aug. in Psalm. xxxvi, serm. I, n. 10, t. IV, col. 263). «Nos parece largo mientras dura; «pero, luego que se haya acabado, entonces conoceréis cuán corta «era su duracion:» *Hoc modicum longum nobis videtur, quoniam adhuc agitur: cum finitum fuerit, tunc sentiemus quam modicum fuerit.* (In Joan. tr. CI, n. 6, t. III, part. II, col. 753).

28. Y si las promesas de Jesucristo no os estimulan, escuchad la palabra de sus amenazas: no os he hablado de ella, porque no es la intencion de Nuestro Señor el mostrarnos hoy nada que sea terrible. Él ha venido únicamente á traer la salvacion: *Non enim veni ut judicem mundum* (Joan. xii, 47): «porque no he venido á «juzgar al mundo.» Pero al fin, obligado por nuestros crímenes, «nos advierte que huyamos de la cólera que nos persigue: *Fugere à ventura ira.* (Matth. iii, 7). «Porque ya el hacha está puesta á la «raíz del árbol:» *Jam enim securis ad radicem arborum posita est* (Ibid. 10); y se oye una voz que dice: «Arrojad á ese servidor inútil á las tinieblas exteriores:» *Inutilem servum ejicite in tenebras exteriores.* (Ibid. xxv, 30). ¡Oh terribles palabras! *Irritam quis faciens legem Moysi, sine ulla miseratione duobus vel tribus testibus moritur; quanto magis putatis deteriora mereri supplicia, qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit, in quo sanctificatus est, et spiritui gratiæ contumeliam fecerit?* (Hebr. x, v. 28, 29). «El que ha violado la ley de Moisés es condenado á «muerte sin misericordia, solo por la deposicion de dos ó tres «tigos: ¿de qué suplicio creéis, pues, que será digno el que haya «hollado al Hijo de Dios, el que haya tenido por una cosa vil y «profana la sangre de la alianza por la cual ha sido santificado, y el

«que haya ultrajado al Espíritu de gracia?» Para evitar todas estas amenazas escuchemos, hermanos míos, al Salvador Jesús, creamos humildemente lo que él nos enseña, cumplamos fielmente lo que nos manda, y de este modo tendremos infaliblemente lo que nos promete, la gloria eterna que á todos os deseo. Amen.

SERMON

SOBRE

**LA EMINENTE DIGNIDAD DE LOS POBRES
EN LA IGLESIA.**

Erunt novissimi primi, et primi novissimi. (Matth. xx, 16).

Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos.

Parcet pauperiet inopi, et animas pauperum salvas faciet. (Psalm. lxxi. 23).

Perdonará al padre y al indigente, y salvará las almas de los pobres.

1. Aunque el Salvador del mundo ha dicho que los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros, y esto no tenga su entero cumplimiento sino en la resurrección general, en la que los justos que el mundo había despreciado ocuparán los primeros puestos, al paso que los malos y los impíos que han reinado en la tierra serán vergonzosamente relegados á las tinieblas exteriores; sin embargo este admirable trastorno de condiciones humanas ya ha principiado en esta vida, y vemos sus primeras señales en la institución de la Iglesia. Esta ciudad maravillosa, cuyos cimientos ha echado el mismo Dios, tiene sus leyes y su política para gobernarse. Pero como Jesucristo, su fundador, ha venido al mundo para destruir el orden que en él había establecido el orgullo, hé ahí por qué su política es diametralmente opuesta á la del siglo; y observo esta oposicion principalmente en tres cosas. Primero, en el mundo los ricos disfrutaban todas sus ventajas y ocupan los principales puestos; en el reino de Jesucristo la preeminencia pertenece á los pobres, que son los primogénitos de su Iglesia y sus verdaderos hijos. Segundo, en el mundo los pobres dependen de los ricos, y parecen haber nacido solo para servirlos; en la santa Iglesia, por el contrario, no son admitidos los ricos sino con la condicion de servir á los pobres. Tercero, en el mundo las gracias y los privilegios son para los poderosos y los ricos; los pobres no tienen mas

parte en ellos que la que les quieren ceder , al paso que en la Iglesia de Jesucristo las gracias y las bendiciones son para los pobres, y los ricos no pueden conseguir privilegio ni gracia alguna sino por medio de aquellos. Así, pues , las palabras del Evangelio que he escogido por texto se cumplen ya desde la presente vida : « Los últimos son los primeros, y los primeros son los últimos : » puesto que los pobres, que son los últimos en el mundo, son los primeros en la Iglesia; puesto que los ricos, que se imaginan que todo se les debe, y que tienen á sus piés á los pobres, no entran en la Iglesia sino para servirles ; puesto que las gracias del Nuevo Testamento corresponden de derecho á los pobres, y puesto que los ricos no las reciben sino por sus manos. Verdades ciertamente importantes, y que os deben enseñar, ó ricos del siglo, lo que debeis hacer con los pobres ; esto es, honrar su condicion, socorrer sus necesidades, participar de sus privilegios. Esto es lo que me propongo explicaros con el auxilio de la gracia.

Primera parte.

2. El docto y elocuente san Juan Crisóstomo nos propone una excelente idea para conocer las ventajas de la pobreza sobre las riquezas. Para esto nos pinta dos ciudades, compuesta la una solo de ricos, y la otra de pobres, y examina despues cuál de las dos es mas poderosa. Si consultamos á la mayor parte de los hombres sobre esta proposicion, no dudo, cristianos, que se dará la preferencia á la de los ricos; pero san Juan Crisóstomo se decide por la de los pobres (*De div. et paup. hom.* XI, t. XII, p. 503, 506); y se funda en que la ciudad de los ricos tendria mucha pompa, mucho esplendor, pero careceria de fuerza y de bases seguras. La abundancia, enemiga del trabajo, incapaz de contenerse, y por consiguiente siempre entregada á la voluptuosidad, corromperia todos los ánimos, y afeminaria el valor con el lujo, con el orgullo y con la ociosidad. Así las artes serian abandonadas, apenas se cultivaría la tierra, se olvidarían las obras laboriosas por las cuales se conserva el género humano, y esta unidad pomposa, sin necesidad de mas enemigos, caería, en fin, por sí misma arruinada bajo el peso de su opulencia. Al contrario, en la otra ciudad en que no hubiese mas que pobres la necesidad industriosa, fecunda en inventos y madre de las artes provechosas, aplicaría los espíritus por la necesidad, los aguijonaría con el estudio, les daría un vigor varonil con el ejercicio de la paciencia, y no ahorrando fatigas acaba-

ria grandes obras, que exigen necesariamente un gran trabajo. Eso es poco mas ó menos lo que nos dice san Juan Crisóstomo acerca de estas dos diferentes ciudades, prefiriendo de las dos á la que es residencia de los pobres.

3. Pero hablando verdaderamente de las cosas, nosotros sabemos que la distincion de estas dos ciudades no es mas que una ficcion agradable. Las ciudades, que son cuerpos políticos, exigen igualmente que los naturales el temperamento y la mezcla; de modo que, segun la política humana, la ciudad de los pobres de san Juan Crisóstomo solo puede subsistir en nuestra imaginacion. Solo al Salvador y á la política del cielo corresponde construir una ciudad que verdaderamente fuese la ciudad de los pobres. Esta ciudad es la santa Iglesia; y si me preguntais, cristianos, por qué la llamo ciudad de los pobres, os contestaré con la siguiente proposicion: porque la Iglesia en su primer plan no ha sido edificada sino para los pobres, y ellos son los verdaderos ciudadanos de esta bienaventurada ciudad que la Escritura ha distinguido con el nombre de ciudad de Dios. Aunque tal vez esta doctrina os parezca extraña, no por eso deja de ser verdadera; y para convencerlos de ello, notad, si os place, señores, que hay una diferencia entre la Sinagoga y la Iglesia, y consiste en que Dios ha prometido á la Sinagoga bendiciones temporales, al paso que, como dice el divino Salmista, «toda la gloria de la santa Iglesia es oculta é interior:» *Omnis gloria ejus filiarum regis ab intus.* (Psalm. XLIV, 14). «Dios te conceda, decia Isaac á su hijo Jacob (*Genes.* xxvii, 39), el rocío del cielo y la sustancia de la tierra.» Esta es la bendicion de la Sinagoga. ¿Y quién no sabe que en las antiguas Escrituras Dios no promete á sus siervos mas que prolongar sus dias, enriquecer sus familias, multiplicar sus ganados, y bendecir sus tierras y heredades? Segun estas promesas, señores, fácil es comprender que siendo las riquezas y la abundancia la herencia de la Sinagoga, esta en su propia institucion debia tener hombres poderosos y casas opulentas. Pero no sucede así con la Iglesia. En las promesas del Evangelio no se habla aun de los bienes temporales, con los que se cautivaba á aquellas gentes, ó se contentaba á aquellos niños. Jesucristo ha sustituido en su lugar las aflicciones y la cruz; y por este maravilloso cambio los últimos se han hecho los primeros, y los primeros los últimos; porque los ricos, que eran los primeros en la Sinagoga, no ocupan ya ningun rango en la Iglesia, y los pobres y los indigentes son sus verdaderos ciudadanos.

4. Aunque esta diferente conducta de Dios en la antigua y en la nueva alianza se funde en grandes razones, que seria prolijo enumerar, podemos decir de paso : que complaciéndose Dios en el Viejo Testamento en manifestarse con un aparato majestuoso, convenia que la Sinagoga, su esposa, se ostentase con señales de grandeza exterior; y, por el contrario, que en el Nuevo, en el cual Dios ha ocultado todo su poder bajo una forma humilde, la Iglesia, su cuerpo místico, debia ser una imagen de su humildad, y aparecer con la señal de un voluntario abatimiento. ¿Qué otra razon puede haber para que este mismo Dios humillado, queriendo, dice, «llenar su casa,» *Ut impleatur domus mea* (Luc. XIV, 23), mande á sus servidores que vayan á buscar á todos los necesitados? Oid lo que dice: «Id, exclama, á los rincones de las calles, *Exi cito*, y traedme prontamente, á quién? á los pobres y á los enfermos; ¿á quién mas? á los ciegos é inválidos :» *Pauperes ac debiles, cecos et claudos introduc huc.* (Ibid. XXI). Con estos quiere llenar la casa; no quiere ver nada que no sea débil, porque no quiere ver nada que no lleve su carácter, esto es, la cruz y la enfermedad. La Iglesia de Jesucristo es, pues, verdaderamente la ciudad de los pobres. Los ricos, no temo decirlo, en calidad de ricos, porque es preciso hablar correctamente, no son permitidos allí sino por tolerancia; y solo á los pobres, á los indigentes que llevan la señal del Hijo de Dios, es á los que pertenece propiamente la entrada en la santa ciudad. Por esto el divino Salmista los llama «los pobres de Dios :» *Pauperes tuos.* (Psalm. LXXI, 2). ¿Por qué los pobres de Dios? Los llama así en espíritu, porque la nueva alianza ha querido adoptarlos con una prerogativa particular. En efecto, ¿no ha sido enviado para ellos el Salvador? «Dios me ha enviado, nos dice, para anunciar el Evangelio á los pobres :» *Evangelizare pauperibus misit me.* (Luc. IV, 18). ¿No es á los pobres á quienes despues dirige la palabra, cuando predicando su primer sermon sobre aquella montaña misteriosa, donde, no dignándose hablar á los ricos sino para abatir su orgullo, dirige la palabra á los pobres, que era á los que tenia que evangelizar? «¡Oh pobres, cuán felices sois, porque á vosotros pertenece el reino de Dios!» (Luc. VI, 20). Si, pues, pertenece á ellos el cielo, que es el reino de Dios en la eternidad, á ellos tambien pertenece la Iglesia, que es el reino de Dios en el tiempo. Y así como les pertenecia, así tambien son los primeros que han entrado en ella. «Mirad, decia el divino Apóstol, en «la Iglesia no hay muchos sábios segun el mundo, ni muchos pode-

«rosos, ni muchos nobles, sino que Dios ha querido elegir los que «entre ellos habia de mas despreciable (I Cor. 1, 26, 28) :» de donde se deduce fácilmente que la Iglesia de Jesucristo era una asamblea de pobres. Y en su primera fundacion, si los ricos eran recibidos en ella, así que entraban se despojaban de sus bienes, y los ponian á los piés de los Apóstoles, á fin de venir á la Iglesia, que era la ciudad de los pobres, con el carácter de la pobreza; ¡con tanto empeño habia resuelto el Espíritu Santo establecer en el origen del Cristianismo la prerogativa eminente de los pobres, miembros de Jesucristo!

5. Yo podría tambien, hermanos míos, establecer la preeminencia de los pobres con otras razones convincentes, por las cuales reconoceríais que estos son los verdaderos hijos de la Iglesia, y que para ellos principalmente se ha edificado esta ciudad espiritual. Pero mas vale sacar alguna instruccion, y recoger algun fruto de esta saludable doctrina. Ella nos debe enseñar, cristianos, á respetar á los pobres y á los indigentes como á nuestros primogénitos en la familia de Jesucristo, y como aquellos á quienes su celeste Padre ha elegido para ser los ciudadanos de su Iglesia, como aquellos que, llevando sus señales mas seguras, son tambien los miembros mas preciosos. El apóstol Santiago nos enseña esta moral. «Oid, nos dice, amados hermanos míos :» *Audite, fratres mei dilectissimi* (Jac. 11, 5); sin duda se trata de proponernos alguna cosa muy importante. ¿Qué alma, por endurecida que esté, rehusará su atencion siendo á ella excitada por el órgano de tan grande Apóstol, que es honrado en las santas Letras con la calidad gloriosa de hermano de Nuestro Señor? Pero oigamos lo que quiere decir; hé aquí sus propias palabras : «¿No es cierto que Dios ha escogido «los pobres á fin de que fuesen ricos en la fe, y los herederos del «reino que ha prometido á los que le amen?» «¡Y á pesar de esto, «prosigue, aun osais despreciar á los pobres!» El Apóstol, como veis, quiere hacernos considerar en este lugar la eminente dignidad de los pobres y la prerogativa de su vocacion que he tratado de explicaros. Dios, dice, los ha escogido especialmente para ser ricos segun la fe, y los herederos de su reino; ¿no he predicado yo, hermanos míos, que ellos son llamados á la Iglesia con el honor y la preferencia de una eleccion particular? ¿Y qué concluirémos de ahí sino lo que ha concluido el mismo Santiago, que es una ceguera deplorable no honrar á los pobres, á los cuales Dios mismo ha honrado tanto con la gracia de preeminencia que les

da en su Iglesia? Respetadlos, cristianos, honrad su condicion.

6. San Pablo nos da un buen ejemplo. Escribiendo á los romanos acerca de una limosna que iba á llevar á los fieles de Jerusalem, les habla en estos términos: «Yo os conjuro, hermanos míos, por «Nuestro Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu Santo, á «que me ayudeis con vuestras oraciones para con Dios, á fin de «que los Santos que están en Jerusalem admitan el presente que «voy á hacerles:» *Obsecro vos, fratres, per Dominum nostrum Jesum Christum, et per charitatem Sancti Spiritus, ut adjuvetis me in orationibus vestris pro me ad Deum, ut... obsequii mei oblatio accepta fiat in Jerusalem Sanctis.* (Rom. xv, 30, 31). ¡Quién no admiraría, cristianos, el modo honroso con que trata á los pobres! No dice la limosna que voy á hacerles, ni el socorro que tengo que entregarles, sino el servicio que tengo que prestarles. Aun hace mas, y os ruego que mediteis lo que añade: «Rogad á Dios, dice, hermanos «míos, á fin de que mi servicio les sea agradable.» ¿Qué quiere decir el santo Apóstol? ¿Son necesarias tantas precauciones para hacer admitir una limosna? Lo que le hace hablar de esa suerte es la alta dignidad de los pobres. Puede darse por dos motivos: ó por ganar el afecto, ó por socorrer la necesidad; ó por un efecto de estimacion, ó por un sentimiento de piedad; el uno es un presente, y el otro una limosna en la limosna. Créese generalmente que basta con dar; se pone mas cuidado en el presente, y hay cierto arte inocente de aumentar el valor de lo que se da por la manera y las circunstancia con que se ofrece. De esta manera última es como san Pablo asiste á los pobres. No solamente los considera como desgraciados, á quienes es necesario socorrer, sino que mira que en su miseria son los principales miembros de Jesucristo y los primogénitos de la Iglesia. En esta cualidad gloriosa los considera como personas á las cuales hace la corte, si puedo expresarme así. Por eso no le basta que su presente les alivie, sino que desea que su servicio sea admitido; y para obtener esta gracia pone á toda la Iglesia en oracion. Tan considerables son los pobres en la Iglesia de Jesucristo, que san Pablo parece establecer su felicidad en el honor de servirles y de complacerles: *Ut obsequii mei oblatio accepta fiat in Jerusalem Sanctis.*

7. Señores, revestíos de estos sentimientos apostólicos, y mirad con respeto á los pobres. Meditad seriamente en la caridad de Nuestro Señor; que si los honores del siglo os ponen en una situacion elevada respecto de ellos, el carácter de Jesucristo que ellos

tienen el honor de llevar les eleva sobre vosotros. Honrad, sirviéndoles, la misteriosa conducta de la Providencia divina, que les señala los primeros puestos en la Iglesia con la prerogativa de que los ricos no son recibidos en ella sino para servirles.

Segunda parte.

8. Tal es la segunda verdad que he ofrecido explicaros, y que se sigue tan evidentemente de la que dejo sentada, que no será necesario extenderme mucho en demostrarla. Y ciertamente, cristianos, como llevo dicho, Jesús, que no promete en su Evangelio mas que aflicciones y cruces, no necesita á los ricos en su santa Iglesia; y no teniendo su fausto nada de comun con la profunda humillacion de este Dios, abatido hasta la cruz, fácil es comprender, señores, que no lo busca para ellos mismos. Porque, ¿para qué lo necesita en su reino? ¿Acaso para erigirse templos soberbios, ó para adornar sus altares de oro y pedrería? No os figureis que gusta de esta pompa: la recibe de mano de los hombres como señal de su piedad, como homenaje de su religion. Pero léjos de exigir estos gastos, ¿no veis, al contrario, que nada es mas comun ni de mas bajo precio que lo que necesita para su culto? Él pide solamente el agua mas simple para regenerar á sus hijos; no necesita mas que un poco de pan y vino para consagrar sus misterios, en los cuales reside el origen de todas las gracias. Nunca ha estado mejor servido que cuando se le sacrificaba en los calabozos, y cuando la humildad y la fe constituian todo el adorno de los templos. En otro tiempo, en la antigua ley, queria la pompa de su servicio; pero la sencillez que afecta, si puedo hablar de esta suerte, en el culto de la nueva alianza no es para hacer ver á los ricos del mundo que necesita de ellos ni de sus tesoros, sino para el servicio de los pobres.

9. Para los pobres, señores, declara que los necesita, é implora sus socorros: *Ecce mysterium vobis dico* (1 Cor. xv, 51): «Hé aquí un misterio admirable.» Jesús no necesita de nada, y Jesús necesita de todo; Jesús no necesita de nada, segun su poder; pero Jesús necesita de todo, segun su compasion: *Ecce mysterium vobis dico*: «Hé aquí el gran misterio que tengo que revelaros;» el misterio del Nuevo Testamento. Esta misma misericordia, que ha obligado á Jesús inocente á cargar con todos los crímenes, obliga todavía á Jesús, por dichoso que sea, á cargar con todas las miserias.

Porque como el mas inocente es el que ha llevado mas pecados, así tambien el mas abundante es el que lleva mas necesidades. Aquí tiene hambre, allí sed; en una parte gime encadenado, en otra está abrumado de males; él sufre al mismo tiempo el frio y el calor, y los extremos contrarios. Pobre verdaderamente, y el mas pobre de todos los pobres; porque todos los demás pobres no sufren mas que por ellos mismos; y «solo Jesucristo padece por toda la universalidad de los pobres:» *Unus tantummodo Christus est qui in omnium pauperum universitate mendicet.* (Salvian. adv. avar. lib. IV, num. 4, p. 304). Las necesidades, pues, las necesidades apremiantes de sus pobres miembros son las que le obligan á ceder en favor de los ricos.

10. Ellos no quisieran ver en su Iglesia mas que á los que lleven su señal, los pobres, los indigentes, los afligidos, los miserables. Pero si no hay en ella mas que desgraciados, ¿quién socorrerá á los desgraciados? ¿qué será de los pobres, por los cuales él sufre, y cuyas necesidades experimenta? Él podría enviarles sus santos Ángeles; pero mas justo es que sean asistidos por hombres que son sus semejantes. Venid, pues, ó ricos, á la Iglesia; la puerta, en fin, la teneis franca; pero se os ha abierto en favor de los pobres, y con la condicion de socorrerlos. Por amor á sus hijos, Dios permite la entrada á esos extranjeros. Contemplad el milagro de la pobreza. Sí, los ricos eran extranjeros; pero el servicio de los pobres les naturaliza, y les sirve para purgar el contagio que adquieren con el contacto de sus riquezas. Por consiguiente, ó ricos del siglo, tomad cuantos títulos soberbios os plazca; los podeis llevar en el mundo; en la Iglesia de Jesucristo no sois mas que servidores de los pobres. No os ofenda este título: el patriarca Abrahan se ha honrado con él; Abrahan, que tenia muchos criados y una numerosa familia, cuidaba, sin embargo, como si le fuese obligatorio, de servir á los necesitados. Así que se acercan á su casa, él mismo les sale al encuentro; él mismo va á elegir entre su rebaño el ganado mas jóven y mas escogido; él mismo se toma el trabajo de servirles á la mesa. (*Genes. xviii, 2*). Por eso dice elocuentemente san Pedro Crisólogo: «Abrahan, cuando ve llegar á los pobres, no se acuerda ya de que es amo,» y desempeña las funciones de un criado: *Abraham, viso peregrino, dominum se esse nescivit.* (Serm. CXXI, de divit. et Lazar.). Pero ¿de qué nace este afan por servir á los pobres? De que este padre de los creyentes veia ya en su espíritu el rango que debian ocupar en la Iglesia: él

considera ya á Jesucristo en ellos; olvida su dignidad á vista de la de los pobres, y enseña con su ejemplo á los ricos la obligacion que tienen de servirles.

11. Pero ¿qué servicio debemos prestarles? ¿en qué podemos auxiliarles? Ya lo veis, cristianos, en el ejemplo del patriarca Abrahán. Pero el admirable san Agustin os va á dar sobre esto una instruccion particular. «El servicio que debeis á los necesitados «consiste en llevar con ellos una parte de la carga que les abruma.» (*Serm. CLXIV, num. 9, t. V, col. 794*). El apóstol san Pablo ordena á los fieles «que los unos lleven las cargas de los otros:» *Alter alterius onera portate.* (*Galat. vi, 2*). Los pobres tienen su carga, y los ricos tambien la suya. Los pobres tienen su carga; ¿quién no lo sabe? Cuando los vemos sudar y gemir, ¿no conocemos que tan grandes miserias son un fardo muy pesado que les fatiga excesivamente? Pero aun cuando los ricos caminen cómodamente y al parecer no les molesta el peso, sabed que tambien tienen su carga. ¿Y cuál es la carga de los ricos? ¿Podríais creerlo, cristianos? sus propias riquezas. ¿Cuál es la de los pobres? la necesidad. ¿Cuál es la de los ricos? la abundancia. «El fardo de los pobres, dice san Agustin, consiste en no tener lo necesario; el de «los ricos en poseer mas de lo necesario.» *Onus paupertatis non habere, divitiarum onus plus quam opus est habere.* (*Ubi supra*). Ahora bien; ¿es un fardo incómodo el tener demasiados bienes? ¡Ah! bien sé que en el fondo de su corazon los mundanos desean un fardo de esa naturaleza. Pero que contengan estos deseos inconsiderados. Si las injustas preocupaciones del siglo les impiden concebir en este mundo cuánto pesa la abundancia, cuando lleguen á aquel país en que será perjudicial el ser demasiado ricos, cuando comparezcan ante aquel tribunal donde habrá que dar cuenta, no solo de los talentos gastados, sino tambien de los guardados, y responderá aquel Juez inexorable, no solo del gasto, sino tambien de la distribucion y del empleo, entonces, señores, entonces reconocerán que las riquezas son un gran peso, y se arrepentirán vanamente de no haberse descargado de él.

12. Pero no esperemos esta hora fatal, y mientras sea tiempo practiquemos este consejo de san Pablo: *Alter alterius onera portate*: «Llevaos vuestros fardos los unos á los otros.» Ricos, llevad el fardo del pobre, socorred sus necesidades, ayudadle á soportar las aflicciones bajo cuyo peso gime; pero sabed que descargándole de ellas trabajais en descargar vuestro peso: cuando vosotros le dais, dis-

minuís su carga, y él disminuye la vuestra; vosotros llevais la necesidad que á él le oprime; él lleva la abundancia que á vosotros os abruma. Entregaos mutuamente vuestros fardos «á fin de que las cargas sean iguales:» *Ut fiat æqualitas*, dice san Pablo (II ad Cor. viii, 14). Pero ¡qué injusticia mayor, hermanos míos, que los pobres lleven todo el fardo, y que todo el peso de las miserias vaya sobre sus hombros! Si por ello se quejan y murmuran contra la Providencia divina, Señor, permitidme decirlo, es con algun color de justicia; porque siendo todos formados de una misma masa, y no pudiendo haber gran diferencia entre el lodo y el lodo, ¿por qué verémos por una parte la alegría, el favor, la abundancia, y por otra la tristeza, y la desesperacion, y la extremada necesidad, y además el desprecio y la servidumbre? ¿Por qué este hombre tan afortunado ha de vivir en tanta abundancia, y satisfacer hasta los deseos mas inútiles de una curiosidad estudiada; al paso que este miserable, hombre no obstante como el otro, no puede sostener á su pobre familia, ni calmar el hambre que la devora? En vista de tan extraña desigualdad, ¿se podría culpar á la Providencia de distribuir malamente los tesoros que Dios pone entre dos iguales, si por otro medio no hubiese ocurrido á la necesidad de los pobres, y repartido alguna igualdad entre los hombres? Por esto, cristianos, ha fundado su Iglesia, en la cual recibe á los ricos, pero con la condición de servir á los pobres; en la cual manda que la abundancia supla á la escasez y socorra á los necesitados con lo supérfluo de los opulentos. Penetraos, hermanos míos, de esta idea: si vosotros no llevais el fardo de los pobres, el vuestro os rendirá; el peso de vuestras riquezas mal distribuidas os precipitará en el abismo; así como si repartís con los pobres el peso de su pobreza, tomando parte en su miseria, mereceréis juntamente participar tambien de sus privilegios.

Tercera parte.

13. Sin esta participacion de los privilegios de los pobres no hay salvacion alguna para los ricos; y fácilmente podré convencerlos de ello, insistiendo siempre en los mismos principios. Porque si es cierto, como dejo dicho, que la Iglesia es la ciudad de los pobres; si estos ocupan en ella los primeros puestos; si es para ellos para quienes principalmente esta ciudad bienaventurada ha sido construida, fácil es concluir que los privilegios les pertenecen. En

todos los reinos, en todos los imperios existen privilegiados; esto es, personas eminentes que tienen derechos extraordinarios; y el origen de estos privilegios consiste en que están mas próximos, por su nacimiento ó por sus empleos, á la persona del príncipe. Es propio de la majestad, del estado y de la grandeza del soberano que el resplandor de su corona se refleje en cierto modo en los que á él están mas inmediatos. Puesto que sabemos por las santas Letras que la Iglesia es un reino tan bien ordenado, no dudeis, hermanos míos, que ella tiene igualmente sus privilegiados. ¿Y de dónde se tomarán estos privilegios sino de la sociedad con su príncipe, esto es, con Jesucristo? Si hemos de unirnos al Salvador, cristianos, no busquemos en los ricos los privilegios de la santa Iglesia. La corona de nuestro Monarca es una corona de espinas; los rayos que despide son las aflicciones y los sufrimientos. En los pobres y en los que padecen es donde reside la majestad del reino espiritual. Siendo el mismo Jesús pobre é indigente, natural era que formase sociedad con sus semejantes, y que distribuyese sus favores entre sus compañeros de fortuna.

14. No se desprecie mas la pobreza, ni se la trate de grosera y plebeya. Verdad es que nació de la hez del pueblo; pero habiéndose unido á ella el Rey de la gloria, la ha ennoblecido con esta alianza, concediendo despues á los pobres todos los privilegios de su imperio. Promete el reino de los cielos á los pobres, el consuelo á los que lloran, alimento á los que tienen hambre, alegría eterna á los que sufren. Si todos los derechos, si todas las gracias, si todos los privilegios del Evangelio pertenecen á los pobres de Jesucristo, ó ricos, ¿qué os resta, y qué parte tendréis en su reino? Él no habla de vosotros en su Evangelio sino para amenazar vuestro orgullo: *Vae vobis divitibus!* (Luc. vi, 24). «¡Desgraciados de vosotros, ó ricos!» ¿Quién no temblaría al oír esta sentencia? ¿Quién no sería sobrecogido de pavor contra esta terrible maldición? hé aquí la única esperanza, el único remedio. Es verdad que dichos privilegios pertenecen á los pobres; pero podréis obtenerlos de estos, recibirlos de sus manos, y merecer las gracias del cielo. ¿Quereis que sean perdonadas vuestras iniquidades? «Redimidlas por medio de la limosna:» *Peccata tua elemosynis redime.* (Dan. c. iv, 24). ¿Esperais de Dios misericordia? Buscadla en las manos de los pobres, ejerciéndola con ellos: *Beati misericordes.* (Matth. v, 7). «Bienaventurados los misericordiosos.» ¿Quereis, en fin, entrar en el reino? Las puertas, dice Jesucristo, os serán abiertas,

siempre que los pobres os conduzcan. «Haceos, dice, amigos que os reciban en los tabernáculos eternos.» (*Luc. xvi, 9*). Así la gracia, la misericordia, el perdón de los pecados, el reino mismo están en sus manos; y los ricos no pueden entrar en él, si los pobres no los reciben.

15. ¡Oh pobres, cuán ricos sois! y vosotros, ó ricos, ¡cuán pobres! Si solo atendeis á vuestros propios bienes, seréis privados para siempre de los bienes del Nuevo Testamento, y no os quedará por toda herencia mas que el *væ* terrible del Evangelio: *Væ vobis divitibus!* «¡Desgraciados de vosotros, ó ricos, porque habeis recibido vuestro consuelo!» ¡Ah! para detener este rayo, para librarnos felizmente de esta maldicion inevitable, acogeos bajo el manto de la pobreza; comunicaos con los pobres; dad, y recibiréis; dad los bienes temporales, y recibid las bendiciones espirituales; participad de las miserias de los afligidos, y Dios os concederá parte de sus privilegios.

16. Eso es lo que os tenia que decir tocante á las ventajas de la pobreza, y á la obligacion de socorrerla. No me resta mas ahora que exclamar con el Profeta: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.* (*Psalm. xi, 1*). «Bienaventurado el que oye al pobre y al indigente.» No basta, cristianos, mirar al pobre con los ojos de la carne, sino contemplarlo con los ojos del entendimiento: *Beatus qui intelligit.* Los que los miran con los ojos corporales solo ven en ellos bajeza, y los desprecian. Los que los consideran con los ojos del alma, quiero decir, con la inteligencia guiada por la fe, contemplan en ellos á Jesucristo, y ven en ellos la imagen de su pobreza, los ciudadanos de su reino, los herederos de sus promesas, los dispensadores de sus gracias, los hijos verdaderos de su Iglesia, los primeros miembros de su cuerpo místico. Esto es lo que les excita á asistirles con caritativo afán. Pero no es suficiente socorrerlos en sus necesidades. El uno asiste al pobre sin comprender la verdadera pobreza. El otro que hace limosnas, ya molesto por importunidades, ya movido por un sentimiento de natural compasion, alivia la miseria del pobre; y con todo es indudable que no comprende al pobre. El que comprende verdaderamente el misterio de la caridad es el que considera á los pobres como los primeros hijos de la Iglesia; el que, honrando esta cualidad, se cree obligado á servirles; el que solamente espera participar de las bendiciones del Evangelio por medio de la caridad y de la comunicacion fraternal.

17. Abrid, pues, hermanos míos, abrid los ojos, y contemplad este asilo de la indigencia, comprendiendo á los pobres. Si yo os pidiese limosnas para una sola persona, las grandes é importantes razones que os obligan á la caridad conmoverian vuestros corazones. Pero no es esto; yo elevo mi voz en nombre de una casa entera, de una casa llena de una numerosa multitud de pobres jóvenes completamente desamparadas. ¿Será preciso recordaros el peligro de su sexo, las consecuencias funestas de su pobreza, que es el escollo donde mas comunmente se estrella su pudor? Pero ¿de qué servirán las palabras, si esta misma pobreza no os conmueve? Entrad en esta casa; enteraos de su miseria, y si no os apiadaban sus grandes necesidades, yo no sé ya, hermanos míos, qué es lo que podrá enterneceros. Verdad es que algunas señoras piadosas han contemplado ya la miseria de esta casa, que han comprendido á los pobres, porque conocen su dignidad y se honran con servirles, porque son cristianos, y cumplen con sus deberes como tales; y como conocen el peso de las riquezas mal empleadas, depositan parte de ellas en manos de los pobres.

18. Imitad su ejemplo, hermanos míos; tended una mirada de compasion sobre estos infelices, y repartiendo los bienes temporales recibiréis en cambio las gracias espirituales en la mansion de la gloria, que os deseo á todos, etc.

SERMON

SOBRE LA PENITENCIA.

Convertere ad Dominum, et relinque peccata: precare ante faciem Domini, et minus offendicula. (Eccli. xvii).

Conviértete al Señor, y deja los pecados, ruega ante su presencia, y minora las ofensas.

1. Aunque en todo tiempo, hermanos carísimos, seamos obligados los que hemos tomado de nuestro cargo el ministerio de la divina palabra á daros los documentos mas saludables y necesarios, omitiendo todos aquellos que pueden fomentar mas la curiosidad que la piedad; con todo en este sagrado tiempo del ayuno, que se ha instituido saludablemente para curar las almas y los cuerpos, debemos principalmente procurar esto, para que nuestra doctrina concuerde y convenga con la institucion y condicion del tiempo. Y entre las cosas que en él son mas necesarias tiene primer lugar la penitencia, respecto que este tiempo lo ha destinado la Iglesia para hacer penitencia. Porque la penitencia es la que restaura la vida, la que nos reconcilia con Dios, la que nos abre la puerta para la vida, la que perdona los pecados, arregla las costumbres, repara las pérdidas, provee para lo futuro, sana las enfermedades, y revoca desde las tinieblas á la luz, y de la muerte á la vida. Pues de ella dispongo predicaros en este tiempo. Y para que alguno no piense cuando oiga el nombre de penitencia que os exhorto principalmente á aquella admirable y áspera mortificacion de los anacoretas, y á los ayunos de semanas enteras, y con solo oir esto se arredre de la penitencia, sepa que yo lo que principalmente quiero es induciros á aquellas tres partes de la penitencia, á saber, la contricion, la confesion y la satisfaccion, á las cuales sirven y son muy oportunas estas palabras que os he propuesto: *Conviértete al Señor, y deja los pecados; ruega ante su presencia, y minora las ofensas.* Porque las partes principales de la verdadera penitencia son convertirse al Señor por una verdadera penitencia, y dejar los pecados; y para que puedas practicar estas dos cosas se añaden otras dos, á saber, orar ante la presencia del

Señor, y disminuir las ofensas. Esto es, con una oracion humilde pedir al Señor la gracia, con la cual te puedas abstenerte de los pecados, y minorar los tropiezos, evitando cauta y diligentemente los lazos y ocasiones de las culpas; porque así sucederá que aspirando Dios y esforzándose el hombre, se expela el pecado del alma, que es el fin de la penitencia. Pues de esta penitencia, y juntamente de la confesion de los pecados, me he propuesto predicaros en estos domingos. Para que yo pueda hacer esto, piadosa y últimamente imploremos con humildad, oraciones y ruegos comunes el auxilio celestial por la intercesion de la sagrada Virgen: *Ave María*.

2. Es sentencia de los filósofos, hermanos carísimos, que en las acciones humanas hace el amor del fin aquello que las causas eficientes suelen hacer en las cosas que constan ó de naturaleza ó de arte. Porque como en estas todo efecto dependa de la causa eficiente, sin la cual nada puede producirse, así en las acciones humanas que provienen de nuestra voluntad, el fin es el que mueve á obrar, y sin él la misma voluntad, y de consiguiente todo el hombre, está tardo y perezoso para la operacion. De aquí sucede que si al hombre no se le propusiere algun premio ó conveniencia, no se le moverá de su asiento; y por el contrario, cuanto mayor fuere el premio ó interés que le ofrecieres, tanto mayores estímulos le das para las operaciones. Por tanto, entre los apotegmas ó dichos discretos se refiere que Agesilao, nobilísimo rey de los lacedemonios, para estimular y alentar los ánimos de sus soldados á la pelea ponía ante sus ojos los despojos que habia cogido de los enemigos vencidos, y que les decia: esto es, ó soldados, por lo que hemos emprendido la guerra. Entendia á la verdad cuánto valor y ánimo daba á los combatientes el amor de una presa grande. Así nuestro David, habiendo de pelear en el desafío con el Filisteo¹, preguntaba solícito á los soldados: ¿qué premio podria esperar del rey cualquiera que venciese aquel enemigo? Y aun Abrahan santísimo inquiere del Señor qué merced habia de recibir su piedad y fe diciendo²: Señor Dios, ¿qué me darás? ¿Veis qué cosa tan usada es de todos, aun de varones pios, mirar y esperar algun premio para incitarse á obrar? Por esto el real Profeta, inclinó, dice³, mi corazon á practicar tus justificaciones eternamente por la retribucion.

3. ¿Para qué viene esto? Á saber, porque habiéndoos dicho

¹ I Reg. xvii. — ² Genes. xv. — ³ Psalm. cxviii.

que os he de exhortar en este sagrado tiempo al trabajo de la penitencia, considero ahora que vosotros tácitamente, y dentro de vuestro pecho, preguntais como Abrahan: Señor Dios, ¿qué me darás? Esto es, mándasme, Señor, por las voces de tu Iglesia que haga penitencia en este tiempo, porque apenas resuenan otras voces que estas en los templos; pues ¿qué, Señor, me darás? Esto es, ¿qué premios y utilidades me propones si practicare cuidadosa y diligentemente lo que me pides? Es oficio mio, hermanos, responder á esta cuestion, porque no me falta que hablar por Dios para encender á los desidiosos en el amor de esta virtud, y añadir estímulos ó espuela á los que corren en su práctica para que corran con alegría. Mas lo primero que os advierto es que á mis palabras presteis aquella atencion que pide la dignidad y necesidad de este asunto; y no solamente os pido atencion, sino fe tambien. Porque son tan grandes los premios propuestos en las santas Escrituras á los verdaderos penitentes, que es necesaria una fe firme para qué los creais y deis asenso.

4. El primer fruto, pues, de la penitencia, y el que pongo como por cabeza y fundamento de todos los otros, es el perdon de los pecados y la expiacion de toda la vida pasada, aunque se haya ensuciado con muchas y horrendas maldades. Esto ya en otras partes, y ya en Ezequiel principalmente, promete el Señor cuando dice¹: En cualquier dia en que el impío se convirtiere de su impiedad, no me acordaré mas de sus maldades. Y no solo por lo que hace á la culpa y reato de la muerte eterna, sino que tambien se quita por la penitencia de la pena temporal que se ha de pagar en las llamas del purgatorio, unas veces una parte mayor, otras menor, segun la intension de la contricion: la cual alguna vez podrá ser tanta que se pague toda la pena del purgatorio.

5. No solamente se libra el alma por el beneficio de la penitencia de los pecados, sino que además se adorna con las virtudes y dones del Espíritu Santo. Porque en esto dista la fe católica de la perfidia luterana, que esta dice que la justificacion no es otra cosa que la remision de los pecados por Jesucristo; y la fe católica sobre el perdon de los pecados añade tambien el adorno del alma, la gracia y justicia inherente, y la nueva fuerza y dones del Espíritu Santo; con los cuales el alma enferma sana, la débil se fortalece, y la que antes por el pecado estaba fea y súa, se hermosea y ador-

¹ Ezech. xviii.

na con nuevos colores y virtudes. De aquí es que en los Cantares ¹ la tal alma se llama hermosa como la luna, y terrible como escuadron de ejércitos ordenado. Ambas cosas á la verdad hace la gracia divina, la cual hace grata á Dios el alma y la hermosea, y la fortalece y arma con las virtudes que manan de ella; de modo que, segun es agradable á Dios, así se hace temible á los demonios. ¡Oh, si tuviéramos ojos con los cuales pudiéramos mirar esta admirable hermosura del alma, cuando profiriendo el sacerdote con intencion las palabras de la absolucion se justifica el hombre y se hace una nueva criatura! Porque al modo que á la voz del Ángel cayeron las cadenas de las manos de san Pedro ², así aquí á la voz del sacerdote se rompen las cadenas del diablo, y Dios abre para el hombre su pecho, lo adopta en hijo suyo, lo unge con el Espíritu Santo, lo adorna con las virtudes, y lo instituye heredero de su reino. Esto indica bastantemente aquel adorno que se dió al hijo pródigo por órden y mandato de su padre. Porque no contento este con haberse echado sobre su cuello; haberlo recibido en su gracia, y haberle perdonado los yerros de su vida pasada, mandó que se le trajese la estola primera, los calzados y el anillo, esto es, vestido correspondiente á la dignidad de hijo. Porque la estola primera es la gracia divina que cubre y adorna todo el cuerpo del hombre interior. Y los demás adornos que se pusieron en los piés y en las manos significan las virtudes con las cuales el hombre se arma para bien obrar. Porque en las manos se denotan las buenas obras, y en los piés los afectos y deseos del hombre interior. Pues cuando el buen padre mandó que se acomodaran adornos á las manos y á los piés, significó en esto claramente que á los verdaderos penitentes se les conceden ambas cosas para que puedan pensar piadosamente y obrar con rectitud; y así, finalmente, los dos hombres, esto es, el interior y el exterior, se fortalezcan con sus respectivas virtudes, para que no recaiga en los mismos pecados que ya se le perdonaron. Porque de otra suerte, ¿qué aprovechará para la salvacion eterna el haber expelido el demonio del alma, si lo admitieres otra vez cayendo en mayores maldades? Por tanto, como dice san Bernardo, es necesario que el que dió la voluntad de arrepentirse dé tambien la virtud de contenerse, no sea que el hombre cometa otra vez cosas de que tenga que arrepentirse.

6. Tiene además la penitencia otra virtud admirable, y es: que

¹ Cant. vi. — ² Act. xii.

al modo que por ella el alma que estaba muerta por los pecados resucita á la vida, así todas las obras de virtudes que habia hecho antes de caer en el pecado reviven juntamente con ella. Y para que esto lo entendais mejor, se debe observar que los teólogos distinguen tres géneros de obras, de las cuales unas se llaman obras mortíferas, otras muertas, y otras no muertas, sino amortiguadas. Las obras mortíferas son las que matan el alma, como son todos los pecados mortales¹. Porque el pecado cuando se hubiere consumado engendra la muerte. Y obras muertas son aquellas que por su naturaleza son obras loables, como las oraciones, los ayunos, las limosnas y las demás obras de virtudes que practica cualquiera estando en pecado mortal. Estas en la realidad se dicen muertas, porque no pueden ser vivas mientras esté muerto el autor de ellas; ni agradables á Dios, mientras este mismo está en desgracia de Dios. Porque si distribuyere, dice el Apóstol², en comida para los pobres mis facultades, y no tuviere caridad, nada me aprovecha. Y en otra parte el Señor³: Así como el sarmiento, dice, no puede llevar fruto si no permaneciére en la vid, así ni vosotros si no permaneciéreis en mí. Y en él permanecemos por la caridad⁴; porque el que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él. Sin embargo, no por eso se debe cesar de estas obras, aunque nada conduzcan para el mérito de la vida eterna, porque para otras cosas valen muchísimo, y lo primero es para que el hombre con la desidia é inercia de bien obrar no olvide la piedad y la justicia, y con la mala costumbre corrompa la naturaleza, y así finalmente se haga incurable. Últimamente, hay tambien obras que he llamado amortiguadas, y son aquellas que hicimos estando en gracia, las cuales entonces fueron vivas en la realidad y agradables á Dios; pero sobreviniendo despues el pecado, perdieron la vida y su valor. Porque el pecado es como un fuego abrasador y como un mortal veneno que inficiona y abrasa todo aquello que encuentra delante de él. Porque así dice el Señor por Ezequiel⁵: En cualquiera hora que pecare el justo no se hará memoria de todas las justicias que obró. Pues estas obras no se dicen totalmente muertas, sino amortiguadas, porque están mas próximas á la vida; cuales fueron las de un David, y tambien las de un apóstol san Pedro, luego que uno y otro cayó en pecado. Pues estas obras recobran por la penitencia la vida que perdieron y su mérito: unas veces mas, y otras menos,

¹ Jacob. I. — ² I Cor. XIII. — ³ Joan. XV. — ⁴ I Joan. IV. — ⁵ Ezech. XVIII.

segun la condicion y grandeza de la penitencia que cada uno hace. Ciertamente, como dice san Ambrosio, mas fiel quedó san Pedro despues que lloró por haber perdido la fe, y por tanto encontró mayor gracia que la que habia perdido. Por esto san Gregorio dice: Muchas veces se hace á Dios mas agradable una vida enardecida en amor despues de la culpa, que una inocencia entorpecida con la seguridad. Pues la penitencia no solamente revoca al hombre de la muerte á la vida, sino que tambien vivifica todas las obras de virtudes amortiguadas. Considerad, os ruego, cuántos bienes de muchos años que habian estado muertos resucita á la vida la penitencia en un parto feliz y en un momento de tiempo. Hora verdaderamente feliz aquella que redime los trabajos y méritos de muchos tiempos.

7. Y de los dichos hasta aquí se sigue otro fruto admirable de la penitencia. Cualquiera que ayudado con el auxilio de la divina gracia hizo lo que estaba de su parte, cuando los pecados que detestó los confesó bien, y concibió en su ánimo un propósito firme de no mas pecar, y perseveró mucho tiempo en esta detestacion de su ánimo, coge ciertamente una gran confianza de la divina misericordia y de la virtud del Sacramento, y goza aquella interior paz y tranquilidad de ánimo, de la cual dice el Apóstol ¹: Nuestra gloria es esta, el testimonio de nuestra conciencia. Que es lo mismo que si dijera: la gloria de otros, á la verdad, es poseer muchas riquezas y tesoros, tener bajo de su mando y jurisdiccion muchos pueblos y grandes ciudades, ó llegar á una singular gracia ó amistad de los potentados. Mas para nosotros esta es la única y suma gloria, el testimonio de nuestra conciencia; la cual en la vida presente nos es como un continuado convite, y en la venidera nos dará la vida eterna. Sobre lo cual san Agustin dice así: Tú, que buscas el verdadero descanso que se promete á los cristianos despues de esta vida, aun aquí entre las molestias amarguísimas de esta vida, gustarás su suavidad, si amares los preceptos de aquel que te la prometió. Porque brevemente experimentarás que son mas dulces los frutos de la justicia que los de la iniquidad, y con la mayor verdad y gusto te gozarás de la buena conciencia entre las molestias, que de la mala entre las delicias. Hasta aquí san Agustin. Y el mismo sobre el Génesis: Aun en el mismo hombre es un cierto paraíso la alegría de una buena conciencia. Por tanto la Iglesia en los Santos

¹ II Cor. 1.

que viven sóbria, pia y justamente se llama rectamente paraíso que florece con la afluencia de gracias y castas delicias. Esto san Agustin. Y con mucha oportunidad llama delicias castas, porque nada tienen de impuras, nada de torpes ó adulteradas, no siendo delicias carnales, sino espirituales, y concebidas no de la criatura, sino del Criador. Y entre las diez bienaventuranzas de los justos que numera el Eclesiástico cuando dice ¹: Engrandecí nueve cosas no sospechables del corazon, y la décima diré en la lengua ó como pudiere á los hombres; coloca esta tambien: Bienaventurado el que no se deslizó en su lengua y no fue agitado con la tristeza del delito. Bienaventurado el que no tuvo tristeza en su ánimo y no cayó de su esperanza. Y por esta bienaventuranza daba al Señor muchas gracias el real Profeta diciendo ²: Porque sacó y libró mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, y mis piés de la caída. Porque enseñado de su propia experiencia, sabia cuán malo y amargo le fue el haber dejado al Señor y haber caído en el pecado. Pues que este premio esté propuesto á la verdadera penitencia y á la virtud lo atestigua Salomon por estas palabras ³: Cuando durmieres, no temerás, descansarás, y te será suave tu sueño. ¿Y qué cosa mas suave y dulce que esta tranquilidad de ánimo? Porque, ¿con qué alegría se regocija el varon bueno cuando por el testimonio de su conciencia (cuanto por conjetura puede colegir) entiende que está en un estado en el cual si le sobreviniere una muerte repentina lo halle siempre preparado y sin miedo?

8. Cotejad, os ruego, un ánimo sabedor de su mal estado con esta mente sabedora de su rectitud. ¿Cuántos ardores, cuántos miedos y temblores lo agitan y destrozan por el testimonio y murmullo de su mala conciencia, cuando piensa que tiene á Dios airado contra sí, cuando ve la muerte á sus ojos, cuando se nombra el infierno, cuando le viene á la mente el tiempo de dar cuenta, cuando la misma conciencia le remuerde y lo acusa? Finalmente, es tal el tormento de una mala conciencia, que Epicuro, seguidor del deleite (segun dice Séneca), apartaba á sus discípulos del pecado por solo el título de que los pecados meten siempre miedo y temor á los pecadores, y de esta suerte ó quitan del todo, ó inficionan el deleite. Y añade la causa: puede, dice, acaecer al pecador que se le oculte, mas no que deje de temer. De aquí viene aquello de Job ⁴: El sonido de terror siempre suena en sus oídos, y cuando haya paz él sospecha asechanzas y traicion.

¹ Eccli. xxv. — ² Psalm. cxiv. — ³ Prov. iii. — ⁴ Job, xv.

9. Y si acaso dijere alguno : yo aunque llevo mala conciencia interiormente no siento terrores algunos ni tormentos. ¡Oh miserable é infeliz de tí, si viviendo así nada sientes! Pues en tu cuerpo vivo llevas una alma muerta, porque dice bien san Bernardo: ¿Quién mas muerto que aquel que lleva el fuego en el seno, el pecado en la conciencia, y ni lo siente, ni lo sacude, ni teme? ¿Acaso es posible señal mas cierta de una alma muerta? Pero sin embargo sucederá que el que ahora nada siente alguna vez sea traspasado con las punzadas graves de su conciencia. Porque llegará aquella última hora próxima al juicio divino, en la cual el recuerdo y memoria de los pecados agitará á los malos con tanta mayor crueldad, cuanto es menos lo que al presente los urge y quema. Así, á la verdad, se lee de estos en el libro de la Sabiduría ¹: Vendrán á la memoria de sus pecados tímidos, y los traspasarán de parte á parte los pensamientos de ellos. Porque entonces, cuando insta ya el tiempo de dar cuenta, se presentan á la mente todas las maldades de la vida pasada: entonces vienen á la mente como un batallon formado los perjuros, las mentiras, los odios, las injurias hechas, los estupros, las rapiñas y los escándalos dados á los otros, y destrozan de varios modos el pecho miserable del hombre. Porque en esta ocasion presentan una faz distinta de la que antes presentaron. Porque antes mostraban el deleite lisonjero, y ocultaban el aguijon de la conciencia que punza: en esta ocasion, extinguido y pasado ya el deleite, queda solo el aguijon que punza al alma. Tal es ciertamente aquel vino que el mundo da á beber á sus seguidores en aquel vaso dorado de Babilonia ². Este licor, presentando en el principio una cierta falsa dulzura, al fin ofrece al que lo bebe unas heces amargas. Por esto Salomon oportunamente avisa á los incautos por estas palabras ³: No mires al vino cuando rojea, cuando en el vaso resplandece su color. Entra con blandura, mas á lo último morderá como culebra, y como basilisco derramará su veneno. Y así este deleite me parece á mí muy semejante á aquel libro que el Ángel en el Apocalipsis entregó á san Juan para que se lo tragara; el cual en la boca causaba dulzura como la miel, y en el estómago amargura como la hiel. Porque el deleite pasado se fué sin que quede de él vestigio alguno, y solamente queda en la mente la amargura de la culpa cometida. Esta amargura entonces se percibe principalmente cuando el halago del deleite pasado deja

¹ Sap. iv. — ² Jerem. li. — ³ Prov. xxiii.

de lisonjear al ánimo. Así vemos que los navegantes agitados de una tempestad turbulenta arrojan al mar su convoy, aunque sea muy precioso. Á la verdad que el miedo de la muerte inminente echa y ahuyenta del ánimo otro cualquiera afecto. Mas despues que se serenó y calmó la tempestad, y llegaron al puerto en donde ya no hay peligro alguno de la vida, éntonces es cuando se lamentan acerbamente de la pérdida de sus bienes. Á este modo, cuando los malos se arden en el amor de sus liviandades y deleites, se sienten poco de las punzadas de sus conciencias; mas luego que se apagó aquel ardor, y ya todo deleite se extinguió y se borró de la memoria, éntonces es cuando son punzados y lacerados gravemente de los estímulos y remordimientos de la conciencia. Pues de este remordimiento carecen los verdaderos penitentes, no solamente en la vida, sino tambien en la muerte, habiendo sacudido de sus cervices el yugo de hierro de sus pecados, y habiendo trabajado para reconciliarse y volver á la gracia de Dios por medio y beneficio de la penitencia y de los Sacramentos. Porque esta tranquilidad de ánimo que produce la virtud de la penitencia la aumenta tambien de un modo maravilloso la virtud del Sacramento. Porque por esta causa, omitidas otras, dicen los teólogos que instituyó el Señor el sacramento de la Penitencia, para que por su virtud se aquietaran mas las conciencias de los penitentes: cuando no solamente el testimonio de la conciencia, sino tambien el beneficio de la absolucion les aumenta su confianza y su paz. Porque creen que no hacen ni obran menos las palabras del sacerdote cuando dice¹: Yo te absuelvo, que cuando dijo el Señor al paralítico: Confía, hijo; perdónanse tus pecados. Porque si nosotros no ponemos impedimento á la gracia, en ambas sentencias y palabras hay una misma virtud y eficacia.

Primera parte.

10. Estas utilidades parecian bastantes, hermanos, para excitaros al deseo y práctica de la penitencia; sin embargo de ellas resultan otras comodidades no menos apetecibles. Porque quitados los pecados que hacian una guerra continua y estaban en una enemistad perpétua con Dios, pues no hay alguna otra cosa sino el pecado aborrecida y enemiga de Dios; el hombre segunda vez vuelve á su gracia y amistad, y no solo es recibido en amigo, sino,

¹ Matth. ix.

lo que es cosa mucho mas excelente, es adoptado en hijo de Dios. Porque con este nombre el Padre celestial se digna llamar á todos los pios. Porque así es como dice ¹: Salid de medio de los malos, y no toqueis al inmundo, y yo os recibiré y os scré Padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas. Pues luego que hubiéremos salido de medio de los malos; esto es, despues que hubiéremos dejado las compañías y costumbres de los malos, y nos hubiéremos purgado de toda inmundicia de cuerpo y de alma, conseguiremos esta dignidad suma de hijos de Dios. Esta dignidad amplificó el evangelista san Juan por estas palabras ²: Ved cuál caridad nos dió Dios, que nos nombremos y seamos hijos de Dios. Porque no contento con el título y honor de Hijo, el cual contiene una suma dignidad (porque ¿qué cosa mayor ó mas ámplia que el nombrarse hijo de Dios?), añadió tambien el ánimo, el afecto y la providencia paternal. Los príncipes de la tierra, y aun los sumos pontífices, dan muchas veces unos títulos honorarios y sin renta. Mas Dios, que es infinitamente rico y poderoso, luego que dió el título, da con él tambien dignidad y renta igual al título. Este afecto paternal él mismo lo explica por Jeremías con unas palabras blandísimas diciendo ³: Si Efraim es hijo honrado para mí, si es niño delicado; porque desde que hablé de él, todavía me acordaré de él. ¿Qué cosa, pregunto, mas dulce que estas palabras? ¿Qué cosa mas amante? ¿Con qué otras palabras hubiera podido aquel Padre celestial explicar su afecto y su amor á sus hijos? Y á la verdad que si esta expresion de amor hubiera nacido de algun hombre, nuestra fe acaso hubiera podido dudar y vacilar: mas de la fe y verdad divina ¿quién dudó jamás, cuando aun la filosofía misma enseña que dos cosas son imposibles á Dios, que son el morir y el mentir? Ninguna de estas cosas puede sucederle. Y lo que principalmente nos declara este afecto de piedad paternal es, que no contento con tener para nosotros un corazon de padre, nos dió tambien á nosotros afecto de hijos para con él. Esto ciertamente atestigua san Pablo por estas palabras ⁴: Y porque sois hijos envió Dios el espíritu de su Hijo á nuestros corazones, el cual clama *Abba* padre; esto es, para que con afecto, confianza y amor de hijos imploremos con fiadamente su auxilio. Y de esta dignidad con que Dios se nos da por padre, no solo en el nombre, sino en la realidad, y nos adopta á nosotros en hijos suyos, se siguen otros bienes admirables.

¹ II Cor. vi. — ² I Joan. iii. — ³ Jerem. xxxi. — ⁴ Galat. iv.

11. Y el primero es aquel que colige el Apóstol ¹: Que si somos hijos, somos tambien herederos: herederos de Dios, y coherederos de Cristo. Con este beneficio, pues, miramos la herencia del patrimonio celestial, y somos empadronados y alistados por ciudadanos del cielo. Y así aquel sumo beneficio que prometió á los Apóstoles, que se regocijan por la potestad que les dió el Señor sobre los demonios, lo da y confiere á los verdaderamente penitentes. No queráis, les dice, alegraros porque se os sujetan y obedecen los espíritus ²; alegraos, sí, porque vuestros nombres están escritos en los cielos. Es constante que siempre que el hombre cae en algun pecado mortal se borra de este libro de la vida, y se alista, segun la presente justicia, en el libro de la muerte y del infierno, diciendo el Señor ³: Al que pecare contra mí, lo quitaré y borraré de mi libro. Esto en la realidad es la infelicidad y pena suma de los pecadores. Sin embargo, es tal la virtud de la penitencia, que quita y borra el decreto ó escritura del pecado, y segunda vez escribe y alista á los hombres en el libro de la vida, como que los hace hijos y herederos de Dios.

12. De esta dignidad se sigue tambien una cosa que es digna de que se desee con toda ansia, y es, que cualquiera que está adoptado en hijo de Dios, así como él ya es grato á Dios, así tambien todas sus obras le son agradables, y tienen mérito de la vida eterna. Y así un varon justo, ó coma ó beba, ó haga cualesquiera otros usos para la vida, mercede el aumento de gracia y de gloria, principalmente si en el tiempo que las hace las refiere y ordena á Dios con una intencion devota. Así, á la verdad, vemos que los padres, cuanto hacen sus hijos pequeñuelos, todo les es agradable y lo echan á risa, y aun los besan. Pues á este modo aquel Padre celestial, aquellos cuya vida le es agradable, le es agradable tambien todo cuanto ellos hacen.

13. De esta dignidad de hijos se sigue tambien necesariamente que Dios tiene cuidado y providencia de sus hijos. Porque no ama y desampara, ni es padre solo en el nombre (como se ha dicho antes), sino en el afecto, en el amor y en la providencia. Esta su providencia contestan casi todas las páginas de los Libros sagrados. Y para no ir muy léjos en busca de testimonios de esto, todo el salmo ⁴ que se ha cantado hoy en la Iglesia, ¿qué otra cosa se enuncia en él desde el principio hasta el fin sino los beneficios de esta

¹ Rom. VIII. — ² Luc. X. — ³ Exod. XXXII. — ⁴ Psalm. XC.

providencia que tiene el Señor, ya por sí mismo, y ya por medio de sus Ángeles? Á sus Ángeles, les dice, les mandó de tí, que te guarden en todos tus caminos. ¿De qué modo? En las manos, dice, te llevarán, no sea que acaso tropiecen tus piés contra alguna piedra: porque no solamente te guardarán de alguna grave caída, sino que guardarán tus piés de cualquiera ligero tropiezo; de donde se sigue aquello que pone luego: andarás sobre el áspid y el basilisco, y hollarás al leon y dragon. ¿Qué es esto? Á saber: serás superior á todos los peligros y máquinas de Satanás, y no habrá peligro alguno tan grande que confiado en el auxilio divino no lo venzas y huelles con facilidad. Y no contento con esta custodia de los Ángeles, él mismo por sí propio cuida de los pios de modo que diga: con sus espaldas te hará sombra, bajo de sus alas esperarás. Dicen los naturalistas que la cigüeña entre todas las aves es tanto el amor que tiene á sus polluelos, que cuando estando sin pluma los quema el ardor del sol, ella misma, extendiendo sus alas, recibe los rayos del sol para que este no ofenda ni haga mal á sus hijos. Pues este afecto de piedad es el que atribuye el Profeta al Señor cuando dice: con sus espaldas te hará sombra y defenderá. Esto ciertamente hizo, no solo cuando las fijó en la cruz, sino tambien cuando las expuso á las llagas y cruelísimos azotes, para que no fuéramos azotados nosotros, como lo teníamos merecido.

14. Pues de esta misma fuente mana, no solamente la providencia paternal, sino tambien una indulgencia de padre. Los padres piadosos suelen tratar á sus hijos, principalmente á los párvulos, con blandura y ternura. Y esto hace aquel Padre celestial tan colmadamente con los suyos, que él mismo dice por su Profeta aquellas palabras llenísimas de suavidad y benignidad¹: Seréis llevados á los pechos, y se os harán halagos y caricias sobre las rodillas. Al modo que si alguna madre acaricia á su hijo, á este modo os consolaré yo. ¿Qué cosa, pregunto, mas dulce que estas palabras? ¿Qué cosa mas amante? ¿Quién no abrazará gustoso, no solamente los trabajos de la penitencia, sino aun mil cruces, por disfrutar de esta indulgencia de Dios, de estos pechos, de estas delicias, y de estas caricias y abrazos divinos? Y no piense alguno que esta dulzura de la suavidad se reserve solo para aquellos que llegaron á la cumbre de la perfeccion. Porque el que haya tambien delicias prometidas á los verdaderamente penitentes, lo expresa el Señor cla-

¹ Isai. Lxvi.

ramente, hablando por Oseas, en estos términos ¹: Yo la daré de mamar, y hablaré al corazón, y la daré el valle de Achor para abrirla las esperanzas. Da el Señor, pues, la leche de la suavidad divina á la alma piadosa del penitente, para que gustada esta dulzura celestial fastidien todas las delicias de la carne y el mundo. Las nodrizas untándose los pechos con acíbar, destetan á los que crían; y por el contrario, el Señor á aquellos que atrae á sí los aparta de los deleites terrenos, no con la amargura del ajeno, sino con la dulzura de la suavidad divina. Porque sabe que es verdad lo que dice san Bernardo: gustada la suavidad espiritual, es insípida toda carne. Luego la trae á la soledad espiritual; esto es, al secreto de la oración; y allí la habla al corazón: esto en frase hebrea significa unas palabras agradables y gustosas, con las cuales la mente piadosa por el magisterio interno del Espíritu Santo es instruida é iluminada maravillosamente en el desprecio del mundo, en el odio y detestación del pecado. Á ellos les da también el valle de Achor; esto es, el valle de conturbación para abrir la esperanza. Porque conocida por este celestial magisterio la torpeza y fealdad horrenda de los pecados, en los cuales estuvo el hombre tanto tiempo postrado, es combatida y perturbada del miedo, del dolor y del temblor. Con cuya perturbación se erige y levanta en la esperanza de la divina misericordia, porque entiende que es verdad lo que dice el Profeta ²: Es sacrificio para Dios el espíritu contritulado; Dios, no despreciarás el corazón contrito y humillado. Por esta causa, según la sentencia de san Agustín, el verdadero penitente se duele y se alegra de su dolor, y teme y se levanta con este santo amor en la esperanza del perdón, que está prometido á los que se duelen y á los que temen.

Segunda parte.

15. Lo que he dicho hasta aquí, hermanos, parece ser bastante y aun sobrado, mayormente para los que tienen entendimiento, para que emprendan el propósito de la penitencia, para gozar de estos frutos, de esta virtud. Pero, sin embargo, hay otra cosa que nos urge mucho más: esta es la extremada y suma necesidad de arrepentirnos. Porque lo dicho hasta aquí solo nos aconseja; mas esta necesidad impone fuerza á los que dudan. Consta, á la ver-

¹ Osee, II. — ² Psalm. L.

dad, que entre todo lo que hay apetecible ninguna otra cosa lo debe ser tanto para el hombre como la vida y felicidad eterna. La esperanza de ella todos la tenemos, y la estimamos en tanto, que ninguno de nosotros la trocaria, estando en su sana razon, por el imperio de todo el orbe ¹. Porque ¿qué aprovechará al hombre que gane todo el mundo, y padezca el detrimento y pérdida de su alma? Porque ¿qué tan grande felicidad ó deleite podria haber aun en el imperio de todo el mundo, que no inficionara y apagara este pensamiento que viniera á la mente, esto es, cuando aquel miserable emperador advirtiera que concluido el breve espacio de esta vida habia de ser condenado perpétuamente á los fuegos del infierno? Ninguno, á la verdad, seria mercader tan imprudente, que á costa de la pérdida de esta esperanza quisiera comprar el imperio de todo el mundo. Todos, á la verdad, aquella bienaventuranza celestial la juzgamos lo último y lo sumo de todo lo apetecible, ni por ninguna razon queremos caer de esta esperanza.

16. Y de esta esperanza y deseo se sigue tambien que todos necesariamente deben seguir el propósito y el ánimo de la penitencia. Porque despues de la caída en el pecado mortal no puede de modo alguno suceder que consiga alguno su eterna salvacion sin la penitencia. Porque es firme aquella sentencia del Señor tantas veces repetida ²: Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis igualmente. De la cual tuvo origen aquello, ó arrepentirse, ó arderse. Por esto así como aquel que desea eficazmente la salud no repudia los medicamentos, sin los cuales no puede recobrase, y cualquiera que desea llegar á una isla es necesario que no rehuse el trabajo de la navegacion, sin el cual nadie puede llegar á ella; así ninguno despues de haber caido en algun pecado mortal es capaz de alcanzar la eterna salvacion sin la medicina de la penitencia, y así es forzoso que el que desea lo uno no rehuse lo otro. Y de esta sentencia pienso que no disgorde alguno de vosotros.

17. ¿En qué, pues, es en lo que disentimos? Ciertamente que no es en la razon ú obligacion de la deuda, sino en el tiempo de la paga. Porque todos vosotros los que habeis pecado os reconocéis deudores de este débito. Porque ¿qué es lo que aquí obsta? Ciertamente, como ahora dije, ninguna otra cosa que el tiempo de la paga. Tres son á la verdad los tiempos destinados para ella: estos son, ó el presente, el próximo á la muerte, ó el que media entre

¹ Matth. xvi. — ² Luc. xiii.

estos dos. Y á la verdad que los oráculos divinos nos suelen exhortar frecuentemente á la penitencia del tiempo presente. Mas muchos hombres cerraron los oídos á esta voz; dilatan el propósito de la penitencia y de enmendar su vida, ó hasta la muerte ó para el tiempo venidero. Contra los que dilatan la penitencia hasta la hora de la muerte nada diré al presente. Porque apenas hay alguno tan necio que no vea que es suma necedad reservar el sumo negocio entre todos para el tiempo mas impedido. Semejante penitencia, á la verdad, frecuentemente es parecida á la penitencia de Faraon, el cual cuando se veia urgido de las plagas prometia la obediencia, mas quitadas aquellas se volvía á su acostumbrada pertinacia é inobediencia. Finalmente, habiendo ya salido de sus términos el pueblo al cabo de tantas plagas, él mismo y su pueblo arrepentidos dijeron: ¿Qué quisimos hacer para que soltáramos á Israel, para que no nos sirviera? Juntó, pues, su carro y todo su pueblo, etc. Pues tal parece la penitencia de aquellos, que no el amor de Dios, sino el amor de ellos y el miedo del riesgo presente hace solamente, á los cuales vemos que pasado el tiempo ó del peligro ó de la muerte vuelven al vómito muchas veces, y retractan aquellas mismas cosas que habian mandado restituir á sus acreedores.

18. Pero dirás: convengo y asiento á esto: no dilataré la penitencia para este último tiempo, pero sí la diferiré para otro tiempo mas cómodo. ¿Por qué no ahora? Á saber, porque ahora (confesando la verdad) me parece muy dificultoso el comenzar una nueva vida, y dejar mis vicios y costumbres antiguas: esto espero que despues me será cosa mas fácil y leve. ¡Oh necedad suma de los hombres que creen que la mudanza de su vida les será mas fácil en el tiempo venidero que en el presente! Consta, á la verdad, que esta dificultad de mudar de vida nace principalmente de cuatro causas: estas son la corrupcion de la naturaleza, de la costumbre depravada, de que el pecador está destituido de la divina gracia, y oprimido con la tiranía y poder del demonio. Y consta que estos impedimentos (dilatando la conversion) con el progreso del tiempo y con el aumento de las maldades se aumentan mas cada día. Porque con esta dilacion la naturaleza misma con el uso de pecar se corrompe mas, y la depravada costumbre se hace mas violenta, y la gracia divina, cuanto mas pecas, tanto mas se aleja de tí, y el demonio, esto es, aquel armado fuerte que guarda poderosamente aquellas almas que sitia, se acerca mas y mas á tí, y ejerce en tu alma miserable ma-

yor tiranía. Pues si la dificultad de la conversion nace de estas cuatro causas, que se hacen mas fuertes con la frecuencia de los pecados, ¿de qué modo creciendo las causas de esta dificultad y trabajo se hará mas fácil la conversion? Mas entre tanto, ¿quién es capaz de explicar las fuerzas que coge la mala costumbre? Esta, á la verdad, á un Agustino que se esforzaba á levantar del pecado lo retenia miserablemente con un cierto violento imperio, segun él mismo lo atestigua en sus Confesiones, tratando con Dios, por estas palabras ¹: Era arrebatado á tí por tu hermosura; mas á poco me apartaba de tí por el peso de mi miseria, y caia arruinado en estas cosas gimiendo; y este peso era la costumbre carnal. Y á esta última costumbre este varon santo la llama cadena, con la cual se trae, dice ², y tiene aun forzado el ánimo, y este por haber entrado él en ella por su voluntad. Últimamente, de la lucha y contienda de esta mala costumbre con la buena voluntad, hablando con Dios en el mismo libro, dice así: La voluntad nueva que comenzaba en mí de adorarte y reverenciarte graciosamente, y con la que queria gozar de Vos, Señor, que solo sois el gozo cierto, todavia no tenia fuerzas para vencer la primera fortalecida con la antigüedad. Así mis dos voluntades, una vieja y otra nueva, aquella carnal, esta espiritual, combatian entre sí, y discordando disipaban mi alma; pero, sin embargo, la costumbre que mas luchaba contra mí, de mí mismo habia nacido, y queriendo yo, me habia llevado á lo que yo no queria. ¿Y quién justamente podia contradecir que al pecado siguiese la pena justa? Hasta aquí san Agustin: de cuyas palabras consta claramente en cuánto riesgo de su salvacion estén los que están acostumbrados á malas artes, principalmente si son desidiosos y negligentes, cuando un Agustino, que con tanto conato se esforzaba á levantar del pecado, se confiesa tan flaco ó impotente para ello. Todo esto indica claramente cuánta sea la violencia y poder de la mala costumbre. Esto tambien, para que ninguno caiga por ignorancia, quiero declarar con este ejemplo. Vemos con mucha frecuencia que los que vienen á nuestro país de la India ó de la Etiopia en una edad ya adulta, apenas al cabo de muchos años pueden pronunciar nuestra lengua, cuando los que de estas mismas regiones vienen niños, al año la hablan con tanta perfeccion como si hubieran nacido entre nosotros. Y esto ¿qué lo hace sino la fuerza de una larga costumbre, que apenas puede ol-

¹ Aug. Conf. lib. XVII. — ² Ibid. lib. VIII.

vidar aquello á que se acostumbró largo tiempo? Luego consta de lo dicho que es una necedad extremada dilatar para en adelante la penitencia y la conversion, porque entonces será mas fácil; considerando por una razon clara que ella es tanto mas dificultosa quanto sea mas tardía.

19. Hay además otros que se consuelan á sí mismos, aunque toda su vida se revuelquen en el cieno de sus maldades, no por esta razon, sino por la esperanza en la divina misericordia: de aquí es que san Agustin declara que los hombres malos por medios contrarios, cuales son una esperanza necia y la desesperacion, toman motivo para una misma maldad, por estas palabras ¹: El hombre que desespera dice alguna vez: ya que me he de condenar, ¿por qué no hago lo que se me antoja? Oye tambien la voz del que espera: La misericordia del Señor es grande; cuando me convirtiere me lo perdonará todo, ¿por qué no hago lo que gusto? Aquel desespera para pecar, y este espera para lo mismo. Ambas cosas son temibles, ambas son peligrosas. ¡Ay de la desesperacion! ¡ay de la mala y perversa esperanza! No tardes, dice, en convertirte al Señor, ni lo dilates de día en día ²; porque vendrá repentinamente su ira, y te perderá en el tiempo de la venganza. No quieras, pues, decir: mañana me convertiré, mañana agradaré al Señor, y todos los pecados de ayer y de hoy me serán perdonados. Verdad dices, porque Dios prometió el perdon á tu conversion; mas á tu dilacion no le prometió el día de mañana.

20. Luego resta que respecto que la penitencia se ha de hacer en algun tiempo, y para ella solo tenemos tres, á saber, el presente, el venidero y el próximo á la muerte; quedando excluidos estos dos últimos por una razon convincente, resta que inmediatamente nos demos á ella, y que no la dilatemos para mas adelante. Á esto nos convida Salomon cuando dice: Quanto puede obrar tu mano óbralo con instancia; porque en los infiernos, esto es, en el sepulcro ó en la muerte, donde tú te apresuras, no habrá ni obra ni razon, ni sabiduría ni ciencia, es decir, porque pasado el tiempo de esta vida, el cual nos concedió la Providencia divina para la salvacion ³, no resta luego razon alguna, ni de procurar la salud, ni de mitigar la pena. Porque en los infiernos no hay lugar alguno para una penitencia saludable, ninguna esperanza de perdon, ninguna misericordia, ninguna oportunidad de implorar la divina gracia, ninguna

¹ Aug. sup. Psalm. CXLIV. — ² Eccli. v. — ³ Eccles. ix.

intercesion de los Santos, ningunos Sacramentos de la Iglesia, ninguna apelacion á juez superior, ninguna remision ó disminucion de las penas, sino que el tenor que tuvo en el principio aquella acerbidad de penas, el mismo ha de tener por los siglos sempiternos. Ahora, á la verdad, es el tiempo de la misericordia; porque vendrá tiempo en que la justicia se apropiará á sí las partes principales. Y esta es la causa por que los santos Padres nos exhortan con tanta celeridad á la fuga del siglo y del pecado. De aquí es que san Jerónimo, hablando á Paulino de Eusebio su hermano, dice: **Apresúrate, te ruego, y á la navecilla que se encalla en el mar corta antes la cuerda que la desates.** Tambien la salida de Egipto, que es imágen de esta fuga, se dispuso con tanta celeridad, que no fue lícito á los hijos de Israel fermentar el pan para aquel camino, precisándolos los egipcios á que salieran, y no permitiéndoles que hicieran alguna mora ¹. Y aun el mismo cordero pascual se manda celebrar con grande presura, y que nada de él se deje hasta la mañana. Para de este modo insinuarnos el Señor que no ha de haber tardanza ni dilacion en las cosas que pertenecen á la salvacion de nuestra alma, sino que se debe tener á la vista aquello ²: Si hoy oyéreis su voz, no queráis endurecer vuestros corazones. Y san Crisóstomo se indigna mucho porque, curando con tanto cuidado y diligencia las enfermedades del cuerpo, que ha de perecer, desatendemos en un todo las llagas del alma, que es inmortal. Si acaso, dice, alguna leve indisposicion toca al cuerpo, inmediatamente llamamos los médicos, y gastamos el dinero, y guardamos con toda observancia lo que conviene, y no se cesa de medicamentos hasta que se mitigan las molestias; y llagándose todos los dias el alma, destrozándose, quemándose y precipitándose por todo, y pereciendo por todos modos, ni aun siquiera nos merece un leve y ligero cuidado. Esto san Crisóstomo. Pues, hermanos, para que nosotros no caigamos en esta ceguedad y necedad tan grande de la razon, atendamos á aquella voz de Isaías que oportunamente nos aconseja ³: Buscad al Señor cuando puede ser hallado; invocadle cuando está cerca. ¿Cuándo se ha de pensar que está mas cerca de nosotros que en este sagrado tiempo de Cuaresma, á quien de dia y de noche llaman tantas voces de la Iglesia á favor de los pecadores? Y no solo á él clama, sino tambien á nosotros, á quienes con esta repetida oracion dice: Ved ahora el tiempo acceptable, ved ahora los dias de salud

¹ Exod. xii. — ² Psalm. xciv. — ³ Isai. lv.

el cual por decreto y ordenacion de la Iglesia está destinado para la penitencia.

21. Y juntando el fin con el principio, cuando os exhorto á la penitencia no os exhorto principalmente al saco y la ceniza, no al hambre ó ayunos de las semanas, no á los penosos y largos trabajos de las peregrinaciones; quiero trataros con mas blandura, y usando de las palabras del Apóstol ¹ os pido en la realidad una cosa humana, atendiendo á vuestra flaqueza, esto es, lo que os propuse al principio: Conviértete al Señor, y deja los pecados: ora ante la presencia del Señor, y minora las ofensas y tropiezos. Y si dijeres que es cosa difícil dejar lo ya acostumbrado, confieso que así es para el impenitente, no para el que de veras se arrepiente. ¿Acaso no os acordais de lo que poco antes disputamos contra los herejes, que por la penitencia no solamente se perdonan los pecados, sino que se nos dan tambien armas, fuerzas y nueva robustez de espíritu, todas las virtudes y la gracia, y que se acomodan á les piés y manos del hijo lujurioso los adornos y aun los instrumentos con los cuales camina guarnecido y armado para todos los ejercicios de las virtudes? Y que estas armas espirituales y fortificaciones se concedan á los parvulillos en Cristo, esto es, á los penitentes verdaderos, lo atestigua Salomon en los Cantares ²; el cual, despues de haber dicho de semejantes párvulos bajo la imágen del alma fiel: nuestra hermana es pequeñuela y no tiene pechos; poco mas abajo pone ³: yo soy muro, y mis pechos como torre, desde que me hice á su presencia como el que busca la paz. Y ¿qué se denota en el nombre de muro y de torre sino la nueva fuerza y fortaleza del espíritu que se da á los párvulos en Jesucristo, esto es, á los verdaderamente penitentes? Y esta paz la halla la verdadera penitencia, la cual nos reconcilia con Dios, de quien el alma fiel, que era pequeñuela, recibe toda fortaleza. Y dice no paz, sino como paz ⁴; ó porque una paz llena no se da en esta vida, ó porque nadie puede saber ciertamente si es digno de amor ó aborrecimiento. Pues lo que á vosotros, hermanos, se os pide principalmente es, que procureis quitar ya los pecados y ya las causas y ocasiones de los pecados, y que rogueis ante la presencia del Señor para que este se digne fortalecernos y armarnos con la fuerza de su virtud y gracia contra todos los lazos y dardos de fuego del antiguo enemigo. Con estas armas nos arma el Apóstol cuando nos manda ⁵ que en todo tiempo ore-

¹ Rom. vi. — ² Cant. viii. — ³ Ibid. — ⁴ Eccles. ix. — ⁵ I Thes. v.

mos en espíritu, y que velemos en él. Con estas armó el Señor á sus discípulos antes del combate de su pasión ¹, cuando les mandó que velaran y oraran para que no cayeran en la tentación ²; y en otro lugar: y así velad orando en todo tiempo para que seais tenidos dignos de huir los males venideros, y estar ante el Hijo del hombre. Con estas tambien se fortalecia el real Profeta diciendo ³: Mis ojos siempre miran al Señor, porque él sacará de entre los lazos mis piés. Pues, hermanos, fortalezcamos con estas armas nuestras almas para que libres de todo contagio de los pecados seamos tenidos por dignos de merecer disfrutar la compañía y la gloria de los bienaventurados. Amen.

¹ Luc. xxii. — ² Ibid. xxi. — ³ Psalm. xxiv.

ÍNDICE

DE LOS SERMONES CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

| | PÁG. |
|--|------|
| Oracion fúnebre de Luis el Grande, rey de Francia. | 5 |
| Oracion fúnebre de la reina D. ^a Maria Josefa Amalia de Sajonia. . . . | 32 |
| Oracion fúnebre de la reina Maria Carolina de Austria. | 31 |
| Oracion fúnebre de D. Fr. Rafael Lossala y Locela, obispo de Solsona.. | 67 |
| Oracion fúnebre de los Voluntarios católicos del ejército pontificio. . . | 87 |
| Oracion fúnebre de Daniel O'Connell. | 108 |
| Conferencia sobre las ventajas y los deberes de la vida religiosa. . . . | 170 |
| Sermon de velo ó toma de un hábito. | 194 |
| Sermon para la profesion religiosa de una recién convertida. | 209 |
| Discurso I á los canónigos de la catedral de Nimes, pronunciado en la asamblea de su Cabildo general. | 225 |
| Discurso II. | 230 |
| Discurso III. | 234 |
| Discurso IV. | 237 |
| Discurso V. | 240 |
| Discurso VI. | 246 |
| Discurso VII. | 249 |
| Sermon sobre la necesidad de una religion revelada. | 254 |
| Sermon sobre la divinidad de la religion católica. | 273 |
| Sermon sobre la divinidad de la Religion. | 292 |
| Sermon contra los pretextos de la incredulidad. | 309 |
| Sermon contra las causas de la incredulidad. | 324 |
| Sermon sobre la inmortalidad del alma. | 340 |
| Sermon del pecado original demostrado por la razon. | 356 |
| Sermon sobre el amor de los placeres. | 370 |
| Sermon sobre la necesidad de la penitencia. | 385 |
| Sermon sobre la predicacion del Evangelio. | 398 |
| Sermon sobre la sumision debida á la palabra de Jesucristo. | 413 |
| Sermon sobre la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia. . . . | 432 |
| Sermon sobre la penitencia. | 443 |